



La  
chica  
mecánica

**PAOLO BACIGALUPI**



*Bienvenidos al siglo XXII.*

*Anderson Lake es el hombre de confianza de AgriGen en Tailandia, un reino cerrado a los extranjeros para proteger sus preciadas reservas ecológicas. Su empleo como director de una fábrica es en realidad una tapadera. Anderson peina los puestos callejeros de Bangkok en busca del botín más preciado para sus amos: los alimentos que la humanidad creía extinguidos. Entonces encuentra a Emiko...*

*Emiko es una «chica mecánica», el último eslabón de la ingeniería genética. Como los demás neoseres a cuya raza pertenece, fue diseñada para servir. Acusados por unos de carecer de alma, por otros de ser demonios encarnados, los neoseres son esclavos, soldados o, en el caso de Emiko, juguetes sexuales para satisfacer a los ricos en un futuro inquietantemente cercano... donde las personas nuevamente han de recordar qué las hace humanas.*

Paolo Bacigalupi

## **La Chica Mecánica**

*Para Anjula*

—¡No! No quiero el mangostán. —Anderson Lake se inclina hacia delante y señala con el dedo—. Quiero eso de ahí. *Kaw pollamai nee khap*. Lo que tiene la piel rojiza recubierta de pelos verdes.

La campesina sonrío, dejando al descubierto unos dientes ennegrecidos por culpa de la nuez de areca, e indica una pirámide de frutas apilada a su espalda.

—¿*Un nee chai mai kha?*

—Correcto. Esos. *Khap*. —Anderson asiente con la cabeza y se obliga a sonreír—. ¿Cómo se llaman?

—*Ngaw*. —La mujer pronuncia la palabra despacio en atención a los oídos extranjeros de Anderson, y le ofrece una pieza que él acepta con el ceño fruncido.

—¿Son nuevos?

—*Kha*. —La mujer asiente para subrayar su afirmación.

Anderson le da vueltas a la fruta que sostiene en la mano, estudiándola. Parece más bien una extravagante anémona de mar o un pez globo peludo que un fruto. Los ásperos filamentos verdes que sobresalen por toda su superficie le hacen cosquillas en la palma. La piel presenta el tono rojizo oxidado propio de la roya, pero al olisquearlo no percibe el tufo característico a fruta podrida. A pesar de su aspecto, parece en buen estado.

—*Ngaw* —repite la campesina. A continuación, como si pudiera leerle el pensamiento, añade—: Nuevo. Sin roya.

Anderson asiente distraído. A su alrededor, el *soi* del mercado empieza a llenarse de vida con los compradores de Bangkok más madrugadores. El callejón está repleto de pestilentes montones de durios, y en los barreños chapotean peces con cabeza de serpiente y *plaa* de aletas rojas. Los toldos de polímero de aceite de palma se comban bajo los abrasadores embates del sol tropical y, con sus logotipos de navieras de cliques y los retratos de la venerada Reina Niña, dan sombra al mercado. Un hombre se abre paso a empujones, sosteniendo en alto por las patas varias gallinas de cresta bermellón que aletean y cacarean ultrajadas de camino al matadero; las mujeres, vestidas con *pha sin* de colores vivos, regatean con los vendedores y sonrían mientras intentan rebajar el precio del arroz U-Tex pirateado y las nuevas variedades de tomates.

Anderson es ajeno a todo esto.

—*Ngaw* —insiste la campesina, intentando establecer una conexión.

Los largos filamentos del fruto retan a Anderson para que adivine su origen mientras le hacen cosquillas en la palma de la mano. Otro éxito de la piratería genética tailandesa, igual que los tomates y las berenjenas y los pimientos que abundan en los puestos adyacentes. Es como si las profecías de la Biblia grahamita se estuvieran haciendo realidad. Como si el mismísimo san Francisco estuviera revolviéndose en su tumba, inquieto, preparándose para volver a pisar la tierra, cargado con el botín de las calorías perdidas de la historia.

«Y las trompetas anunciarán su llegada, y nos será devuelto el edén...»

Anderson vuelve a girar la extraña fruta peluda en su mano. No desprende el hedor propio de la cibiscosis. Ni rastro de pústulas de roya. Ningún *graffiti* del gorgojo pirata grabado en su piel. Aunque las flores, las hortalizas, los árboles y las frutas del mundo entero constituyen la geografía de la mente de Anderson Lake, sigue sin encontrar el letrero que podría ayudarlo a identificar este fruto.

*Ngaw*. Un misterio.

Indica por señas que le gustaría probar la fruta y la campesina se la quita de las manos. Con el pulgar tostado rasga sin ninguna dificultad la corteza velluda y revela un corazón blanquecino. Translúcido y venoso, su parecido con las cebollitas en vinagre que acompañan a los vermouths en los clubes de investigación de Des Moines es asombroso.

La mujer se lo ofrece de nuevo. Anderson aspira con recelo y sus fosas nasales se inundan de una fragancia floral. *Ngaw*. No debería existir. Ayer no existía. Ayer, no había un solo puesto que vendiera esta fruta en todo Bangkok, y sin embargo ahora se amontonan en apretadas pirámides alrededor de esta mugrienta mujer acuclillada en el suelo bajo la sombra parcial de su lona. El mártir Phra Seub le guiña un ojo a Anderson desde el rutilante amuleto de oro que cuelga del cuello de la vendedora, un talismán frente a las plagas agrícolas de las fábricas de calorías.

Anderson desearía poder observar la fruta en su hábitat natural, colgando de un árbol o escondida tras las hojas de algún arbusto. Con algo más de información podría deducir el género y la familia, podría intuir algún eco del pasado genético que el reino de Tailandia se esfuerza por desenterrar, pero no dispone de más pistas. Se mete la viscosa pelota translúcida del *ngaw* en la boca.

Un puñetazo de sabor, preñado de azúcar y fecundidad. La pegajosa bomba floral le recubre la lengua. Es como si volviera a encontrarse en Iowa, en los campos de HiGro, donde un ingeniero agrónomo de Midwest Compact le ofreció su primer trocito de caramelo duro cuando él no era más que el hijo de un granjero, un crío descalzo entre los tallos de maíz. El impacto de una metralla de sabor, de auténtico sabor, tras toda una vida privado de él.

El sol cae a plomo. Los compradores se empujan y regatean, pero él permanece ajeno a todo. Con los ojos cerrados, deja que el *ngaw* ruede en su boca y paladea el pasado, saborea el momento en que esta fruta debió de haber florecido en todo su esplendor, antes de que la cibiscosis, el gorgojo pirata nipón, la roya y el hongo sarnoso asolaran los cultivos.

Bajo el calor aplastante del sol tropical, rodeado por los mugidos de los búfalos de agua y los chillidos de las gallinas sacrificadas, Anderson Lake es uno con el paraíso. Si creyera en las Escrituras grahamitas, caería de rodillas en ese mismo momento y daría gracias, extasiado por el sabor del regreso del edén.

Sonríe y escupe el carozo negro en su mano. Ha leído los diarios de viaje de botánicos y exploradores de tiempos históricos, hombres y mujeres que se adentraron en las mayores espesuras selváticas en pos de nuevas especies, pero ni todas sus hazañas juntas pueden compararse con esta simple fruta.

Aquellas personas esperaban descubrir algo nuevo. Él ha encontrado una resurrección.

La campesina sonríe de oreja a oreja, segura de su venta.

—¿*Ao gee kilo kha?* —«¿Cuánto?»

—¿Son de confianza? —pregunta Anderson.

La mujer indica los certificados del Ministerio de Medio Ambiente que hay encima de los adoquines, junto a ella, y subraya las fechas de inspección con un dedo.

—Última variedad —asegura—. Primera calidad.

Anderson estudia los timbres relucientes. Lo más probable es que la vendedora haya sobornado a los camisas blancas para conseguir esos sellos en vez de pasar por el exhaustivo proceso de inspección que garantizaría la inmunidad a la roya de octava generación además de la resistencia a la cibiscosis 111.mt7 y mt8. El cínico que hay en su interior le asegura que no tiene importancia. Los intrincados tampones que relucen al sol son más un talismán que algo real; para hacer creer a la gente que está segura en este

mundo cuajado de peligros. Lo cierto es que estos certificados no tendrán el menor valor si se produce otro brote de cibiscosis. Será una variedad nueva y los antiguos ensayos se habrán quedado obsoletos; la gente rezará a los amuletos de Phra Seub y a las imágenes del rey Rama XII, dejará ofrendas ante las columnas del altar de la ciudad y escupirá los pulmones a pedazos sin importar cuántos sellos del Ministerio de Medio Ambiente adornen sus comestibles.

Anderson guarda el hueso de *ngaw* en un bolsillo.

—Me llevo un kilo. No. Que sean dos. *Song*.

Se desprende de una bolsita de cáñamo llena de dinero sin molestarse en regatear. Pidiera lo que pidiese la mujer, siempre sería demasiado poco. Los milagros no tienen precio. Basta un solo gen resistente a las plagas calóricas o capaz de aprovechar el nitrógeno con más eficacia para que los beneficios se disparen. Pasear la mirada por el mercado sería suficiente para ver que esa es una verdad que se respira en el ambiente. Los callejones son un hervidero de thais que lo compran todo, desde versiones modificadas de arroz U-*Tex* hasta gallinas de la variedad bermellón. Pero todos esos avances son cosa del pasado, basados en los antiguos trabajos de piratería genética de AgriGen, PurCal y Total Nutrient Holdings. Frutos de la ciencia de antaño, manufacturados en las entrañas de los laboratorios de investigación de Midwest Compact.

El *ngaw* es distinto. El *ngaw* no proviene del Medio Oeste. El reino de Tailandia ha demostrado ser más listo que muchos de sus competidores y prospera mientras países como la India, Birmania y Vietnam se derrumban como fichas de dominó, muriéndose de hambre y mendigando las sobras de los avances científicos de los monopolios calóricos.

Unos pocos curiosos se detienen a examinar la compra de Anderson, pero aunque él crea haber encontrado una ganga, al parecer los demás consideran el precio desorbitado y pasan de largo.

A Anderson le cuesta reprimir una carcajada de entusiasmo cuando la mujer le entrega por fin los *ngaw*. No debería existir ni una sola de estas bolitas peludas; lo mismo podría estar sopesando una bolsa llena de trilobites. Si sus suposiciones sobre el origen del *ngaw* son correctas, la mera presencia de este fruto representa un desafío a la extinción tan fabuloso que solo se podría comparar con ver un tiranosaurio paseándose entre los coches por Thanon Sukhumvit. Claro que lo mismo se puede decir de las patatas, los tomates y los pimientos que llenan el mercado, apilados en esplendorosa abundancia, un despliegue de solanáceas fecundas como hacía generaciones que no se veía. En esta ciudad asfixiada, todo parece posible. Las frutas y las verduras vuelven de la tumba, en las avenidas se abren flores extintas y, detrás de todo ello, el Ministerio de Medio Ambiente obra milagros con el material genético de generaciones perdidas.

Cargando con su bolsa de fruta, Anderson se abre paso hasta la calle principal en la que desemboca el *soi*. Allí lo recibe un tráfico torrencial, los madrugadores que se dirigen a sus lugares de trabajo convierten Thanon Rama IX en un Mekong crecido. Bicicletas y rickshaws, búfalos de color negro azulado y gigantescos megodontes de paso bamboleante.

Ante la llegada de Anderson, Lao Gu emerge de la sombra de una destartada torre de oficinas, pellizcando con cuidado la punta de un cigarro para apagarlo. Más solanáceas. Están en todas partes. En el resto del mundo brillan por su ausencia, pero aquí su abundancia es inconmensurable. Lao Gu guarda el resto del tabaco en un bolsillo de su camisa raída mientras se adelanta a Anderson, trotando camino de su rickshaw de pedales.

El anciano chino no es más que un espantapájaros cubierto de harapos, pero aun así puede considerarse afortunado. Sigue con vida, cuando la mayoría de su pueblo está muerto. Tiene un empleo, mientras que otros camaradas malayos, refugiados igual que él, se hacinan como pollos de sacrificio en las sofocantes torres de la Expansión. El esqueleto



de Lao Gu está recubierto de músculos fibrosos y su dinero le permite fumar cigarrillos Singha. Para el resto de los expatriados tarjetas amarillas, es afortunado como un rey.

Lao Gu monta a horcajadas en el sillín y espera pacientemente mientras Anderson trepa hasta el asiento del pasajero a su espalda.

—Al despacho —dice Anderson—. *Bai khap*. —Y en chino, a continuación—: *Zou ba*.

El anciano se pone de pie en los pedales, y se sumergen en el tráfico. A su alrededor, los timbres de las bicicletas suenan como alarmas de cibicosis, irritados por la obstrucción. Lao Gu hace oídos sordos y se adentra más aún en la marea de tráfico.

Anderson hace ademán de coger otro *ngaw*, pero se contiene. Debería dosificarlos. Son demasiado valiosos para engullirlos como un chiquillo glotón. Los thais han descubierto otra manera de desenterrar el pasado, y a él solo se le ocurre ponerse a devorar las pruebas. Tamborilea con los dedos en la bolsa de fruta, esforzándose por controlar el impulso.

Con ánimo de distraerse, saca su cajetilla de tabaco y enciende un cigarro. Da una chupada y paladea la tibieza del humo mientras rememora la sorpresa que lo asaltó al enterarse por primera vez del éxito cosechado por el reino de Tailandia, de lo extendidas que estaban las solanáceas. Fumar hace que se acuerde también de Yates, y de la desilusión pintada en su rostro mientras una nube de historia resucitada enturbiaba la distancia que los separaba.

—Solanáceas.

La cerilla llameó en la penumbra de las oficinas de SpringLife, tiñendo de rojo los rasgos de Yates mientras este acercaba el fuego a un cigarrillo y aspiraba con fuerza. El papel de arroz crepité. La punta refulgió y Yates exhaló una estela de humo hacia el techo, donde los ventiladores de manivela jadeaban en su batalla contra el calor que convertía el despacho en una sauna.

—Berenjenas. Tomates. Pimientos. Patatas. Jazmines. Nicocianas. —Levantó el esbelto cilindro y enarcó una ceja—. Tabaco.

Con los párpados entornados frente al resplandor del cigarrillo, inhaló de nuevo. A su alrededor, las mesas en sombra y los ordenadores a pedales de la empresa guardaban silencio. Por la noche, cuando la fábrica cerraba sus puertas, cabía al menos la posibilidad de tomar los escritorios desiertos por algo más que la topografía de un fracaso. Los obreros podrían haber vuelto a sus hogares para recuperar fuerzas con las que afrontar otra jornada de intenso trabajo. Las sillas cubiertas de polvo y los ordenadores a pedales desmentían esa teoría, pero en la penumbra, con el mobiliario envuelto en sombras y la luz de la luna filtrándose con delicadeza entre los postigos de caoba, aún cabía imaginar lo que podría haber sido.

Los ventiladores de manivela seguían girando despacio sobre sus cabezas; las correas laosianas engranadas en el techo emitían chirridos acompasados mientras extraían un reguero constante de energía cinética de los muelles percutores centrales de la fábrica.

—Los thais han tenido suerte en los laboratorios —dijo Yates—, y ahora tú. Si fuera supersticioso, pensaría que te conjuraron con sus tomates. Según tengo entendido, todos los organismos necesitan un depredador.

—Deberías haber informado de los avances que estaban haciendo —dijo Anderson—. Esta fábrica no era tu única responsabilidad.

Yates hizo una mueca. Su rostro era un muestrario de los estragos del trópico. Los vasos capilares rotos dibujaban un mapa de afluentes rosados en las mejillas y surcaban la nariz de patata. Sin apartarse de Anderson, los acuosos ojos azules pestañearon, tan empañados como el aire cargado de estiércol de la ciudad.

—Sabía que terminarías robándome el puesto.

—No es nada personal.

—No, tan solo el trabajo de toda una vida. —Se echó a reír con un cascabeleo seco que recordaba los primeros síntomas de la cibiscosis. Aquel sonido habría bastado para que Anderson buscara cualquier excusa para salir de la habitación si no hubiese sabido que Yates, como todos los empleados de AgriGen, estaba vacunado contra las nuevas variedades—. Construir esto me ha llevado años —dijo Yates—, y tú me vienes con que no es nada personal.

Indicó las ventanas de observación del despacho, que daban a la planta de manufacturación.

—Puedo enseñarte muelles percutores del tamaño de un puño que contienen un gigajulio de energía. La relación entre el peso y la capacidad es cuatro veces superior a la de cualquier otro muelle del mercado. Estoy a punto de revolucionar el concepto de almacenamiento de energía, y tú quieres tirarlo todo a la basura. —Se inclinó hacia delante—. Es la forma de energía más portátil desde la gasolina.

—Pero solo si puedes producirla.

—Estamos muy cerca —insistió Yates—. Los tanques de algas, nada más. Esa es la única pega.

El silencio de Anderson animó a Yates a continuar:

—El concepto básico es sólido. Cuando los tanques empiecen a producir en cantidades suficientes...

—Deberías habernos informado en cuanto viste las primeras solanáceas en el mercado. Los thais llevan al menos cinco temporadas cultivando patatas con éxito. Es evidente que disponen de un banco de semillas, y sin embargo no nos dijiste nada.

—No compete a mi departamento. Me encargo del almacenamiento de energía, no de la producción.

Anderson resopló.

—¿De dónde piensas sacar las calorías necesarias para activar tus cacareados muelles percutores si se malogra una cosecha? La roya ha empezado a mutar cada tres temporadas. Los piratas genéticos se divierten accediendo a nuestros diseños para TotalNutrient Wheat y SoyPRO. Solo el sesenta por ciento de la última variedad de HiGro Corn que produjimos ha sobrevivido al gorgojo, y ahora resulta que estás sentado encima del equivalente genético a una mina de oro. La gente se muere de hambre...

Yates se echó a reír.

—No me hables de salvar vidas, que ya vi lo que pasó con el banco de semillas en Finlandia.

—No fuimos los únicos que volamos las cámaras acorazadas. Nadie se imaginaba que los fineses pudieran ser tan fanáticos.

—Cualquier memo a pie de calle podría haberlo previsto. La fama de las fábricas de calorías las precede.

—No era mi operación.

Yates volvió a carcajearse.

—Qué excusa más socorrida, ¿verdad? La empresa se mete donde le da la gana y todos nos quedamos al margen, nos lavamos las manos y hacemos como si no fuéramos responsables de nada. La empresa saca SoyPRO del mercado birmano y todos miramos para otro lado, alegando que dirimir disputas derivadas de la propiedad intelectual no es competencia de nuestro departamento. —Dio una calada al cigarrillo, expulsó el humo—. La verdad, no me explico cómo los tipos como tú conseguís dormir por las noches.

—Muy sencillo. Antes de acostarme rezo a Noé y a san Francisco de Asís, y doy

gracias a Dios por seguir estando un paso por delante de la roya.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Vais a cerrar la fábrica?

—No. Claro que no. La producción de muelles percutores está asegurada.

—¿Sí? —Yates se inclinó hacia delante, esperanzado.

Anderson se encogió de hombros.

—Como cortina de humo no tiene precio.

La brasa del cigarrillo llega a los dedos de Anderson, que deja caer la colilla en medio del tráfico y frota el pulgar chamuscado contra el dedo índice mientras Lao Gu sigue pedaleando por las calles congestionadas. Bangkok, la Ciudad de los Seres Divinos, fluye por su lado.

Los monjes se defienden del sol con paraguas negros mientras pasean sus hábitos azafranados por las aceras. Por todas partes revolotean enjambres de niños que se empujan, ríen y gritan camino de los colegios religiosos. Los vendedores ambulantes extienden los brazos cargados de las guirnaldas de damasquinas que constituyen la ofrenda de moda en los templos, y las manos llenas de amuletos tan rutilantes como venerables son los monjes que los han bendecido, talismanes cuyo efecto protector abarca desde la infecundidad hasta el hongo sarnoso. Los puestos de comida humean y sisean envueltos en los vapores del aceite de freír y el pescado fermentado, mientras los cheshires enmadejan sus siluetas titilantes alrededor de los tobillos de los clientes y maúllan con la esperanza de que les caiga algún despojo.

En lo alto se ciernen las torres de la antigua Expansión de Bangkok, embozadas en mantos de hiedra y moho, con las ventanas rotas por las explosiones tiempo ha, roídos a conciencia sus gigantescos esqueletos. Sin aire acondicionado ni ascensores que las vuelvan habitables, se yerguen ampollándose al sol. Por sus poros escapan las características humaredas negras que produce el fuego alimentado con estiércol ilegal, delatando el emplazamiento de refugiados malayos que se apresuran a escaldar los *chapatis* y hervir el *kopi* antes de que los camisas blancas tengan ocasión de irrumpir en las sofocantes alturas y los vapuleen como castigo por la infracción.

Los refugiados de la guerra del carbón, llegados del norte, se postran con las manos elevadas al cielo en medio del tráfico y proclaman con asombrosa elegancia la necesidad que los acucia. La marea de bicicletas, rickshaws y megodontes se abre a su alrededor como el agua en torno a las piedras de un río. El *fa' gan* ha dejado la boca y la nariz de los mendigos infestadas de pústulas como cabezas de coliflor. La nuez de areca les tiñe los dientes de negro. Anderson mete una mano en el bolsillo, arroja un puñado de monedas a sus pies y acepta los correspondientes *wais* de gratitud con un delicado ademán mientras pasa por su lado sin detenerse.

Poco después divisa las paredes y las callejuelas encaladas del polígono industrial *farang*. Los almacenes y las fábricas se agolpan como el olor a salitre y pescado podrido. A lo largo de los callejones se distribuye una costra de vendedores ambulantes con jirones de lonas y mantas extendidos sobre las cabezas para resguardarse del abrasador asalto del sol. Tras ellos se yergue el sistema de diques y compuertas del rompeolas del rey Rama XII, encargado de contener las embestidas del océano azul.

Es difícil no tener presente en todo momento la presencia de esas altas paredes y la presión del agua que acecha al otro lado. Tanto como imaginar que la Ciudad de los Seres Divinos pueda ser algo más que una catástrofe capaz de desatarse de un momento a otro. Pero los thais son obstinados y siempre han luchado por impedir que la reverenciada ciudad de Krung Thep sea pasto de las olas. Las bombas de carbón, los diques y la confianza ciega que profesan al visionario liderazgo de la dinastía Chakri les han ayudado a mantener a raya hasta la fecha lo que ya ha devorado Nueva York y Rangún, Bombay y Nueva

Orleans.

Lao Gu se adentra en una callejuela sin aminorar la marcha y toca el timbre con impaciencia para ahuyentar a los culis que obstruyen la arteria. Sobre sus espaldas marrones se mecen cajas de WeatherAll. El rítmico vaivén de los logotipos de muelles percutores chinos de Chaozhou, mangos antibacterianos de Matsushita y filtros de cerámica para el agua de Bo Lok compone una melodía hipnótica. Las imágenes de las enseñanzas de Buda y los retratos de la venerada Reina Niña conviven en las paredes de las fábricas con carteles pintados a mano en los que se anuncian combates de *muay thai* ya librados.

El edificio de SpringLife se zafa de la presa del tráfico para elevarse como una fortaleza de altas murallas salpimentadas de gigantescas aspas que giran con parsimonia en los conductos de ventilación de la planta alta. Una fábrica de bicicletas de Chaozhou la imita al otro lado del *soi*, y entre ambas, tan apretada como una acreción de percebes, se extiende la inevitable aglomeración de tenderetes que no puede faltar a la entrada de ninguna fábrica, donde los trabajadores del interior se dan cita para picar entre horas o durante el almuerzo.

Lao Gu frena en el patio de SpringLife y deposita a Anderson ante las puertas de la entrada principal. Anderson se apea del rickshaw, coge su saco de *ngaw* y se queda quieto un momento, con la mirada fija en las puertas de ocho metros de ancho que facilitan el acceso de los megodontes. La fábrica tendría que haberse llamado la Locura de Yates. Aquel hombre era un optimista incorregible. Anderson todavía puede oírle defendiendo las bondades de las algas pirateadas, escarbando en los cajones de su escritorio en busca de gráficos y apuntes garabateados mientras protesta:

«Que el proyecto Tesoro Sumergido fuera un fracaso no les da ningún derecho a prejujgar mi trabajo. Las algas, debidamente curadas, proporcionan un aumento exponencial en la absorción del momento de torsión. Olvídate de su potencial calórico. Concéntrate en las aplicaciones industriales. Si me das un poco más de tiempo, puedo ofrecerte el mercado de almacenamiento de energía en bandeja. Prueba al menos uno de los muelles de muestra antes de tomar ninguna decisión...»

El clamor de los distintos procesos de producción envuelve a Anderson cuando entra en la fábrica y ahoga los desesperados estertores del optimismo de Yates.

Los megodontes empujan las ruedas de transmisión entre gruñidos de esfuerzo, con las enormes cabezas agachadas, puliendo el suelo con sus trompas prensiles mientras trazan lentos círculos alrededor de los tambores de bobinado. Los animales modificados constituyen el corazón del sistema motriz de la fábrica y proporcionan energía a las cintas transportadoras, los ventiladores y la maquinaria de producción. Sus arneses emiten un tintineo rítmico al compás de cada trabajoso paso adelante. Los cuidadores sindicales caminan junto a las bestias vestidos de rojo y dorado, dándoles órdenes, relevándolas de vez en cuando, animando a los animales derivados del elefante para que persistan en su empeño.

En la otra punta de la fábrica, la cadena de producción excreta muelles percutores recién empaquetados, que envía primero a Control de Calidad y después a Embalaje, donde se montan en palés en previsión del hipotético momento en que estarán listos para ser exportados. Ante la aparición de Anderson en la planta, los trabajadores interrumpen la actividad y se deshacen en *wais*, juntando las palmas de las manos y llevándoselas a la frente en una oleada de deferencia que se propaga por toda la línea.

Banyat, el encargado de Control de Calidad, se acerca corriendo y ensaya una reverencia.

Anderson le corresponde con un *wai* sucinto.

—¿Qué tal es la calidad?

Banyat sonrío.

—*Dee khap*. Buena. Mejor. Venga, mire. —Hace un gesto y Num, el capataz de día, toca la campana de advertencia que anuncia el alto de toda la cadena. Por señas, Banyat le indica a Anderson que lo siga—. Algo interesante. Le gustará.

Anderson esboza una sonrisa forzada, dudando que Banyat tenga algo realmente agradable que contarle. Saca un *ngaw* de la bolsa y se lo ofrece al encargado de Control de Calidad.

—¿Progresos? ¿En serio?

Banyat asiente con la cabeza mientras acepta la fruta. Le echa un somero vistazo y empieza a pelarla. Se mete el corazón translúcido en la boca. No da muestras de sorpresa. No reacciona de forma especial. Se limita a comerse la condenada cosa sin darle mayor importancia. Anderson tuerce el gesto. Los *farang* siempre son los últimos en enterarse de cualquier novedad que se produzca en el país, circunstancia en la que a Hock Seng le gusta hacer hincapié cuando su mente paranoica comienza a sospechar que Anderson se propone despedirlo. Lo más probable es que Hock Seng también esté ya al corriente de la existencia de esta fruta, o fingirá estarlo cuando le pregunte.

Banyat tira el carozo a un bidón lleno de comida para megodontes y guía a Anderson cadena abajo.

—Arreglamos un problema con la troqueladora —informa.

Num vuelve a tocar la campana de advertencia y los trabajadores regresan a sus puestos. Al tercer tañido, el *mahout* del sindicato golpea a los animales que están a su cuidado con un látigo de fibras de bambú y los megodontes aminoran el paso hasta detenerse pesadamente. La cadena de producción se ralentiza. En la otra punta de la fábrica, los tambores de los muelles percutores industriales chasquean y chirrían cuando los volantes de inercia de la fábrica vierten en su interior la energía almacenada, la sustancia que reactivará la cadena cuando Anderson haya terminado la inspección.

Banyat conduce a Anderson por la línea silenciada, pasa junto a más trabajadores uniformados de verde y blanco, que le dedican más *wais*, y aparta las cortinas de polímero de aceite de palma que señalan la entrada de la sala de refinado. Aquí, el hallazgo industrial de Yates es rociado con glorioso abandono para cubrir los muelles percutores con el residuo de serendipia genética. Las mujeres y los niños allí presentes, con el rostro cubierto por mascarillas de triple filtro, levantan la cabeza y se quitan la protección respiratoria para saludar con profundos *wais* al hombre que les da de comer. Regueros de sudor y polvillo blanco surcan sus caras. Tan solo la piel alrededor de la boca y la nariz permanece oscura, allí donde los filtros la han resguardado.

Banyat y él cruzan el extremo más alejado y se adentran en el infierno sofocante de las salas de troquelado. Las lámparas térmicas resplandecen de energía y el hedor a marisma de las algas de cría impregna el aire. Hileras de paneles de secado se extienden hasta el techo, embadurnadas de ristras de algas modificadas que gotean, se marchitan y se convierten en una pasta negruzca con el calor. Los sudorosos técnicos de la cadena han reducido su atuendo a lo más imprescindible: pantalón corto, camiseta de tirantes y casco de protección. Es un auténtico horno, pese al silbido de los ventiladores de manivela y los generosos sistemas de ventilación. El cuello de Anderson se cubre de regueros de sudor. Su camisa queda empapada al instante.

Banyat señala.

—Ahí. Mire. —Pasa el dedo por una barra de corte desmontada y tendida junto a la cadena principal. Anderson se arrodilla para examinar la superficie—. Óxido —murmura Banyat.

—Creía que eso ya lo habíamos comprobado.

—Agua salada. —La sonrisa de Banyat es incómoda—. El océano está cerca.

Anderson contempla con una mueca las hileras de algas que gotean sobre su cabeza.

—Los tanques de algas y las gradas de secado no ayudan. El que tuvo la idea de usar calor residual para curar esas cosas era un imbécil. «Ahorro de energía», y un cuerno.

Banyat vuelve a sonreír con expresión azorada, pero guarda silencio.

—¿Habéis reemplazado las herramientas de corte?

—Ahora la fiabilidad es del veinticinco por ciento.

—¿Tanto? —Anderson asiente con desgana. Apunta con el dedo al encargado de la maquinaria y este llama a gritos a Num, que está al otro lado de la sala de refinado.

La campana de advertencia suena otra vez, y las prensas y las lámparas térmicas empiezan a refulgir cuando la electricidad irrumpe en el sistema. Anderson se aparta del repentino aumento de calor. Las prensas y las lámparas térmicas consumen carbono por valor de quince mil baht cada vez que se encienden, una parte del presupuesto de carbono total del reino que a este no le importa compartir con SpringLife por un nada módico precio. La manipulación del sistema por parte de Yates fue ingeniosa y permite que la fábrica emplee la cantidad de carbono asignada al país, pero el gasto que representan los inevitables sobornos sigue siendo exorbitante.

Los volantes de inercia principales comienzan a girar y la fábrica se estremece cuando los engranajes subterráneos entran en acción. Las tablas del suelo vibran. La energía cinética se propaga por todo el sistema como una inyección de adrenalina, un cosquilleo que anticipa la electricidad que está a punto de verterse en la cadena de producción. Un megodonte da barritos en señal de protesta y es obligado a callar a latigazos. El chirrido de los volantes de inercia se convierte en aullido antes de cesar de golpe cuando los julios irrumpen en tromba en el sistema motriz.

La campana del encargado de la línea vuelve a tañer. Los trabajadores dan un paso al frente para alinear las herramientas de corte. Están produciendo muelles percutores de dos gigajulios, y lo reducido de su tamaño requiere manipular las máquinas con más cuidado de lo habitual. Cadena abajo se inicia el proceso de bobinado, y la troqueladora, con sus hojas de precisión recién reparadas, sisea al elevarse sobre los pistones hidráulicos.

—*Khun*, por favor. —Banyat le indica a Anderson que se sitúe detrás de una reja de protección.

La campana de Num suena por última vez. Los engranajes de la cadena se ensamblan con un chasquido. Anderson siente una punzada de ansiedad cuando el sistema se pone en funcionamiento. Los trabajadores se agazapan tras los escudos. El filamento de los muelles percutores se desliza con un silbido entre las pestañas de alineamiento y se trenza en forma de hilo al pasar por una serie de rodillos calentados. Una ducha de reactivo maloliente empapa el filamento rojizo y lo reviste con la película viscosa que se encargará de dar una distribución uniforme al polvo de algas de Yates.

La prensa cae como un mazazo. Anderson siente la fuerza del impacto en los dientes. El alambre de los muelles percutores sufre un corte limpio y el filamento cercenado pasa por unas cortinas a la sala de refinado. Emerge de allí treinta segundos después, grisáceo y recubierto del polvillo derivado de las algas. Pasa por una nueva serie de rodillos calentados antes de someterse al martirio que habrá de conferirle la estructura definitiva, enroscándose sobre sí mismo, comprimiéndose en una bobina cada vez más apretada, infringiendo todas las leyes de su composición molecular conforme el muelle se tensa cada vez más. El metal torturado profiere un alarido ensordecedor. Una lluvia de lubricantes y polvo de algas se desprende del revestimiento y salpica a los trabajadores y el equipo a medida que el muelle continúa encogiéndose, y por fin el muelle percutor comprimido se retira listo para instalarse en el estuche dentro del que partirá con rumbo a Control de

Calidad.

El parpadeo de un piloto amarillo indica que todo está en orden. Los trabajadores salen corriendo de las jaulas para reiniciar la prensa mientras de las entrañas de las salas de fundición brota siseante un nuevo reguero de metal rojizo. Los rodillos tabalean, vacíos. Los pulverizadores de lubricante se tapan y una fina neblina se condensa en el aire mientras dura el proceso de autolimpieza previo a la siguiente aplicación. Los trabajadores terminan de alinear las prensas y se apresuran a agacharse de nuevo tras los parapetos. Si el sistema falla, el filamento de los muelles percutores se convertirá en un filo cargado de energía cuyos latigazos incontrolados barrerán toda la sala de producción. Anderson ha visto cabezas abiertas como mangos maduros, miembros amputados y las rociaduras de sangre a la manera de un cuadro de Pollock resultantes del fallo de los sistemas industriales.

La prensa guillotina otro muelle percutor de los cuarenta por hora que, al parecer, ahora tendrán una probabilidad de tan solo el setenta y cinco por ciento de terminar en uno de los pozos de eliminación de residuos controlados del Ministerio de Medio Ambiente. Están gastando millones en producir basura que costará más millones destruir, un arma de doble filo que no deja de cortar. Yates fastidió algo, ya fuera por accidente o en un último acto de sabotaje motivado por el despecho, y ha sido necesario más de un año para darse cuenta de la magnitud del problema, para examinar los tanques de algas que producen el revolucionario revestimiento de los muelles percutores, para recalibrar las resinas de maíz que recubren la interfaz operativa de los muelles, para cambiar las prácticas de Control de Calidad, para comprender lo que supone un nivel de humedad que roza el ciento por ciento durante todo el año para un proceso de producción concebido para climas más secos.

Un penacho de polvo filtrado blanquecino se cuele en la estancia cuando uno de los obreros cruza las cortinas de la sala de refinado con paso tambaleante. Una combinación de arenilla y gotitas de aceite de palma le oculta el rostro vetado de sudor. El ondear de las cortinas revela un atisbo fugaz de la polvareda que envuelve a sus colegas, sombras inmersas en una tormenta de nieve mientras el filamento de los muelles percutores se recubre con el polvo que impide que los muelles se agarroten bajo la intensa compresión. Todo ese sudor, todas esas calorías, toda esa cuota de carbono, tan solo para que Anderson pueda disfrutar de una tapadera convincente mientras investiga el misterio de las solanáceas y el *ngaw*.

Cualquier empresa en su sano juicio hubiera cerrado la fábrica. Incluso Anderson lo hubiese hecho, pese a sus limitados conocimientos sobre los procesos implicados en esta producción de muelles percutores de última generación. Pero si quiere que los trabajadores, los sindicatos, los camisas blancas y los numerosos e indiscretos oídos del reino se crean que no es más que otro empresario con ambiciones, la fábrica debe producir, y al máximo.

Anderson estrecha la mano de Banyat y lo felicita por el trabajo bien hecho.

La verdad, es una lástima. El potencial para alcanzar el éxito está ahí. Cada vez que Anderson ve uno de los muelles de Yates en acción, se le forma un nudo en la garganta. Yates estaba loco, pero no era ningún estúpido. Anderson ha visto cómo los julios salen a raudales de diminutos estuches de muelles percutores capaces de pasarse horas dando chasquidos sin cesar cuando otros no podrían contener ni una cuarta parte de esa energía aunque pesaran el doble, o se reducirían a un amasijo informe sin más cohesión que la molecular bajo la tremenda presión de los julios inyectados en ellos. A veces, Anderson siente la tentación de dejarse seducir por el sueño de Yates.

Anderson respira hondo y, encorvado, cruza la sala de refinado volviendo sobre sus pasos. Sale al otro lado en medio de una nube de polvo de algas y humo. Aspira el aire cargado de estiércol de megodonte pisoteado y sube por la escalera que conduce a su despacho. Detrás de él, uno de los megodontes chilla otra vez, el sonido de un animal

maltratado. Anderson se vuelve, pasea la mirada por la planta de la fábrica y toma nota del *mahout*. Rueda Número Cuatro. Otro problema que añadir a la larga lista que representa SpringLife. Abre la puerta de las oficinas de administración.

Dentro, el despacho sigue estando casi igual que la primera vez que lo vio. Aún mal iluminado, aún cavernoso, con un puñado de mesas y ordenadores a pedales mudos e inertes en las sombras. Entre los postigos de teca de las ventanas se filtran finos cuchillos de sol que iluminan las ofrendas humeantes a cualesquiera que fuesen los dioses que no consiguieron salvar al clan chino de Tan Hock Seng en Malasia. El incienso de sándalo enrarece la atmósfera de la estancia, y otras volutas sedosas se elevan de un altar emplazado en la esquina donde unas risueñas figuras doradas se acuclillan ante platos de arroz U-Tex y pegajosos mangos cubiertos de moscas.

Hock Seng ya está sentado delante del ordenador. Una pierna huesuda le da infatigablemente al pedal, alimentando los microprocesadores y el fulgor del monitor de doce centímetros. A la luz cenicienta, Anderson detecta el parpadeo de Hock Seng, el tic de quien teme la visita de un nuevo baño de sangre cada vez que se abre una puerta. El gesto del anciano es tan alucinógeno como el desvanecimiento de un cheshire (ora está ahí, ora se esfuma como si jamás hubiera existido), pero Anderson ha tratado a suficientes refugiados tarjetas amarillas como para reconocer el terror reprimido. Cierra la puerta, apagando así el clamor de la producción, y el anciano se tranquiliza.

Anderson tose y agita una mano ante los remolinos de humo de incienso.

—Creía que habías dejado de quemar esa asquerosidad.

Hock Seng se encoge de hombros, pero no deja de pedalear ni teclear.

—¿Quieres que abra las ventanas? —Su susurro es como una vara de bambú arrastrada por la arena.

—Dios, no. —Con una mueca, Anderson contempla el resplandor tropical que acecha tras los postigos—. Límitate a quemarlo en casa. No quiero verlo aquí. Que sea la última vez.

—Sí. Por supuesto.

—Te lo digo en serio.

Hock Seng levanta la mirada un momento antes de volver a concentrarse en la pantalla. La prominencia de sus pómulos y las cuencas de sus ojos resaltan en altorrelieve al resplandor del monitor. Continúa oprimiendo las teclas con unos dedos que recuerdan a patas de araña.

—Da buena suerte —murmura. Una risita sibilante sigue a sus palabras—. Hasta los diablos extranjeros necesitan tener suerte. Con todos los problemas que hay en la fábrica, creo que no te vendría mal que Hotei te echara una mano.

—Aquí no. —Anderson deja el *ngaw* recién adquirido encima de la mesa y se repantiga en la silla. Se seca la frente—. Quémalo en casa.

Hock Seng inclina la cabeza en señal de aquiescencia. En el techo, las hileras de ventiladores de manivela rotan con desgana; las aspas de bambú jadean frente al bochorno que impera en el despacho. Los dos se sientan como náufragos en una isla desierta, rodeados por el mapa del plan maestro de Yates. En la planta que debería haber albergado a agentes de ventas, encargados de logística, empleados de Recursos Humanos y secretarías solo hay filas de mesas y bancos de trabajo desiertos, rendidos al silencio.

Anderson rebusca entre los *ngaw*. Le enseña una de las frutas verdes y peludas a Hock Seng.

—¿Habías visto antes uno de estos?

Hock Seng lo mira de reojo.

—Los thais los llaman *ngaw*. —Vuelve a enfrascarse en el trabajo, pedaleando entre



hojas de cálculo que nunca arrojarán la cifra deseada y números rojos que jamás serán denunciados.

—Ya sé cómo los llaman los thais. —Anderson se levanta y se dirige a la mesa del anciano. Hock Seng se encoge cuando Anderson deja el *ngaw* al lado de su ordenador y observa la fruta de hito en hito, como si de un escorpión se tratara—. Los granjeros del mercado supieron decirme el nombre tailandés. ¿Los has visto también en Malasia?

—Me... —Hock Seng empieza a hablar, pero se interrumpe. El esfuerzo por controlarse es palpable, las emociones se suceden a una velocidad de vértigo en sus rasgos—. Me... —Vuelve a dejar la frase en el aire.

Anderson ve cómo el miedo cincela y malea las facciones de Hock Seng. Menos del uno por ciento de los chinos malayos escaparon del Incidente. Es indudable que Hock Seng puede considerarse afortunado, pero Anderson lo compadece. Una simple pregunta, una mera fruta, y es como si el anciano se dispusiera a huir de la fábrica.

Con la respiración entrecortada, Hock Seng contempla fijamente el *ngaw*. Al cabo, murmura:

—En Malasia, ninguno. Solo a los thais se les dan bien estas cosas. —Y acto seguido retoma el trabajo, con los ojos clavados en la pequeña pantalla del ordenador y sus recuerdos a buen recaudo.

Anderson espera a ver si Hock Seng revela algo más, pero el anciano no vuelve a levantar la cabeza. El enigma de los *ngaw* tendrá que esperar.

Anderson regresa a su mesa y empieza a revisar el correo. Los recibos y los documentos fiscales que Hock Seng ha preparado se apilan en una esquina del escritorio, exigiendo atención. Comienza a examinar el montón, añadiendo su firma a los cheques del Sindicato de Megodontes y el sello de SpringLife a las aprobaciones de eliminación de residuos. Se tira de la camisa mientras se abanica frente al calor y la humedad crecientes.

Un rato después, Hock Seng levanta la cabeza.

—Banyat te estaba buscando.

Anderson asiente con la cabeza, distraído con los formularios.

—Han encontrado óxido en la troqueladora. El recambio ha mejorado la fiabilidad en un cinco por ciento.

—¿Veinticinco por ciento, entonces?

Anderson se encoge de hombros, pasa más hojas, estampa su sello en un informe de evaluación de carbono del Ministerio de Medio Ambiente.

—Eso dice. —Dobla el documento y vuelve a guardarlo en su sobre.

—Sigue sin ser una estadística rentable. Esos muelles tuyos están tan apretados que no sueltan nada. Custodian los julios igual que el somdet chaopraya custodia a la Reina Niña.

Anderson pone cara de irritación pero no se molesta en salir en defensa de la errática calidad.

—¿Te ha hablado Banyat también de los tanques de nutrientes? —pregunta Hock Seng—. ¿De las algas?

—No. Solo del óxido. ¿Por qué?

—Se han contaminado. Algunas de las algas no producen la... —Hock Seng titubea—. La espuma. No son eficientes.

—No me ha dicho nada.

Hock Seng vacila de nuevo antes de responder:

—Seguro que lo intentó.

—¿Ha mencionado si es grave?

Hock Seng se encoge de hombros.

—No, solo que la espuma no cumple los requisitos.

Anderson frunce el ceño.

—Está despedido. Un encargado de Control de Calidad que no es capaz de darme las malas noticias no me sirve de nada.

—A lo mejor es que no estabas prestando atención.

Anderson tiene muchos apelativos para la gente que intenta sacar un tema y no lo consigue, pero lo interrumpe un alarido del megodonte de la planta baja. El estruendo es tal que las ventanas tiemblan. Anderson guarda silencio, atento a cualquier posible sonido en respuesta.

—Es el tambor de bobinado Número Cuatro —señala—. Ese *mahout* es un incompetente.

Hock Seng no aparta la mirada del teclado.

—Son thais. Todos son unos incompetentes.

Anderson intenta no reírse del comentario del tarjeta amarilla.

—Ya, pero ese es peor. —Vuelve a concentrarse en el correo—. Quiero que lo reemplaces. Tambor Número Cuatro. Acuérdate.

La cadencia del pedaleo de Hock Seng se tambalea.

—Será problemático, me parece. Hasta el Señor del Estiércol debe inclinarse ante el Sindicato de Megodontes. Sin el trabajo físico de los animales, uno debe recurrir a los julios de los hombres. Es difícil negociar desde esa posición.

—Me da igual. Lo quiero en la calle. No podemos arriesgarnos a que se produzca una estampida. Busca la forma más diplomática de librarte de él. —Anderson coge otro montón de cheques que aguardan su firma.

Hock Seng vuelve a la carga.

—*Khun*, negociar con el sindicato es complicado.

—Para eso te pago. Se llama delegar. —Anderson continúa ojeando los papeles.

—Sí, desde luego. —Hock Seng lo observa con expresión adusta—. Gracias por la clase de dirección empresarial.

—Eres tú el que no para de decirme que no entiendo la cultura de aquí —replica Anderson—. Pues demuestra lo que sabes. Líbrate de ese. Me importa un bledo si eres discreto o si todo el mundo queda en mal lugar, pero encuentra la manera de darle puerta. Es un peligro tener a alguien así en la fuente de suministro.

Hock Seng frunce los labios, pero desiste de seguir protestando. Anderson decide asumir que el anciano atenderá su petición, tuerce el gesto y pasa las páginas de otra carta de autorización del Ministerio de Medio Ambiente. Solo los thais podrían dedicar tanto tiempo a intentar que un soborno parezca un acuerdo de servicios. Nunca pierden las formas, ni siquiera cuando lo extorsionan a uno. O cuando hay un problema con los tanques de algas. Banyat...

Anderson rebusca entre los formularios que cubren la mesa.

—¿Hock Seng?

El anciano no levanta la cabeza.

—Me encargaré del *mahout* —promete mientras sigue tecleando—. Lo haré, aunque lo pagarás caro la próxima vez que vengan a negociar las bonificaciones.

—Bueno es saberlo, pero la pregunta no es esa. —Anderson da un golpecito encima de la mesa—. Has dicho que Banyat se había quejado de la espuma de las algas. ¿Qué tanques son los que dan problemas, los nuevos o los viejos?

—Pues... No lo especificó.

—¿No me dijiste que íbamos a recibir equipo de los amarraderos la semana pasada? ¿Tanques y cultivos de nutrientes nuevos?

Los dedos de Hock Seng vacilan sobre el teclado por un momento. La perplejidad de Anderson es fingida mientras vuelve a barajar los papeles, convencido ya de que los recibos y los formularios de cuarentena no se encuentran allí.

—Tendría que haber una lista por alguna parte. Estoy seguro de que me avisaste de su llegada. —Levanta la cabeza—. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que no deberíamos tener ningún problema de contaminación. No si el equipo nuevo pasó el control de aduanas y ya está instalado.

Hock Seng no responde. Sigue tecleando como si no hubiera oído nada.

—¿Hock Seng? ¿Se te olvidó contarme algo?

Los ojos de Hock Seng permanecen fijos en el fulgor ceniciento del monitor. Anderson espera. Solo el rítmico chirrido de los ventiladores de manivela y el tabaleo del pedal de Hock Seng rompen el silencio.

—No hay ningún manifiesto —reconoce por fin el anciano—. El cargamento todavía está en la aduana.

—Se supone que debía salir la semana pasada.

—Siempre se producen retrasos.

—Me dijiste que esta vez no habría ningún problema —insiste Anderson—. Estabas seguro de ello. Me dijiste que te encargarías de acelerar el proceso personalmente. Te di dinero de sobra para ello.

—Los thais miden el tiempo a su manera. Quizá llegue esta tarde. Quizá mañana. —Hock Seng compone un gesto que podría pasar por una sonrisa—. Son unos holgazanes, no como los chinos.

—¿Pagaste los sobornos? Se supone que los del Ministerio de Comercio iban a recibir una parte para apaciguar al inspector camisa blanca que tienen a sueldo.

—Los pagué.

—¿Todo?

Hock Seng levanta la cabeza con los párpados entornados.

—Pagué.

—¿No les diste la mitad y te quedaste con el resto?

Hock Seng suelta una risita nerviosa.

—Por supuesto que lo pagué todo.

Anderson observa al tarjeta amarilla un momento más, intentando determinar su sinceridad, antes de rendirse y soltar los papeles. Ni siquiera está seguro de por qué se preocupa, pero le molesta que el viejo crea que puede engañarle con tanta facilidad. Contempla de reojo la bolsa de *ngaw*. Tal vez Hock Seng presienta que la fábrica desempeña un papel muy secundario... Se obliga a arrinconar esa idea y vuelve a presionar al anciano.

—Entonces, ¿mañana?

Hock Seng inclina la cabeza.

—Creo que es lo más probable.

—Esperaré sentado.

Hock Seng no reacciona ante el sarcasmo. Anderson se pregunta si lo habrá entendido siquiera. El hombre habla inglés con una facilidad asombrosa, pero de vez en cuando se topan con barreras lingüísticas cuyas raíces parecen estar más hundidas en la cultura que en el vocabulario.

Anderson vuelve a concentrarse en el papeleo. Formularios fiscales por aquí. Cheques por allá. Los trabajadores cuestan el doble de lo que deberían. Otro de los problemas de tratar con el reino. Mano de obra tailandesa para empleos tailandeses. Las calles están llenas de refugiados tarjetas amarillas que se mueren de hambre, pero no puede

contratarlos. En teoría, Hock Seng debería estar en las colas del paro, tan acuciado por la inanición como los demás supervivientes del Incidente. Sin sus dotes especiales para los idiomas y la contabilidad, y sin la indulgencia de Yates, habría perecido ya.

Anderson se detiene al llegar a un sobre nuevo. Está dirigido a él, personalmente, pero como era de esperar, el lacre está roto. A Hock Seng le cuesta horrores respetar la inviolabilidad del correo ajeno. Es un problema que han discutido en repetidas ocasiones, pero aun así el anciano sigue cometiendo «errores».

Dentro del sobre, Anderson encuentra una pequeña tarjeta de invitación. Raleigh sugiere que se reúnan.

Anderson da unos golpecitos con la tarjeta encima de la mesa, contemplativo. Raleigh. Un resto del naufragio de la antigua Expansión. Un viejo pedazo de madera de deriva que llegó con la marea alta, cuando el petróleo era barato y se podía dar la vuelta al mundo en cuestión de horas en vez de semanas.

Cuando las ruedas del último jumbo se levantaron de las pistas inundadas de Suvarnabhumi, Raleigh lo vio partir hundido hasta las rodillas en las aguas marinas que no dejaban de subir. Se fue a vivir con sus novias, y cuando estas murieron buscó otras nuevas, forjando una vida de limoncillo, baht y opio de la mejor calidad. Si las historias que cuenta son ciertas, ha sobrevivido a golpes y contragolpes de Estado, a plagas de calorías y a hambrunas. En la actualidad, el viejo reposa como un sapo cubierto de verrugas en su «club» de Ploenchit, sonriendo complacido mientras instruye a los extranjeros recién llegados en las artes perdidas de la depravación pre-Contracción.

Anderson tira la tarjeta encima de la mesa. Sean cuales sean las intenciones del viejo, la invitación parece inofensiva. Raleigh no ha conseguido vivir tanto tiempo en el reino sin desarrollar cierto nivel de paranoia. Anderson observa de soslayo a Hock Seng y sonríe ligeramente. Los dos harían una pareja perfecta: dos almas expatriadas, dos hombres lejos del país que los vio nacer, supervivientes ambos gracias al ingenio y la paranoia...

—Si no vas a hacer nada aparte de ver cómo trabajo —refunfuña Hock Seng—, el Sindicato de Megodontes solicita una renegociación de las tarifas.

Anderson echa un vistazo a los gastos apilados encima del escritorio.

—Dudo que sean tan educados.

La pluma de Hock Seng se detiene en el aire.

—Los thais siempre son educados. Incluso cuando amenazan.

El megodonte de la planta de abajo vuelve a chillar.

La mirada que Anderson le dedica a Hock Seng habla por sí sola.

—Supongo que eso te da algo con lo que regatear cuando llegue la hora de despedir al *mahout* Número Cuatro. Diablos, a lo mejor dejo de pagarles hasta que se libren de ese cabrón.

—El sindicato es poderoso.

Anderson da un respingo cuando otro alarido sacude la fábrica.

—¡E imbécil! —Echa un vistazo de reojo a las ventanas de observación—. ¿Qué demonios le están haciendo a ese animal? —Le hace una seña a Hock Seng—. Ve a mirar.

Hock Seng parece a punto de empezar a discutir, pero Anderson lo fulmina con la mirada. El anciano se pone de pie.

Un ensordecedor trompetazo de protesta interrumpe cualquiera que fuese la queja que el anciano se disponía a formular. Las ventanas de observación tiemblan violentamente.

—¿Qué de...?

Otro barrido estremece el edificio, seguido de una estridencia mecánica: el tren de alimentación, sacudiéndose. Anderson se levanta de la silla de un salto y corre a la ventana, pero Hock Seng llega antes que él. El anciano se queda mirando fijamente al otro lado del

cristal, boquiabierto.

Unos ojos amarillos del tamaño de bandejas se elevan al nivel de la ventana de observación. El megodonte se tambalea, erguido sobre las patas traseras. Los cuatro colmillos de la bestia han sido serrados por seguridad, pero sigue siendo un monstruo de cuatro metros y medio hasta la cruz, diez toneladas encabritadas de músculo y rabia. Tira de las cadenas que lo sujetan a la rueda de transmisión. Levanta la trompa, exponiendo unas fauces cavernosas. Anderson se tapa las orejas con las manos.

El grito del megodonte atraviesa el cristal como un mazazo. Anderson cae de rodillas, conmocionado.

—¡Dios! —Le pitan los oídos—. ¿Dónde está ese *mahout*?

Hock Seng sacude la cabeza. Anderson ni siquiera está seguro de que el hombre le haya oído. Él mismo percibe los sonidos amortiguados y lejanos. Llega trastabillando a la puerta y la abre de golpe en el preciso instante en que el megodonte cae a plomo encima de la Rueda Cuatro. El tambor se hace pedazos. Una lluvia de fragmentos de teca sale disparada en todas direcciones. Anderson se encoge cuando las astillas pasan volando por su lado y los alfilerazos le encienden la piel.

Abajo, los *mahouts* se apresuran a desencadenar a las bestias para alejarlas a rastras del animal enloquecido, vociferando órdenes de aliento, imponiendo su voluntad a los descomunales paquidermos. Los megodontes zarandean la cabeza y protestan, rebelándose contra su adiestramiento, abrumados por el impulso instintivo de socorrer a su primo. El resto de los trabajadores thais huye en busca de la seguridad que ofrece la calle.

El megodonte desbocado lanza un nuevo ataque sobre el tambor de bobinado. Los radios saltan por los aires. El *mahout* que debería haber controlado a la bestia es una mancha de sangre y huesos en el suelo.

Anderson regresa agazapado al despacho. Sorteando las mesas vacías y salta por encima de otra, deslizándose sobre la superficie hasta aterrizar ante las cajas fuertes de la empresa.

Se le enredan los dedos al girar las ruedas de la combinación. Se le cuele el sudor en los ojos. Veintitrés a la derecha. Ciento seis a la izquierda... Su mano salta al siguiente dial mientras reza para no fastidiar la serie y tener que empezar de nuevo. Los estallidos de la madera continúan en la planta de la fábrica, acompañados de los gritos de alguien que se ha acercado demasiado.

Hock Seng aparece a su lado, pegándose a él.

Anderson ahuyenta al anciano con un ademán.

—¡Dile a la gente que salga de aquí! ¡Largo! ¡Quiero ver a todo el mundo fuera!

Hock Seng asiente, pero se queda ahí esperando mientras Anderson sigue peleándose con las combinaciones.

Anderson le lanza una mirada asesina.

—¡Fuera!

Hock Seng se agacha, obediente, y corre hasta la puerta gritando, perdida su voz entre los alaridos de los trabajadores y los crujidos del duramen. Anderson gira la última rueda y abre de par en par la puerta de la caja fuerte: papeles, montones de billetes de varios colores, informes confidenciales, una escopeta de aire comprimido... una pistola de resortes.

«Yates.»

Tuerce el gesto. Es como si el viejo hijo de perra estuviera en todas partes hoy, como si su *phii* viajara sentado en el hombro de Anderson. Anderson tensa el resorte de la pistola y se la guarda en el cinturón. Saca la escopeta de aire comprimido. Comprueba el cargador mientras los ecos de otro barrito resuenan a su espalda. Al menos Yates estaba

preparado para esto. El muy cabrón era ingenuo, pero no estúpido. Anderson amartilla la escopeta y se dirige a la puerta a grandes zancadas.

En la planta de producción, la sangre salpica los sistemas motrices y las líneas de Control de Calidad. Es difícil ver quién ha fallecido. El *mahout* en cuestión y alguien más. El tufo dulzón de las vísceras humanas impregna el aire. Ristras de tripas decoran la ruta del megodonte alrededor de su bobina. El animal se yergue de nuevo, una montaña de músculos genéticamente alterados, debatiéndose contra las últimas de sus ligaduras.

Anderson nivela la escopeta. En la periferia de su visión, otro megodonte se levanta sobre las patas traseras y barrita, solidario. Los *mahouts* están perdiendo el control. Se obliga a no hacer caso del caos en expansión y acerca el ojo a la mira telescópica.

La mirilla de la escopeta se pasea por una muralla rojiza de piel arrugada. Agrandada por el telescopio, la bestia es tan enorme que no puede fallar. Activa el modo automático de la escopeta, espira lentamente, y libera el cartucho de gas.

Un enjambre de dardos sale disparado de la escopeta. Una nube de puntos anaranjados clavetea la piel del megodonte, señalando los impactos. Las toxinas concentradas de la investigación de AgriGen con veneno de avispa se propagan por el cuerpo del animal, buscando el sistema nervioso central.

Anderson baja la escopeta. Sin el aumento de la mira telescópica, le cuesta distinguir los dardos dispersos por el pellejo de la bestia. Dentro de unos momentos estará muerta.

El megodonte gira en redondo y clava la mirada en Anderson; en sus ojos resplandece una llamarada de rabia surgida del Pleistoceno. Sin poder evitarlo, Anderson se siente impresionado por la inteligencia del animal. Es casi como si este supiera lo que acaba de hacer.

El megodonte coge impulso y tira de sus cadenas. Los eslabones de hierro se rompen y surcan el aire con un silbido, estampándose contra las cintas transportadoras. Un trabajador se desploma, truncada su huida. Anderson suelta la escopeta, ya inservible, y empuña la pistola de resortes. Es un juguete frente a diez toneladas de animal furioso, pero es lo único que le queda. El megodonte embiste y Anderson dispara, apretando el gatillo tan deprisa como es capaz de contraer el dedo. Unos inofensivos discos afilados se estrellan contra la avalancha.

El megodonte lo levanta por los aires con la trompa. El apéndice prensil se enrosca en su pierna como una pitón. Anderson araña el marco de la puerta en un intento por agarrarse a algo mientras patalea desesperado. La trompa aprieta. La sangre se agolpa en su cabeza. Se pregunta si el monstruo planea estrujarlo sin más, como si de un mosquito ahíto de sangre se tratara, pero la bestia lo arrastra fuera de la galería. Anderson pugna por encontrar un último asidero mientras la barandilla pasa volando por su lado, y acto seguido salta por los aires. En caída libre.

El barrito exultante del megodonte resuena en los oídos de Anderson mientras este surca el vacío. El suelo de la fábrica vuela a su encuentro. Golpea el cemento. Lo envuelven las tinieblas. «Túmbate y muere.» Anderson se debate con la inconsciencia. «Muere.» Intenta incorporarse, apartarse rodando, hacer cualquier cosa, pero no puede moverse.

Formas de colores confluyen ante sus ojos, intentando ensamblarse. El megodonte está cerca. Puede oler su aliento.

Los parches de color convergen. El megodonte se cierne sobre él, piel rojiza y rabia ancestral. Levanta una pata, dispuesto a pisotearlo. Anderson rueda de costado pero no logra que las piernas le obedezcan. Ni siquiera puede arrastrarse. Sus manos resbalan sobre el cemento como arañas sobre el hielo. No puede moverse con la suficiente rapidez. «Dios,

no quiero morir así. Aquí no. Así no...» Es como una lagartija atrapada por la cola. No puede levantarse, no puede escapar, va a morir, triturado por la pata de un elefante hipertrofiado.

El megodonte suelta un gemido. Anderson mira por encima del hombro. La bestia ha bajado la pata. Se balancea como si estuviera borracha. Resuella con la trompa y entonces, de repente, las patas traseras se doblan. El monstruo se recuesta sobre las posaderas en un gesto ridículamente parecido al de un perro. Su expresión es casi de estupefacción, como si le causara perplejidad que el cuerpo haya dejado de obedecerle.

Despacio, las patas delanteras se estiran ante él y se hunde, gimiendo, en medio de la paja y el estiércol. Los ojos del megodonte descienden a la altura de Anderson. Fijos en los de él, casi humanos, parpadean llenos de confusión. La trompa se extiende buscándolo de nuevo, manoteando con torpeza, una pitón de músculos e instinto, despojada ya de toda coordinación. Las fauces se entreabren, jadea. Lo baña el calor apacible de un horno. La trompa le da un golpecito. Lo mece. No encuentra asidero.

Anderson se aleja lentamente de su alcance. Se pone de rodillas y se obliga a levantarse. Se tambalea, mareado, hasta que consigue plantar los pies con firmeza y se yergue cuan alto es. El megodonte sigue sus movimientos con un ojo amarillo. La rabia ha desaparecido. Los párpados abanicán con sus largas pestañas a Anderson, que se pregunta qué estará pensando el animal. Si podrá sentir el caos neuronal que le desgarró el sistema. Si sabrá que su fin está cerca. O si solo se notará cansado.

De pie ante él, Anderson siente algo parecido a la lástima. Los cuatro óvalos de bordes irregulares que señalan la antigua ubicación de los colmillos forman unos parches de marfil de treinta centímetros de diámetro, serrados sin compasión. Tiene las rodillas cubiertas de llagas brillantes y los labios ribeteados de pústulas sarnosas. De cerca y moribundo, con los músculos paralizados y el costillar transformado en un fuelle roto, no es más que una criatura maltratada. Este monstruo jamás estuvo diseñado para luchar.

El megodonte exhala un último aliento huracanado. Su mole se asienta.

Los empleados de la fábrica se congregan alrededor de Anderson, gritando, tirando de él, intentando ayudar a los heridos y encontrar a los muertos. Hay gente por todas partes. Rojo y dorado, los colores del sindicato; el verde de los uniformes de SpringLife. Los *mahouts* trepan como hormigas por encima del gigantesco cadáver.

Durante un segundo, Anderson se imagina a Yates de pie junto a él, fumando uno de sus cigarrillos locales y deleitándose con la tragedia. «Y decías que dentro de un mes te habrías ido.» Quien aparece a su lado es Hock Seng, una voz susurrante, ojos negros rasgados, una mano huesuda que sube hasta su cuello y se retira empapada de rojo.

—Estás sangrando —murmura.

—¡Arriba! —grita Hock Seng. Pom, Nu, Kukrit y Kanda se apoyan con todas sus fuerzas en la rueda de transmisión destrozada, sacándola de su nicho como una astilla extraída de la piel de un gigante, levantándola para que la pequeña Mai pueda colarse debajo.

—¡No se ve nada! —anuncia la niña.

Los músculos de Pom y Nu se tensan con el esfuerzo mientras intentan impedir que la rueda caiga de nuevo en su sitio. Hock Seng se arrodilla y entrega una linterna táctil a Mai. Los dedos de la pequeña rozan los suyos y la herramienta desaparece en la oscuridad. La linterna vale más que ella. Hock Seng espera que a los trabajadores no se les escape la rueda mientras Mai siga allí abajo.

—¿Y bien? —llama un minuto después—. ¿Se ha agrietado?

De las profundidades no llega ninguna respuesta. Hock Seng espera que no haya quedado atrapada, atascada de alguna manera. Se acuclilla mientras aguarda a que la niña finalice la inspección. A su alrededor, la fábrica es un hervidero de actividad mientras los empleados intentan restaurar el orden. El cadáver del megodonte está cubierto de personas, sindicalistas armados de brillantes machetes y sierras de más de un metro de largo para cortar los huesos. Atacan la montaña de carne y se les tiñen las manos de rojo. La sangre escapa a raudales de la bestia desollada, con los músculos marmóreos al descubierto.

Hock Seng se estremece ante el espectáculo y recuerda a sus compatriotas, descuartizados de forma parecida, otros baños de sangre, otras fábricas arrasadas. Almacenes destruidos. Vidas perdidas. La situación es prácticamente idéntica a la llegada de los pañuelos verdes, con sus machetes y sus antorchas. Yute, tamarindo y muelles percutores, todos ellos devorados por el humo y el fuego. Llamas reflejadas en las hojas afiladas. Aparta la mirada y se obliga a enterrar los recuerdos. Se obliga a respirar.

El Sindicato de Megodontes envió carniceros profesionales en cuanto se enteró de que había perdido a uno de los suyos. Hock Seng intentó convencerlos para que sacaran el cadáver y terminaran su trabajo en la calle a fin de hacer sitio para reparar el tren de alimentación, pero los sindicalistas se negaron y ahora, además del frenesí de actividad de los equipos de limpieza, la fábrica está infestada de moscas y un creciente hedor a muerte.

Los huesos sobresalen del cadáver como corales de un océano de carne escarlata. Ríos de sangre escapan del animal para ser absorbidos por las rejillas de desagüe y las bombas de control de inundaciones accionadas con carbón de Bangkok. Hock Seng ve correr la sangre con expresión de contrariedad. La bestia contenía bidones de ella. Incontables calorías desperdiciadas. Los carniceros son rápidos, pero tardarán casi toda la noche en descuartizar por completo al animal.

—¿Ha terminado ya? —jadea Pom. Hock Seng vuelve a concentrarse en el problema actual. Pom, Nu y sus compatriotas tiemblan bajo el peso de la rueda.

Hock Seng vuelve a asomarse al interior del pozo.

—¿Qué ves, Mai?

Las palabras de la niña suenan amortiguadas.

—¡Pues sube de una vez! —Se asienta otra vez sobre los tobillos. Se enjuga el sudor de la cara.

La fábrica parece el interior de una olla de arroz. Con todos los megodontes recogidos en los establos, no queda nada para accionar las cadenas de la fábrica o cargar los ventiladores que hacen circular el aire por todo el edificio. El calor, la humedad y el hedor a



muerte los envuelven como una mortaja. Lo mismo podrían estar en uno de los mataderos de Khlong Toey. Hock Seng reprime una arcada.

Uno de los carniceros del sindicato grita algo. Han abierto el vientre del megodonte, del que escapa una tromba de intestinos. Los recolectores de vísceras (todos ellos al servicio del Señor del Estiércol) se zambullen en la masa y empiezan a cargarla en carretillas a paladas, un regalo de calorías llovido del cielo. Una fuente tan pura como estas entrañas seguramente irá a alimentar a los cerdos de las granjas periféricas del Señor del Estiércol, o a reponer las reservas de alimentos con las que los tarjetas amarillas dan de comer a los refugiados chinos malayos que se hacinan en las abrasadoras y antiguas torres de la Expansión bajo la protección del Señor del Estiércol. Lo que no devoren los cerdos ni los tarjetas amarillas se arrojará a los pozos de metano de la ciudad junto con el cargamento diario de heces y mondas de fruta, donde se cocerá lentamente hasta producir fertilizante y gas para, a la larga, iluminar las calles de la ciudad con el fulgor verde del metano de combustión sancionada.

Hock Seng se pellizca una verruga, pensativo. Es un buen monopolio. La influencia del Señor del Estiércol llega a tantos rincones de la ciudad que es asombroso que todavía no lo hayan nombrado primer ministro. Sin duda, si se lo propusiera, el padrino de todos los padrinos, el mayor *jao por* que jamás haya conocido el reino, podría tener todo cuanto quisiera.

«Pero ¿querrá lo que yo le puedo ofrecer? ¿Sabrá apreciar la oportunidad de hacer un buen negocio?», se pregunta Hock Seng.

La voz de Mai por fin se filtra desde abajo, interrumpiendo sus cavilaciones.

—¡Hay grietas! —chilla. Un momento después sale gateando del agujero, chorreando de sudor y cubierta de polvo. Nu, Pom y los demás sueltan las cuerdas de cáñamo. El suelo tiembla cuando el tambor de bobinado regresa a su nicho de golpe.

El ruido hace que Mai mire de reojo por encima del hombro. A Hock Seng le parece atisbar una sombra de miedo, la comprensión de que la rueda realmente podría haberla aplastado. La expresión se desvanece al instante. Una chiquilla con agallas.

—¿Sí? —pregunta Hock Seng—. Continúa. ¿Es el núcleo lo que se ha astillado?

—Sí, *khun*, puedo meter la mano en la grieta hasta aquí. —Se lo demuestra, tocándose la mano casi a la altura de la muñeca—. Y hay otra al final, exactamente igual.

—*Tamade* —maldice Hock Seng. No le sorprende, pero aun así—. ¿Y la cadena?

La niña sacude la cabeza.

—Los eslabones que he visto estaban doblados.

Hock Seng asiente.

—Avisa a Lin, Lek y Chuan...

—Chuan está muerto. —Mai hace un gesto en dirección a las manchas que señalan el lugar donde el megodonte arrolló a dos empleados.

Hock Seng arruga la frente.

—Sí, es verdad. —Además de Noi, Kapiphon y el desventurado de Banyat, el encargado de Control de Calidad que ahora nunca sabrá lo irritado que estaba el señor Anderson con él por haber permitido que los tanques de algas se contaminaran. Mil baht para las familias de los trabajadores fallecidos y dos mil para Banyat. Vuelve a torcer el gesto—. Pues busca a otro, alguien menudo del equipo de limpieza, como tú. Os meteréis bajo tierra. Pom, Nu y Kukrit, sacad el tambor. Por completo. Habrá que inspeccionar el sistema motriz principal, pieza por pieza. No podremos empezar siquiera a pensar en reanudar la producción hasta haberlo comprobado todo.

—¿Qué prisa hay? —ríe Pom—. No nos pondremos en marcha hasta dentro de mucho. El *farang* tendrá que pagar un montón de sacos de opio al sindicato antes de que

este acceda a enviar más trabajadores. No después de haber abatido a Hapreet.

—Cuando lleguen, no habrá rueda Número Cuatro —le espeta Hock Seng—. Llevará tiempo obtener la aprobación de la Corona para talar otro árbol de este diámetro y enviarlo flotando desde el norte, siempre y cuando tengamos monzón este año, tiempo durante el cual estaremos funcionando bajo mínimos. Tenlo presente. No habrá trabajo para todos. —Indica la rueda con la cabeza—. Los más laboriosos serán los que se queden.

Pom se disculpa con una sonrisa, disimulando su rabia, y hace un *wai*.

—*Khun*, he hablado sin pensar. No era mi intención ofenderte.

—No se hable más. —Hock Seng asiente con la cabeza y da media vuelta. Pese a lo agrio de su semblante, en el fondo está de acuerdo. Harán falta opio, sobornos y una renegociación del contrato energético antes de que los megodontes vuelvan a caminar alrededor de las ruedas de transmisión. Más números rojos para las hojas de cálculo. Y eso sin incluir el coste añadido de los monjes que deberán entonar sus cantos, o los sacerdotes brahmanes, o los expertos en *feng shui*, o los médiums que tendrán que parlamentar con los *phii* para que los empleados se apacigüen y sigan trabajando en esta fábrica gafada...

—¡*Tan xiansheng!*

Hock Seng levanta la cabeza, distraído de sus cábalas. Al otro lado de la planta, el *yang guizi* Anderson Lake está sentado en un banco junto a las taquillas de los empleados, donde una médica le atiende las heridas. Al principio, el diablo extranjero quería que la mujer lo remendara arriba, pero Hock Seng le convenció para hacerlo en la planta de la fábrica, en público, donde los trabajadores pudieran verlo, con el traje tropical blanco bañado de sangre como un *phii* escapado de un cementerio, pero aún con vida al menos. Y sin miedo. Podía ganarse mucho respeto gracias a eso. El extranjero tiene agallas.

El hombre bebe de una botella de whisky del Mekong que mandó comprar a Hock Seng como si este no fuera más que un simple criado. Hock Seng delegó el recado en Mai, que regresó con una botella de Mekong falso dotada de una etiqueta convincente y cambio suficiente como para que el anciano le diera unos pocos baht de propina a la niña por ser tan astuta, mientras la miraba a los ojos y decía: «Recuerda lo que he hecho por ti».

En otra vida hubiera creído que acababa de comprar un ápice de lealtad cuando la pequeña respondió asintiendo con la cabeza, solemne. En esta, se conformará con esperar que Mai no intente asesinarlo inmediatamente si los thais se rebelan de pronto contra los de su clase y deciden enviar a todos los chinos tarjetas amarillas a la selva infestada de roya. Quizá se haya ganado un poco de tiempo. O no.

Cuando se acerca a la doctora Chan, esta declara en mandarín:

—Tu diablo extranjero es testarudo. No deja de moverse.

La doctora es una tarjeta amarilla, igual que él. Otra refugiada cuya subsistencia depende forzosamente del ingenio y de la astucia. Si los camisas blancas descubrieran que el arroz que come se lo quita del cuenco a un doctor thai... Hock Seng arrincona esa idea. Merece la pena ayudar a una compatriota, siquiera por un solo día. Que sirva para expiar el pasado.

—Intenta mantenerlo con vida, por favor. —Hock Seng esboza una ligera sonrisa—. Lo necesitamos para que siga firmando las nóminas.

La mujer se ríe.

—*Ting mafan*. El hilo y la aguja ya no se me dan tan bien como antes, pero por ti, haré que esta fea criatura regrese de entre los muertos.

—Si eres tan buena, te llamaré cuando pille la cibiscosis.

—¿De qué se queja? —tercia en inglés el *yang guizi*.

Hock Seng le mira de reojo.

—Te mueves demasiado.

—Porque es una torpe de cuidado. Dile que se dé prisa.

—También has tenido mucha suerte, según ella. Un centímetro más hacia el lado equivocado y la astilla te habría perforado la arteria. Entonces tu sangre estaría por el suelo con la de todos los demás.

Para su sorpresa, el señor Lake sonríe al escuchar estas palabras. Su mirada se desvía hacia la montaña de carne que está siendo descuartizada.

—Una astilla. Y yo que pensaba que sería el megodonte el que acabaría conmigo.

—Sí. Has estado a punto de morir —dice Hock Seng.

Y eso hubiera sido desastroso. Si los inversores del señor Lake, descorazonados, decidieran renunciar a la fábrica... Hock Seng hace una mueca. Este *yang guizi* es mucho más difícil de manipular que el señor Yates, y pese a todo, el obstinado diablo extranjero debe seguir con vida, aunque solo sea para que no cierre la fábrica.

Es irritante darse cuenta de lo cerca que estuvo del señor Yates en su día y lo lejos que está del señor Lake ahora. Mala suerte y un *yang guizi* testarudo, y ahora tiene que idear un nuevo plan para cimentar su supervivencia a largo plazo y la resurrección de su clan.

—Creo que deberías celebrar que estás vivo —sugiere Hock Seng—. Agradece tu inmensa buena suerte con ofrendas a Kuan Yin y Hotei.

El señor Lake sonríe sin apartar sus ojos azules de Hock Seng. Acuosos lagos gemelos del demonio.

—Lo haré, no lo dudes. —Levanta la botella de falso Mekong, ya mediada—. Pienso pasarme la noche entera celebrándolo.

—¿Quieres que te busque compañía?

Las facciones del diablo extranjero se petrifican. Mira a Hock Seng con algo parecido a la repugnancia.

—Eso no es asunto tuyo.

Hock Seng permanece impassible, pero se maldice por dentro. Al parecer ha ido demasiado lejos, y ahora la criatura ha vuelto a enfadarse. Se disculpa con un rápido *wai*.

—Por supuesto. No pretendía ofenderte.

La mirada del *yang guizi* se pierde en la otra punta de la planta de la fábrica. Es evidente que el placer del momento se ha evaporado.

—¿A cuánto ascienden los daños?

Hock Seng se encoge de hombros.

—Acertaste con el núcleo del tambor. Está resquebrajado.

—¿Y la cadena principal?

—Inspeccionaremos hasta el último eslabón. Con suerte, solo se habrá visto afectado el tren secundario.

—Lo dudo. —El diablo extranjero le ofrece la botella de whisky. Hock Seng intenta disimular el asco y sacude la cabeza. El señor Lake sonríe con picardía y echa otro trago. Se seca los labios con el dorso de la mano.

Un nuevo grito surge de entre los carniceros del sindicato mientras la sangre del megodonte continúa manando a borbollones. Su cabeza yace ahora en un ángulo sesgado, prácticamente separada del resto del cuerpo. El cadáver comienza a adoptar cada vez más el aspecto de partes aisladas. En vez de un animal, parecen las piezas con las que un niño podría construir de cero un megodonte.

Hock Seng se pregunta si habrá alguna manera de obligar al sindicato a compartir con él los beneficios que se obtengan de la venta de carne incorrupta. Parece poco probable, a juzgar por la prisa que se dieron en acordonar el espacio de trabajo, pero tal vez lo hagan cuando renegocien el contrato energético, o cuando exijan las inevitables compensaciones.

—¿Quieres quedarte con la cabeza? —pregunta Hock Seng—. Puedes convertirla en un trofeo.

—No. —El *yang guizi* adopta una expresión ofendida.

Hock Seng se obliga a mostrarse impasible. Trabajar con esta criatura es demencial. Los estados de ánimo del diablo son volátiles, e invariablemente agresivos. Es como un chiquillo. Ora alegre, ora de mal humor. Hock Seng reprime la irritación que amenaza con apoderarse de él; el señor Lake es como es. Su karma hace de él un diablo extranjero, y el de Hock Seng los ha unido. De nada sirve quejarse de la calidad del U-*Tex* cuando uno se está muriendo de hambre.

El señor Lake parece reparar en la expresión de Hock Seng.

—Esto no ha sido ninguna cacería —se explica—, sino una simple ejecución. En cuanto le alcancé con los dardos, estaba muerto. Eso no tiene mérito.

—Ah. Por supuesto. Muy honorable. —Hock Seng disimula la decepción que lo embarga. Si el diablo extranjero hubiera exigido la cabeza, él podría haber sustituido los restos de los colmillos por compuestos de aceite de coco y habría vendido el marfil a los médicos de las afueras de Wat Bowonniwet. Ahora, incluso ese dinero se habrá perdido. Qué despilfarro. Hock Seng considera la posibilidad de explicarle la situación al señor Lake, de explicarle el valor de la carne, las calorías y el marfil inertes ante ellos, pero decide no hacerlo. El diablo extranjero no lo entendería, y ya está demasiado irascible como para provocarlo.

—Han llegado los cheshires —comenta el señor Lake.

Hock Seng mira a donde el *yang guizi* apunta con el dedo. En la periferia del escenario de la carnicería han aparecido unas fluctuantes siluetas felinas, jirones de luz y sombra atraídas por el olor a carroña. El *yang guizi* pone cara de asco, pero Hock Seng siente no poco respeto por los gatos demonio. Son astutos, sobreviven allí donde los desprecian. Su tenacidad podría calificarse casi de sobrenatural. A veces parece que huelen la sangre antes incluso de que se derrame. Como si pudieran atisbar el futuro y saber con exactitud dónde aparecerá su siguiente comida. Los reflejos felinos avanzan sigilosos hacia los viscosos charcos de sangre. Uno de los carniceros ahuyenta a uno de una patada, pero son demasiados como para combatirlos de veras, y el ataque carece de énfasis.

El señor Lake bebe otro trago de whisky.

—Jamás los echaremos de aquí.

—Hay niños que estarían dispuestos a darles caza —sugiere Hock Seng—. La recompensa no sería cara.

El *yang guizi* descarta la idea con una mueca.

—En el Medio Oeste también ofrecemos recompensas.

«Nuestros niños están más motivados que los vuestros.»

Pero Hock Seng no rebate las palabras del extranjero. Ofrecerá la recompensa de todos modos. Si consienten la presencia de los gatos, los trabajadores empezarán a rumorear que el causante de la catástrofe ha sido Phii Oun, el bromista cheshire espectral. Los gatos demonio titilan cada vez más cerca. Tricolores y anaranjados, negros como la noche... todos ellos aparecen y desaparecen de forma intermitente conforme sus cuerpos adoptan los tonos del entorno. Se tiñen de rojo al mojar las patas en el charco de sangre.

Hock Seng ha oído que el origen de los cheshires se remonta al empeño de un fabricante de calorías (empleado de PurCal o de AgriGen, lo más seguro) por hacerle un regalo de cumpleaños especial a su hija. Una sorpresa para cuando la princesita alcanzara la misma edad que la Alicia de Lewis Carroll.

Los niños invitados se llevaron las nuevas mascotas a casa, donde se aparearon con felinos naturales, y en cuestión de veinte años, los gatos demonio estaban en todos los

continentes y el *Felis domesticus* había desaparecido de la faz de la tierra, reemplazado por una variedad genética con una tasa de reproducción del noventa y ocho por ciento. En Malasia, los pañuelos verdes odiaban a los chinos y a los cheshires por igual, pero que Hock Seng sepa, los gatos demonio siguen multiplicándose con éxito allí.

El *yang guizi* da un respingo cuando la doctora Chan le pincha de nuevo y lanza una mirada asesina a la mujer.

—Acaba —le ordena—. Ya.

La médica se traga el miedo y ensaya un *wai* respetuoso.

—Se ha movido otra vez —susurra para Hock Seng—. La anestesia no es buena. O no tan buena como la que estoy acostumbrada a utilizar.

—No te preocupes —responde Hock Seng—. Por eso le he dado el whisky. Termina el trabajo. Yo me encargo de él. —Dirigiéndose a *xiansheng* Lake, añade—: Ya casi está.

El extranjero tuerce el gesto pero deja de amenazar a la doctora, que al menos completa los puntos. Hock Seng se la lleva a un lado y le entrega un sobre con el pago. La mujer se lo agradece con un *wai*, pero Hock Seng menea la cabeza.

—Dentro hay una bonificación. También quiero que entregues una carta. —Le da otro sobre—. Me gustaría hablar con el jefe de tu torre.

—¿Follaperros? —La médica pone cara de asco.

—Como te oiga llamarlo así, acabará con el resto de tu familia.

—Es un cerdo.

—Tú hazle llegar la nota. Con eso será suficiente.

Dubitativa, la mujer acepta el sobre.

—Te has portado bien con nuestra familia. Todos los vecinos comentan lo bondadoso que eres. Realizan ofrendas por tu... pérdida.

—Hago demasiado poco. —Hock Seng esboza una sonrisa forzada—. De todas formas, los chinos debemos permanecer unidos. Puede que en Malasia siguiéramos siendo hokkien, o hakka, o Quinta Ola, pero aquí todos somos tarjetas amarillas. Me avergüenza no poder hacer más.

—Es más de lo que hace ningún otro. —La mujer se despidió con otro *wai*, emulando los modales de su nueva cultura, y se va.

El señor Lake la mira mientras se aleja.

—Es una tarjeta amarilla, ¿verdad?

Hock Seng asiente.

—Sí. Doctora en Malaca. Antes del Incidente.

El hombre guarda silencio, como si estuviera digiriendo la información.

—¿Era más asequible que un médico thai?

Hock Seng observa de soslayo al *yang guizi* e intenta decidir qué es lo que prefiere escuchar. Al cabo, replica:

—Sí. Mucho más asequible. Igual de buena. Quizá mejor. Pero mucho más barata. Aquí no nos dejan ocupar el puesto de los thais. De modo que tiene muy poco trabajo salvo por los tarjetas amarillas... los cuales, evidentemente, tienen muy poco con qué pagar. Accedió a venir encantada.

El señor Lake asiente, caviloso, y Hock Seng se pregunta en qué estará pensando. Este hombre es un enigma. A veces, Hock Seng reflexiona que los *yang guizi* son demasiado estúpidos como para haber conquistado el mundo una vez, y menos aún dos. Que la Expansión tuviera éxito y luego, después de que el colapso energético los empujara de regreso a sus costas, volvieran a la carga, con sus fábricas de calorías, sus plagas y sus cereales patentados... Es como si gozaran de una protección sobrenatural. Por lógica el

señor Lake tendría que estar muerto, reducido a un montoncito de pulpa humana mezclada con los cadáveres de Banyat, Noi y el estúpido adiestrador anónimo del megodonte de la rueda Número Cuatro que provocó que la bestia se desbocara cegada por el pánico. Y sin embargo aquí está el diablo extranjero, lloriqueando por el insignificante pinchazo de una aguja pero sin darle la menor importancia al hecho de haber destruido a un animal de diez toneladas en un abrir y cerrar de ojos. Los *yang guizi* son unas criaturas extrañas, sin duda. Más incomprensibles de lo que sospechaba, pese a tratar con ellas habitualmente.

—Habrá que volver a pagar a los *mahouts*. No retomarán el trabajo si no les sobornamos —observa Hock Seng.

—Sí.

—Y también habrá que alquilar monjes para que entonen cantos por la fábrica. Para que los trabajadores se queden contentos. Hay que aplacar a los *phii*. —Hock Seng hace una pausa—. Será caro. La gente dirá que nuestra fábrica está habitada por malos espíritus. Que se levanta en el sitio equivocado, o que la casa de los espíritus no es lo bastante grande. O que talaste el árbol de un *phii* cuando se construyó. Habrá que llamar a un adivino, quizá a un maestro del *feng shui* para convencerles de que el lugar es bueno. Y los *mahouts* exigirán un plus por peligrosidad...

El señor Lake lo interrumpe.

—Quiero reemplazar a los *mahouts* —dice—. A todos.

Hock Seng aspira una bocanada de aire entre los dientes apretados.

—Eso es imposible. El Sindicato de Megodontes controla todos los contratos energéticos de la ciudad. Así lo decreta el gobierno. Los camisas blancas ostentan el monopolio eléctrico. No podemos enfrentarnos a los sindicatos.

—Son unos incompetentes. No quiero volver a verlos por aquí. Nunca más.

Hock Seng intenta adivinar si el *farang* está de broma. Sonríe dubitativo.

—Es un decreto real. Lo mismo podría desearse la sustitución del Ministerio de Medio Ambiente.

—No es mala idea. —El señor Lake se ríe—. Podría aliarme con Carlyle e Hijos y empezar a protestar todos los días por los impuestos y las leyes de crédito de carbono. Conseguiría que el ministro de Comercio Akkarat simpatizara con nuestra causa. —Su mirada se posa en Hock Seng—. Pero esa no es la manera en que a ti te gusta actuar, ¿verdad? —Sus ojos se tornan fríos de repente—. Prefieres las sombras y los trapicheos. Los negocios discretos.

Hock Seng traga saliva. La piel pálida y los ojos azules del diablo extranjero son realmente horripilantes. Es tan incomprensible como un gato infernal, y se siente igual de cómodo en territorio hostil.

—Enfurecer a los camisas blancas sería contraproducente —murmura Hock Seng—. El clavo que sobresale es el primero en recibir el martillazo.

—Así hablan los tarjetas amarillas.

—Lo que tú digas. Pero yo estoy vivo cuando otros han muerto, y el Ministerio de Medio Ambiente es muy poderoso. El general Pracha y sus camisas blancas han sorteado todos los obstáculos que les salieron al paso hasta ahora. Incluso el atentado del doce de diciembre. El que quiera molestar a una cobra hará bien en prepararse para su picadura.

Parece que el señor Lake está dispuesto a discutir, pero en vez de eso se encoge de hombros.

—Seguro que tú lo sabes mejor que yo.

—Por eso me pagas.

El *yang guizi* se queda mirando fijamente al megodonte inerte.

—Ese animal no tendría que haber sido capaz de romper el arnés. —Toma otro

trago de la botella—. Las cadenas de seguridad estaban oxidadas, lo he comprobado. No vamos a pagar ni un centavo en reparaciones. Eso seguro. Es mi última palabra. Si ellos hubieran asegurado al animal, yo no habría tenido que matarlo.

Hock Seng inclina la cabeza en señal de adhesión tácita, aunque se resiste a decirlo en voz alta.

—*Khun*, no hay otra opción.

El señor Lake esboza una sonrisa glacial.

—Claro, es verdad. Tienen el monopolio. —Hace una mueca—. Yates cometió una estupidez al instalarse aquí.

Un escalofrío de nerviosismo recorre el cuerpo de Hock Seng. De repente, el *yang guizi* parece un chiquillo enfurruñado. Los niños son impulsivos. Los niños hacen cosas que enfurecen a los camisas blancas o a los sindicatos. Y a veces cogen los juguetes y se largan corriendo a casa. Una idea preocupante, sin duda. Anderson Lake y sus inversores no deben largarse corriendo. Todavía no.

—¿A cuánto ascienden las pérdidas hasta la fecha? —pregunta el señor Lake.

Hock Seng vacila antes de armarse de valor para dar la mala noticia.

—¿Con la muerte del megodonte y el coste de apaciguar a los sindicatos? Noventa millones de baht, tal vez.

Mai grita y llama por señas a Hock Seng. A este no le hace falta mirar para saber que se trata de más malas noticias.

—Creo que también hay daños abajo. Las reparaciones serán caras. —Hace una pausa antes de abordar el espinoso tema—. Habrá que informar a sus inversores, los señores Gregg y Yee. Es probable que no dispongamos de efectivo para costear las reparaciones y además instalar y calibrar los nuevos tanques de algas cuando lleguen. — Espera un momento—. Necesitaremos más fondos.

Deja pasar el tiempo, nervioso, preguntándose cómo reaccionará el *yang guizi*. El dinero fluye tan deprisa por la empresa que a Hock Seng a veces le parece agua, y sin embargo sabe que esta noticia no es agradable. A veces los inversores ponen trabas a los gastos. Con el señor Yates, las peleas por el dinero eran frecuentes. Con el señor Lake, algo menos. Los inversores no protestan tanto ahora que el señor Lake está aquí, pero sigue siendo una cantidad de dinero desorbitada para gastarla en un sueño. Si Hock Seng dirigiera la fábrica, la habría cerrado hace más de un año.

Pero el señor Lake ni siquiera pestañea. Se limita a decir:

—Más dinero. —Se vuelve hacia Hock Seng—. ¿Y cuándo saldrán de la aduana los tanques de algas y los cultivos de nutrientes? ¿Cuándo, en realidad?

Hock Seng palidece.

—Es complicado. Apartar el telón de bambú no se consigue en un día. Al Ministerio de Medio Ambiente le gusta entrometerse.

—Dijiste que habías pagado para que los camisas blancas no nos molestaran.

—Sí. —Hock Seng inclina la cabeza—. Se han hecho todos los obsequios pertinentes.

—Entonces, ¿por qué se quejaba Banyat de los tanques contaminados? Si tenemos organismos vivos reproduciéndose...

Hock Seng se apresura a interrumpirle.

—Todo está en los amarraderos. Depositado por Carlyle e Hijos la semana pasada... —Toma una decisión. El *yang guizi* necesita escuchar buenas noticias—. El envío saldrá de la aduana mañana. El telón de bambú se abrirá, y el cargamento llegará a lomos de megodontes. —Se obliga a sonreír—. A menos que decidas despedir al sindicato ahora mismo.

El demonio sacude la cabeza, incluso sonrío ante la pequeña broma, y Hock Seng siente una oleada de alivio.

—Así que mañana... ¿Seguro? —pregunta el señor Lake.

Hock Seng hace de tripas corazón y agacha la cabeza en señal de aquiescencia, deseando con todas sus fuerzas que sea verdad. El extranjero sigue sin apartar sus ojos azules de él.

—Todo esto cuesta un montón de dinero. Pero si hay algo que los inversores no pueden tolerar es la incompetencia. Tampoco yo la toleraré.

—Entendido.

El señor Lake asiente, satisfecho.

—Estupendo. Esperaremos antes de hablar con la sede. Llamaremos cuando los componentes de la línea nuevos hayan salido de aduanas. Así podremos mezclar alguna buena noticia entre las malas. No quiero pedir más dinero con las manos vacías. —Vuelve a mirar a Hock Seng—. Eso no estaría bien, ¿a que no?

Hock Seng se obliga a asentir con la cabeza.

—Lo que tú digas.

El señor Lake echa otro trago a la botella.

—Bien. Averigua la gravedad de los daños. Quiero un informe por la mañana.

Hock Seng se da por despedido con estas palabras y cruza la planta de la fábrica en dirección a los expectantes operarios del tambor de bobinado. Espera estar en lo cierto acerca del envío. Que llegue de veras. Que los hechos le den la razón. Es un tiro a ciegas, pero aun así podría dar en el blanco. En cualquier caso, el demonio tampoco querría escuchar demasiadas malas noticias de golpe.

Cuando Hock Seng llega a la rueda de tracción, Mai está sacudiéndose el polvo tras otra incursión en el pozo.

—¿Qué tal? —pregunta Hock Seng. La rueda está completamente desmontada de la cadena. Fuera de su nicho, yace inerte en el suelo como una gigantesca viga de teca. Las grietas son enormes y perfectamente visibles. Se asoma al agujero—. ¿Hay muchos desperfectos?

Un minuto después, Pom sale gateando, cubierto de grasa.

—Los túneles son muy estrechos. —Jadea—. En algunos no quepo. —Se limpia el sudor y la mugre con un brazo—. El tren secundario está destrozado, eso seguro, y los demás lo averiguaremos cuando los niños descendan por los eslabones. Si la cadena principal está dañada, habrá que levantar el suelo.

Hock Seng contempla el cráter de la rueda con una mueca, rememorando túneles, ratas, y el miedo que pasó mientras luchaba por sobrevivir en las junglas del sur.

—Le pediremos a Mai que venga con algunos de sus amigos.

Vuelve a revisar los desperfectos. Hubo un tiempo en que poseía edificios como este. Almacenes enteros repletos de bienes. Y ahora mira en qué se ha convertido, el factótum de un *yang guizi*. Un anciano cuyo cuerpo empieza a fallar, el único miembro de su clan. Con un suspiro, reprime la frustración que lo embarga.

—Quiero conocer la magnitud de los daños antes de hablar otra vez con el *farang*. Sin sorpresas.

Pom hace un *wai*.

—Sí, *khun*.

Hock Seng se encamina a las oficinas, cojeando ligeramente durante unos pocos pasos antes de obligarse a dejar de mimar la pierna. Con tanta actividad ha empezado a dolerle la rodilla, recordatorio de su propio encontronazo con los monstruos que accionan la fábrica. No puede evitar detenerse en lo alto de la escalera para estudiar el cadáver del



megodonte, los lugares donde han muerto los trabajadores. Los recuerdos le picotean y arañan como si fueran una bandada de cuervos empeñados en apoderarse de su cabeza. Tantos amigos muertos. Tantos parientes desaparecidos. Hace cuatro años era un pez gordo. ¿Y ahora? Nada.

Empuja la puerta. El silencio reina en las oficinas. Mesas vacías, una fortuna en ordenadores a pedales, la cinta ergométrica y su diminuto panel de control, las gigantescas cajas fuertes de la empresa. Mientras pasea la mirada por la estancia, unos fanáticos religiosos con pañuelos verdes en la cabeza saltan de las sombras, machetes en ristre, pero son solo recuerdos.

Cierra la puerta a su espalda, apagando así el clamor de la carnicería y las reparaciones. Se obliga a no acudir a la ventana para contemplar de nuevo la sangre y el cadáver. A no recrearse en el recuerdo de las cunetas de Malaca, rebosantes de sangre, de las cabezas chinas apiladas como duraznos a la venta.

«Esto no es Malasia. Aquí estás a salvo», se dice.

Sin embargo, las imágenes persisten. Tan brillantes como fotografías o los fuegos artificiales del Festival de la Primavera. Aun transcurridos cuatro años desde el Incidente, debe realizar rituales para tranquilizarse. Cuando se siente mal, casi cualquier objeto adquiere connotaciones amenazadoras. Cierra los ojos, se obliga a respirar hondo, a recordar el mar azul y sus flotas de clíperes blancos sobre las olas... Aspira otra bocanada de aire y abre los ojos. La habitación vuelve a ser un lugar seguro. Nada salvo estrictas filas de escritorios desiertos y ordenadores a pedales cubiertos de polvo. Postigos que cortan el paso de la luz del sol tropical. Motas de polvo e incienso.

Al otro lado de la estancia, envueltas en las sombras, las cámaras gemelas de las cajas fuertes de SpringLife emiten un resplandor apagado, hierro y acero, agazapadas, provocándole. Hock Seng posee las llaves de una, el depósito del dinero en efectivo para uso diario. Pero la otra, la caja fuerte principal, solo puede abrirla el señor Lake.

«Tan cerca», piensa.

Los planos están ahí mismo. A escasos centímetros. Los ha visto desplegados. Las muestras de ADN de las algas modificadas, sus mapas del genoma en cubos de datos en estado sólido. Las instrucciones para desarrollar y procesar la espuma resultante en lubricantes y polvo. Los requisitos de forjado necesarios para que el filamento de los muelles percutores acepte los nuevos revestimientos. La próxima generación del almacenamiento de energía al alcance de la mano. Y con ella, la esperanza de resurrección para él y su clan.

Yates farfullaba y bebía, y Hock Seng le llenaba el vaso de *baijiu* y escuchaba sus desvaríos mientras cultivaba su confianza y su dependencia. Más de un año. Y todo en vano. Ahora solo queda esta caja fuerte que no puede abrir porque Yates cometió la estupidez de incurrir en la ira de los inversores, y fue demasiado incompetente para conseguir que su sueño fructificara.

Nuevos imperios aguardan a ser construidos; lo único que tiene que hacer Hock Seng es llegar hasta esos documentos. Solo posee copias incompletas de cuando solían estar a la vista de todos, desparramados encima de la mesa de Yates, antes de que el necio borracho comprara la condenada caja fuerte para el despacho.

Ahora hay una llave y una combinación, y una pared de hierro entre los planos y él. La caja fuerte es de buena calidad. Hock Seng está familiarizado con ellas. Se beneficiaba de su robustez cuando también él era un pez gordo y tenía documentos que debía proteger. Es irritante (quizá lo más irritante de todo) que los diablos extranjeros se valgan de la misma marca de caja fuerte que usaba él en su imperio comercial en Malasia: YingTie. Una herramienta china, pervertida con fines extraños. Se ha pasado días mirando fijamente esa

caja fuerte. Meditando sobre los conocimientos que alberga...

Hock Seng ladea la cabeza, contemplativo de repente.

«¿La has cerrado, señor Lake? Con tanta emoción, ¿no se te habrá olvidado quizá volver a cerrarla?»

Los latidos de Hock Seng se aceleran.

«¿Habrás tenido un descuido?»

El señor Yates los tenía a menudo.

Hock Seng intenta refrenar la emoción. Renquea hasta la caja fuerte. Se yergue ante ella. Un altar, un objeto de culto. Un monolito de acero forjado, inmune a todo salvo la paciencia y las brocas de diamante. Todos los días se sienta enfrente de ella, siente que se ríe de él.

¿Podría ser así de sencillo? ¿Es posible que al señor Lake se le olvidara cerrarla en medio de la confusión?

Hock Seng estira el brazo, vacilante, y apoya la mano en la palanca. Contiene el aliento. Reza a sus antepasados, reza a Phra Kanet, el protector de los thais que aparta los obstáculos con su cabeza de elefante, a todos los dioses que conoce. Empuja la palanca.

Mil *jin* de acero empujan en dirección contraria, oponiéndose a la presión con todo su ser.

Hock Seng deja escapar el aire y retrocede, obligándose a reprimir la desilusión que lo embarga.

Paciencia. Todas las cajas fuertes tienen una llave. Si el señor Yates no hubiera sido tan incompetente, si no se las hubiera apañado para enfurecer a los inversores, habría sido la llave perfecta. Ahora tendrá que ser el señor Lake.

Cuando el señor Yates instaló el depósito, bromeó diciendo que había que poner las joyas de la familia a buen recaudo, y se rió. Hock Seng se obligó a asentir con la cabeza, hizo un *wai* y sonrió, pero solo podía pensar en lo valiosos que eran los planos, y en lo estúpido que había sido al no copiarlos antes, cuando estaban al alcance de cualquiera.

Ahora Yates ya no está, y en su lugar hay un demonio nuevo. Un verdadero demonio de ojos azules y cabellos dorados, tan severo como blando era Yates. Esta peligrosa criatura que controla todo cuanto hace Hock Seng, complicándolo todo, a la que habrá que convencer de alguna manera para que revele los secretos de su empresa. Hock Seng frunce los labios. «Paciencia. Debes tener paciencia. El diablo extranjero cometerá un error tarde o temprano.»

—¡Hock Seng!

Hock Seng se va hasta la puerta y con un gesto indica al señor Lake que ya va, pero en vez de bajar inmediatamente por la escalera, se dirige a su santuario.

Se postra ante la efigie de Kuan Yin y reza para que se apiade de él y de sus antepasados. Para que le dé una oportunidad de redimirse a él y a su familia. Bajo la dorada representación de la buena suerte, suspendida boca abajo para que esta llueva sobre él, Hock Seng coloca arroz U-*Tex* y corta una naranja sanguina. El jugo se derrama por su brazo; la fruta está madura, libre de contaminación, y es cara. Uno no puede ser tacaño con los dioses; les gusta la carne, no el hueso. Enciende el incienso.

Mientras el humo se eleva en el aire asfixiante, inundando el despacho una vez más, Hock Seng reza. Reza para que no cierre la fábrica, y para que sus sobornos transporten sin contratiempos los nuevos componentes de la cadena a través del telón de bambú. Para que el diablo extranjero del señor Lake pierda la cabeza y confíe demasiado en él, y para que la condenada caja fuerte se abra y le desvele sus secretos.

Hock Seng reza para que le sonría la suerte. Hasta un viejo chino tarjeta amarilla lo necesita de vez en cuando.

Emiko moja los labios en el whisky, deseando estar ebria, mientras espera a que Kannika le indique que ha llegado el momento de la humillación. Una parte de su ser sigue rebelándose, pero el resto (la parte que está sentada con la diminuta chaquetilla que le deja el torso al descubierto, la ceñida falda *pha sin* y un vaso de whisky en la mano) no tiene fuerzas para oponer resistencia.

Se pregunta entonces si no será al revés, si no es posible que la parte que pugna por conservar un ápice de dignidad sea la misma que busca destruirla. Si no es posible que su cuerpo, esta colección de células y ADN manipulado (con sus propias necesidades, más poderosas y prácticas), sea el verdadero superviviente: el único con voluntad.

¿No es ese el motivo de que esté aquí sentada, escuchando la cadencia de las porras contra la carne y los alaridos de *pi klang* mientras las chicas se retuercen bajo las luciérnagas, incitadas por los gritos de los hombres y de las putas? ¿Es porque carece de la voluntad necesaria para morir? ¿O porque es demasiado obstinada para consentirlo?

Raleigh sostiene que todo llega en ciclos, como la subida y la bajada de las mareas en las playas de Koh Samet, o la subida y la bajada de una polla ante una chica bonita. Raleigh pega palmaditas en las nalgas desnudas de las muchachas, se ríe con los chistes de la última oleada de *gaijin* y le dice a Emiko que por raro que sea lo que quieran hacer con ella, el dinero es el dinero, y no hay nada nuevo bajo el sol. Y quizá tenga razón. Raleigh no le pide nada que no se haya pedido ya antes. Ninguno de los castigos que sea capaz de imaginar Kannika para lastimarla y hacerle llorar será realmente innovador. Solo que los alaridos y los gemidos esta vez escapan de una chica mecánica. En eso, al menos, radica la novedad.

«¡Mirad! ¡Es casi humana!»

Gendo-sama decía que era más que humana. Le acariciaba el pelo negro después de hacer el amor y decía que le parecía una lástima que los neoseres no fueran más respetados, y más todavía que sus movimientos jamás fueran fluidos. Pero aun así, ¿acaso no gozaba de una vista y una piel perfectas, de unos genes resistentes al cáncer y a todas las enfermedades? ¿Quién era ella para quejarse? Al menos su cabello no encanecería nunca, ni envejecería tan deprisa como él, pese a todas las operaciones, las pastillas, los ungüentos y las hierbas que lo mantenían joven.

Una vez, mientras le atusaba el pelo, había dicho:

—Eres preciosa, aunque seas un neoser. No te avergüences.

Y Emiko se había acurrucado en sus brazos.

—No. No me avergüenzo.

Pero eso había sido en Kioto, donde los neoseres eran algo común, donde cumplían una función y a veces eran respetados. No eran humanos, sin duda, pero tampoco constituían la amenaza que denunciaban los integrantes de esta cultura básica y salvaje. Sin duda no eran los demonios contra los que advertían los grahamitas desde sus púlpitos, ni las criaturas impías escapadas del infierno que se imaginaban los monjes budistas de los bosques, incapaces de conseguir un alma o un lugar en los ciclos del renacimiento y la lucha por el nirvana. Ni la afrenta al Corán que creían los pañuelos verdes.

Los japoneses eran pragmáticos. Una población envejecida necesitaba mano de obra joven en todas sus variantes, y si esta provenía de los tubos de ensayo y se criaba en guarderías especiales, no era ningún pecado. Los japoneses eran pragmáticos.

«¿Por eso ahora estás aquí sentada? ¿Por el pragmatismo exacerbado de los

japoneses? Aunque te parezcas a ellos, aunque hables su idioma, aunque Kioto sea el único hogar que conoces, no eras japonesa.»

Emiko apoya la cabeza en las manos. Se pregunta si encontrará una cita, o si se quedará sola al final de la noche, y se pregunta también si sabe lo que prefiere.

Raleigh dice que no hay nada nuevo bajo el sol, pero esta noche, cuando Emiko indicó que ella era un neoser, y que los neoseres no existían antes, Raleigh se echó a reír, y respondió que tenía razón y que era especial y que, quién sabe, quizá eso significara que todo era posible. A continuación le dio una palmada en el trasero y le ordenó que subiera al escenario y demostrara lo especial que iba a ser esa noche.

Emiko acaricia con los dedos la humedad de los anillos de la barra. Las cervezas calientes exudan aros viscosos, tan viscosos como las chicas y los clientes, tan viscosos como su piel cuando la unta de aceite hasta dejarla resplandeciente, para que sea tan suave como la mantequilla cuando la toque algún hombre. Tan suave como pueda serlo la piel, y quizá más, pues aunque sus movimientos físicos sean titubeantes y entrecortados como el brillo de una bombilla estropeada, su piel es más que perfecta. Aun con su visión mejorada le cuesta distinguir los poros. Son tan pequeños. Tan delicados. Tan óptimos. Pero diseñados para Japón y el control climático de alguien adinerado, no para aquí. Aquí, hace demasiado calor y ella suda demasiado poco.

Se pregunta si tendría menos calor si se tratara de otra clase de animal, un cheshire peludo y sin mente, por ejemplo. No porque sus poros fueran más grandes y eficientes, menos dolorosamente impermeable su piel, sino sencillamente porque no tendría que pensar. No tendría por qué saber que había sido encerrada en esta envoltura perfecta y asfixiante por un científico engreído cuyos tubos de ensayo y mezclas de confeti de ADN posibilitaban que su piel fuera tan suave, y que le ardieran tanto las entrañas.

Kannika la agarra del pelo.

El inesperado asalto deja sin aliento a Emiko. Busca ayuda, pero ninguno de los clientes muestra el menor interés por ella. Todos observan a las chicas del escenario. Las compañeras de Emiko están atendiendo a los hombres, sirviéndoles whisky constantemente, apoyando las nalgas en sus regazos y pasándoles la mano por el pecho. En cualquier caso, tampoco le profesan ningún cariño. Ni siquiera las de naturaleza más bondadosa (las que tienen *jai dee*, quienes de alguna manera consiguen sentir afecto por una chica mecánica como ella) querrían salir en su defensa.

Raleigh está hablando con otro *gaijin*, sonriendo y bromeando con el hombre, pero sus ojos ancianos no se apartan de Emiko, atentos a su reacción.

Kannika le pega otro tirón.

—*Bai!*

Emiko obedece: baja del taburete de la barra y encamina sus pasos mecánicos a la tarima circular. Todos los hombres se ríen y señalan con el dedo a la chica mecánica japonesa de andares sincopados y antinaturales. Una rareza trasplantada de su hábitat natural, adiestrada desde su nacimiento para agachar la cabeza y hacer reverencias.

Emiko intenta distanciarse de lo que está a punto de suceder. Está entrenada para afrontar con frialdad este tipo de situaciones. Los responsables de la guardería donde fue creada y adiestrada no se hacían ilusiones sobre los múltiples usos que se le podrían dar a un neoser, por refinado que fuera este. Los neoseres sirven y no hacen preguntas. Se dirige al escenario con los pasos medidos de una cortesana elegante, con movimientos estilizados y estudiados, perfeccionados a lo largo de décadas para amoldarse a su herencia genética, para poner de relieve su belleza y su exotismo. Pero la multitud pasa por alto todo esto. Lo único que ven son movimientos entrecortados. Una broma. Un juguete extranjero. Una chica mecánica.

Le ordenan que se quite la ropa.

Kannika derrama agua encima de su piel aceitada. Emiko resplandece cubierta de gemas líquidas. Sus pezones se endurecen. Las luciérnagas reptan y se retuercen en lo alto, proyectando la luz fosforescente de su cúpula. Los clientes se ríen de ella. Kannika le da una palmada en la cadera y hace que doble la cintura. Le azota el trasero hasta dejárselo enrojecido, le ordena que se incline un poco más, que se humille ante estos hombres insignificantes que se imaginan que forman la vanguardia de una nueva Expansión.

Los clientes ríen, agitan los brazos y apuntan con el dedo para pedir más whisky. Raleigh sonrío desde su rincón, el anciano tío entrañable, encantado de enseñar las costumbres del viejo mundo a estos recién llegados, a estos insignificantes empresarios que fantasean con beneficios multinacionales. Kannika indica por señas a Emiko que se arrodille.

Un *gaijin* con la barba negra y el intenso bronceado propio de los tripulantes de los clíperes observa a escasos centímetros de distancia. Emiko le mira a los ojos. Él redobla su escrutinio, como si estuviera examinando un insecto bajo la lupa: fascinado, y sin embargo también asqueado. Emiko siente el impulso de encararse con él, de obligarle a mirarla, a verla realmente en vez de limitarse a evaluarla como si fuera un pedazo de escoria genética. Pero en vez de eso se agacha y pega la frente a las tablas de teca, sumisa, mientras Kannika habla en tailandés y relata la historia de la vida de Emiko. Cuenta que una vez fue el juguete de un japonés adinerado. Que ahora es de ellos, para que se diviertan con ella o la rompan incluso si les apetece.

A continuación agarra un puñado de cabellos de Emiko y tira con fuerza. El cuerpo de Emiko se arquea con un jadeo. Atisba de reojo al hombre de la barba, que parece sorprendido por el repentino gesto de violencia, por la humillación. Un destello de la multitud. El techo con sus jaulas llenas de luciérnagas. Kannika continúa tirando hacia atrás, doblándola como un junco, obligándola a erguir los senos hacia el público, arqueándole la espalda más todavía, separándole los muslos mientras Emiko lucha por no caer de costado. Su cabeza toca la madera del escenario. Su cuerpo forma un arco perfecto. Kannika dice algo y los hombres se ríen. El dolor en el espinazo y el cuello de Emiko es extremo. Puede sentir los ojos de la multitud sobre ella, un ente físico, lúbrico. Se encuentra expuesta por entero.

Algo líquido se derrama sobre ella.

Intenta levantarse, pero Kannika la empuja hacia abajo y vierte más cerveza en su cara. Emiko se atraganta y escupe, ahogándose. Por fin Kannika la libera y Emiko se yergue de golpe, tosiendo. La espuma se escurre por su barbilla, le baña el cuello y los pechos, cae hasta su entrepierna.

Todo el mundo se carcajea. Saeng ya está ofreciéndole otra cerveza al hombre de la barba, que sonrío y le deja una buena propina, y todos se ríen de los temblores y los espasmos del cuerpo de Emiko ahora que el pánico ha hecho presa en ella. Escupe el líquido que le inunda los pulmones. Ahora no es sino una marioneta ridícula, movimientos entrecortados (espasmódicos, *heechykeechy*) sin el menor rastro de la gracia estilizada que su maestra Mizumi-sensei le inculcó cuando era una niña en la guardería. No hay elegancia ni cuidado en sus movimientos ahora; los rasgos delatores de su ADN se manifiestan violentamente para regocijo de todos los presentes.

Emiko sigue tosiendo, vomitando casi la cerveza que tiene en los pulmones. Sus brazos y piernas tiemblan y se menean sin sentido, brindándoles a todos la oportunidad de ver su auténtica naturaleza. Por fin consigue aspirar una bocanada de aire. Controla sus movimientos desbocados. Se queda inmóvil, de rodillas, aguardando el siguiente asalto.

En Japón era un prodigio. Aquí, no es más que una simple chica mecánica. Los

hombres se ríen de sus extraños andares y ponen cara de asco ante su mera existencia. Para ellos es una criatura prohibida. Los tailandeses estarían encantados de fundirla en los tanques de metano. Si tuvieran que elegir entre ella y un fabricante de calorías de AgriGen, es difícil saber a quién querrían ver derretido primero. Y luego están los *gaijin*. Se pregunta cuántos de ellos profesarán ser miembros de la Iglesia grahamita, consagrada a destruir todo lo que ella representa: una afrenta a la naturaleza y el orden de las cosas. Y sin embargo ahí están, plácidamente sentados, disfrutando de su humillación a pesar de todo.

Kannika la agarra de nuevo. Se ha desnudado y tiene una polla de jadeíta en las manos. Derriba a Emiko de un empujón, obligándola a ponerse de espaldas.

—Sujetadle las manos —ordena, y los hombres se apresuran a estirar los brazos e inmovilizarle las muñecas.

Kannika le abre las piernas de par en par, y Emiko chilla cuando la penetra. Gira el rostro, dispuesta a soportar el asalto con resignación, pero Kannika se da cuenta de su estrategia. Atenaza la cara de Emiko con una mano y la obliga a mostrar las facciones para que los hombres puedan presenciar el efecto de las atenciones de Kannika.

El público anima. Empieza a entonar un canto. Cuenta en tailandés. ¡*Neung!* ¡*Song!* ¡*Sam!* ¡*Si!*

Kannika responde acelerando la cadencia de sus embestidas. Los hombres sudan, observan y vociferan pidiendo más a cambio del precio de la entrada. Cada vez son más los que retienen a Emiko, manos en sus tobillos y muñecas, dando más libertad a Kannika para que redoble el abuso. Emiko se retuerce, su cuerpo tiembla y se menea sin control, convulsionándose como hacen todos los neoseres, un arte que Kannika ha aprendido a dominar. Los hombres ríen y hacen comentarios sobre lo estrambótico de sus movimientos, gestos entrecortados, estroboscópicos.

Los dedos de Kannika se suman al jade entre los muslos de la chica mecánica, jugando con el eje de su ser. La vergüenza amenaza con desbordar a Emiko. Los hombres se apiñan, apelotonándose, fascinados. Detrás de ellos se agolpan más todavía, esforzándose por entrever algo. Emiko gime. Kannika se ríe por lo bajo, con picardía. Dice algo a los hombres y acelera el ritmo. Sus dedos juegan con los pliegues de Emiko, que vuelve a gemir cuando su cuerpo la traiciona. Grita. Se arquea. Su cuerpo reacciona exactamente tal y como fue diseñado, tal y como pretendían los científicos con sus tubos de ensayo. No puede controlarlo, por mucho que lo deteste. Los científicos no le permitieron ni siquiera esta pequeña desobediencia. Se corre.

El público estalla en rugidos de aprobación, burlándose de las extrañas convulsiones que el orgasmo extrae de su ADN. Kannika abarca sus movimientos con un gesto, como diciendo: «¿Lo veis? ¡Fijaos en este animal!». Se arrodilla encima de la cara de Emiko y sisea que no es nada, que jamás será nada, que por una vez los sucios japoneses obtendrán su merecido.

A Emiko le gustaría replicar que ningún japonés que se precie haría algo así. Le gustaría replicar que lo único que puede hacer Kannika es jugar con un artilugio japonés de usar y tirar, una trivialidad fruto de la inventiva nipona, como los manillares desechables para los rickshaws de Matsushita, pero ya lo ha dicho antes y eso solo consigue empeorar las cosas. Si se queda callada, el abuso terminará antes.

Aunque sea un neoser, no hay nada nuevo bajo el sol.

Los culis tarjetas amarillas operan las manivelas de los ventiladores de aspas gigantescas que agitan la atmósfera del club. El sudor gotea de sus rostros y se derrama por sus espaldas en relucientes regueros. Queman calorías tan deprisa como las consumen, y aun así el club es un horno con el recuerdo del sol de la tarde.

Emiko está de pie junto a uno de los ventiladores, dejando que la refresque en la

medida de lo posible, descuidando por un momento la tarea de acarrear bebidas para los clientes y esperando que Kannika no vuelva a ponerle la vista encima.

Siempre que Kannika se tropieza con ella, la saca al escenario para que los hombres se recreen. La obliga a caminar con el tradicional paso mecánico japonés, enfatizando los estilizados movimientos de su especie. Hace que se gire a un lado y a otro, y los hombres hacen bromas a su costa en voz alta mientras por dentro consideran la posibilidad de comprarla cuando sus amigos se hayan marchado.

En el centro de la sala principal, los hombres invitan a las chicas con sus *pha sin* y sus chaquetillas a salir a la pista de baile y dan vueltas despacio por el parquet mientras la banda toca popurríes de la Contracción, canciones que Raleigh ha rescatado de su memoria y traducido para su interpretación con instrumentos tradicionales tailandeses, extrañas y melancólicas amalgamas del pasado, tan exóticas como sus hijos de cabellos bermejos y grandes ojos redondos.

—¡Emiko!

Se encoge. Es Raleigh, que le indica que vaya a su despacho. Los hombres siguen sus movimientos entrecortados con la mirada cuando pasa por delante de la barra. Kannika levanta la cabeza sin dejar de hacer manitas y carantoñas a un cliente. Esboza una ligera sonrisa al paso de la chica mecánica. Cuando Emiko llegó al país, le dijeron que los thais pueden sonreír de treinta formas distintas. Sospecha que la de Kannika no augura nada bueno.

—Venga —se impacienta Raleigh. La conduce detrás de una cortina y por el pasillo donde las chicas se ponen los uniformes de trabajo, y después abre otra puerta.

Souvenires por valor de tres vidas completas revisten las paredes de su despacho; hay de todo, desde fotografías amarillentas de una Bangkok iluminada completamente por la electricidad hasta una imagen de Raleigh vestido con el atuendo tradicional de alguna tribu salvaje de las montañas del norte. Raleigh invita a Emiko a recostarse encima de un cojín en la plataforma elevada donde atiende los asuntos personales. Ya hay otro hombre reclinado allí, un tipo alto y pálido de ojos azules y rubios cabellos, con una fea cicatriz en el cuello.

El hombre se sobresalta ante la llegada de Emiko.

—Jesús y Noé, no me habías dicho que se trataba de una chica mecánica.

Raleigh sonrío y se acomoda en otro cojín.

—No sabía que fueras grahamita.

La provocación arranca una media sonrisa a su interlocutor.

—Es arriesgado tener algo así... Estás jugando con roya, Raleigh. Las camisas blancas se te podrían echar encima.

—Al ministerio le importa un bledo siempre y cuando yo siga pagando. Los tipos que patrullan por aquí no son el Tigre de Bangkok. Lo único que les preocupa es ganar un dinero extra y dormir por la noche de un tirón. —Se carcajea—. El hielo que consume me sale más caro que sobornar al Ministerio de Medio Ambiente para que haga la vista gorda.

—¿Hielo?

—La estructura de sus poros no es la adecuada. Se recalienta. —Frunce el ceño—. Si llego a saberlo antes, no la habría comprado.

La habitación apesta a opio; Raleigh se afana en rellenar la pipa. Afirma que el opio le mantiene joven, vital frente al paso del tiempo, pero Emiko sospecha que sus viajes a Tokio para someterse a los mismos tratamientos de longevidad que empleaba Gendo-sama también tienen algo que ver. Raleigh sostiene el opio encima de la lámpara. Cuando se calienta y sisea, gira la pelota sobre sus agujas, dejando que la miera se torne viscosa; a continuación se apresura a prensarla hasta volver a formar una bolita que introduce en la

cazoleta. Extiende la pipa en dirección a la lámpara e inspira profundamente cuando la miera se convierte en humo. Cierra los ojos. Sin mirar, ofrece la pipa al hombre pálido.

—No, gracias.

Raleigh abre los ojos. Se ríe.

—Deberías probarlo. Es lo único inmune a las plagas. Por suerte para mí. No me imagino con síndrome de abstinencia a mi edad.

El desconocido no responde. En vez de eso, sus ojos azules estudian a Emiko, que tiene la incómoda impresión de estar siendo desmenuzada, célula a célula. No es que la desnude con la mirada (esto lo experimenta a diario: la sensación de miradas masculinas reptando por su piel, ciñéndose a su cuerpo, ansiándola y despreciándola al mismo tiempo); el escrutinio es desapasionado como un bisturí. Si lo impulsa algún tipo de apetito, sabe disimularlo.

—¿Es ella? —pregunta.

Raleigh asiente con la cabeza.

—Emiko, cuéntale a este caballero lo de nuestro amigo de la otra noche.

Emiko, azorada, mira a Raleigh de reojo. Está segura de no haber visto a este *gaijin* tan pálido y rubio en el club antes, o al menos, no como asistente a ninguna actuación especial. Nunca le ha servido whisky con hielo. Se devana los sesos. No, lo recordaría. Está quemado por el sol; es evidente pese a la tenue iluminación oscilante de las llamas y la lámpara de opio. Y la claridad de sus ojos es demasiado extraña, desagradable. Lo recordaría.

—Adelante —insiste Raleigh—. Dile lo mismo que a mí. Acerca del camisa blanca. El muchacho con el que te fuiste.

Por lo general, Raleigh está obsesionado con el anonimato de los clientes. Ha llegado incluso a hablar de construir una escalera aparte para ellos, tan solo para que nadie los vea entrar y salir de la torre de Ploenchit, un pasaje subterráneo que les permitiría acceder desde una manzana de distancia. Y sin embargo ahora le pide que revele la identidad de alguien.

—¿El muchacho? —pregunta Emiko para ganar tiempo, preocupada por la disposición de Raleigh a exponer a un cliente, y un camisa blanca, nada menos. Vuelve a observar de soslayo al desconocido, preguntándose quién es y qué clase de poder ejerce sobre su papa-san.

—Venga. —Raleigh gesticula con impaciencia, sujetando la pipa de opio entre los dientes. Se acerca a la lámpara para aspirar otra bocanada.

—Era un camisa blanca —comienza Emiko—. Llegó con un grupo de oficiales...

Un novato. Había llegado con sus amigos. Todos ellos se reían y le daban empujones. Todos ellos bebían gratis porque Raleigh sabe cuándo conviene invitar; su buena voluntad vale más que el licor. El joven, borracho. Riendo y haciendo chistes sobre ella en la barra. Regresando furtivamente más tarde, en privado, a salvo de las indiscretas miradas de sus colegas.

El hombre pálido hace una mueca.

—¿Van contigo? ¿Con las de tu clase?

—*Hai*. —La chica mecánica asiente con la cabeza, sin desvelar lo que opina de su desdén—. Camisas blancas y grahamitas por igual.

Raleigh suelta una risita.

—El sexo y la hipocresía van de la mano, como el café y la leche.

El desconocido fulmina a Raleigh con la mirada, y Emiko se pregunta si el anciano puede ver el asco que anida en esos ojos azules o si está demasiado colocado de opio como para darle importancia. El hombre pálido se inclina hacia delante, dejando a Raleigh fuera



de la conversación.

—¿Y qué te dijo ese camisa blanca?

¿Percibe un destello de fascinación en él? ¿Le intriga? ¿O es tan solo su historia lo que le interesa?

Contra su voluntad, Emiko siente cómo se agita dentro de ella el impulso genético de agradar, una emoción que no había vuelto a sentir desde su abandono. Hay algo en el hombre que le recuerda a Gendo-sama. Aunque sus ojos azules de *gaijin* sean como pozos de ácido químico y su rostro sea tan pálido como una máscara de kabuki, tiene presencia. El aura de autoridad que lo envuelve es palpable, y curiosamente reconfortante.

«¿Eres grahamita?», se pregunta. «¿Me usarías para fundirme después?» Se pregunta si le importa. No es apuesto. No es japonés. No es nada. Y sin embargo, su sobrecogedora mirada la retiene con la misma fuerza que ejercía Gendo-sama.

—¿Qué quieres saber? —susurra.

—Tu camisa blanca dijo algo acerca de la piratería genética —responde el *gaijin*—. ¿Lo recuerdas?

—*Hai*. Sí. Me parece que estaba muy orgulloso. Llegó con una bolsa de fruta recién diseñada. Regalos para todas las chicas.

Más interés por parte del *gaijin*. Emiko se siente abrigada por él.

—¿Y qué aspecto tenía esa fruta?

—Era roja, creo. Con... hilos. Muy largos.

—¿Pelos de color verde? ¿Más o menos de este tamaño? —Indica un centímetro con los dedos—. ¿Ásperos?

Emiko asiente con la cabeza.

—Sí. En efecto. Los llamaba *ngaw*. Los había hecho su tía. Iba a felicitarla el defensor de la Reina Niña, el somdet chaopraya, por su contribución al reino. Estaba muy orgulloso de su tía.

—Y se fue contigo —la interrumpe el hombre.

—Sí. Pero más tarde. Cuando se fueron sus amigos.

El hombre pálido menea la cabeza, impaciente. No le importan los detalles del encuentro: los ojos nerviosos del muchacho, la forma en que se acercó a la *mama-san* y cómo Emiko fue enviada arriba mientras él esperaba un tiempo prudencial para seguirla, para que nadie pudiera relacionarlos.

—¿Qué más dijo acerca de esa tía?

—Solo que piratea para el ministerio.

—¿Nada más? ¿No dijo dónde? ¿Dónde están los campos de pruebas? ¿Nada por el estilo?

—No.

—¿Eso es todo? —El *gaijin* mira a Raleigh de reojo, irritado—. ¿Para esto me has hecho venir hasta aquí?

Raleigh sale de su letargo.

—El *farang* —dice de repente—. Cuéntale lo del *farang*.

Emiko no puede disimular su confusión.

—¿Cómo? —Recuerda al joven camisa blanca, alardeando de su tía. Cómo esta iba a recibir una recompensa y un ascenso por su trabajo con los *ngaw*... nada de *farang*—. No lo entiendo.

Raleigh suelta la pipa, ceñudo.

—Me dijiste que hablé de unos piratas genéticos *farang*.

—No. —Emiko niega con la cabeza—. No dijo nada de unos extranjeros. Lo siento.

El *gaijin* de la cicatriz pone gesto de enfado.

—Avísame cuando tengas algo digno de mi tiempo, Raleigh. —Recoge el sombrero y empieza a incorporarse.

Raleigh fulmina a Emiko con la mirada.

—¡Me dijiste que había un pirata genético *farang*!

—No... —La chica mecánica meneaba la cabeza—. ¡Espera! —Extiende una mano en dirección al *gaijin*—. Espera. *Khun*, por favor, espera. Ahora sé a qué se refiere Raleigh-san.

Sus dedos rozan el brazo del hombre pálido, que rehúye el contacto. Se aparta con cara de asco.

—Por favor —implora Emiko—. No lo había entendido. El chico no dijo nada de *farang*. Pero mencionó un nombre... Podría haber sido *farang*. —Mira a Raleigh, esperando que lo confirme—. ¿Te referías a eso? ¿Al nombre raro? Podría haber sido extranjero, ¿sí? No thai. Ni chino, ni hokkien...

Raleigh la interrumpe.

—Repite lo que me dijiste, Emiko. Eso es lo único que te pido. Cuéntaselo todo. Hasta el último detalle. Como haces conmigo después de una cita.

Emiko así lo hace. Mientras el *gaijin* vuelve a sentarse, atento pero suspicaz, la chica mecánica lo cuenta todo. El nerviosismo del chico, cómo se negaba a mirarla primero, y cómo no podía dejar de mirarla después. Cómo hablaba para disimular que no era capaz de conseguir una erección. Cómo la observaba mientras se desvestía. Cómo hablaba de su tía, intentando darse importancia delante de una puta, una puta neoser además, y lo extraño y ridículo que le había parecido a Emiko, y cómo le había ocultado lo que pensaba. Y por fin, la parte que hace que Raleigh sonría de satisfacción y el hombre pálido de la cicatriz abra enormemente los ojos.

—El chico dijo que un hombre llamado Gi Bu Sen les facilita los planos, aunque les traiciona cada dos por tres. Pero su tía descubrió un truco. Y así consiguieron piratear con éxito los *ngaw*. Gi Bu Sen apenas si les ayudó con los *ngaw*. Al final, el mérito fue solo de su tía. —Asiente con la cabeza—. Eso fue lo que dijo. Gi Bu Sen les engaña. Pero su tía es demasiado lista para dejarse embaucar.

El hombre de la cicatriz la observa con atención. Ojos azules, helados. Piel tan pálida como la de un cadáver.

—Gi Bu Sen —murmura—. ¿Estás segura de que ese fue el nombre que pronunció?

—Gi Bu Sen. Estoy segura.

El hombre asiente, pensativo. La lámpara que utiliza Raleigh para el opio crepita en medio del silencio. A lo lejos, en la calle, un vendedor de agua trasnochador pregona su mercancía a gritos; su voz se cuele entre los postigos abiertos y las mosquiteras. El ruido parece sacar de su ensimismamiento al *gaijin*. Los ojos azules vuelven a fijarse en ella.

—Me interesaría mucho saber si tu amigo volvió a hacerte otra visita.

—Después le daba vergüenza. —Emiko se acaricia la mejilla, donde el maquillaje disimula una magulladura ya apenas visible—. No creo que...

—A veces reinciden —tercia Raleigh—. Aunque se sientan culpables. —Lanza una mirada torva a la chica mecánica, que confirma sus palabras con un cabeceo.

El muchacho no volverá jamás, pero creer lo contrario hará feliz al *gaijin*. Y a Raleigh. Raleigh es su jefe. Debería mostrarse de acuerdo. Debería asentir con convicción.

—A veces —es lo único que logra decir—. A veces reinciden, aunque se sientan culpables.

El *gaijin* los observa a ambos.

—¿Por qué no vas a buscarle un poco de hielo, Raleigh?

—Todavía no le toca la siguiente ronda. Y su espectáculo empieza dentro de poco.

—Correré con los gastos.

Es evidente que Raleigh quiere quedarse, pero es lo bastante listo como para no protestar. Se obliga a sonreír.

—Por supuesto. ¿Por qué no charláis un rato? —Al salir, lanza una mirada elocuente a Emiko, que entiende que Raleigh quiere que seduzca a este *gaijin*. Que lo tiene con promesas de sexo espasmódico y transgresión. Y que escuche e informe, como hacen todas las chicas.

Se inclina para dejar que el *gaijin* vea su piel expuesta. Los ojos del hombre recorren su cuerpo, siguiendo la línea del muslo allí donde se desliza bajo el *pha sin*, la forma en que su cadera tensa la tela. Aparta la mirada. Emiko disimula su irritación. ¿Se siente atraído? ¿Nervioso? ¿Asqueado? No lo sabe. Con la mayoría de los hombres, es fácil. Obvio. Encajan en unos moldes sencillos. Se pregunta si es posible que los neoseres le resulten demasiado repulsivos, o si tal vez es que prefiere a los chicos.

—¿Cómo sobrevives aquí? —inquire el *gaijin*—. Los camisas blancas deberían haberte fundido a estas alturas.

—Sobornos. Mientras Raleigh-san esté dispuesto a pagar, harán la vista gorda.

—¿Y vives en algún sitio? ¿Eso también lo paga Raleigh? —Cuando Emiko asiente con la cabeza, añade—: Supongo que saldrá caro.

La chica mecánica se encoge de hombros.

—Raleigh-san lleva la cuenta de mis deudas.

Como si lo hubiera invocado con esas palabras, Raleigh regresa con el hielo. El *gaijin* hace una pausa cuando Raleigh cruza la puerta, aguarda con impaciencia mientras Raleigh deja los vasos encima de la mesita. Raleigh titubea, y cuando ve que el hombre de la cicatriz no le hace caso, murmura que se diviertan y vuelve a marcharse. Emiko asiste pensativa a la salida del anciano, preguntándose qué influencia posee este hombre sobre Raleigh. Ante ella, el vaso de hielo exuda seductoras gotas de agua. Cuando el hombre asiente con la cabeza, estira el brazo hacia él y bebe. Convulsivamente. Antes de darse cuenta, se acaba. Presiona el vaso helado contra una mejilla.

El hombre de la cicatriz la observa.

—No estás diseñada para los trópicos. —Se inclina hacia delante, estudiándola, recorriendo su piel con la mirada—. Es interesante que quienes te diseñaron modificaran la estructura de tus poros.

Emiko resiste el impulso de retraerse ante su interés. Se arma de valor. Se acerca un poco más a él.

—Es para que mi piel resulte más atractiva. Suave. —Levanta el *pha sin* por encima de las rodillas, deslizándolo sobre los muslos—. ¿Te gustaría tocarla?

El hombre la mira de reojo, con curiosidad.

—Por favor. —Emiko le da permiso con un ademán.

El hombre alarga una mano y la desliza por su piel.

—Exquisita —murmura. Emiko siente una oleada de satisfacción al percibir la ronquera que atenaza la voz del hombre, cuyos ojos se han abierto como platos, como los de un niño sin restricciones. El hombre carraspea—. Tienes la piel ardiendo.

—*Hai*. Como tú mismo has dicho, no me diseñaron para esta clase de clima.

Ahora la examina palmo a palmo. Sus ojos vagan por todo el cuerpo de Emiko, voraces, como si quisiera devorarla con la mirada. Raleigh estará complacido.

—Tiene sentido —reflexiona el hombre—. Seguramente tu modelo solo se vendía a los más privilegiados... que dispondrían de controladores climáticos. —Asiente para sí, sin dejar de observarla—. No les importaría pagar el precio.

Levanta la cabeza.

—¿Mishimoto? ¿Eras una de las Mishimoto? No puedes ser diplomática. El gobierno jamás dejaría entrar una chica mecánica en el país, no con la postura religiosa del palacio... —Sus ojos se clavan en los de ella—. Mishimoto se libró de ti, ¿verdad?

Emiko combate la repentina punzada de vergüenza. Es como si el hombre la hubiera abierto en canal para escarbar en sus entrañas, frío e insultante, como un técnico especializado en cibscosis realizando una autopsia. Posa el vaso con cuidado.

—¿Eres un pirata genético? —pregunta—. ¿Por eso sabes tantas cosas sobre mí?

La expresión del hombre cambia en un instante, de franca admiración a burlona socarronería.

—Un aficionado, más bien. Se podría decir que la genética es mi hobby.

—¿De veras? —Emiko deja que una parte del desprecio que siente por él se asome a sus facciones—. ¿No serás tal vez del Pacto del Medio Oeste? ¿Al servicio de alguna empresa? —Se inclina hacia delante—. ¿Un «fabricante de calorías», quizá?

Susurra las últimas palabras, pero estas surten efecto. El hombre se aparta de un respingo. La sonrisa sigue curvando sus labios, congelada, pero sus ojos la evalúan ahora como haría una mangosta con una cobra.

—Interesante idea —murmura.

Emiko agradece la mirada de suspicacia del hombre a pesar de la vergüenza que le produce. Con suerte, quizá el *gaijin* la mate y termine con todo. Al menos así podrá descansar.

Espera, aguardando el golpe de un momento a otro. Nadie tolera la impertinencia en un neoser. Mizumi-sensei se aseguró de que Emiko jamás exhibiera el menor atisbo de rebeldía. Le enseñó el significado de la obediencia, del *kowtow*, a doblegarse ante los deseos de sus superiores y a sentirse orgullosa de su lugar. Aunque la intromisión en su pasado por parte del *gaijin* y su pérdida de autocontrol avergüencen a Emiko, Mizumi-sensei diría que eso no le da derecho a tentar y provocar al hombre. No tiene importancia. Lo hecho, hecho está, y Emiko se siente lo suficientemente muerta por dentro como para pagar gustosa cualquier precio que el *gaijin* decida exigirle.

—Háblame otra vez de la noche que pasaste con el muchacho —dice en cambio el hombre. La rabia se ha borrado de sus ojos, reemplazada por una expresión tan implacable como la de Gendo-sama—. Cuéntamelo todo —insiste—. Ahora mismo. —Su voz la azota como un látigo, cargada de autoridad.

Emiko intenta ofrecer resistencia, pero el impulso de obedecer consustancial a los neoseres es demasiado poderoso, demasiado abrumadora la sensación de vergüenza provocada por su gesto de desafío. «Él no es tu jefe», se recuerda, pero eso no impide que esté a punto de orinarse de necesidad por complacerlo ante la autoridad que destilan sus palabras.

—Vino la semana pasada... —Vuelve sobre los detalles de su velada con el camisa blanca. Desarrolla la historia, elaborándola para disfrute de este *gaijin* igual que tocaba el samisén para Gendo-sama, como un perro desesperado por agradar. Ojalá pudiera decirle que coma roya y se muera, pero eso no está en su naturaleza; en su lugar, habla, y el *gaijin* escucha.

Él le pide que repita algunas cosas, le hace más preguntas. Retoma hilos que ella creía que había olvidado. Desmenuza su historia sin piedad, exigiendo todo tipo de explicaciones. Se le dan bien los interrogatorios. Gendo-sama acostumbraba a sondear así a los subalternos cuando quería saber por qué no se había completado a tiempo un clíper. Devoraba las excusas como un gorgojo modificado.

Al cabo, el *gaijin* asiente, satisfecho.

—Bien —dice—. Muy bien.

El halago produce una oleada de placer a Emiko, que se desprecia por ello. El *gaijin* apura el whisky. Mete la mano en el bolsillo y extrae un fajo de billetes del que aparta unos cuantos mientras se pone en pie.

—Estos son solo para ti. No se los enseñes a Raleigh. Ajustaré cuentas con él antes de irme.

Emiko se imagina que debería sentirse agradecida, pero en vez de eso se siente utilizada. Tanto por este hombre con sus preguntas como por los otros, los *grahamitas* hipócritas y los camisas blancas del Ministerio de Medio Ambiente, deseosos de transgredir las normas con su exotismo biológico, ávidos del placer de copular con una criatura impura.

Sujeta los billetes entre los dedos. Su adiestramiento la impele a mostrarse educada, pero la generosidad autocomplaciente del hombre la irrita.

—¿Qué cree el caballero que haré con sus baht de más? —pregunta—. ¿Comprarme alguna joya bonita? ¿Regalarme una cena? Soy una propiedad, ¿sí? Soy de Raleigh. —Tira el dinero a los pies del *gaijin*—. Que sea rica o pobre no importa. Pertenezco a otro.

El hombre se detiene, con una mano apoyada en la puerta corredera.

—¿Por qué no huyes?

—¿Adónde? Mis permisos de importación han expirado. —La sonrisa de Emiko es amarga—. Sin el patrocinio y los contactos de Raleigh-san, los camisas blancas me fundirían.

—¿No intentarías llegar al norte? —pregunta el hombre—. ¿Para reunirte con los otros neoseres?

—¿Qué otros neoseres?

El *gaijin* esboza una ligera sonrisa.

—¿Raleigh no te ha hablado de ellos? ¿De los enclaves de personas mecánicas que hay en las montañas? ¿De los refugiados de las guerras del carbón? ¿De los libertos?

Ante la expresión de perplejidad de Emiko, continúa:

—Hay aldeas enteras allí arriba, en las selvas. Las tierras están arrasadas, modificadas sin remedio, más allá de Chiang Rai y al otro lado del Mekong, pero las personas mecánicas que viven en ellas no tienen mecenas ni dueño. La guerra del carbón sigue su curso, pero si tanto te disgusta tu situación actual, no deja de ser una alternativa a Raleigh.

—¿De verdad? —Emiko se inclina hacia delante—. Esas aldeas... ¿existen?

Una sonrisa apenas perceptible se dibuja en los labios del hombre.

—Pregúntaselo a Raleigh si no me crees. Las ha visto con sus propios ojos. —Hace una pausa—. Aunque supongo que no tendría nada que ganar diciéndotelo. Podría animarte a escapar de su yugo.

—¿Es cierto eso?

El pálido desconocido se toca el ala del sombrero.

—Tan cierto como lo que tú me has contado. —Corre la puerta y se va. Emiko se queda sola, con el corazón latiéndole desbocado en el pecho y una inesperada necesidad de vivir.

—Quinientos, mil, cinco mil, siete mil quinientos...

Proteger el reino de todas las infecciones del mundo natural es como intentar capturar el océano con una red. Es inevitable que caigan unos cuantos peces, claro, pero el mar siempre seguirá estando allí, escurriéndose entre las mallas.

—Diez mil, doce mil quinientos, quince mil... veinticinco mil...

El capitán Jaidee Rojjanasukchai es perfectamente consciente de ello mientras aguarda bajo el inmenso vientre de un dirigible *farang*, arropado en el calor sofocante de la noche. Los turboventiladores del dirigible silban y resoplan sobre su cabeza. El cargamento yace esparcido, cajas de madera y de cartón reventadas, con sus contenidos desparramados por el amarradero como los juguetes de un chiquillo enrabiado. Los alrededores están salpicados de variopintas mercancías interceptadas.

—Treinta mil, treinta y cinco mil... cincuenta mil...

A su alrededor, el recién restaurado campo de aviación de Bangkok se extiende en todas direcciones, iluminado por lámparas de metano de alta intensidad montadas en torres de espejos: una gigantesca explanada de puntos de anclaje cubierta de vegetación, punteada con los enormes globos de los *farang* que flotan a gran altura, y ribeteada con los tupidos muros de bambú HiGro y alambre de espino que en teoría definen los límites internacionales del aeródromo.

—Sesenta mil, setenta mil, ochenta mil...

El reino thai está siendo devorado. Jaidee observa distraídamente el destrozo provocado por sus hombres, y piensa que es obvio. Están siendo devorados por el océano. Casi todas las cajas contienen algo sospechoso. Pero en realidad, las cajas son simbólicas. El problema es ubicuo: en el mercado de Chatachuk se venden tanques químicos de contrabando y los esquifes remontan el Chao Phraya al amparo de la noche, cargados de piñas de nueva generación. Las nubes de polen que barren la península en incesantes oleadas transportan las últimas reescrituras genéticas de AgriGen y PurCal, mientras los cheshires escarban en la basura de los *sois* y los lagartos jingjok2 devoran los huevos de los chotacabras y los pavos. Los cerambicidos asolan los bosques de Khao Yai mientras la cibicosis, la roya y la pelusa de *fa'gan* asolan la vegetación y a la hacinada población de Krung Thep.

Ese es el océano en el que nadan todos. La misma cuna de la vida.

—Noventa... cien mil... ciento diez... ciento veinticinco...

Aunque algunas mentes privilegiadas, como Premwadee Srisati y Apichat Kunikorn, discutan sobre cuál es la mejor defensa o cuestionen la eficacia de las barreras de esterilización por rayos ultravioletas en las fronteras del reino frente a la conveniencia de la mutación genética preventiva, en opinión de Jaidee todos pecan de idealistas. No se pueden poner puertas al océano.

—Ciento veintiséis... ciento veintisiete... ciento veintiocho... ciento veintinueve...

Jaidee se inclina sobre el hombro de la teniente Kanya Chirathivat para ver cómo cuenta el dinero del soborno. A un lado, un par de estirados inspectores de aduanas espera que alguien les devuelva la autoridad.

—Ciento treinta... ciento cuarenta... ciento cincuenta... —entona Kanya, infatigable. Un canto de alabanza a la riqueza para allanar el camino a los nuevos negocios en un país antiguo. Su voz es clara y meticulosa. Con ella, el recuento siempre es correcto.

Jaidee sonrío. Las muestras de buena voluntad no tienen nada de malo.

En el amarradero más próximo, a doscientos metros de distancia, los megodontes barritan mientras extraen la carga del vientre de un dirigible y apilan las cajas para su selección y el visto bueno de aduanas. Los turboventiladores giran y aúllan, estabilizando la gigantesca aeronave anclada sobre sus cabezas. El globo se ladea y da vueltas. Los vientos furiosos y el estiércol de megodonte azotan a los camisas blancas desplegados de Jaidee. Kanya pone una mano encima de los baht que está contando. El resto de los hombres de Jaidee esperan, impasibles, acariciando los machetes mientras las corrientes de aire les fustigan.

Los soplidos de los turboventiladores amainan. Kanya reanuda su cantinela:

—Ciento sesenta... ciento setenta... ciento ochenta...

Los agentes de aduanas están sudando. Ni siquiera en la estación más calurosa hay motivo para sudar así. Jaidee no suda. Claro que no es él quien ha sido obligado a pagar el doble por una protección que seguramente ya era cara la primera vez.

Jaidee casi los compadece. Los pobres diablos no saben qué líneas de autoridad podrían haber cambiado: si se han redirigido los pagos; si Jaidee representa a una nueva potencia, o a una rival; no saben qué papel desempeña dentro de las distintas capas de burocracia e influencia del Ministerio de Medio Ambiente. De modo que pagan. Le sorprende que hayan logrado reunir el dinero, con tan poco margen de antelación. Casi tanto como debieron de sorprenderse ellos cuando sus camisas blancas derribaron las puertas de la oficina de aduanas y aseguraron el perímetro.

—Doscientos mil. —Kanya le mira a la cara—. Está todo.

Jaidee sonrío.

—Te dije que pagarían.

Kanya no le devuelve la sonrisa, pero Jaidee no deja que eso empañe su satisfacción. Es una noche plácida y calurosa, han conseguido un montón de dinero y, de propina, han visto sudar al servicio de aduanas. A Kanya siempre le ha costado aceptar la buena suerte cuando esta se cruza en su camino. En algún momento de su corta vida debió de perder la capacidad de deleitarse. La hambruna del nordeste. La pérdida de sus padres y hermanos. Las complicadas peregrinaciones a Krung Thep. En algún momento perdió el don de la alegría. Tampoco sabe apreciar el *sanuk*, la diversión, ni siquiera una diversión tan intensa, el *sanuk mak* de sacudir con éxito los cimientos del Ministerio de Comercio o la celebración del Songkran. Por eso, cuando Kanya acepta los doscientos mil baht del Ministerio de Comercio y no pestañea salvo para protegerse del azote del polvo de los puntos de anclaje, por supuesto sin sonreír, Jaidee no permite que eso hiera sus sentimientos. Kanya no sabe divertirse, es su *kamma*.

Aun así, Jaidee se compadece de ella. Incluso las personas más desfavorecidas sonrían de vez en cuando. Kanya, prácticamente nunca. No sonrío cuando se siente azorada, ni cuando se irrita, ni cuando se enfada, ni cuando se alegra. Eso incomoda a los demás, su absoluta falta de decoro, y es el motivo de que terminara aterrizando en la unidad de Jaidee. Nadie más la soporta. Forman una pareja curiosa. Jaidee, que siempre encuentra algún motivo para sonreír, y Kanya, cuyo semblante es tan frío que parece tallado en jade. Jaidee sonrío otra vez, enviando una dosis de buena voluntad a su teniente.

—En tal caso, nos lo llevamos.

—Te has excedido en tus funciones —murmura uno de los agentes de aduanas.

Jaidee se encoge de hombros, complaciente.

—La jurisdicción del Ministerio de Medio Ambiente se extiende a todos los rincones donde el reino thai se vea amenazado. Así lo quiere Su Majestad la Reina.

Los ojos del hombre son fríos, aunque se obliga a esbozar una sonrisa conciliadora.

—Ya sabes a qué me refiero.

Jaidee sonrío a su vez, exorcizando la mala fe de su interlocutor.

—No pongas esa cara tan larga. Podría haber pedido el doble, y hubierais tenido que pagar de todas maneras.

Kanya empieza a guardar el dinero mientras Jaidee remueve los restos de una caja con la punta del machete.

—¡Fijaos en las mercancías tan importantes que hay que proteger! —Da la vuelta a un montón de quimonos. Enviados probablemente a la esposa de algún ejecutivo japonés. La desordenada lencería vale más que su sueldo de un mes—. No estaría bien que algún agente manoseara todo esto con sus dedos mugrientos, ¿verdad? —Sonríe y mira a Kanya de reojo—. ¿Te apetece algo? Es seda auténtica. Los japoneses todavía tienen gusanos de seda, ¿lo sabías?

Kanya, atareada con el dinero, ni siquiera levanta la cabeza.

—No es de mi talla. Todas esas mujeres de directivos japoneses engordan a base de calorías modificadas gracias a los acuerdos con AgriGen.

—¿Estarías dispuesto a robar? —El rostro del agente de aduanas es una máscara de rabia controlada tras una forzada sonrisa de cortesía.

—Por lo visto no. —Jaidee se encoge de hombros—. Parece que mi teniente tiene mejor gusto que los japoneses. En cualquier caso, estoy seguro de que recuperaréis los beneficios. Esto no será más que un pequeño inconveniente.

—¿Y qué hay del daño? ¿Cómo vamos a explicar eso? —El otro agente de aduanas hace un gesto con el que abarca un biombo de estilo Sony que yace tirado en el suelo, medio destrozado.

Jaidee estudia el artefacto. Muestra lo que supone que debe de ser el equivalente de una familia samurái de finales del siglo XX: un directivo de Mishimoto Fluid Dynamics supervisando a un grupo de peones mecánicos en el campo y... ¿Son diez manos en cada trabajador lo que ven sus ojos? Jaidee se estremece ante la estrafalaria blasfemia. La pequeña familia natural retratada al filo del campo no parece inmutarse, claro que... son japoneses: incluso consienten que sus hijos se diviertan con monos mecánicos.

Jaidee hace una mueca.

—Seguro que se os ocurre alguna excusa. Podríais decir que se produjo una estampida entre los megodontes de carga. —Da sendas palmaditas en la espalda a los agentes de aduanas—. ¡Animad esas caras! ¡Utilizad la imaginación! Deberíais tomároslo como una oportunidad para hacer méritos.

Kanya termina de guardar el dinero. Cierra la bolsa de tela y se la cuelga al hombro.

—Hemos terminado.

Campo abajo, un nuevo dirigible desciende lentamente. Sus gigantescos ventiladores accionados por muelles percutores agotan los últimos julios maniobrando a la bestia sobre los anclajes. Unos cables se desenrollan de su vientre, arrastrados por plomadas. Los operarios del amarradero esperan con las manos en alto para enganchar el monstruo volador a sus tiros de megodontes, como si estuvieran rezando a un dios colosal. Jaidee observa con interés.

—En cualquier caso, la Benévola Asociación de Jubilados del Real Ministerio de Medio Ambiente os lo agradece. Al menos con ellos ya habéis hecho méritos.

Empuña el machete y se vuelve hacia sus hombres.

—¡*Khun* oficiales! —exclama por encima del zumbido de los ventiladores de los dirigibles y el barrito de los megodontes de carga—. ¡Os propongo un reto! —Apunta el machete en dirección al dirigible que desciende—. ¡Ofrezco doscientos mil baht al primero que registre una caja de esa aeronave de ahí! ¡Vamos! ¡Esa de ahí! ¡Deprisa!

Los agentes de aduanas se lo quedan mirando, perplejos. Intentan decir algo, pero el



rugido de los ventiladores de los dirigibles ahoga sus voces. Protestan de forma inaudible: «¡Mai tum! ¡Mai tum! ¡Mai tawng tum! ¡No no nonono!», mientras agitan los brazos y objetan, pero Jaidee ya está cruzando el aeródromo a la carrera, blandiendo el machete y aullando tras esta nueva presa.

A su espalda, los camisas blancas lo siguen como una oleada. Sorteando cajas y trabajadores, saltan por encima de las amarras, pasan por debajo de los vientres de los megodontes. Sus hombres. Sus leales adeptos. Sus hijos. Quienes responden a su llamada son locos seguidores de ideales y de la reina, insobornables, con todo el honor del Ministerio de Medio Ambiente alojado en sus corazones.

—¡Esa! ¡Esa de ahí!

Galopan por la pista de aterrizaje como tigres albinos, dejando los restos de los contenedores japoneses desperdigados tras ellos como la estela de un tifón. Las voces de los agentes de aduanas se apagan con la distancia. Jaidee está ya muy lejos de ellos, sintiendo la fuerza de las piernas que lo impulsan, el placer de la caza limpia y honorable, corriendo cada vez más deprisa, seguido por sus hombres, que devoran la distancia con el paso cargado de adrenalina del propósito puro de un guerrero, que blanden sus machetes y sus hachas contra la gigantesca máquina que desciende del cielo, cerniéndose sobre ellos como el rey demonio Tosacan, de tres mil metros de alto, abatiéndose sobre ellos. El megodonte de todos los megodontes, y en su costado, en caracteres *farang*, las palabras: CARLYLE E HIJOS.

Jaidee no es consciente del alarido de júbilo que ha escapado de sus labios. Carlyle e Hijos. El irritante *farang* que con tanta desfachatez habla de cambiar los sistemas de créditos de contaminación, de eliminar las inspecciones de cuarentena, de racionalizar todo lo que ha mantenido al reino con vida mientras otros países sucumbían, el extranjero que goza de tanto favor con el ministro de Comercio Akkarat y el somdet chaopraya, el protector de la Corona. Esto es un verdadero trofeo. Jaidee se entrega a la persecución. Extiende los brazos hacia los cables de amarre mientras los hombres pasan corriendo por su lado, más jóvenes, rápidos y devotos, todos ellos empeñados en inmovilizar a su presa.

Pero este dirigible es más listo que el último.

Al ver el enjambre de camisas blancas que convergen sobre su posición de aterrizaje, el piloto reorienta los turboventiladores. La ráfaga de aire baña a Jaidee. Las aspas crujen y chirrían cuando el piloto dilapida gigajulios en un intento por alejarse del suelo. Los cabos del dirigible se retraen como serpientes, enroscándose en las bobinas como los brazos de un pulpo asustado. Los turboventiladores aplastan a Jaidee contra el suelo cuando alcanzan el límite de su potencia.

El dirigible se eleva.

Jaidee se incorpora y entorna los párpados frente al viento caliente mientras el dirigible disminuye de tamaño en la negrura de la noche. Se pregunta si la monstruosidad desaparecida habría sido alertada por las torres de control o el servicio de aduanas, o si el piloto sería sencillamente lo bastante listo como para comprender que a sus empleadores no les haría gracia recibir una inspección de los camisas blancas.

Jaidee frunce la expresión. Richard Carlyle. Ese sí que es más listo que el hambre. Siempre reunido con Akkarat, siempre presente en las galas benéficas celebradas en honor de las víctimas de la cibiscosis, repartiendo dinero a espuestas, sin dejar de hablar de las virtudes del libre comercio. Uno más de las docenas de *farang* que han regresado a las costas como medusas tras una virulenta epidemia del agua, solo que Carlyle es el más visible. El que más irrita a Jaidee con su sempiterna sonrisa.

Jaidee se yergue del todo y se sacude la tela de cáñamo blanca del uniforme. Da igual; el dirigible volverá. Repeler a los *farang* es tan imposible como alejar el mar de la

playa. La tierra y el océano deben tocarse. Estos hombres en cuyo corazón solo hay sitio para los beneficios deben entrar en el país a cualquier precio, y Jaidee siempre estará allí para recibirlos.

*Kamma.*

Jaidee regresa despacio a los destrozados contenidos de las cajas inspeccionadas, enjugándose el sudor de la cara, resollando a causa del esfuerzo de la carrera. Por señas, indica a sus hombres que continúen con la tarea.

—¡Ahí! ¡Abrid esas de ahí! No quiero que dejéis ni una sola caja sin registrar.

Los agentes de aduanas están esperándole. Remueve los trozos de una caja nueva con la punta del machete mientras se acercan dos hombres. Son como perros. Es imposible librarse de ellos a menos que se les dé algo de comer. Uno de ellos intenta evitar que Jaidee incruste el machete en otra caja.

—¡Hemos pagado! Daremos parte. Se abrirá una investigación. ¡Esto es suelo internacional!

Jaidee hace una mueca.

—¿Qué hacéis aquí todavía?

—¡Hemos pagado una buena suma por tu protección!

—Más que buena. —Jaidee se abre paso entre los hombres—. Pero no he venido para debatir sobre eso. Vuestro *damma* es protestar. El mío es defender nuestras fronteras, y si eso significa que debo invadir vuestro «suelo internacional» para salvar nuestro país, que así sea. —Descarga un machetazo y otra caja se abre como una nuez en medio de una lluvia de astillas de madera de WeatherAll.

—¡Te has excedido!

—Es probable. Pero tendréis que enviar a alguien del Ministerio de Comercio para que me lo diga personalmente. —Traza un círculo en el aire con el machete, contemplativo—. A menos que queráis rebatirlo ahora, con mis hombres.

Los dos dan un respingo. A Jaidee le parece atisbar el aleteo de una sonrisa en los labios de Kanya. Mira de soslayo, sorprendido, pero el rostro de su teniente vuelve a ser una máscara de profesionalidad. Es agradable verla sonreír. Jaidee se pregunta por un momento si hay algo más que puede hacer para incitar un segundo destello de dientes de su taciturna subordinada.

Por desgracia, los agentes de aduanas parecen estar reconsiderando su posición; retroceden ante el machete.

—No creas que puedes insultarnos de esta manera sin que haya consecuencias.

—Por supuesto que no. —Jaidee descarga un nuevo tajo sobre la caja, terminando de destrozarla—. Cuando elevéis vuestras quejas, aseguraos de decir que el responsable fui yo, Jaidee Rojjanasukchai. —Sonríe de nuevo—. Y también que intentasteis sobornar al Tigre de Bangkok.

A su alrededor, todos los hombres se ríen del chiste. Los agentes de aduanas retroceden, sorprendidos por esta nueva revelación, comprendiendo por fin quién es su oponente.

Jaidee pasea la mirada sobre la devastación que le rodea. Por todas partes yacen desperdigadas astillas de madera de balsa. Las cajas están diseñadas para combinar robustez y liviandad, y su entramado es idóneo para contener mercancías. Siempre y cuando nadie le aplique un machete.

La tarea se lleva a cabo deprisa. Los materiales son extraídos de las cajas y colocados en meticulosas hileras. Los responsables de aduanas insisten en revolotear por los alrededores, preguntando los nombres de los camisas blancas hasta que sus hombres por fin levantan los machetes y los ahuyentan. Los oficiales se retiran, luego se detienen y se

quedan observando desde una distancia segura. La escena le recuerda a Jaidee a unos animales que estuvieran disputándose un cadáver. Sus hombres se alimentan de las entrañas de tierras extranjeras mientras los carroñeros les provocan y les molestan, cuervos, cheshires y perros a la espera de una oportunidad para converger sobre los despojos. La idea es un poco deprimente.

Los agentes de aduanas remolonean a cierta distancia, expectantes.

Jaidee inspecciona la hilera de contenidos seleccionados. Kanya lo sigue de cerca.

—¿Qué tenemos aquí, teniente? —pregunta Jaidee.

—Soluciones de agar. Cultivos de nutrientes. Algún tipo de tanques de cría. Canela PurCal. Una variedad de papaya desconocida. Una nueva iteración de U-Text seguramente capaz de esterilizar cualquier tipo de arroz que se cruce en su camino. —Se encoge de hombros—. Más o menos lo que había esperar.

Jaidee abre la tapa de un contenedor y se asoma al interior. Comprueba la dirección. Una empresa ubicada en el polígono industrial *farang*. Intenta descifrar los caracteres extranjeros, pero lo deja por imposible. Se esfuerza por recordar si ha visto ese logotipo antes, pero le parece que no. Remueve el interior con los dedos, sacos de algún tipo de proteínas en polvo.

—En tal caso, nada fuera de lo común. Ninguna versión nueva de la roya agazapada en una caja de AgriGen o PurCal.

—No.

—Lástima que no pudiéramos capturar el último dirigible. Se largaron a toda prisa. Me hubiera gustado echar un vistazo al cargamento de *khun* Carlyle.

Kanya se encoge de hombros.

—Volverán.

—Siempre lo hacen.

—Como perros a un cadáver —sentencia la teniente.

Jaidee sigue la mirada de Kanya hasta los agentes de aduanas, que observan desde su distancia segura. Le entristece que su forma de ver el mundo sea tan parecida. ¿Influye él a Kanya? ¿O es al revés? Antes se divertía mucho más con su trabajo. Claro que este solía ser mucho más fácil. No está acostumbrado a recorrer los grises territorios que son el dominio de Kanya. Pero al menos él se lo pasa mejor.

La llegada de uno de sus hombres interrumpe sus cavilaciones. Somchai se acerca pavoneándose, agitando el machete con desparpajo. Es uno de los rápidos, tan veterano como Jaidee pero curtido por las pérdidas cuando la roya barrió el norte por tercera vez en la misma temporada de crecimiento. Buena persona, y leal. Y listo.

—Nos está espionando alguien —musita Somchai cuando llega junto a los dos.

—¿Dónde?

Somchai ladea sutilmente la cabeza. Jaidee deja que sus ojos vaguen por el bullicio de las pistas de aterrizaje. Junto a él, Kanya se pone tensa.

Somchai tuerce el cuello.

—¿Lo has visto?

—*Kha*. —La teniente subraya la afirmación asintiendo con la cabeza.

Jaidee detecta por fin al intruso, de pie a lo lejos, atento a los movimientos de los camisas blancas y de los agentes de aduanas. Va vestido con un sencillo sarong naranja y una camisa de lino púrpura, como si se tratara de un peón, pero no lleva nada en las manos. No está haciendo nada. Y parece bien alimentado. No presenta las costillas protuberantes y las mejillas chupadas que caracterizan a la mayoría de los peones. Se limita a observar, apoyado con indolencia en un gancho de amarre.

—¿Comercio? —pregunta Jaidee.

—¿El ejército? —aventura Kanya—. Parece muy confiado.

Como si sintiera el escrutinio de Jaidee, el hombre se vuelve. Sus ojos sostienen la mirada de Jaidee por un momento.

—Mierda. —Somchai frunce el ceño—. Nos ha visto.

Kanya y él se unen a Jaidee en un descarado examen del hombre. Este, sin inmutarse, escupe un chorro de areca escarlata, da media vuelta y se aleja caminando tranquilamente hasta perderse de vista entre el ajeteo de traslado de contenedores.

—¿Quieres que vaya detrás de él? —pregunta Somchai—. ¿Que lo interrogue?

Jaidee estira el cuello en un intento por volver a divisar al intruso, engullido ya por el frenesí de actividad.

—¿Tú qué opinas, Kanya?

La teniente vacila.

—¿No hemos provocado a bastantes cobras por una noche?

Jaidee esboza una ligera sonrisa.

—Habla la voz de la sabiduría y la prudencia.

Somchai asiente con la cabeza.

—Comercio se pondrá furioso de todas maneras.

—Eso espero. —Jaidee indica a Somchai que reanude las inspecciones.

—Creo que esta vez nos hemos excedido —observa Kanya mientras el hombre se aleja.

—Querrás decir que yo me he excedido. —Jaidee sonrío—. ¿Te traicionan los nervios?

—No son los nervios. —La mirada de Kanya regresa al punto donde ha desaparecido el espía—. Hay peces más gordos que nosotros, *khun* Jaidee. Los amarraderos... —Kanya deja la frase flotando en el aire. Al cabo, tras esforzarse visiblemente por elegir las palabras, añade—: Es un movimiento agresivo.

—¿Seguro que no tienes miedo? —bromea Jaidee.

—¡No! —La teniente se muerde la lengua, contiene su genio, recupera la compostura.

En secreto, Jaidee admira la habilidad de la mujer para hablar con el corazón frío. Él nunca ha sido tan cuidadoso con sus palabras, ni con sus actos. Siempre ha sido de los que embisten como un megodonte y después intentan enderezar el arroz pisoteado. *Jai rawn*, en vez de *jai yen*. Corazón caliente, en vez de frío. Kanya, sin embargo...

—Quizá este no haya sido el campo de batalla más adecuado —concluye Kanya.

—No seas tan pesimista. Los amarraderos son el lugar idóneo. Esos dos gorgojos de ahí han aflojado doscientos mil baht sin poner ninguna pega. Demasiado dinero para provenir de algo legítimo. —Jaidee sonrío—. Tendría que haber venido aquí hace tiempo para darles una lección a estos *heeya*. Es mejor que vagar por el río a bordo de un esquife de muelles percutores, arrojando a niños por transportar productos modificados de contrabando. Al menos este trabajo es honrado.

—Pero Comercio intervendrá de seguro. Por ley, este es su terreno.

—Si las leyes tuvieran un ápice de sensatez, no importaríamos nada de esto. —Jaidee agita una mano, desdeñoso—. Las leyes son un montón de documentos confusos que solo obstruyen la justicia.

—Por lo que a Comercio respecta, las leyes siempre llevan las de perder.

—Eso es algo que ambos sabemos perfectamente. En cualquier caso, es mi cabeza. A ti no te tocarán ni un pelo. Aunque hubieras sabido adónde íbamos esta noche, no habrías podido detenerme.

—Yo no... —empieza Kanya.

—No te preocupes. Va siendo hora de que tanto Comercio como sus mascotas *farang* reciban un toque de atención. Se han vuelto complacientes y necesitan algo que les recuerde que todavía deben realizar algún que otro *khrah* al concepto de nuestras leyes. — Jaidee hace una pausa y vuelve a pasear la mirada por los destrozos—. ¿De verdad que no hay nada más en las listas negras?

Kanya se encoge de hombros.

—Solo el arroz. Todo lo demás es completamente inocuo, sobre el papel. Ni especímenes de cría. Ni genes en suspensión.

—¿Pero?

—A casi todo se le podría dar un mal uso. Los cultivos de nutrientes no pueden tener ninguna utilidad legítima. —Kanya ha recuperado su habitual expresión hierática y deprimida—. ¿Quieres que volvamos a embalarlo todo?

Jaidee hace una mueca y termina sacudiendo la cabeza.

—No. Quemadlo.

—¿Perdona?

—Quemadlo. Los dos sabemos qué está pasando aquí. Démosles a los *farang* algo que reclamar a sus agencias de seguros. Que sepan que sus actividades tienen un precio. — Jaidee sonríe—. Quemadlo todo. Hasta la última caja.

Por segunda vez esa noche, mientras los embalajes crepitan devorados por el fuego y el aceite WeatherAll se derrama, se incendia y eleva chispas al aire como oraciones dirigidas al cielo, Jaidee obtiene la satisfacción de ver otra sonrisa en los labios de Kanya.

Ya es casi de día cuando Jaidee llega a casa. El *ji ji ji* de los lagartos *jingjok* se mezcla con el canto de las cigarras y el zumbido atiplado de los mosquitos. Se descalza y sube los escalones; la teca cruje bajo sus pies mientras entra con sigilo en su casa elevada sobre pilares, sintiendo la suave madera en las plantas, tersa y pulida contra su piel.

Abre la mosquitera y se desliza dentro, cerrando la puerta enseguida a su paso. Están cerca del *khlong*, a escasos metros, y el agua fluye espesa y rojiza. Los enjambres de mosquitos revolotean muy próximos.

En el interior arde una vela solitaria que ilumina a Chaya allí donde está tendida en un diván, dormida, esperándolo. Jaidee sonríe con ternura y se dirige al cuarto de baño para desnudarse rápidamente y echarse agua por encima de los hombros. Intenta lavarse deprisa y sin hacer ruido, pero las salpicaduras resuenan al chocar con el suelo. Hunde de nuevo las manos en el agua y la vierte sobre su espalda. Aun de madrugada el aire es tan caliente que no le molesta que el agua esté ligeramente helada. En la estación cálida, todo el frescor es poco.

Cuando sale del baño con un sarong enrollado a la cintura, Chaya está despierta, mirándolo con una sombra de inquietud en sus ojos castaños.

—Es muy tarde —susurra—. Estaba preocupada.

Jaidee sonríe.

—Sabes que no tienes por qué preocuparte. Soy un tigre. —La abraza con fuerza. La besa con delicadeza.

Chaya arruga la nariz y lo aparta de un empujón.

—No te creas todo lo que dicen los periódicos. Un tigre. —Hace una mueca—. Hueles a humo.

—Acabo de bañarme.

—Es el pelo.

Jaidee se mece sobre los talones.

—Ha sido una noche fabulosa.

Chaya sonríe en la oscuridad y sus dientes blancos destellan; la piel de caoba recorta

su silueta sobre el fondo negro.

—¿Has dado un golpe por nuestra reina?

—He dado un golpe contra Comercio.

Chaya se encoge.

—Ah.

Jaidee le acaricia el brazo.

—Antes siempre te alegrabas cuando hacía enfadar a la gente importante.

Chaya se aparta de él y se pone en pie; empieza a ordenar los cojines. Sus gestos son bruscos, irritados.

—Eso era antes. Ahora me preocupo por ti.

—No deberías. —Jaidee se aparta de su camino mientras Chaya termina con el diván—. Me sorprende que te molestes en esperar levantada. Si yo estuviera en tu lugar, me acostaría y tendría dulces sueños. Todo el mundo ha desistido de controlarme. Para ellos no soy más que un gasto accesorio. El pueblo me admira demasiado como para hacer nada al respecto. Han asignado espías para vigilarme, pero ya no se molestan en intentar detenerme.

—Un héroe para el pueblo y un incordio para el Ministerio de Comercio. Preferiría tener al ministro Akkarat como amigo y al pueblo como enemigo. Estaríamos más seguros.

—No pensabas lo mismo cuando te casaste conmigo. Te gustaba que fuera un luchador. Que obtuviera tantas victorias en el estadio Lumphini. ¿Te acuerdas?

Chaya no contesta. En vez de eso empieza a cambiar los cojines de sitio otra vez, negándose a darse la vuelta. Jaidee suspira y le apoya una mano en el hombro, la gira para poder mirarla a los ojos.

—De todas formas, ¿a qué viene esto ahora? ¿No estoy aquí? ¿Y estupendamente?

—Cuando te dispararon, no estabas tan estupendamente.

—Hace mucho de eso.

—Tan solo porque te pusieron detrás de una mesa, y porque el general Pracha pagó las indemnizaciones. —Levanta una mano para mostrarle los dedos ausentes—. No me digas que es seguro. Yo estaba allí. Sé de lo que son capaces.

Jaidee tuerce el gesto.

—No estaríamos a salvo de ninguna manera. Si no es Comercio, será la roya, o la cibicosis, o cualquier otra cosa, algo peor. El mundo en el que vivimos ya no es perfecto. Esto no es la Expansión.

Chaya abre la boca para replicar, pero vuelve a cerrarla y le da la espalda. Jaidee espera, dándole tiempo para que se domine. Cuando ella se vuelve otra vez, sus emociones están de nuevo bajo control.

—No. Tienes razón. Ninguno de nosotros está a salvo. Aunque desearía que así fuera.

—Para lo que sirven los deseos, también podrías ir corriendo al mercado de Ta Prachan y comprar un amuleto.

—Ya lo hice. El de Phra Seub. Pero no te lo pones.

—Porque no son más que supersticiones. Lo que me pase será mi *kamma*. Ningún amuleto mágico va a cambiar eso.

—Aun así, no te hará daño. —Chaya deja pasar un momento—. Me sentiría mejor si te lo pusieras.

Jaidee sonrío, decidido a bromear al respecto, pero la expresión de Chaya consigue que cambie de opinión.

—Está bien. Si te hace feliz. Me pondré tu Phra Seub.

Un ruido despierta ecos en los dormitorios, una tos flemosa. Jaidee se crispa. Chaya

se vuelve y mira por encima del hombro en dirección al sonido.

—Es Surat.

—¿Has ido a que lo vea Ratana?

—Su trabajo no consiste en auscultar a niños enfermos. Tiene cosas más importantes que hacer. Auténticas modificaciones genéticas de las que preocuparse.

—¿Lo has llevado o no?

Chaya exhala un suspiro.

—Opina que no se trata de ninguna versión mejorada. No hay de qué preocuparse.

Jaidee intenta disimular el alivio que le producen esas palabras.

—Bien. —Se reanudan las toses. Le recuerdan a Num, ya muerto y desaparecido.

Se rebela contra la tristeza.

Chaya le toca la barbilla, reclamando toda su atención. Sonríe.

—¿Y por qué hueles a humo, noble guerrero, defensor de Krung Thep? ¿Por qué estás tan contento?

Jaidee esboza una ligera sonrisa.

—Podrás leerlo mañana en las circulares.

Chaya frunce los labios.

—Me preocupas. En serio.

—Eso te pasa por tener tan buen corazón. Pero no hace falta que te preocupes tanto.

Se han aburrido de dictar medidas drásticas contra mí. La última vez fue un desastre. La noticia salió en todos los periódicos y circulares. Y nuestra venerable reina ha dado el visto bueno a mis actos. Guardarán las distancias. Al menos Su Majestad la Reina todavía les infunde respeto.

—Tienes suerte de que consintieran que tu nombre llegase hasta sus oídos.

—Ni siquiera el protector de la Corona, ese *heeya*, puede vendarle los ojos.

Chaya se crispa ante sus palabras.

—Jaidee, por favor. Baja la voz. El *somdet chaopraya* tiene espías en todas partes.

Jaidee pone mala cara.

—¿Lo ves? A esto hemos llegado. Un protector de la Corona que se pasa el día urdiendo la manera de instalarse en los aposentos interiores del Palacio Real. Un ministro de Comercio que conspira con los *farang* para destruir la economía y las leyes de cuarentena. Y mientras tanto, todo el mundo intenta no levantar demasiado la voz.

»Me alegro de haber bajado a los amarraderos esta noche. Tendrías que haber visto la cantidad de dinero que iban a embolsarse esos agentes de aduanas tan solo por hacer la vista gorda y dejar que pasara cualquier cosa. La próxima mutación de cibiscosis podría estar contenida en las ampollas que tenían justo delante de las narices, y ellos se limitarían a estirar la mano esperando un soborno. A veces creo que estamos reviviendo los últimos días de la antigua Ayutthaya.

—No seas exagerado.

—La historia se repite. Tampoco nadie movió un dedo por defender Ayutthaya.

—¿Y eso en qué te convierte? ¿En la reencarnación de algún aldeano de Bang Rajan? ¿Que contuvo la marea de *farang*? ¿Que luchó hasta que no quedó ni un hombre? ¿Algo así?

—¡Por lo menos ellos pelearon! ¿Qué preferirías ser tú? ¿Los campesinos que repelieron al ejército birmano durante un mes, o los ministros del reino que salieron huyendo y dejaron su ciudad a merced de los saqueadores? —Hace una mueca—. Si fuera más listo, acudiría a los amarraderos todas las noches y les daría una lección de verdad a Akkarat y a los *farang*. Les enseñaría que todavía queda alguien dispuesto a luchar por Krung Thep.

Espera que Chaya intente acallarlo de nuevo, templar su apasionada soflama, pero en vez de eso, la mujer guarda silencio.

—¿Crees que siempre renacemos aquí —pregunta por fin—, en este lugar? ¿Que debemos volver y enfrentarnos a todo esto una y otra vez, al margen de lo que hagamos?

—No lo sé —responde Jaidee—. Esa es la clase de duda que se plantearía Kanya.

—Qué sería es. Debería comprarle un amuleto a ella también. Algo que le haga sonreír por una vez.

—Es un poco rara.

—Creía que Ratana se quería declarar ante ella.

Jaidee guarda silencio mientras piensa en Kanya y en la guapa Ratana, con su mascarilla y su vida bajo tierra en los laboratorios de contención biológica del ministerio.

—No meto la nariz en su vida privada.

—Sonreiría más si fuera hombre.

—Si alguien de la talla de Ratana no es capaz de hacerla feliz, ningún hombre tiene la menor esperanza. —Jaidee esboza una sonrisa—. En cualquier caso, si fuera un hombre, se pasaría todo el día atormentado por los celos de los integrantes de la unidad que está bajo su mando. Todos esos muchachos, tan apuestos... —Se inclina hacia delante e intenta besar a Chaya, pero esta es demasiado rápida.

—Puaj. Y encima apestas a whisky.

—Whisky y humo. Así huelen los hombres de verdad.

—A la cama. Terminarás despertando a Niwat y a Surat. Y a madre.

Jaidee la atrae hacia él y acerca los labios a su oído.

—No le importaría tener otro nieto.

Chaya lo aparta de un empujón, riéndose.

—Le importará como la despiertes.

Las manos de Jaidee bajan por sus caderas.

—Seré muy discreto.

Chaya intenta zafarse de su abrazo, pero no pone demasiado empeño. Jaidee le coge la mano. Palpa los muñones de los dedos ausentes, acaricia los extremos. De repente, los dos vuelven a ponerse serios. Chaya aspira una bocanada entrecortada de aire.

—Todos hemos perdido demasiadas cosas. No soportaría perderte también a ti.

—Eso no pasará nunca. Soy un tigre. Y no soy idiota.

Chaya lo abraza con fuerza.

—Eso espero. De verdad que sí. —Su cuerpo cálido se pega al de él. Jaidee puede sentir su respiración, rítmica, cargada de preocupación por él. Chaya se aparta y le dirige una mirada solemne. Sus ojos oscuros rebosan ternura.

—No me pasará nada —repite Jaidee.

Chaya asiente con la cabeza pero es como si no estuviera escuchando. En vez de eso parece estar estudiándolo, siguiendo las arrugas de su frente, de sus sonrisas, de sus cicatrices y sus picaduras. El momento se prolonga, sus ojos oscuros fijos en él, memorizando, solemnes. Por fin asiente con la cabeza, como si escuchara algo que se hubiese dicho para sus adentros, y la expresión de preocupación se suaviza. Sonríe y lo atrae aún más hacia ella, pegándole los labios al oído.

—Eres un tigre —susurra, como si fuera una pitonisa pronunciándose, y su cuerpo se relaja contra el de él, abrazándolo por completo. Jaidee siente una oleada de alivio cuando se funden, por fin.

La abraza con más fuerza.

—Te he echado de menos —susurra.

—Ven conmigo. —Chaya se aparta y lo agarra de la mano. Lo conduce a la cama.



Echa a un lado la mosquitera y se desliza bajo la tentadora telaraña. Susurro de ropas al caer. Una sombra femenina intuida, incitante—. Todavía hueles a humo.

Jaidee aparta la cortina de red.

—Y a whisky. No te olvides del whisky.

El sol se asoma sobre el borde de la tierra, bañando a Bangkok con su resplandor. Como un manto de lava, recorre los esqueletos de las torres de la antigua Expansión y las *chedi* recubiertas de oro de los templos de la ciudad, vistiéndolas de luz y calor. Enciende los altos y afilados tejados del Palacio Real, donde la Reina Niña vive enclaustrada con sus sirvientes, y arranca llamaradas de las filigranas de la Sagrada Columna de la Ciudad, donde los monjes entonan sus cánticos veinticuatro horas al día, los siete días de la semana, rezando por los rompeolas y los diques de la metrópoli. El océano, cálido como la sangre, rutila cuajado de brillantes olas azules mientras el sol continúa trazando su estela incandescente.

El sol aporrea el balcón de la sexta planta de Anderson Lake y entra a raudales en el piso. Los jazmines enroscados en el pasamanos de la barandilla se mecen con la brisa caliente. Anderson levanta la cabeza, entornados los ojos azules frente al fulgor. Gemas de sudor se forman y centellean en su piel blanca. Al otro lado de la veranda, la ciudad se extiende como un océano de magma, proyectando destellos dorados allí donde las agujas y el cristal capturan el sol en todo su esplendor.

Está desnudo para sobrellevar el bochorno, sentado en el suelo, rodeado de libros abiertos: catálogos de flora y fauna, apuntes de viaje, una historia completa del sudeste de la península asiática desparramada sobre la teca. Tomos mohosos, quebradizos. Jirones de papel. Diarios medio destrozados. Memorias rescatadas de una época en la que decenas de miles de plantas disparaban polen, esporas y semillas al aire. Se ha pasado toda la noche trabajando, y aun así apenas recuerda las numerosas variedades que ha examinado. En vez de eso, su mente regresa a la piel expuesta: un *pha sin* deslizándose por unas piernas femeninas, la evocación de pavos reales sobre un brillante tejido morado menguante, separados los muslos tersos.

A lo lejos, las torres de Ploenchit se yerguen majestuosas, recortadas contra la luz. Tres sombras rectas como dedos extendidos hacia el firmamento en medio de la húmeda bruma amarilla. A la luz del día su aspecto se asemeja más al de simples edificios desahuciados de la era de la Expansión, sin nada que insinúe las febriles adicciones contenidas en su interior.

Una chica mecánica.

Sus dedos sobre su piel. Sus ojos oscuros, solemnes, y sus palabras: «Puedes tocar».

Anderson aspira una temblorosa bocanada de aire y se obliga a arrinconar los recuerdos. Ella es el polo opuesto de las plagas invasoras que debe combatir a diario. Una flor de invernadero, abandonada en un mundo demasiado cruel para su delicada herencia. Es poco probable que sobreviva por mucho tiempo. No en este clima. No con estas personas. Quizá fuera esa vulnerabilidad lo que le conmovió, su fortaleza fingida cuando no tenía absolutamente nada. Ver cómo luchaba por un asomo de orgullo mientras se subía la falda a una orden de Raleigh.

«¿Por eso le hablaste de las aldeas? ¿Porque te compadecías de ella? ¿No porque su piel es tan suave como el mango? ¿No porque apenas si podías respirar cuando la tocaste?»

Hace una mueca y vuelve a concentrarse en los libros abiertos, obligándose a atender el verdadero problema, el enigma que lo ha llevado al fin del mundo a bordo de clíperes y dirigibles: Gi Bu Sen. La chica mecánica había dicho Gi Bu Sen.

Anderson revuelve los libros y las hojas sueltas; encuentra una fotografía. Un hombre obeso, sentado junto a otros científicos del Medio Oeste en una conferencia sobre

la mutación de la roya patrocinada por AgriGen. Su mirada rehúye la cámara, parece aburrido, le cuelga la papada.

«¿Sigues estando igual de gordo?», se pregunta Anderson. «¿Te dan de comer los thais tan bien como nosotros?»

Solo había tres posibilidades: Bowman, Gibbons y Chaudhuri. Bowman, que desapareció justo antes de que el monopolio de SoyPRO se viniera abajo. Chaudhuri, que bajó de un dirigible y se perdió de vista en los estados indios, secuestrado por PurCal o fugitivo. O muerto. Y Gibbons. Gi Bu Sen. El más listo de todos ellos, y el menos probable. Después de todo, se le había dado por fallecido. Sus hijos habían rescatado sus restos calcinados de entre las cenizas de su hogar... y a continuación los habían incinerado antes de que la empresa pudiera solicitar una autopsia. Pero se le había dado por fallecido. Y cuando los hijos fueron interrogados con detectores de mentiras y sueros de la verdad, lo único que acertaron a decir fue que su padre siempre había insistido en que no quería que le practicaran ninguna autopsia, que no soportaba la idea de que alguien troceara su cadáver y lo llenara de conservantes. Pero el ADN coincidía. Era él. Todos estaban seguros de que era él.

Solo que es fácil dudar cuando no se dispone más que de un puñado de recortes genéticos del supuesto cadáver del mejor pirata genético del mundo.

Anderson baraja más papeles en pos de las transcripciones de los últimos días del fabricante de calorías, recogidas por los instrumentos de escucha ocultos en los laboratorios. Nada. Ni el menor indicio de sus planes. Y de repente, murió. Y a ellos no les quedó más remedio que creer que era verdad.

De esa manera, los *ngaw* casi tienen sentido. Igual que las solanáceas. A Gibbons siempre le había gustado alardear de sus logros. Era un egotista. Todos sus colegas lo decían. Gibbons disfrutaría jugando con todas las posibilidades de un banco de semillas completo. Un género entero resucitado y unas gotitas de tradición local para aderezar la mezcla. *Ngaw*. Al menos, Anderson supone que la fruta es autóctona. Pero ¿quién sabe? Quizá se trate de una creación completamente nueva. Algo surgido en exclusiva de la mente de Gibbons, como Eva de la costilla de Adán.

Distraído, Anderson acaricia los libros y los apuntes que tiene delante. En ninguna parte se mencionan los *ngaw*. Las únicas pistas de las que dispone son el término thai y la singular apariencia del fruto. Ni siquiera sabe si *ngaw* es la denominación tradicional del fruto verde y rojo o una palabra de nuevo cuño. Albergaba la esperanza de que Raleigh recordara algo, pero el tipo está muy mayor, y deteriorado por el opio; si conocía algún término *angrit* para esta fruta histórica, ya lo ha olvidado. En cualquier caso, no existe ninguna traducción evidente. Habrá de pasar al menos un mes antes de que Des Moines pueda analizar las muestras. Y ni siquiera así hay forma de saber si estará en sus catálogos. Basta con que haya sufrido suficientes alteraciones para que su ADN continúe eludiéndolos.

Una cosa es segura: el *ngaw* es nuevo. Hace un año, ninguno de los encargados de los inventarios describió nada parecido en sus informes del ecosistema. Los *ngaw* han surgido de un año a otro. Como si el suelo del reino hubiera tenido el antojo de recuperar el pasado y depositarlo en los mercados de Bangkok.

Anderson hojea otro libro, rastreando. Desde su llegada, se ha esforzado por crear una biblioteca, una ventana histórica a la Ciudad de los Seres Divinos, tomos que datan de antes de las guerras calóricas y las plagas, antes de la Contracción. Sus incursiones lo han llevado desde las librerías de viejo hasta los escombros de las torres de la Expansión. Casi todo el papel de esa época está ya quemado o podrido por culpa de la humedad tropical, pero a pesar de todo ha descubierto yacimientos de saber, familias que valoraban sus libros

más que como una forma rápida de encender una fogata. La acumulación de conocimientos reviste ahora sus paredes, volumen tras volumen de información ribeteada de moho. Es deprimente. Le recuerda a Yates, su desesperado afán por exhumar el cadáver del pasado y resucitarlo.

«¡Imagina!», le gustaba exclamar a Yates con voz ronca. «¡Una nueva Expansión! Dirigibles, muelles percutores de última generación, vientos de comercio justo...»

Yates tenía sus propios libros. Tomos polvorientos que había robado de las bibliotecas y de las escuelas de toda Norteamérica, los conocimientos olvidados del pasado; un concienzudo saqueo de Alejandría que había pasado completamente inadvertido porque todo el mundo sabía que el comercio internacional estaba muerto.

Cuando llegó Anderson, los libros atestaban las oficinas de SpringLife y cubrían la mesa de Yates a montones: *La dirección global llevada a la práctica*, *Relaciones comerciales interculturales*, *La mentalidad asiática*, *Los tigres de Asia*, *Cadenas de abastecimiento y logística*, *Thai pop*, *La nueva economía internacional*, *Consideraciones de la tasa de cambio de las cadenas de suministro*, *Hacer negocios en Tailandia*, *Competencia internacional y regulación*. Cualquier cosa relacionada con la historia de la antigua Expansión.

En los últimos momentos de desesperación, Yates los señalaba con el dedo y decía: «¡Podríamos recuperarlo todo! ¡Absolutamente todo!». Después rompía a llorar, y Anderson sentía lástima por él. Yates había consagrado su vida a un imposible.

Anderson pasa las páginas de otro libro, examinando viejas fotografías una a una. Pimientos. Montones de ellos, exhibidos ante algún fotógrafo fallecido hace mucho. Pimientos. Berenjenas. Tomates. Otra vez todas esas solanáceas prodigiosas. De no ser por ellas, la sede jamás hubiera enviado a Anderson al reino, y Yates podría haber tenido una oportunidad.

Anderson busca la cajetilla de cigarros Singha liados a mano, enciende uno y se tumba de espaldas, contemplativo, estudiando el humo de la antigüedad. Tiene gracia que los thais, aun muriéndose de hambre, hayan sacado tiempo y energías para resucitar la adicción a la nicotina. Reflexiona sobre la inmutabilidad de la naturaleza humana.

El sol lo aporrea con su fulgor, bañándolo de luz. En medio de la humedad y el humo del estiércol quemado se distingue tenuemente el polígono industrial a lo lejos, con sus estructuras espaciadas a intervalos regulares, tan distinto del amasijo de baldosas y óxido de la antigua ciudad. Y detrás de las fábricas, el borde del rompeolas se yergue con el colosal sistema de compuertas que permite la salida de las mercancías al mar. El cambio está cerca. El regreso al verdadero comercio internacional. Líneas de suministro que den la vuelta al mundo. Todo ello está cerca, aunque les esté costando volver a aprender la lección. A Yates le encantaban los muelles percutores, pero el concepto de la historia resucitada le gustaba todavía más.

—Aquí no eres miembro de AgriGen, ¿sabes? Tan solo otro mugriento empresario *farang* intentando ganarse la vida con los buscadores de jade y los tripulantes de los clíperes. Esto no es la India, donde uno puede pasearse por ahí enseñando el símbolo del trigo de AgriGen y requisando lo que le apetezca. Los thais no se ponen panza arriba tan fácilmente. Te cortarán en pedazos y te mandarán de vuelta a casa convertido en carne picada si descubren quién eres.

—Te irás en el próximo dirigible —dijo Anderson—. Agradece que la sede aprobara eso al menos.

Pero entonces Yates había sacado la pistola de resortes.

Anderson da otra calada al cigarrillo, irritado. Vuelve a acordarse del calor. Sobre su cabeza, el ventilador de manivela de la habitación se ha detenido. El tensador que debía

presentarse todos los días a las cuatro de la tarde aparentemente no había cargado julios suficientes. Anderson arruga el entrecejo y se levanta para correr las persianas y bloquear así el resplandor. El edificio es nuevo, construido según los principios térmicos que permiten que el aire fresco circule libremente por todo el inmueble, pero aun así sigue resultando difícil soportar el brillo directo del sol ecuatorial.

Ya en la sombra, Anderson vuelve con sus libros. Pasa páginas. Ojea tomos amarillentos y lomos agrietados. El papel se desmenuza, maltratado por la humedad y la edad. Abre otro libro. Aprieta el cigarrillo entre los labios, con los ojos entrecerrados frente al humo, y se detiene.

*Ngaw.*

Montones de ellos. Los pequeños frutos rojos con sus extraños pelos verdes se alzan ante él, provocándole desde la fotografía de un *farang* que regatea con un campesino tailandés ya olvidado. Les rodean las brillantes estelas de taxis impulsados por combustión de gasolina, pero justo a su lado, una gigantesca pirámide de *ngaw* devuelve la mirada al espectador, desafiante.

Anderson ha pasado tanto tiempo rastreando fotos antiguas que rara vez consiguen impresionarle. Por lo general le cuesta poco trabajo perdonar la ridícula confianza del pasado (el desperdicio, la arrogancia, la absurda abundancia), pero esta vez le irrita: los rollos de grasa que cuelgan del *farang*, el asombroso excedente de calorías que queda en segundo plano frente al colorido y el atractivo de un mercado que ofrece treinta variedades de fruta: mangostanes, piñas, cocos, desde luego... pero ya no hay naranjas. Ya no existen estas... estas... pitayas, ni esos pomelos, ni esas pelotas amarillas... los «limones». No queda ni uno. Muchas de esas cosas se han ido para no regresar jamás.

Pero eso los protagonistas de la fotografía lo ignoran. Estas personas ya muertas no se imaginan que lo que tienen delante es el tesoro del tiempo, que viven en el edén de la Biblia grahamita, donde las almas puras van a parar a la derecha de Dios. Donde todos los sabores del mundo reciben los tiernos cuidados de Noé y san Francisco, y donde nadie pasa hambre.

Anderson escanea la imagen. Esos gordinflones complacidos no tienen ni idea de la mina de oro genética que se encuentra a su lado. El libro ni siquiera se molesta en identificar el *ngaw*. Solo es una muestra más de la fecundidad de la naturaleza, algo que dan por sentado porque les sobra.

Anderson desea por un instante ser capaz de sacar a rastras de la fotografía al obeso *farang* y al anciano campesino thai y traerlos al presente, para poder descargar la rabia directamente sobre ellos antes de tirarlos por el balcón, como sin duda tiraban ellos la fruta que tuviera la menor imperfección.

Pasa rápidamente las páginas del libro pero no encuentra más imágenes, ni tampoco ninguna mención de los tipos de fruta disponibles. Se levanta, agitado, y regresa al balcón. Sale al sol abrasador y contempla la ciudad que se extiende a sus pies. Abajo resuenan los reclamos de los vendedores de agua y los barritos de los megodontes. El sonido de los timbres de las bicicletas ensordece las calles. Al mediodía, la ciudad se quedará aletargada, esperando a que el sol comience el descenso.

En algún rincón de esta ciudad hay un pirata genético jugando como un niño con las piezas del rompecabezas de la vida. Rediseñando ADN extintos hace tiempo para adecuarlos a las circunstancias de la post-Contracción, para sobrevivir a pesar de los asaltos de la roya, del gorgojo modificado nipón y de la cibiscosis.

Gi Bu Sen. La chica mecánica estaba segura del nombre. Tiene que tratarse de Gibbons.

Anderson se acoda en la barandilla del balcón, con los ojos entrecerrados por el

resplandor, y pasea la mirada por la enmarañada ciudad. Gibbons está ahí fuera, escondido. Trabajando en su próximo descubrimiento. Y dondequiera que se oculte, habrá un banco de semillas cerca.

Lo malo de guardar el dinero en un banco es que este se puede volver contra uno en menos que parpadea un tigre: lo que es tuyo pasa a ser de ellos; lo que era tu sudor, tu esfuerzo y las porciones empeñadas de toda una vida termina en poder de un extraño. Este problema (el problema de los bancos) carcome los pensamientos de Hock Seng como un gorgojo modificado, imposible de extirpar y reducir a un amasijo de pus y restos de exoesqueleto.

Imaginado en términos de tiempo (el tiempo empleado trabajando para ganar un sueldo que a continuación se deposita en el banco), un banco puede ser dueño de más de la mitad de una persona. Bueno, al menos de una tercera parte, si se es un tailandés indolente. Y una persona a la que le falte una tercera parte de su vida, en realidad, no tiene vida ninguna.

¿De qué tercio de su ser podría desprenderse uno? ¿Desde el pecho hasta la calva? ¿Desde la cintura hasta las amarillentas uñas de los pies? ¿Las dos piernas y un brazo? ¿Los dos brazos y una cabeza? Uno todavía podría albergar alguna esperanza de sobrevivir si le arrancaran una cuarta parte de su ser, pero un tercio es intolerable.

Eso es lo malo de los bancos. En cuanto uno pone el dinero en su boca, resulta que el tigre ha cerrado las fauces alrededor de su cabeza. Una tercera parte, o la mitad, o una simple sesera cubierta de verrugas, lo mismo da.

Pero si los bancos no son de confianza, entonces, ¿qué? ¿La endeble cerradura de una puerta? ¿Un colchón piojoso, minuciosamente destripado? ¿Las maltrechas tejas de un tejado, levantadas y envueltas en hojas de plátano? ¿Un agujero en las vigas de bambú de una choza, ingeniosamente cortadas y ahuecadas para contener los gruesos rollos de billetes embutidos en ellas?

Hock Seng escarba en el bambú.

El hombre que le alquiló la habitación se refería a ella como «piso», y en cierto modo lo es. Tiene cuatro paredes; no es una simple tienda de lona de polímero de aceite de coco. Tiene un patio diminuto en la parte de atrás, donde se encuentra el retrete, compartido (igual que las paredes) con otras seis chozas. Para un refugiado tarjeta amarilla, no es un piso sino una mansión. Y sin embargo no deja de oír los lamentos y las protestas de la humanidad que le rodea.

Las paredes de madera WeatherAll son una extravagancia, la verdad, aunque no lleguen a tocar el suelo del todo, aunque las sandalias de yute de sus vecinos asomen por debajo, y aunque apesten a los aceites que impiden que se pudran con la humedad de los trópicos. Pero son necesarias, siquiera para proporcionarle un lugar en el que guardar el dinero aparte del fondo del barril para recoger el agua de lluvia envuelto en tres capas de piel de perro, las cuales ruega él que sigan siendo impermeables tras seis meses de inmersión.

Hock Seng hace un alto en su tarea y escucha.

De la habitación contigua llegan movimientos susurrados, pero nada indica que haya alguien atento a sus excavaciones, discretas como las de un ratón. Reanuda el proceso de aflojar un panel de bambú disimulado en la junta, reservando juiciosamente el serrín para más tarde.

Nada es seguro: esa es la primera lección. Los *yang guizi* diablos extranjeros aprendieron la lección durante la Contracción, cuando la pérdida del petróleo los envió corriendo de regreso a las costas que les habían visto partir. Él la aprendió en Malaca. Nada

es seguro, nada dura eternamente. El rico se vuelve pobre. El bullicioso clan chino, bien alimentado y feliz durante el Festival de la Primavera, ahíto de tiras de cerdo, *nasi goreng* y pollo al estilo Hainan, se reduce a un solo tarjeta amarilla demacrado. Nada es para siempre. Eso, al menos, los budistas lo saben.

Hock Seng esboza una sonrisa pesarosa y continúa escarbando en silencio, trazando una línea de lado a lado en lo alto del panel, extrayendo más serrín prensado. Ahora vive rodeado de lujos, con su mosquitera remendada y el hornillo en el que puede quemar metano verde dos veces al día, siempre y cuando esté dispuesto a pagar al gran hermano *pi lien* de la zona para que pinche ilegalmente las tuberías de suministro de las farolas de la ciudad. Posee su propio juego de urnas de arcilla para recoger el agua de lluvia en el patio diminuto, un lujo extraordinario de por sí, protegidas por el honor y la integridad de sus vecinos, desesperadamente pobres, quienes saben que debe haber un límite para todo, hasta para la miseria y la estrechez, y por eso tiene barriles repletos de viscosos huevos de mosquito verdes que puede estar seguro que no tocará nadie, aunque eso no significa que no puedan asesinarlo al otro lado de su misma puerta, ni que la mujer del vecino no pueda ser violada por el primer *nak leng* que se encapriche de ella.

Hock Seng tira del diminuto panel de la caña de bambú, aguantando la respiración, intentando no hacer el menor ruido. Eligió este punto por las vigas expuestas y las tejas que se entrevén desde abajo en el techo oscuro. Por los huecos, las rendijas y las oportunidades. A su alrededor, los habitantes del arrabal despiertan, gimen, protestan y encienden cigarrillos mientras él suda por la tensión de abrir el escondrijo. Es una locura guardar tanto dinero aquí. ¿Y si se incendian las chozas? ¿Y si la WeatherAll prende por culpa de la vela caída de algún imbécil? ¿Y si la turba viene e intenta dejarle atrapado dentro?

Hock Seng hace una pausa, se enjuga el sudor de la frente. «Estoy loco. No va a venir nadie a por mí. Los pañuelos verdes están al otro lado de la frontera, en Malasia, y los ejércitos del reino se encargarán de mantenerlos a raya.

»Y aunque vengan, dispongo de un archipiélago de distancia para prepararme para su llegada. Días de viaje a bordo de un tren de muelles percutores, siempre y cuando los generales del ejército de la reina no vuelen las vías. Por lo menos veinticuatro horas, aunque usen carbón para el ataque. ¿Y si no? Semanas de marcha. Tiempo de sobra. Estoy a salvo.»

El panel cae en su mano temblorosa, revelando el interior hueco del bambú. La caña es impermeable, perfeccionada por la naturaleza. Introduce un brazo esquelético en el boquete, tanteando como los ciegos.

Por un momento le parece que alguien se lo ha llevado, que le han robado aprovechando su ausencia, pero entonces sus dedos rozan el papel y saca los rollos de billetes uno a uno.

En la habitación contigua, Sunan y Mali hablan del tío de ella, que quiere que trafiquen con piñas cibi.11.s.8, trayéndolas en un esqui de desde Koh Angrit, la isla *farang* de la cuarentena. Dinero rápido, si están dispuestos a correr el riesgo de importar alimentos prohibidos de los monopolios de las calorías.

Hock Seng escucha sus murmullos mientras guarda el dinero en un sobre que a continuación esconde dentro de la camisa. Diamantes, baht y jade trufan las paredes que le rodean, pero aun así, le duele sacar este dinero ahora. Va en contra de su instinto acumulador.

Vuelve a cerrar el panel de bambú. Se moja los dedos con saliva, la mezcla con los escasos restos de serrín e introduce el compuesto en las grietas más llamativas. Se sienta encima de los talones y examina la caña de bambú. Es prácticamente invisible. Si no supiera que debe contar cuatro juntas hacia arriba, no se le ocurriría dónde mirar, ni qué



buscar.

Lo malo de los bancos es que uno no se puede fiar de ellos. Lo malo de los escondites secretos es que son difíciles de proteger. Lo malo de una habitación en un poblado de chabolas es que cualquiera podría llevarse el dinero aprovechando su ausencia. Necesita otros escondrijos, lugares seguros donde ocultar el opio, las joyas y el dinero en efectivo conseguidos con tanto esfuerzo. Necesita un lugar seguro para todo. También para su persona, y eso no tiene precio.

Todo es pasajero. Así lo asegura Buda, y Hock Seng, que no creía ni tenía tiempo para pensar en el karma ni en las verdades del dharma cuando era joven, con los años ha aprendido a entender la religión de su abuela y sus dolorosas verdades. Su sino es sufrir. El apego es el origen de su sufrimiento. Y pese a todo sigue sin poder dejar de ahorrar, de prepararse y de luchar por perpetuar esta vida colmada de sinsabores.

«¿De qué forma pequé para merecer este amargo destino? ¿Para ver a mi clan despedazado bajo machetes pintados de rojo? ¿Para ver mis negocios reducidos a cenizas y mis clíperes hundidos en el fondo del mar?» Cierra los ojos, obligándose a enterrar los recuerdos. Lamentarse es sufrir.

Respira hondo y se pone en pie con esfuerzo, recorre la estancia con la mirada para cerciorarse de que todo esté en su sitio, se vuelve y empuja la puerta, raspar de madera contra arenilla, y sale a la angosta calleja que es la avenida principal del arrabal. Asegura la puerta con un trozo de correa de cuero. Un nudo y nada más. Ya han entrado una vez en la habitación. Volverán a hacerlo. Lo espera. Un candado robusto llamaría la atención de las personas equivocadas, un triste pedazo de cuero resulta menos tentador.

El camino que conduce fuera del barrio pobre de Yaowarat está sembrado de sombras y cuerpos acuclillados. El calor de la estación seca pesa como una losa sobre él, tan intenso que parece que nadie puede respirar, aun con la colosal presencia de los diques de Chao Phraya. No se puede escapar del calor. Si el rompeolas cediera, el poblado entero se ahogaría en unas aguas casi frescas, pero hasta entonces, Hock Seng suda y callejea arrastrando los pies por el laberinto de pasadizos, restregándose contra paredes de hojalata rescatadas de la basura.

Sortea zanjias abiertas llenas de mierda. Hace equilibrios sobre tablones y esquiva a mujeres que sudan la gota gorda entre humeantes ollas de fideos U-Tex y pestilentes pescados secados al sol. Un puñado de carros de comida, los que han sobornado a los camisas blancas o al *pi lien* del arrabal, encienden pequeñas fogatas de estiércol a la vista de todos, anegando los callejones con densas humaredas mezcladas con el aceite de pimiento para freír.

Esquiva bicicletas cargadas de candados, pisando con cuidado. Por debajo de las paredes de lona asoman prendas de vestir, cazos y desperdicios, que invaden el espacio público. Las tiendas se agitan con el movimiento de sus ocupantes: un hombre tose con los pulmones encharcados, en las últimas; una mujer lamenta la adicción al vino de arroz *lao-lao* de su hijo; una niña amenaza con agredir a su hermano lactante. La intimidad no está hecha para el arrabal, pero las paredes de lona proporcionan un educado espejismo. Y sin duda es mejor que las torres de la Expansión donde se hacinan los tarjetas amarillas. Este poblado es un lujo para Hock Seng. Y rodeado de tailandeses autóctonos, se siente a cubierto. Más protegido de lo que estuvo jamás en Malasia. Aquí, si no abre la boca y lo traiciona su acento extranjero, puede confundirse con los nativos.

Aun así, añora el lugar donde su familia y él consiguieron labrarse un porvenir a pesar de ser extranjeros. Añora los salones con suelos de mármol y las columnas laqueadas de rojo de su hogar ancestral, donde resonaban las voces de sus hijos, sus nietos y sus criados. Añora el pollo de Hainan, el *laksa asam*, el delicioso *kopi* dulce y el *roti canai*.

Añora su flota de barcos de vela y a los marineros (¿no es cierto acaso que contrataba incluso a morenos?, ¿que había llegado a nombrar capitanes a algunos de ellos?) que tripulaban sus clíperes Mishimoto hasta el fin del mundo, llegando incluso hasta Europa, transportando variedades de té resistentes al gorgojo modificado y volviendo con caros coñacs como no han vuelto a verse desde la Expansión. Y por las noches, regresaba junto a sus mujeres y cenaba bien, sin más preocupación que la indolencia de alguno de sus hijos o las perspectivas de encontrar un buen marido para alguna de sus hijas.

Qué bobo e ignorante había sido. Se las daba de comerciante marino, cuando ni siquiera se imaginaba la facilidad con que pueden cambiar las mareas.

Una muchacha sale de debajo de una lona. Le sonrío, demasiado joven para tomarlo por un desconocido y demasiado inocente para darle importancia. Está viva, rebosante de la vitalidad que un anciano solo puede envidiar con sus huesos doloridos. Le sonrío.

Podría ser su hija.

La noche malaca era negra y viscosa, una selva poblada de los chillidos de las aves nocturnas y el palpitante zumbido de los insectos. En el puerto, las aguas oscuras batían suavemente ante ellos. Él y Cuarta Hija, esa perra callejera que no servía para nada, la única que había podido mantener, se escondieron entre los embarcaderos y los botes que se mecían, y cuando la oscuridad se hizo soberana de todo, la condujo hasta el agua, donde las olas corrían al encuentro de la playa en avalanchas acompasadas y las estrellas eran alfileres de oro prendidos en la negrura sobre sus cabezas.

—Mira, Ba. Oro —susurró la niña.

A veces él le contaba que todas las estrellas eran pepitas de oro que estaban a su disposición, porque era china y prosperaría si ponía empeño en el trabajo y respetaba a sus antepasados y las tradiciones. Y ahora, aquí estaban, bajo una manta de polvo de oro, la Vía Láctea extendida sobre sus cabezas como una gigantesca sábana ondeante, tan apretadas entre sí las estrellas que, si fuera lo bastante alto, podría cogerlas, exprimirlas y dejar que se derramaran por sus brazos formando regueros.

Oro por todas partes, inalcanzable.

Entre los barcos de pesca y la pequeña lancha impulsada por muelles, encontró un bote de remos y puso rumbo a alta mar, dirigiéndose a la bahía, siguiendo las corrientes, una mota negra perdida entre los fluctuantes reflejos del océano.

Preferiría que la noche estuviera nublada, pero al menos no había luna. Remaba y remaba mientras las carpas marinas rompían la superficie y rodaban a su alrededor, enseñando las gordas barrigas blancas que los miembros de su clan habían diseñado para alimentar a una nación hambrienta. Remaba y las carpas los rodeaban, mostrando unos vientres pálidos abultados ahora con la sangre y los tendones de sus creadores.

Por fin la pequeña embarcación llegó al objeto de su búsqueda, un trimarán anclado en alta mar. El lugar donde dormían los marineros de Hafiz. Subió a bordo y caminó entre ellos sin hacer ruido. Estudiándolos a todos mientras dormían a pierna suelta, protegidos por su religión. Con vida y a salvo cuando a él ya no le quedaba nada.

Los remos le habían dejado doloridos los brazos, los hombros y la espalda. Achaques de anciano. El entumecimiento de la debilidad.

Caminó entre ellos de puntillas, rastreando, demasiado viejo para la supervivencia pueril, y sin embargo incapaz de renunciar a ella. Quizá lograra sobrevivir todavía. Quizá lo consiguiera la única boca que le quedaba por alimentar. Aunque solo fuera una niña. Aunque no pudiera hacer nada por sus antepasados, al menos era de su clan. Una viruta de ADN que aún podría salvarse. Cuando por fin encontró el cuerpo que buscaba, se agachó y lo tocó con delicadeza, tapó la boca del hombre.

—Viejo amigo —susurró.

Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente cuando despertó.

—¿*Encik* Tan? —Hizo ademán de saludar con gesto marcial, pese a estar medio desnudo y tendido de espaldas. A continuación, como si recordara el cambio que se había operado en sus respectivas suertes, bajó la mano y se dirigió a Hock Seng como jamás hubiera osado hacer en la vida real—: ¿Hock Seng? ¿Todavía estás vivo?

Hock Seng frunció los labios.

—Esta inútil boca que alimentar y yo tenemos que ir al norte. Necesito tu ayuda.

Hafiz se sentó, frotándose los ojos. Echó una mirada furtiva al resto del clan, que seguía durmiendo.

—Si te delatara, me embolsaría una fortuna —susurró—. El líder de Tres Prosperidades. Sería rico.

—No eras pobre cuando trabajabas conmigo.

—Tu cabeza vale más que todos los cráneos chinos apilados en las calles de Penang. Y estaría a salvo.

A Hock Seng le dieron ganas de responder en tono airado, pero Hafiz levantó una mano, indicando silencio. Condujo a Hock Seng hasta el borde de la cubierta, contra la barandilla. Se arrimó a él hasta que sus labios rozaron casi el oído de Hock Seng.

—¿Sabes en qué aprieto me pones? Tengo parientes que ahora se ponen pañuelos verdes en la cabeza. ¡Mis propios hijos! Este no es un lugar seguro.

—¿Crees que eso me pilla de nuevas?

Hafiz tuvo el decoro de apartar la mirada, azorado.

—No puedo ayudarte.

Hock Seng puso mala cara.

—¿Esto es lo que me merezco por portarme bien contigo? ¿Acaso no estuve en tu boda? ¿No os cubrí de regalos a Rana y a ti? ¿No os agasajé durante diez días? ¿No pagué el ingreso de Mohammed en la Universidad de Koneru Lakshmaiah?

—Hiciste eso y más. Es mucho lo que te debo. —Hafiz inclinó la cabeza—. Pero ya no somos las mismas personas de antes. Los pañuelos verdes están por todas partes entre nosotros, y los que sentíamos afecto por la plaga amarilla solo podemos salir malparados. Tu cabeza compraría la seguridad de mi familia. Lo siento. Es así. No sé por qué no te capturo ahora mismo.

—Tengo diamantes, jade.

Hafiz suspiró y se dio la vuelta, exhibiendo los hombros anchos y musculosos.

—Si aceptara tus joyas, con la misma facilidad me sentiría tentado de quitarte la vida. Si hablamos de dinero, tu cabeza será siempre el trofeo más valioso. Será mejor rehuir las tentaciones de la fortuna.

—Entonces, ¿vamos a despedirnos así?

Hafiz volvió a encararse con Hock Seng, implorante.

—Mañana les entregaré tu clíper, el *Lucero del alba*, y renegaré de ti por completo. Si fuera más listo te entregaría también a ti. Todos los que han ayudado a la plaga amarilla son sospechosos ahora. Los que engordamos gracias a la industria china y prosperamos gracias a vuestra generosidad somos los más odiados de la nueva Malasia. El país ha cambiado. La gente tiene hambre. Está furiosa. Nos llaman piratas de calorías, especuladores y perros amarillos. Nada consigue apaciguarlos. Vuestra sangre se ha derramado ya, pero aún tienen que decidir qué hacer con nosotros. No puedo poner en peligro a mi familia por ti.

—Podrías venir al norte con nosotros. Navegaríamos juntos.

Hafiz exhaló un suspiro.

—Los pañuelos verdes patrullan las costas en busca de refugiados. Sus redes son

amplias y llegan a todas partes. Y quienes caen en ellas son ejecutados.

—Pero nosotros somos astutos. Más que ellos. Podríamos eludirlos.

—No, eso es imposible.

—¿Cómo lo sabes?

Hafiz desvió la mirada, avergonzado.

—Mis hijos alardean delante de mí.

Hock Seng frunció el ceño con amargura, sin soltar la mano de su hija.

—Lo siento —dijo Hafiz—. La vergüenza me acompañará hasta que muera. —Giró sobre los talones de repente y corrió hacia la despensa. Regresó con unos mangos y papayas de aspecto lozano. Un paquete de U-Tex. Un melón cibi de PurCal—. Ten, acéptalo. Lamento no poder hacer más. Lo siento. Debo pensar también en mi propia supervivencia. —Y tras pronunciar esas palabras, vio a Hock Seng desembarcar y perderse de vista entre las olas.

Un mes más tarde, Hock Seng cruzó la frontera en solitario, arrastrándose por la selva infestada de sanguijuelas tras haber sido abandonado por los cabezas de serpiente que les habían traicionado.

Hock Seng ha oído que quienes ayudaron al pueblo amarillo después murieron en masa, arrojándose al mar desde los acantilados para nadar como podían hasta aplastarse contra las rocas de la costa o ser abatidos a tiros mientras flotaban. A menudo se pregunta si Hafiz sería una de aquellas víctimas, o si su regalo, el último clíper sin vías de agua de las Tres Prosperidades, habría sido suficiente para salvar a su familia, si sus hijos pañuelos verdes intercedieron por él, o si se quedaron mirando fríamente mientras su padre sufría por sus numerosos pecados.

—¿Abuelo? ¿Estás bien?

La pequeña toca con suavidad la muñeca de Hock Seng, observándolo con sus grandes ojos negros.

—Mi madre puede traerte agua hervida si necesitas beber.

Hock Seng empieza a hablar, pero a continuación asiente con la cabeza y se da la vuelta. Si habla con ella, la niña sabrá que es un refugiado. No le conviene llamar la atención. No le conviene revelar que vive entre ellos a merced de los camisas blancas, del Señor del Estiércol y de un puñado de sellos falsificados en su tarjeta amarilla. No le conviene confiar en nadie, por amables que parezcan. La niña sonriente de hoy puede ser mañana la misma que machaca los sesos de un bebé armada con una piedra. Esa es la única verdad. Uno puede imaginarse que existen conceptos como la lealtad, la confianza y la bondad, pero se trata de meros gatos demonio. Al final, jirones de humo y nada más, imposibles de aprehender.

Otros diez minutos de tortuosas callejuelas lo dejan cerca de los rompeolas de la ciudad, donde las casuchas se pegan como lapas a las murallas del plan del venerable rey Rama XII para la supervivencia de su ciudad. Hock Seng encuentra a Chan el Risueño sentado junto a un carro *jok*, degustando un humeante cuenco de pasta de arroz U-Tex salpicada de inidentificables trocitos de carne.

En su vida anterior, Chan el Risueño era el capataz de una plantación donde se pinchaba el tronco de los árboles del caucho para recoger la savia viscosa, con ciento cincuenta peones a su cargo. En esta vida, su talento organizativo ha encontrado una nueva utilidad: dirigir a los encargados de descargar megodontes y clíperes en los muelles y amarraderos cuando los thais se muestran demasiado holgazanes o estúpidos, o lentos, o cuando consigue sobornar a alguien influyente para dejar que su equipo de tarjetas amarillas se lleve el arroz. Y a veces, también realiza otros trabajos. Transporta opio y *yaba* de anfetaminas desde el río hasta las torres del Señor del Estiércol. Introduce Soy PRO de

AgriGen desde Koh Angrit, pese a los bloqueos del Ministerio de Medio Ambiente.

Le faltan una oreja y cuatro dientes, pero eso no le impide sonreír. Se sienta y sonríe como un pasmarote, y enseña los huecos de su dentadura, y en todo momento sus ojos recorren el tráfico de peatones que pasa ante él. Hock Seng se sienta y depositan ante él otro cuenco de *jok* humeante, y ambos comen el engrudo U-Tex con un café casi tan delicioso como el que acostumbraban a tomar en el sur, y mientras tanto observan a las personas que les rodean como cheshires atentos a los movimientos de las aves, siguiendo con la mirada a las mujeres que les sirven de la olla, a los hombres encorvados sobre las otras mesas del callejón, a los ciclistas que se dirigen al trabajo. Después de todo, los dos son tarjetas amarillas. Lo llevan en la sangre.

—¿Estás listo? —pregunta Chan el Risueño.

—Un poco más de tiempo. No quiero que vean a tus hombres.

—No te preocupes. Ya casi hablamos como los thais. —Sonríe y enseña las mellas—. Nos estamos aclimatando.

—¿Sabes quién es Follaperros?

Chan el Risueño asiente, de forma sucinta, y su sonrisa desaparece.

—Y Sukrit sabe quién soy yo. Estaré debajo del rompeolas, del lado de las casas. Escondido. Ah Ping y Peter Siew montarán guardia.

—Bien. —Hock Seng termina el *jok* y paga también la cuenta de Chan el Risueño.

Con Chan y sus hombres cerca, Hock Seng se siente un poco mejor. Aun así, es arriesgado. Si esto sale mal, Chan el Risueño estará demasiado lejos como para hacer algo más que vengarse. Y la verdad sea dicha, si Hock Seng se para a pensarlo, no está seguro de que lo que ha pagado baste para cubrir eso.

Chan el Risueño se aleja pavoneándose, deslizándose entre las estructuras de lona. Hock Seng reanuda la marcha en medio del calor asfixiante hasta el abrupto y empinado sendero que discurre paralelo al rompeolas. Camina entre las chabolas, sintiendo una nueva punzada de dolor en la rodilla a cada paso, hasta llegar al amplio terraplén elevado de las defensas costeras de la ciudad.

Tras el hedor comprimido del arrabal, la brisa marina que lo envuelve y le agita la ropa supone un alivio. El océano azul, tan brillante, parece un espejo. Hay más gente en el paseo marítimo del terraplén, disfrutando del aire fresco. A lo lejos, una de las bombas de carbón del rey Rama XII se agazapa como un sapo gigante al borde del desnivel. El símbolo de Korakot, el cangrejo, resulta visible en su piel metálica. Sus chimeneas escupen nubes de humo y vapor a intervalos regulares.

En alguna parte, enterradas a gran profundidad, organizadas por el ingenio del monarca, las bombas estiran sus tentáculos y absorben el agua subterránea para que la ciudad no se inunde. Incluso durante la estación cálida funcionan constantemente siete bombas que impiden que Bangkok sea engullida. En la estación lluviosa, los doce signos del zodíaco se activan mientras cae agua a cántaros y todo el mundo transita las calles de la ciudad a bordo de sus esquifes, calados hasta los huesos, agradecidos porque el monzón haya llegado puntual y los diques no se hayan roto.

Hock Seng baja por el otro lado y se dirige a uno de los muelles. Un campesino con un esquife repleto de cocos le ofrece uno, cortando la cabeza verde de un tajo para que beba. Al otro lado de las aguas, los edificios hundidos de Thonburi asoman entre las olas. El agua es un ir y venir de esquifes, redes de pesca y clíperes. Hock Seng respira hondo, aspirando el olor a salitre, pescado y algas hasta el fondo de los pulmones. La vida del océano.

Un clíper japonés pasa ante él con su casco de polímero de aceite de palma y sus velas blancas como una gaviota. El conjunto de hidroalas todavía queda oculto a la vista,

por debajo de la línea de flotación, pero cuando salga a alta mar usará el cañón de muelles para desplegar las velas altas, momento en el que la embarcación saltará del agua como un pez.

Hock Seng recuerda cuando estaba de pie en la cubierta de su primer clíper, sus velas altas al viento, surcando el océano como una piedra arrojada por un chiquillo, riendo mientras hendían las olas, con la espuma salpicando a su alrededor. Se había vuelto hacia su primera esposa y le había dicho que todo era posible, que el futuro era suyo.

Se acomoda en la orilla y bebe el resto del agua de coco verde mientras un niño pordiosero lo observa. Hock Seng le hace señas para que se acerque. «Este es lo bastante listo», supone. Le gusta recompensar a los listos, a los que tienen la paciencia necesaria para esperar a ver qué hace con la cáscara. Se la da al chiquillo, que la acepta con un *wai* y va a romperla contra las piedras de mortero de lo alto del dique. A continuación se pone en cuclillas y utiliza una concha de ostra para raspar la carne tierna y pringosa del interior, famélico.

Follaperros se hace esperar. Su nombre real es Sukrit Kamsing, pero Hock Seng rara vez lo oye en labios de los tarjetas amarillas. Hay demasiada bilis e historia de por medio. En vez de eso, es siempre Follaperros, una palabra que rezuma odio y temor. Es un tipo achaparrado, rebosante de calorías y músculos. Tan perfecto para su trabajo como un megodonte para transformar calorías en julios. Tiene las manos y los brazos cubiertos de cicatrices pálidas. Las rendijas que indican el lugar donde alguna vez hubo una nariz apuntan directamente a Hock Seng, dos tajos verticales oscuros que le confieren una apariencia porcina.

Entre los tarjetas amarillas hay cierto debate sobre si Follaperros dejó que el *fa'gan* se propagara en exceso, permitiendo que sus brotes de coliflor hundieran tantas raíces en su carne que los médicos se vieron obligados a amputarlo todo para salvarle la vida, o si sencillamente el Señor del Estiércol le cortó la nariz para darle una lección.

Follaperros se acuclilla junto a Hock Seng. Ojos negros, implacables.

—La doctora Chan vino a verme. Con una carta.

Hock Seng asiente.

—Quiero ver a tu jefe.

Follaperros suelta una risita.

—Le rompí los dedos y la maté a polvos por interrumpir mi siesta.

Hock Seng se mantiene impasible. Puede que Follaperros esté mintiendo. Puede que diga la verdad. Es imposible saberlo. En cualquier caso, se trata de una provocación. Para ver si Hock Seng se acobarda. Para ver si está dispuesto a negociar. Puede que la doctora Chan haya desaparecido. Otro nombre que pesará sobre él como una losa cuando se reencarne.

—Creo que a tu jefe le agrada la oferta —aventura Hock Seng.

Follaperros se rasca distraídamente el filo de una rendija nasal.

—¿Por qué no querías que nos reuniéramos en mi despacho?

—Me gustan los espacios abiertos.

—¿Has venido con alguien? ¿Más tarjetas amarillas? ¿Crees que con ellos estarás a salvo?

Hock Seng se encoge de hombros. Contempla los barcos y las velas. El amplio mundo, lleno de promesas.

—Quiero ofreceros un trato a tu jefe y a ti. Una montaña de beneficios.

—Dime de qué se trata.

Hock Seng niega con la cabeza.

—No. Debo hablar con él en persona. Solo con él.

—Él no habla con tarjetas amarillas. A lo mejor te echa a los *plaa* de aletas rojas de ahí fuera. Como hicieron los pañuelos verdes con los de tu clase en el sur.

—Sabes quién soy.

—Sé quién dice tu carta que eras. —Follaperros se acaricia los bordes de las rendijas nasales, estudiando a Hock Seng—. Nada más que otro tarjeta amarilla.

Hock Seng no responde. Ofrece la bolsa de cáñamo llena de dinero a Follaperros, que se queda mirándola con suspicacia, sin cogerla.

—¿Qué es eso?

—Un regalo. Mira y averígualo.

Follaperros es curioso. Pero también precavido. Bueno es saberlo. No es de los que mete la mano a ciegas en cualquier bolsa y la saca con un escorpión. En vez de eso, abre el saquito y le da la vuelta. Caen fajos de billetes que ruedan entre las conchas y la suciedad de la marea baja. Follaperros pone los ojos como platos. Hock Seng reprime una sonrisa.

—Dile al Señor del Estiércol que Tan Hock Seng, director de la empresa comercial Tres Prosperidades, tiene una oferta de negocios para él. Entrégale mi nota y tú también te beneficiarás enormemente.

Follaperros sonrío.

—A lo mejor lo que hago es quedarme con este dinero y ordenarles a mis hombres que te sacudan hasta que confieses dónde escondes el resto de tus ahorros de paranoico tarjeta amarilla.

Hock Seng, hierático, guarda silencio.

—Lo sé todo sobre la gente de Chan el Risueño —añade Follaperros—. Me debe una disculpa por irrespetuoso.

A Hock Seng le sorprende no sentir temor. Vive asustado de todo, pero no son los matones *pi lien* como Follaperros los que pueblan de terror sus noches. En el fondo, Follaperros es un simple empresario. No es un camisa blanca, henchido de orgullo nacional o hambriento de una migaja más de respeto. Follaperros trabaja a cambio de dinero. Actúa por dinero. Hock Seng y él son dos caras del mismo organismo económico, pero en el fondo son hermanos. Hock Seng sonrío ligeramente, más confiado.

—Esto no es más que un regalo, por las molestias. Lo que propongo nos reportará mucho más. A todos. —Saca los dos últimos artículos. Uno de ellos, una carta—. Dásela a tu jefe, sellada. —Extiende el otro: una cajita con el eje y las roscas tan familiares y universales, un polímero de aceite de palma de un tono amarillo apagado.

Follaperros coge el objeto, le da la vuelta.

—¿Un muelle percutor? —Hace una mueca—. ¿A qué viene esto?

Hock Seng sonrío.

—Lo entenderá cuando lea la carta.

Se pone de pie y se da la vuelta sin aguardar la respuesta de Follaperros, sintiéndose más fuerte y seguro que nunca desde que los pañuelos verdes llegaron para incendiar sus almacenes y hundir su flota de clíperes en los abismos marinos. En este momento, Hock Seng se siente como un hombre. Camina más recto, olvidada su cojera.

Es imposible adivinar si la gente de Follaperros piensa seguirle, de modo que camina despacio, sabiéndose rodeado por los hombres de Follaperros y Chan el Risueño, un flotador de vigilancia que le acompaña mientras desciende por los callejones y se adentra en el arrabal, hasta que, al cabo, Chan el Risueño está allí, esperándole, sonriendo.

—Te dejaron marchar —dice.

Hock Seng saca más dinero.

—Lo hiciste bien. Pero sabe que eran tus hombres. —Da un rollo de baht extra a Chan el Risueño—. Aplácalo con esto.

Chan el Risueño sonríe al montón de dinero.

—Esto es el doble de lo que necesito para eso. Hasta a Follaperros le gusta usarnos cuando no quiere arriesgarse a traer SoyPRO desde Koh Angrit.

—Acéptalo de todas formas.

Chan el Risueño se encoge de hombros y guarda el fajo de billetes en un bolsillo.

—Eres muy generoso. Con los amarraderos cerrados, nos vendrán bien los baht extra.

Hock Seng se dispone a darse la vuelta, pero las palabras de Chan el Risueño lo detienen.

—¿Qué has dicho de los amarraderos?

—Están cerrados. Los camisas blancas los registraron anoche. Todo está bajo llave.

—¿Qué ocurrió?

Chan el Risueño se encoge de hombros.

—He oído que lo quemaron todo. Lo redujeron todo a cenizas.

Hock Seng no se para a preguntar nada más. Da media vuelta y corre, tan deprisa como sus viejos huesos se lo permiten. Maldiciéndose todo el camino. Maldiciéndose por idiota y por no habérselo olido, por haberse dejado distraer del objetivo de la simple supervivencia por el apremiante deseo de ir más allá, de adelantarse a los acontecimientos.

Cada vez que hace planes para el futuro, fracasa. Cada vez que intenta levantar la cabeza, el peso del mundo cae sobre él, aplastándolo contra el suelo.

En Thanon Sukhumvit, sudando al sol, encuentra un vendedor de periódicos. Su mirada sobrevuela los diarios y las circulares cargadas de rumores redactados a mano, las páginas de la fortuna donde se anuncian los mejores números a los que apostar y se predicen los nombres de los próximos campeones de *muay thai*.

Arranca una página tras otra, y su desesperación aumenta con cada nuevo ejemplar.

Todos ellos muestran el sonriente semblante de Jaidee Rojjanasukchai, el incorruptible Tigre de Bangkok.



—¡Fíjate! ¡Soy famoso!

Jaidee sostiene la foto de la circular junto a su propio rostro, sonriendo a Kanya. Como esta no le devuelve el gesto, vuelve a dejar la hoja en el estante, con sus otros retratos.

—Eh, tienes razón. La verdad es que el parecido no está muy conseguido. Habrán sobornado a alguien para sacarla de nuestro departamento de archivos. —Exhala un suspiro de melancolía—. Entonces sí que era joven.

Kanya sigue sin decir nada y se limita a contemplar el agua del *khlong*, taciturna. Se han pasado el día buscando esquifes que transportaran productos de PurCal y AgriGen de contrabando río arriba, yendo de una orilla a otra de la desembocadura, y Jaidee aún conserva un poso de emoción en su interior.

El trofeo de la jornada ha sido un clíper anclado justo frente a los muelles. Un supuesto velero comercial indio que se dirigía al norte desde Bali y resultó estar cargado de piñas resistentes a la cibicosis. Fue gratificante ver cómo el práctico del puerto y el capitán del navío tartamudeaban excusas mientras los camisas blancas de Jaidee cubrían el cargamento entero de cal, dejando todas las cajas estériles e incomedibles. Los traficantes se habían quedado sin beneficios.

Ojea los otros periódicos expuestos en el tablón expositor y encuentra una imagen distinta de él. Esta es de sus tiempos de luchador de *muay thai*, riendo después de un combate en el estadio Lumpini. El *Bangkok Morning Post*.

—A los niños les gustará esta.

Abre el diario y echa un vistazo al artículo. El ministro de Comercio Akkarat está que se sube por las paredes. Las citas del Ministerio de Comercio califican a Jaidee de vándalo. A Jaidee le sorprende que no se limiten a llamarle traidor o terrorista. El hecho de que se contengan le indica cuán impotentes deben de sentirse realmente.

Jaidee no puede evitar sonreír a Kanya por encima de las páginas.

—Les hemos hecho daño de verdad.

Una vez más, Kanya no contesta.

Pasar por alto sus momentos de malhumor tiene truco. Cuando Jaidee conoció a Kanya, le pareció que era un poco tonta por el modo en que sus rasgos permanecían siempre impassibles, inmunes a cualquier insinuación de diversión, como si le faltara un órgano. La nariz sirve para oler, los ojos para ver, y todas las personas deben de tener un órgano peculiar que les ayude a detectar el *sanuk* cuando lo tengan justo delante.

—Deberíamos regresar al ministerio —sugiere Kanya, y se da la vuelta para observar el tráfico fluvial que discurre paralelo al *khlong*, en busca de un posible medio de transporte.

Jaidee paga el periódico al vendedor de circulares cuando aparece deslizándose uno de los taxis del canal.

Kanya le hace señas y se detiene junto a ellos. Su rueda chirría con la energía acumulada, las olas lamen el terraplén del *khlong* cuando la estela da alcance a la embarcación. Unos enormes muelles percutores ocupan la mitad de la bomba de desplazamiento. La proa techada del barco está repleta de hombres de negocios chinos de Chaozhou, apiñados como patos camino del matadero.

Kanya y Jaidee suben a bordo de un salto y se quedan de pie en el pasillo junto al compartimiento de los asientos. La niña que hace las funciones de interventora ignora sus

uniformes blancos, igual que ellos la ignoran a ella. Cobra treinta baht por un billete a otro hombre que monta con ellos. Jaidee se agarra a uno de los cabos de seguridad cuando la embarcación acelera para alejarse del muelle. El viento le acaricia el rostro mientras navegan *khlong* abajo, rumbo al corazón de la ciudad. El taxi avanza veloz, zigzagueando entre los pequeños esquifes de palas y las largas lanchas que salpican el canal. A los lados se suceden bloques de casas y tiendas desahuciadas, *pha sin*, blusas y sarongs de vivos colores tendidos al sol. Las mujeres se lavan su melena negra en las aguas cobrizas del canal. El barco se detiene de pronto.

Kanya mira al frente.

—¿Qué ocurre?

Ante ellos, un árbol caído bloquea gran parte del canal. Los botes se amontonan a su alrededor, buscando un resquicio por el que colarse.

—Un árbol *bo* —dice Jaidee. Mira a su alrededor en busca de edificios reconocibles—. Habrá que avisar a los monjes.

Nadie más querrá tocarlo. Ni nadie intentará quedárselo, pese a la escasez de madera. Traería mala suerte. El taxi se mece mientras el tráfico del *khlong* intenta colarse por la angosta brecha del canal, allí donde el árbol sagrado aún no obstaculiza el movimiento.

Jaidee chasquea la lengua, impacientándose, y levanta la voz:

—¡Amigos, abran paso! Misión del ministerio. ¡Despejen el camino! —Onde la placa.

El espectáculo de la insignia y el resplandeciente uniforme blanco es suficiente para que las barcas y los esquifes se hagan a un lado. El piloto del taxi lanza una fugaz mirada de agradecimiento a Jaidee. La embarcación impulsada por muelles percutores se adentra en el tumulto, pugnando por encontrar un hueco.

Mientras rodean las ramas desnudas del árbol, todos los pasajeros del taxi del *khlong* dedican hondos *wais* de respeto al árbol caído, juntando las palmas de las manos y llevándose las a la frente.

Jaidee hace un *wai* a su vez y estira el brazo para acariciar la madera enferma, dejando que sus dedos resbalen por la superficie mientras pasan por su lado. Está salpicada de diminutos orificios. Si arrancara la corteza, una fina red de túneles describiría la muerte del árbol. Un árbol *bo*. Sagrado. El árbol bajo el cual Buda encontró la sabiduría. Y sin embargo no pudieron hacer nada por salvarlo. No sobrevivió ni una sola variedad de higuera, pese a todos sus intentos. Los cerambicidos fueron demasiado para ellos. Cuando los científicos fracasaron, rezaron a Phra Seub Nakhasathien, un último acto de desesperación, pero ni siquiera el mártir logró salvarlos al final.

—No podíamos salvarlo todo —murmura Kanya, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—No podíamos salvar nada. —Jaidee deja que sus dedos resbalen por los surcos que señalan la acción de los cerambicidos—. Los *farang* tienen que rendir cuentas por un montón de cosas, y aun así Akkarat pretende negociar con ellos.

—Con AgriGen no.

Jaidee esboza una sonrisa de amargura y retira la mano del árbol abatido.

—No, con ellos no. Pero sí con otros como ellos, en cualquier caso. Piratas genéticos. Fabricantes de calorías. Incluso con PurCal, cuando aprietan las hambrunas. ¿Por qué te crees que dejamos que permanezcan agazapados en Koh Angrit? Por si acaso los necesitamos. Por si acaso fracasamos y debemos apelar a ellos y suplicarles que nos den su arroz, su trigo y su soja.

—Ahora tenemos nuestros propios piratas genéticos.

—Gracias a la previsión de Su Majestad Imperial el rey Rama XII.

—Y al chaopraya Gi Bu Sen.

—«Chaopraya.» —Jaidee hace una mueca—. Nadie tan malvado debería ostentar un título tan respetable.

Kanya se encoge de hombros, pero no insiste. Pronto dejan atrás el árbol *bo*. Desembarcan en el puente de Srinakharin. La fragancia de los puestos de comida atrae a Jaidee, que indica a Kanya que le siga mientras se adentra en un *soi* diminuto.

—Somchai asegura que aquí venden un *som tam* delicioso. Las papayas están limpias y son de la mejor calidad, según él.

—No tengo hambre —responde Kanya.

—Por eso estás siempre de un humor de perros.

—Jaidee... —empieza Kanya, pero se interrumpe.

Jaidee vuelve la vista atrás y repara en su expresión preocupada.

—¿Qué sucede? Sigamos adelante.

—Me preocupa el asunto de los amarraderos.

Jaidee se encoge de hombros.

—No hace falta que te preocupes.

Frente a ellos, los puestos y las mesas de comida se agolpan contra las paredes del callejón, pegadas unas a otras. Pequeños cuencos de *nam plaa prik* aguardan ordenadamente en el centro de las tablas que sirven de improvisados mostradores.

—¿Lo ves? Somchai tenía razón. —Jaidee encuentra el carrito de ensaladas que buscaba y examina las especias y la fruta; empieza a pedir para los dos. Kanya se cierne sobre él como un denso nubarrón de mal genio.

—Doscientos mil baht es mucho dinero para que Akkarat se resigne a perderlo así como así —murmura mientras Jaidee le pide a la vendedora de *som tam* que añada más pimientos.

Jaidee asiente con la cabeza, pensativo, mientras la mujer mezcla los hilos de papaya verde con el resto de las especias.

—Cierto. No me imaginaba que hubiera tanto dinero en juego ahí fuera.

Suficiente para subvencionar un laboratorio de investigación genética nuevo, o para destinar quinientos camisas blancas a la inspección de los criaderos de tilapias de Thonburi... Menea la cabeza. Y esto con una sola redada. Asombroso.

En ocasiones le parece que sabe cómo funciona el mundo, pero entonces, de vez en cuando, levanta la tapa de una parte de la ciudad divina que no conocía y descubre un nido de cucarachas donde menos se lo esperaba. Las sorpresas no tienen fin.

Se dirige al siguiente puesto de comida, cargado de bandejas de cerdo recubierto de pimiento y tiras de bambú RedStar. *Plaa* con cabeza de serpiente fritos, rebozados y crujientes, pescados en el río Chao Phraya ese mismo día. Encarga más comida. Suficiente para los dos, y *sato* para beber. Se sienta a una mesa al aire libre mientras preparan el pedido.

Haciendo equilibrios encima de un taburete de bambú al final de la jornada, con la cerveza de arroz calentándole la barriga, Jaidee no puede evitar reírse de su huraña subordinada.

Como de costumbre, aun delante de los platos más succulentos, Kanya sigue siendo fiel a su carácter.

—*Khun* Bhirombhakdi se ha quejado de ti en el cuartel —informa Kanya—. Ha amenazado con pedirle al general Pracha que te arranquen esos labios tan sonrientes.

Jaidee se mete un puñado de pimientos en la boca.

—No me da miedo.

—Se supone que los amarraderos eran su territorio. Su zona protegida, su fuente de sobornos.

—Primero te preocupas por Comercio y ahora por Bhirombhakdi. Ese viejo se asusta hasta de su sombra. Obliga a su mujer a probar todos los platos antes que él para cerciorarse de no coger la roya. —Jaidee sacude la cabeza—. No pongas esa cara tan larga. Deberías sonreír más. Reír un poco. Ten, bébete esto. —Jaidee sirve más sato para su teniente—. Antes nos referíamos a nuestro país como la Tierra de las Sonrisas. —Jaidee hace una demostración práctica—. Y ahí estás tú, cariacontecida, como si te pasaras el día comiendo limas.

—A lo mejor es que antes teníamos más motivos para sonreír.

—Bueno, no te digo que no. —Jaidee vuelve a dejar el sato encima de la mesa desportillada y se queda mirándolo fijamente, pensativo—. Debimos de hacer algo espantoso en nuestra vida anterior para merecernos esta. No se me ocurre otra explicación.

Kanya suspira.

—A veces veo al espíritu de mi abuela merodeando por el *chedi* cerca de mi casa. En cierta ocasión me dijo que no podría reencarnarse hasta que construyéramos un lugar mejor para recibirla.

—¿Otro de los *phii* de la Contracción? ¿Cómo te ha encontrado? ¿No era de Isaán?

—Aun así logró dar conmigo. —Kanya se encoge de hombros—. Es muy desdichada.

—Ya, bueno, supongo que todos terminaremos igual.

Jaidee también ha visto a estos fantasmas, caminando por los bulevares a veces, sentados en los árboles. Los *phii* están por todas partes. Innumerables. Los ha visto en los cementerios y apoyados en los esqueletos de árboles *bo* enfermos, lanzándole miradas de irritación todos ellos.

Los médiums hablan de la demencial frustración de los *phii*, de su imposibilidad para reencarnarse, obligados a hacinarse aquí como las hordas de viajeros en la estación de Hualamphong, esperando un tren que los lleve a las playas. Todos ellos aguardan una reencarnación imposible de obtener porque ninguno se merece el sufrimiento de este mundo en particular.

Los monjes como Ajahn Suthep aseguran que eso son paparruchas. Vende amuletos para repeler a estos *phii* y dice que no son más que fantasmas hambrientos, creados por la muerte antinatural de comer hortalizas enfermas de roya. Cualquiera puede ir a su capilla y dejar un donativo, o ir al altar de Erawan, hacer una ofrenda a Brahma (quizá conseguir incluso que los bailarines del templo actúen un rato) y comprar la esperanza de que los espíritus encuentren el descanso necesario para alcanzar su próxima reencarnación. Es posible esperar cosas así.

A pesar de todo, hay una invasión de fantasmas. En eso todos están de acuerdo. Las víctimas de AgriGen, de PurCal y de otros como ellos.

—Yo no me lo tomaría como algo personal, lo de tu abuela —responde Jaidee—. Cuando hay luna llena, he visto que los *phii* se amontonan en las carreteras que rodean el Ministerio de Medio Ambiente. Decenas de ellos. —Sonríe con tristeza—. Creo que no tiene remedio. Cuando pienso que Niwat y Surat van a criarse así... —Respira hondo, conteniendo un exceso de emoción que no quiere exhibir ante Kanya. Toma otro trago—. En cualquier caso, luchar es bueno. Tan solo desearía poder agarrar a algunos ejecutivos de AgriGen y de PurCal y retorcerles el pescuezo. Que probaran un poco de su roya AG134.s. Entonces mi vida estaría completa. Moriría feliz.

—Probablemente tú tampoco te reencarnarás —observa Kanya—. Eres demasiado bueno para pasar otra vez por este infierno.

—Con suerte me reencarnaré en Des Moines y podré poner una bomba en sus laboratorios de piratería genética.

—Soñar es gratis.

El tono de Kanya hace que Jaidee levante la cabeza.

—¿Qué te preocupa? ¿Por qué estás tan triste? Renaceremos en un sitio precioso, seguro. Los dos. Piensa en los méritos que hicimos anoche. Pensé que esos *heeya* de aduanas iban a cagarse en los pantalones cuando incendiábamos las mercancías.

Kanya hace una mueca.

—Seguramente jamás se habían encontrado con un camisa blanca al que no pudieran sobornar.

Así de fácil, la teniente consigue aniquilar el buen humor de Jaidee. No es de extrañar que les caiga mal a todos en el ministerio.

—No. Eso es verdad. Todo el mundo acepta sobornos últimamente. No es como antes. La gente no se acuerda de los malos tiempos. No tiene tanto miedo como antes.

—Y ahora tú te metes en la boca de la cobra con Comercio —lo reprende Kanya—. Tras el golpe del doce de diciembre, es como si el general Pracha y el ministro Akkarat estuvieran dando vueltas constantemente el uno alrededor del otro, buscando una nueva excusa para pelearse. Jamás dieron por zanjada su enemistad, y ahora tú has vuelto a enfurecer a Akkarat. La situación es más inestable que nunca.

—Bueno, siempre he sido demasiado *jairawn* para mi propio bien. Chaya también se queja de lo mismo. Por eso te tengo cerca. No obstante, yo no me preocuparía de Akkarat. Echará espumarajos por la boca durante algún tiempo, pero se le pasará. Aunque no le guste, el general Pracha tiene demasiados aliados en el ejército como para intentar dar otro golpe de Estado. Con el primer ministro Surawong muerto, a Akkarat en realidad no le queda nada. Está solo. Sin megodontes ni tanques que respalden sus amenazas, por rico que sea Akkarat, en el fondo no es más que un tigre de papel. Le vendrá bien aprender esta lección.

—Es peligroso.

Jaidee la mira con gesto serio.

—Las cobras también. Y los megodontes. Y la cibiscosis. Estamos rodeados de peligros. Akkarat... —Jaidee se encoge de hombros—. En cualquier caso, ya es agua pasada. No puedes hacer nada por cambiarlo. ¿Para qué preocuparse ahora? *Mai pen rai*. Da igual.

—Aun así, deberías andarte con cuidado.

—¿Lo dices por el hombre de los amarraderos? ¿El que vio Somchai? ¿Te asustó?

Kanya se encoge de hombros.

—No.

—Qué sorpresa. A mí sí. —Jaidee observa a Kanya, preguntándose cuánto debería contarle, cuánto debería revelar sobre lo bien que conoce el mundo que le rodea—. Me da muy mala espina.

—¿En serio? —Kanya parece preocupada—. ¿Tienes miedo? ¿De un estúpido hombre solo?

Jaidee niega con la cabeza.

—No me asusta tanto como para correr a esconderme tras el *pha sin* de Chaya, pero así y todo, lo he visto antes.

—No me habías dicho nada.

—Al principio no estaba seguro. Ahora sí. Creo que trabaja para Comercio. —Hace una pausa, tanteando el terreno—. Creo que vuelven a andar tras mi pista. Quizá planeen otro intento de asesinato. ¿Qué te parece?

—No se atreverían a ponerte la mano encima. Su Majestad la Reina ha hablado a tu favor.

Jaidee se acaricia el cuello, allí donde la vieja cicatriz de una pistola de resortes destaca aún pálida contra la piel atezada.

—¿Ni siquiera después de lo que les hice en los amarraderos?

Kanya se pone rígida.

—Te pondré un guardaespaldas.

Jaidee se ríe de su ferocidad, al mismo tiempo que se siente enternecido y tranquilizado por ella.

—Eres muy considerada, pero contratar un guardaespaldas sería una tontería. Todo el mundo sabría que se me puede intimidar. Eso no es propio de un tigre. Ten, prueba esto.

—Echa más *plaa* con cabeza de serpiente en el plato de Kanya.

—Estoy llena.

—No seas tan remilgada. Come.

—Deberías tener un guardaespaldas. Por favor.

—Confío en ti para guardarme las espaldas. Debería ser más que suficiente.

Kanya se encoge. Jaidee sonrío ante su turbación. «Ah, Kanya. Hay decisiones que todos debemos afrontar en la vida. Yo he tomado las mías. Pero tú tienes tu propio *kamma*», piensa.

—Venga, come un poco más —insiste con delicadeza—, te estás quedando muy flaca. ¿Cómo quieres encontrar una amiga especial si estás hecha un saco de huesos?

Kanya aparta el plato.

—Últimamente parece que me lleno enseguida.

—La gente se muere de hambre por todas partes, y tú no puedes comer.

Kanya pone mala cara y coge un trocito de pescado con la cuchara.

Jaidee menea la cabeza y deja los cubiertos encima de la mesa.

—¿Qué pasa? Estás más apagada de lo normal. Me siento como si acabara de meter a uno de tus hermanos en una urna funeraria. ¿Qué te preocupa?

—No es nada. De verdad. Es solo que no tengo hambre.

—Hable, teniente. Quiero una respuesta sincera. Es una orden. Eres buen oficial. No puedo verte con esa cara tan larga. No me gusta que mis soldados anden por ahí con el ánimo por los suelos, ni siquiera los de Isaán.

Kanya hace una mueca. Jaidee observa a su teniente, que recapacita lo que va a decir a continuación. Se pregunta si él ha sido alguna vez tan diplomático como esta mujer. Lo duda. Siempre ha sido demasiado impulsivo, demasiado proclive a sulfurarse. No como Kanya, tan taciturna, tan *jai yen* en todo momento. En absoluto *sanuk*, pero sin duda *jai yen*.

Aguarda, creyendo que por fin va a escuchar su historia, la historia completa en toda su dolorosa humanidad, pero cuando Kanya reúne por fin las palabras, le sorprende. Habla casi en susurros. Con tanto reparo que le cuesta expresar sus pensamientos en voz alta.

—Algunos de los muchachos se quejan porque no aceptas bastantes regalos de buena voluntad.

—¿Cómo? —Jaidee se echa hacia atrás, la mira con los ojos como platos—. Nosotros no entramos en ese juego. Somos distintos del resto. Y estamos orgullosos de ello.

Kanya se apresura a asentir con la cabeza.

—Y los periódicos y las circulares te adoran por eso. Igual que el pueblo.

—¿Pero?

La melancolía vuelve a cincelarse en los rasgos de Kanya.

—Pero ya no vas a recibir más ascensos. Los hombres leales a ti no se benefician de

tu mecenazgo, y eso les descorazona.

—¡Pero mira lo que hemos conseguido! —Jaidee da unas palmaditas a la bolsa de dinero confiscada en el clíper que sujeta entre las piernas—. Todos saben que recibirán ayuda si precisan cualquier cosa. Hay más que suficiente para quienes lo necesiten.

Kanya clava la mirada en la mesa.

—Algunos dicen que te gusta quedarte con el dinero —murmura.

—¿Qué? —Jaidee se queda contemplándola fijamente, estupefacto—. ¿Tú también lo crees?

Kanya se encoge de hombros, compungida.

—Claro que no.

Jaidee sacude la cabeza a modo de disculpa.

—No, claro que no. Has sido una buena chica. Has hecho grandes cosas aquí. —Sonríe a su teniente, prácticamente abrumado de compasión por la joven que un buen día se presentó ante él en los huesos, idolatrándolo desde sus tiempos de campeón, ardiendo en deseos de emularlo.

—Hago lo que puedo por acallar los rumores, pero... —Kanya vuelve a encogerse de hombros, abatida—. Los cadetes se quejan de que servir a las órdenes del capitán Jaidee es como morir de hambre por culpa de las lombrices *akah*. Uno trabaja y trabaja y se va quedando cada vez más delgado. Los chicos tienen buena fe, pero no pueden evitar avergonzarse al comparar sus uniformes raídos con las relucientes galas de sus camaradas. Cuando deben montar en bicicleta de dos en dos, mientras sus camaradas viajan en ciclomotores de muelles percutores.

Jaidee exhala un suspiro.

—Todavía recuerdo cuando las camisetas blancas eran queridas.

—Todo el mundo necesita comer.

Jaidee suspira de nuevo. Saca la bolsa de entre las piernas y se la ofrece a Kanya.

—Coge el dinero. Repártelo entre ellos a partes iguales. Por su valentía y por el trabajo duro de ayer.

La teniente le lanza una mirada de sorpresa.

—¿Estás seguro?

Jaidee se encoge de hombros y sonríe, disimulando la desilusión que lo embarga, sabiendo que esta es la medida más acertada, y no obstante entristecido lo indecible por ello.

—¿Por qué no? Como tú misma has dicho, los chicos tienen buena fe. Y no es que los *farang* y el Ministerio de Comercio estén pasándolo precisamente bien en estos momentos. Hicieron un buen trabajo.

Kanya ensaya un *wai* hondo y respetuoso, agachando la cabeza, juntando las palmas de las manos y llevándoselas a la frente.

—Bah, déjate de pamplinas. —Jaidee echa más sato en el vaso de Kanya, terminando así la botella—. *Mai pen rai*. Da igual. Son simples detalles. Mañana habrá nuevas batallas que librar. Y necesitaremos hombres leales que nos sigan. ¿Cómo vamos a derrotar a los AgriGen y a los PurCal del mundo si no damos de comer a nuestros amigos?

—He perdido treinta mil.

—Yo cincuenta —murmura Otto.

Lucy Nguyen fija la mirada en el techo.

—¿Uno ochenta y cinco? ¿Seis?

—Cuatrocientos. —Quoile Napier deja el vaso de sato caliente encima de la mesita—. El puñetero dirigible de Carlyle me ha costado cuatrocientos mil billetes azules.

La mesa entera enmudece, asombrada.

—Jesús. —Lucy, embotada por el alcohol a media tarde, endereza la espalda en la silla—. ¿Qué querías introducir, semillas resistentes a la cibiscosis?

Los contertulios están repantigados en la galería de sir Francis Drake, los cinco juntos, la «Falange Farang», como los ha bautizado Lucy, con la mirada perdida en la abrasadora sauna de la estación seca, aletargados por la bebida.

Anderson se recuesta con ellos, escuchando a medias sus protestas formuladas con voz pastosa mientras da vueltas en la cabeza al problema de los orígenes del *ngaw*. Hay otra bolsa de fruta entre sus pies, y no puede por menos de pensar que la solución del misterio está cerca; tan solo necesita una pizca de ingenio para dar con ella.

*Ngaw*: aparentemente inmune a la roya y la cibiscosis, incluso después de sufrir una exposición directa; evidentemente resistente al gorgojo modificado nipón y a la abolladura, de lo contrario jamás se hubiera desarrollado. Un producto perfecto. Fruto del acceso a un material genético distinto del que utilizan para sus experimentos AgriGen y los demás fabricantes de calorías.

En algún rincón de este país hay un banco de semillas oculto. Miles, quizá cientos de miles, de simientes cuidadosamente conservadas, un cofre del tesoro repleto de diversidad biológica. Cadenas de ADN infinitas, cada una de ellas con su propia aplicación potencial. Y de esta mina de oro, los tailandeses están extrayendo respuestas a los principales obstáculos para su supervivencia. Con acceso al banco de semillas thai, Des Moines podría producir códigos genéticos durante generaciones, detener las mutaciones epidémicas. Seguir con vida un poco más.

Anderson se revuelve en el asiento, reprimiendo la irritación, enjugándose el sudor. Está tan cerca. Primero resucitan las solanáceas, y ahora el *ngaw*. Y Gibbons anda suelto por el sudeste asiático. Si no fuera por esa chica mecánica ilegal, él ni siquiera sabría que Gibbons había sobrevivido. El reino ha cosechado un éxito singular a la hora de conservar su seguridad operativa. Si pudiera estar seguro de la ubicación del banco de semillas, quizá fuera posible incluso realizar una redada... Han aprendido muchas cosas desde lo que pasó en Finlandia.

Al otro lado de la galería no se mueve ningún ser inteligente. Rutilantes perlas de sudor caen por el cuello de Lucy y le mojan la camisa mientras lamenta el estado de la guerra del carbón con los vietnamitas. No puede buscar jade si el ejército está ocupado disparando contra todo lo que se mueva. Quoile tiene las patillas empapadas. No se agita ni un soplo de aire.

La precaria estructura del bar está adosada como una costra al exterior de una torre de la Expansión desahuciada. Un cartel pintado a mano se apoya en una de las escaleras que conduce a la galería, con las palabras garabateadas: SIR FRANCIS DRAKE. El letrero es un añadido reciente, un homenaje a la decrepitud y el deterioro que lo rodean, obra de un puñado de *farang* empeñados en poner nombre a su entorno. Los desgraciados artífices del



nombre desaparecieron en el interior del país hace mucho, devorados por la selva infestada de reescrituras de la roya o descuartizados en la maraña de frentes de la guerra por el carbón y el jade. El cartel persiste, no obstante, bien por parecerle gracioso al dueño, que ha adoptado el apelativo como sobrenombre, o bien porque nadie es capaz de reunir las fuerzas necesarias para darle una mano de pintura. Mientras tanto, se desconcha bajo el calor.

Con independencia de su origen, Drake se encuentra perfectamente situado entre los muelles de descarga del rompeolas y las fábricas. Sus destartados escombros dan al hotel Victoria, al otro lado de la calle, por lo que la Falange Farang puede beber hasta perder el sentido y ver si arriba algún extranjero interesante a sus costas.

Hay otros abrevaderos más humildes a disposición de los marineros que consiguen superar la aduana, la cuarentena y la limpieza a fondo, pero es aquí, con los ondeantes manteles blancos del Victoria a un lado de la avenida empedrada y las ruinas de bambú del sir Francis al otro, donde terminan recalando todos los extranjeros que se instalan en Bangkok, sea por el tiempo que sea.

—¿Qué querías introducir? —insiste Lucy, alentando a Quoile a explayarse sobre sus pérdidas.

Quoile se inclina hacia delante y baja la voz, animándolos a todos a desperezarse.

—Azafrán. De la India.

Tras un momento de silencio, Cobb se echa a reír.

—La mercancía ideal para el transporte por aire. Se me tendría que haber ocurrido antes.

—Ideal para los dirigibles. Pesa poco. Más rentable que el opio y en alza —dice Quoile—. El reino todavía no ha descubierto cómo copiar las semillas, y todos los políticos y generales lo quieren en sus cocinas. Da mucho prestigio, si consiguen echarle el guante. Tenía importantes pedidos por adelantado. Iba a hacerme rico. Increíblemente rico.

—Entonces, ¿te has arruinado?

—Puede que no. Estoy negociando con Seguros Sri Ghanesa; quizá cubran una parte. —Quoile se encoge de hombros—. Bueno, el ochenta por ciento. Pero ¿qué pasa con todos los sobornos que hicieron falta para introducirlo en el país? ¿Con todas las propinas a los agentes de aduanas? —Arruga la frente—. Eso está completamente perdido. Aun así, espero salvar el pellejo.

»Hasta cierto punto, he tenido suerte. El cargamento entra dentro de las cláusulas del seguro porque todavía estaba a bordo del dirigible de Carlyle, nada más. Tendría que brindar porque ese condenado piloto se ahogara en el océano. Si hubieran descargado la mercancía y los camisas blancas la hubieran quemado en tierra firme, se podría calificar de contrabando, en cuyo caso me vería en la calle con los mendigos *fa'gan* y los tarjetas amarillas.

Otto frunce el ceño.

—Es lo único bueno que se puede decir de Carlyle. Si no estuviera tan empeñado en meterse en política, esto no habría pasado.

Quoile se encoge de hombros.

—No hay forma de saberlo.

—Pues yo estoy convencida —tercia Lucy—. Carlyle dedica la mitad de sus energías a quejarse de los camisas blancas y la otra mitad a congeniar con Akkarat. Es un mensaje del general Pracha a Carlyle y el Ministerio de Comercio. Nosotros solo somos las palomas mensajeras.

—Las palomas mensajeras están extinguidas.

—¿Te crees que nosotros no lo estaremos? El general Pracha estaría encantado de

encerrarnos a todos y cada uno de nosotros en la prisión de Khlong Prem si creyera que así podría enviarle el mensaje adecuado a Akkarat. —La mirada de Lucy se posa en Anderson—. Qué callado estás, Lake. ¿Es que tú no has perdido nada?

Anderson sale de su ensimismamiento.

—Materiales de fabricación. Recambios para la línea. Ciento cincuenta mil billetes azules, probablemente. Mi secretario todavía está calculando los daños. —Mira a Quoile de soslayo—. Nuestras cosas estaban en tierra. No hay seguro que valga.

El recuerdo de su conversación con Hock Seng sigue siendo reciente. Hock Seng había jugado a la contra al principio, lamentándose por la incompetencia de los amarraderos, y terminó reconociendo que lo habían perdido todo, y que ni siquiera habían pagado todos los sobornos, para empezar. La confesión había sido dramática, casi histérica; al anciano le aterraba la posibilidad de quedarse sin trabajo y Anderson no había dejado de escarbar en sus miedos, humillándolo y gritándole, acobardándolo, recreándose en su incomodidad. Aun así, no puede evitar preguntarse si Hock Seng habrá aprendido la lección, o si volverá a las andadas. Anderson hace una mueca. Si no fuera porque el anciano le deja tanto tiempo libre para ocuparse de tareas más importantes, Anderson enviaría al viejo malnacido de regreso a las torres de los tarjetas amarillas.

—Te advertí que montar una fábrica ahí era absurdo —observa Lucy.

—Díselo a los japoneses.

—Eso es porque tienen acuerdos especiales con el palacio.

—A los chinos chaozhou tampoco les va mal.

Lucy tuerce el gesto.

—Llevan generaciones aquí. A estas alturas son prácticamente tailandeses. Puestos a comparar, nosotros seríamos más tarjetas amarillas que chaozhou. Los *farang* inteligentes saben que no conviene invertir demasiado en este lugar. La situación es demasiado volátil. Una reforma legislativa podría dar al traste con todo. U otro golpe de Estado.

—Todos jugamos con las cartas que nos tocan. —Anderson se encoge de hombros—. En cualquier caso, el sitio lo eligió Yates.

—A él también le advertí que era absurdo.

Anderson recuerda de qué modo se le iluminaba la mirada a Yates cuando imaginaba el potencial de una nueva economía internacional.

—Absurdo, no lo sé. Idealista, sin duda. —Apura la copa. No hay ni rastro del dueño del bar. Hace señas a los camareros, que deciden ignorarle. Al menos uno de ellos está durmiendo de pie.

—¿No te preocupa que te saquen de aquí como hicieron con Yates? —pregunta Lucy.

Anderson se encoge de hombros.

—Se me ocurren alternativas peores. El calor es asqueroso. —Se toca la nariz quemada por el sol—. Prefiero los páramos septentrionales.

Nguyen y Quoile, de tez morena, se ríen, pero Otto se limita a asentir con gesto fúnebre; la nariz pelada atestigua su incapacidad para adaptarse al abrasador sol ecuatorial.

Lucy saca una pipa y aparta un par de moscas antes de colocar sus artículos de fumador y una bolita de opio. Las moscas se alejan saltando, sin levantar el vuelo. Hasta los insectos parecen atontados por el calor. Al fondo de un callejón, junto a los escombros de una antigua torre de la Expansión, unos niños juegan cerca de una bomba de agua dulce. Lucy los observa mientras carga la pipa.

—Dios, cómo me gustaría volver a ser una cría.

Es como si todo el mundo se hubiera quedado sin fuerzas para mantener la conversación. Anderson saca la bolsa de *ngaw* de entre los pies. Coge uno y lo pela. Extrae

el fruto translúcido del interior del *ngaw* y tira la cáscara velluda encima de la mesa. Se mete la fruta en la boca.

Otto ladea la cabeza, intrigado.

—¿Qué tienes ahí?

Anderson saca más *ngaw* de la bolsa y empieza a repartirlos.

—No estoy seguro. Los thais los llaman *ngaw*.

Lucy deja de pensar la pipa.

—Los he visto. Están por todo el mercado. ¿No tienen la roya?

Anderson niega con la cabeza.

—De momento no. La señora que los vendía me dijo que estaban limpios. Me enseñó los certificados.

Todos se ríen, pero Anderson combate su cinismo con un encogimiento de hombros.

—Los dejé reposar durante una semana. Nada. Están más limpios que el U-*Tex*.

Los demás siguen su ejemplo y comen la fruta. Ojos como platos. Sonrisas. Anderson abre bien la bolsa y la deja encima de la mesa.

—Adelante. Yo ya he comido demasiados.

Saquean la bolsa entre todos. En el centro de la mesa se forma una montaña de cáscaras. Quoile mastica, pensativo.

—Me recuerda un poco a los lichis.

—¿Sí? —Anderson refrena la curiosidad—. No había oído nada.

—Pues sí. He bebido algo que sabía parecido. La última vez fue en la India. En Calcuta. Un representante de ventas de PurCal me llevó a uno de sus restaurantes cuando empecé a interesarme por el contrabando de azafrán.

—Entonces, ¿crees que es un... lichi?

—Podría ser. Lichi se llamaba la bebida, según él. A lo mejor no tenía nada que ver con la fruta.

—Si se trata de un producto de PurCal, no entiendo cómo ha llegado hasta aquí —se extraña Lucy—. Deberían estar todos en Koh Angrit, en cuarentena mientras el Ministerio de Medio Ambiente busca diez mil impuestos diferentes que aplicarles. —Escupe el carozo en la palma de la mano y lo tira a la calle por el balcón—. Estoy aburrida de verlos por ahí. Tienen que ser productos locales. —Mete una mano en la bolsa y saca otro—. Aunque, ¿sabes a quién podrían interesarle? —Se reclina y, dirigiéndose a la penumbra del local, grita—: ¡Hagg! ¿Sigues ahí? ¿Estás despierto?

Ante el nombre que sale de sus labios, los demás se desperezan e intentan enderezarse, como niños pillados en falta por un padre estricto. Anderson reprime un escalofrío instintivo.

—Preferiría que no hubieras hecho eso —murmura.

Otto hace una mueca.

—Le daba por muerto.

—La roya no afecta a los elegidos, ¿no lo sabías?

Todo el mundo contiene una risita cuando una figura emerge de las sombras con paso pesado. Hagg tiene la cara colorada y perlada de sudor. Observa a la Falange con gesto solemne.

—Hola a todos. —Saluda a Lucy con la cabeza—. Así que sigues relacionándote con estos.

Lucy se encoge de hombros.

—Qué remedio. —Indica una silla con un ademán—. No te quedes ahí plantado. Tómate algo con nosotros. Cuéntanos alguna de tus historias. —Lucy enciende la pipa de

opio y aspira el humo mientras el recién llegado coloca una silla a su lado y se sienta en ella, derrengado.

Hagg es un tipo robusto, metido en carnes. No por primera vez, Anderson piensa cuán interesante resulta que los sacerdotes grahamitas, de entre todos los de su especie, sean los únicos cuyos talles desbordan su perímetro natural. Hagg pide whisky con un gesto y sorprende a todos cuando un camarero aparece junto a él casi de inmediato.

—No hay hielo —anuncia el camarero a su llegada.

—No hay hielo, claro. Faltaría más. —Hagg sacude la cabeza con énfasis—. De todas formas, sería una lástima desperdiciar las calorías.

Cuando regresa el camarero, Hagg coge el vaso y se lo bebe de un solo trago. Encarga otro.

—Es agradable haber vuelto del campo —suspira—. Uno empieza a echar de menos los placeres de la civilización. —Brinda con ellos con la segunda copa y se la toma también de un trago.

—¿Hasta dónde has llegado? —pregunta Lucy con la pipa sujeta entre los dientes. Los efectos de la bolita quemada empiezan a vidriarle los ojos.

—Cerca de la antigua frontera con Birmania, en el paso de Tres Pagodas. —Hagg les dedica a todos una mirada severa, como si fueran culpables de los pecados que investiga—. Indagando en la propagación de los cerambicidos.

—Esa zona no es segura, por lo que tengo entendido —dice Otto—. ¿Quién es el *jao por*?

—Un tipo llamado Chanarong. No me dio ningún problema. Resulta mucho más fácil trabajar con él que con el Señor del Estiércol o con cualquiera de los pequeños *jao por* de la ciudad. No todos los padrinos están tan obsesionados con el dinero y el poder. —Hagg lanza una mirada mordaz por encima del hombro—. Para los que no estamos interesados en saquear el carbón, el jade o el opio del reino, el campo es un lugar perfectamente seguro. —Se encoge de hombros—. En cualquier caso, Phra Kritipong me invitó a visitar su monasterio. Para observar los cambios operados en la conducta del cerambicido. —Menea la cabeza—. La devastación es asombrosa. Bosques enteros en los que no queda ni una sola hoja. Kudzu, nada más. Los árboles más altos han desaparecido, hay troncos caídos por todas partes.

Eso despierta el interés de Otto.

—¿Se podría rescatar algo?

Lucy le mira asqueada.

—Estamos hablando de cerambicidos, idiota. Nadie quiere algo así aquí.

—¿Dices que te invitaron al monasterio? —pregunta Anderson—. ¿Pese a ser grahamita?

—Phra Kritipong es lo bastante sabio como para comprender que ni Jesucristo ni las Enseñanzas del Nicho son anatema para los de su clase. Los valores budistas y los grahamitas coinciden en muchos aspectos. Noé y el mártir Phra Seub son figuras totalmente complementarias.

Anderson reprime una risita.

—Si tu monje supiera cómo actúan los grahamitas en casa, lo vería de otra manera.

Hagg adopta una expresión agraviada.

—No predico el incendio de los cultivos. Soy un científico.

—No pretendía ofenderte. —Anderson coge un *ngaw* y se lo ofrece a Hagg—. Quizá te interese esto. Acabamos de descubrirlos en el mercado.

Hagg observa la fruta, sorprendido.

—¿El mercado? ¿Cuál?

—Están por todas partes —interviene Lucy.

—Aparecieron durante tu ausencia —explica Anderson—. Pruébalo, no están mal. Hagg estudia atentamente la fruta.

—Extraordinario.

—¿Sabes qué son? —pregunta Otto.

Anderson pela otro *ngaw* para él, pero mientras lo hace, mantiene los oídos bien atentos. Jamás se le ocurriría preguntarle nada directamente a un grahamita, pero no le importa en absoluto que lo haga otro.

—Quoile cree que podría ser un lichi —explica Lucy—. ¿Tiene razón?

—No, no es un lichi. Eso seguro. —Hagg le da vueltas en la mano—. Creo que podría ser algo que los textos antiguos llamaban rambután. —Se queda pensativo—. Aunque, si no me falla la memoria, están emparentados de alguna manera.

—¿Rambután? —Anderson mantiene la expresión cordial y neutra—. Qué nombre más raro. Todos los thais lo llaman *ngaw*.

Hagg se come la carne y escupe el grueso carozo en la palma de la mano. Examina la semilla negra, mojada de saliva.

—Me pregunto si se reproducirá bien.

—Podrías ponerlo en una maceta, a ver qué pasa.

Hagg le lanza una mirada de irritación.

—Si no proviene de una fábrica de calorías, se reproducirá. Los thais no se dedican a la piratería estéril.

Anderson se ríe.

—No sabía que las fábricas de calorías desarrollaran frutas tropicales.

—Las piñas son suyas.

—Cierto. Se me había olvidado. —Anderson deja pasar un momento—. ¿Cómo sabes tanto de frutas?

—Estudié biosistemas y ecología en la nueva universidad de Alabama.

—Esa es la universidad grahamita, ¿verdad? Creía que ahí solo enseñaban a incendiar cultivos.

Los demás contienen el aliento ante la provocación, pero Hagg se limita a mirar fríamente a Anderson.

—No me pinches. No soy de esos. Si queremos restaurar el edén, necesitaremos los conocimientos del pasado para conseguirlo. Antes de venir aquí, pasé un año inmerso en el estudio de los ecosistemas del sudeste asiático anteriores a la Contracción. —Estira el brazo y coge otra fruta—. Esto debe de mortificar a las fábricas de calorías.

Lucy alarga una mano temblorosa hacia otro *ngaw*.

—¿Crees que podríamos llenar un clíper con estas bolitas y enviarlas al otro lado del charco? Ya sabes, como las fábricas de calorías pero al revés. Apuesto a que la gente pagaría una fortuna por ellas. Sabores nuevos y todo eso. Las venderíamos como artículos de lujo.

Otto niega con la cabeza.

—Tendrías que convencerles de que no están contaminadas de roya, la piel roja pondría nerviosa a la gente.

Hagg asiente.

—Mejor no seguir por ese camino.

—Pero las fábricas de calorías lo hacen —insiste Lucy—. Envían semillas y comida a donde les da la gana. Su ámbito es internacional. ¿Por qué no deberíamos intentar lo mismo?

—Porque contraviene las Enseñanzas del Nicho —le recuerda plácidamente

Hagg—. Las fábricas de calorías ya tienen un lugar reservado en el infierno. No hay motivo para que quieras reunirte con ellas.

Anderson se carcajea.

—Venga ya, Hagg. Es imposible que estés tan en contra de la iniciativa empresarial. Lucy ha dado en el clavo. Incluso podríamos poner tu cara en los costados de las cajas. —Hace un signo de bendición grahamita—. Ya sabes, aprobado por la Santa Iglesia y todo eso. Tan seguro como SoyPRO. —Sonríe con malicia—. ¿Qué te parece?

—Jamás formaría parte de semejante blasfemia. —Hagg adopta una expresión iracunda—. La comida debería provenir de su lugar de origen y quedarse allí en vez de volar interminablemente de una punta a otra del planeta para conseguir un beneficio económico. Ya anduvimos por ese camino una vez, y nos llevó a la ruina.

—Más Enseñanzas del Nicho. —Anderson pela otro *ngaw*—. En alguna parte debe de haber un nicho para el dinero en la ortodoxia grahamita. A vuestros cardenales no se les marcan los huesos, precisamente.

—Aunque las ovejas se extravíen, las enseñanzas siguen siendo válidas. —Hagg se pone en pie de repente—. Gracias por la compañía. —Frunce el ceño en dirección a Anderson, pero estira el brazo por encima de la mesa y agarra otra fruta antes de irse.

En cuanto se pierde de vista, todo el mundo se relaja.

—Dios, Lucy, ¿por qué has hecho eso? —pregunta Otto—. Ese tipo me pone los pelos de punta. Dejé el Pacto para no tener que soportar a más sacerdotes grahamitas husmeando por encima del hombro. Y tú vas y le invitas a sentarse.

Quoile asiente, taciturno.

—He oído que hay otro sacerdote en la embajada común.

—Son una plaga. Como las lombrices. —Lucy le hace señas con una mano—. Pásame otra fruta.

Reanudan el festín. Anderson se fija en ellos, curioso por ver si a estos trotamundos se les ocurre cualquier otra idea sobre la posible procedencia del *ngaw*. La teoría del rambután es interesante, sin embargo. Pese a la mala noticia de los tanques de algas y los cultivos de nutrientes destruidos, el día está yendo mejor de lo esperado. Rambután. Una palabra que enviar a los investigadores de Des Moines. Una pista sobre el origen de este misterioso rompecabezas botánico. En alguna parte debe de haber un registro histórico. Tendrá que volver a consultar los libros y ver si puede encontrar...

—Mira quién aparece —murmura Quoile.

Todo el mundo se da la vuelta. Richard Carlyle, con un traje de lino impecablemente planchado, está subiendo las escaleras. Se quita el sombrero al llegar a la sombra, y se abanica con él.

—Cómo odio a ese cabrón —masculla Lucy. Enciende otra pipa y chupa con fuerza.

—¿Por qué sonrío? —pregunta Otto.

—Que me aspen si lo sé. Perdió un dirigible, ¿no?

Desde la sombra, Carlyle pasea la mirada por los clientes de la sala y saluda a todos con la cabeza.

—Cómo aprieta el calor —resopla.

Otto se queda mirándolo fijamente, con las mejillas encendidas y los ojos entrecerrados.

—Si no fuera por sus putos politiqueos, hoy sería rico —sisea.

—No dramatices. —Anderson se mete otro *ngaw* en la boca—. Lucy, ofrécele una calada. No me apetece que sir Francis nos saque a la calle a patadas por armar bronca.

Lucy tiene la mirada nublada por el opio, pero agita la pipa en dirección a Otto.

Anderson se estira, se la quita de entre los dedos y se la da a Otto, antes de levantarse y recoger el vaso vacío.

—¿Alguien más quiere algo? —Todo el mundo niega apáticamente con la cabeza.

Carlyle sonrío cuando llega a la barra.

—¿Poniendo a tono al bueno de Otto?

Anderson mira atrás de reojo.

—Lucy le da al opio con ganas. Dudo que Otto sea capaz de salir de aquí por su propio pie, y no digamos liarse a puñetazos con nadie.

—Droga del demonio.

Anderson brinda con él con el vaso vacío.

—Por eso, y por el alcohol. —Se asoma al otro lado del mostrador—. ¿Dónde diablos se ha metido sir Francis?

—Pensaba que venías a responder a esa pregunta.

—Me temo que no —dice Anderson—. ¿Perdiste mucho?

—Un poco.

—¿En serio? No parece muy afectado. —Anderson hace un gesto en dirección al resto de la Falange—. Todos los demás se rasgan las vestiduras porque no dejas de mezclarte en política, tratando de quedar bien con Akkarat y el Ministerio de Comercio. Pero aquí estás, sonriendo de oreja a oreja. Podrías ser tailandés.

Carlyle se encoge de hombros. Sir Francis, elegantemente vestido, peinado con esmero, sale de la trastienda. Carlyle pide whisky y Anderson levanta el vaso vacío.

—No hay hielo —informa sir Francis—. Los tipos de los bueyes quieren más dinero para accionar la bomba.

—Pues págales.

Sir Francis niega con la cabeza mientras coge el vaso de Anderson.

—Si uno cede cuando lo agarran por las pelotas, lo único que harán será apretar con más fuerza. Y yo no puedo sobornar al Ministerio de Medio Ambiente para que me dé acceso a la red de carbón como hacéis vosotros los *farang*.

Se da la vuelta, baja una botella de whisky jemer y sirve un trago immaculado. Anderson se pregunta si serán ciertos los rumores que circulan sobre él.

Otto, que ahora está farfullando incoherencias sobre «puddos drigribles», asegura que sir Francis era un antiguo chaopraya, uno de los principales defensores de la Corona, expulsado del palacio como resultado de una maniobra política. Esta teoría tiene tanto peso como la de que en realidad se trata de un esbirro ya jubilado del Señor del Estiércol, o un príncipe jemer, desterrado y viviendo de incógnito desde que el reino de Tailandia creció hasta engullir el este. Todo el mundo coincide en que alguna vez debió de ocupar un puesto importante; es lo único que explica el desdén que profesa a todos sus clientes.

—Pagad ahora —dice mientras deja los chupitos encima de la barra.

Carlyle se ríe.

—Sabes que somos de fiar.

Sir Francis sacude la cabeza.

—Los dos habéis perdido un montón en los amarraderos. Todo el mundo lo sabe. Pagad ahora.

Carlyle y Anderson se desprenden de las monedas necesarias.

—Creía que nuestra relación era mejor —se lamenta Anderson.

—Esto es política. —Sir Francis sonrío—. Puede que volváis mañana. Puede que desaparezcáis como el plástico de la Expansión de la playa. En todas las esquinas hay circulares que proponen al capitán Jaidee como consejero chaopraya del palacio. Como ascienda, todos los *farang* —barre el aire con una mano— os esfumaréis. —Se encoge de

hombros—. Las emisoras de radio del general Pracha llaman tigre y héroe a Jaidee, y las asociaciones de estudiantes reclaman desde hace tiempo que sean los camisas blancas quienes dirijan el Ministerio de Comercio. El ministerio ha perdido prestigio. Los *farang* y Comercio siempre van de la mano, como los *farang* y las pulgas.

—Qué bonito.

Sir Francis vuelve a encogerse de hombros.

—Oléis mal.

Carlyle frunce el ceño.

—Todo el mundo huele mal. Es la puñetera estación cálida.

Anderson decide interceder.

—Supongo que Comercio estará que echa humo, habiendo perdido prestigio de esa manera. —Bebe un sorbo de whisky caliente y arruga la nariz. Antes de venir aquí le gustaba el licor del tiempo.

Sir Francis cuenta las monedas antes de meterlas en la caja registradora.

—El ministro Akkarat sonrío todavía, pero los japoneses exigen indemnizaciones por sus pérdidas y los camisas blancas no se las darán jamás. Así que, o bien Akkarat paga para compensar lo que ha hecho el Tigre de Bangkok, o quedará desprestigiado también ante los japoneses.

—¿Crees que los japoneses se marcharían?

Sir Francis pone cara de repugnancia.

—Los japoneses son como las fábricas de calorías: siempre buscan una vía de entrada. No se irán nunca. —Se dirige al otro extremo de la barra, dejándolos a solas de nuevo.

Anderson saca un *ngaw* y se lo ofrece a Carlyle.

—¿Quieres uno?

Carlyle coge la fruta y la observa con detenimiento.

—¿Qué diablos es esto?

—*Ngaw*.

—Me recuerda a las cucarachas. —Hace una mueca—. Eres el rey de los experimentos, cabrón, eso hay que reconocerlo. —Empuja el *ngaw* en dirección a Anderson y se limpia remilgadamente la mano en el pantalón.

—¿Asustado? —bromea Anderson.

—A mi mujer también le gustaba comer cosas nuevas. No podía evitarlo. Le chiflaban los sabores. Todos los platos nuevos le parecían irresistibles. —Carlyle se encoge de hombros—. Esperaré a ver si la semana que viene estás vomitando sangre.

Se reclinan en los taburetes y sus miradas traspasan el velo de polvo y calor hasta donde el hotel Victoria se yergue resplandeciente. Al fondo de un callejón, una lavandera ha colocado bandejas de colada junto a los escombros de un promontorio. Otra está aseándose, restregando el cuerpo con fruición bajo el sarong, cuya tela se adhiere a su piel. Los niños corretean desnudos por la tierra, saltando por encima de cascotes de cemento tendidos hace más de cien años, durante la antigua Expansión. A lo lejos, calle abajo, se elevan los diques que contienen el mar.

—¿Cuánto has perdido? —pregunta Carlyle, al cabo.

—Mucho. Gracias a ti.

Carlyle no pica el anzuelo. Apura el whisky y pide otro con un ademán.

—¿De verdad que no hay hielo? —le pregunta a sir Francis—. ¿O todo esto es solo porque crees que no volveremos mañana?

—Pregúntamelo mañana.

—Si vuelvo mañana, ¿tendrás hielo?



La sonrisa de sir Francis es deslumbrante.

—Depende de hasta cuándo sigas pagando para que los bueyes y los megodontes descarguen tus mercancías. Todo el mundo habla de enriquecerse quemando calorías para los *farang*... así que no hay hielo para sir Francis.

—Pero si nos vamos, no beberá nadie. Aunque sir Francis tenga todo el hielo del mundo.

Sir Francis se encoge de hombros.

—Lo que tú digas.

El thai se da la vuelta y Carlyle frunce el ceño.

—Sindicatos de megodontes, camisas blancas, sir Francis. Mires donde mires, solo verás manos tendidas.

—Hacer negocios tiene un precio —reflexiona Anderson—. Aun así, por la forma en que sonreías al entrar, pensé que no habías perdido nada.

Carlyle coge el nuevo vaso de whisky.

—Es solo que me hizo gracia veros a todos en la galería, con caras de perros enfermos de cibicosis. En cualquier caso, aunque hayamos sufrido pérdidas, nadie nos ha encerrado cargados de cadenas en una celda de torturas de Khlong Prem. No hay ningún motivo para no sonreír por eso. —Se arrima a Anderson—. Este no es el final de la historia. Ni de lejos. Akkarat todavía guarda un as en la manga.

—Si uno aprieta demasiado a los camisas blancas, estos siempre terminan rebelándose —advierte Anderson—. Akkarat y tú habéis armado mucho revuelo hablando de cambiar las tarifas y los créditos de contaminación. De neoseres, incluso. Y ahora mi ayudante me dice lo mismo que acaba de decir sir Francis: todos los periódicos tailandeses llaman a nuestro amigo Jaidee el Tigre de la Reina. Lo adoran.

—¿Tu ayudante? ¿Te refieres a esa sabandija paranoica tarjeta amarilla que tienes en la oficina? —Carlyle suelta una carcajada—. Ese es vuestro problema. Os pasáis el día sentados, lamentándoos y soñando, mientras yo cambio las reglas del juego. Sois un puñado de teóricos de la Contracción.

—No soy yo el que ha perdido un dirigible.

—Hacer negocios tiene un precio.

—Cualquiera diría que perder una quinta parte de tu flota es un precio elevado.

Carlyle pone cara de circunstancias. Se acerca más aún y baja la voz.

—Venga ya, Anderson. El asunto ese de los camisas blancas no es lo que parece. Hay personas que están esperando a que se pasen de listos. —Hace una pausa, asegurándose de que el significado de sus palabras quede bien claro—. Algunos de nosotros incluso estamos echándoles una mano en ese sentido. Precisamente ahora vengo de hablar con Akkarat en persona, y puedo asegurarte que el viento está a punto de empezar a soplar a favor nuestro.

Anderson empieza a reírse, pero Carlyle levanta un dedo con gesto admonitorio.

—Adelante, sacude la cabeza cuanto quieras, pero antes de que termine de hacerlo estarás lamiéndome el culo y dándome las gracias por las nuevas estructuras de tarifas mientras nuestras cuentas se llenan de compensaciones.

—Los camisas blancas jamás pagan ninguna compensación. Ni cuando incendian una granja, ni cuando confiscan un cargamento. Jamás.

Carlyle se encoge de hombros. Dirige la mirada hacia el resplandor abrasador de la galería.

—Se aproximan los monzones —observa.

—Lo dudo. —Anderson contempla la claridad cegadora con expresión huraña—. Ya acumulan un retraso de dos meses.

—Llegarán, te lo aseguro. Si no es este mes, será el que viene, pero llegarán.

—¿Y?

—El Ministerio de Medio Ambiente espera recibir recambios para las bombas de los diques de la ciudad. Piezas fundamentales. Para siete de ellas. —Hace una pausa—. Ahora bien, ¿dónde crees que están esas piezas?

—Sorpréndeme.

—Al otro lado del océano Índico. —Carlyle esboza una sonrisa de escualo—. En cierto hangar de Calcuta del que resulta que soy propietario.

Es como si el aire escapara del bar. Anderson mira discretamente a su alrededor, cerciorándose de que no haya nadie cerca.

—Jesús, serás hijo de perra. ¿Hablas en serio?

Ahora todo tiene sentido. La altanería de Carlyle, su confianza. El tipo siempre ha sido un filibustero dispuesto a correr cualquier riesgo. Pero con Carlyle es difícil distinguir la fanfarronería de la sinceridad. Cuando asegura que Akkarat le hace caso, es posible que solo hable con sus secretarios. Pura palabrería. Pero esto...

Anderson empieza a decir algo pero ve a sir Francis acercándose y opta por darse la vuelta, arrugando la nariz. Una chispa de picardía ilumina los ojos de Carlyle. Sir Francis deja otro vaso junto a su mano, pero a Anderson ya no le interesa la bebida. Se inclina hacia delante en cuanto sir Francis se retira.

—¿Te propones convertir en rehén a toda la ciudad?

—Los camisas blancas parecen haber olvidado que necesitan a los extranjeros. Nos encontramos en plena nueva Expansión y todos los hilos están conectados entre sí, a pesar de lo cual siguen pensando como un ministerio de la Contracción. No se dan cuenta de hasta qué extremos se han vuelto dependientes de los *farang*. —Se encoge de hombros—. Llegados a este punto, son meros peones en un tablero de ajedrez. No se imaginan siquiera quién los mueve, y no podrían detenernos aunque lo intentaran.

Engulle otro chupito de whisky de un solo trago, hace una mueca y planta el vaso encima de la barra.

—Deberíamos mandarle flores a ese malnacido camisa blanca de Jaidee. Ha cumplido su papel a la perfección. Con la mitad de las bombas de carbón de la ciudad fuera de servicio... —Se encoge de hombros—. Lo mejor de hacer tratos con los thais es que están dotados de una enorme sensibilidad. Ni siquiera tendré que amenazarles. Atarán todos los cabos ellos solitos, y harán lo que tengan que hacer.

—Es una apuesta arriesgada.

—¿No lo son todas? —Carlyle sonríe a Anderson con cinismo—. Puede que mañana hayamos muerto todos por culpa de una reescritura de la roya. O puede que seamos las personas más ricas del reino. Es cuestión de azar. Los thais se toman el juego muy en serio. Deberíamos hacer lo mismo.

—Podría ponerte una pistola de resortes en la cabeza y ofrecer tus sesos a cambio de las bombas.

—¡Así se habla! —Carlyle se ríe—. Eso es pensar como un thai. Pero también eso lo tengo previsto.

—¿Qué? ¿Con el Ministerio de Comercio? —Anderson hace una mueca—. Akkarat carece de los recursos necesarios para protegerte.

—Pero tiene algo mejor: generales.

—Estás borracho. El general Pracha tiene amigos en todos los escalafones del ejército. Si los camisas blancas no dirigen el país todavía es porque el antiguo monarca intervino antes de que Pracha pudiera aplastar a Akkarat la última vez.

—Los tiempos cambian. Los camisas blancas de Pracha y sus sobornos han

enfadado a mucha gente. El pueblo exige un cambio.

—¿Ahora me hablas de revolución?

—¿Querría una revolución el palacio? —Con toda tranquilidad, Carlyle estira el brazo por encima del mostrador para agarrar la botella de whisky, la empina y consigue llenar algo menos de medio vaso. Arquea una ceja en dirección a Anderson—. Ah. Ahora me estás escuchando. —Señala el vaso de Anderson—. ¿Te vas a beber eso?

—¿Qué alcance tiene esto?

—¿Quieres formar parte del trato?

—¿Por qué ibas a ofrecerme algo así?

—¿Hace falta que lo preguntes? —Carlyle se encoge de hombros—. Cuando Yates montó la fábrica, triplicó el precio de los julios que pedía el Sindicato de Megodontes. Tiró el dinero a manos llenas. Era difícil que esa clase de recursos pasaran inadvertidos.

Indica con la cabeza a los demás expatriados, que ahora están echando una partida de póquer sin mucho entusiasmo, mientras esperan a que se reduzca el bochorno para poder seguir con su trabajo, o ir de putas, o aguardar aletargadamente a que llegue otro día.

—Los demás son todos unos chiquillos. Niños vestidos con ropas de adulto. Tú eres distinto.

—¿Crees que somos ricos?

—Venga, deja de hacerte el tonto. Mis dirigibles transportan tus cargamentos. — Carlyle lo observa fijamente—. He visto de dónde salen los envíos —lanza una mirada elocuente a Anderson— antes de llegar a Calcuta.

Anderson aparenta indiferencia.

—¿Y qué?

—Un montón de material procede de Des Moines.

—¿Crees que vale la pena hablar conmigo porque tengo inversores en el Medio Oeste? ¿Acaso no buscan todos a sus inversores donde está el dinero? ¿Y qué si una viuda adinerada quiere experimentar con muelles percutores? Das demasiada importancia a los detalles más insignificantes.

—¿Sí? —Carlyle mira alrededor del bar y se arrima a Anderson—. La gente habla de ti.

—¿Y qué dice?

—Que te interesan mucho las semillas. —Echa un significativo vistazo de reojo a las cáscaras de *ngaw* que yacen entre ellos—. Hoy en día, todos somos ojeadores de genes. Pero tú eres el único que paga por la información. El único que pregunta por camisetas blancas y piratas genéticos.

Anderson esboza una sonrisa glacial.

—Has hablado con Raleigh.

Carlyle inclina la cabeza.

—Si te sirve de consuelo, no fue fácil. No quería hablar de ti. En absoluto.

—Tendría que haberse esforzado un poco más.

—Sin mí no puede obtener sus tratamientos antienvjecimiento. —Carlyle se encoge de hombros—. Contamos con distribuidores en Japón. Tú no puedes ofrecerle otra década de vida fácil.

Anderson suelta una risa forzada.

—Por supuesto. —Sonríe, aunque hierva por dentro. Tendrá que ocuparse de Raleigh. Y ahora puede que también de Carlyle. Ha sido descuidado. Contempla los *ngaw* con repugnancia. Ha estado pregonando el último objeto de su interés a los cuatro vientos. Delante incluso de los grahamitas, y ahora esto. Resulta demasiado fácil acomodarse. Olvidar todos los frentes abiertos. Hasta que un buen día, en un bar cualquiera, alguien te

cruza la cara de un guantazo.

Carlyle está hablando.

—Si pudiera hablar con ciertas personas. Discutir ciertas propuestas... —Deja la frase en el aire mientras sus ojos castaños escudriñan la expresión de Anderson en busca de cualquier indicio de acuerdo—. Me da igual para qué empresa trabajes. Si entiendo correctamente cuáles son tus intereses, podríamos descubrir que nuestros objetivos apuntan en direcciones parecidas.

Anderson tamborilea con los dedos encima de la barra, pensativo. Si Carlyle desapareciera del mapa, ¿levantaría alguna sospecha? A lo mejor podría culpar incluso al exceso de celo de los camisas blancas...

—¿Crees que tienes alguna posibilidad? —pregunta Anderson.

—No sería la primera vez que los thais reforman su gobierno por la fuerza. El hotel Victoria no existiría si el primer ministro Surawong no hubiera perdido la cabeza y su mansión en el golpe del doce de diciembre. La historia de Tailandia está infestada de cambios en la administración.

—Me preocupa un poco que, igual que estás hablando conmigo, estés hablando con otros. Con demasiados, quizá.

—¿Con quién quieres que hable? —Carlyle apunta con la cabeza al resto de la Falange Farang—. No son nadie. No les dedicaría ni un segundo de atención. Tu gente, en cambio... —Carlyle no termina la frase, calculando sus palabras, y se inclina hacia delante—. Mira, Akkarat tiene experiencia en esta clase de asuntos. Los camisas blancas se han creado muchos enemigos. Y no solo *farang*. Lo único que necesita nuestro proyecto es un empujoncito para ganar impulso.

Bebe un sorbo de whisky y lo paladea durante un momento antes de volver a posar el vaso.

—Las consecuencias serían sumamente favorables para nosotros si saliera bien. —Sostiene la mirada de Anderson—. Sumamente favorables para ti. Y para tus amigos del Medio Oeste.

—¿Qué saldrías ganando tú?

—Comercio, naturalmente. —Carlyle sonrío—. Si los thais miran al mundo en vez de vivir en este ridículo ostracismo defensivo suyo, mi empresa se expandirá. Será bueno para el negocio. No creo que a tu gente le haga gracia pelarse de frío en Koh Angrit, suplicando para poder vender unas pocas toneladas de U-Tex o SoyPRO al reino cuando se malogran las cosechas. Podrías disfrutar del libre comercio, en vez de moriros de asco en esa isla de la cuarentena. Creo que debe de parecerse atractivo. A mí me beneficiaría, sin duda.

Anderson estudia a Carlyle, intentando decidir hasta dónde llega la confianza que le inspira ese hombre. Llevan dos años emborrachándose juntos, visitando prostíbulos ocasionalmente, han cerrado contratos mercantiles con un simple apretón de manos, pero Anderson sabe muy poco acerca de él. En la sede hay un portafolio, aunque delgado. Anderson reflexiona. El banco de semillas está ahí fuera, esperando. Con un gobierno maleable...

—¿Qué generales te respaldan?

Carlyle se ríe.

—Si te lo dijera, me tomarías por un imbécil incapaz de guardar secretos.

Anderson decide que no es más que mera palabrería. Tendrá que asegurarse de que Carlyle desaparezca y pronto, discretamente, antes de que su tapadera salte por los aires.

—Parece interesante. Quizá deberíamos reunirnos para hablar un poco más de nuestros objetivos en común.

Carlyle abre la boca para responder pero se detiene, observando a Anderson. Sonríe y niega con la cabeza.

—No. No me crees. —Se encoge de hombros—. Pues nada. Espera y verás. Dentro de dos días, creo que te quedarás asombrado. Hablaremos entonces. —Lanza una mirada cargada de intención a Anderson—. Y lo haremos donde yo elija. —Apura el vaso.

—¿Por qué esperar? ¿Qué va a cambiar desde ahora hasta entonces?

Carlyle se pone el sombrero y sonríe.

—Todo, mi querido *farang*. Todo.

Emiko despierta inmersa en el bochorno del atardecer. Se despereza, respirando entrecortadamente en el horno de su ratonera.

Hay un lugar para los neoseres. La certeza cosquillea en su interior. Una razón para vivir.

Aprieta una mano hacia arriba, contra las tablas de WeatherAll que separan el cajón que le sirve de dormitorio del que queda encima. Tocando los nudos. Pensando en la última vez que se sintió así de contenta. Acordándose de Japón y de los lujos con que la colmaba Gendo-sama: su propio piso; aparatos de aire acondicionado que llenaban de frescor los húmedos días de verano; peces *dangan* que brillaban y cambiaban de color como camaleones, tonos iridiscentes y mutables en función de su velocidad, azul para los más lentos, rojo para los más veloces. Le gustaba dar golpecitos en el cristal de su tanque y ver cómo dejaban estelas carmesí en las aguas oscuras, exhibiendo su naturaleza mecánica en todo su esplendor.

Ella también brillaba antes. Estaba bien construida. Bien adiestrada. Estaba versada en las artes de la compañera de almohada, la secretaria, la traductora y la observadora, servicios que había desempeñado tan admirablemente para su amo que este la mimaba como a una paloma, soltándola al resplandeciente arco azul del cielo. Tal era el honor que le dispensaba.

Los nudos de WeatherAll la contemplan fijamente, la única decoración del panel que separa su dormitorio del de arriba e impide que la lluvia de desperdicios de sus vecinos caiga encima de ella. El hedor a linaza que emana de la madera resulta nauseabundo en los sofocantes confines de la ratonera. En Japón había leyes que regulaban el uso de ese tipo de madera en las viviendas. Aquí, en las torres del arrabal, eso a nadie le importa.

Emiko siente los pulmones en llamas. Respira entrecortadamente, escuchando los gruñidos y los ronquidos de los otros cuerpos. Ningún sonido se filtra desde la ratonera de arriba. Puenthai no habrá vuelto todavía. De lo contrario, ya habría sufrido, ya habría sido golpeada o follada. Raro es el día que pasa sin recibir algún tipo de abuso. Puenthai aún no está en casa. Quizá esté muerto. La pelusa de *fa'gan* de su cuello sin duda era tupida la última vez que lo vio.

Sale contorsionándose del cajón y se endereza en el angosto espacio que media entre la ratonera y la puerta. Vuelve a estirarse, alarga una mano y tantea en busca de su botella de agua, amarillenta y rancia. Bebe el líquido, cálido como la sangre. Traga convulsivamente, deseando que fuera hielo.

Dos plantas más arriba, una puerta astillada cede y Emiko sale al tejado. La luz y el calor la envuelven. A pesar del sol implacable, hace más fresco que en la ratonera.

A su alrededor, los tendales repletos de *pha sin* y pantalones susurrantes se mecen con la brisa marina. El sol, que ya ha iniciado el descenso, arranca destellos de las puntas de *wats* y *chedi*. El agua de los *khlongs* y del Chao Phraya rutila. Los esquifes de muelles percutores y los catamaranes de vela se deslizan sobre espejos escarlatas.

Al norte, la distancia se pierde en medio de la neblina anaranjada del estiércol quemado y la humedad, pero en alguna parte, si el *farang* de la cicatriz es de fiar, habitan los neoseres. En algún lugar más allá de las guerras por los beneficios del carbón, el jade y el opio, la aguarda su tribu perdida. Jamás fue japonesa; lo único que ha sido siempre es una chica mecánica. Y ahora sus verdaderos congéneres la esperan; solo tiene que encontrar el camino que la conduzca hasta ellos.

Se queda mirando fijamente hacia el norte un instante más, anhelante, y a continuación se dirige al cubo que escondió la noche anterior. No hay agua en los pisos altos, no hay presión que la lleve tan arriba, y no puede correr el riesgo de lavarse en las bombas públicas; así que todas las noches sube trabajosamente la escalera con su cubo de agua y lo deja aquí para utilizarlo por la mañana.

En la intimidad del aire libre y el sol poniente, se baña. Se trata de un proceso de purificación ritual y escrupuloso. El cubo de agua, un trocito de jabón. Se acuclilla junto al cubo y se echa el agua recalentada por encima con ayuda de un cazo. Es algo preciso, un acto escrito de antemano, meticuloso como el *jo no mai*, donde todos los movimientos están coreografiados, un tributo a la carestía.

Vierte un cazo sobre su cabeza. El agua se escurre por su rostro, se derrama sobre sus pechos, sus costillas y sus muslos, forma regueros en el cemento caliente. Otro cazo, empapando su cabello negro, bañándole el espinazo y enroscándose en sus nalgas. Más agua, recubriéndole la piel como una pátina de mercurio. Y después el jabón, que restriega primero en su pelo y después en su piel, purgándose de las afrentas de la noche anterior hasta producir una fina película de espuma. De nuevo el cubo y el cazo, aclarándose con tanto cuidado como al principio.

El agua arrastra el jabón y la suciedad, incluso una parte de la vergüenza. Aunque restregara durante mil años seguiría sin estar limpia, pero está demasiado cansada como para que eso le importe y ya se ha acostumbrado a las cicatrices que no puede borrar. El sudor, el alcohol, la salobre viscosidad del semen y la degradación son cosas que puede limpiar. Con eso le basta. Está demasiado cansada como para frotar con más brío. El agotamiento y el calor son excesivos.

Cuando termina de aclararse le alegra ver que queda un poco de agua en el cubo. Hunde el cazo y bebe de él, con ansia. A continuación, en un irrefrenable gesto de despilfarro, vuelca el cubo sobre su cabeza para recibir una ducha gloriosa y catártica. En ese momento, acariciada por el agua que salpica y se acumula en charcos a sus pies, se siente limpia.

Una vez en la calle, intenta mimetizarse con el ajetreo de la vida diurna. Mizumisei le enseñó a caminar de una forma especial para acentuar y embellecer los sincopados movimientos de su cuerpo. Pero si Emiko pone mucho cuidado y se rebela contra su naturaleza y su adiestramiento, si se pone *pha sin* y no balancea los brazos, casi consigue pasar inadvertida.

En las aceras, las costureras matan el tiempo junto a sus máquinas de coser, esperando a la clientela nocturna. Los vendedores de comida para llevar amontonan el resto de su mercancía en pilas ordenadas, a la espera de los últimos clientes de la jornada. Los puestos ambulantes del mercado nocturno empiezan a colocar pequeños taburetes y mesas de bambú en la calle, el asentamiento ritual en las avenidas que señala el final del día y el comienzo de la vida en cualquier ciudad tropical.

Emiko procura no mirar con demasiada fijeza; hace mucho tiempo desde la última vez que se atrevió a transitar las aceras a la luz del día. Cuando Raleigh adquirió su ratonera, le dio instrucciones exactas. No podía alojarla en Ploenchit (hasta las putas, los chulos y los drogadictos tienen sus límites), de modo que la instaló en un arrabal donde los sobornos eran más baratos y los vecinos menos remilgados con la escoria vecina. Pero sus instrucciones fueron estrictas: pasea solo de noche, atente a las sombras, acude directamente al club, y vuelve directamente a casa. El menor cambio en esa rutina reduciría sus ya de por sí escasas esperanzas de sobrevivir.

El vello se eriza sobre su nuca mientras callejea entre el gentío iluminado por el sol. La mayoría de estas personas jamás la mirarían dos veces. La ventaja de esta actividad

diurna es que la gente está demasiado atareada con su vida como para preocuparse por una criatura como ella, aunque sus extravagantes movimientos despertaran alguna sospecha. En la noche iluminada por las oscilantes llamas de metano verde hay menos ojos, pero son ojos ociosos, cargados de *yaba* o *lao-lao*, ojos con tiempo de sobra para fijarse en ella.

Una vendedora de brochetas de papaya con el sello del Ministerio de Medio Ambiente la observa con suspicacia. Emiko se obliga a no sucumbir al pánico. Sigue caminando con pasitos cortos, intentando convencerse de que su apariencia es excéntrica, más que genéticamente transgresora. El corazón martillea contra sus costillas.

«Demasiado rápido. Aminora. Tienes tiempo. No tanto como te gustaría, pero aun así, suficiente para hacer algunas preguntas. Despacio. Con paciencia. No te delates. No te recalientes.»

El sudor le empapa las palmas de las manos, la única parte de su cuerpo que parece estar realmente fresca a veces. Las mantiene extendidas como abanicos abiertos, intentando absorber la brisa. Se detiene junto a una bomba pública de agua para salpicarse la piel y beber a grandes sorbos, alegrándose de que los neoseres tengan poco que temer en cuestión de infecciones bacterianas o parasitarias. Su cuerpo constituye un huésped inhóspito. Al menos tiene esa ventaja.

Si no fuera un neoser, se limitaría a entrar tranquilamente en la estación de ferrocarril de Hualamphong, compraría el billete que le permitiría montar en un tren de muelles percutores y viajaría en él hasta los páramos de Chiang Mai, desde donde se adentraría en la espesura. Sería lo más fácil del mundo. En vez de eso, debe recurrir a la astucia. Las carreteras estarán vigiladas. Cualquier ruta que conduzca al nordeste y al Mekong estará atestada de soldados en tránsito entre la frontera oriental y la capital. Un neoser llamaría la atención, sobre todo porque algunos de ellos son modelos militares que a veces combaten a favor de los vietnamitas.

Pero hay otra manera. De su época con Gendo-sama recuerda que gran parte de las mercancías del reino viajan por el río.

Emiko camina por Thanon Mongkut, en dirección a los muelles y los diques, cuando se detiene en seco. Camisas blancas. Se pega a una pared mientras la pareja pasa de largo. Ni siquiera reparan en ella (su aspecto no tiene nada de extraordinario cuando no se mueve), pero aun así, en cuanto se pierden de vista, la asalta el impulso de correr a refugiarse en la torre. Allí, casi todas las camisas blancas están sobornados. Aquí... Se estremece.

Por fin se elevan frente a ella los almacenes y las plataformas de operaciones *gaijin*, los bloques comerciales de reciente construcción. Ascende por el rompeolas. Una vez en lo alto, el océano se extiende ante ella, un hervidero de cliques que están siendo descargados, estibadores y culis cargados de cajas, *mahouts* que azuzan a sus megodontes para que redoblen sus esfuerzos mientras los palés que salen de los veleros se cargan en los enormes vagones con neumáticos de Laos que habrán de llevarlos a los almacenes. La escena está cuajada de recordatorios de la antigua vida de Emiko.

Una mancha en el horizonte señala la zona de cuarentena de Koh Angrit, donde los comerciantes *gaijin* y los empresarios agricultores se acuclillan entre montañas de calorías, todos ellos aguardando pacientemente a que se malogre alguna cosecha o surja alguna plaga para arrollar las barreras comerciales del reino. Gendo-sama la llevó una vez a esa isla flotante de balsas y almacenes de bambú. De pie en las cubiertas que se mecían suavemente le pidió a Emiko que tradujera mientras él enumeraba confiadamente para los extranjeros las virtudes de las nuevas tecnologías marítimas que habrían de acelerar la distribución de SoyPRO patentada alrededor del mundo.

Emiko suspira y se agacha para esquivar las cuerdas envueltas de *saisin* que



coronan el rompeolas. El hilo sagrado se extiende sobre el muro en ambas direcciones, hasta perderse de vista en la distancia. Todas las mañanas, los monjes de un templo distinto bendicen el hilo, añadiendo apoyo espiritual a las defensas físicas que contienen la voracidad del mar.

En su vida anterior, cuando Gendo-sama le proporcionaba los permisos y las autorizaciones necesarias para ir de un lado a otro de la ciudad con impunidad, Emiko tuvo ocasión de presenciar las ceremonias de bendición anuales de los diques, las bombas y el *saisin* que lo conecta todo. Mientras las primeras lluvias del monzón caían a cántaros sobre los asistentes, Emiko vio cómo Su Venerable Majestad la Reina Niña accionaba las palancas que animaron las bombas divinas con un rugido, empequeñecida su delicada figura por la maquinaria que habían creado sus antepasados. Los monjes cantaron y extendieron un nuevo *saisin* desde la columna de la ciudad, el corazón espiritual de Krung Thep, hasta las doce bombas de carbón que rodeaban la ciudad, y a continuación todos oraron por la perpetuación de su frágil ciudad.

Ahora, en la estación seca, el *saisin* ofrece un aspecto raído y las bombas guardan silencio la mayor parte del tiempo. Los muelles flotantes, las barcasas y los esquifes se mecen suavemente bajo el sol anaranjado.

Emiko desciende y se adentra en el bullicio de personas, atenta a los rostros, esperando distinguir a alguien con aspecto caritativo. Ve pasar a la gente, imponiendo inmovilidad a su cuerpo para que este no traicione su naturaleza. Al cabo, se arma de valor y se dirige a un trabajador que pasa junto a ella:

—*Kathorh kha*. Por favor, *khun*. ¿Puedes decirme dónde podría conseguir un billete de transbordador para el norte?

El hombre está cubierto del polvo y el sudor propios de su profesión, pero su sonrisa es cordial.

—¿Hasta dónde?

Emiko aventura el nombre de una ciudad sin saber cuán cerca estará del lugar descrito por el *gaijin*.

—¿Phitsanulok?

El hombre hace una mueca.

—Ningún transbordador llega tan lejos. Hay pocos destinos más allá de Ayutthaya. Los ríos tienen muy poco calado. Algunos usan tiros de mulés para dirigirse al norte, pero eso es todo. Algunos, esquifes de muelles percutores. Y la guerra... —Se encoge de hombros—. Si tienes que ir al norte, las carreteras seguirán estando secas una temporada.

Emiko enmascara su desilusión y se despide con un atento *wai*. Así que el río queda descartado. Por carretera o nada. Si pudiera viajar por el río, dispondría también de una forma de refrescarse. Por carretera... Se imagina el largo trayecto en medio del calor tropical de la estación seca. Tal vez lo mejor sería esperar a la estación lluviosa. Con el monzón, las temperaturas bajarán y crecerán los ríos...

Emiko emprende el regreso por el rompeolas y los arrabales donde moran las familias de los trabajadores portuarios y los marineros de permiso que han superado la cuarentena. Así que por carretera. No tendría que haberse molestado en ir hasta allí para preguntar. Si pudiera subir a bordo de un tren de muelles percutores... pero para eso harían falta permisos. Muchos, muchísimos permisos, tan solo para conseguir una plaza. Pero si pudiera sobornar a alguien, viajar de polizón... Tuerce el gesto. Todos los caminos conducen a Raleigh. Tendrá que hablar con él. Implorar al viejo cuervo por cosas que no tiene por qué concederle.

Un hombre con dragones tatuados en el estómago y una bola de *takraw* tatuada en el hombro se queda mirándola fijamente, boquiabierto, cuando Emiko pasa ante él.

—*Heechy-keechy* —murmura.

Emiko no aminora el paso ni se vuelve ante las palabras, pero un hormigueo recorre toda su piel.

El hombre empieza a seguirla.

—*Heechy-keechy* —repite.

Emiko mira de reojo por encima del hombro. El hombre tiene cara de pocos amigos. Además, descubre horrorizada que le falta una mano. El hombre estira el brazo y le toca el hombro con el muñón. Emiko lo evita con un movimiento brusco, una reacción espasmódica que traiciona su naturaleza. El hombre sonríe y revela unos dientes ennegrecidos por la nuez de areca.

Emiko se adentra en un *soi* con la esperanza de despistarlo. Pero el hombre insiste a su espalda:

—*Heechy-keechy*.

Emiko se cuela en otro callejón sinuoso y aprieta el paso. Su cuerpo se calienta. Sus manos se tornan viscosas a causa del sudor. Jadea rápidamente, intentando eliminar el exceso de temperatura. El hombre todavía la sigue. No ha vuelto a decir nada, pero Emiko puede oír sus pasos. Dobla otro recodo. Un grupo de cheshires se desbanda ante ella, destellos parpadeantes que se escabullen como cucarachas. Ojalá ella pudiera evaporarse de la misma manera, atravesar las paredes y dejar atrás a su perseguidor.

—¿Adónde vas, chica mecánica? —pregunta el hombre—. Solo quiero verte mejor.

Si estuviera todavía con Gendo-sama, se encararía con este hombre. Se erguiría con confianza, amparada por sellos importantes, permisos de propiedad, consulados y la temible amenaza de la venganza de su amo. Una posesión, cierto, pero no menos respetable por ello. Podría acudir incluso a los camisas blancas o a la policía en busca de protección. Con los sellos y un pasaporte, no era una transgresión contra el nicho y la naturaleza, sino un objeto exquisito y preciado.

El callejón desemboca en otra calle repleta de almacenes y escaparates *gaijin*, pero el hombre le agarra un brazo antes de que pueda llegar hasta ella. Emiko tiene calor. El pánico creciente le sonrosa las mejillas. Contempla la calle con anhelo, pero solo hay chabolas, tiendas de ropa y unos pocos *gaijin* que no le serán de ninguna ayuda. Lo que menos desea es encontrarse con un grupo de grahamitas.

El hombre la arrastra de nuevo al interior del callejón.

—¿Adónde crees que vas, chica mecánica?

Un brillo cruel le ilumina los ojos. Está masticando algo, una rama de anfetaminas. *Yaba*. Los culis las consumen para seguir trabajando, para quemar las calorías que no tienen. Sus ojos relampaguean mientras le sujeta la muñeca. Se adentra aún más en el callejón, lejos de miradas indiscretas. Emiko tiene demasiado calor para correr. Aunque huyera, no tendría a donde ir.

—Contra la pared —dice el hombre—. No. —Le da la vuelta—. No me mires.

—Por favor.

Un cuchillo aparece en la mano sana del hombre, destellante.

—Cállate. No te muevas.

Su voz restalla con autoridad, y contra su voluntad, Emiko se descubre obedeciendo.

—Por favor. Suéltame —susurra.

—Me he enfrentado a los de tu calaña. En las selvas del norte. Había seres mecánicos por todas partes. Soldados *heechy-keechy*.

—Yo no soy así —jadea Emiko—. No pertenezco al ejército.

—Japoneses, como tú. Perdí una mano por culpa de los tuyos. Y un montón de

buenos amigos. —Esgrime el muñón y lo aplasta contra la cara de Emiko. Su aliento le acaricia la nuca en ardientes vaharadas mientras pasa el brazo alrededor de su cuello, presionando el cuchillo contra la yugular. Lacerando la piel.

—Por favor. Suéltame. —Emiko empuja contra la entrepierna del hombre—. Haré todo lo que me pidas.

—¿Crees que sería capaz de ensuciarme así? —La lanza contra la pared, arrancándole un chillido—. ¿Con un animal como tú? —Una pausa, y luego—: Ponte de rodillas.

En la calle, las ruedas de los rickshaws resuenan en el empedrado. La gente grita, preguntando el precio de la cuerda de cáñamo y si alguien sabe a qué hora empieza el combate de *muay thai* en el Lumpini. El cuchillo vuelve a acercarse a su cuello, encuentra su pulso con la punta.

—Vi morir a todos mis amigos en la espesura por culpa de los seres mecánicos japoneses.

Emiko traga saliva.

—Yo no soy como ellos —repite con un hilo de voz.

El hombre se ríe.

—Claro que no. Tú eres distinta. Otro de sus demonios, como los que tienen en los muelles al otro lado del río. Nuestro pueblo se muere de hambre, y los tuyos les roban el arroz.

La hoja presiona contra la garganta de Emiko. Va a matarla. Está segura de eso. Su odio es inmenso, ella no es más que basura. El hombre está colocado y furioso, es peligroso, y ella no es nada. Ni siquiera Gendo-sama podría haberla protegido de esto. Vuelve a tragar saliva, siente el filo de la hoja en la nuez.

«¿Es así como vas a morir? ¿Este es tu destino? ¿Desangrarte como un cerdo?»

Una chispa de rabia parpadea, un antídoto contra la desesperación.

«¿Ni siquiera vas a intentar sobrevivir? ¿Acaso los científicos te diseñaron demasiado estúpida como para contemplar la posibilidad de luchar por tu vida?»

Emiko cierra los ojos y reza a Mizuko Jizo Bodhisattva, primero, y después al espíritu cheshire *bakeneko*, por si acaso. Respira hondo y, con todas sus fuerzas, proyecta la mano contra el cuchillo. La hoja se aleja de su cuello, dejando un rastro abrasador.

—¿*Arai wa?!* —exclama el hombre.

Emiko empuja violentamente contra él y se agacha bajo el cuchillo descontrolado. A su espalda, oye un gruñido y un golpe seco mientras corre hacia la calle. No mira atrás. Irrumpe en la avenida sin aminorar el paso, sin preocuparle que la vean como una chica mecánica, sin preocuparle que pueda recalentarse y morir. Corre, decidida tan solo a escapar del demonio que está a su espalda. Aunque arda, no piensa morir pasivamente, como un cerdo conducido al matadero.

Vuela calle abajo, esquivando pirámides de durios y saltando por encima de rollos de cuerda de cáñamo. Esta huida suicida es una locura, pero no se detiene. Aparta de un empujón a un *gaijin* que regatea el precio de unos sacos de arpillera de arroz U-Text autóctono. El hombre da un respingo y chilla alarmado cuando Emiko pasa de largo como una exhalación.

A su alrededor, el tráfico de la calle parece haberse ralentizado hasta arrastrarse. Emiko zigzaguea bajo los andamios de bambú de una obra. Correr es extrañamente fácil. La gente se comporta como si estuviera sumergida en un tarro de miel. Solo ella se mueve. Cuando mira de reojo por encima del hombro, ve que su perseguidor se ha quedado muy rezagado. Es asombrosamente lento. Cuesta creer que pudiera tener miedo de él. Se ríe de lo absurdo de este mundo en suspensión...

Choca contra un albañil y se desploma de bruces, arrastrándolo en su caída.

—¡*Arai wa!* ¡Mira por dónde vas! —grita el hombre.

Emiko se obliga a ponerse de rodillas, con las manos entumecidas por la abrasión. Intenta erguirse pero el mundo se tambalea, borroso. Se cae. Vuelve a incorporarse, ebria, abrumada por el horno que ruge en su interior. El suelo gira y se balancea, pero ella consigue mantenerse erguida. Se apoya en una pared cocida por el sol mientras el hombre con el que ha tropezado le lanza una retahíla de improperios. Su enfado resbala sobre ella como una lluvia carente de sentido. El calor y las tinieblas estrechan su cerco. Está ardiendo.

En la calle, en medio de la maraña de carros tirados por mulís y bicicletas, distingue un rostro *gaijin*. Pestañea para ahuyentar la oscuridad que se cierne sobre ella, da un paso titubeante. ¿Se habrá vuelto loca? ¿Acaso está jugando con ella el cheshire *bakeneko*? Se aferra al hombre que no deja de gritar, con la mirada fija en el tráfico, aguardando la confirmación de que su cerebro derretido está alucinando. El albañil chilla y se suelta su mano, pero ella apenas si se da cuenta.

Otro atisbo del mismo semblante en medio del tráfico. Es el *gaijin*, el pálido con la cicatriz de la casa de Raleigh. El que le dijo que fuera al norte. Su rickshaw se deja entrever brevemente antes de desaparecer detrás de un megodonte. Y a continuación allí está de nuevo, al otro lado, mirando en su dirección. Sus ojos se encuentran. Es el mismo hombre. Está segura.

—¡Agarradla! ¡No dejéis que esa *heechy-keechy* se escape!

Su agresor, desgañitándose y enarbolando el cuchillo mientras sorteando los andamios de bambú. A Emiko le asombra que sea tan lento, mucho más de lo que jamás hubiera imaginado. Lo observa, perpleja. Quizá su estancia en el frente lo dejara tullido. Pero no, su paso es correcto, es solo que todo cuanto la rodea es muy lento: la gente, el tráfico. Qué raro. Lento y surrealista.

El albañil la sujeta. Emiko se deja arrastrar mientras escudriña el tráfico en busca de otro atisbo del *gaijin*. ¿Sería un espejismo?

¡Ahí! Otra vez el *gaijin*. Emiko se zafa de las garras del albañil y se zambulle en el tráfico. Con el último poso de energía que le queda, se agacha bajo el vientre de un megodonte, a punto de chocar con sus patas como columnas, y reaparece al otro lado, corriendo junto al rickshaw del *gaijin*, tendiéndole las manos como una mendiga...

El hombre la observa con ojos fríos, completamente desapasionado. Emiko trastabilla y se agarra al rickshaw para enderezarse, sabiendo que el hombre va a apartarla de una patada. No es más que una chica mecánica. Ha sido una estúpida. Era una locura esperar que el *gaijin* la considerara una persona, una mujer, algo más que escoria.

El hombre le coge la mano de repente y la aúpa de un tirón. Le grita al conductor que pedalee, que pedalee (*¡Gan cui chi che, kuai kuai kuai!*), más deprisa. Farfulla palabras en tres idiomas distintos y empiezan a acelerar, pero lentamente.

Su agresor se abalanza sobre el rickshaw. Le hace un corte en el hombro. Emiko ve que su sangre salpica el asiento. Gotitas como gemas suspendidas a la luz del sol. El hombre vuelve a levantar el cuchillo. Emiko intenta interponer una mano para defenderse, para repelerlo, pero está demasiado cansada. El agotamiento y el calor pesan sobre ella como una losa. El hombre ataca de nuevo, gritando.

Emiko ve bajar el cuchillo, un movimiento tan lento como la miel vertida en invierno. Tan lento. Tan lejos. Su piel se abre. El calor y el cansancio le nublan la vista. Está desmayándose. El cuchillo desciende otra vez.

De pronto, el *gaijin* aparece entre ellos. Una pistola de resortes reluce en su mano. Emiko lo observa, vagamente intrigada por el hecho de que el hombre esté armado, pero el

combate entre el *gaijin* y el adicto al *yaba* es algo insignificante que ocurre muy lejos. Todo está tan oscuro... El calor cierra sus fauces sobre ella.

La chica mecánica no hace nada por defenderse. Grita, pero apenas si reacciona cuando el cuchillo se hunde en su carne.

—¡Bai! —exclama Anderson para Lao Gu—. ¡*Kuai kuai kuai!*

Aparta al atacante de un empujón mientras la bicicleta se encabrita. El tailandés lanza una torpe cuchillada contra Anderson y vuelve a apuñalar a la chica mecánica, que no intenta escapar. La sangre salpica en todas direcciones. Anderson saca una pistola de resortes de debajo de la camisa y la hunde en el rostro del hombre, que pone los ojos como platos.

Salta del rickshaw y corre a ponerse a cubierto. Anderson sigue encañonándolo, intentando decidir si debería poner un disco en la cabeza del hombre o dejarle escapar, pero su objetivo le arrebató la decisión desapareciendo detrás de un vagón tirado por un megodonte.

—Maldita sea. —Anderson escudriña entre el tráfico para cerciorarse de que el hombre se ha ido de veras y vuelve a guardar la pistola bajo la camisa. Se vuelve hacia la chica, que yace despatarrada—. Ya estás a salvo.

El neoser está inerte, con la ropa desgarrada y revuelta, cerrados los ojos, jadeando rápidamente. Cuando Anderson le toca la frente sonrojada, el neoser se encoge y parpadea. Tiene la piel ardiendo. Sus desenfocados ojos negros se fijan en él.

—Por favor —murmura.

El calor de su piel es abrumador. Se muere. Anderson le abre la chaqueta sin miramientos en un intento por ventilarla. Está ardiendo, recalentada por la huida y por un diseño genético erróneo. Es absurdo que alguien decidiera hacerle algo así a esta criatura, tullirla de este modo.

—¡Lao Gu! ¡A los diques! —grita por encima del hombro. Lao Gu mira atrás de soslayo, sin comprender—. ¡*Shui!* ¡Agua! ¡*Nam!* ¡El océano, maldita sea! —Anderson hace un gesto en dirección a los muros de contención—. ¡Deprisa! ¡*Kuai, kuai kuai!*

Lao Gu asiente bruscamente con la cabeza. Se pone en pie sobre los pedales y acelera de nuevo, impulsando la bicicleta entre el tráfico congestionado, lanzando advertencias e invectivas a los peatones y a los animales de carga que le obstaculizan el paso. Anderson abanica a la chica mecánica con el sombrero.

Cuando llegan a los muros de contención, Anderson se echa la chica mecánica al hombro y sube con ella por los escalones desiguales. Los largos cuerpos ondulados de los *nagas* guardianes que flanquean la escalera guían su ascenso. Sus rostros observan impassibles cómo avanza con paso tambaleante. Se le mete el sudor en los ojos. El neoser es un horno contra su piel.

Corona el dique. El sol escarlata le pega en la cara y siluetea la Thonburi sumergida al otro lado de las aguas. El calor del astro rey no llega a igualar el del cuerpo doblado sobre su hombro. A trompicones, baja por el lado opuesto del terraplén y arroja la muchacha al mar. El chapuzón le empapa de agua salada.

La chica se hunde como una piedra. Anderson jadea y se zambulle tras la figura inerte. «Imbécil. Cerebro de mosquito.» Agarra un brazo lánguido y rescata su cuerpo de las profundidades. La sostiene de manera que su cara flote por encima del agua, con el cuerpo en tensión para evitar que vuelva a hundirse. Su piel está ardiendo. No le extrañaría que el mar empezara a bullir a su alrededor. El batir de las olas extiende su cabello negro como una red. Es un peso muerto en sus brazos. Lao Gu llega corriendo a su lado.

Anderson le hace una seña.

—Aquí. Sujétala.

Lao Gu titubea.

—Que la sujetes, maldita sea. *Zhua ta*.

A regañadientes, Lao Gu desliza las manos bajo los brazos del neoser. Anderson tatea su cuello en busca del pulso. ¿Se le habrá freído ya el cerebro? Quizá esté intentando reanimar a un vegetal.

El pulso del neoser zumba como las alas de un colibrí, más veloz de lo que debería en cualquier otra criatura de su tamaño. Anderson se agacha para escuchar su respiración.

La chica mecánica abre los ojos de golpe. Anderson se aparta sobresaltado. El neoser patatea y se escurre entre los dedos de Lao Gu. Desaparece bajo el agua.

—¡No! —Anderson se zambulle tras ella.

La chica mecánica reaparece agitando los brazos, tosiendo, buscándolo con las manos. Una de ellas se cierra en torno a la de Anderson y este la arrastra hasta la orilla. El atuendo del neoser se arremolina a su alrededor como una maraña de algas y sus cabellos negros relucen como la seda. Sus ojos oscuros miran fijamente a Anderson. Tiene la piel deliciosamente fresca.

—¿Por qué me has ayudado?

Las lámparas de metano que titilan en las calles pueblan la ciudad de etéreas sombras verdosas. Es de noche y las farolas sisean en la oscuridad. La humedad se refleja en las piedras y en el cemento, lustra la piel de las personas arracimadas en torno a las velas en los mercados nocturnos.

La chica mecánica repite la pregunta:

—¿Por qué?

Anderson se encoge de hombros y se alegra de que las tinieblas oculten su expresión. No tiene ninguna respuesta satisfactoria. Si el agresor del neoser denuncia a un *farang* acompañado de una chica mecánica, levantará sospechas y conducirá a los camisas blancas hasta él. Un riesgo innecesario, habida cuenta de lo delicado de su situación actual. Es demasiado fácil de describir; además, el lugar donde encontró a la chica mecánica no está lejos del local de sir Francis, y una vez allí será fácil hacer más preguntas incómodas.

Se obliga a refrenar su paranoia. Es peor que Hock Seng. Saltaba a la vista que el *nak leng* estaba colocado de *yaba*. No acudirá a los camisas blancas. Se arrastrará hasta su madriguera y se lamerá las heridas.

Aun así, ha sido una temeridad.

Estaba seguro de que el neoser iba a morir cuando se desmayó en el rickshaw, y una parte de él se alegró, aliviado por poder borrar el momento en que la había reconocido y, en contra de todas sus enseñanzas, ligado su destino al de ella.

La observa de reojo. Su piel ha perdido ya ese rubor sobrecogedor y el calor más propio de un horno. Se aferra a los harapos desgarrados que la rodean, defendiendo su pudor. Es lastimoso que una criatura diseñada para ser poseída exhiba semejante modestia.

—¿Por qué? —pregunta de nuevo.

Anderson vuelve a encogerse de hombros.

—Necesitabas ayuda.

—Nadie ayuda a los neoseres. —Su voz suena carente de emoción—. Eres un idiota. —Se aparta el pelo mojado de la cara. Un movimiento espasmódico, surrealista, un estiramiento marcado por su herencia genética. La piel lustrosa brilla entre los bordes de la blusa desgarrada, insinuando sus senos. ¿Qué se debe de sentir al tocarla? La piel resplandece, suave y tentadora.

El neoser repara en la dirección de su mirada.

—¿Quieres usarme?

—No. —Anderson gira la cabeza, nervioso—. No hace falta.

—No me opondría.

La aquiescencia que rezuma esa voz repugna a Anderson. Otro día, en otro momento, probablemente la hubiera poseído por probar una novedad. No le hubiera dado mayor importancia. Pero el hecho de que espere tan poco le inspira aversión. Se obliga a sonreír.

—Gracias. No.

El neoser asiente sucintamente con la cabeza. Vuelve a contemplar la noche húmeda y el verde fulgor de las farolas. Resulta imposible saber si se siente agradecida o sorprendida, o si le importa algo la decisión de él. Aunque se le hubiera caído la máscara en el frenesí del terror y el alivio de la huida, ahora sus pensamientos vuelven a estar escrupulosamente guardados bajo llave.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

La chica mecánica se encoge de hombros.

—Raleigh. Es el único que me dará cobijo.

—Pero no es el primero, ¿verdad? No siempre has sido un... —Anderson deja la frase flotando en el aire. No se le ocurre ningún eufemismo, y con el aspecto que ofrece la muchacha, no tiene valor para llamarla «juguete».

El neoser fija la mirada en él un instante antes de volver a contemplar la ciudad que se desliza por su lado. Las lámparas de gas salpican la noche de verdes bolsas de fósforo bajas, separadas por hondos cañones de sombras. Al pasar bajo una de las farolas, Anderson repara en sus rasgos, tenuemente iluminados, pensativos y recubiertos de una pátina de humedad, antes de que la oscuridad vuelva a ocultarlos.

—No. No ha sido así siempre. No... —Le faltan las palabras—. Así no. —Se queda callada, pensativa—. Trabajaba en Mishimoto. Tenía... —Se encoge de hombros—. Un propietario. Un propietario en la empresa. Era una propiedad. Gen... mi propietario adquirió un permiso de exención temporal alegando negocios en el extranjero para traerme al reino. Un permiso de noventa días. Prorrogable por decreto real gracias al tratado de amistad con Japón. Era su secretaria personal: traducción, gestión burocrática y... compañía. —Otro encogimiento de hombros, más intuido que visible—. Pero volver a Japón es caro. Los billetes de dirigible cuestan lo mismo para los neoseres que para los de tu especie. Mi propietario llegó a la conclusión de que dejar a su secretaria en Bangkok salía más económico. Cuando su misión aquí terminó, decidió conseguir una nueva en Osaka.

—Jesús y Noé.

La chica mecánica se encoge de hombros.

—Me pagó el finiquito en los amarraderos y se fue. Volando.

—¿Y ahora Raleigh?

De nuevo el mismo gesto con los hombros.

—Ningún tailandés quiere un neoser como secretaria, ni como intérprete. En Japón es aceptable. Corriente, incluso. Nacen muy pocos bebés y hay demasiado trabajo. Aquí... —Sacude la cabeza—. Los mercados de calorías están controlados. Todo el mundo siente celos de U-Tex. Todo el mundo protege su arroz. A Raleigh le da igual. A Raleigh... le gustan las novedades.

El olor velado del pescado frito les baña como una ola grasienta y viscosa. Un mercado nocturno, repleto de personas que cenan a la luz de las velas, encorvadas sobre fideos, brochetas de pulpo y bandejas de *larb*. Anderson reprime el impulso de levantar la capota del rickshaw y correr la cortina para ocultar la prueba de su compañía. Los woks llamean con las inconfundibles chispas verdes del metano aprobado por el Ministerio de



Medio Ambiente, iluminando tenuemente la pátina de sudor que recubre las pieles atezadas. A sus pies, los cheshires rondan atentos a cualquier bocado que puedan mendigar o robar.

La sombra de uno de ellos relampaguea en la oscuridad, provocando que Lao Gu gire bruscamente. Maldice entre dientes en su idioma. Emiko se ríe, una discreta manifestación de sorpresa mientras enlaza las manos con deleite. Lao Gu la fulmina con la mirada por encima del hombro.

—¿Te gustan los cheshires? —pregunta Anderson.

Emiko lo observa, sorprendida.

—¿A ti no?

—En casa los matamos sin perder tiempo. Hasta los grahamitas ofrecen billetes azules por sus pieles. Debe de ser lo único en lo que estoy de acuerdo con ellos.

—Mmm, ya. —Emiko frunce el ceño, pensativa—. Supongo que son demasiado avanzados para este mundo. Ahora las aves naturales tienen muy pocas posibilidades.

Esboza una ligera sonrisa.

—Imagínate si hubieran creado antes a los neoseres.

¿Es malicia lo que relumbra en sus ojos? ¿O melancolía?

—¿Qué crees que hubiera ocurrido? —se interesa Anderson.

Emiko evita mirarle a los ojos y contempla a los gatos que merodean entre los comensales.

—Los piratas genéticos aprendieron demasiadas cosas gracias a los cheshires.

Aunque no añada nada más, Anderson puede intuir lo que está pensando. Si su especie hubiera surgido primero, antes de que los piratas genéticos supieran lo que saben ahora, Emiko no sería estéril. Sus movimientos carecerían del característico tictac que hacen que sea tan llamativa físicamente. Su diseño podría parecerse incluso al de los neoseres militares que operan ahora en Vietnam, mortíferos y suicidas. Sin la lección de los cheshires, Emiko podría haber tenido la oportunidad de suplantar por completo a la especie humana con su versión mejorada. En vez de eso, es un callejón sin salida genético. Condenada a un ciclo vital de sentido único, igual que la SoyPRO y el trigo de TotalNutrient.

Otra sombra felina cruza la calle como una exhalación, titilante, confundiendo con las tinieblas. Un homenaje de tecnología punta a Lewis Carroll, un par de viajes en dirigible y en clíper, y en un abrir y cerrar de ojos desaparecen clases enteras de animales, indefensas ante esta amenaza invisible.

—Nos hubiéramos dado cuenta de nuestro error —observa Anderson.

—Sí. Desde luego. Pero quizá no a tiempo. —Emiko cambia bruscamente de tema. Señala con la cabeza un templo que se recorta contra el firmamento nocturno—. Es muy bonito, ¿verdad? ¿Te gustan sus templos?

Anderson se pregunta si habrá cambiado de tema para evitar cualquier posible discusión y conflicto, o si en realidad teme que consiga rebatir su fantasía. Estudia el *chedi* y el *bot* del templo.

—Es mucho más bonito que lo que están construyendo los grahamitas en casa.

—Grahamitas. —Emiko pone mala cara—. Tan preocupados por el nicho y la naturaleza. Tan obsesionados con su arca de Noé, cuando el diluvio ya ha pasado.

Anderson piensa en Hagg, sudoroso y angustiado por la devastación provocada por el cerambicido.

—Si pudieran, nos encerrarían a todos en nuestros respectivos continentes.

—Eso es imposible, creo. La gente necesita expandirse. Ocupar nuevos nichos.

La filigrana dorada del templo reluce tenuemente bajo la luna. Es innegable que el mundo está volviendo a encoger. Un par de viajes en dirigible y en clíper, y Anderson

pasea por las calles en penumbra de la otra punta del planeta. Es asombroso. En tiempos de sus abuelos, cubrir el trayecto entre un suburbio de la antigua Expansión y el centro de la ciudad era imposible. Sus abuelos contaban historias sobre la exploración de los suburbios abandonados, buscando las migajas y los despojos de vecindarios enteros destruidos durante la Contracción del petróleo. Viajar quince kilómetros era una proeza para ellos, y ahora míralo a él...

Frente a ellos, unos uniformes blancos se materializan en la desembocadura de un callejón.

Emiko palidece y se acurruca contra Anderson.

—Abrázame.

Anderson intenta sacudírsela de encima, pero el neoser se pega a él como una lapa. Los camisas blancas se han detenido y observan cómo se acercan. La chica mecánica se arrima más todavía. Anderson reprime el impulso de sacarla del rickshaw a empujones y huir. Esto es lo que menos necesita ahora mismo.

—Ahora contravengo la cuarentena —susurra Emiko—, como el gorgojo modificado nipón. Si se fijan en mis movimientos, me descubrirán. Me fundirán. —Se acurruca aún más—. Lo siento. Por favor. —Implora con la mirada.

Anderson la envuelve con sus brazos en un repentino ataque de conmiseración, abrigándola con cualquiera que sea la protección que un fabricante de calorías puede ofrecer a un desecho japonés ilegal. Los agentes del ministerio les llaman, sonrientes. Anderson les devuelve el gesto y asiente con la cabeza, con la piel de gallina. La mirada de los camisas blancas se demora en ellos. Uno sonríe y le dice algo al otro mientras hace girar la porra que cuelga de su muñeca. Emiko tiembla descontrolada junto a Anderson, una máscara forzada su sonrisa. Anderson la abraza con más fuerza.

«Por favor, no me pidáis ningún soborno. Esta vez no. Por favor.»

Pasan de largo.

Tras ellos, los camisas blancas empiezan a reírse, bien del *farang* y de la chica que le hace arrumacos o de cualquier otra cosa completamente distinta. No tiene importancia, porque se pierden en la distancia y Emiko y él vuelven a estar a salvo.

La chica mecánica se aparta, tiritando.

—Gracias —susurra—. Salir ha sido una imprudencia. Una estupidez. —Se retira el pelo de la cara y mira atrás. Los agentes del ministerio se alejan rápidamente. Aprieta los puños—. Qué idiota —murmura—. No eres un cheshire capaz de desaparecer a tu antojo. —Sacude la cabeza, furiosa, mientras la lección se graba a fuego en su mente—. Idiota. Idiota.

Anderson la observa, fascinado. Emiko está adaptada para otro tipo de mundo, no para este horno brutal. La ciudad terminará devorándola tarde o temprano. Eso salta a la vista.

La chica mecánica repara en su escrutinio. Comparte una sonrisita cargada de melancolía.

—Nada dura eternamente, creo.

—No. —Anderson tiene un nudo en la garganta.

Se quedan mirándose fijamente. La blusa de Emiko ha vuelto a abrirse y revela el contorno de su garganta, la curvatura de sus senos. No hace nada por taparse, sino que se limita a observarlo, solemne. ¿Será algo intencionado? ¿Acaso se propone incitarlo? ¿O será que la seducción forma parte de su naturaleza? A lo mejor no puede evitarlo. Un conjunto de instintos tan inextricable de su ADN como las astutas estrategias que emplean los cheshires para cazar pájaros. Anderson se inclina hacia ella, dubitativo.

Emiko no lo rehúye, sino que acude a su encuentro. Sus labios son suaves.

Anderson recorre su cadera con una mano, la introduce en la blusa y tantea tras la tela. La chica mecánica exhala un suspiro y se arrima un poco más, abriendo los labios para él. ¿Lo desea realmente? ¿O se trata de mera aquiescencia? ¿Podría negarse aunque quisiera? Sus pechos presionan contra él. Sus manos se deslizan por el cuerpo de Anderson, que empieza a temblar. Tirita como si tuviera dieciséis años. ¿Imprimieron feromonas en su ADN los genetistas? Su cuerpo es embriagador.

Ajeno a la calle, a Lao Gu, a todo, la atrae hacia él y cierra una mano en torno a uno de sus senos, copando su carne perfecta.

El corazón de la chica mecánica aletea como un colibrí bajo su palma.

Jaidee siente cierto respeto por los chinos chaozhou. Sus fábricas son grandes y productivas. Llevan generaciones echando raíces en el reino, y profesan una lealtad inquebrantable a Su Majestad la Reina Niña. Son el polo opuesto de los patéticos refugiados chinos que han llegado en tromba desde Malaca, huyendo a su país con la esperanza de obtener auxilio tras alienar a los nativos en su propia tierra. Si los chinos malayos fueran la mitad de inteligentes que los chaozhou, se habrían convertido al islam generaciones atrás, imbricándose así en el tejido de la sociedad.

En vez de eso, los chinos de Malaca, Penang y la costa oeste se mantuvieron arrogantemente aparte, pensando que la creciente oleada de fundamentalismo no les afectaría. Y ahora vienen de rodillas al reino, esperando que sus primos chaozhou les socorran cuando no tuvieron dos dedos de frente para ayudarse antes a sí mismos.

Los chaozhou son tan inteligentes como estúpidos son los chinos malayos. Son prácticamente tailandeses. Hablan tailandés. Han adoptado nombres tailandeses. Puede que en algún rincón del pasado lejano tuvieran raíces chinas, pero ahora son thais. Y leales. Lo cual, si Jaidee se para a pensarlo, es más de lo que puede decirse de algunos de sus compatriotas; sin duda más de lo que puede decirse de Akkarat y sus esbirros en el Ministerio de Comercio.

Por eso Jaidee se solidariza con el empresario chaozhou de larga camisa blanca, holgados pantalones de algodón y sandalias que deambula de un lado para otro ante él en el piso de su fábrica, lamentando que esta haya sido cerrada por exceder la ración de carbón cuando ha pagado a todos los camisas blancas que alguna vez cruzaron su puerta, alegando que Jaidee no tiene ningún derecho, ¡ningún derecho!, a cerrar toda la fábrica.

La solidaridad de Jaidee ni siquiera se tambalea cuando el tipo le llama «huevo de tortuga», lo cual resulta sin duda irritante, sabiendo que en chino se trata de un insulto tremendo. Pese a todo, tolera los estallidos emocionales de este empresario. Está en la naturaleza de los chinos ser un poco apasionados. Son propensos a sucumbir a ataques de emoción en los que un tailandés no incurriría jamás.

A pesar de los pesares, Jaidee se solidariza con el hombre.

Esa solidaridad, sin embargo, no se extiende a quien le clava repetidamente un dedo en el pecho mientras no deja de maldecir, de modo que ahora Jaidee está sentado encima del pecho del empresario, con una porra negra cruzada sobre su tráquea, explicándole los rudimentos del respeto debido a un camisa blanca.

—Creo que me confundes con otro empleado del ministerio —observa Jaidee.

El hombre emite un sonido estrangulado e intenta liberarse, pero se lo impide la porra que le oprime la garganta. Jaidee lo observa con atención.

—Seguro que comprendes que el racionamiento de carbón existe porque la ciudad está sumergida. Excediste tu ración de carbón hace varios meses.

—Ghghhaha.

Jaidee sopesa la respuesta. Sacude la cabeza, abatido.

—No. Me parece que no podemos consentir que esto continúe. Así lo decretó el rey Rama XII, y también Su Majestad la Reina Niña es partidaria de no abandonar Krung Thep a la invasión de las olas. No vamos a huir de la Ciudad de los Seres Divinos como huyeron de los birmanos los cobardes de Ayutthaya. El océano no es un ejército movilizad. Cuando accedamos a las aguas, jamás volveremos a expulsarlas. —Contempla al chino empapado de sudor—. Por eso todos debemos representar el papel que nos ha tocado. Debemos

combatir unidos, como los aldeanos de Bang Rajan, para mantener al invasor lejos de nuestras calles, ¿no te parece?

—Gghhghghghhhhh...

—Bien. —Jaidee sonrío—. Me alegra ver que estamos avanzando.

Alguien carraspea.

Jaidee levanta la cabeza, disimulando su irritación.

—¿Sí?

Un joven soldado de flamante uniforme blanco aguarda respetuosamente en posición de firmes.

—*Khun* Jaidee. —Hace un *wai*, bajando la cabeza hasta las palmas unidas, y se queda en esa postura—. Siento mucho interrumpirle.

—¿Sí?

—El *chao khun* general Pracha solicita su presencia.

—Estoy ocupado —responde Jaidee—. Aquí, nuestro amigo, por fin parece que está dispuesto a dialogar con el corazón frío y una conducta razonable. —Dedica una sonrisa benévola al empresario.

—Debo comunicarle... —insiste el muchacho—. Me han pedido que le diga que, que...

—Adelante.

—Que será mejor que... con permiso... que mueva el «puñetero culo»... lo siento... y regrese al ministerio. Inmediatamente, si no antes. —Hace una mueca ante el vocabulario empleado—. Si no dispone de ninguna bicicleta, puede llevarse la mía.

Jaidee tuerce el gesto.

—Ah. Ya. En fin. —Se levanta de encima del empresario. Hace una seña a Kanya—. ¿Teniente? Tal vez tú puedas razonar con nuestro amigo.

Kanya pone cara de perplejidad.

—¿Ocurre algo?

—Al parecer Pracha por fin está listo para leerme la cartilla y ponerme verde.

—¿Quieres que te acompañe? —Kanya mira de reojo al empresario—. Esta sabandija puede esperar a mañana.

Su preocupación logra que Jaidee sonría.

—No te preocupes por mí. Termina esto. Cuando vuelvas te avisaré si pretenden exiliarnos en el sur y dejarnos vigilando los internados de tarjetas amarillas hasta el fin de nuestras carreras.

Mientras se dirigen a la puerta, el empresario se arma de valor para exclamar:

—¡Esto te costará la cabeza, *heeya!*

El sonido del impacto de la porra de Kanya y un gáñido es lo último que oye Jaidee antes de salir de la fábrica.

En la calle, el sol cae a plomo. Está sudando a causa del esfuerzo físico de lidiar con el empresario, y el calor le produce un picor incómodo. Se queda a la sombra de un cocotero mientras el mensajero va a buscar la bicicleta.

El muchacho observa el rostro acalorado de Jaidee con preocupación.

—¿Le apetece un descanso?

Jaidee se ríe.

—No te preocupes por mí; me hago viejo, nada más. Ese *heeya* era rebelde, y ya no soy el mismo luchador de antaño. En la estación fría no sudaría de esta forma.

—Ganó un montón de combates.

—Algunos. —Jaidee sonrío—. Y entrenaba con mucho más calor del que hace ahora.

—Su teniente podría encargarse de esas tareas —sugiere el muchacho—. No hace falta que usted se esfuerce tanto.

Jaidee se enjuga la frente y menea la cabeza.

—¿Y qué pensarían entonces mis hombres? Que soy un holgazán.

El muchacho contiene el aliento.

—Nadie pensaría algo así de usted. ¡Nunca!

—Cuando seas capitán, lo entenderás mejor. —Jaidee sonríe con indulgencia—. Los hombres son leales a quien dirige desde el frente. No quiero que nadie pierda el tiempo accionando un ventilador de manivela para mí, o abanicándome con una hoja de palma para que me sienta tan cómodo como esos *heeya* del Ministerio de Comercio. Aunque yo sea el líder, todos somos hermanos. Cuando seas capitán, prométeme que harás lo mismo.

Al chico se le ilumina la mirada. Hace otro *wai*.

—Sí, *khun*. No lo olvidaré. ¡Gracias!

—Así me gusta. —Jaidee pasa una pierna por encima de la bicicleta del muchacho—. Cuando la teniente Kanya haya terminado aquí, te llevará en nuestro tándem.

Se adentra en el tráfico. Durante la estación cálida, sin lluvia, pocas personas aparte de los locos o los fanáticos se exponen directamente al calor, pero los arcos y las calles entoldadas contienen mercados repletos de hortalizas, utensilios de cocina y prendas de vestir.

En Thanon Na Phralan, Jaidee suelta el manillar para hacer un *wai* a la Sagrada Columna de la Ciudad al pasar ante ella, susurrando una plegaria por la seguridad del corazón espiritual de Bangkok. Aquí es donde el rey Rama XII anunció por primera vez que no abandonarían la ciudad a la crecida del mar. Ahora, el sonido de los monjes que rezan por la supervivencia de la ciudad se filtra a la calle, y una sensación de paz embarga a Jaidee. Se lleva las manos a la frente tres veces, uno más entre la miríada de ciclistas que hacen lo mismo.

Quince minutos más tarde aparece el Ministerio de Medio Ambiente, una serie de edificios con empinados tejados de tejas rojas que sobresalen entre los macizos de bambú, las tecas y los tamarindos. Vigilan el perímetro del ministerio unos altos muros blancos y representaciones de Garuda y Singha surcadas de viejas marcas de lluvia y ribeteadas de musgo y helechos.

Jaidee ha visto el complejo desde el aire, una foto entre un puñado de las realizadas por un dirigible que sobrevoló la ciudad cuando Chaiyanuchit aún dirigía el ministerio y la influencia de los camisas blancas era absoluta, cuando las plagas que asolaron la tierra barrían los cultivos a una velocidad tan asombrosa que nadie sabía si habría supervivientes.

Chaiyanuchit recordaba el nacimiento de las plagas. Pocas personas podían decir lo mismo. Cuando Jaidee era un joven recluta, había tenido la suerte de trabajar en el despacho del hombre, llevando comunicados.

Chaiyanuchit comprendía lo que estaba en juego, y lo que había que hacer. Cuando las fronteras debían cerrarse, cuando los ministerios debían aislarse, cuando Phuket y Chiang Mai debían saquearse, no vaciló. Cuando los brotes selváticos estallaron en el norte, quemó y quemó y quemó, y cuando despegó a bordo del dirigible de Su Majestad el Rey, Jaidee disfrutó del privilegio de viajar con él.

Llegados a aquellas alturas, su misión se reducía a recoger los cristales rotos. AgriGen, PurCal y los demás habían empezado a exportar semillas inmunes a las plagas y exigían unos precios exorbitantes, al tiempo que los piratas genéticos nacionales intentaban descifrar el código de los productos de las fábricas de calorías y se esforzaban por dar de comer al reino mientras Birmania, los vietnamitas y los jemerres sucumbían. AgriGen y los suyos amenazaban con el embargo alegando un incumplimiento de la ley de la propiedad

intelectual, pero el reino de Tailandia seguía con vida. Contra todo pronóstico, seguían con vida. Mientras otros perecían aplastados bajo los talones de las fábricas de calorías, el reino conservaba su fortaleza.

«¡Embargo!», se reía Chaiyanuchit. «¡Eso es precisamente lo que necesitamos! No queremos tener nada que ver con el mundo exterior.»

De modo que se habían erigido las murallas (aquellas que la crisis del petróleo no hubiera levantado todavía, aquellas que no se hubieran creado ya frente a la guerra civil y los refugiados hambrientos), un último juego de barreras para proteger al reino de los asaltos del mundo exterior.

Como joven recluta, a Jaidee le había impresionado el hervidero de actividad que era el Ministerio de Medio Ambiente. Los camisas blancas corrían de la oficina a la calle mientras intentaban seguir la pista de miles de amenazas. En ningún otro ministerio se respiraba el mismo aire de urgencia. Las plagas no esperaban a nadie. Un solo gorgojo pirateado que se descubriera en cualquier distrito de la periferia significaba un tiempo de respuesta medido en horas, y los camisas blancas se apresurarían a cruzar el campo a bordo de un tren de muelles percutores hasta el epicentro.

Las competencias del ministerio no dejaban de expandirse a pasos agigantados. Las plagas solo eran la última afrenta a la supervivencia del reino. Primero había sido el crecimiento del nivel del mar, la necesidad de construir diques y presas. Después, la supervisión de los contratos de suministro energético y la aprobación de los créditos de contaminación e infracciones climáticas. Los camisas blancas tomaron el testigo de la legislación que regulaba la extracción y la producción de metano. Después vino el control sanitario del pescado y de las acumulaciones de toxinas en el último bastión calórico del reino (menos mal que los fabricantes de calorías *farang* hacían gala de una mentalidad propia de los habitantes del interior y sus incursiones en el sector pesquero eran meramente simbólicas). Y también el seguimiento de las amenazas para la salud humana, los virus y las bacterias: el H7V9; la cibiscosis 111.b, c y d; la pelusa de *fa'gan*; las almejas de río agrias; y las mutaciones virales, que con tanta facilidad saltaban del agua salada a la costa; la roya... La lista de responsabilidades del ministerio no tenía fin.

Jaidee pasa por delante de una vendedora de plátanos. No puede resistir la tentación de apearse de la bicicleta de un salto para comprar uno. Se trata de una variedad nueva, procedente de la unidad de innovación rápida del ministerio. De crecimiento rápido y resistente a las termitas *makmak*, cuyos diminutos huevos negros acaban con las flores de bananero sin darles la menor oportunidad de desarrollarse. Pela el plátano y lo devora con glotonería mientras empuja la bicicleta, deseando disponer de más tiempo para disfrutar de un tentempié en condiciones. Tira la piel junto al enorme tronco de un tamarindo.

Todo lo que está vivo produce algún desperdicio. La acción de vivir genera costes, peligros y problemas de eliminación, por eso el ministerio se encuentra en el centro de toda la vida, mitigando, guiando y regulando los detritos del ciudadano medio además de investigando las infracciones de los codiciosos y los miopes, de quienes aspiran a conseguir beneficios rápidos y juegan con las vidas ajenas para conseguirlo.

El símbolo del Ministerio de Medio Ambiente es un ojo de galápagos, por su agudeza: representa la comprensión de que no hay nada rápido ni barato sin un precio escondido. Si hay quienes lo llaman el Ministerio de la Tortuga, si los chinos *chaozhou* maldicen a los camisas blancas tildándoles de «huevos de tortuga» porque no les permiten fabricar tantas motocicletas de muelles percutores como les gustaría, que así sea. Si los *farang* se burlan del galápagos por su lentitud, que así sea. El Ministerio de Medio Ambiente ha posibilitado que el reino subsista, y Jaidee no puede por menos de admirarse ante los logros que jalonan su historia.

Aun así, cuando Jaidee desmonta de la bicicleta frente a las puertas del ministerio, un hombre le lanza una mirada furibunda y una mujer gira la cabeza. Incluso en las afueras de su propio complejo (o quizá precisamente ahí), las personas a las que protege le dan la espalda.

Jaidee arruga la frente y pasa por delante de los guardias empujando la bicicleta.

El complejo sigue siendo un hervidero de actividad, y sin embargo ha cambiado mucho desde su ingreso. Hay humedad en las paredes y la presión de las enredaderas recubre de grietas algunas zonas del edificio. Un viejo árbol *bo* se apoya en una pared, enfermo, resaltando sus fracasos. Hace diez años que está así, pudriéndose. Indistinguible entre todas las demás cosas que también han muerto. Un aura de abandono envuelve el lugar, de jungla que intenta recuperar lo que en su día le fue arrebatado. Si no se eliminaran las enredaderas de los caminos, el ministerio desaparecería por completo. En otra época, cuando el ministerio era el héroe del pueblo, las cosas eran distintas. La gente se arrodillaba ante los agentes del ministerio, realizaba tres *khrah* en el suelo como si fueran monjes; sus uniformes blancos infundían respeto y adoración. Ahora, Jaidee ve a los civiles encogerse a su paso. Se encogen y huyen corriendo.

Es un matón, piensa con acritud. Un simple matón paseándose entre búfalos de agua, y aunque intenta tratarlos con delicadeza, una y otra vez se descubre esgrimiendo la vara del miedo. A todo el ministerio le ocurre lo mismo; al menos, a aquellos que todavía comprenden los peligros a los que se enfrentan, que todavía creen en la brillante línea blanca de protección que deben mantener.

«Soy un matón.»

Suspira y aparca la bicicleta enfrente de las oficinas administrativas, desesperadamente necesitadas de una mano de cal imposible de financiar con el presupuesto actual. Jaidee contempla el edificio y se pregunta si el ministerio está en crisis por culpa de querer abarcar demasiado, o debido a su fenomenal éxito. La gente ya no tiene miedo del mundo exterior. El presupuesto de Medio Ambiente se encoge de un año para otro, mientras que el de Comercio va en aumento.

Jaidee encuentra un asiento frente al despacho del general. Los camisas blancas que pasan por su lado se esfuerzan por fingir que no le ven. El hecho de estar esperando delante de la oficina de Pracha debería llenarlo de satisfacción. Que lo llamen ante alguien de alto rango no ocurre todos los días. Ha hecho algo bien, para variar. Un joven se acerca a él, vacilante. Hace un *wai*.

—¿*Khun* Jaidee? —Ante el asentimiento de Jaidee, el joven sonríe. Lleva el pelo muy corto y sus cejas son dos sombras apenas perceptibles; acaba de salir del monasterio—. *Khun*, esperaba que fuera usted.

Vacila antes de ofrecerle una tarjeta. Está pintada al antiguo estilo sukhothai y muestra a un luchador con el rostro cubierto de sangre, derribando a su contrincante en el ring. Pese a lo estilizado de sus rasgos, Jaidee no puede evitar sonreír al verlo.

—¿De dónde has sacado esto?

—Asistí al combate, *khun*. En la aldea. Solo era así de alto —levanta una mano hasta la cintura—, solo así, más o menos. Puede que más bajo. —Se ríe tímidamente—. Usted hizo que quisiera convertirme en luchador. Cuando Dithakar le derribó y su sangre estaba por todas partes, pensé que estaba acabado. Creía que no era lo bastante grande para él. Tenía los músculos... —Deja la frase en el aire.

—Lo recuerdo. Fue una buena pelea.

El joven sonríe.

—Sí, *khun*. Fabulosa. Pensé que yo también quería ser luchador.

—Y ahora mírate.



El chico se pasa la mano por el pelo rapado.

—Ah. En fin. Luchar es más difícil de lo que me imaginaba... pero... —Hace una pausa—. ¿Le importaría firmarla? La tarjeta. Por favor. Me gustaría dársela a mi padre. Todavía se emociona hablando de sus peleas.

Jaidee sonríe y firma.

—Dithakar no es el luchador más astuto al que me he enfrentado, pero tenía fuerza. Ojalá todos mis combates hubieran sido tan limpios.

—Capitán Jaidee —interrumpe una voz—. Si ha terminado ya con sus fans...

El joven hace un *wai* y sale corriendo. Jaidee se queda observándolo, pensando que tal vez no todas las nuevas generaciones estén echadas a perder. Quizá... Jaidee se vuelve para encararse con el general.

—No es más que un muchacho.

Pracha fulmina a Jaidee con la mirada. Jaidee sonríe.

—Y no es culpa mía si era buen luchador. El ministerio me patrocinó durante todos aquellos años. Creo que ganaron un montón de dinero y reclutas gracias a mí, *khun* general, señor.

—Déjate de «generales» y pamplinas. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo para eso. Pasa adentro.

—Sí, señor.

Pracha hace una mueca y apremia a Jaidee con un ademán.

—¡Adentro!

Pracha cierra la puerta y va a sentarse tras la enorme mesa de caoba. Sobre sus cabezas, un ventilador de manivela agita el aire sin mucho entusiasmo. La habitación, espaciosa, cuenta con unas ventanas con postigos abiertas a la luz sin exponerse directamente al sol. Las rendijas de las ventanas dan a los descuidados jardines del ministerio. En una pared se aprecian varios cuadros y fotografías, entre ellas una con la promoción de cadetes ministeriales de Pracha junto a otra de Chaiyanuchit, fundador del ministerio actual. También hay un retrato de Su Majestad la Reina Niña, diminuta y tremendamente vulnerable sentada en el trono, y en un rincón, un pequeño altar en honor de Buda, Phra Pikanet y Seub Nakhasathien, rodeado de incienso y margaritas.

Jaidee hace un *wai* ante el altar y se acomoda en una butaca de mimbre enfrente de Pracha.

—¿Dónde has conseguido esa foto de la clase?

—¿Qué? —Pracha mira hacia atrás—. Ah. Qué jóvenes éramos entonces, ¿verdad? Apareció entre las pertenencias de mi madre. La tuvo guardada todos estos años, metida en un armario. ¿Quién se iba a imaginar que la buena señora era tan romántica?

—Es agradable verla.

—Se te fue la mano en los amarraderos.

Jaidee vuelve a concentrarse en Pracha. Los boletines que cubren la mesa aletean con la brisa del ventilador de manivela: *Thai Rath*. *Kom Chad Luek*. *Phuchatkan Rai Wan*. Muchos de ellos muestran fotos de Jaidee en la portada.

—Los periódicos no opinan lo mismo.

Pracha frunce el ceño. Tira los papeles a un bidón de compostaje.

—A los periódicos les encantan los héroes. Venden ejemplares. No creas a los que te llaman tigre por enfrentarte a los *farang*. Los *farang* son la clave de nuestro futuro.

Jaidee indica con la cabeza el retrato de su mentor, Chaiyanuchit, colgado debajo de la imagen de la reina.

—No sé yo si él estaría de acuerdo.

—Los tiempos cambian, viejo amigo. Algunas personas están pidiendo tu cabeza a

gritos.

—¿Y se la vas a dar?

Pracha suspira.

—Jaidee, te conozco desde hace demasiado tiempo para esto. Sé que eres un luchador. Como también sé que tienes el corazón caliente. —Levanta una mano para atajar el intento de protesta de Jaidee—. Sí, tu corazón también es bueno, como tu nombre, pero aun así, *jai rawn*. No tienes ni una pizca de *jai yen*. Te encantan los conflictos. —Frunce los labios—. Por eso sé que si te amarro en corto, te rebelarás. Y si te castigo, también.

—Pues deja que siga comportándome como hasta ahora. Al ministerio le benefician los balas perdidas como yo.

—Tus acciones han ofendido a muchas personas. Y no solo a *farang* estúpidos. Hoy en día, los *farang* no son los únicos que transportan mercancías en dirigible. Nuestros intereses se extienden en todas direcciones. Los intereses de Tailandia.

Jaidee fija la mirada en el escritorio del general.

—No sabía que el Ministerio de Medio Ambiente necesitara el beneplácito de terceros para efectuar sus registros.

—Estoy intentando razonar contigo. Tengo un montón de tigres entre manos: la roya, el gorgojo, la guerra del carbón, los espías del Ministerio de Comercio, los tarjetas amarillas, las cuotas de invernadero, los brotes de *fa'gan*... Y tú te empeñas en añadir otro.

Jaidee levanta la cabeza.

—¿Quién es?

—¿A qué te refieres?

—¿Quién está tan enfadado que ha conseguido que te mees en los pantalones de esta manera? Pedirme que deje la lucha... Se trata de Comercio, ¿verdad? Alguien del Ministerio de Comercio te tiene cogido por las pelotas.

Pracha guarda silencio un instante.

—No sé quién es. Lo mejor será que tú tampoco lo sepas. No se puede combatir a un enemigo sin rostro. —Desliza una tarjeta por encima de la mesa—. Esto ha llegado hoy, por debajo de la puerta. —Sus ojos hacen presa en Jaidee y le impiden apartar la mirada—. Aquí mismo, en mi oficina. Dentro del complejo, ¿lo entiendes? Estamos infiltrados por completo.

Jaidee da la vuelta a la tarjeta.

Niwat y Surat son buenos chicos. Cuatro años y seis. Jovencitos. Luchadores. Niwat llegó a casa una vez con la nariz ensangrentada y los ojos iluminados, y le contó a Jaidee que había peleado con honor y que había sufrido una derrota contundente, pero pensaba entrenar y la próxima vez le daría su merecido a ese *heeya*.

Chaya se desespera con estas cosas. Acusa a Jaidee de llenarles la cabeza de quimeras. Surat sigue a Niwat y le anima, le dice que es imbatible. Le asegura que es un tigre. El mejor de todos. Que algún día será el rey de Krung Thep y les reportará honor a todos. Surat se considera entrenador y le sugiere a Niwat que pegue con más fuerza la próxima vez. A Niwat no le asustan los golpes. No le asusta nada. Tiene cuatro años.

Es en momentos así cuando a Jaidee se le parte el corazón. Solo una vez tuvo miedo cuando estaba en el ring de *muay thai*, pero en muchas ocasiones, trabajando, ha sentido pavor. El miedo forma parte de él. El miedo forma parte del ministerio. ¿Qué otra cosa sería capaz de cerrar fronteras, incendiar ciudades, sacrificar cincuenta mil gallinas y enterrarlas todas juntas bajo tierra limpia y una gruesa capa de sosa cáustica? Cuando se desató el virus de Thonburi, sus hombres y él recibieron unas mascarillas de papel de arroz que no constituían la menor protección y, armados con palas, llenaron fosas comunes de cadáveres aviarios mientras sus temores se arremolinaban a su alrededor como *phii*. ¿Era

posible que el virus hubiese llegado tan lejos en tan poco tiempo? ¿Seguiría extendiéndose? ¿Continuaría acelerando? ¿Era ese el virus que habría de acabar con todos ellos? Sus hombres y él permanecieron treinta días en observación mientras esperaban a la muerte, con el miedo por toda compañía. Jaidee trabaja para un ministerio incapaz de derrotar a todas las amenazas a las que se enfrenta; tiene miedo a todas horas.

No es luchar lo que le asusta, ni la muerte, sino la espera y la incertidumbre, y a Jaidee le parte el corazón que Niwat no sepa nada de los terrores que están al acecho, ahora que estos les rodean por completo. Hay tantas cosas que solo se pueden combatir esperando... Jaidee es una persona de acción. En el ring, combatía. Se ponía los amuletos de Seub bendecidos personalmente por Ajahn Nopadon en el Templo Blanco, y salía a la lona. Armado tan solo con su porra negra, le bastó con zambullirse en la multitud para sofocar los disturbios *nam* de Katchanaburi.

Y pese a todo, las únicas batallas que cuentan se libran esperando: cuando sus padres sucumbieron a la cibiscosis y escupieron la carne de los pulmones entre los dientes; cuando su hermana y la de Chaya vieron cómo se les hinchaban y agrietaban las manos con las protuberancias bulbosas del *fa'gan* antes de que el ministerio les robara el mapa genético a los chinos y produjera un remedio parcial. Todos los días rezaban a Buda, practicaban el desapego y esperaban que sus dos hermanas encontraran un renacimiento mejor que este, que convertía sus dedos en garrotes y les roía las articulaciones. Rezaban. Y esperaban.

A Jaidee le parte el corazón que Niwat no sepa lo que es el miedo, y que Surat le dé ánimos. Le parte el corazón ser incapaz de intervenir, y se maldice por ello. ¿Por qué tendría que destruir las fantasías de invencibilidad de un chiquillo? ¿Por qué él? Detesta el papel que le ha tocado en suerte.

En vez de eso, deja que sus hijos se le echen encima y ruge: «¡Ah, sois los hijos de un tigre! ¡Qué ferocidad! ¡Qué bravura!». Y los niños se crecen, ríen y vuelven a abalanzarse sobre él, y Jaidee les deja ganar y les enseña trucos aprendidos después del ring, los trucos que debe conocer un luchador de las calles, donde no hay rituales que rijan los combates y donde incluso los campeones tienen cosas que aprender. Les enseña a luchar, porque eso es lo único que sabe hacer. Y de todas formas lo otro, la espera, es algo para lo que jamás podría prepararles.

Estos son sus pensamientos mientras gira la tarjeta de Pracha, con el corazón en un puño, encogido como un trozo de piedra vuelto del revés, como si el mismo centro de su ser estuviera precipitándose al vacío, llevándose todas sus entrañas con él, dejándole vacío.

Chaya.

Aovillada contra una pared, con los ojos vendados, las manos atadas a la espalda, los tobillos inmovilizados frente a ella. En la pared, alguien ha escrito «con el mayor de los respetos al Ministerio de Medio Ambiente» en caracteres marrones que deben de estar pintados con sangre. Chaya tiene un morado en la mejilla. Luce el mismo *pha sin* de color azul que llevaba puesto cuando le preparó *gaeng kiew wan* para desayunar y se despidió de él con una sonrisa esa misma mañana.

Jaidee contempla fijamente la foto, aturdido.

Sus hijos son luchadores, pero no conocen esta guerra. Ni siquiera él sabe cómo responder a este asalto. Un enemigo sin rostro que estira el brazo para tocarle la garganta, que le acaricia la barbilla con una garra demoníaca y susurra «puedo hacerte daño» sin ni siquiera dar la cara, sin presentarse en ningún momento como su rival.

Al principio, la voz de Jaidee se niega a funcionar.

—¿Está viva? —consigue murmurar por fin, con voz ronca.

Pracha exhala un suspiro.

—No lo sabemos.

—¿Quién ha hecho esto?

—No lo sé.

—¡Seguro que sí!

—¡Si lo supiéramos, ya estaría a salvo! —Pracha se restriega la cara, furioso, y fulmina a Jaidee con la mirada—. ¡Hemos recibido tantas quejas de ti, de tantos frentes distintos, que no tenemos ni idea! Podría tratarse de cualquiera.

Un nuevo terror atenaza a Jaidee.

—¿Y mis hijos? —Se pone en pie de un salto—. Tengo que...

—¡Siéntate! —Pracha se abalanza sobre el escritorio y lo sujeta—. Hemos enviado hombres a la escuela. Tus hombres. Leales a nadie más que ti. Los únicos en los que podíamos confiar. Están bien. Van a escoltarlos hasta el ministerio. Tienes que mantener la cabeza fría y reconsiderar tu postura. Te conviene mantener esto en secreto. No queremos que nadie tome ninguna decisión precipitada. Queremos que Chaya vuelva con nosotros sana y salva. Si el asunto trasciende, alguien podría sentirse desprestigiado y el cadáver de Chaya aparecerá en pedazos ensangrentados, dalo por hecho.

Jaidee contempla fijamente la fotografía que yace aún encima de la mesa. Se pone en pie y empieza a deambular de un lado para otro.

—Tiene que haber sido Comercio. —Rememora la noche en los amarraderos, recuerda al hombre que los observaba a él y a sus camisas blancas desde el otro lado de las pistas de aterrizaje. Indiferente. Despreciativo. Escupiendo un chorro de areca como si fuera sangre antes de perderse de vista entre las sombras—. Ha sido Comercio.

—Podrían haber sido los *farang*, o el Señor del Estiércol; nunca le hizo gracia que te negaras a amañar los combates. Quizá haya sido otro padrino, algún *jao por* que haya perdido dinero en una operación de contrabando.

—Ninguno de ellos se rebajaría hasta este punto. Ha sido Comercio. Había un hombre...

—¡Silencio! —Pracha descarga un manotazo sobre la mesa—. ¡Cualquiera se rebajaría hasta este punto! Has hecho un montón de enemigos muy deprisa. Hasta un colega chaopraya del palacio ha venido a quejarse. Podría haber sido cualquiera.

—¿Me culpas de esto?

Pracha suspira.

—Buscar culpables no sirve de nada. Lo hecho, hecho está. Tú te has buscado enemigos, y yo te lo he permitido. —Apoya la cabeza en las manos—. Necesitamos que te disculpes en público. Algo para apaciguarlos.

—No.

—¿Que no? —Pracha suelta una amarga carcajada—. Olvídte de tu ridículo orgullo. —Acaricia la fotografía de Chaya—. ¿Qué crees que harán a continuación? No veíamos *heeya* así desde la Expansión. Dinero a toda costa. Riqueza a cualquier precio. —Hace una mueca—. En estos momentos, todavía estamos a tiempo de recuperarla. Pero si continúas... —Sacude la cabeza—. La ejecutarán, que no te quepa la menor duda. Son unos animales.

»Te disculparás públicamente por lo que hiciste en los amarraderos y serás degradado. Te transferirán, probablemente al sur, para controlar a los tarjetas amarillas y supervisar los internados. —Suspira y vuelve a contemplar la foto—. Si actuamos con muchísimo cuidado, y nos sonrío la suerte, puede que recuperes a Chaya.

»No me mires así, Jaidee. Si todavía estuvieras en el ring de *muay thai*, apostaría hasta el último baht por ti. Pero este combate es distinto. —Pracha se inclina hacia delante, implorando casi—. Por favor. Hazme caso. Deja que estos vientos te doblen.

¿Cómo iba a saber Hock Seng que los *tamade* amarraderos estarían cerrados? ¿Cómo iba a saber que todos sus sobornos habrían sido en vano por culpa del Tigre de Bangkok?

Hock Seng tuerce el gesto al recordar la reunión con el señor Lake. Encogido ante ese monstruo pálido como si se tratara de un dios, rindiendo pleitesía al tiempo que la criatura gritaba, maldecía y descargaba un diluvio de periódicos sobre su cabeza, todos ellos con Jaidee Rojjanasukchai en primera plana. El Tigre de Bangkok, otra plaga, peor que cualquiera de los demonios de los thais.

—*Khun...* —intentó protestar Hock Seng, pero el señor Lake lo atajó.

—¡Me dijiste que todo estaba arreglado! ¡Dame un motivo para que no te despida!

Hock Seng soportaba el asalto con estoicismo, obligándose a no contraatacar. Intentando mostrarse razonable.

—*Khun*, todo el mundo ha perdido materiales. Esto es obra de Carlyle e Hijos. El señor Carlyle está demasiado vinculado al ministro de Comercio Akkarat. Siempre está provocando a los camisas blancas. Insultándoles constantemente...

—¡No cambies de tema! Los tanques de algas deberían haber salido de aduanas la semana pasada. Me aseguraste que habías pagado los sobornos. Y ahora descubro que estabas quedándote con el dinero. El responsable no es Carlyle, sino tú. Tú tienes la culpa.

—*Khun*, fue el Tigre de Bangkok. Es una catástrofe natural. Un terremoto, un tsunami. No puede criticarme por no saber...

—Estoy harto de mentiras. ¿Crees que porque sea *farang* también soy imbécil? ¿Que no veo cómo manipulas los libros? ¿Tus tejemanejes, tus mentiras, tus artimañas...?

—No soy un embustero.

—¡Me traen sin cuidado tus explicaciones y tus excusas! ¡Tus palabras me importan una mierda! Me da igual lo que digas. Lo que digas, lo que pienses y lo que sientas. Solo me importan los resultados. Tienes un mes para aumentar la productividad de la línea en un cuarenta por ciento si no quieres volver a las torres de los tarjetas amarillas. Tú eliges. Un mes antes de que te ponga de patitas en la calle de una patada en el culo y me busque otro gerente.

—*Khun...*

—¿Está claro?

Hock Seng fijó la mirada glacial en el suelo, alegrándose de que la criatura no pudiera ver su expresión.

—Por supuesto, *xiansheng* Lake, entendido. Haré lo que dice.

Antes incluso de que terminara de hablar, el demonio extranjero salió del despacho, dejando atrás a Hock Seng. El insulto era tan flagrante que Hock Seng contempló la posibilidad de derramar ácido en la enorme caja fuerte y robar sin más los planos de la fábrica. Presa de una rabia incontenible, llegó hasta los armarios de suministros antes de que la sensatez lo frenara.

Si la fábrica sufría algún daño, o si robaban la caja fuerte, todas las sospechas recaerían primero sobre él. Y si espera forjarse una vida alguna vez en este nuevo país, no puede permitirse el lujo de añadir más borrones a su nombre. Los camisas blancas necesitan pocas excusas para revocar una tarjeta amarilla, para mandar a un mendigo chino al otro lado de la frontera de un puntapié y dejarlo en manos de los fundamentalistas. Debe armarse de paciencia. Debe sobrevivir un día más en esta *tamade* fábrica.

De modo que Hock Seng espolea a los trabajadores, aprueba reparaciones que consumen más dinero, utiliza incluso sus propias reservas de efectivo, tan ingeniosamente camufladas, para untar a las autoridades e impedir que las exigencias del señor Lake se recrudezcan, para que el *tamade* demonio extranjero no le destruya. Realizan ensayos con la línea, reciclan eslabones de cadena viejos, peinan la ciudad en busca de teca que reutilizar para el tambor de bobinado.

Le pide a Chan el Risueño que ofrezca una recompensa a todos los tarjetas amarillas de la ciudad que hayan escuchado cualquier posible rumor sobre antiguos edificios de la Expansión que se hayan derrumbado, revelando así elementos estructurales dignos de ser rescatados. Cualquier cosa que les permita llevar la línea al límite de su capacidad de producción antes de que se desaten los monzones y sea practicable el transporte fluvial de las nuevas ruedas de teca.

La frustración hace que Hock Seng rechine los dientes. Todo está tan cerca de dar sus frutos... Y sin embargo, su supervivencia depende de una línea que no ha funcionado nunca y de unas personas que jamás han conocido el éxito. La situación es tan desesperada que Hock Seng se siente tentado de ejercer un poco de presión por su parte. De decirle al *tamade* diablo que conoce algunos detalles de la vida extracurricular del señor Lake, gracias a los informes de Lao Gu. Que está al corriente de todos los lugares que ha visitado, de sus viajes a las bibliotecas y a los hogares más emblemáticos de Bangkok. De su fascinación por las semillas.

Y ahora esto, lo más extraño y asombroso de todo. La noticia que envió a Lao Gu corriendo en busca de Hock Seng en cuanto se produjo. Una chica mecánica. Un montón de escoria genética ilegal. Una muchacha a la que el señor Lake agasaja como si la transgresión le embotara los sentidos. Lao Gu susurra que el señor Lake se lleva a la criatura a la cama. Repetidamente. Que bebe los vientos por ella.

Increíble. Asqueroso.

Útil.

Pero se trata de un arma que emplear como último recurso, si el señor Lake intenta expulsarlo realmente de la fábrica. Lao Gu resulta más práctico observando, escuchando y recabando información que descubierto y despedido. Cuando Hock Seng contrató los servicios de Lao Gu, lo hizo pensando precisamente en una oportunidad como esta. No debe desperdiciar su ventaja en un ataque de ira. Por ese motivo, aunque le ardan las mejillas como si le hubieran tirado al suelo, Hock Seng se desvive por complacer al demonio extranjero.

Arruga el entrecejo y cruza la planta de la fábrica, siguiendo a Kit hasta otro foco de quejas. Problemas. Los problemas nunca tienen fin.

Les envuelven los ecos de la actividad de las reparaciones. Se ha arrancado del suelo y vuelto a instalar la mitad de la cadena de tracción. Nueve monjes budistas entonan cánticos sin cesar al fondo del edificio, extendiendo por todas partes el sagrado hilo que los thais llaman *saisin* e implorando a los espíritus que infestan el lugar —la mitad de ellos seguramente *phii* de la Contracción enfurecidos por la colaboración de los tailandeses con los *farang*—, rogándoles que permitan que la fábrica funcione correctamente. Hock Seng hace una mueca al ver a los monjes y recordar los gastos en que está incurriendo.

—¿Y ahora dónde está el problema? —pregunta Hock Seng mientras se escurren entre las fresadoras y se agachan para pasar por debajo de la cadena.

—Aquí, *khun*. Se lo enseñaré —responde Kit.

El tufo cálido y salobre de las algas se torna más espeso, una pestilencia húmeda que flota pesadamente en el aire. Kit señala los tanques donde las algas cuelgan en goteantes hileras, tres decenas de contenedores de cultivo abiertos. Las aguas están

impregnadas de la viscosa espuma verde propia de las algas fértiles. Una de las empleadas de la fábrica rastrilla la superficie de los tanques con una red, retirando la espuma. Embadurna con ella una pantalla del tamaño de una persona antes de izarla con ayuda de unas cuerdas de cáñamo que cuelgan sobre sus cabezas junto a cientos de paneles similares.

—Se trata de los tanques —dice Kit—. Están contaminados.

—¿Sí? —Hock Seng pasea la mirada por los tanques y disimula la repugnancia que le inspiran—. ¿Dónde está la complicación?

En los tanques más sanos, la espuma presenta un espesor de veinte centímetros, un verde manto vibrante y mullido de clorofila. De ellos emana una fragancia voluptuosa, el perfume del agua marina y la vida. El agua cae en regueros por los costados de los tanques translúcidos, finas vetas que mojan el suelo y dejan flores blancas de sal al evaporarse. Por los canales de desagüe se escurren serpentinatas de algas aún con vida, hasta unas rejillas de hierro, detrás de las cuales se pierden de vista en la oscuridad.

ADN de cerdo y algo más... lino, cree recordar Hock Seng. El señor Yates siempre había pensado que el secreto de estas algas estribaba en el lino. Que por eso producían una espuma tan especial. Pero a Hock Seng siempre le habían gustado las proteínas porcinas. Los cerdos dan suerte. Por tanto, lo mismo debería ocurrir con las algas. Sin embargo, a pesar de todo su potencial, no traen nada más que problemas.

Kit esboza una sonrisa nerviosa mientras le enseña a Hock Seng que los niveles de producción de algas se han reducido en varios de los tanques, cuya espuma presenta un color extraño y desprende un olor a pescado, algo más parecido al paté de gambas que a la frondosa fragancia salobre de los tanques más activos.

—Banyat dijo que no deberían usarse. Que deberíamos esperar hasta que llegaran los recambios.

Hock Seng se ríe con voz ronca y sacude la cabeza.

—No vamos a recibir ningún recambio. No si el Tigre de Bangkok continúa quemando todo lo que llegue a los amarraderos. Tendrás que apañarte con lo que hay.

—Pero están contaminados. Hay vectores potenciales. El problema podría extenderse a los demás tanques.

—¿Estás seguro?

—Banyat dijo...

—Banyat se metió debajo de un megodonte. Y como no conseguimos que esta línea se ponga en marcha cuanto antes, el *farang* dejará que todos nos muramos de hambre.

—Pero...

—¿Crees que no hay otros cincuenta thais dispuestos a hacer tu trabajo? ¿O mil tarjetas amarillas?

Kit cierra la boca. Hock Seng asiente con gesto sombrío.

—Consigue que esta línea funcione.

—Si los camisas blancas realizan una inspección, verán que los tanques están sucios. —Kit pasa un dedo por la espuma gris que ribetea el borde de uno de los tanques—. Esto no debería ser así. Las algas tendrían que brillar mucho más. Sin tantas burbujas.

Hock Seng frunce el ceño y estudia los tanques.

—Como no pongamos la línea en funcionamiento, nos moriremos todos de hambre. —Se dispone a añadir algo más, pero en ese momento la pequeña Mai irrumpe corriendo en la sala.

—*Khun*. Ha llegado un hombre preguntando por usted.

Hock Seng le lanza una mirada de impaciencia.

—¿Se trata de alguien con información sobre un tambor nuevo? ¿Un tronco de teca arrancado del *bot* de algún templo, a lo mejor? —Mai abre la boca y vuelve a cerrarla,

consternada ante la blasfemia, pero a Hock Seng le da igual—. Si ese hombre no viene con una rueda de tracción, no tengo tiempo para él. —Se vuelve hacia Kit—. ¿No se pueden drenar y limpiar los tanques?

Kit se encoge de hombros, reticente a comprometerse.

—Podría intentarse, *khun*, pero Banyat dijo que no podríamos empezar completamente de cero a menos que contáramos con cultivos de nutrientes nuevos. De lo contrario nos veríamos obligados a reutilizar los cultivos surgidos de estos mismos tanques, y el problema probablemente se repetiría.

—¿No podemos colar la espuma? ¿Filtrarla de alguna manera?

—Es imposible sanear por completo los tanques y los cultivos. Tarde o temprano se formará un vector. Y el resto de los tanques se contaminarán.

—¿Tarde o temprano? ¿Eso es todo? ¿Tarde o temprano? —Hock Seng frunce el ceño—. «Tarde o temprano» me trae sin cuidado. Lo que me interesa es este mes. Si la fábrica no produce, no tendremos ocasión de preocuparnos por este «tarde o temprano» tuyo. Habrás vuelto a Thonburi y estarás escarbando entre tripas de pollo, esperando no contraer la gripe, y yo estaré otra vez en una de las torres de tarjetas amarillas. No te preocupes por lo que pueda ocurrir mañana. Preocúpate de que el señor Lake no nos eche a la calle hoy. Pon imaginación. Averigua la manera de conseguir que estas *tamade* algas se reproduzcan.

No por primera vez, maldice el tener que trabajar con thais. Sencillamente carecen del espíritu emprendedor con que cualquier chino se volcaría en su trabajo.

—¿*Khun*?

Otra vez Mai, que no se había ido. Se encoge ante la mirada con que la fulmina Hock Seng.

—El hombre ha dicho que esta es su última oportunidad.

—¿Mi última oportunidad? Enséñame a ese *heeya*. —Hock Seng se dirige a la planta principal hecho una furia, apartando a empujones las cortinas de las salas de troquelado. En la habitación principal, donde los megodontes empujan las ruedas de transmisión quemando unas calorías que sencillamente no tienen, Hock Seng frena en seco, quitándose hebras de algas de las manos, sintiéndose como un idiota aterrado.

En el centro de la fábrica, como un brote de cibicosis en pleno Festival de la Primavera, se yergue Follaperros, absorto en los chirridos y los traqueteos de la línea de Control de Calidad, donde se suceden los ensayos. Huesos Viejos, Ma Caracaballo y Follaperros. Todos ellos ahí plantados, con total confianza. Follaperros, con su pelusa de *fa'gan* y su nariz ausente, y sus colegas matones, *nak leng* sin escrúpulos, sin la menor simpatía hacia los tarjetas amarillas y sin el menor respeto hacia la policía.

Es por pura casualidad que el señor Lake está arriba, revisando los libros; por pura casualidad que la pequeña Mai ha acudido directamente a él y no al demonio extranjero. Mai corre frente a él, conduciéndolo a su futuro.

Hock Seng indica por señas a Follaperros que se reúna con él lejos de las ventanas de observación de la planta alta, pero Follaperros afianza los pies, obstinado, y continúa estudiando la línea traqueteante y el pesado deambular de los megodontes.

—Impresionante —comenta—. ¿Aquí es donde producís vuestros fabulosos muelles percutores?

Hock Seng le lanza una mirada iracunda y le indica que salga de la fábrica.

—No deberíamos tener esta conversación aquí.

Follaperros hace oídos sordos. Sus ojos están puestos en las oficinas y en las ventanas de observación. Las contempla atentamente.

—¿Y ahí es donde trabajas? ¿Ahí arriba?



—No por mucho tiempo, como te vea un *farang* que yo me sé. —Hock Seng se obliga a esbozar una sonrisa complaciente—. Por favor. Sería mejor que saliéramos. Tu presencia levanta sospechas.

Follaperros se queda inmóvil durante largo rato, sin dejar de mirar las oficinas. Hock Seng tiene la enervante impresión de que es capaz de ver a través de las paredes, de que ha encontrado la gran caja fuerte que contiene sus valiosos secretos.

—Por favor —musita Hock Seng—. Los trabajadores ya tienen más que de sobra para hablar de esto.

El gángster se vuelve de repente e indica con la cabeza a sus hombres que le sigan. Hock Seng reprime una oleada de alivio mientras aprieta el paso detrás de ellos.

—Alguien quiere verte —dice Follaperros, con un ademán en dirección a las puertas exteriores.

El Señor del Estiércol. Precisamente ahora. Hock Seng echa un vistazo de reojo a la ventana de observación. El señor Lake se enfadará con él si se marcha.

—Sí. Por supuesto. —Hock Seng hace un movimiento en dirección al despacho—. Tengo que ordenar unos papeles, no tardo nada.

—Ahora —replica Follaperros—. Nadie le hace esperar. —Le indica a Hock Seng que le siga—. Ahora o nunca.

Hock Seng titubea, indeciso, antes de llamar por señas a Mai. La niña se acerca corriendo mientras Follaperros encabeza la comitiva en dirección a las puertas. Hock Seng se agacha y susurra:

—Dile a *khun* Anderson que no volveré... que se me ha ocurrido dónde conseguir un nuevo tambor de bobinado. —Asiente bruscamente—. Sí. Dile eso. Un tambor de bobinado.

Mai inclina la cabeza y empieza a darse la vuelta, pero Hock Seng la sujeta y la acerca hacia él.

—Acuérdate de hablar despacio y de usar palabras sencillas. No quiero que el *farang* me ponga de patitas en la calle por no haberte entendido bien. Como me quede sin trabajo yo, tú también. No lo olvides.

En los labios de Mai se dibuja una sonrisa.

—*Mai pen rai*. Le pondré muy contento diciéndole cuánto trabaja usted. —Regresa corriendo al interior de la fábrica.

Follaperros sonrío por encima del hombro.

—Y yo que pensaba que solo eras el rey de los tarjetas amarillas. Por si fuera poco, también tienes a una encantadora chiquilla tailandesa haciendo cuanto le pides. No está mal para un Rey de los Tarjetas Amarillas.

Hock Seng pone cara larga.

—Rey de los Tarjetas Amarillas no es un título precisamente apetecible.

—Señor del Estiércol tampoco —responde Follaperros—. Los nombres son muy engañosos. —Pasea la mirada por el complejo—. No había estado nunca en una fábrica *farang*. Impresionante. Aquí hay un montón de dinero.

Hock Seng esboza una sonrisa forzada.

—Los *farang* despilfarran como posesos.

La atención de los trabajadores que están observándolo le provoca un hormigueo en la nuca. Se pregunta cuántos de ellos deben de conocer a Follaperros. Por una vez se alegra de que no haya más tarjetas amarillas chinos empleados en la fábrica. Se darían cuenta inmediatamente de con quién está hablando. Hock Seng se obliga a reprimir la rabia y el temor que le produce sentirse expuesto. Es de esperar que Follaperros quiera hacerle sentir incómodo. Forma parte del proceso de negociación.

«Eres Tan Hock Seng, líder de las Nuevas Tres Velas. No te dejes impresionar por unas tretas tan pueriles.»

Este mantra de confianza en sí mismo dura hasta que llegan a las rejillas. Hock Seng se detiene en seco.

Follaperros se ríe mientras le abre la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Es la primera vez que ves un coche?

Hock Seng contiene el impulso de abofetear al matón por su arrogancia y su estupidez.

—Eres un imbécil —masculla—. ¿Sabes de qué manera me expone esto? ¿Cómo hablará la gente de una extravagancia así, aparcada delante de la fábrica?

Se agacha para subir al vehículo. Follaperros monta detrás de él, sin dejar de sonreír. El resto de sus hombres se apelotonan a continuación. Huesos Viejos da una orden al chófer. El motor del vehículo se enciende con un retumbo. Empiezan a rodar.

—¿Funciona con gasóleo? —pregunta Hock Seng, susurrando sin poder evitarlo.

Follaperros sonríe.

—El jefe hace tanto por la industria del carbón... —Se encoge de hombros—. Es un capricho sin importancia.

—Pero el coste... —Hock Seng deja la frase flotando en el aire. El coste exorbitante de acelerar esta mole de acero. Un despilfarro increíble que da fe de los monopolios del Señor del Estiércol. A Hock Seng jamás se le hubiera pasado por la cabeza incurrir en semejante extravagancia, ni siquiera en su época de mayor riqueza en Malaca.

A pesar del calor que hace dentro del coche, siente un escalofrío. Un aura de solidez primigenia envuelve el vehículo, tan pesado y voluminoso que podría tratarse de un tanque. Es como si estuviera encerrado en una de las cajas fuertes de SpringLife, aislado del mundo exterior. Le atenaza la claustrofobia.

Follaperros sonríe mientras Hock Seng pugna por controlar sus emociones.

—Espero que no me hagas perder el tiempo.

Hock Seng se obliga a sostener la mirada de Follaperros.

—Creo que preferirías que fracasara.

—Tienes razón. —Follaperros se encoge de hombros—. Si dependiera de mí, habríamos dejado morir a los de tu clase al otro lado de la frontera.

El coche acelera, incrustando a Hock Seng en el asiento de cuero.

Tras las ventanas, Krung Thep se desliza como un paisaje alienígena: multitudes de tez tostada por el sol, animales de tiro cubiertos de polvo y bicicletas como bancos de peces. Todas las miradas se posan en el vehículo, que avanza como una exhalación. Las bocas se abren, inaudibles, mientras la gente grita y señala con el dedo.

La velocidad es sobrecogedora.

Los tarjetas amarillas se arremolinan alrededor de las entradas de las torres, chinos malayos que se esfuerzan por aparentar ilusión mientras esperan ofertas de trabajo evaporadas ya con el calor de la tarde. Y pese a todo intentan mostrarse llenos de vitalidad, probar que sus brazos huesudos contienen calorías de sobra; solo hace falta que alguien les permita quemarlas.

Todo el mundo se queda pasmado cuando llega el coche del Señor del Estiércol. Cuando se abre la puerta, la gente se postra de rodillas, atónita, prodigando *khrebs* de sumisión, triples reverencias para el benefactor que les proporciona un techo, el único habitante de Krung Thep que arrima voluntariamente el hombro con ellos, que les concede un ápice de seguridad frente a los machetes rojos de los malacos y las porras negras de los camisas blancas.

Hock Seng pasea la mirada por las espaldas de los tarjetas amarillas, preguntándose

si conoce a alguien, sorprendido momentáneamente por no contarse entre ellos y ejecutar su propio *khrah* de pleitesía.

Follaperros se adentra en las tinieblas de la torre. De las plantas superiores llegan ecos de ratas que se escabullen y el olor de cuerpos sudorosos hacinados. Frente al hueco de un ascensor sin puertas, abre la tapa de un tubo acústico de bronce deslustrado y grita una orden brusca. Esperan, observándose: Follaperros, aburrido; Hock Seng, disimulando su nerviosismo. Se produce un traqueteo sobre sus cabezas, chasquidos de engranajes, chirridos del hierro contra la piedra. Aparece el ascensor.

Follaperros abre la reja y monta en él. La mujer que opera los mandos del ascensor suelta el freno y grita algo al tubo acústico antes de volver a cerrar la puerta. Follaperros sonrío al otro lado de los barrotes.

—Espera aquí, tarjeta amarilla. —A continuación, se eleva hasta perderse de vista en la oscuridad.

Un minuto después, los encargados de los contrapesos aparecen en el pozo secundario. Apretujándose, salen del ascensor y corren hacia la escalera en manada. Uno de ellos repara en Hock Seng. Su aspecto le confunde.

—No hay más plazas. Con nosotros ya tiene bastante.

Hock Seng menea la cabeza.

—No. Claro que no —murmura, pero los hombres se alejan ya escaleras arriba; sus sandalias resuenan mientras se dirigen a las alturas para realizar un nuevo salto con el lastre.

Desde su posición en el interior del edificio, el fulgor de los trópicos es un rectángulo lejano salpicado de refugiados que contemplan la calle sin nada que hacer ni adónde ir. Un puñado de tarjetas amarillas deambulan por los pasillos arrastrando los pies. Llantos de bebé; sus vocécitas resuenan en el cemento caliente. En alguna parte, en las alturas, se oyen gruñidos sexuales. La gente folla en los pasillos como animales, a la vista de todos, porque la intimidad es algo inalcanzable. Qué familiar resulta todo. Es asombroso que una vez viviera en este mismo edificio, que morara en esta misma perrera.

Se desgranán los minutos. Puede que el Señor del Estiércol haya cambiado de parecer. Follaperros debería haber vuelto ya. Hock Seng percibe movimiento por el rabillo del ojo y da un respingo, pero no es más que una sombra.

A veces sueña que los pañuelos verdes se han convertido en cheshires, que pueden desmaterializarse y reaparecer donde menos se lo espera: mientras se echa agua por encima de la cabeza durante el baño, mientras come un cuenco de arroz, mientras se acuclilla en la letrina... Sencillamente surgen de la nada, destellantes, lo agarran, lo destripan y pasean su cabeza empalada por las calles a modo de advertencia. Igual que hicieron con Flor de Jade y con la hermana mayor de su primera esposa. Igual que hicieron con sus hijos...

El ascensor traquetea. Follaperros desciende un momento después. La operaria se ha ido, y ahora es la mano de Follaperros la que acciona el sistema de frenado.

—Bien. No te has ido.

—No me asusta este sitio.

Follaperros le mira con aprobación.

—No. Por supuesto. Saliste de aquí, ¿no? —Desmonta y hace un gesto en dirección a la penumbra de la torre. Unos guardias se materializan donde Hock Seng pensaba que solo había sombras. Se obliga a no soltar un gritito, pero aun así Follaperros repara en su estremecimiento. Sonríe—. Cacheadlo.

Unas manos palpan las costillas de Hock Seng, se deslizan por sus piernas, sopesan sus genitales. Cuando los guardias terminan, Follaperros indica a Hock Seng que suba al ascensor. Tras calcular su peso a ojo, grita una orden al tubo acústico.

Desde las alturas se filtra el estrépito de los hombres que montan en la jaula de contrapeso. Empiezan a ascender al instante, deslizándose entre las capas del infierno. El calor se recrudece. El corazón del edificio, expuesto a toda la fuerza del sol tropical, es un horno.

Hock Seng recuerda cuando dormía en estas escaleras, esforzándose por respirar mientras los cuerpos de los demás refugiados hedían y se revolvían a su alrededor. Recuerda cuando el ombligo le tocaba el espinazo. De pronto, por sorpresa, recuerda la sangre en sus manos, cálida y viva. Otro tarjeta amarilla igual que él, tendiéndole los brazos, implorando ayuda, mientras Hock Seng hundía el borde afilado de una botella de whisky en su garganta.

Cierra los ojos, exorcizando el recuerdo.

«Te morías de hambre. No había otra opción.»

Pero eso no impide que incluso a él le cueste creerlo.

Continúan subiendo. Le acaricia un soplo de brisa. La temperatura desciende. En el aire se mezclan las fragancias del hibisco y los cítricos.

Un pasillo abierto pasa como una exhalación ante sus ojos: un paseo expuesto al aire de la ciudad, jardines cuidados, amplias balconadas ribeteadas de limeros. Hock Seng piensa en la cantidad de agua que habrá que acarrear hasta allí arriba. Piensa en las calorías que deben de consumirse, y en la persona que tiene acceso a semejante poder. Resulta emocionante y aterrador al mismo tiempo. Está cerca. Muy cerca.

Llegan a lo alto del edificio. La ciudad se extiende ante ellos como un manto bañado por el sol. Las agujas de oro del palacio donde la Reina Niña tiene su corte y el somdet chaopraya mueve los hilos, el *chedi* del templo de Mongkut en su colina, lo único que sobrevivirá si fallan los diques. Los escombros de las espiras de la antigua Expansión. Y alrededor de todo ello, el mar.

—La vista es excelente, ¿verdad, tarjeta amarilla?

En la otra punta del espacioso tejado se ha erigido un pabellón blanco que ondea suavemente movido por la brisa salobre. A su sombra, en una silla de mimbre, se encuentra repantigado el Señor del Estiércol. El hombre está gordo. Más gordo que nadie que haya visto Hock Seng desde que Pearl Koh, en Malaca, pusiera cerco al tráfico de durios inmunes a la roya. Quizá no tanto como Ah Deng, que regentaba un puesto de dulces en Penang, pero aun así, el hombre es increíblemente obeso, dadas las privaciones impuestas por el ahorro de calorías.

Hock Seng se acerca despacio, hace un *wai*, bajando la cabeza hasta tocarse el pecho con la barbilla, y junta las palmas por encima de la cabeza en señal de respeto.

El gordo mira a Hock Seng.

—¿Quieres hacer negocios conmigo?

Hock Seng siente cómo se le forma un nudo en la garganta. Asiente con la cabeza. El hombre aguarda, paciente. Un criado trae café frío con azúcar y se lo ofrece al Señor del Estiércol, que prueba un sorbo.

—¿Tienes sed? —pregunta.

Hock Seng tiene la presencia de ánimo de negar con la cabeza. El Señor del Estiércol se encoge de hombros. Bebe otro sorbo. No dice nada. Cuatro criados uniformados de blanco se acercan trabajosamente, cargados con una mesa cubierta con un mantel. La depositan delante de él. El Señor del Estiércol apunta con la barbilla a Hock Seng.

—Venga, no te andes con remilgos. Come. Bebe.

Le acercan una silla. El Señor del Estiércol le ofrece a Hock Seng fideos anchos U-  
Tex fritos y una ensalada de cangrejo y papaya verde, todo ello aderezado con *laab mu*,

gaeng gai y U-Text al vapor, además de una bandeja de rodajas de papaya.

—No tengas miedo. El pollo es de última generación y las papayas están recién cogidas, de la plantación que poseo en el este. Ni rastro de roya en las dos últimas temporadas.

—¿Cómo...?

—Quemamos todos los árboles que presenten síntomas, y los de alrededor. Además, hemos ampliado el perímetro de seguridad hasta los cinco kilómetros. Eso, unido a la esterilización con ultravioletas, parece que basta.

—Ah.

El Señor del Estiércol indica con un ademán el pequeño muelle percutor que hay encima de la mesa.

—¿Un gigajulio?

Hock Seng asiente.

—¿Y los vendes?

Hock Seng niega con la cabeza.

—La forma de fabricarlos.

—¿Qué te hace pensar en mí como comprador?

Hock Seng se encoge de hombros, obligándose a disimular su nerviosismo. En el pasado, este tipo de negociaciones eran pan comido para él. Su segunda piel. Pero entonces no estaba desesperado.

—Si no es usted, serán otros.

El Señor del Estiércol asiente con la cabeza. Apura el café. Uno de los criados vuelve a llenar la taza.

—¿Y por qué acudes a mí?

—Porque usted es rico.

Eso consigue que el Señor del Estiércol se carcajee. A punto está de escupir el café. Su barriga se ondula y todo su cuerpo se estremece. Los criados se quedan paralizados, atentos. Cuando por fin logra controlar el ataque de risa, el Señor del Estiércol se seca los labios y menea la cabeza.

—Buena respuesta. —Su sonrisa se desvanece—. Pero también soy peligroso.

Hock Seng entierra el nerviosismo que siente y decide hablar sin andarse por las ramas.

—Cuando el resto del reino rechazaba a los de nuestra clase, usted nos acogió. Ni siquiera nuestro propio pueblo, los chinos tailandeses, se mostraron tan generosos. Su Alteza Real se apiadó y nos permitió cruzar la frontera, pero fue usted quien nos dio cobijo.

El Señor del Estiércol se encoge de hombros.

—De todas formas, nadie usa las torres.

—Y sin embargo, usted fue el único que nos mostró compasión. Un país entero lleno de budistas, y solo usted nos acogió en vez de obligarnos a regresar al otro lado de la frontera. De no ser por usted, ahora yo estaría muerto.

El Señor del Estiércol se queda mirando a Hock Seng un momento.

—A mis consejeros no les hizo gracia. Decían que me distanciaría de los camisas blancas. Que me granjearía la enemistad del general Pracha y podría poner en peligro incluso mi control sobre los contratos de metano.

Hock Seng asiente.

—Solo usted era lo bastante influyente como para correr ese riesgo.

—¿Y qué pides a cambio de este prodigio tecnológico?

Hock Seng endereza la espalda.

—Un barco.

El Señor del Estiércol arquea las cejas, sorprendido.

—¿No quieres dinero? ¿Ni jade? ¿Ni opio?

Hock Seng niega con la cabeza.

—Un barco. Un clíper rápido, de diseño Mishimoto. Dado de alta y con permiso para transportar mercancías al reino y hasta la otra orilla del mar de la China Meridional. Bajo la protección de Su Majestad la Reina... —Aguarda un instante—. Y con su mecenazgo.

—Vaya. Qué tarjeta amarilla más listo. —El Señor del Estiércol sonrío—. Y yo que pensaba que tu gratitud era sincera.

Hock Seng se encoge de hombros.

—Usted es el único que posee la influencia necesaria para otorgar esa clase de permisos y avales.

—O lo que es lo mismo, el único que puede investir de legitimidad a un tarjeta amarilla. El único que puede convencer a los camisas blancas para que permitan que un tarjeta amarilla se convierta en un comerciante honrado.

—Su sindicato proporciona luz a la ciudad —responde Hock Seng sin pestañear—. Su influencia es incomparable.

De improviso, el Señor del Estiércol se pone en pie con gran esfuerzo.

—Sí. Bueno. Eso es verdad. —Da media vuelta y cruza el patio pesadamente hasta el borde de la terraza, con las manos a la espalda, contemplando la ciudad a sus pies—. Sí. Supongo que todavía hay hilos que puedo mover. Ministerios en los que puedo influir. —Se da la vuelta—. Pides mucho.

—Lo que ofrezco es aún más.

—¿Y si se lo vendes a más de uno?

Hock Seng niega con la cabeza.

—No necesito una flota. Solo un barco.

—Tan Hock Seng, empeñado en reconstruir su imperio mercantil aquí, en el reino de Tailandia. —El Señor del Estiércol se vuelve de repente—. Quizá ya se lo hayas vendido a otro.

—Juro que no, es lo único que puedo hacer.

—¿Estarías dispuesto a jurarlo por tus antepasados? ¿Por los fantasmas de tu familia que deambulan hambrientos por Malaca?

Hock Seng se revuelve nervioso.

—Sí.

—Quiero ver esa tecnología tan fabulosa.

Hock Seng levanta la cabeza sorprendido.

—¿Todavía no ha empezado a darle cuerda?

—¿Por qué no me haces una demostración ahora?

Hock Seng sonrío de oreja a oreja.

—¿Teme que se trate de algún tipo de trampa? ¿De una bomba de cuchillas, tal vez? —Se ríe—. No me gustan los juegos. Solo he venido a hacer negocios. —Mira a su alrededor—. ¿Tiene algún tensador? Veamos cuántos julios es capaz de imprimirle. Dele cuerda y verá. Pero tenga cuidado. No es tan resistente como los muelles normales, debido a la fuerza de torsión que genera. No se puede caer. —Señala a uno de los criados—. Tú, mete este muelle en la rueda de transmisión, a ver cuántos julios eres capaz de imprimirle.

El criado parece indeciso. El Señor del Estiércol le da permiso con un ademán. La brisa marina acaricia el jardín elevado mientras el joven coloca el muelle percutor en su rueda y monta en la bicicleta de transmisión.

Una nueva preocupación atenaza a Hock Seng de repente. Había confirmado con

Banyat que se llevaba uno de los muelles buenos, que había pasado el control de calidad, no como los que siempre fallaban y se rompían en cuanto empezaban a girar. Banyat le aseguró que debía coger uno de un montón en concreto. Pero ahora, mientras el criado se dispone a accionar los pedales, le asaltan las dudas. Si eligió mal, si Banyat se había confundido... y ahora Banyat está muerto, pisoteado por un megodonte desbocado. Hock Seng no tuvo ocasión de realizar una última comprobación. Estaba seguro... y sin embargo...

El criado carga sobre los pedales. Hock Seng contiene la respiración. La frente del criado se perla de sudor, y el muchacho mira a Hock Seng y al Señor del Estiércol, sorprendido por la resistencia. Cambia de marcha. Los pedales giran, despacio al principio, después más deprisa. Empieza a cambiar de marcha conforme aumenta el impulso, imprimiendo cada vez más energía al muelle percutor.

El Señor del Estiércol observa con atención.

—Conocía a alguien que trabajaba para tu fábrica de muelles. Hace unos años. No alardeaba de su riqueza como haces tú. No gozaba del favor de tantos de sus camaradas tarjetas amarillas. —Hace una pausa—. Tengo entendido que los camisas blancas le asesinaron para robarle el reloj. Le dieron una paliza y dejaron que muriera desangrado en plena calle, y todo por saltarse el toque de queda.

Hock Seng se encoge de hombros y reprime los recuerdos de un hombre tendido sobre el empedrado, un amasijo ensangrentado, desahuciado, implorando ayuda...

La expresión del Señor del Estiércol es pensativa.

—Y ahora resulta que tú también trabajas en la misma firma. Demasiada casualidad. Hock Seng no dice nada.

—Follaperros tendría que haberte prestado más atención —continúa el Señor del Estiércol—. Eres peligroso.

Hock Seng sacude la cabeza con énfasis.

—Lo único que quiero es restablecerme.

El criado sigue pedaleando, imprimiendo más julios al muelle, introduciendo más energía en la cajita. El Señor del Estiércol observa, intentando disimular su asombro mientras el proceso continúa, pero aun así, sus ojos se han abierto desmesuradamente. El criado ya ha metido en la caja más energía de la que cualquier otro muelle de su tamaño debería ser capaz de contener. La bicicleta chirría.

—Una persona tardaría toda la noche en darle cuerda —dice Hock Seng—. Lo ideal sería emplear un megodonte.

—¿Cómo funciona?

Hock Seng se encoge de hombros.

—Hay un lubricante nuevo que posibilita que los muelles se tensen más de lo normal sin romperse ni atascarse.

El joven sigue cargando el muelle. Los criados y los guardaespaldas comienzan a congregarse a su alrededor, observando asombrados mientras el muchacho pone todo su empeño en llenar la caja.

—Impresionante —musita el Señor del Estiércol.

—Si se encadena un animal más eficiente, como un megodonte o un buey, la tasa de transferencia de calorías a julios carece prácticamente de pérdidas —informa Hock Seng.

El Señor del Estiércol contempla el muelle mientras el hombre sigue dándole cuerda. Sonríe.

—Probaremos tu muelle percutor, Hock Seng. Si rinde igual de bien que se tensa, tendrás tu barco. Trae las especificaciones y los planos. Con gente como tú se puede hacer tratos. —Llama por señas a un criado y encarga licor—. Un brindis. Por mi nuevo socio.

Una oleada de alivio baña a Hock Seng. Por primera vez desde que se manchara las manos de sangre en aquel callejón hace tanto tiempo, desde que aquel hombre implorara clemencia sin recibirla, el alcohol vuelve a fluir por sus venas, y se siente feliz.



Jaidee piensa en cuando conoció a Chaya. Acababa de terminar uno de sus primeros combates de *muay thai*; ni siquiera recuerda a quién se había enfrentado, pero sí cómo salió del ring rodeado de felicitaciones, todo el mundo decía que se movía mejor incluso que Nai Khanom Tom. Aquella noche bebió *lao-lao* y recorrió las calles en compañía de sus amigos, riendo, intentando controlar una pelota de *takraw* con los pies, borrachos, ridículos, ebrios de victoria y vitalidad.

Y allí estaba Chaya, cerrando la tienda de sus padres, colocando los paneles de madera que protegían el escaparate donde se ofrecían a la venta margaritas y jazmines recién diseñados para ofrendar en los templos. Cuando él le dirigió una sonrisa, sus amigos y él obtuvieron una mirada de repugnancia por toda respuesta. Pero aun así Jaidee sintió una punzada de familiaridad, como si se hubieran conocido en una vida anterior y por fin volvieran a encontrarse de nuevo, amantes predestinados.

Se había quedado mirándola fijamente, y sus amigos habían reparado en su expresión (Suttipong, Jaiporn y el resto, todos ellos desaparecidos cuando se desató la epidemia de la cresta violeta y acudieron al frente para incendiar las aldeas afectadas, todos ellos muertos). Recuerda que le habían pillado absorto, embobado de admiración, y que se habían burlado de él. Chaya le miró con calculado desprecio y le mandó a paseo.

Para Jaidee siempre había sido fácil conseguir novia, las chicas se sentían atraídas por el *muay thai* o por el uniforme blanco. Pero Chaya le había mirado como si no existiera y le había dado la espalda.

Tardó un mes en reunir el valor necesario para volver. Aquella primera vez, se vistió con esmero, compró ofrendas para el templo, aceptó el cambio y salió de la tienda sin decir nada. A lo largo de varias semanas siguió dejándose caer por la tienda, hablando cada vez más con ella, estableciendo una conexión. Al principio, pensó que Chaya lo tomaba por un idiota borracho que solo intentaba disculparse, pero con el paso del tiempo quedó claro que el borracho arrogante que iba dando tumbos por las calles aquella noche había quedado relegado por completo al olvido.

Jaidee no le contó nunca cómo se habían conocido, ni siquiera después de casados. Era demasiado humillante reconocer que ella ya le había visto aquella noche en la calle. Admitir que el hombre que amaba también era aquel idiota.

Pero ahora se dispone a hacer algo peor. Se pone el uniforme blanco ante la atenta mirada de Niwat y Surat. Los niños se muestran solemnes mientras su padre se prepara para rebajarse delante de ellos. Se arrodilla.

—Veáis lo que veáis hoy, que no os dé vergüenza.

Los chicos asienten con la cabeza, pero Jaidee sabe que no lo entienden. Son demasiado jóvenes para comprender la presión y la necesidad. Los abraza con fuerza y sale a la cegadora luz del sol.

Kanya lo espera en una bicicleta con rickshaw, con la mirada llena de compasión, como si el decoro le impidiera expresar con palabras lo que anida en su corazón.

Recorren las calles en silencio. El ministerio aparece frente a ellos y cruzan las puertas de hierro. Los criados, los conductores de rickshaws y los carros se agolpan ante la entrada, aguardando el regreso de sus clientes y señores. Así pues, ya han empezado a llegar los testigos.

Su bicicleta se abre paso hasta el templo. Wat Phra Seub se erigió dentro del ministerio en honor del mártir de la biodiversidad. Es el lugar donde los camisas blancas

hacen sus votos y son nombrados oficialmente protectores del reino, antes de recibir sus primeros galones. Es aquí donde se ordenan, y es aquí...

Jaidee se sobresalta y está a punto de ponerse en pie, enfurecido. Un enjambre de *farang* merodea alrededor de la escalinata del templo. Extranjeros en el complejo del ministerio. Mercaderes, empresarios y japoneses, criaturas pestilentes y sudorosas, quemadas por el sol, invadiendo el lugar más sagrado del ministerio.

—*Jai yen yen* —murmura Kanya—. Es obra de Akkarat. Parte del trato.

Jaidee no logra disimular la repugnancia que siente. Peor aún, Akkarat está junto al somdet chaopraya, diciéndole algo, contándole un chiste, quizá. Los dos han intimado mucho más de lo recomendable. Jaidee aparta la mirada y ve al general Pracha esperando en lo alto de la escalera del templo, inexpresivo. A su alrededor, los hermanos con los que Jaidee ha trabajado y luchado entran en tropel en el templo. Allí está Bhirombhakdi, sonriendo de oreja a oreja, alegrándose de obtener su venganza por los ingresos perdidos.

La gente repara en la llegada de Jaidee. El silencio se extiende por toda la multitud.

—*Jai yen yen* —repite Kanya. A continuación, desmontan, y Jaidee es escoltado adentro.

Las estatuas doradas de Buda y Phra Seub observan a los reunidos desde las alturas, serenas. Los paneles de las paredes del templo muestran imágenes de la caída de la antigua Tailandia: los *farang* liberando sus plagas sobre la tierra, los animales y las plantas sucumbiendo ante el desmadejamiento de sus cadenas alimenticias; Su Majestad el rey Rama XII agrupando los restos de su contingente, flanqueado por Hanuman y sus monos guerreros. Imágenes de Krut y Kirimukha enfrentándose a las olas y a las plagas junto a un ejército de *kala* semihumanos. Jaidee pasea la mirada por los paneles, recordando el orgullo con que acudió a su nombramiento.

No están permitidas las cámaras dentro del ministerio, pero los escritores de circulares han acudido provistos de lápices. Jaidee se descalza y entra, seguido de los chacales que salivan ante el descuartizamiento de su principal enemigo. El somdet chaopraya se arrodilla junto a Akkarat.

Jaidee observa al defensor oficial de la reina, preguntándose cómo alguien tan cercano a la divinidad como el último monarca pudo ser tan ingenuo como para nombrar al somdet chaopraya protector de Su Majestad la Reina Niña. Jaidee se estremece al imaginarse a la reina tan cerca de alguien cuya crueldad es legendaria.

A Jaidee se le corta el aliento. El hombre de los amarraderos está de rodillas junto a Akkarat. Su alargada cara de rata se muestra atenta y arrogante.

—Corazón frío —murmura Kanya de nuevo mientras encabeza la comitiva—. Es por Chaya.

Jaidee se obliga a contener la rabia, su sorpresa ante la presencia del hombre. Se acerca a Kanya.

—Ese es el que se la llevó. El tipo de las pistas de aterrizaje. ¡Ahí mismo! Al lado de Akkarat.

Kanya escudriña los rostros.

—Aunque sea cierto, debemos pasar por esto. Es la única solución.

—¿De veras lo crees?

Kanya tiene la cortesía de inclinar la cabeza.

—Lo siento, Jaidee. Ojalá...

—No te preocupes, Kanya. —Apunta con la barbilla en dirección al desconocido y a Akkarat—. Solo te pido que recuerdes a esos dos. Recuerda que no se detendrán ante nada con tal de conseguir más poder. —La mira—. ¿Lo recordarás?

—Sí.

—¿Lo juras por Phra Seub?

Kanya tiene el decoro de sonrojarse, pero termina asintiendo con la cabeza.

—Si pudiera inclinarme tres veces ante ti, lo haría.

A Jaidee le parece ver lágrimas en sus ojos mientras se aleja. La multitud enmudece cuando el somdet chaopraya se pone en pie y avanza unos pasos para presidir la ceremonia. Cuatro monjes empiezan a cantar. En ocasiones más propicias, serían siete o nueve y estarían consagrando una boda, o bendiciendo la colocación de la primera piedra de un edificio nuevo. En vez de eso, han acudido para ser testigos de una humillación.

El ministro Akkarat y el general Pracha se sitúan de pie junto a los demás asistentes. El incienso inunda la estancia junto a los cánticos de los monjes, un runrún monótono en pali para recordar a los presentes que todo es transitorio, que incluso Phra Seub se dio cuenta de ello, desesperado, mientras la compasión que sentía por el mundo natural le abrumaba.

Los monjes guardan silencio. El somdet chaopraya ordena por señas a Akkarat y a Pracha que se sitúen ante él, para hacer un *khrab* y rendir pleitesía. El somdet chaopraya observa hierático mientras los dos viejos rivales presentan sus respetos a lo único que tienen en común: la monarquía y el palacio.

El somdet chaopraya es un hombre alto, bien alimentado, y señorea sobre ellos. Sus rasgos son crueles. Circulan rumores acerca de él, sobre sus apetencias, sobre su lado oscuro, pero a pesar de todo él es el elegido para proteger a Su Majestad la Reina Niña hasta que esta ascienda. No pertenece a la realeza, jamás podría, y a Jaidee le aterra que la reina viva dentro de su área de influencia. Si no fuera porque el destino de ese hombre está tan ligado al de ella, seguramente... Jaidee reprime este pensamiento, rayano en la blasfemia, cuando Pracha y Akkarat se acercan.

Jaidee se arrodilla. A su alrededor, los lápices de los periodistas garabatean rápidamente mientras realiza un *khrab* ante Akkarat. Este sonríe complacido, y Jaidee debe contenerse para no abalanzarse sobre él. «Me las pagarás cuando llegue el momento.» Se incorpora lentamente.

Akkarat se inclina hacia él.

—Bien hecho, capitán. Casi me convences de que lo sientes de veras.

Jaidee se mantiene impasible, se da la vuelta para dirigirse a los asistentes, a los periodistas... Se le encoge el corazón al ver que sus hijos están presentes, obligados a ser testigos de la humillación de su padre.

—Me he excedido en el uso de mi autoridad. —Su mirada se posa en el general Pracha, que observa fríamente desde el borde del estrado—. He deshonrado a mi superior, el general Pracha, y también al Ministerio de Medio Ambiente.

»El ministerio ha sido mi hogar toda mi vida. Me avergüenza haber utilizado mis poderes egoístamente, en mi propio provecho. Haber engañado a mis camaradas y a mis superiores. Haber pecado de inmoralidad. —Titubea. Niwat y Surat lo observan, atendidos por su abuela, la madre de Chaya. Todos ellos presencian cómo se rebaja—. Ruego perdón. Ruego que se me conceda una oportunidad para enmendar mis errores.

El general Pracha se acerca hasta él con paso largo. Jaidee vuelve a postrarse de rodillas y realiza un *khrab* de sumisión ante él. El general Pracha hace caso omiso y pasa por delante de su rostro, sus pies a escasos centímetros de la cabeza de Jaidee. Se dirige a la asamblea.

—Un tribunal de investigación independiente ha decidido que el capitán Jaidee es culpable de haber aceptado sobornos, de corrupción y abuso de la autoridad. —Mira a Jaidee de reojo—. Asimismo, se ha llegado a la conclusión de que ya no es apto para seguir sirviendo en el ministerio. Se convertirá en monje y cumplirá penitencia durante nueve

años. Se le despojará de sus posesiones. Sus hijos serán adoptados por el ministerio, pero el nombre de su familia será erradicado.

Contempla a Jaidee desde lo alto.

—Si Buda es clemente, con el tiempo te darás cuenta de que debes esta desgracia al orgullo y la avaricia. Es nuestro deseo que si no alcanzas a comprenderlo en esta vida, la próxima te conceda la esperanza de mejorar. —Da media vuelta y se va, dejando a Jaidee aún postrado.

—Aceptamos las disculpas del Ministerio de Medio Ambiente —habla Akkarat— y los errores del general Pracha. Esperamos una relación profesional mejorada en el futuro. Ahora que esta serpiente ha perdido los colmillos.

El somdet chaopraya indica a las dos grandes potencias del gobierno que deberían mostrarse respeto mutuamente. Jaidee permanece agachado. Un suspiro multitudinario inunda la estancia. Y acto seguido los asistentes salen en desbandada, ansiosos por relatar lo que han visto.

Solo cuando se va el somdet chaopraya es invitado Jaidee a colocarse entre una pareja de monjes. Su aspecto es serio, rasuradas las cabezas, raídos y descoloridos sus mantos azafranados. Le indican dónde piensan llevarlo a continuación. Ahora les pertenece. Nueve años de penitencia, por hacer lo correcto.

Akkarat se planta ante él.

—Bueno, *khun* Jaidee. Al parecer por fin has descubierto tus límites. Lástima que hicieras oídos sordos a todas las advertencias. Esto era innecesario.

Jaidee se obliga a realizar un *wai*.

—Ya has conseguido lo que querías —murmura—. Ahora suelta a Chaya.

—Cuánto lo siento. No sé de qué me hablas.

Jaidee escruta los ojos del hombre, buscando la mentira, pero no encuentra nada.

«¿Eres tú mi enemigo? ¿O se trata de otro? ¿Acaso está muerta ya? ¿O sigue con vida, atrapada en la celda de uno de tus amigos, una prisionera sin número? ¿Viva o muerta?»

Se obliga a reprimir sus preocupaciones.

—Suéltala, o te perseguiré y te mataré como una mangosta a una cobra.

Akkarat ni siquiera parpadea.

—Cuidado con las amenazas, Jaidee. No me gustaría verte perder nada más. —Su mirada se desliza en dirección a Niwat y Surat.

Jaidee siente un escalofrío.

—No te acerques a mis hijos.

—¿Tus hijos? —Akkarat suelta una carcajada—. Ya no tienes hijos. No tienes nada. Considérate afortunado por que el general Pracha sea tu amigo. En su lugar, yo habría puesto a esos dos mocosos de patitas en la calle, para que mendigaran despojos infectados de roya. Esa sí que sería una lección de verdad.

Aplastar al Tigre de Bangkok debería ser más gratificante. Pero, la verdad, sin una chuleta con los distintos nombres implicados, la ceremonia es igual de impenetrable que cualquier otro acontecimiento religioso y social tailandés. De hecho, la destitución del hombre es sorprendentemente rápida.

Veinte minutos después de ser conducido al interior del templo del Ministerio de Medio Ambiente, Anderson se encuentra observando en silencio mientras el tan cacareado Jaidee Rojjanasukchai hace *khrebs* de sumisión ante el ministro de Comercio Akkarat. Las estatuas doradas de Buda y Seub Nakhasathien que presiden el solemne momento relucen tenuemente. Ninguno de los participantes muestra la menor expresividad. Ni siquiera una sonrisa triunfal por parte de Akkarat. Y luego, instantes después, los monjes interrumpen su monótono soniquete y todo el mundo se pone en pie, dispuesto a marcharse.

Eso es todo.

Ahora Anderson está refrescándose los pies frente al *bot* del templo de Phra Seub, aguardando a ser escoltado fuera del complejo. Después de soportar la asombrosa serie de controles de seguridad y registros para acceder al campus del Ministerio de Medio Ambiente, había empezado a fantasear con que tal vez podría averiguar algún detalle práctico sobre el lugar, hacerse quizá una mejor idea sobre dónde podría estar escondido su seductor banco de semillas. Era absurdo y él lo sabía, pero después del cuarto cacheo empezó a convencerse de que estaba a punto de tropezarse con el mismísimo Gibbons, posiblemente acunando un *ngaw* recién diseñado como un padre orgulloso.

Lo que encontró, en vez de eso, fueron taciturnos cordones de camisas blancas. La bicicleta con rickshaw lo dejó directamente en la escalinata del templo, donde se le pidió que se quitara los zapatos y se dejara palpar minuciosamente, descalzo, antes de pasar adentro con los demás asistentes.

Alrededor del templo, un tupido anillo de tamarindos oculta la mayor parte del palacio. Los dirigibles desviados «accidentalmente» de su ruta, cortesía de AgriGen, le han proporcionado más información acerca del complejo de la que dispone en estos momentos, plantado en el mismo centro del complejo.

—Veo que has recuperado los zapatos.

Carlyle, caminando tranquilamente hacia él, sonriendo.

—Por la forma en que los inspeccionaron —dice Anderson—, pensé que iban a ponerlos en cuarentena.

—No les gusta tu olor a *farang*, eso es todo. —Carlyle saca un cigarro y le ofrece otro a Anderson. Los encienden bajo la atenta mirada de los camisas blancas—. ¿Te ha gustado la ceremonia?

—Creí que habría más pompa y boato.

—No les hace falta. Todo el mundo sabe lo que significa esto. El general Pracha ha caído en desgracia. —Carlyle sacude la cabeza—. Por un instante estuve seguro de que íbamos a levantar la mirada y ver cómo la estatua de Phra Seub se partía en dos de vergüenza. Se nota que el reino está cambiando. Se respira en el aire.

Anderson piensa en los pocos edificios que tuvo ocasión de atisbar mientras lo escoltaban hasta el templo. Todos estaban en ruinas. Cubiertos de manchas de humedad y enredaderas. Por si la humillación del Tigre no fuera prueba suficiente, los árboles caídos y el césped sin arreglar hablan por sí solos.

—Debes de estar muy orgulloso de lo que has conseguido.

Carlyle pega una calada y expulsa el humo lentamente.

—Digamos que es un satisfactorio paso adelante.

—Les has impresionado. —Anderson apunta con la barbilla a la Falange Farang, cuyos integrantes parecen haber empezado a beberse ya el dinero de la indemnización. Lucy está intentando convencer a Otto para que cante el *Himno del Pacífico* bajo la reprobatoria mirada de los camisas blancas armados. El comerciante se fija en Carlyle y se acerca, tambaleándose. Le apesta el aliento a *lao-lao*.

—¿Estás borracho? —pregunta Carlyle.

—Hasta las trancas. —Otto esboza una sonrisa bobalicona—. Tuve que acabármelo todo en la puerta. Los muy cabrones no me dejaban entrar con las botellas para la celebración. También requisaron el opio de Lucy.

Le pasa un brazo por los hombros a Carlyle.

—Tenías razón, mariconazo. Más que un santo. Fíjate en la cara que se les ha quedado a esos condenados camisas blancas. ¡Llevan todo el día chupando limones! —Busca la mano de Carlyle a tiendas, intenta estrechársela—. Dios, es estupendo ver cómo se les bajan los humos. Extorsionistas, cuántos «regalos de buena voluntad» les habré dado... Eres mi héroe, Carlyle. Mi héroe.

Esboza una sonrisa torcida.

—Voy a hacerme rico gracias a ti. ¡Rico! —Se carcajea y tantea de nuevo en busca de la mano de Carlyle—. Mi héroe —repite cuando logra encontrar asidero—. Mi héroe.

—¡Oye, borrachuzo, que ya ha llegado el rickshaw! —exclama Lucy, indicándole que vuelva a la cola.

Otto se aleja haciendo eses y con la ayuda de Lucy intenta encaramarse al rickshaw. Los camisas blancas contemplan la escena con gesto glacial. Una mujer, vestida con el uniforme de los oficiales, los vigila desde lo alto de la escalinata, inexpresiva.

Anderson la observa.

—¿Qué crees que estará pensando? —pregunta, señalando a la oficial con un cabeceo—. Todos estos *farang* borrachos arrastrándose por su complejo. ¿Qué es lo que ve?

Carlyle pega una chupada al cigarro y suelta una bocanada de humo con parsimonia.

—El amanecer de una nueva era.

—Regreso al futuro —murmura Anderson.

—¿Cómo dices?

—Nada. —Anderson menea la cabeza—. A Yates le gustaba esa expresión. Vivimos un momento dulce. El mundo se encoge.

Lucy y Otto por fin consiguen montar en el rickshaw. Se ponen en marcha mientras Otto bendice a gritos a todos los honorables camisas blancas que han sido tan generosos con el dinero de la indemnización. Carlyle enarca una ceja en dirección a Anderson, con expresión interrogante. Anderson pega una calada, sopesando las posibles ramificaciones de la pregunta tácita de Carlyle.

—Quiero hablar con Akkarat en persona.

Carlyle suelta un resoplido.

—Los niños lo quieren todo.

—Los niños no juegan a esto.

—¿Crees que puedes camelártelo? ¿Convertirlo en un administrador dócil, como en la India?

Anderson le lanza una mirada glacial.

—Como en Birmania, más bien. —Sonríe ante la expresión consternada de Carlyle—. No te preocupes. Ya no nos dedicamos a destruir países. Solo nos interesa el

libre mercado. Seguro que podemos aunar esfuerzos para conseguir al menos ese objetivo en común. En cualquier caso, quiero que se produzca esa reunión.

—Qué precavido. —Carlyle tira la colilla al suelo y la aplasta con el pie—. Te creía más aventurero.

Anderson se ríe.

—No es la aventura lo que me ha traído hasta aquí. Eso se lo dejo a esos borrachos de... —Asombrado, deja la frase flotando en el aire.

Emiko está entre la multitud, con la delegación japonesa. Atisba sus movimientos en medio del enjambre de empresarios y políticos que rodean a Akkarat, conversando y sonriendo.

—Santo cielo. —Carlyle contiene el aliento—. ¿Eso es un neoser? ¿Dentro del complejo?

Anderson intenta decir algo, pero el nudo que le oprime la garganta se lo impide.

No, se ha confundido. No se trata de Emiko. Los movimientos son iguales, pero la chica no. Esta va elegantemente vestida y refulgen destellos de oro alrededor de su cuello. El rostro es ligeramente distinto. Levanta la mano, un movimiento sincopado, para recogerse un sedoso mechón de cabello negro detrás de la oreja. Parecida, pero no idéntica.

El corazón de Anderson reanuda sus latidos.

La chica mecánica sonríe educadamente ante cualquiera que sea la historia que le está contando Akkarat. Se vuelve para presentar a un hombre que Anderson reconoce por las fotos de espionaje, un director general de Mishimoto. Su jefe le dice algo y la chica inclina la cabeza antes de dirigirse aprisa a los rickshaws, exótica y grácil.

Cuánto se parece a Emiko. Tan estilizada, tan comedida. Todo lo que rodea al neoser que tiene delante le recuerda al otro, mucho más desesperado. Traga saliva al recordar a Emiko en su cama, pequeña y sola. Ávida de información sobre las aldeas de los neoseres. «¿Cómo son? ¿Quién vive en ellas? ¿Es verdad que no tienen jefes?» Tan hambrienta de esperanza. Tan distinta de esta rutilante chica mecánica que se pasea ágilmente entre los camisas blancas y los oficiales.

—No creo que le permitieran entrar en el templo —dice por fin Anderson—. Jamás llegarían a ese extremo. Los camisas blancas le habrán pedido que espere fuera.

—Aun así, deben de estar que trinan. —Carlyle ladea la cabeza, observando a la delegación japonesa—. ¿Sabes?, Raleigh también tiene una de esas. La usa para un espectáculo exótico en la trastienda de su local.

Anderson traga saliva.

—¿Sí? No había oído nada.

—Pues sí. Se lo folla todo. Tendrías que verlo. De lo más extravagante. —Carlyle se ríe por lo bajo—. Mira, está llamando la atención. Creo que el protector de la reina bebe los vientos por ella.

El somdet chaopraya está mirando fijamente al neoser, con los ojos bien abiertos, como una vaca golpeada en la cabeza antes de entrar en el matadero.

Anderson frunce el ceño, sorprendido a su pesar.

—No pondría su reputación en juego de esa manera. No por un neoser.

—¿Quién sabe? Su reputación tampoco es que sea precisamente intachable. Es un auténtico perverso, según tengo entendido. Le iba mejor cuando aún vivía el antiguo monarca. Se comedía más. Pero ahora... —Carlyle deja la frase a medias. Apunta a la chica mecánica con la barbilla—. No me extrañaría que los japoneses terminaran haciéndole un regalo de buena voluntad en el futuro. Nadie le niega nada al somdet chaopraya.

—Más sobornos.

—Siempre. Pero el somdet chaopraya valdría la pena. Todos los rumores apuntan a

que ha asumido la mayoría de las funciones dentro del palacio. Ha acumulado poder a manos llenas. Y eso te proporcionaría mucha tranquilidad cuando se produzca el próximo golpe de Estado. —Carlyle observa a los asistentes—. Todo el mundo parece tranquilo, pero la cosa está que arde bajo la superficie. Pracha y Akkarat no pueden seguir así. Llevan dando vueltas el uno alrededor del otro desde el golpe del doce de diciembre. —Hace una pausa—. Si aplicamos la presión adecuada, ayudaremos a decidir quién saldrá victorioso.

—Suenan caro.

—Para tu gente no. Un poco de oro y de jade. Un poco de opio. —Baja la voz—. Podría salir hasta barato, para lo que estáis acostumbrados a pagar.

—Deja de venderme la moto. ¿Voy a entrevistarme con Akkarat o no?

Carlyle le da una palmada en la espalda y se ríe.

—Dios, me encanta hacer negocios con los *farang*. Por lo menos vas directo al grano. No te preocupes. Dalo por hecho. —Dicho esto, se dirige a la delegación japonesa con paso vivo, llamando a Akkarat por señas. Akkarat mira a Anderson con ojos brillantes y calculadores. Anderson saluda con un *wai*. Akkarat, como corresponde a su rango, responde con un cabeceo prácticamente imperceptible.

Frente a la puerta de hierro del Ministerio de Medio Ambiente, cuando Anderson se dispone a llamar a Lao Gu para pedirle que lo lleve de regreso a la fábrica, dos *thais* aparecen de la nada y le flanquean.

—Por aquí, *khun*.

Agarran a Anderson por los codos y lo conducen calle abajo. Por un momento, Anderson cree que quienes le han aprehendido son camisas blancas, hasta que ve una limusina de diésel de carbón. Se esfuerza por combatir un ataque de paranoia mientras lo guían al interior.

«Si quisieran matarte, podrían elegir mil ocasiones más propicias.»

La puerta se cierra de un portazo. El ministro de Comercio Akkarat está sentado frente a él.

—*Khun* Anderson. —Akkarat sonríe—. Gracias por reunirse conmigo.

Anderson pasea la mirada por el vehículo, preguntándose si podría escapar o si las cerraduras estarán operadas desde la cabina. La peor parte de todos los trabajos es el momento de la exposición, cuando de repente hay demasiadas personas que saben demasiado. Eso fue lo que ocurrió en Finlandia: Peters y Lei, con la soga al cuello y dando patadas al aire mientras los izaban sobre las cabezas del gentío.

—*Khun* Richard me ha dicho que quería usted proponerme algo —dice Akkarat sin rodeos.

Anderson titubea.

—Creo que tenemos intereses en común.

—No. —Akkarat niega con la cabeza—. Su pueblo lleva quinientos años intentando destruir al mío. No tenemos nada en común.

Anderson esboza una sonrisa vacilante.

—Es normal que nuestros puntos de vista difieran.

El coche se pone en movimiento.

—No es cuestión de perspectiva —dice Akkarat—. Desde que sus misionarios desembarcaron por primera vez en nuestras costas, siempre han querido destruirnos. Durante la antigua Expansión, los suyos intentaron descuartizarnos. Amputar los brazos y las piernas de nuestro país. Si evitamos lo peor fue solo gracias a la sabiduría y el liderazgo de nuestro monarca. Sin embargo, siguen sin dejarnos en paz. Con la Contracción, su adorada economía global nos dejó muertos de hambre y con un exceso de especialización. —Acusa a Anderson con la mirada—. Y luego llegaron sus plagas calóricas. Prácticamente



nos dejaron sin arroz.

—No sabía que el ministro de Comercio fuera un teórico de la conspiración.

—¿Para quién trabaja? —Akkarat lo estudia—. ¿AgriGen? ¿PurCal? ¿Total Nutrient Holdings?

Anderson extiende las manos.

—Tengo entendido que no le vendría mal una mano para organizar un gobierno más estable. Puedo ofrecerle recursos, siempre y cuando consigamos llegar a un acuerdo.

—¿Qué quiere?

Anderson se pone serio y le mira a los ojos.

—Acceso a su banco de semillas.

Akkarat se echa atrás de golpe.

—Imposible. —El vehículo gira y empieza a acelerar por Thanon Rama XII. Bangkok se desliza por las ventanillas, convertido en un torrente de imágenes, mientras la escolta de Akkarat despeja la avenida ante ellos.

—No lo quiero todo. —Anderson levanta una mano con gesto conciliador—. Tan solo una muestra.

—El banco de semillas es lo único que garantiza nuestra independencia. Cuando la roya y el gorgojo pirata barrieron el planeta, tan solo gracias al banco de semillas conseguimos sobrevivir a lo peor de las plagas, y aun así nuestros compatriotas murieron en masa. Cuando la India, Birmania y Vietnam sucumbieron por su culpa, nosotros resistimos. Y ahora tienes la desfachatez de pedirme que te entreguemos nuestra mejor arma. —Akkarat se ríe—. Reconozco que no me importaría ver al general Pracha con la cabeza y las cejas afeitadas, recluido en un monasterio en el bosque y repudiado por todos, pero al menos en esto estamos de acuerdo. Ningún *farang* debería llegar nunca hasta nuestro corazón. Podéis arrancarle los brazos y las piernas a nuestro país, pero no la cabeza, y mucho menos el corazón.

—Necesitamos material genético nuevo —insiste Anderson—. Hemos agotado casi todas las opciones y las plagas siguen mutando. No nos importaría compartir el resultado de nuestras investigaciones. O los beneficios, incluso.

—Seguro que les hicisteis la misma oferta a los finlandeses.

Anderson se inclina hacia delante.

—Lo que ocurrió en Finlandia fue una catástrofe, y no solo para nosotros. Si queremos que el mundo siga teniendo algo que llevarse a la boca, será preciso que nos adelantemos a la cibiscosis, a la roya y al gorgojo modificado nipón. Es la única solución.

—Insinúas que después de colocar al mundo el yugo de vuestros cereales y semillas patentadas, después de esclavizarnos a todos... por fin os habéis percatado de que nos estáis arrastrando al infierno.

—Eso es lo que les gusta decir a los grahamitas. —Anderson se encoge de hombros—. Lo cierto es que los gorgojos y la roya no esperan a nadie. Y nosotros somos los únicos que disponemos de los recursos científicos necesarios para salir de este embrollo, aunque sea abriéndonos paso a machetazos. Esperamos encontrar alguna pista en vuestros bancos de semillas.

—¿Y de lo contrario?

—De lo contrario, poco importará quién dirige el reino, porque la próxima mutación de la cibiscosis nos dejará a todos escupiendo sangre.

—Eso es imposible. El Ministerio de Medio Ambiente regula la utilización de las semillas.

—Creía que se avecinaba un cambio en la administración.

Akkarat frunce el ceño.

—¿Solo quieres muestras? Ofreces armas, equipo, sobornos... ¿y eso es lo único que pides?

Anderson asiente con la cabeza.

—Y una cosa más. Un hombre. Gibbons. —Observa atentamente la reacción de Akkarat.

—¿Gibbons? —Akkarat se encoge de hombros—. Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Se trata de un *farang*. Uno de los nuestros. Nos gustaría recuperarlo. Ha estado aprovechándose indebidamente de nuestra propiedad intelectual.

—Y eso os saca de quicio, estoy seguro. —Akkarat se carcajea—. Qué interesante es hablar en persona con uno de vosotros. Claro que circulan rumores sobre los fabricantes de calorías agazapados al acecho en Koh Angrit, como demonios o *phii krasue*, conspirando para devorar el reino, pero tú... —Estudia a Anderson—. Podría ordenar que te ejecutaran si lo deseara, descuartizado por megodontes y convertido en pasto de milanos y cuervos. Nadie movería ni un dedo. En el pasado, bastaba con murmurar que había un fabricante de calorías escondido entre nosotros para que los manifestantes y los alborotadores tomaran las calles. Y ahora mírate, ahí plantado. Tan tranquilo.

—Los tiempos han cambiado.

—No tanto como pretendes dar a entender. ¿De verdad eres tan valiente, o sencillamente eres estúpido?

—Podría hacerle la misma pregunta —replica Anderson—. Pocas personas contradicen a los camisas blancas y esperan salir indemnes.

Akkarat sonrío.

—Si hubieras acudido a mí la semana pasada con tus ofertas de dinero y equipo, me habría mostrado agradecido en grado sumo. —Se encoge de hombros—. Esta semana, a tenor de las presentes circunstancias y de los éxitos cosechados recientemente, me limitaré a tener en consideración tu propuesta.

Da unos golpecitos en la ventanilla para indicarle al chófer que aparque.

—Tienes suerte de que esté de tan buen humor. Cualquiera otro día, nada me complacería más que ver a un fabricante de calorías convertido en un montón de despojos sanguinolentos. —Por señas ordena a Anderson que baje del vehículo—. Pensaré en lo que me has dicho.

Hay un lugar para los neoseres.

La esperanza que entrañan esas palabras resuena en la cabeza de Emiko cada día, cada minuto, cada segundo. El recuerdo del *gaijin* Anderson, y su convicción de que ese lugar existe realmente. Sus manos sobre ella en la oscuridad, los ojos solemnes mientras asentía con la cabeza, confirmándolo.

Ahora Emiko observa atentamente a Raleigh todas las noches, preguntándose cuánto sabe, y si se atreverá a preguntarle acerca de lo que ha visto en el norte. Acerca de la ruta hasta el santuario. En tres ocasiones se ha acercado a él, y todas ellas le ha fallado la voz, dejando la pregunta sin formular. Todas las noches vuelve a casa, agotada tras los abusos infligidos por Kannika, y se sume en sus sueños sobre un lugar donde los neoseres viven a salvo, sin jefes ni dueños.

Emiko piensa en Mizumi-sensei, en el estudio *kaizen* donde adiestraba a todos los jóvenes neoseres, arrodillados en quimono, atentos a la lección.

«¿Qué sois?»

«Neoseres.»

«¿Qué os honra?»

«Nos honra servir.»

«¿A quién honráis?»

«Honramos a nuestro señor.»

Mizumi-sensei era rápida con la fusta, centenaria y aterradora. Era uno de los primeros neoseres y su piel permanecía prácticamente inalterada. Quién sabía a cuántos jóvenes habría aleccionado en su estudio. Mizumi-sensei, omnipresente, siempre dispuesta a dar consejo. Brutal cuando se enfurecía, y no obstante justa en sus castigos. Y siempre la instrucción, la fe en que, si servían bien a su amo, alcanzarían el estado más sublime que les estaba reservado.

Mizumi-sensei les presentó a todos a Mizuko Jizo Bodhisattva, cuya compasión se extendía incluso a los neoseres, quien los escondería en sus mangas cuando murieran y los rescataría del infierno de los juguetes modificados genéticamente para introducirlos en el verdadero ciclo de la vida. Su deber era servir, ese era su único honor, y recibirían su recompensa en la otra vida, cuando se volvieran completamente humanos. La servidumbre les reportaría las recompensas más asombrosas.

Cómo había odiado Emiko a Mizumi-sensei cuando la abandonó Gendo-sama.

Pero su corazón late ahora al pensar en un nuevo amo: un hombre sabio, su guía en un mundo distinto, capaz de proporcionarle lo que Gendo-sama no pudo.

«¿Otro que te miente? ¿Que te traicionará?»

Acalla esa idea. Pertenece a la otra Emiko. No a su yo más noble, como si no fuera nada más que un cheshire obsesionado con atiborrarse de comida, ajeno por completo al nicho que le corresponde, devorándolo todo. Es un pensamiento indigno de un neoser.

Mizumi-sensei le enseñó que la naturaleza de los neoseres es dual. El lado impío, gobernado por los apetitos bestiales de sus genes, por las innumerables combinaciones y adiciones que los transformaron en lo que son. Y como contrapunto, su cara civilizada, la que sabe distinguir entre el nicho y el instinto animal. La que comprende su lugar en las jerarquías de su país y su pueblo y aprecia el regalo que les hicieron sus amos al dotarlos de vida. La oscuridad y la luz. *In-Yo*. Dos caras de una misma moneda, las dos facetas del alma. Mizumi-sensei les ayudó con sus almas. Los preparó para el honor de la servidumbre.

Lo cierto es que la falta de consideración de Gendo-sama es lo único que rebaja la opinión que Emiko tiene de él. Era un hombre débil. O, en honor a la verdad, quizá fuera ella la que no desarrolló todo su potencial. No puso suficiente empeño en servir. Esa es la amarga realidad. Una verdad bochornosa con la que debe aprender a vivir, al mismo tiempo que se esfuerza por salir adelante sin el afecto de un dueño. Aunque quizá este extraño *gaijin*... quizá... Esta noche se niega a permitir que la bestia cínica anide en su mente; esta noche quiere soñar.

Emiko sale de su torre en los suburbios al frescor nocturno de Bangkok. Un aire festivo impregna las calles teñidas de verde, woks humeantes repletos de fideos, platos sencillos para los campesinos del mercado antes de que regresen a sus lejanas plantaciones para pasar la noche. Emiko deambula por el mercado nocturno con un ojo puesto en la posible presencia de camisas blancas y el otro en la cena.

Encuentra un puesto de calamares a la parrilla y pide uno con salsa picante. La luz de las velas y las sombras le proporcionan un remedo de cobertura. El *pha sin* disimula el movimiento de sus piernas. Solo debe preocuparse de sus brazos, y si tiene cuidado y los mantiene pegados a los costados, sus ademanes pueden pasar por recatados.

Una mujer y su hija le venden una hoja de plátano doblada que contiene un montoncito de *padh seeu* U-*Tex* frito. La mujer cocina los fideos con metano azul, ilegal, pero no imposible de obtener. Emiko se sienta junto a un mostrador improvisado para engullirlos rápidamente, con la boca encendida por las especias. Recibe miradas de curiosidad, unas pocas de repugnancia, pero nadie hace nada. Algunas de estas personas ya están familiarizadas con ella. Las demás tienen problemas de sobra aun sin haberse enredado en asuntos de neoseres y camisas blancas. Es paradójico pero ventajoso para ella, supone Emiko. Los camisas blancas despiertan tanta aversión que nadie recurre a ellos a menos que sea absolutamente necesario. Se llena la boca de pasta y vuelve a pensar en las palabras del *gaijin*.

«Hay un lugar para los neoseres.»

Intenta imaginárselo. Un poblado lleno de delatores movimientos sincopados y pieles tersas, lustrosas. Ansía verlo.

Pero también alberga un sentimiento encontrado. No se trata de temor, sino de algo que jamás hubiera imaginado.

¿Asco?

No, ese término es demasiado fuerte. Se trata más bien de una punzada de rechazo al pensar en tantos de sus congéneres desertando de su deber. Todos ellos viviendo mezclados, sin una sola figura de referencia como Gendo-sama. Una aldea entera repleta de neoseres sin nadie a quien servir.

Emiko sacude la cabeza con énfasis. ¿Dónde está ella gracias a la servidumbre? Con gente como Raleigh. Y Kannika.

Y sin embargo... ¿toda una tribu de neoseres, arrebujados en la espesura? ¿Qué debe de sentirse al abrazar a un trabajador de dos metros y medio de alto? ¿Sería ese su amante? ¿O quizá uno de los monstruos con tentáculos de las fábricas de Gendo-sama, dotado de diez brazos como una deidad hindú, con unas fauces babeantes que solo sirven para pedir comida y un lugar donde apoyar las manos? ¿Cómo conseguiría semejante criatura llegar hasta el norte? ¿Y qué hacen allí, en la selva?

Contiene las náuseas. Seguro que no sería peor que Kannika. La han condicionado para oponerse a los neoseres, aun cuando ella misma es uno de ellos. Si lo piensa fríamente, sabe que ningún neoser puede ser peor que el cliente de la noche anterior, que después de follar con ella se despidió con un salivazo y se largó. Seguro que acostarse con un neoser de piel tersa no podría ser peor.

Pero ¿qué clase de vida llevaría en el poblado? ¿Alimentándose de cucarachas, de hormigas y de aquellas hojas que no hayan sucumbido aún al cerambicido?

«Raleigh es un superviviente. ¿Y tú?»

Remueve los fideos con los palillos de bambú RedStar, de doce centímetros de largo. ¿Qué se sentiría al no servir a nadie? ¿Osaría vivir así? La misma idea es mareante, casi vertiginosa. ¿Qué haría ella sin dueño? ¿Se convertiría en granjera? ¿Cultivaría opio en las colinas, tal vez? ¿Fumaría en pipa de plata y dejaría que se le ennegrecieran los dientes, como ha oído que hacen algunas de esas extrañas mujeres que viven en tribus? Se ríe para sus adentros. ¿Se lo puede imaginar siquiera?

Absorta en sus pensamientos, está a punto de no darse cuenta. Solo la suerte la salva: el movimiento fortuito de un hombre sentado junto a la mesa de enfrente, el sobresalto en sus ojos y la rapidez con que agacha la cabeza, volcando toda su atención en la comida. Emiko se queda paralizada.

El mercado nocturno ha enmudecido.

De improviso, como fantasmas voraces, los hombres de blanco se materializan detrás de ella, dirigiéndose a la mujer del wok con su característico sonsonete atropellado. La mujer se apresura a atenderles, obsequiosa. Emiko se estremece al verlos, con los fideos a medio camino de la boca; su delicado brazo tiembla de pronto con la tensión. Le gustaría soltar los palillos, pero no hay nada que hacer. No podrá camuflarse si se mueve, de modo que se queda sentada, paralizada, mientras los hombres hablan a su espalda, cerniéndose sobre ella mientras esperan.

—... al final se ha pasado de la raya. He oído que Bhirombhakdi corría de un lado para otro por las oficinas, anunciando a gritos que iba a pedir su cabeza. «¡La cabeza de Jaidee en una bandeja, ha ido demasiado lejos!»

—Les dio cinco mil baht a sus hombres, a todos, por la redada.

—Para lo que les va a servir ahora que se ha quedado sin nada.

—Aun así, cinco mil; no me extraña que Bhirombhakdi escupiera bilis. Sus pérdidas debían de ascender a medio millón.

—Y Jaidee cargó como un megodonte. Seguro que el viejo pensó que Jaidee era el toro Torapee, midiendo la pisada de su padre. Aguardando el momento propicio para derrotarlo.

—Ahora se acabó todo.

Un escalofrío recorre a Emiko cuando tropiezan con ella. Es el fin. Se le caerán los palillos y verán a la chica mecánica, pues no la han visto todavía a pesar de estar apiñados a su alrededor, aunque la oprimen con indiferente virilidad, aunque la mano de uno de los camisas blancas le toca el cuello como si hubiera aterrizado allí por accidente, dirigida por los empujones de los demás. En un abrir y cerrar de ojos, dejará de ser invisible. Aparecerá ante ellos completamente formada, un neoser sin nada más que permisos y licencias de exportación caducados, y a continuación la fundirán, la reciclarán tan deprisa como convierten en fertilizante el estiércol y la celulosa, gracias a los delatores movimientos sincopados que la identifican con la misma elocuencia que si estuviera cubierta de excrementos de luciérnaga.

—Reconozco que jamás pensé que le vería hacer un *khrab* ante Akkarat. Mala cosa. Eso nos desprestigia a todos.

Tras un momento de silencio, uno de ellos dice:

—Tía. Me parece que ese metano es del color que no debería.

La mujer sonrío nerviosa. El mismo nerviosismo que aletea en la sonrisa de su hija.

—La semana pasada le hicimos un donativo al ministerio.

Emiko intenta no estremecerse cuando el hombre que tiene una mano en su cuello

empieza a acariciárselo distraídamente.

—A lo mejor es que nos han informado mal —dice el tipo.

La sonrisa de la mujer se tambalea.

—Puede que me falle la memoria.

—Bueno, estaría encantado de echar un vistazo a sus cuentas.

La vendedora consigue a duras penas que su sonrisa no se borre del todo.

—No hace falta que se moleste. Ahora mismo mando a mi hija. Mientras tanto, ¿por qué no aceptan estos dos pescados? Con lo que les pagan no se puede comer bien. —Saca de la parrilla dos tilapias de gran tamaño y las ofrece a los hombres.

—Es usted muy amable, tía. Estoy famélico. —Con los *plaa* envueltos en hojas de plátano en las manos, los camisas blancas dan media vuelta y reanudan su itinerario por el mercado nocturno, aparentemente ajenos al terror que siembran a su paso.

La sonrisa de la mujer se evapora en cuanto se marchan. Se vuelve hacia su hija y le entrega un puñado de baht.

—Baja a la comisaría y asegúrate de darle este dinero al sargento Siriporn. No quiero volver a ver a esos dos por aquí.

La nuca de Emiko hormiguea con el roce del camisa blanca. Ha estado muy cerca. Demasiado. Tiene gracia cómo a veces se le olvida que es una presa. A veces se engaña y se cree casi humana. Emiko traga el último bocado. No hay más tiempo que perder. Debe enfrentarse a Raleigh.

—Quiero irme de aquí.

Raleigh gira en el taburete, con expresión divertida.

—¿En serio, Emiko? —Sonríe—. Has encontrado un nuevo dueño, ¿a que sí?

A su alrededor, empiezan a llegar las demás chicas, riendo y conversando entre ellas, haciendo *wais* ante la casa de los espíritus. Unas pocas dejan ofrendas con la esperanza de encontrar un cliente amable o un mecenas adinerado.

Emiko sacude la cabeza.

—No es eso. Quiero ir al norte. A las aldeas de los neoseres.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Existen, ¿verdad? —La expresión de Raleigh se lo confirma. Su corazón empieza a martillar. No es solo un rumor—. Existen —repite, con más firmeza esta vez.

Raleigh le dedica una mirada calculadora.

—Tal vez. —Indica a Daeng, el camarero, que le sirva otro trago—. Pero te lo advierto, la vida en la selva no es fácil. Hay que comer bichos para sobrevivir si se malogran las cosechas. Tampoco abunda la caza, no después de que la roya y el gorgojo modificado nipón acabaran con casi todo el forraje. —Se encoge de hombros—. Un puñado de pájaros. —Vuelve a mirarla—. Deberías quedarte cerca del agua. Allí te recalentarás. Hazme caso. Es un calvario. Si de veras quieres salir de aquí, lo que deberías hacer es buscarte otro mecenas.

—Los camisas blancas han estado a punto de pillarme hoy. Si me quedo aquí, moriré.

—Les pago para que no te detengan.

—No. Estaba en el mercado nocturno...

—¿Y qué diablos hacías tú en el mercado nocturno? Si te apetece comer algo, vienes aquí. —Raleigh frunce el ceño.

—Lo siento mucho. Tengo que irme. Raleigh-san, tienes contactos. Puedes convencer a alguien para que me consiga los permisos de viaje. Para que pueda cruzar los controles.

Llega la bebida y Raleigh prueba un sorbo. El viejo es como un cuervo, todo muerte

y putrescencia sentado en su taburete, viendo cómo llegan sus putas para trabajar en el turno de noche. Observa a Emiko con mal disimulada repugnancia, como si fuera una mierda de perro adherida a su zapato. Toma otro trago.

—La ruta del norte es dura. Y condenadamente cara.

—Puedo pagar el billete.

Raleigh no dice nada. El camarero termina de sacar brillo a la barra y, con ayuda de un mozo de almacén, extrae un arcón de hielo del fabricante de artículos de lujo Jai Yen, Nam Yen. Corazón frío, agua fresca.

Raleigh levanta el vaso y, con un tintineo, Daeng echa dentro un par de cubitos. Fuera del arcón hermético, empiezan a derretirse con el calor. Emiko ve cómo se licúan los cubitos. Daeng los cubre de agua. Emiko está ardiendo. Las ventanas abiertas del club no hacen nada por capturar la brisa, y a esta hora tan temprana, el bochorno que reina dentro del edificio sigue siendo asfixiante. Tampoco ha llegado todavía ninguno de los tarjetas amarillas encargados de los abanicos. Las paredes y el suelo irradian calor, envolviéndolos. Raleigh toma un trago de agua fresca.

Emiko lo observa, encendida, deseando ser capaz de sudar.

—*Khun* Raleigh. Por favor. Lo siento muchísimo. Por favor —titubea—, un poco de agua fría.

Raleigh saborea el agua mientras ve cómo siguen llegando más de sus chicas.

—Mantener a un neoser cuesta un montón de dinero.

Emiko esboza una sonrisa azorada, esperando apaciguarlo. Al cabo, Raleigh hace una mueca, irritado.

—Está bien. —Llama a Daeng con un ademán. Un vaso de agua con hielo se desliza por encima del mostrador. Emiko intenta no abalanzarse sobre él. Lo aprieta contra la cara y el cuello, jadeando casi de alivio. Bebe y vuelve a presionar el vaso contra su piel, aferrándose a él como si fuera un talismán.

—Gracias.

—¿Por qué tendría que ayudarte a salir de la ciudad?

—Moriré si me quedo aquí.

—Es un mal negocio. Contratarte tampoco fue mucho mejor. Y abrirte paso hasta el norte a fuerza de sobornos sería aún peor.

—Por favor. Haré lo que sea. Pagaré. Lo haré. Puedes utilizarme.

Raleigh suelta una carcajada.

—Tengo chicas de verdad. —Su sonrisa desaparece—. El problema, Emiko, es que no tienes nada que ofrecer. Te bebes el dinero que ganas todas las noches. Tus sobornos cuestan dinero, tu hielo cuesta dinero. Si no tuviera tan buen corazón, me limitaría a dejarte en la calle para que te fundieran los camisas blancas. Desde el punto de vista económico, eres una proposición nefasta.

—Por favor.

—No me cabrees. Arréglate para trabajar. No quiero verte con la ropa de calle cuando lleguen los clientes.

Sus palabras son terminantes, cargadas de autoridad. Emiko empieza a hacer una reverencia de forma automática, acatando sus deseos. Se detiene en seco. «No eres un perro. No eres una criada. El servilismo te ha dejado abandonada y rodeada de demonios en una ciudad de seres divinos. Si te comportas como una criada, morirás como un perro», se recuerda.

Endereza la espalda.

—Lo siento, pero debo ir al norte, Raleigh-san. Cuanto antes. ¿Cuánto costaría? Lo ganaré.

—Eres como un puñetero cheshire. —Raleigh se pone en pie de repente—. No dejas de venir a picotear los cadáveres.

Emiko se encoge. A pesar de su avanzada edad, Raleigh sigue siendo un *gaijin*, nacido y alimentado antes de la Contracción. Su altura resulta imponente. Retrocede un paso, intimidada. Raleigh sonrío con gesto torvo.

—Eso es, no olvides el lugar que te corresponde. Irás al norte, ya lo creo. Pero lo harás cuando a mí me dé la gana. Y no antes de haber ganado hasta el último baht necesario para sobornar a los camisas blancas.

—¿Cuánto?

Raleigh enrojece hasta la raíz de los cabellos.

—¡Más de lo que llevas ganado hasta ahora!

Emiko retrocede de un salto, pero Raleigh la agarra. La atrae de un tirón. Su voz es un gruñido enronquecido por el whisky.

—Una vez le fuiste útil a alguien, así que entiendo que un neoser como tú olvide cuál es su lugar. Pero no nos engañemos. Eres mía.

Su mano huesuda magrea el pecho de Emiko, le pellizca un pezón y se lo retuerce. Emiko gime de dolor y se encoge. Los acuosos ojos azules de Raleigh parecen los de una serpiente mientras la observa.

—Hasta la última parte de ti me pertenece —murmura—. Si mañana se me antojara fundirte, ese sería tu final. Nadie pestañearía siquiera. En Japón puede que los neoseres tengan algún valor. Aquí, no eres más que basura. —Vuelve a apretar. Emiko respira entrecortadamente, intentando mantenerse de pie. Raleigh sonrío—. Eres mía. No lo olvides.

La suelta de golpe. Emiko trastabilla de espaldas y se agarra al filo del mostrador.

Raleigh vuelve a concentrarse en su bebida.

—Te avisaré cuando hayas ganado lo suficiente para viajar al norte. Pero lo ganarás trabajando, y duro. Se acabaron los remilgos. Si un hombre solicita tus servicios, te irás con él y le harás disfrutar tanto que querrá volver para repetir la novedad. Tengo chicas naturales que ofrecen sexo natural para dar y tomar. Si quieres ir al norte, será mejor que empieces a ofrecer algo más.

Apura la bebida de un trago empujando el vaso, que a continuación descarga sobre la barra para que Daeng vuelva a llenarlo.

—Y ahora, alegra esa cara y empieza a ganar dinero.



Hock Seng contempla ceñudo la caja fuerte agazapada ante él. Es temprano en las oficinas de SpringLife, y debería estar ocupado, manipulando un libro de contabilidad, antes de que llegue el señor Lake, pero la caja fuerte acapara toda su atención. Se burla de él, ahí plantada, envuelta en el humo de las ofrendas que no han hecho nada por abrirla.

Desde el incidente de los amarraderos, la caja fuerte siempre está cerrada, y ahora el demonio de Lake no deja de mirar por encima del hombro e interesarse por el estado de las finanzas, siempre está inmiscuyéndose y haciendo preguntas. Mientras tanto, el Señor del Estiércol espera. Hock Seng lo ha visto dos veces más. Aunque el hombre se muestra paciente, Hock Seng presiente una creciente irritación, quizá incluso la disposición a encargarse del asunto personalmente. La ventana de la oportunidad empieza a cerrarse.

Hock Seng garabatea cifras en el libro, conciliando el dinero sustraído de la compra de una rueda de transmisión temporal. ¿Debería llevarse la caja entera y al diablo con todo? ¿Arriesgarse a que todas las sospechas recayeran sobre él? En la fábrica hay productos industriales capaces de traspasar el hierro en cuestión de horas. ¿Sería esto más aconsejable que hacer esperar al Señor del Estiércol y arriesgarse a que el padrino de todos los padrinos decida intervenir personalmente en la operación? Hock Seng sopesa sus opciones, todas ellas cargadas de peligros que le ponen la piel de gallina. Si la caja fuerte sufre cualquier desperfecto, su rostro aparecerá encolado en todas las farolas, y el momento es poco propicio para enemistarse con los demonios extranjeros. El aumento de la popularidad de Akkarat imprime una mayor respetabilidad también a los *farang*. Todos los días se escuchan nuevas noticias sobre la humillación de los camisas blancas. El Tigre de Bangkok es ahora un monje con la cabeza afeitada, sin familia ni propiedades.

¿Y si el señor Lake desapareciera directamente? Gracias a un cuchillo anónimo en las tripas mientras pasea por la calle, quizá. Sería fácil. Incluso barato. Chan el Risueño estaría dispuesto a hacerlo por quince baht, y el demonio extranjero dejaría de molestar a Hock Seng de una vez por todas.

Se sobresalta cuando alguien llama a la puerta con los nudillos. Hock Seng se endereza y guarda el libro de cuentas recién amañado debajo del escritorio.

—¿Sí?

En el umbral aparece Mai, la escuálida chiquilla de la cadena de producción. Hock Seng se tranquiliza ligeramente mientras la niña hace un *wai*.

—*Khun*. Hay un problema.

Hock Seng usa un trapo para limpiarse las manos manchadas de tinta.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

La mirada de la pequeña revolotea por toda la estancia.

—Sería mejor que viniera. En persona.

El miedo que exuda la niña es algo palpable. A Hock Seng se le eriza el vello en la nuca. Es prácticamente una mocosa. Quizá por eso él le ha hecho no pocos favores. Se ha ganado incluso alguna que otra bonificación arrastrándose por los estrechos túneles de los trenes de alimentación, inspeccionando los eslabones mientras esperaban a que la fábrica volviera a ponerse en marcha... y sin embargo, hay algo en su actitud que le recuerda a los malayos que se volvieron contra su pueblo. Cuando sus empleados, siempre tan leales y agradecidos, de pronto no podían mirarle a la cara. Si hubiera sido más perspicaz, habría anticipado el cambio. Habría visto que los chinos malayos tenían los días contados. Que incluso la cabeza de alguien de su talla, que contribuía generosamente a la beneficencia y

ayudaba a los hijos de sus empleados como si fueran de él, era candidata a adornar cualquiera de las picas plantadas en la cuneta.

Y aquí está Mai ahora, visiblemente nerviosa. ¿Será así como piensan venir a por él? ¿De manera furtiva? ¿Utilizando como señuelo a una chiquilla de aspecto inofensivo? ¿Será este el final de los tarjetas amarillas? ¿Por fin habrá decidido actuar contra él el Señor del Estiércol? Aparentando una despreocupación que dista de sentir, Hock Seng se reclina ligeramente en la silla mientras observa a la pequeña.

—Si tienes algo que decir —murmura—, hazlo ahora. Aquí.

Mai titubea. Salta a la vista que está asustada.

—¿Anda por aquí el *farang*?

Hock Seng consulta de reojo el reloj de la pared. Las seis.

—No creo que llegue hasta dentro de una o dos horas. Rara vez llega temprano.

—Por favor, le agradecería que me acompañara.

Así que la suerte está echada. Hock Seng asiente con la cabeza, sucinto.

—Sí, cómo no.

Se levanta y cruza la habitación hasta ella. Qué niña más guapa. Elegida a conciencia, sin duda. Por su aspecto inocuo. Se rasca la espalda, levantando el dobladillo suelto de la camisa y sacando el cuchillo, que empuña disimuladamente mientras se acerca. Espera hasta el último momento...

Agarra a Mai por el pelo y tira de ella. Aprieta el cuchillo contra su garganta.

—¿Quién te envía? ¿El Señor del Estiércol? ¿Los camisas blancas? ¿Quién?

Mai emite un jadeo, incapaz de liberarse sin cortarse.

—¡Nadie!

—¿Te crees que soy tonto? —Hock Seng presiona, rasgando la piel—. ¿De quién se trata?

—¡De nadie! ¡Lo juro! —Mai tiembla de miedo, pero Hock Seng sigue sin soltarla.

—¿No tienes nada que decir? ¿Algún secreto que te han pedido que guardes? Habla ahora mismo.

La presión de la hoja contra su cuello acelera la respiración de la muchacha.

—¡No! ¡*Khun*! ¡Lo juro! ¡No tengo secretos! Pero... Pero...

—¿Sí?

El cuerpo de Mai se encoge contra él, sin fuerza.

—Los camisas blancas —susurra—. Si los camisas blancas se enteran...

—Yo no soy ningún camisa blanca.

—Se trata de Kit. Kit se ha puesto malo. Y Srimuang. Los dos. Por favor. No sé qué hacer. No quiero perder el trabajo. No sé qué hacer. Por favor, no se lo diga al *farang*. Todos saben que el *farang* cerraría la fábrica. Mi familia necesita... Por favor. Por favor. — Está sollozando, apoyándose en él, implorándole como si de su salvador se tratara, con cuchillo o sin él.

Hock Seng hace una mueca y guarda el arma, sintiéndose viejo de repente. Esto es lo que significa vivir con miedo. Recelar de crías de trece años, pensar que tu propia hija podría estar conspirando contra ti. Se siente enfermo. No es capaz de mirarla a la cara.

—Tendrías que haberlo dicho antes —refunfuña—. Mentecata. Con estas cosas no se juega. —Se levanta la camisa y devuelve el cuchillo a su funda—. Llévame con tus amigos.

Despacio, Mai se enjuga las lágrimas. No le guarda rencor. Es adaptable, como suelen serlo los jóvenes. Una vez superado el mal trago, lo conduce obedientemente fuera del despacho.

Los trabajadores empiezan a congregarse en la planta de producción. Las grandes

puertas se abren de par en par con estrépito y el sol entra a raudales en la inmensa estancia. Las motas de estiércol y polvo se arremolinan en los rayos de luz. Mai lo guía por la sala de refinado, pisando entre pálidos montoncitos de virutas, y entra en el cuarto de las fresadoras.

Sobre sus cabezas, las pantallas de algas inundan la habitación con el penetrante olor salobre del proceso de secado. Mai deja atrás las fresadoras y se agacha para pasar por debajo de la cadena. Al otro lado, los tanques de algas se yerguen en silenciosas hileras, repletos de vida y salitre. Más de la mitad de ellos presentan indicios de haber reducido la producción. Las algas apenas si cubren su superficie, a pesar de que el espesor de la espuma debería superar los diez centímetros después de toda una noche sin recogerse.

—Ahí —susurra Mai, señalando con el dedo. Kit y Srimuang están recostados contra una pared. Los dos miran a Hock Seng con ojos vidriosos. Hock Seng se acerca y se arrodilla frente a ellos, sin tocarlos.

—¿Han comido juntos?

—Me parece que no. No son amigos.

—¿No podría tratarse de cibiscosis? ¿O de roya? No. —Menea la cabeza—. La edad me embota los sentidos. No es ninguna de las dos. No tienen manchas de sangre en los labios.

Kit gime e intenta incorporarse. Hock Seng da un respingo y reprime el impulso de limpiarse las manos en la camisa. El otro, Srimuang, ofrece un aspecto todavía más deplorable.

—¿De qué se encargaba este?

Mai titubea.

—Creo que alimentaba los tanques. Vertía sacos de comida para peces para las algas.

Hock Seng siente un cosquilleo por toda la piel. Dos cuerpos. Tendidos junto a los tanques cuya productividad se había encargado él mismo de restaurar al máximo para complacer al señor Anderson, desviviéndose por complacerlo. ¿Casualidad? Se estremece, ve la habitación desde una nueva perspectiva. El contenido que rebosa de los tanques moja el suelo y forma charcos junto a las oxidadas rejillas de desagüe. Brotes de algas decoran la superficie líquida, alimentándose de los restos de nutrientes. Si hay algún problema con los tanques, los vectores serán innumerables.

Por instinto, Hock Seng empieza a secarse las manos, pero se detiene en seco, con la piel hormigueando de nuevo. El polvillo gris de la sala de refinado se adhiere a sus palmas, indicando el lugar donde apartó las cortinas al pasar. Está rodeado de vectores en potencia. Sobre su cabeza, las pantallas de secado cuelgan en suspensión, inundando la penumbra del almacén con sus hileras, una fila tras otra, recubiertas de espuma negruzca. De una de ellas cae una gota de agua. Se rompe en el suelo junto a su pie. Y con ella llega la percepción de otro sonido. No había reparado en él nunca cuando la fábrica estaba llena de personas. Pero ahora, en el silencio de esta mañana, está por todas partes: el tenue golpeteo de la lluvia que se desprende de las pantallas.

Hock Seng se pone en pie de repente, reprimiendo un ataque de pánico.

«No seas tonto. No sabes si se trata de las algas. La muerte tiene muchas caras. Podría ser cualquier tipo de enfermedad.»

La respiración de Kit suena curiosamente entrecortada en el silencio, su pecho es un fuelle estropeado.

—¿Cree usted que es una pandemia? —pregunta Mai.

Hock Seng la fulmina con la mirada.

—¡No pronuncies esas palabras! ¿Es que quieres que los demonios se nos echen

encima? ¿Los camisas blancas? Como esto salga de aquí, cerrarán la fábrica. Nos moriremos de hambre como tarjetas amarillas.

—Pero...

Fuera, en la habitación principal, resuenan unas voces.

—Silencio, chiquilla. —Hock Seng le indica que se calle mientras se devana los sesos. Si los camisas blancas abrieran una investigación sería desastroso. El diablo extranjero del señor Lake tendría la excusa perfecta para clausurar la fábrica y para despedir a Hock Seng. Para enviarlo a las torres y dejar que se muriera de hambre. Para que muriera después de haber llegado tan lejos, cuando estaba tan cerca.

La fábrica sigue llenándose de ecos. Un megodonte suelta un gruñido. Las puertas traquetean. Las ruedas de transmisión principales cobran vida con estruendo cuando alguien realiza un ensayo en la cadena.

—¿Qué hacemos? —quiere saber Mai.

De soslayo, Hock Seng examina los tanques y las máquinas. Las habitaciones, vacías aún.

—¿Eres la única que sabe que están enfermos?

Mai asiente con la cabeza.

—Estaban así cuando llegué.

—¿Seguro? ¿No le dijiste a nadie más que ibas a buscarme? ¿No ha entrado nadie más aquí? ¿No había alguien contigo y a lo mejor pensó en tomarse el día libre al ver a estos dos?

Mai niega con la cabeza.

—No. Vine sola. Cerca de la entrada de la ciudad monto con un campesino. Me trae en su lancha, por los *khlongs*. Siempre llego temprano.

Hock Seng agacha la cabeza y mira a los dos hombres enfermos, y después a la niña. Los cuatro en la misma habitación. Cuatro. Se estremece ante la idea. Qué número más funesto, el cuatro. *Sz*. Cuatro. *Sz*. Muerte. Mejor sería tres, o dos...

O uno.

Uno es el número ideal para guardar un secreto. De forma inconsciente, la mano de Hock Seng se acerca al cuchillo, pensando en la chica. Complicado. Pero así y todo, menos complicado que el número cuatro.

La niña lleva la cabellera morena recogida en un moño alto y apretado para evitar que se enrede en las piezas de la cadena. Tiene el cuello desprotegido. Sus ojos no albergan ninguna sospecha. Hock Seng aparta la mirada y vuelve a estudiar los cuerpos, haciendo cábalas, pensando en números poco propicios. Cuatro, cuatro, cuatro. Muerte. Uno sería más deseable. Uno sería lo mejor. Respira hondo y toma una decisión. Estira el brazo hacia Mai.

—Ven aquí.

La niña vacila. Hock Seng frunce el ceño y le indica que se acerque.

—Quieres conservar tu empleo, ¿verdad?

Mai asiente con la cabeza, despacio.

—Pues ven. Estos dos tienen que ir a un hospital, ¿vale? Aquí no podemos ayudarles. Y dos hombres enfermos tirados junto a los tanques de algas no le harán ningún favor a nadie. No si queremos seguir teniendo algo que llevarnos a la boca. Sácalos de aquí y réunete conmigo en la puerta de al lado. No cruces la sala principal. La de al lado. Pasa por debajo de la cadena con ellos y ve por el acceso de servicio. La puerta de al lado, ¿entendido?

Mai asiente dubitativa. Hock Seng da una palmada para espolearla.

—¡Pues venga! ¡Deprisa! ¡Llévatelos a rastras si hace falta! —Indica los cuerpos—.

Pronto llegarán los demás. Una persona lo tiene complicado para guardar un secreto, y aquí estamos nosotros, cuatro. Hagamos que sea al menos un secreto entre dos. Cualquier cosa es preferible al cuatro. —«Muerte.»

Mai jadea, atemorizada, antes de entornar los ojos con gesto decidido. Se pone en cuclillas para bregar con el cuerpo de Kit. Hock Seng se queda observando hasta que la muchacha empieza a alejarse, y sale agachándose.

En la habitación principal, los obreros continúan guardando el almuerzo y riendo. Nadie tiene prisa. Los thais son holgazanes. Si fueran tarjetas amarillas chinos habrían empezado a trabajar ya y todo estaría perdido. Por una vez, Hock Seng se alegra de trabajar con tailandeses. Todavía le queda un poco de tiempo. Vuelve a agacharse para salir por la puerta lateral.

Una vez fuera, el callejón está desierto. Las altas paredes de la fábrica flanquean el angosto camino. Hock Seng trota hacia la calle Phosri y su amasijo de puestos de comida, fideos humeantes y niños harapientos. Una bicicleta con rickshaw cruza por delante de la abertura.

—¡Wei! —exclama—. ¡Samloh! ¡Samloh! ¡Espera! —Pero está demasiado lejos.

Renquea hasta la intersección, con cuidado de no cargar demasiado peso sobre la rodilla mala, y atisba otro rickshaw. Llama al conductor por señas. El tipo mira atrás de reojo para ver si hay algún competidor cerca y gira hacia Hock Seng pedaleando sin ninguna prisa, dejándose transportar por la ligera pendiente de la calle.

—¡Rápido! —grita Hock Seng—. ¡Kuai yidian, follaperros!

El hombre hace oídos sordos a los insultos y deja que la bicicleta ruede hasta detenerse.

—¿Me llamaba usted, *khun*?

Hock Seng monta y hace una seña en dirección a la callejuela.

—Tengo clientes para ti, si te das prisa.

El hombre suelta un gruñido y entra en el estrecho pasadizo. La cadena de la bicicleta repiquetea con parsimonia. Hock Seng rechina los dientes.

—Te pagaré el doble. ¡Deprisa! ¡Deprisa! —apremia al hombre, que se apoya en los pedales con un ápice más de empeño, aunque sigue remoloneando como un megodonte.

Mai aparece delante de ellos. Por un momento Hock Seng teme que haya cometido la estupidez de sacar los cuerpos antes de que llegue el rickshaw, pero no ve a Kit por ninguna parte. La pequeña espera hasta que el rickshaw se acerca para volver a desaparecer adentro y regresar arrastrando al primer trabajador incoherente.

El conductor del rickshaw titubea al ver el cuerpo, pero Hock Seng se inclina sobre su hombro y sisea:

—Te pagaré el triple. —Agarra a Kit y lo aúpa al asiento del rickshaw antes de que el tipo tenga ocasión de protestar. Mai vuelve a perderse de vista en el interior del edificio.

El conductor del rickshaw observa a Kit.

—¿Qué le pasa?

—Se ha emborrachado —responde Hock Seng—. Con un amigo. Como los pille el jefe, los despedirá.

—No parece borracho.

—Lo está.

—No. Parece...

Hock Seng clava la mirada en el hombre.

—Los camisas blancas te echarán el lazo igual que a mí, no lo dudes. Él está en tu vehículo, y tú estás respirando en su presencia.

El conductor del rickshaw pone los ojos como platos. Se aparta. Hock Seng

confirma sus sospechas con un cabeceo, sosteniéndole la mirada.

—Ya no tiene sentido quejarse. Te digo que están borrachos. Cuando vuelvas, te pagaré el triple.

Mai reaparece con el segundo trabajador y Hock Seng la ayuda a subirlo al asiento. Le indica a Mai que monte en el rickshaw con los hombres.

—Hospitales —dice. Se arrima—. Pero distintos, ¿de acuerdo?

Mai asiente enérgicamente.

—Bien. Chica lista. —Hock Seng da un paso atrás—. ¡En marcha! ¡Vamos! ¡Deprisa!

El conductor del rickshaw empieza a pedalear, mucho más rápido que antes. Hock Seng se queda viendo cómo se alejan. Las cabezas de los tres pasajeros y el dueño del vehículo oscilan y se mecen al compás de las ruedas que tropiezan con el empedrado. Hock Seng hace una mueca. Otra vez cuatro. Mala cifra, sin duda. Se obliga a contener la paranoia mientras se pregunta si últimamente habrá perdido el sentido de la estrategia. Un anciano asustado de su propia sombra.

¿Sería mejor para él que Mai, Kit y Srimuang fueran pasto de los *plaa* de aletas rojas en las turbias aguas del río Chao Phraya? ¿Estaría más a salvo si no fueran más que una colección de apéndices anónimos flotando entre las chapoteantes carpas voraces?

Cuatro. Sz. Muerte.

La proximidad de la enfermedad le pone la piel de gallina. Sin darse cuenta, frota las manos contra los pantalones. Tendrá que bañarse. Restregarse con un cepillo empapado en disolvente de cloro y rezar para que dé resultado. El conductor del rickshaw se pierde de vista con su cargamento de apestados. Hock Seng regresa al interior, a la planta de la fábrica donde traquetean las cadenas mientras dan vueltas de prueba y continúan resonando los saludos.

«Por favor, que sea algo fortuito. Por favor, que no sea la línea», implora.

¿Cuántas noches hace que no duerme? ¿Una? ¿Diez? ¿Diez mil? Jaidee ya ha perdido la cuenta. Las lunas se han sucedido en vela y los soles parecen un sueño mientras todo se añade al recuento, a las cifras que se aglomeran en un sucesión imparable de días y esperanzas marchitas. Ruegos y ofrendas sin respuesta. Los adivinos con sus predicciones. Los generales con sus promesas. Mañana. Dentro de tres días, seguro. Hay indicios de ablandamiento, circulan rumores sobre el paradero de una mujer.

Paciencia.

*Jai yen.*

Corazón frío.

Nada.

Disculpas y humillaciones en los periódicos. Una autocrítica, de su puño y letra. Más admisiones falsas de codicia y corrupción. doscientos mil baht que no puede restituir. Editoriales y censuras en las circulares. Historias propagadas por sus detractores, según los cuales se gastó el dinero en putas, en hacer acopio para su uso particular del arroz U-Text destinado a combatir las hambrunas, requisado en provecho propio. El Tigre no era más que otro camisa blanca corrupto.

Se imponen las multas. Se confiscan los restos de sus propiedades. El hogar de su familia es incendiado, una pira funeraria, mientras su suegra aúlla de dolor y sus hijos, despojados ya de su apellido, son somnolientos testigos de todo.

Se ha decidido que no cumplirá la pena en ningún monasterio cercano. En vez de eso será exiliado a los bosques de Phra Kritipong, donde el cerambicido ha convertido la tierra en un páramo y las mutaciones de la roya cruzan la frontera procedentes de Birmania. Desterrado al desierto para contemplar el *damma*. Le han afeitado las cejas, igual que el resto de la cabeza. Si quiere el destino que vuelva con vida de su penitencia, le espera una vida de vigilar tarjetas amarillas en los internados del sur: la más vil de las tareas, para el camisa blanca más vil.

Y a pesar de todo, sigue sin tener noticias de Chaya.

¿Está viva? ¿Muerta? ¿Fue Comercio? ¿Fue otro? ¿Un *jao por*, espoleado por la audacia de Jaidee? ¿Alguien dentro del Ministerio de Medio Ambiente? ¿Bhirombhakdi, irritado por la falta de protocolo de Jaidee? ¿Se pretendía que fuera un secuestro, o un asesinato? ¿Falleció luchando por escapar? ¿Continúa encerrada en la habitación de cemento de la fotografía, en algún rincón de la ciudad, sudando en alguna torre abandonada, esperando que él la rescate? ¿Alimenta su cadáver a los cheshires en cualquier callejón? ¿O flota acaso Chao Phraya abajo, pasto de las carpas *boddhi* rev 2.3 que con tanto éxito ha criado el ministerio? Solo tiene preguntas. Se asoma al abismo y grita, pero no obtiene ni siquiera la respuesta del eco.

De modo que ahora está sentado en un estéril *kuti* monacal, sito en los jardines del templo de Wat Bowonniwet, esperando a oír si el monasterio de Phra Kritipong piensa aceptar la tarea de redimirlo. Luce el blanco propio de los novicios. No puede vestirse de naranja. Ni ahora ni nunca. Él no es ningún monje. Cumple una penitencia especial. Sus ojos se fijan en las manchas de humedad rojizas de la pared, en los indicios de moho y podredumbre.

En una pared hay un árbol *bo* pintado. Sentado a su sombra, Buda busca la sabiduría.

Sufrimiento. Todo es sufrimiento. Jaidee contempla fijamente el árbol *bo*. Otra

reliquia histórica. El ministerio ha preservado unos pocos por medios artificiales, los que no quedaron reducidos a astillas por la presión de los cerambicidos que procreaban en su interior; los escarabajos se entierran y eclosionan en los retorcidos troncos del *bo* hasta que surgen en desbandada, volando, y saltan a su siguiente víctima, y después a otra, y a otra...

Todo es transitorio. Ni siquiera los árboles *bo* son para siempre.

Jaidee se acaricia las cejas, tantea las pálidas medialunas sobre sus ojos, allí donde una vez tuvo pelo. Todavía no se ha acostumbrado a llevarlas rasuradas. Todo cambia. Levanta la cabeza hacia el *bo* y Buda.

«Estaba dormido. Todo este tiempo. Estaba dormido y no sabía nada.»

Pero ahora, mientras contempla la reliquia del árbol *bo*, algo cambia.

Nada dura eternamente. Un *kuti* es una celda. Esta celda es una prisión. Está sentado en la cárcel mientras los que se llevaron a Chaya continúan viviendo, bebiendo, riendo y acostándose con prostitutas. Nada es permanente. Esta es la principal enseñanza de Buda. Ni una carrera, ni una institución, ni una esposa, ni un árbol... Todo cambia; el cambio es la única verdad.

Alarga una mano hacia el dibujo y acaricia la pintura desportillada, preguntándose si el artista se habría valido de un árbol *bo* auténtico como modelo, si habría tenido la suerte de vivir cuando aún existían, o si habría tenido que recurrir a alguna foto. La copia de una copia.

Dentro de mil años, ¿sabrán siquiera que alguna vez hubo árboles *bo*? ¿Sabrán los bisnietos de Niwat y Surat que había otras higueras, todas ellas ya extintas? ¿Sabrán que había muchos, muchísimos árboles, de distintas variedades? No solo la teca de Gates o el plátano modificado de PurCal, sino también muchos otros.

«¿Entenderán que no fuimos lo bastante rápidos ni lo bastante inteligentes para salvarlos a todos? ¿Que tuvimos que elegir?»

Los grahamitas que predicán en las calles de Bangkok hablan de la Santa Biblia y de las historias de salvación contenidas en ella. La historia del bodhisattva Noé, que salvó a todos los animales, árboles y flores en su gigantesca balsa de bambú y les ayudó a cruzar las aguas, con todos los restos del mundo apilados en su embarcación mientras buscaba una orilla. Pero ahora no hay ningún bodhisattva Noé. Solo está Phra Seub, que siente el dolor de la pérdida pero no puede hacer nada por detenerla, y los budas de barro blancos del Ministerio de Medio Ambiente, que contienen el crecimiento de las aguas por puro milagro.

El árbol *bo* se desdibuja. Jaidee nota las mejillas empapadas de lágrimas. Continúa mirándolo fijamente, igual que a Buda, en su postura de meditación. ¿Quién se iba a imaginar que los fabricantes de calorías atacarían a las higueras? ¿Quién se iba a imaginar que los árboles *bo* también sucumbirían? Los *farang* solo respetan el dinero. Se seca la cara. Pensar que algo puede durar eternamente es una estupidez. Quizá incluso el budismo sea transitorio.

Se pone en pie y se arrebujá en su hábito blanco de novicio. Hace un *wai* frente a la pintura desconchada de Buda bajo su árbol desaparecido.

La luna resplandece en la calle. Brillan unas pocas lámparas de metano verde, iluminando apenas los senderos que discurren entre los árboles de teca modificados hasta las puertas del monasterio. Anhelar lo irrecuperable es absurdo. Todo muere. Ha perdido a Chaya. Así es el cambio.

Nadie vigila las puertas. Su sumisión es algo que se da por sentado. Se espera de él que rece y se aferre a la esperanza del regreso de Chaya. Que se dejará someter. Ni siquiera sabe a ciencia cierta si hay alguien a quien le interese su suerte. Ya ha cumplido con su función. Un mazazo para el general Pracha, la ignominia para todo el Ministerio de Medio Ambiente. Si se queda o se va, ¿qué más da?



Sale a las calles anochecidas de la Ciudad de los Seres Divinos y encamina sus pasos hacia el sur, hacia el río, hacia el Palacio Real y las rutilantes luces de la metrópoli, por avenidas medio desiertas. Hacia los diques que impiden que la ciudad perezca ahogada por la maldición de los *farang*.

La Sagrada Columna de la Ciudad se yergue ante él con sus resplandecientes tejados, imágenes de Buda iluminadas por las ofrendas, rebosantes de dulce incienso. Fue aquí donde Rama XII declaró que la ciudad de Krung Thep no sería abandonada. Que no sucumbiría ante los *farang*, como había sucumbido Ayutthaya ante los birmanos tantos siglos atrás.

Imponiéndose a los cánticos de novecientos noventa y nueve monjes ataviados con mantos naranjas, el rey declaró que la ciudad se salvaría, y desde ese momento encargó su defensa al Ministerio de Medio Ambiente. Le encomendó la construcción de las grandes presas y los embalses que habrían de proteger la ciudad frente a las crecidas monzónicas y las olas gigantes de los tifones. Krung Thep se mantendría en pie.

Jaidee sigue caminando, escuchando las monótonas voces de los monjes que oran cada minuto del día, invocando el poder de los mundos espirituales en auxilio de Bangkok. Hubo ocasiones en que él mismo se arrodilló en el frío mármol del altar, postrado ante la columna central de la ciudad, para rogar por la ayuda del rey, de los espíritus y de cualquiera que fuese la fuerza vital que impulsaba a la ciudad antes de salir a hacer su trabajo. La columna de la ciudad era un talismán. Alimentaba su fe.

Ahora pasa por delante de ella con su hábito blanco sin dirigirle siquiera la mirada.

«Todo es transitorio.»

Continúa callejeando y se adentra en los bulliciosos barrios que respaldan el Charoen Khlong. Las aguas se mecen tranquilas. Ninguna pértiga perturba la oscura superficie a estas horas de la noche. Pero al frente, en uno de los porches cubiertos con paneles, titila la llama de una vela. Jaidee se acerca con sigilo.

—¡Kanya!

Su antigua teniente se da la vuelta, sorprendida. Recobra la compostura, pero no antes de que Jaidee tenga ocasión de ver su consternación ante lo que tiene delante: este hombre olvidado sin un solo cabello en la cabeza, ni siquiera en las cejas, sonriéndole como un loco desde el pie de la escalera. Jaidee se quita las sandalias y empieza a subir los escalones como un espectro. Es consciente del aspecto que ofrece, no puede por menos de sonreír mientras abre los paneles y entra en silencio.

—Pensaba que ya estarías en el bosque —dice Kanya.

Jaidee se sienta junto a ella, ordenando el hábito a su alrededor. Contempla las pestilentes aguas del *khlong*. Las ramas de un mango se reflejan en la superficie plateada, iluminada por la luna.

—No es fácil encontrar un monasterio que esté dispuesto a ensuciarse con alguien de mi calaña. Hasta Phra Kritipong parece tener reparos en lo que a enemigos del Estado respecta.

Kanya hace una mueca.

—Todo el mundo habla de su creciente influencia. Akkarat habla en público de permitir las importaciones de neoseres.

Jaidee da un respingo.

—No sabía nada. Unos cuantos *farang* lo han sugerido, pero...

La expresión de Kanya refleja la repugnancia que siente.

—Todos respetan a la reina, pero los neoseres no se rebelan. —Hunde un pulgar en la dura piel de un mangostán y desgaja la piel morada, casi negra en la oscuridad—. Torapee midiendo las pisadas de su padre.

Jaidee se encoge de hombros.

—Todo cambia.

Kanya tuerce el gesto.

—¿Cómo se puede luchar contra su dinero? Ahí radica su poder. ¿Quién se acuerda de sus jefes? ¿Quién se acuerda de sus obligaciones cuando el dinero fluye con la fuerza del océano contra los rompeolas? —Hace una mueca—. No nos enfrentamos a la crecida de las aguas. Nos enfrentamos al dinero.

—El dinero es atractivo.

El rictus de Kanya se torna amargo.

—Para ti no. Te comportabas como un monje mucho antes de que te enviaran al *kuti*.

—A lo mejor es por eso que dejo tanto que desear como novicio.

—¿No tendrías que estar allí ahora?

Jaidee esboza una sonrisa.

—Estaba empezando a anquilosarme.

Kanya se queda quieta y observa fijamente a Jaidee.

—¿No van a ordenarte?

—Soy un luchador, no un monje. —Jaidee se encoge de hombros—. Quedarse sentado en un *kuti*, meditando, no servirá de nada. Me dejé confundir en ese sentido. Perder a Chaya me confundió.

—Volverá. Estoy segura.

Jaidee sonrío con tristeza a su protegida, tan llena de fe y esperanza. Es asombroso que una mujer tan seria, que ve tanta melancolía en el mundo, pueda creer que en este caso, en estas circunstancias tan extraordinarias, el mundo vaya a dar un giro en la dirección adecuada.

—No. No va a volver.

—¡Volverá!

Jaidee sacude la cabeza.

—Siempre había pensado que tú eras la escéptica.

La angustia se refleja en los rasgos de Kanya.

—Has dado todos los pasos necesarios para indicar que te rindes. ¡No te queda más prestigio que perder! ¡Tienen que liberarla!

—No lo harán. Creo que no sobrevivió al primer día. Si me aferro a esa esperanza es solo porque estaba loco por ella.

—No sabes si ha muerto. Quizá la tengan secuestrada todavía.

—Como tú misma has dicho, ya no tengo ningún prestigio. Si quisieran darme una lección, la habrían soltado ya. El mensaje que pretendían transmitirme no es el que nos imaginábamos. —Jaidee contempla las tranquilas aguas del *khlóng*—. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que sea.

—Préstame una pistola de resortes.

Kanya pone los ojos como platos.

—*Khun...*

—No te preocupes. Te la devolveré. No hace falta que vengas conmigo. Lo único que necesito es un arma fiable.

—Pero...

Jaidee sonrío.

—No te preocupes. No me pasará nada. Y tampoco hay motivo para arruinar dos carreras.

—Quieres ir tras Comercio.

—Akkarat debe darse cuenta de que el Tigre aún tiene dientes.

—Ni siquiera sabes si fueron los de Comercio quienes la secuestraron.

—¿Quién si no? —Jaidee se encoge de hombros—. Me he ganado muchos enemigos, pero al final, en realidad solo cuenta uno. —Sonríe—. Está Comercio y estoy yo. Dejar que me convencieran de lo contrario fue una tontería.

—Te acompaño.

—No. Quédate aquí. Cuida de Niwat y Surat. Es lo único que te pido, teniente.

—Por favor, no lo hagas. Apelaré a Pracha, iré a...

Jaidee la interrumpe antes de que diga algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde. Hubo un tiempo en que habría dejado que se humillara ante él, que sus disculpas brotaran torrenciales como una catarata durante el monzón, pero ya no.

—No deseo nada más —le asegura—. Me doy por satisfecho. Iré tras Comercio y les haré pagar. Todo esto es *kamma*. No estaba escrito que conservara a Chaya eternamente, o viceversa. Pero creo que aún podemos hacer algo si nos aferramos al *damma*. Todos tenemos responsabilidades, Kanya. Para con nuestros superiores, para con nuestros hombres. —Se encoge de hombros—. He tenido muchas vidas distintas. Fui niño, y campeón de *muay thai*, y padre, y camisa blanca. —Baja la mirada a los pliegues de su hábito de novicio—. Hasta monje. —Sonríe—. No te preocupes por mí. Aún me quedan algunas etapas por atravesar antes de renunciar a esta vida y acudir al encuentro de Chaya. —Jaidee deja que su voz se endurezca—. Tengo asuntos pendientes, y no pararé hasta terminarlos.

Kanya lo observa, angustiada.

—No puedes ir solo.

—No. Iré con Somchai.

Comercio: el ministerio que opera con impunidad, que con tanta facilidad se burla de él, que le roba a su esposa y deja en él un vacío del tamaño de un durio.

«Chaya.»

Jaidee estudia el edificio. Frente a las luces cegadoras, se siente como un salvaje en la espesura, como un chamán de las montañas contemplando el avance de un ejército de megodontes. Por un momento, el sentido de su misión se tambalea.

«Debería ver a los chicos. Podría ir a casa», se dice.

Y sin embargo aquí está, en la oscuridad, vigilando las luces del Ministerio de Comercio, donde queman su asignación de carbón como si la Contracción jamás hubiera existido, como si no hicieran falta diques para contener el océano.

Ahí dentro, en alguna parte, hay un hombre agazapado, trazando planes. El hombre que lo espía en los amarraderos, hace una eternidad. El hombre que escupió un salivazo teñido de areca y se alejó contoneándose, como si Jaidee no fuera nada más que una cucaracha esperando a ser aplastada. El hombre que estaba sentado junto a Akkarat y asistió en silencio a la caída de Jaidee. Ese hombre le conducirá al lugar de descanso de Chaya. Ese hombre es la clave. Ahí dentro, en alguna parte, detrás de esas ventanas iluminadas.

Jaidee regresa al amparo de las tinieblas. Somchai y él se han vestido con ropas de calle oscuras, sin distintivos, para mimetizarse mejor con la noche. Somchai es rápido. Uno de los mejores. Peligroso cuerpo a cuerpo, y discreto. No hay cerradura que se le resista y, al igual que Jaidee, está motivado.

Somchai observa el edificio con gesto serio. Casi tanto como el de Kanya, si Jaidee se para a pensarlo. Es como si ese estado de ánimo terminara por apoderarse de todos, tarde o temprano. Como si fuera un gaje más del oficio. Jaidee se pregunta si será cierto que los

tailandeses sonrieron alguna vez, como afirman las leyendas. Cada vez que oye reír a sus hijos, es como si una orquídea floreciera en el bosque.

—Qué baratos se venden —murmura Somchai.

Jaidee asiente con la cabeza, sucinto.

—Todavía recuerdo cuando Comercio no era más que una pequeña cartera dependiente de Agricultura, y fíjate ahora.

—Se te notan los años. Comercio siempre fue un gran ministerio.

—No. Era un departamento diminuto. Un chiste. —Jaidee hace un gesto que abarca el moderno complejo, con sus sistemas de ventilación de alta tecnología, sus toldos y sus pórticos—. El mundo ha vuelto a cambiar.

Como si quisieran provocarle, una pareja de cheshires se encaraman a una balastrada de un salto para acicalarse y atusarse los bigotes. Aparecen y se esfuman de nuevo, sin importarles que alguien los descubra. Jaidee desenfunda la pistola de resortes y apunta.

—Eso es lo que nos ha dejado Comercio. Deberían poner un cheshire en su emblema.

—No lo hagas, por favor.

Jaidee mira a Somchai.

—No cuestan ningún karma. Carecen de alma.

—Sangran igual que cualquier otro animal.

—Se podría decir lo mismo de los cerambicidos.

Somchai agacha la cabeza, pero no añade nada más. Jaidee frunce el ceño y vuelve a guardar la pistola. De todas formas, sería un despilfarro de munición. Siempre habrá más.

—Serví en las brigadas de envenenamiento de cheshires —declara Somchai, al cabo.

—Ahora eres tú al que se le notan los años.

Somchai se encoge de hombros.

—Por aquel entonces tenía familia.

—No sabía nada.

—Cibiscosis 118.Aa. Fue rápido.

—Lo recuerdo. También se llevó a mi padre. Una variedad fulminante.

Somchai asiente con la cabeza.

—Los echo de menos. Espero que se hayan reencarnado bien.

—Seguro que sí.

Somchai se encoge de hombros.

—La esperanza es lo último que se pierde. Me hice monje por ellos. Pasé un año entero en la orden. Rezando. Realicé muchas ofrendas. —Repite—: La esperanza es lo último que se pierde.

Los cheshires maúllan ante la atenta mirada de Somchai.

—He matado miles de ellos. Miles. He matado a seis hombres en toda mi vida y jamás me he arrepentido, pero he matado miles de cheshires y siempre he tenido remordimientos. —Hace una pausa y se rasca detrás de una oreja, donde se aprecia la costra de un brote de pelusa de *fa'gan* contenido—. A veces me pregunto si la cibiscosis de mi familia no sería la retribución kármica de todos aquellos cheshires.

—Imposible. No son naturales.

Somchai se encoge de hombros.

—Se aparean. Comen. Viven. Respiran. —Esboza una ligera sonrisa—. Ronronean si los acaricias.

Jaidee pone cara de asco.

—Es verdad. Los he tocado. Son reales. Como tú y yo.

—Son simples cascarones vacíos, sin alma.

Somchai encoge los hombros de nuevo.

—Quizá incluso las mayores aberraciones de los japoneses estén vivas, a su manera. Me preocupa que Noi, Chart, Malee y Prem hayan renacido dentro de los cuerpos de unos neoseres. No todos somos lo bastante buenos como para convertirnos en *phii* de la Contracción. Quizá algunos terminemos reencarnados en neoseres, ¿sabes?, trabajando sin descanso en las fábricas japonesas. Somos tan pocos en comparación con el pasado... ¿adónde han ido todas las almas? ¿A los japoneses, tal vez? ¿A los neoseres?

Jaidee disimula la incomodidad que le producen las palabras de Somchai.

—Eso es imposible.

Somchai se encoge otra vez de hombros.

—En cualquier caso, no soportaría tener que volver a cazar cheshires.

—Pues cacemos personas.

Una puerta se abre en la acera de enfrente, y un empleado del ministerio sale a la calle. Jaidee ya ha empezado a cruzar, corriendo para alcanzar al hombre. Su objetivo se acerca con paso largo hasta una hilera de bicicletas y se agacha para quitar el candado de una rueda. La porra de Jaidee se desliza fuera de su funda. El hombre levanta la cabeza cuando Jaidee se le echa encima, esgrimiendo el arma. Le da tiempo a interponer un brazo. Jaidee lo aparta de un manotazo, traspasa su defensa y le atiza un porrazo en la coronilla.

—Eres rápido para tu edad —suelta Somchai al llegar hasta ellos.

Jaidee sonrío.

—Coge los pies.

Cruzan la calle cargando con el cuerpo, adentrándose en la oscuridad salpicada de charcos entre las farolas de metano. Jaidee registra los bolsillos. Tintinean unas llaves. Sonríe y las levanta como si fueran un trofeo. Se apresura a maniatar al hombre, le coloca una venda en los ojos y lo amordaza. Un cheshire se materializa en las proximidades, expectante, un parpadeo de percal, sombra y piedra.

—¿Crees que se lo comerán los cheshires? —pregunta Somchai.

—Si te importara, habrías dejado que los matara.

Somchai sopesa la respuesta, pero no dice nada. Jaidee termina de inmovilizar al hombre.

—Vamos. —Vuelven a cruzar la calle trotando, hasta la puerta. La llave se introduce con facilidad, y entran.

Ante el fulgor de las luces eléctricas, Jaidee reprime el impulso de buscar los interruptores y dejar el ministerio a oscuras.

—Es una estupidez que haya tantas personas trabajando hasta tan tarde. Consumiendo tanto carbón.

Somchai se encoge de hombros.

—Es posible que nuestro hombre esté en el edificio mientras hablamos.

—No si tiene suerte. —Pero Jaidee ha pensado lo mismo. Se pregunta si será capaz de contenerse si atrapa al asesino de Chaya. Se pregunta por qué tendría que hacerlo.

Cruzan sigilosamente más pasillos iluminados. Todavía quedan unas pocas personas en el edificio, pero nadie les presta atención. Los dos caminan con paso autoritario, con el aire de quienes están acostumbrados a ser tratados con respeto. Jaidee saluda con rápidas inclinaciones de cabeza, sin detenerse. Transcurrido un momento, encuentra el depósito de archivos que estaba buscando. Somchai y Jaidee se detienen ante las puertas de cristal. Jaidee levanta la porra.

—Cristal —observa Somchai.

—¿Quieres intentarlo tú?

Somchai examina la cerradura, saca un juego de ganzúas y empieza a manipular la abertura, masajeando los pestillos. Jaidee, de pie junto a él, aguarda impacientemente. Todas las luces del pasillo están encendidas.

Somchai sigue bregando con la cerradura.

—Eh. Da igual. —Jaidee empuña la porra—. Hazte a un lado.

El estruendo es efímero; los ecos se desvanecen enseguida. Esperan por si suena algún paso, pero no se oye nada. Entran en la habitación y empiezan a registrar los cajones. Cuando Jaidee encuentra por fin los archivos personales, comienza un examen minucioso de fotografías de mala calidad, una selección de las que parecen más familiares, separando, cribando.

—Me conocía —murmura Jaidee—. Me miró directamente.

—Todo el mundo te conoce —replica Somchai—. Eres famoso.

Jaidee tuerce el gesto.

—¿Crees que fue a los amarraderos para recoger algo? ¿O estaría allí por las inspecciones?

—Puede que quisieran lo que hubiese en las bodegas de carga de Carlyle. O en cualquier otro dirigible que abortó el aterrizaje y se posó en el Lanna Ocupado. Las opciones son infinitas, ¿no?

—¡Aquí! —Jaidee señala con el dedo—. Es este.

—¿Seguro? Me parece que tenía las mejillas más chupadas.

—Seguro.

Somchai frunce el ceño mientras analiza la carpeta por encima del hombro de Jaidee.

—Un tipo de segunda fila. Sin la menor importancia. Nadie influyente.

Jaidee menea la cabeza.

—No. Es poderoso. Vi cómo me miraba. Estaba presente en la ceremonia cuando me degradaron. —Arruga la frente—. No hay ninguna dirección. Solo Krung Thep.

Alguien arrastra los pies al otro lado de la puerta destrozada. Dos hombres aparecen en el umbral, empuñando sendas pistolas de resortes.

—¡Alto!

Jaidee hace una mueca. Esconde la carpeta a la espalda.

—¿Sí? ¿Algún problema?

Los guardias cruzan el umbral para inspeccionar el despacho.

—¿Quiénes sois?

Jaidee mira a Somchai.

—¿No decías que era famoso?

Somchai se encoge de hombros.

—No a todo el mundo le gusta el *muay thai*.

—Pero todo el mundo juega. Por lo menos habrán apostado dinero en mis combates.

Los guardias se acercan. Ordenan a Jaidee y a Somchai que se pongan de rodillas. Cuando se sitúan detrás de ellos para inmovilizarlos, Jaidee le propina un codazo en el vientre a uno de ellos. Gira levantando una rodilla que impacta contra la cabeza del hombre. Su compañero dispara una ráfaga de cuchillas antes de que Somchai le dé un golpe en la garganta. El hombre se desploma y suelta la pistola mientras de su tráquea rota escapa una serie de gorgoteos.

Jaidee agarra al guardia superviviente y tira de él hacia sí.

—¿Conoces a este hombre?

Sostiene en alto la foto de su objetivo. El guardia mira con atención y sacude la

cabeza; intenta arrastrarse en dirección a su pistola. Jaidee la aleja de una patada y golpea con otra al hombre en las costillas.

—¡Dime todo lo que sepas de él! Trabaja para vosotros. Para Akkarat.

El guardia niega con la cabeza.

—¡No!

Jaidee le pega un puntapié en la cara, abriéndole una herida. Se acuclilla junto al hombre gimoteante.

—Habla, o te reunirás con tu amigo.

Los dos dirigen la mirada al guardia, que jadea sin aire, estrangulado por su propia vía respiratoria aplastada.

—Habla —repite Jaidee.

—No hará falta.

En la puerta se yergue el objeto de deseo de Jaidee.

Un torrente de hombres irrumpe en la habitación ante él. Jaidee desenfunda la pistola, pero disparan y las cuchillas le hieren en el brazo. Suelta el arma. La sangre mana a borbotones. Se vuelve dispuesto a abalanzarse sobre las ventanas del despacho, pero lo derriban, resbalan por el mármol empapado. Todo el mundo rueda convertido en una maraña de brazos y piernas. En algún lugar, a lo lejos, Jaidee oye gritar a Somchai. Le colocan los brazos a la espalda, sin miramientos. Unas cintas corredizas hechas de tiras de juncos le inmovilizan las muñecas.

—¡Practicadle un torniquete! —ordena el hombre—. No quiero que muera desangrado.

Jaidee agacha la cabeza. La sangre brota a raudales de su brazo. Sus captores contienen la hemorragia. No sabe si el mareo que siente se debe a la pérdida de sangre o al repentino afán por asesinar a su adversario. Lo ponen en pie de un tirón. Somchai se reúne con él, con la nariz ensangrentada y un ojo cerrado. Tiene los dientes teñidos de rojo. Tras ellos, en el suelo, dos hombres yacen inertes.

El recién llegado los estudia. Jaidee le devuelve la mirada, negándose a girar la cabeza.

—Capitán Jaidee. Te hacía entregado a la vida monacal.

Jaidee intenta encoger los hombros.

—Mi *kuti* tenía muy poca luz. Se me ocurrió que sería más cómodo cumplir con mi penitencia aquí.

El hombre esboza una ligera sonrisa.

—Eso podemos arreglarlo. —Asiente con la cabeza hacia sus hombros—. Llevadlos arriba.

A rastras, sacan a Somchai y a Jaidee al pasillo. Llegan a un ascensor. Un genuino ascensor eléctrico, con diales luminosos e imágenes del Ramakin en las paredes. Cada uno de los botones es la boca de un demonio en miniatura, y un ribete de mujeres de senos generosos tocan *saw duang* y *jaka* alrededor de los bordes.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Jaidee al hombre, que se encoge de hombros.

—Eso no tiene importancia.

—Trabajas para Akkarat.

El hombre no responde.

Se abren las puertas. Salen al tejado. Quince plantas sobre el nivel del suelo. Empujan a Somchai y a Jaidee hacia la cornisa del edificio.

—Vamos —dice el hombre—. Esperad aquí arriba. Junto al borde, donde podamos veros.

Apuntan con las pistolas de resortes y les ordenan que avancen hasta que se sitúan

en la cornisa, desde donde pueden apreciar la vista del tenue fulgor de las farolas de metano. Jaidee estudia la caída.

De modo que esto es lo que se siente al enfrentarse a la muerte. Fija la mirada en el abismo. La calle, lejos a sus pies. El aire, esperándolo.

—¿Qué has hecho con Chaya? —pregunta.

El hombre sonríe.

—¿Por eso estás aquí? ¿Porque no te la hemos devuelto lo suficientemente rápido?

Jaidee siente una punzada de esperanza. ¿Es posible que estuviera equivocado?

—Puedes hacer conmigo lo que te plazca. Pero a ella suéltala.

El hombre parece titubear. ¿Acaso le remuerde la conciencia? Jaidee no sabría decirlo. Está demasiado lejos. ¿Significa eso que Chaya ha muerto realmente?

—Suéltala. Haz conmigo lo que quieras.

El hombre no dice nada.

Jaidee se pregunta si debería haber hecho las cosas de otra forma. Acudir allí era una temeridad. Pero ya había dado a Chaya por perdida. Y el hombre no ha prometido nada, nada que sugiera que sigue con vida. ¿Habrá obrado mal?

—¿Está viva o no? —pregunta.

El hombre sonríe ligeramente.

—Me imagino que la ignorancia debe de ser dolorosa.

—Suéltala.

—No era nada personal, Jaidee. Si hubiera habido otra salida... —El hombre se encoge de hombros.

Está muerta. A Jaidee no le cabe ninguna duda. Todo forma parte de algún tipo de plan. No debería haber permitido que Pracha le convenciera de lo contrario. Tendría que haber atacado inmediatamente, respaldado por todos sus hombres, haber enseñado a Comercio lo que significa la venganza. Se vuelve hacia Somchai.

—Lo siento.

Somchai se encoge de hombros.

—Siempre fuiste un tigre. Es tu naturaleza. Lo sabía cuando accedí a acompañarte.

—Aun así, Somchai, si morimos aquí...

Somchai sonríe.

—Entonces te reencarnarás en un cheshire.

Jaidee no puede reprimir una carcajada de sorpresa. El sonido es agradable, chispeante. Se descubre incapaz de parar. La risa crece en su interior, levantándole el ánimo. Incluso a los guardias se les escapa una risita. Jaidee ve de reojo la sonrisa de oreja a oreja de Somchai, y su gozo se multiplica.

Suenan pasos detrás de ellos. Una voz:

—Qué compañía más risueña. Vaya par de ladrones más graciosos.

Jaidee se domina con esfuerzo, sin aliento.

—Debe de tratarse de un error. Trabajamos aquí.

—Lo dudo. Daos la vuelta.

Jaidee se vuelve. Ante él se yergue el ministro de Comercio. Akkarat en persona. Y a su lado... La hilaridad de Jaidee lo abandona como el hidrógeno a un dirigible desgarrado. Akkarat está flanqueado por guardaespaldas. Panteras negras. Soldados de élite reales, un ejemplo de la alta estima en que el palacio tiene a Akkarat. Un puño helado oprime el corazón de Jaidee. En el Ministerio de Medio Ambiente no hay nadie que goce de semejante protección. Ni siquiera el general Pracha.

La consternación de Jaidee dibuja una leve sonrisa en los labios de Akkarat. Contempla a Jaidee y a Somchai como si estuviera inspeccionando tilapias en el mercado,



pero a Jaidee le da igual. Solo tiene ojos para el hombre anónimo que está a su espalda. El indiferente. El... Las piezas del rompecabezas encajan en su sitio de repente.

—No trabajas para Comercio —murmura—. Estás al servicio del palacio.

El hombre se encoge de hombros.

—Ya no eres tan valiente, ¿verdad, capitán Jaidee? —interviene Akkarat.

—Ahí lo tienes, te dije que eras famoso —susurra Somchai.

A Jaidee está a punto de escapársele la risa otra vez, aunque las implicaciones de este nuevo descubrimiento son preocupantes.

—¿Es cierto que te respalda el palacio?

Akkarat encoge los hombros.

—Comercio está en auge. El somdet chaopraya favorece una política abierta.

Jaidee calcula la distancia que los separa. Demasiado lejos.

—Me sorprende que un *heeya* como tú se atreva a acercarse tanto a su trabajo sucio.

Akkarat sonrío.

—No me lo perdería por nada del mundo. Has sido una espina muy cara de sacar.

—¿Piensas empujarnos con tus propias manos? —le provoca Jaidee—. ¿Quieres manchar tu *kamma* con mi muerte, *heeya*? —Hace un gesto con la cabeza para abarcar a los hombres que les rodean—. ¿O intentarás dejar esa lacra a tus hombres? ¿Dejarás que se reencarnen en cucarachas para que perezcan pisoteados mil veces antes de conseguir un renacimiento decente? ¿Que se manchen las manos de sangre con un asesinato a sangre fría? ¿Por dinero?

Los hombres se revuelven, nerviosos, y cruzan las miradas. Akkarat frunce el ceño.

—Serás tú el que se reencarne en una cucaracha.

Jaidee sonrío de oreja a oreja.

—En tal caso, adelante. Demuestra tu hombría. Empuja a un hombre indefenso.

Akkarat titubea.

—¿Acaso eres un tigre de papel? —insiste Jaidee—. Venga ya. ¡Date prisa! Empiezo a marearme, tan cerca del borde.

Akkarat lo observa con detenimiento.

—Has ido demasiado lejos, camisa blanca. Esta vez has ido demasiado lejos. —Da una zancada al frente.

Jaidee gira en redondo, levanta una rodilla y la estampa en las costillas del ministro de Comercio. Los hombres empiezan a gritar. Jaidee salta de nuevo, moviéndose con más agilidad de la que exhibió nunca en los estadios. Es como si jamás hubiera salido del Lumphini. Como si jamás hubiera dejado atrás el clamor de los espectadores y el sonido de las apuestas. Su rodilla aplasta la pierna de Akkarat.

Una llamarada estalla en las articulaciones de Jaidee, desacostumbradas a estas contorsiones, pero aun con las manos atadas a la espalda, sus rodillas siguen volando con la eficacia de un campeón. Da otra patada. El ministro de Comercio suelta un gruñido y trastabilla hasta el borde del edificio.

Jaidee levanta un pie para arrojar a Akkarat por encima de la cornisa, pero siente un dolor en la espalda. Se tambalea. Una nube de gotas de sangre flota en el aire. Los discos de las pistolas de resortes le atraviesan el cuerpo. Jaidee pierde impulso. El borde del edificio vuela a su encuentro. Atisba a los panteras negras sosteniendo a su jefe, llevándose en volandas.

Jaidee lanza una última patada, entregándose a la suerte, pero las cuchillas continúan hendiendo el aire, las pistolas de resortes silban mientras escupen los discos contra su carne. Los fognazos de dolor son abrasadores y profundos. Se derrumba contra la cornisa del edificio. Cae de rodillas. Intenta levantarse otra vez, pero el canto de las

pistolas es incesante, los tiradores son muchos, ensordecedor el alarido estridente de la energía liberada. No consigue recuperar el equilibrio. Akkarat está limpiándose la sangre del rostro. Somchai forcejea con otra pareja de panteras.

Jaidee ni siquiera siente el empujón que lo manda al otro lado del borde.

La caída es más breve de lo que esperaba.

El rumor se propaga como un incendio por las tablas podridas de Isaán. El Tigre ha muerto. No cabe duda de que Comercio está en auge. Hock Seng siente cómo se le pone el vello de punta en la nuca mientras la tensión se apodera de la ciudad. El vendedor de periódicos ya no sonríe. Una pareja de camisas blancas patrulla observando a todos los peatones, con cara de pocos amigos. Los dependientes de los puestos de hortalizas parecen haberse puesto a la defensiva de repente, como si traficaran con productos de contrabando.

El Tigre ha muerto, deshonorado de alguna manera, aunque nadie parece conocer los detalles. ¿Es cierto que lo castraron? ¿Que su cabeza adorna ahora una estaca frente al Ministerio de Medio Ambiente, como advertencia para todos los camisas blancas?

La situación hace que a Hock Seng le den ganas de coger el dinero y salir corriendo, pero los planos de la caja fuerte lo mantienen pegado a su mesa. No había vuelto a presentir vientos de cambio como estos desde el Incidente.

Se levanta y se dirige a los postigos del despacho. Se asoma a la calle. Regresa al ordenador a pedales. Transcurrido un instante, se acerca a la ventana de observación de la fábrica para estudiar a los thais que trabajan en las líneas. Es como si el ambiente estuviera cargado de electricidad. Se aproxima una tormenta, presagio de riadas y olas gigantes.

Los peligros acechan fuera y dentro de la fábrica. Hacia la mitad del turno regresó Mai, con los hombros caídos. Otra empleada enferma, enviada a un tercer hospital, esta vez en Sukhumvit. Y abajo, en el corazón del sistema de manufacturación, algo viscoso extiende sus tentáculos hacia todos ellos.

Hock Seng siente un escalofrío al pensar en la enfermedad que fermenta en esos tanques. Se han producido demasiados casos para atribuirlo al azar. Donde hay tres, habrá más, a menos que denuncie el problema. Pero si abre la boca, los camisas blancas reducirán la fábrica a cenizas y los planos de los muelles percutores del señor Lake volverán a cruzar los mares, y todo estará perdido.

Alguien llama con los nudillos a la puerta.

—Lai.

Mai entra sigilosamente en la habitación, atemorizada y compungida. Lleva el cabello negro alborotado. Sus ojos oscuros recorren la estancia, buscando al *farang*.

—Se ha ido a almorzar —informa Hock Seng—. ¿Has llevado a Viyada?

Mai asiente con la cabeza.

—Nadie me ha visto dejarla.

—Bien. Por lo menos eso.

Mai agradece sus palabras con un *wai* desganado.

—¿Sí? ¿Qué sucede?

La niña titubea.

—Hay camisas blancas por todas partes. Montones de ellos. Los vi en todas las intersecciones cuando iba al hospital.

—¿Te han parado? ¿Te han interrogado?

—No. Pero hay muchos. Más que de costumbre. Y parecen enfadados.

—Es el Tigre, y Comercio. Eso es todo. No nos buscan a nosotros. No saben nada.

Mai asiente dubitativa, pero no se va.

—Trabajar aquí se ha vuelto complicado —empieza a decir—. Ahora es muy peligroso. La enfermedad... —Le cuesta encontrar las palabras adecuadas. Al final, dice—: Lo siento mucho. Si muriera... —No consigue terminar la frase—. Lo siento.

Hock Seng asiente con la cabeza, comprensivo.

—Sí. Desde luego. No te harías ningún favor si enfermaras.

Para sus adentros, no obstante, se pregunta qué clase de seguridad espera encontrar la pequeña. Las pesadillas de las torres de los suburbios de los tarjetas amarillas todavía le despiertan por las noches, temblando y dando gracias por lo que tiene. Las torres cuentan con sus propias enfermedades, la pobreza es su asesino particular. Arruga la frente, preguntándose cómo lo haría él para poner el horror de una enfermedad desconocida en un platillo de la balanza y un empleo seguro en el otro.

No, este trabajo no ofrece ninguna seguridad. Es la misma filosofía que hizo que huyera de Malasia demasiado tarde. Su reticencia a aceptar que el barco se hundía y que haría bien en abandonarlo cuando su cabeza sobresalía aún por encima de las olas. Mai da muestras de sabiduría donde él pecó de miope. Asiente bruscamente con la cabeza.

—Sí. Por supuesto. Deberías irte. Eres joven. Eres thai. Encontrarás algo. —Se obliga a sonreír—. Algo bueno.

La niña titubea.

—¿Sí? —pregunta Hock Seng.

—Esperaba cobrar el finiquito.

—Desde luego. —Hock Seng se acerca a la caja fuerte auxiliar, abre la puerta, introduce la mano y saca un puñado de billetes rojos. En un ataque de generosidad que no termina de comprender, le entrega el fajo completo—. Ten. Coge esto.

Mai se queda sin aliento al ver la cantidad.

—*Khun*. Gracias. —Hace un *wai*—. Gracias.

—No es nada. Ahórralo. Gástalo con prudencia...

Un alarido surge de la planta de la fábrica, seguido de más gritos. Hock Seng siente una oleada de pánico. La cadena de producción se detiene. El timbre que señala la interrupción suena a destiempo.

Hock Seng corre hasta la puerta y contempla las líneas. Ploi está agitando una mano en dirección a la salida. Los demás abandonan sus puestos y se dirigen a las puertas en estampida. Hock Seng estira el cuello, esforzándose por descubrir el motivo.

—¿Qué pasa? —quiere saber Mai.

—No veo nada. —Hock Seng se vuelve y corre hasta los postigos, los abre de golpe. La avenida está repleta de camisas blancas que desfilan en ordenadas columnas. Contiene el aliento—. Camisas blancas.

—¿Se dirigen hacia aquí?

Hock Seng no responde. Mira la caja fuerte por encima del hombro. «Un poco más de tiempo...» No. Es una locura. Se demoró demasiado en Malasia; no piensa cometer el mismo error dos veces. Se acerca a la caja fuerte auxiliar y empieza a sacar el dinero en efectivo restante. Lo mete en una bolsa.

—¿Vienen por los enfermos? —pregunta Mai.

Hock Seng sacude la cabeza.

—Eso da igual. Ven. —Busca otra ventana y abre los postigos, revelando el resplandor del tejado de la fábrica.

Mai se asoma a las tejas abrasadoras.

—¿Qué es esto?

—Una vía de escape. Los tarjetas amarillas siempre están preparados para lo peor. —Sonríe mientras la aúpa—. Somos un poco paranoicos, ya sabes.

—¿Le dejaste claro a Akkarat que se trataba de una oferta con fecha de caducidad? —pregunta Anderson.

—¿De qué te quejas? —Carlyle brinda con Anderson con un vaso de cerveza de arroz tibia—. No ha ordenado que te descuarticen con megodontes.

—Puedo proporcionarle recursos. Y no pedimos mucho a cambio. No según los estándares históricos, al menos.

—Las cosas le están saliendo bien. A lo mejor cree que no te necesita. No con los camisas blancas humillados y sumisos. No tenía tanta influencia desde antes de la debacle del doce de diciembre.

Anderson compone un gesto de irritación. Coge su bebida y vuelve a posarla. No le apetece beber más alcohol caliente. Entre el bochorno y el sato, siente la cabeza aturdida y embotada. Empieza a sospechar que sir Francis intenta ahuyentar a los *farang*, ir eliminándolos poco a poco con promesas vacías y whisky del tiempo: «Hoy no hay hielo, lo siento mucho». Alrededor de la barra, los demás clientes parecen tan aletargados por el calor como él.

—Deberías haberte enrolado la primera vez que te lo ofrecí —observa Carlyle—. Ahora no estarías sudando la gota gorda.

—La primera vez que me lo ofreciste, eras un fanfarrón que acababa de perder un dirigible entero.

Carlyle se ríe.

—No supiste ver más allá de tus narices, ¿verdad?

Anderson deja pasar la pulla. Que Akkarat rechace la oferta de ayuda con tanta indolencia resulta molesto, pero lo cierto es que a Anderson le cuesta concentrarse en el trabajo. Emiko ocupa todos sus pensamientos, y su tiempo. Todas las noches la busca en Ploenchit, la monopoliza, la cubre de baht. Aun con lo codicioso que es Raleigh, la compañía del neoser sale barata. El sol se pondrá dentro de unas pocas horas, y Emiko volverá a subir al escenario con paso rígido. La primera vez que asistió a una de sus actuaciones, la chica mecánica reparó en su presencia y clavó en él la mirada, suplicándole que la rescatara de lo que estaba a punto de suceder.

—Mi cuerpo no me pertenece —respondió lacónicamente cuando Anderson le preguntó por el espectáculo—. Los hombres que me diseñaron me obligan a hacer cosas que no puedo controlar. Como si sus manos estuvieran dentro de mí. Como si fuera una marioneta, ¿sí? —Apretó los puños, abriéndolos y cerrándolos sin darse cuenta, pero siguió hablando en voz baja—. Me hicieron obediente, en todos los sentidos.

De pronto había sonreído y se había arrojado a sus brazos, como si no acabara de expresar la menor queja.

Es un animal. Tan servil como un perro. Y sin embargo, si Anderson procura no exigirle nada, si deja una distancia de seguridad entre ellos, emerge otra versión de la chica mecánica. Tan valiosa y exótica como un árbol *bo* vivo. Su alma, liberándose de la red sofocante de su ADN modificado.

Anderson se pregunta si se sentiría más conmovido por los abusos que sufre la muchacha si esta fuera una persona real. Resulta extraño, estar con una criatura manufacturada, construida y adiestrada para servir. Ella misma reconoce que su alma alberga sentimientos encontrados. Que no es capaz de distinguir exactamente qué partes de su ser le pertenecen solo a ella y cuáles son fruto del condicionamiento genético. ¿Proviene

su afán de servir de alguna porción de ADN canino que le hace asumir siempre que las personas naturales la superan en rango e inspira en ella una especie de lealtad de manada? ¿O se debe sencillamente al adiestramiento del que tanto le ha hablado?

El sonido de botas desfilando interrumpe las cavilaciones de Anderson. Carlyle, encorvado hasta ese momento, endereza la espalda y estira el cuello para ver a qué se debe el escándalo. Anderson se da la vuelta, y a punto está de tirar la cerveza.

La calle está infestada de uniformes blancos. Los peatones, las bicicletas y los carros buscan precipitadamente las aceras, amontonándose sin orden ni concierto contra los montones de escombros y las fábricas, abriendo paso a las tropas del Ministerio de Medio Ambiente. Anderson estira el cuello. Hasta donde alcanza la vista solo hay fusiles de resortes, porras negras y resplandecientes camisas blancas. Un sinuoso dragón que marcha cargado de determinación. El rostro resuelto de una nación que jamás ha sido conquistada.

—Jesús y Noé —musita Carlyle.

Anderson observa fascinado.

—Eso es un montón de camisas blancas.

Ante una señal invisible, dos de los camisas blancas se separan del grueso del grupo y entran en el local de sir Francis. Contemplan a los *farang* atontados por el calor con repugnancia mal disimulada.

Sir Francis, por lo general ausente y distraído, se apresura a salir de detrás del mostrador y dedica un hondo *wai* a los hombres.

Anderson indica la puerta con un cabeceo.

—¿Crees que es hora de irse?

Carlyle asiente con gesto serio.

—Pero intentemos que no se note mucho.

—Ya es un poco tarde para eso. ¿Crees que te buscan?

La expresión de Carlyle es tensa.

—Lo cierto es que esperaba que fuesen detrás de ti.

Sir Francis termina de hablar con los camisas blancas. Se da la vuelta y se dirige a sus clientes:

—Lo siento mucho. Estamos cerrados. Todo está cerrado. Debéis salir de inmediato.

Anderson y Carlyle se ponen en pie, tambaleándose.

—No tendría que haber bebido tanto —masculla Carlyle.

Salen a la calle en tropel, con los demás clientes del bar. Todos se quedan plantados al sol abrasador, parpadeando como pasmarotes mientras la marea de camisas blancas fluye ante sus ojos. El martilleo de los pasos inunda el aire. Retumba en las paredes. Sus ecos auguran violencia.

—Supongo que no se tratará de otra de las artimañas de Akkarat —susurra Anderson al oído de Carlyle—. Como tu dirigible capturado o algo por el estilo.

Carlyle no responde, pero la seriedad que se refleja en sus rasgos le dice a Anderson todo cuanto necesita saber. Cientos de camisas blancas inundan la calle, y no dejan de llegar más. El río de uniformes no tiene fin.

—Deben de haber sacado soldados del campo. Es imposible que haya tantos camisas blancas empleados en la ciudad.

—Son la primera línea del ministerio, para los incendios —dice Carlyle—. Para cuando la cibiscosis o la gripe aviar se salen de madre. —Empieza a señalar con el dedo pero enseguida baja la mano, reticente a llamar la atención sobre ellos. En vez de eso asiente con la cabeza—. ¿Has visto la insignia? ¿El tigre y la antorcha? Se trata prácticamente de una brigada suicida. Ahí es donde empezó el Tigre de Bangkok.

Anderson asiente con expresión fúnebre. Una cosa es quejarse de los camisas blancas, reírse de su estupidez y de su afán de sobornos, y otra muy distinta es verlos desfilar en relucientes columnas. Las pisadas estremecen el suelo y levantan nubes de polvo. La calle reverbera con los recién llegados. Anderson siente el impulso casi incontenible de huir. Son depredadores. Él es la presa. Se pregunta si Peters y Lei recibieron una advertencia parecida antes de que Finlandia se fuera al garete.

—¿Tienes una pistola?

Carlyle niega con la cabeza.

—Traen demasiados problemas.

Anderson inspecciona la calle en busca de Lao Gu.

—El conductor de mi rickshaw se ha largado.

—Malditos tarjetas amarillas. —Carlyle se ríe por lo bajo—. Siempre saben de dónde va a soplar el viento. Apuesto a que no hay ni un solo tarjeta amarilla en la ciudad que no se haya puesto ya a salvo.

Anderson agarra a Carlyle por el codo.

—Ven. Procura no llamar la atención.

—¿Adónde vamos?

—A averiguar de dónde sopla el viento. A ver qué sucede.

Anderson lo conduce por un callejón en dirección al *khlong* de transporte principal, el canal que desemboca en el mar. Casi de inmediato se tropiezan con una barrera de camisas blancas. Los guardias levantan los fusiles de resortes e indican a Anderson y Carlyle que se alejen.

—Me parece que van a acordonar todo el distrito —dice Anderson—. Las esclusas. Las fábricas.

—¿Cuarentena?

—Llevarían máscaras si fueran a quemar algo.

—Entonces, ¿un golpe de Estado? ¿Otro doce de diciembre?

Anderson mira a Carlyle de reojo.

—Un poco precipitado, ¿no crees?

Carlyle contempla a los camisas blancas.

—Puede que el general Pracha se nos haya adelantado.

Anderson tira de él en dirección opuesta.

—Acompáñame. Vayamos a mi fábrica. A lo mejor Hock Seng sabe algo.

A lo largo de toda la calle, los camisas blancas se afanan en sacar a la gente de las tiendas, ordenando que se cierren las puertas. Los últimos comerciantes se apresuran a proteger los escaparates con paneles de madera. Otro destacamento de camisas blancas desfila en formación.

Anderson y Carlyle llegan a la fábrica de SpringLife a tiempo de ver a los megodontes saliendo en fila por la puerta principal. Anderson agarra a uno de los *mahouts*, que detiene a su bestia con un golpe de fusta y se queda mirando a Anderson mientras el megodonte resopla y arrastra los pies, impaciente. El torrente de empleados de la cadena se divide para sortear el obstáculo.

—¿Dónde está Hock Seng? —pregunta Anderson—. El jefe tarjeta amarilla. ¿Dónde?

El hombre meneaba la cabeza. A su alrededor, los trabajadores continúan saliendo en desbandada.

—¿Han estado aquí los camisas blancas?

El hombre farfulla algo que a Anderson no le da tiempo a entender.

—Dice que los camisas blancas buscan venganza —traduce Carlyle—. Quieren

recuperar la honra.

El hombre empieza a hacer aspavientos, y Anderson se aparta de su camino.

Al otro lado de la calle, la fábrica chaozhou también está evacuando a sus empleados. Ya no queda ningún escaparate desprotegido. Todos los puestos de comida que no se han alejado empujados por sus despavoridos propietarios han sido arrastrados al interior de algún edificio. Todas las puertas están firmemente cerradas. Unos pocos thais espían desde las ventanas más altas, pero la calle en sí únicamente es escenario de la estampida de trabajadores y del desfile de camisas blancas. Los últimos empleados de SpringLife pasan corriendo junto a Carlyle y Lake, sin dirigirles siquiera la mirada.

—Esto se pone peor por momentos —musita Carlyle, cuyo bronceado tropical no logra imponerse a su palidez.

Una nueva oleada de camisas blancas dobla la esquina, en fila de a seis, una serpiente que se extiende a lo largo de toda la calle.

A Anderson se le pone el vello de punta al ver los escaparates reforzados. Es como si todo el mundo estuviera preparándose para resistir un tifón.

—Hagamos como los nativos y refugiémonos dentro. —Agarra una de las pesadas rejas de hierro y empuja con todas sus fuerzas—. Ayúdame.

Hace falta el esfuerzo combinado de ambos para cerrar las puertas y colocar las barras. Anderson echa los candados y se apoya en el hierro caliente, jadeando. Carlyle inspecciona los barrotes.

—¿Significa esto que estamos a salvo? ¿O atrapados?

—Todavía no nos han metido en la cárcel de Khlong Prem, así que asumamos que estamos ganando.

Pero interiormente, Anderson alberga sus dudas. Hay demasiadas variables en juego, y eso le pone nervioso. Recuerda una vez, en Missouri, cuando los grahamitas se sublevaron. Había habido tensiones, algún que otro discurso, y de pronto empezaron los incendios de los cultivos. Nadie había visto venir la violencia. Ni uno solo de sus espías había anticipado la tormenta que bullía bajo una superficie aparentemente tranquila.

Anderson terminó encaramado a lo alto de un silo, asfixiándose con el humo de los campos de HiGro envueltos en columnas de fuego, disparando sin descanso contra los alborotadores con un fusil de resortes que había rescatado del cadáver de un guardia de seguridad demasiado lento, sin dejar de preguntarse cómo era posible que nadie hubiese sabido ver las señales. Perdieron aquellas instalaciones por culpa de su ceguera. Y ahora es exactamente igual. Una erupción repentina, y la sorpresa de darse cuenta de que el mundo que comprende no es el mismo que el que habita.

¿Se trata de Pracha, que por fin ha decidido hacerse con todo el poder? ¿O de Akkarat, empeñado en sembrar más confusión? ¿O será acaso obra de una nueva plaga? Podría ser cualquier cosa. Mientras Anderson ve fluir la riada de camisas blancas, le parece oler de nuevo el humo de los silos incendiados de HiGro.

Por señas, le indica a Carlyle que entre en la fábrica.

—Busquemos a Hock Seng. Si alguien sabe algo, será él.

En la planta de arriba, las oficinas de administración están desiertas. El incienso de Hock Seng arde sin interrupción, proyectando sedosos hilos de humo gris. Encima de la mesa yacen papeles abandonados, mecidos por la suave brisa de los ventiladores de manivela.

Carlyle suelta una risita cargada de cinismo.

—¿Has perdido un ayudante?

—Eso parece.

La caja fuerte accesoria está abierta. Anderson echa un vistazo a los estantes. Faltan



al menos treinta mil baht.

—Maldita sea. El muy cabrón me ha desplumado.

Carlyle abre uno de los postigos, revelando los tejados que se extienden a lo largo de toda la fábrica.

—Echa un vistazo a esto.

Anderson frunce el ceño.

—Siempre estaba toqueteando los pestillos. Pensé que quería impedir que entrara nadie.

—Pues me parece que se ha dado el piro. —Carlyle se carcajea—. Deberías haberle despedido cuando aún podías.

Los ecos del martilleo de más botas sobre los adoquines ascienden hasta ellos. Es lo único que se oye en la calle.

—En fin, hay que reconocer que fue previsor.

—Ya sabes lo que dicen los thais: «Si ves correr a un tarjeta amarilla, ten cuidado con el megodonte que viene detrás».

Anderson pasea la mirada por el despacho una última vez antes de asomar medio cuerpo por la ventana.

—Ven. Veamos adónde ha ido mi ayudante.

—¿Hablas en serio?

—Si él no quería tropezarse con los camisas blancas, nosotros tampoco. Y salta a la vista que tenía un plan. —Anderson se da impulso y sale al sol. Las tejas le queman las manos. Las sacude mientras se yergue. Es como estar en una sartén. Estudia el tejado, respirando entrecortadamente a causa del calor abrasador, y ve la fábrica chaozhou al otro lado. Anderson da unos pasos, y entonces se vuelve y dice—: Sí. Creo que se fue por aquí.

Carlyle consigue encaramarse por fin al tejado. El sudor le perla el rostro y le empapa la camisa. Caminan sobre las tejas rojizas mientras el aire hierve a su alrededor. En la otra punta del tejado, su ruta termina en un callejón, resguardado de Thanon Phosri por un recodo de la avenida. Al otro lado del abismo, una escalerilla se descuelga hasta el suelo.

—Que me aspen.

Los dos se quedan mirando fijamente el callejón, tres pisos más abajo.

—¿Y el viejo chino ha saltado hasta ahí? —pregunta Carlyle.

—Eso parece. Y después bajó por la escalera. —Anderson se asoma al borde—. Menuda caída. —No puede por menos de sonreír ante la capacidad de inventiva de Hock Seng—. Puto zorro.

—La distancia es enorme.

—No tanto. Y si Hock Seng...

Anderson no tiene ocasión de terminar la frase. Carlyle pasa por su lado como una exhalación y cubre el abismo de un salto. Aterriza sin gracia y rueda por el tejado. Un segundo después, se levanta, sonriendo y haciendo señas a Anderson para que le siga.

Anderson frunce el ceño y coge carrerilla. El aterrizaje le estremece toda la dentadura. Cuando se pone en pie, Carlyle ya está desapareciendo por el borde, bajando por la escalerilla. Anderson sigue sus pasos, renqueando a causa de una rodilla magullada. Carlyle está inspeccionando el callejón cuando Anderson se sitúa a su lado de un salto.

—Ese camino conduce a Thanon Phosri y a nuestros amigos —informa Carlyle—. Eso no nos conviene.

—Hock Seng es un paranoico —dice Anderson—. Habrá calculado una ruta. Y seguro que no pasa por las calles principales.

Encamina sus pasos en la dirección opuesta. Casi inmediatamente aparece un hueco

entre las paredes de dos fábricas.

Carlyle sacude la cabeza, admirado.

—No está mal.

Se introducen en el estrecho pasadizo, avanzando con esfuerzo durante más de cien metros antes de llegar a una plancha de latón oxidado. Mientras retiran el burdo portal, una anciana les observa tras un montón de colada. Se encuentran en una especie de patio. Hay ropa tendida por todas partes, y el sol dibuja arcoíris en la tela mojada. La anciana les indica que pasen por su lado.

Un momento después salen a un *soi* diminuto, que a su vez desemboca en una serie de callejuelas laberínticas que discurren por una improvisada barriada donde viven los culis que trabajan en las compuertas de los diques, transportando mercancías desde las fábricas hasta los muelles. Más callejones en miniatura, obreros encorvados sobre fideos y pescado frito. Sacos de WeatherAll. Sudor y la penumbra de los tejados colgantes. Humo de pimientos asados que les hace toser y taparse la boca mientras se abren paso penosamente en medio del bochorno.

—¿Dónde diablos estamos? —murmura Carlyle—. Estoy completamente desorientado.

—¿Y eso qué más da?

Dejan atrás perros adormilados por el calor y cheshires tumbados encima de montañas de desperdicios. El sudor cae a chorros por el rostro de Anderson. La euforia del alcohol consumido a media tarde hace ya tiempo que se esfumó. Más callejones en sombra, más recovecos sinuosos, vueltas y recodos, encogiendo el estómago para pasar entre bicicletas, montones de chatarra y plásticos derivados de la resina de coco.

Aparece una abertura. Emergen a un resplandor diamantino. Anderson aspira el aire, relativamente fresco, alegrándose de haber dejado atrás la claustrofobia de los callejones. La carretera no es grande, pero aun así, hay tráfico.

—Creo que esto me suena —dice Carlyle—. Por aquí cerca hay un tipo que vende el café que le gusta a uno de mis empleados.

—Por lo menos no se ve ningún camisa blanca.

—Debo encontrar la manera de volver al Victoria. Tengo dinero depositado en la caja fuerte.

—¿Cuánto vale tu cabeza?

Carlyle hace una mueca.

—Eh. A lo mejor tienes razón. Tendré que ponerme en contacto con Akkarat, al menos. Averiguar qué sucede. Decidir cuál es nuestro próximo paso.

—Hock Seng y Lao Gu se han esfumado —dice Anderson—. Por ahora, hagamos como los tarjetas amarillas y pasemos desapercibidos. Podemos coger un rickshaw hasta el *khlóng* de Sukhumvit, y después ir en barca hasta cerca de mi casa. Así nos mantendremos lejos de las zonas industriales y comerciales. Y de todos esos puñeteros camisas blancas.

Hace señas al conductor de un rickshaw y ni siquiera se molesta en regatear mientras Carlyle y él suben al asiento.

Lejos de los camisas blancas, Anderson empieza a tranquilizarse. Se siente ridículo al recordar el pavor que le atenazaba hacía unos instantes. Que él sepa, podrían haber ido tranquilamente por la calle, sin que nadie les molestara. No hacía falta ir saltando por los tejados. Quizá... Sacude la cabeza, frustrado. Le falta demasiada información.

Hock Seng no se quedó a ver qué pasaba, sino que cogió el dinero y salió corriendo. Anderson piensa de nuevo en la ruta de escape, minuciosamente planeada. El salto... Se le escapa una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, Hock Seng. Lo tenía todo previsto. Hasta el último detalle. En cuanto surgió la menor complicación... ¡Zas! Salió disparado por la ventana.

Carlyle sonríe.

—No sabía que tuvieras ninjas de geriátrico en nómina.

—Creía... —Anderson deja la frase flotando en el aire. El rickshaw está aminorando la marcha. Frente a ellos, atisba algo blanco y se pone de pie para ver mejor—. Diablos. —El blanco almidonado del Ministerio de Medio Ambiente ha llegado a la carretera y está cortando el tráfico.

Carlyle se levanta como un resorte a su lado.

—¿Controles?

—Por lo visto no se trata únicamente de las fábricas. —Anderson mira atrás de reojo, buscando una salida, pero los peatones y las bicicletas empiezan a amontonarse, bloqueando el camino.

—¿Quieres que salgamos por patas?

Anderson pasea la mirada por la multitud. Detrás de él, el conductor de otro rickshaw se pone en pie sobre los pedales para inspeccionar el panorama, vuelve a sentarse y empieza a aporrear el timbre, irritado. Su chófer se suma al coro.

—Nadie parece preocupado.

A lo largo de la carretera, los thais pregonan las excelencias de sus montones de duros malolientes, sus cestos de limoncillo y sus chapoteantes cubos de pescado. Tampoco ellos parecen nerviosos.

—¿Quieres intentar marcarte un farol? —pregunta Carlyle.

—Diablos, qué sé yo. ¿Es que Pracha intenta darse golpes de pecho?

—Te lo he repetido mil veces, a Pracha le han quitado los dientes.

—Nadie lo diría.

Anderson estira el cuello, intentando atisbar qué sucede en la barrera. A juzgar por lo poco que puede ver, alguien está discutiendo con los camisas blancas, haciendo aspavientos. Un thai de piel oscura como la caoba y anillos de oro en los pulgares. Anderson se esfuerza por escuchar algo, pero las palabras se pierden en el estruendo mientras no dejan de sumarse ciclistas al atasco y aumenta el concierto de timbrazos.

Es como si los thais creyeran que se trata de un simple atasco. Están más impacientes que asustados. Se suman más ciclistas, y la música de los incesantes timbrazos lo envuelve.

—Ay... Mierda —murmura Carlyle.

Los camisas blancas apean de su bicicleta al tailandés indignado, que se desploma sin dejar de agitar los brazos. Los anillos de sus pulgares destellan al sol antes de desaparecer bajo un enjambre de uniformes blancos. Las porras de ébano suben y bajan, empapándose de sangre, relucientes.

Un aullido de perro apaleado inunda la calle.

Todos los conductores dejan de tocar el timbre. La calle enmudece mientras todo el mundo se vuelve y estira el cuello para ver algo. En medio del silencio, las súplicas entrecortadas del hombre se oyen perfectamente. A su alrededor, cientos de cuerpos se agitan y respiran. La gente mira a derecha e izquierda, nerviosa de repente, como un rebaño de ungulados que acabara de descubrir la presencia de un depredador en su seno.

El martilleo seco de las porras continúa.

Al cabo, los sollozos del hombre se truncan. Los camisas blancas se yerguen. Uno de ellos se da la vuelta e indica al tráfico que avance. Es un gesto impaciente, profesional, como si la gente se hubiera detenido a contemplar un puesto de flores o una atracción de feria. Titubeantes, los ciclistas empiezan a pedalear. El tráfico comienza a rodar. Anderson

vuelve a sentarse.

—Dios.

El conductor de su rickshaw carga el peso sobre los pedales y se ponen en marcha. La preocupación se refleja en los rasgos de Carlyle. De reojo, mira a los lados.

—Nuestra última oportunidad de salir corriendo.

Anderson no puede apartar la mirada de los camisas blancas que se acercan.

—Llamaríamos la atención.

—Somos putos *farang*. Ya estamos llamando la atención.

Los peatones y los ciclistas avanzan despacio, agolpándose en el cuello de botella, esquivando el escenario de la carnicería.

Media docena de camisas blancas rodean el cadáver. La sangre que mana de la cabeza del hombre ha formado un charco. Las moscas revolotean ya en torno a los regueros carmesíes, pegajosas las alas, atiborrándose de calorías. La sombra de un cheshire se agazapa con avidez en la periferia, alejada de la sangre que se coagula por una valla de perneras blancas. Todos los agentes tienen los puños salpicados de rojo, el rocío de la energía cinética absorbida.

Anderson contempla el macabro espectáculo. Carlyle carraspea nervioso.

El ruido hace que un camisa blanca levante la cabeza y sus miradas se cruzan. Anderson no sabe durante cuánto tiempo, pero el odio que anida en los ojos del agente es inconfundible. El camisa blanca arquea una ceja, desafiante. Se da un golpecito en la pierna con la porra, dejando una mancha sanguinolenta.

Otro golpecito y el agente ladea la cabeza bruscamente, indicando que Anderson debería apartar la mirada.

La muerte es una fase. Tránsito. El paso a una vida ulterior. Cuando Kanya reflexiona sobre esta idea el tiempo suficiente, se imagina que será capaz de asimilarlo, pero lo cierto es que Jaidee está muerto, que no volverán a verse jamás, y que por muchos méritos que hiciera Jaidee para su próxima reencarnación, por muchas ofrendas de incienso y plegarias que realice Kanya, Jaidee nunca será Jaidee otra vez, su esposa no va a regresar, y sus dos valientes hijos solo podrán ver pérdida y sufrimiento allí donde miren.

Sufrimiento. El dolor es la única verdad. Pero es mejor que los jóvenes tengan algún motivo para reír y sepan qué es el cariño, y si este deseo de acunar a un hijo es lo que liga a los padres a la rueda de la existencia, que así sea. Hay que mimar a los niños. Esto es lo que piensa Kanya mientras cruza la ciudad en bicicleta en dirección al ministerio y el nuevo hogar de los descendientes de Jaidee: hay que mimar a los niños.

Los camisas blancas patrullan las calles. Miles de sus colegas rodean las joyas de la corona de Comercio, controlando apenas la rabia que impera en todo el ministerio.

La caída del Tigre. El asesinato de su padre. El santo viviente, abatido.

Es tan doloroso como si hubieran perdido a Seub Nakhasathien de nuevo. El Ministerio de Medio Ambiente está de luto y la ciudad le acompaña en el sentimiento. Y si todo sale según el plan del general Pracha, Comercio y Akkarat pronto tendrán motivos para llorar a su vez. Comercio por fin ha ido demasiado lejos. Hasta Bhirombhakdi dice que alguien debe pagar por esta afrenta.

En las puertas del ministerio, Kanya enseña sus pases y entra en el complejo. Conduce la bicicleta por caminos de ladrillo, entre árboles de teca y bananeros, hasta la zona residencial. La familia de Jaidee siempre vivió en una casa humilde. Tan humilde como Jaidee. Pero ahora, los últimos restos de su familia se cobijan en algo infinitamente más pequeño. Un final amargo para una gran persona. Se merecía algo mejor que estos barracones de cemento infestados de moho.

El hogar de Kanya es mucho más espacioso de lo que jamás conoció Jaidee, y vive sola. Deja la bicicleta apoyada en una pared y se queda mirando el barracón fijamente. Uno de los muchos abandonados por el ministerio. Enfrente del edificio hay un trozo de tierra con malas hierbas y un columpio desvencijado. No muy lejos se encuentra una cancha de *takraw* cubierta de rastros, reservada para los empleados del ministerio. A esta hora del día no hay nadie jugando, y la red cuelga inerte al calor.

Kanya se demora frente al edificio en ruinas, viendo jugar a los niños. Los de Jaidee no se cuentan entre ellos. Surat y Niwat deben de estar dentro. Preparándose quizá para recibir la urna funeraria, pidiendo a los monjes que canten y ayuden así a garantizar el paso de su padre a su próxima encarnación. Kanya respira hondo. La tarea es ingrata, sin duda.

«¿Por qué yo? ¿Por qué yo? ¿Por qué me obligaron a trabajar con un bodhisattva? ¿Por qué me eligieron a mí?», se pregunta.

Siempre sospechó que Jaidee estaba al corriente de los extras que ella se llevaba para repartir con los hombres. Pero así era Jaidee, puro y limpio. Jaidee creía en su trabajo. No como Kanya. Kanya la cínica. Kanya la airada. No era como los que elegían esta profesión por la promesa de un buen sueldo y la posibilidad de que una chica guapa se fijara en alguien vestido de blanco, alguien que también tenía la autoridad para confiscar su puesto *pad thai*.

Jaidee luchaba como un tigre, y murió como un ladrón. Descuartizado, destripado, arrojado a los perros, los cheshires y los cuervos para que no quedara nada de él. Jaidee,

con el pene en la boca y la cara cubierta de sangre, un paquete remitido a la dirección del ministerio. Una declaración de guerra, si el ministerio estuviera seguro de la identidad del enemigo. Los rumores apuntan a Comercio, pero solo Kanya lo sabe a ciencia cierta. Solo ella conoce el secreto de la última misión de Jaidee.

Kanya arde de vergüenza. Empieza a subir las escaleras. El corazón martillea en su pecho mientras asciende. ¿Por qué el honorable Jaidee no podía mantener la nariz lejos de Comercio? ¿Aceptar el aviso? Y ahora ella debe visitar a sus hijos. Debe explicar a los pequeños valientes que su padre fue un buen luchador, que su corazón era puro. «Y ahora tengo que llevarme su equipo. Muchas gracias. Después de todo, es propiedad del ministerio.»

Kanya llama a la puerta con los nudillos. Vuelve a bajar los escalones para que la familia tenga tiempo de arreglarse. Uno de los muchachos —le parece que se trata de Surat— abre la puerta y saluda con un hondo *wai*.

—¿Es la hermana Kanya! —anuncia hacia el interior de la vivienda.

La suegra de Jaidee se apresura a acudir a la puerta. Kanya hace un *wai* y la anciana la imita, invitándola a entrar.

—Siento molestaros.

—No es molestia. —Tiene los ojos enrojecidos. Los dos muchachos la observan solemnemente. Todo el mundo está en pie, apelotonado, indeciso. Al cabo, la anciana añade—: Querrás recoger sus cosas.

El azoramiento de Kanya le impide responder en voz alta, pero consigue asentir con la cabeza. La suegra la conduce al interior de un dormitorio. Que nada esté en su sitio da fe del dolor de la anciana. Los niños están atentos a todos sus movimientos. La anciana apunta con el dedo a una mesita acoplada en un rincón, una caja con las pertenencias de Jaidee. Archivos que estaba leyendo.

—¿Eso es todo? —pregunta Kanya.

La anciana se encoge de hombros sin entusiasmo.

—Es lo que conservó cuando quemaron la casa. No he tocado nada. Lo traje aquí antes de ir al *wat*.

Kanya sonríe abochornada.

—*Kha*. Sí. Lo siento. Por supuesto.

—¿Por qué le hicieron esto? ¿No tenían bastante?

Kanya encoge los hombros con impotencia.

—No lo sé.

—¿Los encontrarás? ¿Te vengarás?

Kanya vacila. Niwat y Surat la observan con gesto solemne. Su jovialidad se ha esfumado por completo. No les queda nada. Kanya agacha la cabeza, hace un *wai*.

—Los encontraré. Lo juro. Aunque me cueste la vida.

—¿Tienes que llevarte sus cosas?

Kanya esboza una sonrisa titubeante.

—Lo dicta el protocolo. Debería haber venido antes. Pero... —No sabe cómo terminar la frase—. Esperábamos que cambiaran las tornas. Que recuperara su puesto. Si hay efectos personales o recuerdos, los devolveré. Pero necesito el equipo.

—Desde luego. Es muy valioso.

Kanya asiente con la cabeza. Se arrodilla junto a la caja de WeatherAll repleta de carpetas, un revoltijo de archivos, folios, sobres y utensilios del ministerio. El cargador de cuchillas de repuesto de una pistola de resortes. Una porra. Su cinta corrediza. Documentos. Todo ello mezclado.

Kanya se imagina a Jaidee llenando esta caja después de haber perdido ya a Chaya,

a punto de perder todo lo demás. No es ninguna sorpresa que no se tomara la molestia de ser más ordenado. Revuelve las cosas. Encuentra una fotografía de Jaidee en su época de cadete, de pie junto a Pracha, ambos con aspecto lozano y confiado. La saca, pensativa, y la deja encima de la mesa.

Levanta la cabeza. La anciana ha salido de la habitación, pero Niwat y Surat siguen allí, observándola como una pareja de cuervos. Les ofrece la foto. Al cabo de un momento, Niwat estira el brazo y la coge, se la enseña a su hermano.

Kanya se apresura a inspeccionar el resto de la caja. Todo lo demás parece ser propiedad del ministerio. Se siente mezquinamente aliviada; así pues, no hará falta que vuelva. Le llama la atención una cajita de teca. La abre. Medallas de los campeonatos de *muay thai* de Jaidee, resplandecientes. Kanya se las entrega a los silenciosos muchachos, que se arraciman en torno a la prueba de los triunfos de su padre mientras Kanya termina de revisar los papeles.

—Aquí dentro hay algo —dice Niwat, con un sobre en la mano—. ¿Esto también es para nosotros?

—¿Estaba con las medallas? —Kanya se encoge de hombros y sigue inspeccionando el interior de la caja—. ¿Qué hay dentro?

—Fotos.

Kanya levanta la cabeza, intrigada.

—A ver.

Niwat se las da. Kanya les echa un vistazo. Al parecer se trata de un registro de sospechosos en los que Jaidee estaba interesado. Akkarat figura en varias de ellas. *Farang*. Muchas fotos de *farang*. Imágenes de hombres y mujeres sonrientes que rodean al ministro como fantasmas, deseando chuparle la sangre. Akkarat, ignorante, sonríe con ellos, encantado de encontrarse en su compañía. Kanya baraja más fotografías. Caras desconocidas. Comerciantes *farang*, seguramente. Aquí hay uno gordo, atiborrado de calorías en el extranjero, quizá un representante de PurCal o AgriGen de visita desde Koh Angrit, con la esperanza de cultivar favores en un reino que acaba de reabrir sus puertas, donde Comercio está en auge. Aquí otro, el tal Carlyle que había perdido un dirigible. Kanya sonríe ligeramente. Cómo debió de escocerle eso. Pasa la foto y se queda sin aliento, asombrada.

—¿Qué pasa? —pregunta Niwat—. ¿Qué ocurre?

—Nada —se obliga a responder Kanya—. No es nada.

En la fotografía sale ella, bebiendo con Akkarat en su barco de placer. La lente está lejos, la calidad de la imagen es mala, pero se trata de ella, sin la menor duda.

«Jaidee lo sabía.»

Kanya se queda mirando fijamente la imagen durante mucho tiempo, obligándose a respirar. Contemplando la foto. Meditando sobre el *kamma* y el deber mientras los hijos de Jaidee la observan solemnes. Meditando sobre su jefe, quien jamás le había mencionado esta foto. Meditando sobre las cosas que sabe alguien de la talla de Jaidee, las cosas que no revela, y el precio de sus secretos. Estudia la fotografía, debatiendo consigo misma. Al cabo, la separa del resto y la guarda en un bolsillo. Devuelve las demás al interior del sobre.

—¿Era una pista?

Kanya asiente solemnemente con la cabeza. Los muchachos imitan su gesto. No hacen más preguntas. Son buenos chicos.

Inspecciona el resto de la habitación con esmero, buscando más pruebas que se le podrían haber pasado por alto, pero no encuentra nada. Cuando termina, se agacha para levantar la caja que contiene los archivos y el equipo. Es pesada, pero no tanto como la fotografía que acecha ahora como una cobra enroscada en el bolsillo de su pechera.

En la calle, al aire libre, se obliga a llenarse los pulmones de aire. El hedor de la vergüenza le congestiona la nariz. No es capaz de volver la vista atrás para despedirse de los niños que aguardan en el umbral. Los huérfanos que deben pagar el precio del inquebrantable valor de su padre, que sufren porque su padre eligió un oponente digno de él. En vez de amedrentar a los vendedores de fideos en el mercado nocturno, escogió una némesis real, implacable y despiadada. Kanya cierra los ojos.

«Intenté avisarte. No deberías haber ido. Lo intenté.»

Engancha la caja a la cesta de su bicicleta y cruza el complejo pedaleando. Para cuando llega al edificio principal de administración, ya ha recuperado la compostura.

El general Pracha se encuentra de pie a la sombra de un bananero, fumando un Gold Leaf. A Kanya le sorprende ser capaz de mirarle a la cara. Se acerca y hace un *wai*.

El general asiente con la cabeza, aceptando el saludo de Kanya.

—¿Tienes sus pertenencias?

Kanya asiente en silencio.

—¿Y has visto a sus hijos?

Kanya vuelve a asentir.

Pracha arruga la frente.

—Se mean en nuestra casa. Nos dejan su cuerpo en nuestra propia puerta. Debería ser imposible, y sin embargo aquí, dentro de nuestro propio ministerio, nos desafían. — Aplasta el cigarrillo—. Capitana Kanya, tú quedas al mando. Los hombres de Jaidee son tuyos. Es hora de combatir como siempre quiso Jaidee. Haz que el Ministerio de Comercio sangre, capitana. Salva nuestro orgullo.



Al filo del precipicio de la torre en ruinas, Emiko mira fijamente hacia el norte.

Lo hace todos los días desde que Raleigh confirmó la existencia del refugio de los neoseres. Desde que Anderson-sama sugirió la posibilidad. No puede evitarlo. Incluso cuando yace en los brazos de Anderson-sama, incluso cuando la invita a quedarse con él, pagando las multas del bar durante días seguidos, no puede evitar soñar con ese lugar donde no existen los amos.

El norte.

Respira hondo, aspirando el olor del mar, del estiércol quemado y de las orquídeas en flor. A sus pies, el amplio delta del Chao Phraya acaricia las compuertas y los diques de Bangkok. En la orilla lejana, Thonburi flota como puede sobre balsas de bambú y casas elevadas. El *prang* del Templo del Amanecer sobresale de las aguas, rodeado por los cascotes de la ciudad sumergida.

El norte.

Unas voces procedentes de abajo ponen fin a sus ensoñaciones. Su cerebro tarda unos instantes en traducir el ruido que se filtra hasta ella, pero su mente cambia del japonés al tailandés y los sonidos se transforman en palabras. Palabras que se convierten en gritos.

—¡Silencio!

—¡*Mai ao!* ¡No! ¡No nonono!

—¡Túmbate! ¡*Map lohng dieow nee!* ¡Boca abajo!

—¡Por favor porfavorporfavor!

—¡Que te tumbes!

Emiko ladea la cabeza, escuchando el altercado. Tiene buen oído, otra cosa que le dieron los científicos, junto con la piel tersa y el instinto canino de obedecer. Escucha. Más gritos. El golpeteo de pisadas y algo que se rompe. Se le eriza el vello de la nuca. Lo único que lleva puesto es un tanga y un sujetador con tirantes. El resto de su atuendo está abajo, esperando el momento de ponerse la ropa de calle.

Continúan filtrándose los gritos. Un alarido de dolor. Un dolor animal, primigenio.

Camisas blancas. Una redada. Un torrente de adrenalina recorre todo su ser. Tiene que escapar del tejado antes de que lleguen. Emiko se vuelve y encamina sus pasos hacia la puerta, pero se detiene en seco al llegar al hueco de la escalera, donde resuenan pasos.

—Escuadrón Tres. ¡Despejado!

—¡Y el ala?

—¡Despejada!

Emiko cierra la puerta de un empujón y apoya la espalda en ella, atrapada. Ya han empezado a obstruir la escalera. Mira alrededor del tejado, buscando otra vía de escape.

—¡Registrad la azotea!

Emiko corre hacia la cornisa de la torre. El primer balcón se extiende diez metros más abajo, adosado a un ático que recuerda la época de mayor esplendor del edificio. Contempla fijamente el diminuto balcón, mareada. Más abajo no hay nada salvo la caída hasta la calle y las personas que la pueblan como termitas negras.

Las rachas de viento tiran de ella hacia el borde. Emiko se tambalea y recupera el equilibrio a duras penas. Es como si los espíritus del aire estuvieran intentando matarla. Vuelve a fijar la mirada en el balcón. No. Es imposible.

Se da la vuelta y regresa corriendo a la puerta, buscando algo con lo que atrancarla. La azotea está sembrada de fragmentos de ladrillos y tejas, además de la ropa colgada en

los tendales, pero nada... Encuentra los restos de una escoba vieja. Se apresura a agarrarla y la afianza contra el marco de la puerta.

Los goznes están tan oxidados que la presión ejercida basta para combar la hoja. Empuja el palo de la escoba con más fuerza, haciendo una mueca. El WeatherAll de la escoba es más robusto que el metal de la puerta.

Emiko mira a su alrededor en busca de otra solución. Ya ha empezado a recalentarse de tanto correr de un lado para otro como una rata asustada. El sol es una gran pelota roja que se hunde en el horizonte. Sombras alargadas se estiran sobre la deteriorada superficie del tejado del edificio. Gira hasta trazar un círculo completo, aterrada. Su mirada se posa en la colada y en los tendales. Tal vez podría utilizar las cuerdas para descender. Corre hasta una de ellas e intenta arrancarla, pero es recia y está bien sujeta. No quiere soltarse. Tira de nuevo.

La puerta se estremece a su espalda. Una voz maldice al otro lado.

—¡Abran! —La puerta salta en el marco cuando alguien la embiste, intentando derribar el improvisado puntal de Emiko.

Inexplicablemente, oye la voz de Gendo-sama dentro de su cabeza, diciéndole que es perfecta. Óptima. Sublime. Hace una mueca ante las palabras del viejo malnacido mientras propina otro tirón a la cuerda, aborreciéndolo, aborreciendo a la vieja serpiente que la amaba y se deshizo de ella. La cuerda le corta las manos pero se niega a rendirse. Gendo-sama. Menudo traidor. Emiko morirá porque es óptima, pero no lo suficiente para obtener un billete de vuelta.

«Me estoy abrasando.»

Óptima.

Otro porrazo a su espalda. La puerta se astilla. Renuncia a la cuerda. Vuelve a girar sobre los talones, desesperada por encontrar una solución. A su alrededor solo hay cascotes y el cielo abierto. Lo mismo podría estar a mil kilómetros de altura. Una altura óptima.

Una bisagra salta de su sitio, proyectando en todas direcciones una lluvia de fragmentos metálicos. La puerta se comba. Tras echar un último vistazo atrás por encima del hombro, Emiko sale disparada hacia el borde del edificio, esperando aún que se produzca un milagro. Que haya una manera de descender.

Se detiene al llegar a la cornisa, haciendo molinetes con los brazos. El precipicio abre las fauces a sus pies. El viento tira de ella. No hay nada. Ningún asidero. Ninguna forma de bajar. Vuelve a mirar atrás, a los tendales. Si pudiera...

La puerta se libera de sus goznes. Una pareja de camisas blancas cruzan el umbral atropelladamente, a trompicones, pistolas de resortes en mano. Al verla, aprovechan el impulso para correr hacia ella.

—¡Alto! ¡Ven aquí!

Emiko se asoma al filo de la cornisa. Los peatones son meros puntitos a sus pies; el balcón tiene el tamaño de un sello postal.

—¡Alto! ¡*Yoot dieow nee!* ¡Detente!

Las camisas blancas corren tan deprisa como pueden, y sin embargo, por extraño que parezca, de repente parecen muy lentos. Tan lentos como la miel en un día frío.

Emiko los observa asombrada. Ya han cubierto la mitad del tejado, pero avanzan muy, muy despacio. Es como si corrieran entre gachas de arroz. Todos sus movimientos se ralentizan. Qué lentos. Tan lentos como el hombre que la persiguió por los callejones e intentó apuñalarla. Tan lentos...

Emiko sonrío. Óptima. Se yergue sobre la cornisa de la azotea.

Los camisas blancas abren la boca para gritar algo más. Sus pistolas de resortes se levantan, buscándola. Emiko ve que las bocas rasgadas de los cañones convergen sobre

ella. Distraída, se pregunta si no será ella la lenta. O la gravedad misma.

El viento sopla a su alrededor, llamándola. Los espíritus del aire tiran de ella, agitan frente a sus ojos una red negra trenzada con sus propios cabellos. La aparta. Dedicar una sonrisa serena a las camisetas blancas que corren todavía, que siguen apuntando sus pistolas de resortes, y da un paso atrás hacia el vacío. Los ojos de las camisetas blancas se abren desmesuradamente. Sus armas escupen fogonazos carmesíes, escupiendo discos en dirección a ella. Una, dos, tres... las cuenta al vuelo... cuatro, cinco...

La gravedad se apodera de ella. Los hombres y sus proyectiles se pierden de vista. Se estrella contra el balcón. Se pega con las rodillas en la barbilla. Se tuerce un tobillo, que emite un chirrido metálico. Rueda hasta chocar con la barandilla del balcón, que se hace añicos y se desintegra. Emiko se precipita en caída libre. Mientras desciende, estira el brazo hacia una desvencijada balaustrada de cobre. Se detiene en seco y se queda colgando sobre el abismo.

A su alrededor solo se abren las fauces del vacío, invitándola a seguir cayendo. Las ráfagas de aire caliente tiran de ella. Jadeando, Emiko se encarama al balcón inclinado. Tiembla de pies a cabeza, siente todo el cuerpo dolorido, y no obstante todavía le responden los brazos. No se ha roto ni un solo hueso en la caída. «Óptima.» Logra afianzar una pierna en el balcón y trepa hasta una posición segura. El metal protesta. El balcón se comba bajo su peso, los viejos pernos comienzan a soltarse. Está ardiendo. Le gustaría desmayarse. Deslizarse de su precario asidero y caer libremente...

Gritos procedentes de arriba.

Emiko alza la mirada. Las camisetas blancas se asoman al borde y la apuntan con sus armas de resortes. Una lluvia plateada de discos cae sobre ella. Los proyectiles rebotan, le laceran la piel, arrancan chispas del metal. El miedo le da fuerzas. Se impulsa buscando el santuario de las puertas de cristal del balcón. «Óptima.» Las puertas se hacen añicos. Se corta las palmas de las manos con los fragmentos de cristal. Una nube de esquirlas rutilantes la envuelve antes de cruzar el umbral e irrumpir en el apartamento corriendo a una velocidad cegadora. Los ocupantes de la vivienda se quedan mirándola boquiabiertos, asombrados, imposiblemente lentos...

Paralizados.

Emiko derriba otra puerta y sale al pasillo. Se encuentra rodeada de camisetas blancas. Embiste contra ellos. Sus gritos de sorpresa suenan ralentizados mientras los deja atrás como una exhalación, escaleras abajo. Abajo, abajo, escaleras abajo, dejando a los camisetas blancas muy lejos. Más gritos desde las alturas.

Su sangre es un reguero de fuego. La escalera está en llamas. Tropieza. Se apoya en una pared. Incluso el calor del cemento es preferible al de su piel. Empieza a marearse, pero se obliga a reanudar la marcha. Sobre su cabeza, los hombres vociferan, persiguiéndola. Sus botas resuenan atronadoras en los escalones.

Una vuelta, y otra más, siempre hacia abajo. Se abre paso a empujones entre los grupos de personas que encuentra en su camino, se sumerge en la masa de vecinos desalojados por la redada. El horno que arde en su interior le produce alucinaciones.

Diminutas cuentas de sudor perlan su piel, poniendo a prueba los absurdos límites de sus poros de diseño, pero el calor y la humedad conspiran para impedir que eso la refresque. Es la primera vez que siente esas gotas en la piel. Siempre está seca...

Golpea de refilón a un hombre y este se aparta de un salto, sorprendido por la incandescencia de su piel. Está ardiendo. No puede confundirse entre estas personas. Sus piernas se mueven como las páginas secuenciadas de un libro de animación infantil, deprisa, deprisa, deprisa, pero sincopadamente. Todas las miradas están puestas en ella.

Da la espalda al hueco de la escalera y cruza una puerta, recorre un pasillo dando

bandazos, se apoya en una pared, sin aliento. Le cuesta mantener los ojos abiertos con el fuego que arde en su interior.

«He saltado», piensa.

«He saltado.»

Adrenalina y conmoción. Un cóctel terrorífico, un vertiginoso colocón de anfetaminas. Está tiritando. Temblores de neoser. Está hirviendo. Se siente desfallecer. Se aplasta contra la pared, intentando absorber su frescor.

«Necesito agua. Hielo.»

Emiko intenta acompasar la respiración, escuchar, discernir por dónde pueden llegar los exterminadores, pero está mareada y aturdida. ¿Cuánto ha bajado? ¿Cuántos pisos?

«No dejes de moverte. No dejes de moverte.»

En vez de eso, se desploma.

El suelo está frío. El aliento entra y sale de sus pulmones como una sierra. Se le ha roto el sujetador. Tiene sangre en los brazos y en las manos, allí donde atravesaron el cristal. Se estira cuan larga es, extendiendo los dedos, presionando las palmas contra las baldosas, intentando absorber el frío del suelo. Se le cierran los ojos.

«¡Levántate!»

Pero no puede. Intenta controlar su corazón desbocado y aguzar el oído por si sus perseguidores estuvieran cerca, pero casi no puede respirar. Está ardiendo, y el suelo está frío.

Unas manos se cierran en torno a ella. Exclamaciones. La sueltan. Vuelven a agarrarla. A continuación está rodeada de camisas blancas que la arrastran escaleras abajo, y se alegra, agradece que por fin vayan a sacarla al delicioso aire nocturno, aunque la cubran de insultos y manotazos.

Sus palabras no significan nada para ella. No logra entender nada. Son solo sonidos que resuenan en medio de la oscuridad y el calor mareante. No hablan japonés, ni siquiera son seres civilizados. Ninguno de ellos es óptimo...

Salpicaduras de agua. Se atraganta, se asfixia. Otra inundación, en su boca, en su nariz, ahogándola.

La zarandean. Le gritan a la cara. La abofetean. Le hacen preguntas. Exigen respuestas.

Le agarran el pelo y le hunden la cara en un cubo de agua, intentando ahogarla, castigarla, matarla, y ella solo es capaz de pensar «gracias gracias gracias gracias» porque un científico la diseñó óptima, y este despojo de chica mecánica que ahora debe soportar sus insultos y sus bofetadas pronto se habrá enfriado.

Hay camisas blancas por todas partes: inspeccionando permisos, registrando puestos de comida, confiscando metano. Hock Seng ha tardado horas en cruzar la ciudad. Circulan rumores de que todos los chinos malayos han sido internados en las torres de las tarjetas amarillas. De que están a punto de ser embarcados al sur, de regreso al otro lado de la frontera, donde estarán a merced de los pañuelos verdes. Hock Seng presta atención a todos los susurros mientras recorre furtivamente los callejones en dirección a su dinero en efectivo y sus gemas, enviando a la nativa Mai por delante de él, aprovechando su acento local para sondear el terreno.

Cuando anochece, se encuentran aún lejos de su destino. El dinero robado de SpringLife pesa como una losa. A veces le asalta el temor de que Mai se vuelva en su contra de repente y lo denuncie a los camisas blancas a cambio de una parte del botín que lleva encima. Otras, la confunde con una boca que alimentar, y desearía ser capaz de protegerla de todo lo que se avecina.

«Me estoy volviendo loco. Confundir a una estúpida mocosa tailandesa con una de mis hijas», piensa.

Y sin embargo sigue confiando en la delgaducha muchacha, hija de pescadores, quien antes demostró ser tan obediente cuando a él aún le quedaba un ápice de autoridad, y por quien reza para que no se vuelva contra él ahora que es un blanco humano.

La oscuridad es absoluta.

—¿Por qué tienes tanto miedo? —pregunta Mai.

Hock Seng se encoge de hombros. La niña no comprende, no puede comprender, los matices que les rodean. Para ella se trata de un juego. Aterrador, sí, pero un juego al fin y al cabo.

—Cuando los morenos se rebelaron contra los amarillos en Malasia, fue igual que ahora. En un abrir y cerrar de ojos, todo había cambiado. Los fanáticos religiosos se presentaron con sus pañuelos verdes en la cabeza y sus machetes... —Se encoge de hombros—. Cuanto más precavidos seamos, mejor.

Se asoma a la calle desde su escondrijo y vuelve a agachar la cabeza. Un camisa blanca está encolando otro retrato del Tigre de Bangkok, enmarcado en caracteres negros que rezan: Jaidee Rojjanasukchai. Qué rápido ha pasado de caer en desgracia a levantar el vuelo como un pájaro hacia la santidad. Hock Seng hace una mueca. Un ejemplo de cómo funciona la política.

El camisa blanca sigue su camino. Hock Seng vuelve a inspeccionar la calle. La gente empieza a salir, animada por el relativo frescor de la noche. Caminan envueltos en la penumbra cargada de humedad, haciendo recados, comprando alimentos, buscando su carro de *som tam* predilecto. Los uniformes blancos se tiñen de verde con el resplandor del metano legal. Las patrullas husmean como chacales en busca de animales heridos. Delante de los escaparates y los hogares se han erigido pequeños altares en honor a Jaidee. Su rostro aparece rodeado de velas titilantes y margaritas en señal de solidaridad, implorando su protección frente a la ira de los camisas blancas.

Las ondas de Radio Nacional están cargadas de acusaciones. El general Pracha habla de la necesidad de defender al reino de aquellas personas, precavidamente anónimas, que conspiran para destruirlo. Su voz llega al pueblo entrecortada, metalizada por las radios de manivela. Tenderos y amas de casa. Mendigos y niños. El verde de las lámparas de metano vuelve la piel lustrosa, un carnaval. Pero en medio del bullicio de sarongs y *pha sin*,

de los tratantes de megodontes rojos y dorados, siempre hay algún camisa blanca de mirada cruel en busca de la menor excusa para dar rienda suelta a su rabia.

—Vamos. —Hock Seng da un empujoncito a Mai para que se adelante—. A ver si es seguro.

Mai regresa instantes después, haciéndole señas, y reanudan la marcha, abriéndose paso entre el gentío. Las bolsas de silencio les advierten de la proximidad de los camisas blancas, el temor trunca las risas de los amantes, las carreras de los chiquillos. Las cabezas se agachan al paso de los camisas blancas. Hock Seng y Mai dejan atrás un mercado nocturno. Sus ojos se posan en las velas, los fideos fritos, los destellos de los cheshires.

Surgen gritos frente a ellos. Mai se adelanta corriendo para explorar. Vuelve enseguida y tira a Hock Seng de la mano.

—*Khun*. Deprisa. Están distraídos. —Pasan junto a un enjambre de camisas blancas y el objeto de sus atenciones.

Una mujer mayor está tendida junto a su carro, con su hija a su lado, agarrándose una rodilla lastimada. Una nube de curiosos asiste a los esfuerzos de la hija por poner en pie a su madre.

A su alrededor hay cristales rotos, los restos destrozados de los recipientes que contenían sus ingredientes. Las esquiras rutilan bañadas en salsa de pimientos, entre vainas de judías, encima de rodajas de lima, como diamantes bajo la luz verde del metano. Los camisas blancas rastrillan los ingredientes de la anciana con sus porras.

—Venga, tía, debe de haber más dinero por aquí. Creías que podías sobornar a los camisas blancas, pero no te llega ni de lejos para quemar combustible ilegal.

—¿A qué viene esto? —exclama la hija—. ¿Qué hemos hecho nosotras?

El camisa blanca la mira fríamente.

—Subestimarnos. —Su porra vuelve a caer sobre la rodilla de la madre. La mujer profiere un alarido y la hija se acobarda.

El camisa blanca llama a sus hombres.

—Dejad la bombona de metano con las demás. Todavía nos faltan tres calles. —Se vuelve hacia la multitud que observa en silencio. Hock Seng se queda paralizado cuando la mirada del agente se posa en él.

«No corras. No sucumbas al pánico. Podrás pasar inadvertido mientras mantengas la boca cerrada.»

El camisa blanca sonrío a los curiosos.

—Contadles a vuestros amigos lo que acabáis de presenciar. No somos perros a los que podéis alimentar con despojos. Somos tigres. Temednos. —Dicho esto, enarbola la porra y la multitud se dispersa; Hock Seng y Mai los primeros.

A una manzana de distancia, Hock Seng se apoya en una pared, jadeando a causa del esfuerzo de su huida. La ciudad se ha convertido en un monstruo. Todas las calles contienen alguna amenaza.

Al final del callejón, una radio de manivela emite más noticias cargadas de estática. Se han cerrado los muelles y las fábricas. Únicamente quienes dispongan de los permisos oportunos podrán acceder al rompeolas.

Hock Seng contiene un escalofrío. La historia se repite. Los muros empiezan a levantarse y él está encerrado en la ciudad, como una rata en su trampa. Reprime un ataque de pánico. Lo había previsto. Cuenta con planes de emergencia. Pero antes debe llegar a casa.

«Bangkok no es Malaca. Esta vez estás preparado.»

Al cabo, las chozas y los olores característicos del poblado de Yaowarat empiezan a rodearlos. Se deslizan por pasadizos angostos. Se cruzan con personas que no le conocen.

Contiene otra punzada de temor. Como los camisas blancas hayan hablado con los padrinos del suburbio, podría correr peligro. Se obliga a descartar esa idea, abre la puerta de su chabola y conduce a Mai al interior.

—Te has portado bien. —Mete la mano en la bolsa y saca un puñado de dinero robado—. Si quieres más, ven a verme mañana.

La niña se queda mirando fijamente la fortuna que con tanta indiferencia acaba de regalarle.

Lo más prudente sería estrangularla y eliminar así la posibilidad de que lo traicione para conseguir el resto de sus ahorros. Aparta esa idea de su mente. Mai ha sido leal. Tiene que confiar en alguien. Y es tailandesa, algo muy útil cuando los tarjetas amarillas se vuelven de repente tan prescindibles como los cheshires.

Mai coge el dinero y se lo guarda en un bolsillo.

—¿Sabrás salir de aquí?

La niña sonríe.

—No soy tarjeta amarilla. No tengo nada que temer.

Hock Seng se obliga a sonreír a su vez, pensando que la pequeña no sabe cuán poco le importa a nadie separar el grano de la paja cuando lo único que se pretende es incendiar todo el campo.

—¡Me cago en el general Pracha y en todos los camisas blancas!

Carlyle aporrea la barandilla del apartamento. Está sin afeitarse y sin bañarse. Hace una semana que no pisa el Victoria, gracias al bloqueo del distrito *farang*. Su atuendo empieza a acusar los estragos del trópico.

—Han cerrado los amarraderos y las esclusas. Han prohibido el acceso a los muelles. —Se vuelve y regresa adentro. Se sirve un trago—. Putos camisas blancas.

Anderson no puede evitar sonreír ante la indignación de Carlyle.

—Te advertí sobre las consecuencias de meterse con las cobras.

Carlyle frunce el ceño.

—No fui yo. A alguien de Comercio se le ocurrió una idea genial y se pasó de listo. Puto Jaidee —masculla—. Tendría que haber sabido lo que podía pasar.

—¿Se trata de Akkarat?

—No es tan imbécil.

—En fin, supongo que da igual. —Anderson brinda con su whisky caliente—. Una semana de encierro, y parece que los camisas blancas no han hecho más que empezar.

Carlyle echa chispas por los ojos.

—No pongas esa cara de satisfacción. Sé que tú también lo estás pasando mal.

Anderson bebe un sorbo.

—Sinceramente, no puedo decir que me importe. La fábrica era útil. Ahora ha dejado de serlo. —Se inclina hacia delante—. Lo que me interesa saber es si Akkarat ha hecho los deberes como aseguras. —Ladea la cabeza en dirección a la ciudad—. Porque me da la impresión de que no da abasto.

—¿Y eso te parece gracioso?

—Lo que me parece es que, si está solo, necesitará amigos. Quiero que vuelvas a ponerte en contacto con él. Ofrécele nuestro apoyo incondicional para superar esta crisis.

—¿Tienes una oferta mejor que la que le llevó a amenazar con echarte a los megodontes?

—El precio es el mismo. El regalo es el mismo. —Anderson toma otro trago—. Pero puede que ahora Akkarat se muestre más dispuesto a escuchar.

Carlyle contempla fijamente el resplandor de las lámparas de metano. Arruga la frente.

—Cada día que pasa me cuesta dinero.

—Creía que lo tenías todo previsto con tus bombas.

—Deja de regodearte. —Carlyle frunce el ceño—. Ni siquiera puedes amenazar a esos cabrones. No reciben a ningún mensajero.

Anderson esboza una leve sonrisa.

—En fin, no me apetece esperar a los monzones para que los camisas blancas entren en razón. Organiza una reunión con Akkarat. Podemos ofrecerle toda la ayuda que necesite.

—¿Qué pretendes, llegar a nado a Koh Angrit y volver encabezando una revolución? ¿Con qué? ¿Con un par de burócratas y capitanes de puerto? ¿Con algún viajante imberbe de los que se pasan el día bebiendo y esperando a que el reino se muera de hambre y levante los embargos? Menuda amenaza.

Anderson sonrío.

—Si venimos, lo haremos desde Birmania. Y nadie se dará cuenta hasta que ya sea demasiado tarde. —Sostiene la mirada de Carlyle hasta que este gira la cabeza.



—¿Las condiciones son las mismas? ¿No vas a cambiar nada?

—Acceso al banco de semillas de Bangkok, y un hombre llamado Gibbons. Eso es todo.

—¿Y qué ofreces a cambio?

—¿Qué necesita Akkarat? ¿Dinero para los sobornos? ¿Oro? ¿Diamantes? ¿Jade?

—Hace una pausa—. Tropas de asalto.

—Dios. Dices en serio lo de Birmania.

Anderson agita el vaso en dirección a la noche que se extiende tras los cristales.

—Mi tapadera aquí ha saltado por los aires. Puedo aceptarlo y seguir adelante o hacer la maleta y volver a Des Moines con el rabo entre las piernas. Seamos sinceros. AgriGen siempre ha jugado para ganar. Desde que Vincent Hu y Chitra D'Allessa fundaron la compañía. No nos asusta ensuciarnos las manos.

—Como en Finlandia.

Anderson sonríe.

—Espero que esta vez podamos sacar más provecho del esfuerzo invertido.

Carlyle hace una mueca.

—Dios. Vale. Prepararé la reunión. Pero será mejor que te acuerdes de mí cuando acabe todo esto.

—AgriGen siempre se acuerda de sus amigos.

Anderson acompaña a Carlyle a la puerta y la cierra tras él, pensativo. Resulta interesante ver cómo una crisis transforma a las personas. Carlyle, siempre tan fanfarrón y confiado, hostigado ahora tras descubrir que desentona como si estuviera pintado de azul. Que los camisas blancas podrían empezar a internar o ejecutar a los *farang* en cualquier momento, y que nadie derramaría una sola lágrima por ellos. De pronto, la confianza de Carlyle tiene tanto valor como una mascarilla desechable usada.

Anderson sale al balcón y contempla la oscuridad, las aguas a lo lejos, la isla de Koh Angrit y las fuerzas que tan pacientemente aguardan al acecho en los límites del reino.

Ya casi ha llegado el momento.

Kanya está sentada en medio del caos sembrado por las represalias de los camisas blancas, tomando café. En la otra punta de la tienda de fideos, un puñado de hombres taciturnos, en cuclillas, escuchan un combate de *muay thai* en una radio de manivela. Kanya, que monopoliza el banco reservado para los clientes, no les presta la menor atención. Nadie se atreve a sentarse a su lado.

Es posible que antes se hubieran arriesgado a acercarse, pero ahora los camisas blancas han enseñado los dientes y Kanya disfruta de su soledad. Sus hombres se han adelantado a ella, feroces como chacales, borrando la historia antigua y las alianzas indebidas, empezando de nuevo.

Regueros de sudor se deslizan por la barbilla del dueño, encorvado sobre humeantes tazones de fideos de pasta de arroz. Las gotitas de agua que le perlan el rostro rutilan azules con el fulgor del metano ilegal. Rehúye la mirada de Kanya, maldiciendo seguramente el día en que decidió comprar combustible en el mercado negro.

El diminuto crepitar de la radio y el griterío lejano del público del Lumphini compiten con el borboteo del wok donde se cuece la sopa de *sen mi*. Ninguno de los oyentes osa mirar en su dirección.

Kanya prueba un sorbo de café y esboza una sonrisa forzada. La violencia es algo que entienden. Desobedecían o se burlaban de un Ministerio de Medio Ambiente blando. Pero este ministerio, el de las porras contundentes y las armas de resorte listas para reducir un cuerpo a jirones, inspira una respuesta distinta.

¿Cuántos puestos ha arrasado ya por quemar combustible ilegal? ¿Cuántos exactamente iguales que este? ¿Cuántos propiedad de algún pequeño comerciante de café o fideos que no podía costearse el metano gravado y aprobado por el gobierno? Cientos, calcula. El metano es caro. Los sobornos salen más baratos. Y si el combustible del mercado negro carecía de los aditivos que dotan al metano legal de su característico tinte verdoso, en fin, era un riesgo que todos asumieron voluntariamente.

«Qué fácil era sobornarnos.»

Kanya saca un cigarrillo y lo enciende con la delatora llama azulada del wok. El hombre no se lo impide, hace como si no la viera; una mentira conveniente para ambos. Ella no es una camisa blanca sentada en su local, donde se quema combustible ilegal; él no es un tarjeta amarilla que podría ser arrojado a las torres para morir sofocado, rodeado de compatriotas.

Da una calada, pensativa. Aunque el dueño del establecimiento disimule su temor, ella sabe lo que se siente. Recuerda cuando los camisas blancas llegaron a su aldea. Llenaron de sal y sosa cáustica los estanques de peces de su tía, y sacrificaron sus aves de corral en piras funerarias.

«Tienes suerte, tarjeta amarilla. Cuando los camisas blancas vinieron a por nosotros, no se molestaron en conservar absolutamente nada. Llegaron armados de antorchas y lo incendiaron todo. Recibirás un trato más amable que nosotros.»

El recuerdo de aquellos rostros pálidos tiznados de hollín, de sus ojos diabólicos tras las máscaras de gas, aún le produce escalofríos. Aparecieron de noche. Sin previo aviso. Sus vecinos y sus primos huyeron de las antorchas desnudos, gritando. A sus espaldas, las casas elevadas sobre pilares estallaban en llamas, el bambú y las hojas de palma rugían anaranjados y vivos en la oscuridad. Los remolinos de cenizas que los envolvían les escaldaban la piel, todo el mundo tosía y tenía arcadas. Todavía conserva las

cicatrices de aquella purga, cráteres lívidos allí donde las pavesas incandescentes dejaron una marca indeleble en sus brazos de niña flaca. Cómo odiaba a los camisas blancas. Sus primos y ella se acurrucaron formando una piña, contemplando sobrecogidos cómo el Ministerio de Medio Ambiente asolaba su aldea, y los odió con toda su alma.

Y ahora dirige su propia brigada, con la misma misión. Jaidee hubiera sabido apreciar la ironía.

A lo lejos, los gritos de pánico se elevan como columnas de humo negras y viscosas, como las cabañas incendiadas de los campesinos. Kanya sorbe por la nariz. En cierto sentido, siente nostalgia. El humo es el mismo. Da otra calada, exhala. Se pregunta si sus hombres no se habrán excedido. Un incendio en estos suburbios de WeatherAll podría ser problemático. Los aceites que impiden que se pudra la madera prenden fácilmente con el calor. Chupa otra vez el cigarrillo. Ahora no puede hacer nada al respecto. Quizá se trata tan solo de un oficial que está quemando chatarra recogida ilegalmente. Estira el brazo para coger el café y se fija en el moratón que adorna la mejilla del hombre que la sirve.

Si el Ministerio de Medio Ambiente tuviera algo que decir al respecto, todos estos refugiados tarjetas amarillas estarían ya al otro lado de la frontera. Problema de Malasia. Problema de otro estado soberano. En absoluto problema del reino. Pero Su Majestad la Reina Niña es más clemente y compasiva que Kanya.

Apaga el cigarrillo. El tabaco es de buena calidad, Gold Leaf, diseño local, el mejor del reino. Saca otro de la cajetilla envuelta en celofán de polímero de aceite de hierba aguja y lo enciende en la llama azul.

La expresión del tarjeta amarilla se mantiene educada cuando Kanya le indica que le sirva más café con azúcar. La radio crepita con los aplausos del estadio y los hombres agrupados a su alrededor vitorean a su vez, olvidándose por un momento de la camisa blanca con la que comparten el mismo techo.

Los pasos son casi inaudibles, acompasados para pasar desapercibidos, pero la expresión del tarjeta amarilla delata al recién llegado. Kanya no levanta la cabeza. Le indica que se una a ella al hombre que está de pie a su espalda.

—Mátame o siéntate —dice.

Una risita por lo bajo. El hombre se sienta.

Narong lleva puesta una holgada camisa negra de cuello alto y pantalones grises. Ropa decente. Podría pasar por un oficinista. Salvo por sus ojos: sus ojos están demasiado alerta. Y su lenguaje corporal es demasiado relajado. Lo envuelve un aura de confianza. Una arrogancia que encaja difícilmente con su atuendo. Algunas personas son demasiado poderosas como para adoptar una fachada de inferioridad. Fue eso lo que hizo que llamara la atención en los amarraderos. Kanya contiene su rabia y espera en silencio.

—¿Te gusta la seda? —El hombre acaricia la camisa—. Es japonesa. Todavía tienen gusanos de seda.

Kanya se encoge de hombros.

—No me gusta nada de ti, Narong.

El hombre sonrío.

—Venga ya, Kanya. Mírate, ascendida a capitana y con la misma cara de asco de siempre.

Con un gesto, pide café al tarjeta amarilla. Ambos observan cómo el cálido líquido marrón se vierte en un vaso. El tarjeta amarilla coloca un cuenco de sopa delante de Kanya, trozos de pescado, limoncillo y pollo. Kanya empieza a coger fideos U-*Tex* con la cuchara.

Narong continúa sentado en silencio, sin impacientarse.

—Fuiste tú la que solicitó esta reunión —dice, transcurrido un momento.

—¿Mataste a Chaya?

Narong endereza los hombros.

—Nunca has tenido el menor tacto. Después de todos estos años en la ciudad y de todo el dinero que hemos invertido en ti, sigues pareciendo una pescadora del Mekong.

Kanya lo observa con expresión glacial. Lo cierto es que Narong la asusta, pero se obliga a disimularlo. Tras ella, una nueva ovación resuena en la radio.

—Eres igual que Pracha. Asqueroso.

—No opinabas lo mismo cuando acudimos a ti, una chiquilla desamparada, y te invitamos a venir a Bangkok. No opinabas lo mismo cuando ayudamos a tu tía hasta el fin de sus días. No opinabas lo mismo cuando te ofrecimos la oportunidad de vengarte del general Pracha y los camisas blancas.

—Todo tiene un límite. Chaya no había hecho nada.

Narong la observa fijamente, inmóvil como una araña.

—Jaidee se extralimitó —responde al fin—. Tú misma se lo advertiste. Ten cuidado de no meterte tú también en la boca de la cobra.

Kanya empieza a decir algo, pero se muerde la lengua. Cuando vuelve a hablar, su voz suena controlada.

—¿Me harías lo mismo que hiciste con Jaidee?

—Kanya, ¿cuánto hace que nos conocemos? —Narong sonrío—. ¿Cuánto hace que cuida de tu familia? Eres nuestra hija más querida. —Desliza un grueso sobre por encima de la mesa hacia ella—. Jamás te haría daño. No somos como Pracha. —Hace una pausa—. ¿Cómo está afectando la pérdida del Tigre al departamento?

—Mira a tu alrededor. —Kanya inclina la cabeza en dirección al sonido de los disturbios—. El general está furioso. Jaidee era como un hermano para él.

—He oído que pretende atacar a Comercio directamente. Quizá incluso reducir el ministerio a cenizas.

—Pues claro que quiere atacar a Comercio. Sin Comercio, nuestros problemas se reducirían a la mitad.

Narong encoge los hombros. El sobre aguarda entre ellos, intacto. Quizá sea el corazón de Jaidee lo que yace encima del mostrador. La recompensa de Kanya por tantos años consagrados a la venganza.

«Lo siento, Jaidee. Intenté avisarte.»

Kanya coge el sobre, saca el dinero y lo guarda en una bolsa que cuelga de su cinto mientras Narong observa todos sus movimientos. Incluso las sonrisas del hombre son afiladas. Lleva el pelo peinado hacia atrás, engominado. Pese a su inmovilidad absoluta, resulta sobrecogedor.

«Y esta es la clase de personas con las que te codeas», musita alguien dentro de la cabeza de Kanya.

La capitana da un respingo. Es como si acabara de escuchar la voz de Jaidee. Posee sus rasgos característicos, su humor y su implacabilidad. La insinuación de una sonrisa acompañada de una crítica. Jaidee nunca perdió el sentido del *sanuk*.

«No soy como tú», piensa Kanya.

De nueva la sonrisa y la risita. «Eso ya lo sabía.»

«¿Por qué no me mataste si lo sabías?»

La voz guarda silencio. El sonido del combate de *muay thai* continúa crepitando a sus espaldas. Charoen y Sakda. Un duelo interesante. Pero o bien Charoen ha mejorado radicalmente, o Sakda ha recibido dinero a cambio de dejarse ganar. Kanya va a perder su apuesta. El combate apesta a amañado. Puede que el Señor del Estiércol se haya interesado por el resultado. Kanya compone un gesto de irritación.

—¿Mala pelea? —pregunta Narong.

—Siempre apuesto por la persona equivocada.

Narong se ríe.

—Por eso resulta útil tener información de primera mano. —Le entrega una hoja de papel.

Kanya pasea la mirada por los nombres de la lista.

—Estos son amigos de Pracha. Generales, algunos de ellos. Los protege igual que hizo la cobra con Buda.

Narong sonríe.

—Por eso se sorprenderán tanto cuando se vuelva contra ellos. Atácales. Que sufran. Que se den cuenta de que el Ministerio de Medio Ambiente no tolera las intromisiones. Que el ministerio trata todas las infracciones del mismo modo. Se acabaron los favoritismos. Se acabaron los amiguismos y los acuerdos beneficiosos. Que aprendan que el nuevo Ministerio de Medio Ambiente es inflexible.

—¿Quieres sembrar la discordia entre Pracha y sus aliados? ¿Que se enfaden con él?

Narong encoge los hombros. Guarda silencio. Kanya termina los fideos. Al ver que no va a recibir más instrucciones, se levanta.

—Tengo que irme. No puedo dejar que mis hombres me vean contigo.

Narong asiente con la cabeza, despidiéndola. Kanya sale de la cafetería con paso airado, seguida de renovados gemidos de decepción procedentes de los radioyentes cuando Sakda se rinde ante la recién encontrada ferocidad de Charoen.

En la esquina, bajo el resplandor verde del metano, Kanya se alisa el uniforme. Tiene una mancha en la chaqueta, recuerdo de la destrucción que ha sembrado esta noche. Frunce el ceño, contrariada. La frota con la mano. Vuelve a abrir la lista que le ha dado Narong y memoriza los nombres.

Estos hombres y mujeres son los amigos más íntimos del general Pracha. Y ahora van a recibir un correctivo tan severo como si fueran simples tarjetas amarillas encerrados en sus torres. Un correctivo tan severo como el que el general Pracha aplicó una vez a una pequeña aldea del nordeste, dejando a su paso familias sin nada que llevarse a la boca y hogares incendiados.

Será difícil. Pero, por una vez, justo.

Kanya hace una pelota con la hoja de papel. «Así funciona nuestro mundo. Ojo por ojo hasta que hayamos muerto todos y los cheshires calmen la sed en charcos formados con nuestra sangre», piensa.

Se pregunta si realmente sería mejor en el pasado, si realmente existió alguna vez una edad de oro impulsada por el petróleo y la tecnología. Una época en que la solución a cualquier problema no generaba otro. Le dan ganas de maldecir a los *farang* pioneros. Fabricantes de calorías que prometían acabar con el hambre en el mundo gracias a sus laboratorios de investigación y sus variedades de cultivos, escrupulosamente rediseñadas. Gracias a sus animales modificados, capaces de trabajar con mayor eficiencia a cambio de menos calorías. Agentes de AgriGen y PurCal que aseguraban conformarse con alimentar al mundo, con exportar sus semillas patentadas, y que luego siempre encontraban alguna excusa para posponerlo.

«Ay, Jaidee. Lo siento. No sabes cuánto lo siento. Todo lo que te he hecho a ti y a los tuyos. No quería hacerte daño. Si hubiera sabido cuál era el precio de contrarrestar la codicia de Pracha, jamás habría venido a Krung Thep», piensa.

En vez de ir en busca de sus hombres, se encamina hacia un templo. Es pequeño, un altar callejero más que otra cosa, atendido tan solo por un puñado de monjes. Hay un muchacho arrodillado con su abuela ante la resplandeciente imagen de Buda, pero por lo

demás, el lugar está vacío. Kanya le compra incienso al vendedor que hay en la puerta y entra. Enciende el incienso y se arrodilla, se lleva las varitas a la frente y las eleva tres veces, una por cada una de las Tres Joyas: *buddha, damma, sanga*. Empieza a rezar.

¿Cuántos pecados ha cometido? ¿Por cuánto mal *kamma* debe rendir cuentas? ¿Qué era más importante, honrar a Akkarat y su prometido ajuste de cuentas, u honrar a su padre adoptivo, Jaidee?

Un hombre llega a tu aldea y te asegura que nunca te faltará la comida, ni un techo en la ciudad, ni dinero para la tos de tu tía y el whisky de su marido. Y ni siquiera le interesa comprar tu cuerpo. ¿Qué más se puede pedir? ¿Qué más hace falta para comprar una lealtad? Todo el mundo trabaja para alguien.

«Que tengas mejores amigos en tu próxima vida, guerrero leal.»

«Ay, Jaidee, perdóname.»

«Que mi espíritu vague durante un millón de años en penitencia.»

«Que renazcas en un sitio mejor que este.»

Kanya se pone en pie y dedica un último *wai* al Buda antes de salir del templo. En la escalinata, eleva la mirada a las estrellas. Se pregunta cómo es posible que su *kamma* la haya destruido de esta manera. Cierra los ojos, anegados en lágrimas.

A lo lejos, un edificio es devorado por una atronadora columna de fuego. Tiene más de cien hombres trabajando en este distrito, para que todo el mundo sienta el dolor del verdadero castigo. Las leyes son muy bonitas sobre el papel, pero dolorosas cuando no hay sobornos que mitiguen su aplicación. La gente lo ha olvidado. De repente, se siente cansada. Da la espalda a la carnicería. Ya se ha manchado bastante las manos de sangre y hollín por una noche. Sus hombres saben lo que tienen que hacer. Su casa no está lejos.

—¿Capitana Kanya?

Kanya abre los ojos a la luz del amanecer que se filtra en su hogar. Por un momento, está tan desorientada que no recuerda qué día es, ni su cargo.

—¿Capitana? —La voz llega hasta ella a través de la ventana de papel.

Kanya se levanta de la cama y se dirige a la puerta.

—¿Sí? —pregunta sin abrir—. ¿Qué sucede?

—Requieren su presencia en el ministerio.

Kanya abre la puerta y coge un sobre de manos del hombre; rompe el lacre.

—Es del Departamento de Cuarentena —dice, sorprendida.

El mensajero asiente con la cabeza.

—Era una tarea para la que el capitán Jaidee se ofreció voluntario... —Deja la frase a medias—. Con todo el mundo ocupado, el general Pracha solicitó... —Titubea.

Kanya asiente.

—Sí. Por supuesto.

Se le pone la piel de gallina al recordar las historias de Jaidee sobre la guerra contra las primeras variedades de la cibiscosis. Sobre cómo tenía el corazón en un puño mientras trabajaba junto a sus hombres, preguntándose todos ellos quién moriría antes de que acabara la semana. Aterrados por la enfermedad y empapados de sudor mientras incendiaban aldeas enteras: viviendas, *wats* e imágenes de Buda devoradas por el humo mientras los monjes cantaban e invocaban la ayuda de los espíritus, mientras a su alrededor las personas morían tiradas en el suelo, ahogándose en sus propios fluidos con los pulmones destrozados. El Departamento de Cuarentena. Lee el mensaje. Asiente bruscamente para el muchacho.

—Sí. Ya veo.

—¿Alguna respuesta?

—No. —Kanya deja el sobre encima de una mesita, un escorpión agazapado—.

Esto es cuanto necesito.

El mensajero saluda con gesto marcial y baja los escalones corriendo hasta su bicicleta. Kanya cierra la puerta, pensativa. El sobre augura nuevos horrores. Quizá este sea su *kamma*. Retribución.

No tarda en partir camino del ministerio, pedaleando por las calles cubiertas de hojas, cruzando canales, rodando por bulevares diseñados para acoger cinco carriles de vehículos impulsados por gasolina que contienen ahora manadas de megodontes.

En el Departamento de Cuarentena debe superar un segundo control de seguridad antes de que le permitan entrar en el complejo.

El zumbido de los ordenadores y de los ventiladores es incesante. El edificio entero parece vibrar con la energía que arde en su interior. Más de tres cuartas partes de la asignación de carbón del ministerio van a parar a este edificio, el cerebro del Departamento de Cuarentena que evalúa y predice los cambios en la arquitectura genética que requieren una respuesta por parte del ministerio.

Tras paredes de cristal, los pilotos de los servidores parpadean rojos y verdes, consumiendo energía, hundiendo a Krung Thep bajo las aguas para salvarla. Kanya recorre varios pasillos, deja atrás una serie de salas donde los científicos se sientan frente a gigantescos monitores y estudian las brillantes imágenes de modelos genéticos. Kanya se imagina que puede sentir el aire en combustión con toda la energía que se está quemando, con todo el carbón consumido para mantener en funcionamiento este edificio.

Circulan rumores sobre las redadas que fueron precisas para fundar el Departamento de Cuarentena. Sobre los pactos arcanos que les permitieron acceder a esta tecnología. *Farang* traídos desde sus países sin reparar en gastos, expertos extranjeros empleados para transferir al reino los virus de sus conocimientos, los conceptos invasores de piratería genética, la información necesaria para preservar a los thais y protegerlos de las plagas.

Algunas de esas personas son famosas ahora, tan populares como Ajahn Chanh, Chart Korbjitti y Seub Nakhasathien. Algunas de ellas se han convertido en *boddhis* por derecho propio, espíritus bondadosos, consagrados a la salvación de todo un reino.

Cruza un patio. En una esquina se erige una pequeña capilla habitada por miniaturas del maestro Lalji, que parece un *saddhu* arrugado, y la santa Sarah de AgriGen. Los *boddhis* gemelos. Hombre y Mujer, el corsario de las calorías y la pirata genética. El ladrón y la constructora. Solo hay unas pocas varitas de incienso encendidas, además de la habitual bandeja de desayuno y las guirnaldas de margaritas que siempre cuelgan allí. Cuando las plagas se recrudecen, la capilla se convierte en un hervidero de científicos que rezan para encontrar alguna solución.

«Incluso nuestras plegarias son para los *farang*», piensa Kanya. Antídotos *farang* para venenos *farang*.

«Recoge todas las herramientas que encuentres. Hazlas tuyas», solía decir Jaidee, explicando por qué se mezclaban con indeseables. Por qué sobornaban, robaban y patrocinaban a monstruos como Gi Bu Sen.

«A un machete le da igual quién lo empuñe, o quién lo fabricó. Clava el cuchillo y cortará. Usa a los *farang* si van a ser una herramienta en tus manos. Y si se vuelve contra ti, fúndela. Así obtendrás al menos la materia prima.»

Usa todas las herramientas a tu disposición. Jaidee, siempre tan pragmático.

Pero es doloroso. Rastrean e imploran briznas de conocimientos en el extranjero, rapiñando como cheshires para sobrevivir. Hay tanta información encerrada en el Compacto del Medio Oeste... Cuando surge algún genetista prometedor en cualquier parte del mundo, se le presiona, intimida y soborna para que trabaje con los investigadores más brillantes de Des Moines o Changsha. Hace falta una voluntad de hierro para resistirse a

PurCal, AgriGen o RedStar. Y aunque hagan frente a los fabricantes de calorías, ¿qué podría ofrecerles el reino? Hasta sus mejores ordenadores van varias generaciones por detrás de los que utilizan los *farang*.

Kanya intenta pensar en otra cosa. «Estamos vivos. Seguimos con vida cuando han desaparecido países y reinos enteros. Cuando Malasia es un cementerio. Cuando Kowloon se ha hundido bajo las aguas. Cuando China está dividida, Vietnam derrotada y Birmania muerta de hambre. El Imperio de Norteamérica ya no existe. La Unión de los Europeos se ha astillado en infinidad de facciones. Y no obstante nosotros resistimos, nos expandimos incluso. El reino sobrevive. Gracias a Buda por tendernos su mano compasiva y a la reina por hacerse merecedora de estas aterradoras herramientas *farang* sin las que estaríamos completamente indefensos.»

Llega al último puesto de control. Soporta otra inspección de sus papeles. Las puertas se deslizan a los lados y es invitada a montar en un ascensor eléctrico. Siente el aire absorbido con ella, presión negativa, y las puertas se cierran.

Kanya desciende a las profundidades, como si estuviera bajando al infierno. Piensa en los fantasmas hambrientos que pueblan estas tétricas instalaciones. Los espíritus de los muertos que se sacrificaron para contener a los demonios del mundo. Un escalofrío recorre toda su piel.

Abajo.

Abajo.

Se abren las puertas del ascensor. Un pasillo blanco y una compuerta. Se desnuda. Recibe una ducha cargada de cloro. Cruza al otro lado.

Un muchacho le ofrece ropa de laboratorio y vuelve a confirmar su identidad en una lista. Le informa que no necesitará medidas de contención auxiliares y conduce a Kanya por más pasillos.

Los científicos que trabajan aquí lucen la expresión angustiada de quienes se saben asediados. Saben que detrás de unas pocas puertas acechan toda clase de horrores apocalípticos dispuestos a devorarlos. Cuando Kanya se para a pensarlo, se le revuelve el estómago. Esa era la fortaleza de Jaidee. Tenía fe en sus vidas pasadas y en las futuras. ¿Pero Kanya? Renacerá para morir de ciberculosis mil veces antes de que se le permita avanzar. *Kamma*.

«Tendrías que haberlo pensado antes de venderme a ellos», dice Jaidee.

El sonido de su voz hace que Kanya se tambalee. Jaidee la sigue a escasos pasos de distancia. Kanya apoya la espalda en una pared, sin aliento. Jaidee ladea la cabeza, estudiándola. Kanya no puede respirar. ¿La estrangulará aquí mismo para hacerle pagar su traición?

Su guía se detiene.

—¿Estás mareada? —pregunta.

Jaidee se ha esfumado.

El corazón de Kanya late desbocado. Está sudando. Si quisiera adentrarse en la zona de contención, tendría que pedir que la pusieran en cuarentena, implorar que no le permitieran salir, aceptar que alguna bacteria o algún virus habían escapado y que iba a morir.

—Me... —Jadea, recordando la sangre de la escalinata del edificio de administración del general Pracha. El cuerpo descuartizado de Jaidee, un envoltorio cruelmente meticuloso. Una muerte fragmentada.

—¿Quieres que te vea un médico?

Kanya se esfuerza por controlar la respiración. Jaidee la persigue. Su *phii* está siguiéndola. Intenta dominar el miedo.



—Estoy bien. —Asiente con la cabeza hacia su guía—. Vamos. Terminemos cuanto antes.

Instantes después, el guía indica una puerta y, por señas, sugiere que Kanya la cruce sola. Cuando la capitana abre la puerta, Ratana levanta la cabeza de sus archivos. Sonríe ligeramente a la luz del monitor.

Todos los ordenadores de aquí abajo están dotados de unas pantallas enormes. Algunos de ellos son modelos que dejaron de existir hace cincuenta años y consumen más energía que cinco de los nuevos, pero hacen su trabajo y a cambio reciben un mantenimiento exhaustivo. Así y todo, la cantidad de energía que circula por sus entrañas hace que a Kanya le tiemblen las rodillas. Casi puede ver el océano elevándose en respuesta. Estar junto a algo así es sobrecogedor.

—Gracias por venir —dice Ratana.

—No podía negarme.

Nadie menciona citas pasadas. Nadie menciona su malograda historia en común. Que Kanya no podía jugar a *tom y dee* con alguien a quien inevitablemente iba a terminar traicionando. Sería demasiado hipócrita, hasta para ella. Pero eso no impide que Ratana siga siendo preciosa. Kanya recuerda las risas compartidas con ella mientras cruzaban el Chao Phraya en esquife, contemplando los brillantes barcos de papel que flotaban a su alrededor durante el Loi Kratong. Recuerda el tacto de Ratana acurrucada contra ella mientras las olas salpicaban iluminadas por miles de velas, los deseos y las plegarias de toda la ciudad convertidos en un manto sobre las aguas.

Ratana le indica que se acerque. Le enseña las fotos abiertas en su pantalla. Repara en los galones de capitán que adornan el cuello blanco de Kanya.

—Lamento lo de Jaidee —dice—. Era... bueno.

Kanya arruga la frente, intentando sacudirse el recuerdo del *phii* del pasillo.

—Era más que eso. —Inspecciona los cuerpos que resplandecen ante ella—. ¿Qué estoy mirando?

—Dos hombres. En dos hospitales distintos.

—¿Sí?

—Tenían algo. Algo preocupante. Al parecer se trata de una variedad de la roya.

—¿Sí? ¿Y? Comieron algo contaminado. Murieron. ¿Y?

Ratana sacude la cabeza.

—Estaba dentro de ellos. Propagándose. Nunca lo había visto alojarse en un mamífero.

Kanya echa un vistazo a los informes médicos.

—¿Quiénes son?

—No lo sabemos.

—¿No les visitó ningún familiar? ¿Nadie les vio llegar? ¿No han dicho nada?

—Uno deliraba cuando lo ingresaron. El otro ya estaba en un coma profundo inducido por la roya.

—¿Seguro que no comieron sencillamente fruta contaminada?

Ratana se encoge de hombros. La vida bajo tierra ha vuelto su piel tersa y pálida. No como Kanya, cuya piel se ha tostado como la de una campesina patrullando bajo un sol de justicia. Y sin embargo Kanya elegiría siempre trabajar en la superficie, no aquí abajo, en la oscuridad. Ratana es la más valiente de las dos. A Kanya no le cabe la menor duda. Se pregunta qué demonios personales habrán llevado a Ratana a trabajar en este lugar infernal. Cuando estaban juntas, Ratana no hablaba nunca de su pasado. De sus pérdidas. Pero están ahí. Tienen que estar, como rocas bajo las olas y la espuma de la costa. Siempre hay rocas.

—No, claro que no estoy segura. No al ciento por ciento.

—¿Y al cincuenta por ciento?

Ratana vuelve a encoger los hombros, incómoda, y consulta otra vez sus papeles.

—Sabes que no puedo hacer afirmaciones tan tajantes. Pero el virus es distinto, las proteínas alteradas de las muestras son variaciones. La descomposición del tejido no coincide con el *modus operandi* habitual de la roya. Los ensayos apuntan a tipos de roya que ya hemos visto antes. Variedades de AgriGen y TotalNutrient, AG134.s y TN249.x.d. Ambas ofrecen grandes similitudes. —Hace una pausa.

—¿Sí?

—Pero estaba en los pulmones.

—Cibiscosis, entonces.

—No. Era roya. —Ratana mira a Kanya—. ¿Ves el problema?

—¿Y no sabemos nada de su historial, si han viajado recientemente? ¿Han estado en el extranjero, tal vez? ¿A bordo de algún clíper? ¿Han visitado Birmania, o el sur de China? ¿Proceden de aldeas distintas, quizá?

Ratana se encoge de hombros.

—Desconocemos el historial de los dos. La enfermedad es lo único que tienen en común. Antes contábamos con una base de datos demográfica con informes de ADN, historiales familiares, datos laborales y geográficos, pero la anulamos a fin de dedicar más capacidad de procesamiento a la investigación preventiva. —Encoge los hombros—. En cualquier caso, eran tan pocas las personas que se tomaban la molestia de apuntarse que no tenía sentido.

—Así que no tenemos nada. ¿Más casos?

—No.

—De momento, querrás decir.

—Eso escapa a mi competencia. Si nos dimos cuenta fue solo gracias a la campaña de castigo. Los hospitales están denunciándolo todo, mucho más de lo que es normal en ellos, para demostrar que están de nuestro lado. Fue casualidad que dieran la voz de alarma, como lo fue también que yo me fijara con la cantidad de informes que estamos recibiendo. Necesitamos la ayuda de Gi Bu Sen.

A Kanya se le pone la piel de gallina.

—Jaidee está muerto. Gi Bu Sen no querrá ayudarnos ahora.

—A veces demuestra interés en algo más aparte de sus propias investigaciones. En este caso, es posible. —Cuando mira a Kanya, un destello de esperanza le ilumina los ojos—. Acompañaste a Jaidee alguna vez. Le viste convencer al hombre. Quizá también tú consigas despertar su interés.

—Lo dudo.

—Mira esto. —Ratana revuelve los partes médicos—. Tiene todas las características de un virus de diseño. Las mutaciones del ADN no tienen pinta de haberse producido espontáneamente. La roya no tiene ningún motivo para saltar la barrera del reino animal. No hay ningún incentivo, la transferencia no es fácil. Las diferencias son notables. Es como si estuviéramos vislumbrando su futuro. Lo que será después de haber renacido diez mil veces. Es un auténtico enigma. Y muy preocupante.

—Si tienes razón, todos podemos darnos por muertos. Habrá que informar al general Pracha. Y al palacio.

—Con discreción —le ruega Ratana. Con expresión angustiada, estira un brazo y agarra la manga de Kanya—. Podría equivocarme.

—No lo creo.

—No estoy segura de que pueda saltar, ni en qué circunstancias. Quiero que vayas a ver a Gi Bu Sen. Él lo sabrá.

Kanya hace una mueca.

—De acuerdo. Lo intentaré. Mientras tanto, avisa a los hospitales y a las clínicas callejeras para que presten atención a los síntomas. Escribe una lista. Con todo el mundo tan preocupado por la campaña de castigo, ni siquiera les extrañará que les pidamos más información. Pensarán que solo estamos intentando que no se confíen. Al menos así averiguaremos algo.

—Se producirán disturbios si tengo razón.

—Se producirán cosas peores. —Kanya se dirige a la puerta, sintiéndose mareada—. Cuando hayas terminado con los ensayos y la información esté lista para que la examine, me reuniré con tu demonio. —Pone cara de asco—. Tendrás la confirmación que necesitas.

—¿Kanya?

La capitana se gira.

—Lamento de veras lo de Jaidee —dice Ratana—. Sé que estabais muy unidos.

Kanya hace una mueca.

—Era un tigre. —Abre la puerta y deja a Ratana sola en su cubil infernal. Un edificio entero dedicado a la supervivencia del reino, kilovatios de energía consumidos de día y de noche, y todo ello sin una sola utilidad real.

Anderson-sama aparece sin previo aviso, se sienta a su lado en un taburete frente a la barra, pide agua con hielo para ella y whisky para él. No sonrío, apenas si le presta la menor atención, pero aun así Emiko siente una oleada de gratitud.

Lleva los últimos días escondida en el bar, aguardando el momento en que los camisas blancas decidan fundirla. Subsiste a base de sufrimiento y sobornos astronómicos, y ahora, cuando Raleigh la mira, sabe que es poco probable que la deje en libertad. Ya ha invertido demasiado en ella como para permitir que se vaya.

Pero entonces aparece Anderson-sama, y por un momento se siente a salvo; es como si volviera a estar en los brazos de Gendosama. Sabe que esto es fruto de su adiestramiento y, sin embargo, no puede evitarlo. Sonríe cuando lo ve sentado junto a ella, bajo la luz fosforescente de las luciérnagas, acentuado el exotismo de sus rasgos de *gaijin* en medio del mar de thais y de los pocos japoneses que saben de su existencia.

Como corresponde, no da muestras de reconocerla, sino que se pone en pie y se acerca a Raleigh, y Emiko sabe que en cuanto termine su actuación, dormirá a salvo esta noche. Por primera vez desde que empezaron las acciones de castigo, no deberá tener miedo de los camisas blancas.

Se sorprende cuando Raleigh se dirige a ella inmediatamente.

—Por lo visto estás haciendo algo bien. El *farang* quiere pagar para sacarte antes de tiempo.

—¿No actúo esta noche?

Raleigh se encoge de hombros.

—Ha pagado.

Emiko siente una oleada de alivio. Se apresura a cambiarse y baja las escaleras corriendo. Raleigh lo ha organizado para que los camisas blancas solo efectúen redadas a horas determinadas, por lo que Emiko tiene la tranquilidad de poder hacer lo que le plazca dentro de los confines de Ploenchit. A pesar de todo, es precavida. Se produjeron tres redadas al principio, antes de que se fijaran los nuevos horarios. Varios propietarios terminaron escupiendo sangre antes de que se acordara una nueva tregua. Pero no Raleigh. Es como si Raleigh poseyera un conocimiento sobrenatural de los entresijos de las fuerzas del orden y la burocracia.

Fuera de Ploenchit, Anderson la espera en su rickshaw, oliendo a whisky y a tabaco, ásperas las mejillas con la barba incipiente del final de la jornada. Emiko se reclina contra él.

—Esperaba que vinieras.

—Siento haber tardado tanto. Las cosas se han puesto difíciles para mí.

—Te echaba de menos. —A Emiko le sorprende descubrir que es verdad.

Se ponen en marcha entre el tráfico nocturno, sorteando pesados megodontes y cheshires parpadeantes, dejando atrás velas encendidas y familias dormidas. Se cruzan con una patrulla de camisas blancas, pero los agentes están demasiado ocupados inspeccionando un puesto de hortalizas. La iluminación verde de las farolas de gas titila sobre sus cabezas.

—¿Estás bien? —Anderson hace un gesto en dirección a los camisas blancas—. ¿El ministerio está haciendo muchas redadas?

—Al principio era horrible. Pero ahora es mejor.

Cundió el pánico durante las primeras redadas, cuando las escaleras se inundaron de

camisas blancas que sacaban a rastras a las mama-sans, cortaban los suministros de metano piratas y esgrimían sus porras. Los *ladyboys* chillaban, los dueños de los locales corrían a buscar más dinero en efectivo y se desplomaban apaleados si no lograban comprar su libertad a base de sobornos. Emiko se había acurrucado entre las demás chicas, quieta como una estatua mientras las camisas blancas registraban el bar, señalando problemas, amenazando con molerlas a palos a todas y dejarlas inútiles para seguir trabajando. No había en ellos ni un atisbo de buen humor, tan solo rabia por la pérdida de su Tigre, el impulso de darle una lección a todo aquel que alguna vez se hubiera burlado de las reglas de los camisas blancas.

Terror. A punto de orinarse encima mientras intentaba mimetizarse con las demás chicas, segura de que Kannika iba a empujarla de un momento a otro, delatándola, de que elegiría este preciso momento para buscarle la ruina.

Raleigh, dirigiéndose a todos ellos con estudiadas reverencias, una farsa para algunos de los destinatarios habituales de sus sobornos, algunos de los cuales incluso estaban mirándola directamente (Suttipong, Addilek y Thanachai), todos ellos plenamente conscientes de su existencia y de su papel en el local, pues incluso habían llegado al extremo de catarla, y todos ellos devorándola con la mirada, intentando decidir si deberían «descubrirla». Todo el mundo representaba su papel, y Emiko esperaba que Kannika interrumpiera la farsa, que les obligara a todos a contemplar a la chica mecánica que había sido una fuente de sobornos tan lucrativa.

El recuerdo hace que Emiko se estremezca.

—Ahora es mejor —repite.

Anderson-sama asiente con la cabeza.

El rickshaw se detiene enfrente de su edificio. Es el primero en apearse, comprueba que no haya camisas blancas en los alrededores y la conduce al interior. La pareja de guardias de seguridad pasa escrupulosamente por alto la presencia de Emiko. Cuando se vaya, les dará una propina para garantizar que su amnesia sea completa. Aunque les repugne, le seguirán el juego mientras sea respetuosa, y mientras pague. Con los camisas blancas en pie de guerra, tendrá que darles más dinero. Pero eso se puede arreglar.

Anderson-sama y ella suben al ascensor, y la encargada calcula el peso estimado, meticulosamente inexpresiva.

Una vez a salvo dentro del piso, se funden en un abrazo. Emiko se sorprende al descubrir la felicidad que siente cuando Anderson-sama la adora, cuando recorre todo su cuerpo con las manos, cuando suspira por tocarla. Se le había olvidado lo que es parecer casi humana, ser casi respetada. En Japón, nadie tenía tantos reparos en mirarla. Pero aquí, todos los días se siente como si fuera un animal.

Es un alivio sentirse amada, siquiera físicamente.

Las manos de Anderson-sama se deslizan por sus pechos, por su estómago, entre sus muslos, buscando enterrarse en ella. A Emiko le alivia que resulte tan fácil entregarse al placer. Presiona contra él, sus bocas se encuentran, y por un momento olvida por completo que la gente la llame chica mecánica y *heechy-keechy*. Por un momento se siente completamente humana, y se rinde al contacto. A la piel de Anderson-sama. A la seguridad del placer y el deber.

Pero una vez consumada su unión, la depresión sigue allí.

Anderson-sama le trae agua fría, solícito, para recompensarla por el desgaste físico. Se tumba a su lado, desnudo, con cuidado de no tocarla, de no añadir más calor al ya acumulado en su cuerpo.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

Emiko se encoge de hombros, intenta convertirse en un neoser sonriente.

—No es nada. Nada que se pueda arreglar. —Poner voz a sus necesidades es poco menos que imposible. Va en contra de su misma naturaleza. Mizumi-sensei la azotaría por ello.

Anderson-sama la observa con unos ojos sorprendentemente llenos de ternura para tratarse de alguien con el cuerpo surcado de cicatrices. Emiko puede catalogarlas. Cada una de ellas sugiere un misterio de violencia en su piel blanca. Quizá los hoyuelos de su pecho provinieran de los disparos de una pistola de resortes. Quizá la cicatriz de su hombro proviniera de un machete. Las de su espalda parecen marcas de latigazos, casi sin duda. La única que le plantea alguna duda es la del cuello, de su fábrica.

Anderson-sama alarga la mano para acariciarla con ternura.

—¿Qué tienes?

Emiko se aparta de él rodando. La vergüenza que siente casi no le deja ni hablar.

—Los camisas blancas... jamás permitirán que salga de la ciudad. Y ahora Raleigh-san ha pagado más sobornos para mantenerme. Creo que no quiere liberarme.

Anderson-sama no responde. Emiko puede oír su respiración, suave y acompasada, pero nada más. La vergüenza es abrumadora.

«Estúpida chica mecánica codiciosa. Deberías dar gracias por todo lo que está dispuesto a proporcionarte.»

El silencio se prolonga.

—¿Seguro que no se podría convencer a Raleigh? —pregunta Anderson al cabo—. Es un hombre de negocios.

Emiko escucha el sonido de la respiración del *gaijin*. ¿Está ofreciéndose a comprar su libertad? Si fuera japonés, podría tratarse de una oferta sutilmente velada. Pero con Anderson-sama es difícil saberlo.

—Eso es cierto. A Raleigh-san le gusta el dinero. Pero creo que también le gusta verme sufrir.

Se queda esperando, esforzándose por leer los pensamientos de Anderson-sama. Este no solicita más información. Deja su indirecta flotando en el aire. Pero Emiko puede sentir su cuerpo pegado al de ella, el calor de su piel. ¿Todavía está escuchando? Si fuera un ser civilizado, se tomaría esta falta de respuesta como un revés. Pero los *gaijin* no son tan sutiles.

Emiko se arma de valor. Insiste, enferma de humillación por el esfuerzo de contravenir su adiestramiento y sus imperativos genéticos. Pugnando por no temblar como un perro apaleado, lo intenta de nuevo.

—Ahora vivo en el bar. Raleigh-san paga los sobornos para mantener alejados a los camisas blancas, tres veces más que antes, algunos para los otros bares y algunos para los camisas blancas, para que yo pueda quedarme allí. No sé hasta cuándo resistiré así. Creo que mi nicho empieza a encogerse.

—Podrías... —Anderson-sama se interrumpe, titubeante—. Podrías quedarte aquí.

A Emiko le da un vuelco el corazón.

—Creo que Raleigh-san me seguiría.

—Hay formas de encargarse de las personas como Raleigh.

—¿Puedes liberarme de él?

—Dudo que disponga del capital necesario para comprarte. —Emiko siente un nudo en la garganta mientras Anderson-sama continúa—: Con la tensión que hay ahora, no puedo provocarle raptándote. Podría echarme encima a los camisas blancas. Sería demasiado arriesgado. Pero creo que podría arreglarlo para que durmieras aquí, por lo menos. Es posible que Raleigh agradeciera incluso quitarse ese peso de encima.

—¿Pero eso no te causaría problemas? A los camisas blancas tampoco les gustan

los *farang*. Tu situación es muy precaria. —«Ayúdame a escapar de este lugar. Ayúdame a buscar los poblados de los neoseres. Ayúdame, por favor»—. Si pagara las deudas de Raleigh-san... podría ir al norte.

Anderson-sama tira suavemente de su hombro. Emiko se deja atraer hacia él.

—Apuntas demasiado bajo. —Desliza una mano por su estómago. Distraído. Pensativo—. Dentro de poco van a cambiar muchas cosas. Quizá también para los neoseres. —Le dedica una sonrisita enigmática—. Los camisas blancas y sus reglas no durarán eternamente.

Emiko le implora por su supervivencia, y él habla de fantasías.

Intenta disimular su desilusión. «Deberías darte por satisfecha, chiquilla codiciosa. Dar gracias por lo que tienes.» Pero no puede evitar que sus palabras rezumen amargura:

—Soy una chica mecánica. No va a cambiar nada. Me despreciarán siempre.

Anderson-sama se ríe, la abraza con fuerza.

—No estés tan segura. —Le roza la oreja con los labios, susurrando. Conspirador—. Si le rezas a ese dios cheshire *bakeneko* tuyo, es posible que pueda ofrecerte algo mejor que una aldea en la selva. Con un poco de suerte, podrías terminar con una ciudad entera.

Emiko se aparta y le dirige una mirada cargada de tristeza.

—Entiendo que no puedas cambiar mi suerte. Pero no deberías burlarte de mí.

Anderson-sama se limita a reírse de nuevo.

Hock Seng está agazapado en un callejón justo enfrente del polígono industrial *farang*. Es de noche, pero hay camisas blancas por todas partes. Adondequiera que va, se encuentra con cordones de uniformes. En los muelles, los clíperes, esperan en una zona aparte a que alguien les dé permiso para vaciar sus bodegas. En el distrito industrial hay agentes del ministerio en todas las esquinas, denegando el acceso a obreros, directores y comerciantes por igual. Solo pueden entrar y salir unos pocos privilegiados, aquellos dotados de permisos de residencia. Nativos.

Con una tarjeta amarilla por todo documento de identidad, Hock Seng ha tardado toda la tarde en cruzar la ciudad, evitando los controles. Echa de menos a Mai. Los ojos y los oídos de la pequeña le dan seguridad. Ahora debe ocultarse rodeado de cheshires y efluvios de orines, viendo cómo los camisas blancas comprueban la identidad de otro hombre y maldiciendo la distancia que lo separa de la fábrica de SpringLife. Debería haberle echado valor. Tendría que haber reventado la caja cuando tuvo ocasión. Debería haberlo arriesgado todo. Y ahora es demasiado tarde. Ahora, los camisas blancas controlan cada palmo de la ciudad, y los tarjetas amarillas son su presa favorita. Les gusta probar las porras en sus cabezas para darles una lección. Si el Señor del Estiércol no tuviera tanta influencia, Hock Seng está seguro de que los habitantes de las torres ya habrían sido masacrados. El Ministerio de Medio Ambiente ve en los tarjetas amarillas a otra especie invasora, otra plaga que debe ser contenida. Si se les concediera la oportunidad, los camisas blancas matarían hasta al último chino tarjeta amarilla y después se disculparían con un *khrah* ante la Reina Niña por su exceso de celo. Pero solo después.

Una joven enseña su pase y cruza el cordón. Se pierde de vista calle abajo, adentrándose en el polígono industrial. Todo está tan tentadoramente cerca, y sin embargo tan imposiblemente lejos...

Si lo piensa fríamente, es probable que lo mejor sea que la fábrica esté cerrada. Sería lo más seguro para todos. Si no dependiera tanto del contenido de la caja fuerte, denunciaría las infecciones de la línea y se olvidaría de este *tamade* asunto de una vez por todas. No obstante, en medio de toda esa enfermedad, envueltos en el miasma de los baños de algas, los planos y los manuales de instrucciones continúan llamándolo.

A Hock Seng le dan ganas de arrancarse hasta el último pelo de la cabeza, tanta es su frustración.

Clava una mirada furibunda en el puesto de control, deseando que los camisas blancas se alejen, que busquen en otra parte. Implorando, rezando a la diosa Kuan Yin, rogando al gordo Buda de oro para que le dé un poco de suerte. Con esos planos de fabricación y el apoyo del Señor del Estiércol, se abrirían tantas posibilidades ante él... Tanto futuro... Tanta vida... Nuevas ofrendas para sus ancestros. Quizá una nueva esposa. Quizá un hijo que perpetúe su apellido. Quizá...

Una patrulla desfila ante él. Hock Seng se oculta en las sombras. Los agentes le recuerdan cuando los pañuelos verdes comenzaron a salir por las noches en busca de parejas que pasearan cogidas de la mano al anochecer, una exhibición de inmoralidad.

Por aquel entonces les pidió a sus hijos que anduvieran con cuidado, que comprendieran que el conservadurismo tenía momentos altos y otros bajos, como la marea, y que si no podían disfrutar de la libertad y de la independencia que habían tenido sus padres, en fin, ¿qué más daba? ¿No tenían acaso la barriga llena, no disfrutaban de la compañía de su familia y amigos? Además, tras los altos muros de los complejos, lo que



opinaran los pañuelos verdes era irrelevante.

Otra patrulla. Hock Seng da media vuelta y se adentra en el callejón. No hay manera de colarse en el distrito industrial. Los camisas blancas se han empeñado en bloquear a Comercio y molestar a los *farang*. Hace una mueca y empieza el largo rodeo a través del *soi* hasta su casucha.

Había muchos empleados corruptos en el ministerio, pero no Jaidee. No si lo que dicen todos de él es cierto. Hasta ¡*Sawatdee Krung Thep!*!, la circular que más le quería, pese a haberle denigrado tan implacablemente durante su caída en desgracia, ha impreso páginas y más páginas ensalzando al héroe de la nación. El capitán Jaidee era demasiado querido para terminar hecho pedazos, para recibir el mismo trato que los desperdicios que se arrojan a los pozos de metano. Alguien debe pagar por eso.

Y si la culpa es de Comercio, para el comercio será el castigo. De modo que se cierran todas las fábricas, los amarraderos, las carreteras y los muelles, y Hock Seng no encuentra ninguna salida. No puede reservar pasaje a bordo de un clíper, no puede navegar río arriba hasta las ruinas de Ayutthaya, no puede volar en dirigible a Calcuta o a Japón.

Cuando pasa junto a los muelles, como cabía esperar, los camisas blancas siguen allí, al lado de corrillos de estibadores sentados en cuclillas en el suelo, ociosos por culpa del bloqueo. Un clíper precioso se mece suavemente, anclado a cien metros de la orilla. Tan bonito como los que una vez poseyó. Un clíper de última generación: casco adaptable al tipo de navegación e hidroalas, polímero de aceite de palma, alerones para aprovechar mejor el viento. Veloz. Con una bodega enorme. Se yergue sobre las olas, resplandeciente. Y él debe quedarse en el muelle, contemplándolo. Lo mismo podría estar atracado en la India.

Ve un puesto de comida, el vendedor fríe tilapias modificadas en un wok hondo. Hock Seng se arma de valor. Tiene que preguntar, aunque desvele su identidad de tarjeta amarilla. Sin información está ciego. Con los camisas blancas en la otra punta del muelle, aunque el hombre dé la voz de alarma, debería darle tiempo a escapar.

Hock Seng se acerca.

—¿Hay alguna posibilidad de que crucen los pasajeros? —murmura. Ladea la cabeza en dirección al clíper—. ¿Por ahí?

—Nadie puede viajar —murmura el vendedor.

—¿Ni siquiera un hombre solo?

El hombre frunce el ceño, indica con la cabeza a las otras personas que están acucilladas entre las sombras, fumando y jugando a las cartas. Reunidas en torno a la radio de manivela de un comerciante.

—Esos de ahí llevan esperando toda la semana. Tendrás que armarte de paciencia, tarjeta amarilla. Como los demás.

Hock Seng se esfuerza por no dar un respingo al ser identificado. Se obliga a fingir que están en el mismo barco, a forjar la desesperada ilusión de que el hombre lo ve como a un semejante, y no como si fuera un molesto cheshire.

—¿No has oído nada acerca de unas barcas, costa abajo? ¿Lejos de la ciudad? ¿A cambio de dinero?

El vendedor de pescado niega con la cabeza.

—No sale nadie, en ninguna dirección. También han detenido a dos grupos de pasajeros distintos que intentaban llegar a la orilla desde sus embarcaciones. Los camisas blancas ni siquiera permiten que salgan los barcos de abastecimiento. Hay apuestas sobre qué pasará primero, si el capitán levará anclas o si los camisas blancas levantarán el bloqueo.

—¿Y cómo están las apuestas? —pregunta Hock Seng.

—Once a uno a que el clíper se larga antes.

Hock Seng arruga la frente.

—Me parece que no voy a arriesgarme.

—Pues veinte a uno.

Un puñado de curiosos parecen estar escuchando la conversación a hurtadillas. Se ríen por lo bajo.

—No apuestes nada a menos que te ofrezca cincuenta a uno —dice uno de ellos—. Los camisas blancas no van a dar el brazo a torcer. No ahora. No con el Tigre muerto.

Hock Seng se obliga a reír con ellos. Saca un cigarrillo y lo enciende, ofrece la cajetilla a los hombres que le rodean. Una ofrenda de buena voluntad para estos thais, por este momento de fraternidad compartida. Si no fuera un tarjeta amarilla con acento de tarjeta amarilla, quizá podría intentar incluso la misma estrategia con los camisas blancas, pero en una noche como esta solo conseguiría llevarse un porrazo en la crisma. No tiene prisa por ver su cabeza estrellada en las piedras del suelo. Fuma y estudia el bloqueo.

El tiempo pasa.

La idea de una ciudad sellada hace que le tiemblen las manos. «Esto no tiene nada que ver con los tarjetas amarillas. Nosotros no somos los responsables de esto», se dice. Pero le cuesta creer que el cerco no esté estrechándose. Es posible que ahora se trate de Comercio, pero hay demasiados tarjetas amarillas en la ciudad, y si el comercio continúa cortado mucho más tiempo, hasta estas personas tan amables empezarán a darse cuenta de que falta el trabajo, y empezarán a beber, y se acordarán de los tarjetas amarillas de las torres.

El Tigre está muerto. Su cara adorna los postes de todas las farolas de gas. Las fachadas de todos los edificios. Tres imágenes de Jaidee en actitud desafiante lo observan desde la pared de un almacén en estos momentos. Hock Seng fuma y frunce el ceño en dirección a ese rostro. El héroe del pueblo. El hombre que no tenía precio, que se enfrentó a ministros, a empresas *farang* y a pequeños empresarios por igual. El hombre que estaba dispuesto a luchar con su propio ministerio. Relegado a una oficina cuando se volvió demasiado problemático y devuelto a las calles cuando siguió sin arrepentirse. El hombre que se reía de las amenazas de muerte y sobrevivió a tres atentados antes de que a la cuarta fuera la vencida.

Hock Seng tuerce el gesto. El número cuatro no se aleja de sus pensamientos últimamente. El Tigre de Bangkok solo tuvo cuatro oportunidades. ¿Cuántas ha usado ya él? Hock Seng inspecciona los muelles y los corrillos de personas, todas ellas incapaces de llegar a sus barcos. Su aguzado olfato de refugiado le permite percibir el peligro que flota en el aire, más penetrante que la brisa marina que barre la cubierta de un clíper y presagia la llegada del tifón.

El Tigre está muerto. Los ojos pintados del capitán Jaidee miran fijamente a Hock Seng, y este tiene la repentina y horrenda impresión de que el Tigre no ha muerto. Que, de hecho, ha salido de caza.

Hock Seng se aleja del póster como si de un durio infectado de roya se tratara. Lo nota en los huesos, lo sabe con la misma certeza que sabe que todo su clan está muerto y enterrado en Malasia. Ha llegado el momento de huir. Ha llegado el momento de escapar de los tigres que acechan en la noche, de adentrarse en las selvas infestadas de sanguijuelas, alimentarse de cucarachas y arrastrarse por los ríos de barro de la estación lluviosa. Da igual adónde vaya. Lo único que importa es que ha llegado el momento de huir. Hock Seng contempla el clíper anclado. Ha llegado el momento de tomar decisiones difíciles. Ha llegado el momento, en realidad, de renunciar a la fábrica de SpringLife y a sus planos. Los retrasos solo empeorarán las cosas. Debe gastar dinero. Garantizar su supervivencia.

---

Esta balsa se hunde.

Carlyle ya está esperándole en el rickshaw, frenético, cuando Anderson sale del edificio. La mirada del hombre salta de izquierda a derecha, catalogando la oscuridad que le rodea en un arco atemorizado. Lo envuelve el aire de temblorosa precaución de una liebre asustada.

—Pareces nervioso —observa Anderson mientras monta.

Carlyle hace una mueca de disgusto.

—Los camisas blancas acaban de ocupar el Victoria. Lo han confiscado todo.

Anderson mira de reojo en dirección a su apartamento, alegrándose de que el bueno de Yates decidiera instalarse lejos de los demás *farang*.

—¿Has perdido mucho?

—El dinero en efectivo que tenía en la caja fuerte. Algunos listados de clientes que no quería guardar en el despacho. —Carlyle le pide al conductor del rickshaw que se ponga en marcha, dándole instrucciones en tailandés—. Será mejor que tengas algo que ofrecer a esta gente.

—Akkarat ya sabe lo que puedo ofrecerle.

Empiezan a circular a través de la noche cargada de humedad. Una manada de cheshires se desbanda. Carlyle mira furtivamente detrás de ellos, comprobando que no los siga nadie.

—Aunque nadie vaya detrás de los *farang* oficialmente, ya sabes que somos los próximos en la lista. No sé hasta cuándo podremos quedarnos en el país.

—Míralo por el lado positivo. Si van detrás de los *farang*, Akkarat será el siguiente.

Ruedan por la ciudad en penumbra. Un puesto de control se materializa ante ellos. Carlyle se seca la frente. Está sudando como un cerdo. Los camisas blancas hacen señas al rickshaw y este aminora.

Anderson siente un cosquilleo de tensión.

—¿Seguro que esto va a funcionar?

Carlyle vuelve a enjugarse la frente.

—Pronto lo averiguaremos.

El rickshaw se detiene y los camisas blancas les rodean. Carlyle pronuncia unas frases rápidas. Presenta una hoja de papel. Los camisas blancas debaten un momento, y a continuación obsequian a los *farang* con una serie de *wais* y les indican que sigan su camino.

—Que me aspen.

Carlyle se ríe. El alivio que siente es palpable en su voz.

—Los sellos adecuados en un trozo de papel obran maravillas.

—Me sorprende que Akkarat todavía tenga influencia.

Carlyle sacude la cabeza.

—Akkarat no podría hacer algo así.

Los edificios dan paso a casuchas cuando se acercan al rompeolas. El rickshaw sorteja cascotes de cemento desprendidos de las alturas de un antiguo hotel de la Expansión. Anderson tiene la impresión de que debió de ser una belleza en su día. La luna siluetea las terrazas escalonadas que se elevan sobre sus cabezas. Pero ahora está rodeado de chabolas, y los últimos restos de sus ventanas de cristal centellean como dientes rotos. El rickshaw frena hasta detenerse al pie del terraplén del rompeolas. La pareja de *nagas* guardianes que flanquea la escalera que conduce a lo alto del malecón los observa mientras Carlyle paga al

conductor del rickshaw.

—Vamos. —Carlyle guía a Anderson escalones arriba, acariciando las escamas de los *nagas* con una mano. Desde lo alto del dique disfrutan de una vista perfecta de toda la ciudad. El Palacio Real resplandece a lo lejos. Sus altos muros ocultan los patios interiores que albergan a la Reina Niña y a su séquito, pero sus *chedi* con agujas de oro se elevan por encima, rutilando delicadamente a la luz de la luna. Carlyle tira de la manga de Anderson—. No te embobes.

Anderson titubea mientras inspecciona las tinieblas de la orilla a sus pies.

—¿Dónde están los camisas blancas? Deberían vigilar este lugar con mil ojos.

—No te preocupes. Aquí no tienen ninguna autoridad. —Se ríe de algo que solo él entiende y se agacha para pasar por debajo del *saisin* que se extiende a lo largo del dique—. En marcha. —Empieza a bajar por la pedregosa cara del terraplén, zigzagueando en dirección a la espuma de las olas. Anderson vacila, escudriñando aún la zona, antes de seguirlo.

Cuando llegan a la orilla, un esquife de muelles percutores surge de las sombras y se dirige raudo hacia ellos. Anderson está a punto de echar a correr, pensando que se trata de una patrullera de los camisas blancas.

—Son de los nuestros —susurra Carlyle.

Se adentran en los bajíos y suben a bordo. La lancha pivota bruscamente y se alejan de la orilla a gran velocidad. La luna se refleja en las olas, tejiendo un manto de plata. Lo único que se escucha en la embarcación es el batir de las olas contra el casco y el chasquido de los muelles percutores al desenroscarse. Ante ellos se cierne una barcaza, oscura salvo por unos cuantos pilotos de posición.

Su esquife se pega al costado. Instantes después, una escala de cuerda se descuelga por el mismo lado y ascienden en la oscuridad. Los tripulantes los reciben con *wais* respetuosos cuando suben a bordo. Carlyle le indica a Anderson que guarde silencio mientras los conducen abajo. Al final del pasillo, unos guardias flanquean una puerta. Llaman al otro lado, anunciando la llegada de los *farang*, y la puerta se abre, revelando un grupo de personas sentadas a una gran mesa de comedor, todas ellas riendo y bebiendo.

Uno de los presentes es Akkarat. Anderson reconoce en otro a un almirante que acosa a los barcos de calorías que llegan a Koh Angrit. Le parece que otro es tal vez un general del sur. En un rincón, un tipo alto y delgado vestido con un uniforme militar negro monta guardia, atento a todo. Otro...

Anderson se queda sin respiración.

—Muestra un poco de respeto —susurra Carlyle. Él ya se ha puesto de rodillas y está haciendo un *khrah*. Anderson se apresura a imitarlo sin perder tiempo.

El somdet chaopraya aguarda hierático mientras le rinden pleitesía.

Akkarat se carcajea al verles hacer tantas reverencias y genuflexiones. Rodea la mesa y les ayuda a ponerse en pie.

—Venid. Uníos a nosotros. Aquí todos somos amigos.

—Desde luego. —El somdet chaopraya sonríe y levanta una copa—. Venid y bebed.

Anderson realiza un último *wai*, doblando la columna hasta el límite de su elasticidad. Hock Seng asegura que el somdet chaopraya ha matado a más personas que pollos el Ministerio de Medio Ambiente. Antes de que lo nombraran protector de la Reina Niña era general, y sus campañas en el este han inspirado cruentas leyendas. De no ser por el accidente de su origen plebeyo, se especula que podría pensar incluso en suplantarse a la realeza. En vez de eso, su sombra se cierne sobre el trono, y todos prodigan *khrah*s ante él.

El corazón de Anderson martillea en su pecho. Con el respaldo del somdet

chaopraya a un cambio de gobierno, todo es posible. Tras años de investigación y el fiasco de Finlandia, por fin hay un banco de semillas cerca. Y con él, la respuesta a las solanáceas, los *ngaw* y otros mil enigmas genéticos. Este hombre de mirada cruel que brinda con él con una sonrisa cordial o voraz, según cómo se mire, es la clave de todo.

Un criado ofrece vino a Anderson y a Carlyle. Se reúnen con el resto de los invitados sentados alrededor de la mesa.

—Estábamos hablando de la guerra del carbón —les informa Akkarat—. Los vietnamitas han renunciado a Phnom Penh por ahora.

—Buena noticia.

La conversación continúa, pero Anderson presta atención solo a medias. Prefiere observar furtivamente al somdet chaopraya. La última vez que lo vio fue frente al templo en honor a Phra Seub del Ministerio de Medio Ambiente, cuando los dos contemplaban boquiabiertos a la chica mecánica de la delegación japonesa. En persona, el tipo parece mucho mayor que en las imágenes que adornan la ciudad y lo describen como el leal defensor de la Reina Niña. El alcohol ha poblado su rostro de manchas, y en sus ojos hundidos se atisba la depravación que le atribuyen los rumores. Hock Seng asegura que su brutal reputación en el campo de batalla le acompaña también en su vida privada, y aunque los thais hagan *khrebs* ante su efigie, no goza del cariño que suscita la Reina Niña. Y ahora, cuando el somdet chaopraya levanta la cabeza y cruza la mirada con Anderson, este cree conocer el motivo.

Ha visto antes a ejecutivos de calorías como este. Personas ebrias de poder e influencia, capaces de doblegar a naciones enteras con la amenaza de un embargo de SoyPRO. Es un sádico implacable. Anderson se pregunta si la Reina Niña será capaz de desarrollar todo su potencial con este hombre tan cerca. Parece poco probable.

La conversación en torno a la mesa continúa evitando escrupulosamente el motivo de su cita nocturna. Hablan de las cosechas del norte, y discuten el problema del Mekong ahora que los chinos han construido más diques en sus fuentes. Comentan los nuevos diseños de los clíperes que Mishimoto está a punto de empezar a producir.

—¡Cuarenta nudos con el viento a favor! —Carlyle da un puñetazo en la mesa, exultante—. Equipados con hidroalas y con capacidad para transportar mil quinientas toneladas. ¡Pienso comprarme toda una flota!

Akkarat se ríe.

—Creía que el futuro estaba en el transporte aéreo. En los dirigibles pesados.

—¿Con esos barcos? Estoy dispuesto a apostar por los dos. Durante la antigua Expansión había una mezcla de opciones de tránsito. Por aire y por mar. No veo por qué no podría ocurrir lo mismo esta vez.

—La nueva Expansión está en boca de todos últimamente. —La sonrisa de Akkarat se borra de sus labios. Mira de reojo al somdet chaopraya, que asiente discretamente con la cabeza. El ministro de Comercio prosigue, dirigiéndose directamente a Anderson—: Algunos elementos del reino se oponen a este progreso. Elementos ignorantes, sin duda, pero también inconvenientemente tenaces.

—Si necesitáis ayuda —replica Anderson—, estaríamos encantados de proporcionárosla.

Otra pausa. Akkarat vuelve a buscar discretamente al somdet chaopraya con la mirada. Carraspea.

—No obstante, la naturaleza de tu ayuda suscita algunos interrogantes. El historial de los tuyos no invita a la confianza.

—Sería algo así como meterse en la cama con un nido de escorpiones —añade el somdet chaopraya.

Anderson esboza una ligera sonrisa.

—Se diría que ya estáis rodeados por multitud de nidos. Con vuestro permiso, se podrían eliminar unos cuantos. Eso beneficiaría a ambas partes.

—El precio que pides es demasiado elevado —dice Akkarat.

Anderson mantiene un tono de voz neutro.

—Lo único que pedimos es accesibilidad.

—Y un hombre, ese tal Gibbons.

—Entonces, ¿lo conocéis? —Anderson se inclina hacia delante—. ¿Sabéis dónde está?

La mesa enmudece. Akkarat vuelve a mirar de soslayo al somdet chaopraya. Este se encoge de hombros, pero Anderson no necesita otra respuesta. Gibbons está aquí. En algún lugar del país. Probablemente en la ciudad. Diseñando sin duda su siguiente triunfo después de los *ngaw*.

—No pedimos que nos entreguéis la nación —asegura Anderson—. El reino de Tailandia no se parece en nada a Birmania ni a la India. Tiene su propia historia, marcada por la independencia. Eso es algo que respetamos profundamente.

Los reunidos adoptan una expresión pétrea.

Anderson se maldice. «Estúpido. Les estás recordando sus miedos.» Decide cambiar de táctica.

—Lo que tenemos aquí son grandes oportunidades. La cooperación beneficia a ambas partes. Mi gente está dispuesta a contribuir con grandes ayudas al reino si podemos llegar a un acuerdo. La resolución de las disputas fronterizas, suministros de calorías como no se han visto desde la Expansión... todo eso puede ser vuestro. Se trata de una oportunidad para todos.

Anderson pierde el hilo de lo que estaba diciendo. El general asiente con la cabeza. El almirante tiene el ceño fruncido. Akkarat y el somdet chaopraya se mantienen inexpresivos. Es imposible saber qué piensa cada uno de ellos.

—Por favor, si nos disculpan —dice Akkarat.

No es ninguna petición. Los guardias indican que Anderson y Carlyle deberían salir. Instantes después se encuentran en el pasillo, rodeados por cuatro agentes de seguridad.

Carlyle fija la mirada en el suelo.

—No parecen convencidos. ¿Se te ocurre algún motivo para que no se fíen de nosotros?

—Las armas y el dinero de los sobornos ya están listos para aterrizar. Si pueden establecer un diálogo con los generales de Pracha, estaré preparado para comprarlos y equiparlos. ¿Dónde está el riesgo para ellos? —Anderson menea la cabeza, irritado—. Deberían abalanzarse sobre esta oportunidad. Es el trato más equitativo que hayamos puesto nunca encima de la mesa.

—No se trata de la oferta. Eres tú. Tú, y AgriGen, y toda vuestra condenada historia. Todo depende de que confíen en ti. Si no... —Carlyle se encoge de hombros.

La puerta se abre y les invitan a entrar de nuevo.

—Muchas gracias por vuestro tiempo —dice Akkarat—. Estoy seguro de que tendremos en consideración vuestra oferta.

Carlyle deja caer los hombros, desinflado por el educado rechazo. El somdet chaopraya sonríe ligeramente mientras Akkarat anuncia su respuesta. Satisfecho, quizá, por el revés que supone esto para los *farang*. Alrededor del camarote se elevan más palabras de cortesía, pero Anderson no tiene oídos para ellas. Rechazo. Está tan cerca que casi puede saborear los *ngaw*, pero se empeñan en seguir levantando barreras. Debe de haber alguna manera de reabrir el debate. Mira fijamente al somdet chaopraya. Necesita una baza. Algo

que le permita desequilibrar la balanza...

Está a punto de soltar una carcajada. Las piezas encajan en su sitio. Carlyle sigue refunfuñando, decepcionado, pero Anderson sonrío y hace *wais* a un lado y a otro, buscando una brecha. La manera de prolongar la conversación un poco más.

—Entiendo perfectamente vuestros reparos. No nos hemos ganado la confianza necesaria. Quizá podríamos hablar de otra cosa. Un proyecto amistoso, por así decirlo. Algo menos ambicioso.

El almirante tuerce el gesto.

—No queremos nada de vuestras manos.

—Por favor, no nos precipitemos. Lo que ofrecemos lo hacemos de buena fe. Y en cuanto a ese otro proyecto, si cambiáis de opinión acerca de nuestra ayuda, bien sea dentro de una semana, o de un año, o de diez, siempre estaremos a vuestra disposición.

—Bonito discurso —dice Akkarat. Sonríe mientras fulmina al almirante con la mirada—. Estoy seguro de que no hay ningún resentimiento por nuestra parte. Por favor, disfrutad al menos de una última copa. Ya que os habéis tomado tantas molestias por nuestra culpa, qué menos que despedirnos como amigos.

De modo que la partida continúa. Anderson siente una oleada de alivio.

—Nos habéis leído el pensamiento.

El alcohol no tarda en fluir libremente, y Carlyle asegura que estaría encantado de importar un pedido de azafrán de la India en cuanto se levante el embargo, mientras Akkarat relata la anécdota de un camisa blanca que intenta aceptar tres sobornos de otros tantos puestos de comida y no deja de perder la cuenta, y en todo momento Anderson observa al somdet chaopraya, aguardando una oportunidad.

Cuando el hombre se acerca a una ventana para contemplar las aguas, Anderson se sitúa a su lado.

—Es una lástima que no hayan aceptado tu oferta.

Anderson se encoge de hombros.

—Me conformo con salir de aquí con vida. Hace unos años me hubieran arrojado a los megodontes para morir pisoteado por el simple hecho de intentar reunirme contigo.

El somdet chaopraya suelta una risotada.

—¿Estás seguro de que te dejaremos salir por tu propio pie?

—Relativamente seguro, al menos. La apuesta es razonable —dice Anderson—. Akkarat y tú sois razonables, aunque nuestros puntos de vista difieran en algunos aspectos. Considero que el riesgo es asumible.

—¿Sí? La mitad de los presentes en esta sala sugirieron que alimentar a las carpas del río con tu carne sería la decisión más acertada. —Hace una pausa, mirando fijamente a Anderson con sus implacables ojos hundidos—. Fue una votación muy ajustada.

Anderson se obliga a sonreír.

—Deduzco que no estuviste de acuerdo con tu almirante.

—Esta noche no.

Anderson hace un *wai*.

—En tal caso, te lo agradezco.

—No me des las gracias todavía. Aún podría decidir que te ejecutaran. Los de tu clase tenéis muy mala reputación.

—¿Me darías al menos la oportunidad de rogar por mi vida? —pregunta Anderson con ironía.

El somdet chaopraya encoge los hombros.

—No te serviría de nada. Tu vida es lo más interesante que podría cobrarme.

—En tal caso, tendría que ofrecer algo único.



La mirada vacía del hombre vuelve a posarse en Anderson.

—Imposible.

—En absoluto —dice Anderson—. Puedo darte algo que no has visto nunca. Podría hacerlo esta misma noche, incluso. Algo exquisito. No apto para cardíacos, pero algo extraordinario y exclusivo. ¿Impediría eso que me arrojaras a las carpas del río?

El somdet chaopraya compone un gesto de irritación.

—No puedes enseñarme nada que no haya visto ya antes.

—¿Estarías dispuesto a apostar?

—¿Todavía jugando, *farang*? —El somdet chaopraya suelta una carcajada—. ¿No has arriesgado bastante por una noche?

—De ninguna manera. Tan solo intento garantizar que mis extremidades sigan pegadas al cuerpo. No me parece que el riesgo sea para tanto, dado lo que podría perder de lo contrario. —Mira al somdet chaopraya a la cara—. Pero estoy dispuesto a apostar. ¿Y tú?

El somdet chaopraya le observa atentamente.

—¡A nuestro fabricante de calorías le gusta apostar! —anuncia a sus hombres—. Dice que puede enseñarme algo que no he visto nunca. ¿Qué opináis de eso?

Todos se ríen.

—Las probabilidades están en tu contra —advierte el somdet chaopraya.

—A pesar de todo, creo que la apuesta merece la pena. Y estoy dispuesto a jugarme mucho dinero.

—¿Dinero? —El somdet chaopraya arruga la frente—. Creía que estábamos hablando de tu vida.

—En tal caso, ¿qué hay de los planos de mi fábrica de muelles percutores?

—Podría conseguirlos cuando quisiera. —El somdet chaopraya chasquea los dedos, irritado—. Un simple gesto, y serían míos.

—De acuerdo. —Anderson tuerce el rictus. «Todo o nada»—. ¿Y si os ofreciera al reino y a ti la próxima variedad de arroz U-*Tex* de mi empresa? ¿Serviría eso para avalar la apuesta? Y no solo el arroz, sino la semilla antes de ser esterilizada. Tu pueblo podría plantarla una y otra vez mientras sea viable contra la roya. Mi vida no puede tener más valor que eso.

Se hace el silencio en la habitación. El somdet chaopraya estudia a Anderson.

—¿Y para compensar el riesgo? ¿Qué es lo que quieres si ganas?

—Quiero que el proyecto político del que hablábamos antes salga adelante. Con las mismas condiciones ya propuestas. Condiciones que ambos sabemos que son enteramente favorables al reino y a ti.

El somdet chaopraya entorna los párpados.

—Eres obstinado, ¿verdad? ¿Y qué te impide quedarte con el U-*Tex* prometido si pierdes?

Anderson sonríe y hace un gesto en dirección a Carlyle.

—Deduzco que ordenarás que los megodontes nos descuarticen a mí y al señor Carlyle aquí presente si incumplimos nuestra palabra. ¿Sería esa compensación suficiente?

La risa de Carlyle está teñida de histeria.

—¿Qué clase de apuesta es esa?

Anderson no aparta la mirada del somdet chaopraya.

—La única que importa. Confío plenamente en que su excelencia será honrado si consigo sorprenderle. Y para demostrar esa confianza, dejamos nuestras vidas en sus manos. Es una apuesta perfectamente razonable. Los dos somos hombres de honor.

El somdet chaopraya sonríe.

—Acepto la apuesta. —Entre carcajadas, da una palmada en la espalda de

Anderson—. Me sorprendes, *farang*. Buena suerte. Será un placer verte pisoteado.

Forman un curioso grupo mientras cruzan la ciudad. El séquito del somdet chaopraya les garantiza el acceso en todos los puestos de control, y los gritos de sorpresa de los camisas blancas resuenan en la oscuridad cuando se dan cuenta de a quién han intentado dar el alto.

Carlyle se enjuga la frente con un pañuelo.

—Dios, chiflado malnacido. No tendría que haber accedido a presentarte.

Ahora que la apuesta está hecha y el riesgo definido, Anderson se siente inclinado a mostrarse de acuerdo. Ofrecer el arroz U-*Tex* ha sido un paso arriesgado. Aunque sus proveedores respalden la apuesta, los de finanzas se opondrán. Un fabricante de calorías es infinitamente más prescindible que un banco de semillas tan importante. Si los *thais* empiezan a exportar el arroz, los ingresos de AgriGen se resentirán durante años.

—No pasa nada —murmura—. Confía en mí.

—¿Que confíe en ti? —A Carlyle le tiemblan las manos—. ¿Para que me pongan debajo de un megodonte? —Mira a su alrededor—. Debería intentar escapar ahora mismo.

—No te molestes. El somdet chaopraya ha dado instrucciones a sus guardias. Si nos entran dudas ahora... —Inclina la cabeza hacia los hombres que viajan en el rickshaw que los sigue—. Te matarán en cuanto des el primer paso.

Unas torres características se elevan ante ellos minutos más tarde.

—¿Ploenchit? —pregunta Carlyle—. Jesús y Noé, ¿en serio piensas llevar allí al somdet chaopraya?

—Tranquilízate. Fuiste tú el que me sugirió la idea.

Anderson se apea del rickshaw. El somdet chaopraya y su séquito se arremolinan ante la entrada.

—¿Esto es lo mejor que se te ocurre? —El somdet chaopraya mira a Anderson con expresión lastimera—. ¿Chicas? ¿Sexo? —Sacude la cabeza.

—No saques conclusiones precipitadas. —Por señas, Anderson les indica a todos que entren—. Por favor. Siento que tengamos que subir escaleras. Las instalaciones son indignas de tu posición, pero te aseguro que la experiencia vale la pena.

El somdet chaopraya se encoge de hombros y deja que Anderson tome la delantera. Sus guardias cierran filas, nerviosos en los lóbregos confines. Todos los *yonquis* y las putas que pueblan la escalera ven al somdet chaopraya y se desploman aterrados, deshaciéndose en *khrebs*. La noticia de su llegada corre como la pólvora escaleras arriba. Los guardias del chaopraya se adelantan corriendo, inspeccionando las sombras.

Se abren las puertas de Soil. Las chicas se apresuran a arrodillarse. El somdet chaopraya pasea la mirada por el local sin disimular el desagrado que siente.

—¿Se trata de un sitio que frecuentéis a menudo los *farang*?

—Como ya he dicho antes, no es el colmo de la elegancia. Lo siento mucho. —Anderson le hace una seña—. Por aquí. —Cruza la estancia y aparta una cortina para revelar el escenario del interior.

Emiko yace sobre las tablas con Kannika de rodillas encima de ella. Los espectadores se agolpan mientras Kannika provoca los movimientos delatadores del diseño de la chica mecánica. Su cuerpo tiembla y se estremece sincopadamente a la luz de las luciérnagas. El somdet chaopraya se detiene en seco y se queda mirando fijamente.

—Creía que eran exclusivos de los japoneses —murmura.

—Hemos encontrado otro.

Kanya se sobresalta. Se trata de Pai, que está de pie en el umbral. Kanya se frota la cara. Estaba sentada en su mesa, intentando redactar otro informe, aguardando noticias de Ratana. Y ahora tiene hilillos de saliva en el dorso de la mano y manchas de tinta por todas partes. Dormida. Y soñando con Jaidee, sentado junto a ella y riéndose de todas sus justificaciones.

—¿Estabas durmiendo? —pregunta Pai.

Kanya se restriega los ojos.

—¿Qué hora es?

—La segunda de la mañana. El sol lleva un rato en el cielo. —Pai, un hombre con la cara picada que debería ser su superior pero ha sido adelantado por Kanya, espera pacientemente a que esta termine de despabilarse. Pertenece a la vieja escuela. Adoraba a Jaidee y su forma de actuar, y recuerda cuando el Ministerio de Medio Ambiente era respetado en vez de ridiculizado. Un buen hombre. Un hombre cuyos sobornos Kanya conoce perfectamente. Aunque Pai sea un agente corrupto, Kanya sabe quién posee qué, y por eso confía en él.

—Hemos encontrado otro —repite.

Kanya endereza la espalda.

—¿Quién más lo sabe?

Pai menea la cabeza.

—¿Se lo has llevado a Ratana?

Pai asiente.

—El fallecimiento no se había calificado de sospechoso. Nos costó descubrirlo. Es como buscar un pececillo plateado en un arrozal.

—¿A nadie le pareció extraño? —Kanya respira hondo y deja escapar el aliento en un siseo irritado—. Hatajo de incompetentes. Nadie recuerda cómo llega siempre. Qué rápido se olvida todo.

Pai escucha la perorata de la capitana asintiendo ligeramente con la cabeza. Las cicatrices y los cráteres de su rostro miran fijamente a Kanya. Otra enfermedad insidiosa. Kanya no recuerda si fue un gorgojo pirata o alguna variedad de la bacteria *phii*.

—Entonces, ¿con este ya van dos?

—Tres. —Kanya se queda pensativa—. ¿Nombre? ¿Tenía nombre la víctima?

Pai niega con la cabeza.

—Fueron meticulosos.

Kanya asiente contrariada.

—Quiero que recorras los distritos y mires a ver si alguien ha denunciado la desaparición de algún pariente. Tres personas. Pide que les hagan fotos.

Pai se encoge de hombros.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor?

—A lo mejor la autopsia desvela algún rasgo en común —sugiere Pai.

—Sí, vale. Eso también. ¿Dónde está Ratana?

—Ha mandado el cuerpo a las fosas. Dice que te reúnas con ella.

Kanya hace una mueca.

—Cómo no. —Ordena los papeles y deja a Pai enfrascado en sus fútiles pesquisas.

Mientras sale del edificio de administración se pregunta qué haría Jaidee en su

lugar. A él nunca le faltaba la inspiración. Jaidee podía pararse de repente en mitad de la calle, asaltado de pronto por un golpe de genio, y acto seguido estaban cruzando la ciudad a toda velocidad, buscando el origen de la infección, e invariablemente, siempre acertaba. A Kanya le revuelve el estómago pensar que ahora el reino depende de ella.

«Soy una vendida. Me han comprado. Soy una vendida», piensa.

Cuando llegó al Ministerio de Medio Ambiente en calidad de topo de Akkarat, le sorprendió descubrir que los contados privilegios del ministerio siempre eran suficientes. El tributo semanal de los puestos callejeros para quemar algo que no fuera el costoso metano legal. La satisfacción de una noche de patrulla pasada en la cama. Era una existencia cómoda. Incluso a las órdenes de Jaidee. Y ahora el destino ha querido que tenga que esforzarse por hacer bien su trabajo, y que este sea importante, y que lleve tanto tiempo sirviendo a dos amos que ya no logra recordar a quién debería darle prioridad.

«Tendría que haberte reemplazado otro, Jaidee. Alguien digno. El reino se tambalea porque no somos fuertes. No somos virtuosos, no seguimos la senda de las ocho bifurcaciones y la enfermedad se ha desatado otra vez.»

Y es ella la que debe hacerle frente, como Phra Seub, pero sin su fortaleza ni su sentido de la integridad.

Kanya cruza los patios saludando a los demás agentes con la cabeza, ceñuda. «Jaidee, ¿por qué quiso tu *kamma* que yo fuera tu segunda al mando? ¿Que tu vida estuviera en mis manos? ¿A qué bromista se le ocurrió algo así? ¿Fue obra de Phii Oun, el espíritu cheshire, encantado de esparcir más sangre y carroña por el mundo? ¿De ver cómo crecen las montañas de cadáveres?»

Frente a ella, unos hombres con la cara cubierta con máscaras de gas se ponen firmes cuando la ven abriendo las puertas del crematorio. Pide que le entreguen una mascarilla, pero la deja colgando del cuello. Un oficial no debería mostrar miedo, y sabe que la máscara no la salvaría. Un amuleto de Phra Seub le inspiraría más confianza.

La explanada de tierra de las fosas se extiende ante ella, enormes agujeros practicados en el suelo rojo, revestidos para evitar las filtraciones de una capa freática poco profunda. La tierra está empapada, y sin embargo la superficie se cuece al calor. La estación seca no tiene fin. ¿Llegará alguna vez el monzón este año? ¿Será su salvación o los ahogará? Hay personas que no juegan a otra cosa, las apuestas cambian a diario. Pero con el clima tan alterado, ni siquiera los simuladores informáticos del Ministerio de Medio Ambiente son capaces de precisar la llegada del monzón de un año para otro.

Ratana está de pie al filo de una de las fosas. De los cuerpos calcinados a sus pies se elevan viscosas columnas de humo. Los buitres y los cuervos vuelan en círculos sobre su cabeza. Un perro que se ha colado en el complejo se pasea furtivo contra las paredes, en busca de restos.

—¿Cómo ha entrado? —pregunta Kanya.

Ratana levanta la cabeza y observa al perro.

—La naturaleza siempre encuentra un resquicio por el que abrirse camino — comenta lacónica—. Si dejamos comida abandonada, irá a por ella.

—¿Habéis encontrado otro cadáver?

—Los mismos síntomas.

Ratana tiene el cuerpo encorvado, los hombros hundidos. El fuego crepita a sus pies. Uno de los buitres desciende. Un agente uniformado dispara un cañón y la explosión envía al buitre chillando de regreso a las alturas. Reanuda sus círculos. Ratana cierra los ojos brevemente. Las lágrimas amenazan con desbordar las comisuras de sus ojos. Sacude la cabeza como si quisiera armarse de valor. Kanya la contempla entristecida, preguntándose si alguna de las dos seguirá con vida al final de esta nueva plaga.

—Deberíamos avisar a todo el mundo. Informar al general Pracha. Y al palacio —añade Ratana.

—¿Ya estás segura?

Ratana exhala un suspiro.

—Fue en otro hospital. En la otra punta de la ciudad. Una clínica callejera. Asumieron que se trataba de una sobredosis de *yaba*. Pai los encontró por casualidad. Una conversación anodina camino del Bangkok Mercy en busca de pruebas.

—Por casualidad. —Kanya sacude la cabeza—. No me había dicho nada. ¿Cuántos podría haber ahí fuera? ¿Cientos ya? ¿Miles?

—No lo sé. Lo único positivo es que no hemos detectado ningún indicio de que sean contagiosos de por sí.

—Todavía.

—Tienes que pedirle consejo a Gi Bu Sen. Es el único que sabe a qué clase de monstruo nos enfrentamos. Estos son sus hijos, que vienen para atormentarnos. Los reconocerá. He ordenado que preparen las muestras. Entre las tres, lo sabrá.

—¿No hay otra manera?

—Nuestra única alternativa sería declarar la cuarentena en toda la ciudad, y entonces empezarían los disturbios y no nos quedaría nada que salvar.

Los arrozales se extienden en todas direcciones, verde esmeralda, radiantes como luces de neón al sol tropical. Kanya lleva tanto tiempo encerrada en el pozo de Krung Thep que ver esta faceta del mundo resulta un alivio. Hace que se imagine que aún hay esperanza. Que los tallos de arroz no enrojecerán y se marchitarán agostados por la última variedad de la roya. Que no habrá ninguna espora que llegue flotando desde Birmania para echar aquí sus raíces. Que los campos inundados se mantendrán fértiles, que los diques resistirán, y que las bombas de Su Majestad el rey Rama XII seguirán achicando el agua.

Unos granjeros cubiertos de tatuajes saludan a Kanya con *wais* de respeto al paso de su bicicleta. A juzgar por los sellos de sus brazos, la mayoría de ellos han realizado ya los trabajos de corvea del año. Unos pocos están marcados para el comienzo de la estación de lluvias, cuando se les pedirá que acudan a la ciudad y preparen los diques para resistir el diluvio. Kanya luce sus propios tatuajes, recuerdo de sus días en el campo, antes de que los agentes de Akkarat le encomendaran la tarea de enterrarse en el corazón mismo del Ministerio de Medio Ambiente.

Tras una hora de pedalear infatigablemente por pasarelas elevadas, el complejo se materializa ante sus ojos. Primero las vallas de tela metálica. Después los guardias con sus perros. A continuación los muros rematados con trozos de vidrio, alambre de espino y largas estacas de bambú. Kanya se atiene a la carretera para evitar las minas. Técnicamente, se trata tan solo del hogar de un hombre adinerado, emplazado en lo alto de una colina de cemento y cascotes de las torres de la Expansión.

Después de tantas vidas perdidas a lo largo del último siglo, cuando las presas necesitan tantas reparaciones, cuando hay tantos campos que cultivar y tantas guerras que librar, no deja de resultar impresionante que se haya dedicado tanta mano de obra a algo tan insignificante como la construcción de una montaña artificial. El refugio de un millonario. En su origen perteneció a Rama XII, y oficialmente sigue siendo propiedad del palacio. Desde un dirigible que lo sobrevolara no sería nada. Otro complejo más. La extravagancia de algún miembro de la realeza. Y sin embargo, un muro siempre es un muro, un foso lleno de tigres siempre es un foso lleno de tigres, y los hombres que pasean con sus perros miran en todas direcciones.

Kanya enseña sus documentos a los guardias mientras los mastines gruñen y tensan sus cadenas. Las bestias son más grandes que cualquier perro natural. Neoseres. Voraces,

letales y perfectamente diseñados para realizar su trabajo. Pesan el doble que ella, todo músculos y dientes. El horror nacido en la imaginación de Gi Bu Sen, y encarnado.

Los guardias resuelven encrypciones con sus descodificadores de manivela. Lucen el uniforme negro de la reina, y su seriedad y su eficiencia infunden respeto. Al cabo, le indican que pase junto a las aterradoras fauces de los perros. Kanya pedalea hacia la puerta con el vello erizado, sabiendo que jamás podría correr más deprisa que esos animales.

Una vez en la puerta, otra pareja de guardias vuelve a confirmar sus salvoconductos antes de conducirla al interior de una terraza de baldosas donde una piscina emite destellos azulados como una gema.

Un trío de *ladyboys* se ríen tontamente, tendidos a la sombra de un platanero. Kanya sonrío a su vez. Son guapos. Pero también idiotas, si están enamorados de un *farang*.

—Me llamo Kip —dice uno de ellos—. El doctor se está dando su masaje. —Inclina la cabeza hacia el agua azul—. Puedes esperarlo en la piscina.

La fragancia del océano es penetrante. Kanya se acerca al borde de la terraza. A sus pies, las olas salpican y se rizan, bañando de espuma las playas de arena. Una brisa limpia y refrescante la envuelve, asombrosamente optimista después del hedor claustrofóbico de Bangkok tras sus gigantescos rompeolas.

Respira hondo, disfrutando del salitre y del viento. Una mariposa revolotea hasta posarse en la barandilla de la terraza. Cierra las alas enjovadas. Vuelve a abrirlas con delicadeza. Repite la misma acción una y otra vez, resplandeciente, oro y negro cobalto.

Kanya la observa fijamente, conmovida por su hermosura, la prueba en tecnicolor de que existe un mundo más allá del suyo. Se pregunta qué apetitos la habrán impulsado a aterrizar en esta mansión extranjera, con su extravagante prisionero *farang*. De todas las verdades de la belleza, he aquí una innegable. La naturaleza se ha vuelto loca.

Kanya se agacha para mirarla más de cerca, posada en la balaustrada. Una mano despistada podría aplastarla y reducirla a polvo sin percatarse siquiera de la destrucción.

Estira un dedo, con cuidado. La mariposa se sobresalta, y luego permite que la recoja en su palma ahuecada. Ha viajado mucho. Debe de estar cansada. Tanto como Kanya. Ha cruzado continentes enteros. Ha recorrido altiplanos y selvas esmeraldas hasta aterrizar aquí, entre hibiscos y losas, para que Kanya pueda tomarla en su mano y admirar su belleza. Ha llegado muy lejos.

Kanya cierra el puño sobre sus aleteos. Abre la mano y deja caer el polvillo encima de las baldosas. Fragmentos de alas y pulpa carnosa. Un polinizador artificial, fabricado seguramente en cualquiera de los laboratorios de PurCal.

Los neoseres no tienen alma. Pero son bonitos.

Le llama la atención un chapoteo a su espalda. Kip se ha puesto un traje de baño. Su silueta ondula bajo el agua, se eleva, se aparta la larga cabellera morena de la cara y sonrío antes de dar media vuelta y comenzar otro largo. Kanya ve cómo nada, la grácil combinación de tela azul y piel bronceada. Resulta guapa como muchacha. Una criatura agradable a la vista.

Por fin, el demonio se acerca al borde de la piscina en su silla de ruedas. Está mucho peor que la última vez que lo vio. Las cicatrices de *fa'gan* que le cubren la garganta se extienden hasta sus orejas. Una infección oportunista que superó pese a todos los pronósticos médicos. Un sirviente empuja la silla. Se tapa las piernas enflaquecidas con una fina manta.

De modo que es cierto que su enfermedad sigue avanzando. Durante mucho tiempo pensó que se trataba de una simple leyenda, pero ahora puede comprobarlo con sus propios ojos. El tipo es horrendo. Su enfermedad y su intensidad abrasadora son espantosas. Kanya se estremece. Se alegrará cuando este demonio pase por fin a su próxima vida. Cuando se

convierta en un cadáver que puedan poner en cuarentena e incinerar. Hasta entonces, espera que las medicinas sigan conteniendo el contagio. Es un hombre malhumorado y piloso de cejas pobladas, con la nariz carnosa y unos labios gruesos y correosos en los que se dibuja la sonrisa de una hiena cuando ve a Kanya.

—Ah. Mi carcelera.

—Lo que faltaba.

Gibbons mira de reojo a Kip, que continúa nadando.

—Que me procuréis chicas guapas de boca bonita no significa que no esté encerrado. —Levanta la cabeza—. Bueno, Kanya, hacía tiempo que no te veía. ¿Dónde está tu santo amo y señor, mi carcelero predilecto? ¿Dónde está nuestro combativo capitán Jaidee? No trato con subordinados... —Se interrumpe, contemplando los galones del cuello de Kanya. Entrecierra los ojos—. Ah. Ya veo. —Se inclina hacia atrás, observando a Kanya—. Solo era cuestión de tiempo que alguien se librara de él. Felicidades por el ascenso, capitana.

Kanya se obliga a permanecer impasible. En anteriores visitas fue Jaidee el encargado de tratar con el demonio. Se encerraban en un despacho y dejaban a Kanya esperando junto a la piscina en compañía de la última criatura que el doctor hubiera elegido para su placer. Cuando Jaidee regresaba, lo hacía siempre en silencio y con los labios apretados.

En cierta ocasión, mientras salían del complejo, Jaidee había estado a punto de decir algo, de poner voz a lo que le rondaba por la cabeza. Abrió la boca y musitó: «Pero...», una protesta que se quedó a medias, muerta antes de terminar de salir de sus labios.

A Kanya le dio la impresión de que Jaidee todavía estaba manteniendo una conversación, un duelo verbal en el que los contendientes se turnaban como en un partido de *takraw*. Un combate donde las palabras volaban y rebotaban en todas direcciones, con la cabeza de Jaidee como campo de batalla. En otra ocasión, Jaidee se había limitado a abandonar el complejo con el ceño fruncido, mascullando: «Es demasiado peligroso para mantenerlo con vida». A lo que Kanya había respondido, desconcertada: «Pero si ya no trabaja para AgriGen», y Jaidee la había mirado sorprendido, comprendiendo solo entonces que había hablado en voz alta.

El doctor era una leyenda. Un demonio con el que se atemorizaba a los niños. Cuando Kanya lo vio por primera vez, esperaba encontrarlo cargado de cadenas, no sentado tranquilamente mientras extraía a cucharadas la carne de una papaya de Koh Angrit, satisfecho y risueño, con la barbilla surcada de hilillos de zumo.

Kanya no sabía si era la culpa u otro extraño impulso lo que había llevado al doctor al reino. Si se trataba de la tentación de los *ladyboys* y de la amenaza de muerte que se cernía sobre él, o si la explicación radicaba en la rivalidad con sus colegas. El doctor no parecía arrepentirse de nada. No lamentaba el daño que había infligido al mundo. Hablaba en tono jocosos de cómo había desbaratado los planes de Ravaita y Domingo. Cómo había frustrado diez años de investigación del doctor Michael Ping.

Un cheshire cruza el patio sigilosamente, interrumpiendo las cavilaciones de Kanya. Se encarama de un salto al regazo del doctor. Kanya da un paso atrás, asqueada, mientras el hombre rasca al cheshire detrás de las orejas. El animal parpadea, sus patas y su cuerpo cambian de color y adoptan los de la manta de cuadros del anciano.

Gibbons sonríe.

—No te aferres tanto a lo natural, capitana. Mira, fíjate. —Se agacha, haciendo gorgoritos. El cheshire parpadeante estira el cuello hacia su rostro con un ronroneo. Su pelaje pardo reluce. Le da un tímido lametón en la barbilla—. Esta criaturita siempre tiene hambre. Eso está bien. Si tiene suficiente hambre, nos devorará a todos, a menos que

diseñemos un depredador mejor. Algo que, a su vez, tenga hambre de él.

—Ya hemos realizado ese análisis —replica Kanya—. La cadena alimentaria solo se enredaría más aún. El daño que ya está hecho no se arreglará con otro superdepredador.

Gibbons suelta un bufido.

—El ecosistema se enredó la primera vez que el hombre se echó a la mar. Cuando se encendieron las primeras fogatas en la sabana africana. Nosotros nos hemos limitado a acelerar el proceso. La cadena alimentaria de la que hablas es pura nostalgia, nada más. Naturaleza. —Compone un gesto de repugnancia—. Nosotros somos la naturaleza. Todas nuestras intromisiones forman parte de ella, nuestros avances biológicos. Somos lo que somos, y el mundo nos pertenece. Somos sus dioses. El único problema es la reticencia de algunos a desatar todo su potencial sobre él.

—¿Como AgriGen? ¿Como U Texas? ¿Como RedStar HiGro? —Kanya sacude la cabeza—. ¿Cuántos de los nuestros han muerto por culpa de ese potencial desatado? Vuestros fabricantes de calorías nos enseñaron lo que puede pasar. La gente muere.

—Todo el mundo muere. —El doctor hace un ademán desdeñoso—. Pero ahora morimos por aferrarnos al pasado. Todos deberíamos ser neoseres a estas alturas. Es más fácil diseñar una persona inmune a la roya que proteger a un modelo anterior de la criatura humana. Dentro de una generación, podríamos estar perfectamente adaptados a nuestro nuevo entorno. Tus hijos se beneficiarían de ello. Pero tu pueblo se niega a evolucionar. Os aferráis a un ideal de la humanidad evolucionada en consonancia con el entorno a lo largo de milenios, una evolución a la que ahora, inexplicablemente, os empeñáis en poner freno.

»La roya forma parte de nuestro entorno. La cibicosis. El gorgojo modificado. Los cheshires. Ellos han sabido adaptarse. Especula cuanto quieras sobre si lo hicieron de forma natural o no. Nuestro entorno ha cambiado. Si queremos seguir en lo alto de la cadena alimentaria, tendremos que evolucionar. O podemos negarnos y correr la misma suerte que los dinosaurios y el *Felis domesticus*. Evolucionar o morir. Ese ha sido siempre el principio fundamental de la naturaleza, y sin embargo los camisas blancas os obstináis en poner trabas a lo inevitable. —Gibbons se inclina hacia delante—. A veces me dan ganas de sacudiros para que abráis los ojos. Si me dejarais, sería vuestro Dios y os prepararía para el edén que nos aguarda.

—Soy budista.

—Y todos sabemos que los neoseres carecen de alma. —Gibbons sonrío—. Nada de reencarnación para ellos. Tendrán que buscarse otros dioses que les protejan. Dioses a los que rezar por sus muertos. —Su sonrisa se ensancha—. Puede que ese dios sea yo, y que los hijos de vuestros neoseres me rueguen que los salve. —Un destello le ilumina los ojos—. Reconozco que no me importaría tener unos cuantos adoradores más. Jaidee era igual que tú. Siempre tan incrédulo. No tanto como los grahamitas, pero aun así, poco satisfactorio para una deidad.

Kanya hace una mueca.

—Cuando mueras, te incineraremos, cubriremos tus cenizas con cloro y sosa cáustica, y nadie se acordará de ti.

El doctor se encoge de hombros, despreocupado.

—Todos los dioses deben sufrir. —Se reclina en la silla, sonriendo cínicamente—. En fin, ¿quieres quemarme ahora en la hoguera? ¿O prefieres postrarte ante mí y adorar mi inteligencia una vez más?

Kanya disimula la repugnancia que le inspira este hombre. Saca un fajo de papeles y se los ofrece. El doctor los coge, pero no hace nada más. No los abre. Ni siquiera les echa un vistazo.

—¿Sí?



—Ahí está todo.

—Todavía no te has puesto de rodillas. A tu padre le muestras más respeto, seguro. Y a la columna de la ciudad, sin duda.

—Mi padre está muerto.

—Y Bangkok quedará sumergida. Eso no significa que debas ser irrespetuosa.

Kanya reprime el impulso de desenfundar la porra y darle una paliza.

Gibbons sonrío ante su resistencia.

—¿Será que te apetece charlar un poco primero? A Jaidee siempre le gusta hablar. ¿No? Veo en tu expresión que me desprecias. ¿Crees que soy un monstruo, tal vez? ¿Un asesino de niños? ¿No quieres fumar la pipa de la paz conmigo?

—Es que eres un monstruo.

—Tu monstruo. Tu herramienta. ¿En qué te convierte eso a ti? —La observa, divertido. Kanya siente como si el hombre estuviera usando los ojos para diseccionarla minuciosamente, levantando y examinando sus órganos uno por uno: los pulmones, el estómago, el hígado, el corazón...

Gibbons esboza una leve sonrisa.

—Quieres verme muerto. —Una sonrisa de oreja a oreja divide sus pálidas facciones moteadas. En sus ojos brilla la luz intensa de la locura—. Deberías pegarme un tiro si tanto me odias. —Kanya no responde, y Gibbons levanta las manos, exasperado—. ¡Me cago en la puta, qué tímidos sois todos! Kip es el único de vosotros que vale la pena. —Su mirada se desliza hasta el *ladyboy*, que sigue nadando; se queda observándolo un momento, hipnotizado—. Adelante, mátame. Morir sería un placer para mí. Solo sigo con vida porque vosotros me obligáis.

—No por mucho tiempo.

El doctor baja la mirada a sus piernas paralizadas. Se ríe.

—No. No por mucho tiempo. Y después, ¿qué haréis cuando AgriGen y los suyos lancen otro asalto? ¿Cuando llegue la próxima nube de esporas flotando desde Birmania? ¿Cuando encallen en la orilla procedentes de la India? ¿Os moriréis de hambre, como les pasó a los hindúes? ¿Se os pudrirá la carne como pasó con los birmanos? Si vuestro país sigue estando un paso por delante de las plagas es gracias a mí, y a mi mente enferma. —Agita las piernas—. ¿Quieres pudrirte conmigo? —Levanta las mantas para revelar las llagas y las pústulas que recubren sus piernas blancas como el vientre de un pescado, cerosas a causa de la falta de riego, surcadas de verdugones supurantes—. ¿Quieres morir así? —Esboza una amarga sonrisa.

Kanya aparta la mirada.

—Te lo mereces. Es tu *kamma*. Tu muerte será dolorosa.

—¿Karma? ¿Has dicho karma? —El doctor se inclina hacia ella. Los ojos castaños ruedan sin control en sus órbitas. Su lengua cuelga fuera de la boca—. ¿Qué clase de karma es ese que liga toda tu nación a mí, a los despojos putrefactos de mi cuerpo? ¿Qué clase de karma es ese que os obliga precisamente a vosotros a mantenerme con vida? —Sonríe—. Pienso mucho en vuestro karma. Es posible que comer de mi mano sea el precio que debéis pagar por vuestro orgullo desmesurado. O puede que seáis el vehículo de mi iluminación y mi salvación. ¿Quién sabe? Quizá renazca a la diestra de Buda gracias a los favores que os hago.

—No funciona así.

El doctor se encoge de hombros.

—Me trae sin cuidado. Seguid trayéndome chicos como Kip para follar. Seguid sacrificándome almas descarriadas y enfermas. Neoseres, incluso. Me da igual. Aceptaré toda la carne que me arrojéis. Pero no me incordiéis. Lo que ocurra con vuestro podrido

país ha dejado de interesarme.

Tira los papeles a la piscina. Se esparcen por el agua. Kanya se queda sin aliento, horrorizada, y a punto está de abalanzarse tras ellos antes de recuperar la compostura y obligarse a permanecer en su sitio. No piensa permitir que Gibbons juegue con ella. Es típico de los fabricantes de calorías. Siempre manipulando. Siempre poniendo a prueba. Con esfuerzo, aparta la mirada del papel que se empapa lentamente en la piscina y clava los ojos en Gibbons.

El doctor sonrío ligeramente.

—¿Y bien? ¿Vas a zambullirte a por ellos o no? —Ladea la cabeza en dirección a Kip—. Mi adorable ninfa te echará una mano. Me encantaría veros a las dos retozando juntas.

Kanya niega con la cabeza.

—Recógelos tú.

—Siempre es agradable que venga a verme una persona tan íntegra como tú. Una mujer de convicciones firmes. —Se inclina hacia delante, entornando los párpados—. Alguien realmente cualificada para juzgar mi trabajo.

—Eras un asesino.

—Desarrollé mi campo. Lo que hicieran con mis investigaciones no era asunto mío. Tú llevas encima una pistola de resortes. El fabricante no tiene la culpa de que seas poco fiable. De que puedas matar a la persona equivocada en cualquier momento. Diseñé instrumentos de vida. Si la gente los utiliza en interés propio, es su karma, no el mío.

—AgriGen te pagó bien para que pensaras así.

—AgriGen me pagó bien para enriquecerse a mi costa. Mis pensamientos son exclusivamente míos. —Estudia a Kanya—. Supongo que tienes la conciencia tranquila. Uno de esos agentes del ministerio. Tan pura como tu uniforme. Lo más limpio que se puede conseguir con esterilizantes. —Se inclina hacia delante—. Dime, ¿aceptas sobornos?

Kanya abre la boca para responder, pero le faltan las palabras. Casi puede sentir a Jaidee levitando cerca de ella. Escuchando. Se le pone la piel de gallina. Se obliga a no mirar por encima del hombro.

Gibbons sonrío.

—Por supuesto que sí. Todos los de tu clase sois iguales. Corruptos de la cabeza a los pies.

La mano de Kanya se desliza hacia su pistola. El doctor la observa, sonriendo.

—¿Qué? ¿Amenazas con dispararme? ¿También de mí esperas sobornos? ¿Quieres que te coma el coño? ¿Que te ofrezca a mi medio niña? —Mira fijamente a Kanya con un brillo cruel en los ojos—. Ya os habéis llevado mi dinero. Mi vida se acaba y está llena de dolor. ¿Qué más quieres? ¿Por qué no robarme a la pequeña?

Kip levanta la cabeza, expectante, pedaleando para mantenerse a flote en la piscina. Su cuerpo reluce bajo las límpidas ondulaciones del agua. Kanya aparta la mirada. El doctor se ríe.

—Lo siento, Kip. No tenemos la clase de sobornos que le gustan a esta. —Tamborilea con los dedos en el brazo de la silla—. ¿Y qué tal un muchacho? Hay un jovencito de doce años encantador que trabaja en mi cocina. Estaría encantado de servirte. El placer de un camisa blanca siempre es lo primero.

Kanya lo fulmina con la mirada.

—Podría romperte todos los huesos.

—Adelante. Pero date prisa. Necesito un motivo para negarte mi ayuda.

—¿Por qué trabajaste tanto tiempo para AgriGen?

El doctor entorna los párpados.

—Por el mismo motivo que tú corres como una perra para tus amos. Me pagaban con la moneda que más me gusta.

La bofetada resuena en toda la estancia. Los guardias dan un paso adelante, pero Kanya ya se ha apartado, sacudiendo la mano dolorida, indicándoles que se retiren.

—Está bien. No pasa nada.

Los guardias titubean, indecisos sobre cuál es su deber y dónde recae su lealtad. El doctor se palpa el labio partido y examina la sangre, pensativo. Levanta la cabeza.

—Parece que he tocado un nervio... ¿Hasta qué punto te has vendido ya? —Su sonrisa deja al descubierto unos dientes ribeteados de sangre por el golpe de Kanya—. ¿Trabajas para AgriGen? ¿Eres cómplice? —Mira a Kanya a los ojos—. ¿Has venido a matarme? ¿A sacarles esta espina molesta? —La observa atentamente, escudriñando su alma, alerta y curioso—. Solo es cuestión de tiempo. Deben de conocer mi paradero. Deben de saber que soy vuestro. El reino no podría haber salido adelante durante tanto tiempo sin mí. No podría haber producido solanáceas y *ngaw* sin mi ayuda. Todos sabemos que andan tras mi pista. ¿Eres tú mi cazadora, entonces? ¿Eres tú mi destino?

Kanya frunce el ceño.

—En absoluto. Todavía no hemos terminado contigo.

Gibbons deja caer los hombros.

—Ah, claro que no. Por otra parte, ese momento no llegará nunca. Esa es la naturaleza de nuestras bestias y nuestras plagas. No son máquinas sin voluntad que se puedan guiar en una dirección u otra. Poseen sus propios apetitos y necesidades. Sus propias exigencias evolutivas. Deben mutar y adaptarse, por eso no terminaréis nunca conmigo, pero ¿qué haréis cuando me muera? Hemos desatado demonios sobre el mundo, y vuestras barreras solo son tan eficaces como mi intelecto. La naturaleza se ha transformado en algo nuevo. Ahora somos sus creadores, literalmente. ¿No sería poético que nos devorara nuestra propia creación?

—*Kamma* —murmura la capitana.

—Ni más ni menos. —Gibbons se reclina en la silla, sonriendo—. Kip. Recoge las páginas. Veamos qué se puede sacar en claro de este enigma. —Tamborilea con los dedos en sus piernas inútiles, pensativo. Sonríe a Kanya con socarronería—. Veamos cuán cerca de la muerte se encuentra nuestro querido reino.

Kip recupera las hojas nadando, dibujando estelas en el agua mientras las reúne, sacándolas de la piscina lacias y chorreantes. Una sonrisa aletea en los labios de Gibbons mientras observa sus movimientos.

—Tienes suerte de que me guste Kip. De lo contrario, habría dejado que sucumbierais hace años.

Asiente con la cabeza en dirección a los guardias.

—La capitana debe de tener muestras en su bicicleta. Traedlas. Las llevaremos abajo, al laboratorio.

Kip sale de la piscina y deja el montón de papeles empapados en el regazo del doctor. Este hace un gesto y el *ladyboy* empieza a empujar la silla hacia la puerta de la mansión. El doctor le indica a Kanya que lo siga.

—Vamos. Será solo un momento.

El doctor examina uno de los portaobjetos con los ojos entrecerrados.

—Me sorprende que creáis que se trata de una mutación inerte.

—Solo se han dado tres casos.

Gibbons levanta la cabeza.

—Por ahora. —Sonríe—. La vida es un algoritmo. Dos se convierte en cuatro, cuatro en diez mil, diez mil en una epidemia. Puede que toda la población esté contagiada y

no nos hayamos dado cuenta. Puede que esta sea la etapa final. Terminal sin síntomas, como el pobre Kip.

Kanya mira al *ladyboy* de reajo. Kip sonríe con delicadeza. En su piel no se aprecia nada. Su cuerpo no presenta ninguna señal. Si se está muriendo no es por culpa de la enfermedad del doctor. Y sin embargo... Kanya retrocede un paso involuntariamente.

El doctor sonríe.

—No pongas esa cara de preocupación. Tú padeces el mismo mal. Después de todo, la vida es mortal de necesidad. —Se asoma al microscopio—. No es un gorgojo independiente. Se trata de otra cosa. Tampoco es roya. No se aprecia la firma de AgriGen. —De pronto, pone cara de contrariedad—. Esto no me interesa. No es más que un error estúpido. Indigno de mi intelecto.

—¿Y eso es bueno?

—Las plagas accidentales matan igual que las demás.

—¿Hay alguna manera de ponerle freno?

El doctor coge una corteza de pan cubierta de moho verdoso y la observa con atención.

—Hay muchos hongos beneficiosos para la salud. Y otros tantos que resultan perjudiciales. —Le ofrece el trozo de pan a Kanya—. Pruébalo.

Kanya da un paso atrás. Gibbons sonríe de nuevo y da un bocado. Vuelve a ofrecérselo.

—Confía en mí.

Kanya se niega y se obliga a no sucumbir a la superstición y a musitar alguna plegaria implorando suerte y purificación a Phra Seub. Se imagina al hombre santo sentado encima de una flor de loto. Esforzándose por no responder a las provocaciones del doctor, acaricia sus amuletos.

El doctor pega otro mordisco. Sonríe mientras una miga rueda por su barbilla.

—Si lo pruebas, te garantizo que obtendrás una respuesta.

—Jamás aceptaría nada de tu mano.

El doctor se ríe.

—Ya lo has hecho. Todas las vacunas que te pusieron de pequeña. Todas las inoculaciones. Todas las dosis de refuerzo. —Vuelve a ofrecerle el pan—. Esto es más directo, nada más. Te alegrarás de haberme hecho caso.

Kanya inclina la cabeza en dirección al telescopio.

—¿Qué es esa cosa? ¿Tienes que realizar más ensayos?

Gibbons niega con la cabeza.

—¿Eso? No es nada. Una estúpida mutación. Un resultado estándar. Los veíamos a todas horas en nuestros laboratorios. Basura.

—Entonces, ¿por qué es la primera noticia que tenemos de ella?

Gibbons compone un gesto de impaciencia.

—Vosotros no cultiváis la muerte como hacemos nosotros. No jugáis con los rompecabezas de la naturaleza. —Un destello de pasión e interés ilumina fugazmente los ojos del doctor. Un destello travieso y voraz—. No os imagináis las cosas que conseguimos crear en nuestros laboratorios. Esto es una pérdida de tiempo. Esperaba que me presentaras un desafío. Algo de los doctores Ping y Raymond. O de Mahmoud Sonthalia, tal vez. Eso sí que sería un auténtico reto. —Por un momento, su mirada pierde el cinismo que la caracteriza. Es como si estuviera en trance—. Ah. Esos sí que son oponentes dignos.

«Estamos en manos de un ludópata.»

En un arranque de inspiración, Kanya ve al doctor desde un punto de vista completamente nuevo. Un intelecto feroz. Un hombre que llegó a la cumbre de su

especialidad. Un hombre celoso y competitivo. Un hombre que se encontró sin competidores que le hicieran sombra, por lo que cambió de bando y se unió al reino de Tailandia en busca de nuevos estímulos. Un ejercicio intelectual. Como si Jaidee hubiera decidido librar un combate de *muay thai* con las manos atadas a la espalda para ver si era capaz de ganar dando solo patadas.

«Estamos a merced de un dios veleidoso. Juega a nuestro favor únicamente por diversión, y cerrará los ojos y se echará a dormir cuando empecemos a aburrirle.»

La idea es aterradora. Este hombre existe tan solo para competir, para jugar una partida de ajedrez con la evolución, una partida a escala mundial. Un ejercicio de ego, un gigante solitario repeliendo los ataques de docenas de otros, un gigante que los derriba al vuelo con las manos desnudas mientras se carcajea. Pero todos los gigantes caen tarde o temprano, ¿y qué le deparará entonces el destino al reino? Tan solo de pensarlo, la piel de Kanya se perla de sudor.

Gibbons está observándola.

—¿Tienes más preguntas que hacerme?

Kanya se sacude el miedo de encima.

—¿Estás seguro? ¿Sabes ya lo que tenemos que hacer? ¿Te basta con echarle un vistazo?

El doctor se encoge de hombros.

—Si no me crees, podéis seguir los métodos habituales y hacer caso de los libros de texto hasta que muráis. O podéis reducir el distrito industrial a cenizas y atajar el problema de raíz. —Sonríe—. Esa sí que sería una solución contundente, de las que os gustan a los camisas blancas. El Ministerio de Medio Ambiente siempre ha sido muy aficionado a ellas. —Agita una mano—. Esta basura todavía no es especialmente viable. Muta rápidamente, sin duda, pero es frágil, y los huéspedes humanos no son ideales. Debe entrar en contacto con las membranas mucosas: las ventanas de la nariz, los ojos, el ano, algo próximo a la sangre y a la vida. Algo donde pueda reproducirse.

—Entonces estamos a salvo. No es peor que la hepatitis o el *fa'gan*.

—Pero sí mucho más propenso a mutar. —Vuelve a mirar a Kanya—. Deberías saber otra cosa. El responsable que buscas debe de tener baños químicos. Algún lugar donde se cultiven productos biológicos. Una planta de HiGro. Instalaciones de AgriGen. Una fábrica de neoseres. Algo por el estilo.

Kanya observa de soslayo a los mastines.

—¿Los neoseres podrían ser portadores?

Gibbons se agacha y da unas palmaditas a uno de los perros guardianes, provocándola.

—En el caso de las aves y los mamíferos, sí. Yo miraría primero en algún sitio con tanques. Si estuviéramos en Japón, apostaría por alguna guardería de neoseres, pero la fuente original podría ser cualquiera relacionado con productos biológicos.

—¿Qué clase de neoseres?

Gibbons resopla exasperado.

—No es cuestión de «clases», sino de exposición. Si se cultivaron en tanques contaminados, podrían ser portadores. Claro que, si permitís que esa basura siga mutando, pronto habrá llegado a las personas. Y descubrir su origen será irrelevante.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Gibbons se encoge de hombros.

—No estamos hablando de la vida útil del uranio ni de la velocidad de un clíper. Esto no es predecible. Las bestias bien alimentadas aprenden a darse atracones. La enfermedad, cultivada en una ciudad húmeda y densamente poblada, prosperará

rápidamente. Decide por ti misma cuánto quieres preocuparte.

Kanya da media vuelta, frustrada, y se encamina hacia la puerta.

—¡Buena suerte! —exclama Gibbons a su espalda—. Siento curiosidad por saber cuál de tus muchos enemigos acaba contigo primero.

Kanya hace oídos sordos a la provocación y sale corriendo al aire libre.

Kip se acerca a ella, secándose el pelo con una toalla.

—¿Ha colaborado el doctor?

—Lo suficiente.

La risa de Kip es un trino melodioso.

—Eso pensaba yo antes. Pero he descubierto que nunca lo revela todo de golpe.

Omíte detalles. Detalles importantes. Le gusta tener compañía. —Acaricia el brazo de Kanya, que se obliga a no dar un respingo. Pese a haber detectado su reacción, Kip se limita a sonreír delicadamente—. Le gustas. Querrá que vuelvas.

Kanya siente un escalofrío.

—Pues se llevará un chasco.

Kip la observa con sus grandes ojos acuosos.

—Espero que no mueras demasiado pronto. A mí también me gustas.

Mientras abandona el complejo, Kanya divisa a Jaidee, de pie al filo del océano, contemplando las olas. Como si presintiera su mirada, se vuelve y sonríe antes de titilar y desvanecerse. Otro espíritu que no tiene adónde ir. Kanya se pregunta si Jaidee conseguirá reaparecer alguna vez, o si seguirá persiguiéndola. Si el doctor tiene razón, quizá Jaidee esté aguardando a reencarnarse en algo que no tema a las plagas, alguna criatura que todavía no se ha concebido. Quizá la única esperanza de Jaidee sea renacer en el cascarón huero de un neoser.

Kanya silencia ese pensamiento. Es una idea perversa. En vez de eso, reza para que Jaidee se reencarne en un paraíso donde los neoseres y la roya no hayan existido jamás; para que, aunque no alcance nunca el *nibbana*, aunque no termine sus días como monje, aunque no encuentre la senda del budismo, se ahorre al menos la desesperación de ver el mundo que con tanto ahínco defendió, despellejado por la insaciable horda de nuevos éxitos de la naturaleza, estos neoseres que proliferan por todas partes.

Jaidee está muerto. Pero quizá sea eso lo mejor a lo que uno puede aspirar. Quizá Kanya sería más feliz si se metiera una pistola de resortes en la boca y apretase el gatillo. Quizá si no tuviera una casa tan lujosa y su *kamma* no estuviese teñido de traición...

Kanya menea la cabeza. Lo único que sabe a ciencia cierta es que debe cumplir con su deber. Está segura de que su alma será devuelta a este mundo, como un ser humano en el mejor de los casos, como otra cosa en el peor, como un perro o una cucaracha. Sea cual sea el desbarajuste que deje atrás, está segura de que regresará para enfrentarse a él una y otra vez. Así lo garantizan sus traiciones. Deberá librar esta batalla hasta que su *kamma* vuelva a estar limpio. Intentar huir ahora mediante el suicidio significaría enfrentarse a una forma más horrenda en el futuro. Para las personas como ella no hay escapatoria.

A pesar de los toques de queda y de los camisas blancas, Anderson-sama no repara en riesgos con sus atenciones. Es casi como si intentara compensarla por algo. Pero cuando Emiko reitera sus preocupaciones por Raleigh, Anderson-sama se limita a sonreír misteriosamente y a asegurarle que no hace falta que se preocupe por nada. Que todo está en marcha.

—Mi gente llegará pronto —concluye—. Todo será distinto dentro de poco. Se acabaron los camisas blancas.

—Suenan estupendo.

—Lo será. Voy a pasar unos días fuera, organizando los preparativos. Cuando vuelva, todo será diferente.

Dicho lo cual desaparece, dejándola con la advertencia de que no debería cambiar su rutina, ni contarle nada a Raleigh. Le da una copia de la llave de su apartamento.

De modo que Emiko despierta por la noche entre sábanas limpias en una habitación fresca, con un ventilador de manivela dando vueltas despacio sobre su cabeza. Le cuesta recordar cuándo fue la última vez que durmió sin sentir miedo ni dolor; la experiencia es desconcertante. La vivienda está en penumbra, iluminada tan solo por el resplandor de las farolas de gas que titilan como luciérnagas en la calle.

Tiene hambre. Mucha. Encuentra la cocina de Anderson-sama y registra las tarteras herméticas en busca de algo que picar: galletas, aperitivos, pasteles, lo que sea. Anderson-sama no tiene verduras frescas, pero sí arroz, y también hay salsa de soja y de pescado. Emiko pone agua a calentar en un quemador, maravillada por la bombona de metano que Anderson-sama ha dejado allí abandonada como si no tuviera el menor valor. Le cuesta creer que alguna vez ella tampoco concediera la menor importancia a ese tipo de detalles. Que Gendo-sama la alojara en unas instalaciones el doble de lujosas, en la planta más alta de un apartamento de Kioto, con vistas al templo Toji y a los lentos movimientos de los ancianos que atendían el altar con sus hábitos negros.

Ese pasado es como un sueño para ella. El cielo otoñal, pintado de un azul tan limpio que quita el aliento. Recuerda el placer de ver a los pequeños neoseres de su guardería dando de comer a los patos, o estudiando la ceremonia del té con una atención tan absoluta como irredimible.

Recuerda su adiestramiento...

Con un escalofrío, ve que la educaron para la excelencia, para el servicio eterno a un solo amo. Recuerda cómo Gendo-sama se la llevó, la colmó de cariño y, por último, se deshizo de ella como si de una simple cáscara de tamarindo se tratara. Ese había sido su destino desde el principio. No fue ningún accidente.

Entorna los párpados mientras observa fijamente la sartén y el agua en ebullición, el arroz que con tanta precisión ha calculado a simple vista, sin necesidad de tacitas, sencillamente a puñados, sabiendo con toda exactitud cuánto necesitaba y extendiéndolo instintivamente a continuación en una capa uniforme, como si estuviera rastrillando un jardín de grava, como si se dispusiera a realizar una meditación *zazen* sentada sobre los granos, como si ese cuenco de arroz contuviera la clave para restaurar el orden en su vida.

Estira el brazo. El cuenco de arroz se hace añicos, los fragmentos vuelan en todas direcciones, igual que el agua, rutilantes gemas abrasadoras.

Emiko se yergue en medio del torbellino, viendo volar las gotas, los granos de arroz suspendidos, todo ello detenido en movimiento, como si el arroz y el agua fueran neoseres,

volando sincopadamente igual que debe caminar ella por el mundo, *heechy-keechy*, con gestos extraños y surrealistas a los ojos de las personas normales. A los ojos de las personas a las que tan desesperadamente desea servir.

«Mira lo que has conseguido con tu servilismo.»

La sartén se estrella contra la pared. Los granos de arroz se deslizan por el mármol. El agua lo empapa todo. Esta noche descubrirá la ubicación de la aldea de los neoseres. El lugar donde los suyos viven sin dueño. Donde solo se sirven a sí mismos. Aunque Anderson-sama diga que su gente está a punto de llegar, al final él siempre será un ser natural y ella un neoser, su eterna criada.

Reprime el impulso de recoger el arroz, de dejarlo todo limpio para cuando vuelva Anderson-sama. En vez de eso, se obliga a contemplar el estropicio y a reconocer que ya no es una esclava. Si Anderson-sama quiere ver el suelo limpio, que le pida a otro que haga el trabajo sucio. Ella es otra cosa. Distinta. Óptima, a su manera. Y si alguna vez fue un halcón domesticado, Gendo-sama ha hecho algo por lo que Emiko debe sentirse agradecida. Le ha cortado las correas. Ahora Emiko puede volar con libertad.

Deslizarse entre las sombras resulta casi demasiado sencillo. Emiko flota entre la multitud, brillantes los labios recién pintados, oscuros los párpados, aros de plata relucientes en los lóbulos.

Es un neoser, y camina con tanta agilidad entre el gentío que nadie repara en su presencia. Se ríe de ellos. Se ríe y se desliza entre ellos. Un tictac suicida resuena en su naturaleza mecánica. Se esconde a la vista de todos. No disimula. La suerte la acuna en sus manos protectoras.

Fluye entre la muchedumbre, la gente se aparta sobresaltada de la chica mecánica que acecha en su seno, de esta muestra de diseño transgresor que tiene la defachatez de mancillar sus aceras, como si su país fuera la mitad de prístino que las islas que han repudiado a Emiko. Arruga la nariz. Ni siquiera las cloacas niponas podrían compararse con esta ruidosa fosa maloliente. No se imaginan cómo les halaga con su presencia. Se ríe para sus adentros, y cuando todos la miran, comprende que lo ha hecho en voz alta.

Camisas blancas al frente. Los atisba entre la maraña de megodontes y carretillas. Emiko se detiene junto a la barandilla de un puente tendido sobre un *khlong* y se asoma a las aguas, esperando a que pase el peligro. Ve su reflejo en el canal, con el fulgor verde de las farolas iluminándola desde atrás. Piensa que tal vez podría fundirse con el agua si se quedara contemplando el resplandor durante el tiempo suficiente. Se convertiría en un ser acuático. ¿Acaso no forma ya parte del mundo sumergido? ¿No merece flotar y hundirse lentamente? Descarta la idea. Esa es la antigua Emiko. La que jamás podría enseñarle a volar.

Un hombre se acerca y se apoya en la barandilla. Sin levantar la cabeza, Emiko observa su reflejo en el agua.

—Me gusta venir aquí cuando los niños hacen carreras de barcos en los canales.

Emiko asiente ligeramente, sin atreverse a hablar.

—¿Ves algo en el agua? Llevas mucho rato mirando.

Emiko niega con la cabeza. El uniforme blanco del desconocido está teñido de verde. Está tan cerca que podría tocarla si estirara el brazo. Se pregunta qué cara pondría si las manos del hombre acariciaran el horno de su piel.

—No tengas miedo de mí. Solo es un uniforme. No has hecho nada malo.

—No —susurra Emiko—. No tengo miedo.

—Eso está bien. Una chica tan bonita como tú no tiene motivos para estar asustada. —El hombre hace una pausa—. Qué acento más raro. Cuando te vi, pensé que a lo mejor eras chaozhou...



Emiko niega con la cabeza levemente. Sincopadamente.

—Lo siento. Japonesa.

—¿De las fábricas?

Emiko encoge los hombros. El hombre la observa con atención. Emiko se obliga a girar la cabeza (despacio, despacio, con suavidad, con suavidad, sin vacilación, sin titubeos) y a mirarle a los ojos, sin desviar la vista. Es mayor de lo que esperaba. Treinta y tantos, seguramente. O no. Quizá sea más joven y su aspecto cansado se deba a los sinsabores de su trabajo. Reprime el impulso de compadecerse de él, la perentoria necesidad genética de agradarle aunque él prefiriera verla descuartizada antes que disfrutar de sus servicios. Lentamente, muy despacio, vuelve a concentrar toda su atención en las aguas.

—¿Cómo te llamas?

Un instante de vacilación.

—Emiko.

—Bonito nombre. ¿Significa algo?

Emiko sacude la cabeza.

—Nada importante.

—Qué mujer tan modesta, para ser tan guapa.

Emiko vuelve a menear la cabeza.

—No. Nada de eso. Soy fea... —Se interrumpe, repara en la mirada fija del hombre, comprende que ha cometido un descuido. Sus movimientos la han traicionado. La sorpresa se refleja en los ojos abiertos del camisa blanca. Emiko retrocede, olvidada ya toda pretensión de humanidad.

La mirada del hombre se endurece.

—*Heechy-keechy* —sisea.

Emiko sonríe con los labios apretados.

—Ha sido un malentendido.

—Enséñame tus permisos de importación.

—Por supuesto. —Sigue sonriendo—. Seguro que los tengo aquí. Por supuesto. —

Cada paso hacia atrás que da es una señal luminosa que anuncia las imperfecciones de su ADN a los cuatro vientos. El hombre intenta agarrarla, pero Emiko se escabulle, una finta rápida, gira sobre los talones y emprende la huida, zambulléndose en el tráfico mientras el camisa blanca grita a su espalda:

—¡Detenedla! ¡Alto! ¡Por orden del ministerio! ¡Parad a ese neoser!

Toda la esencia de Emiko ansía detenerse y rendirse, acatar la autoridad. A duras penas logra seguir corriendo, rebelarse contra los azotes que le propinaba Mizumi-sensei cuando osaba desobedecer, el dardo censor de la lengua de Mizumi cuando se atrevía a oponerse a los deseos de otro.

Arde de vergüenza mientras las órdenes del camisa blanca resuenan a su espalda, pero antes de darse cuenta la multitud la engulle, la rodea el arrollador tráfico de megodontes, y el hombre está demasiado lejos para encontrar el callejón en el que Emiko se ha refugiado para recuperar el aliento.

Eludir a los camisas blancas lleva tiempo, pero al mismo tiempo es como un juego. Un juego para el que Emiko ahora está preparada. Si es rápida y precavida, si descansa entre sofoco y sofoco, evadirse no es imposible. Cuando corre se maravilla ante los movimientos de su cuerpo, cuán asombrosamente fluida se vuelve, como si por fin estuviera siendo fiel a su naturaleza. Como si todas las lecciones y los azotes de Mizumi-sensei estuvieran diseñados para mantener enterrada esta revelación.

Una vez en Ploenchit, sube a la torre. Raleigh está esperando en la barra, como

siempre, impaciente. La mira de reojo.

—Llegas tarde. Me lo pienso cobrar.

Emiko se obliga a no dejarse dominar por la culpa, ni siquiera mientras se disculpa.

—Lo siento mucho, Raleigh-san.

—Date prisa y cámbiate. Esta noche tienes clientes de lujo. Son muy importantes y se presentarán enseguida.

—Quería preguntarte por la aldea.

—¿Qué aldea?

Emiko no pierde la sonrisa. ¿La engañaría al respecto? ¿Habría sido siempre una mentira?

—El poblado de los neoseres.

—¿Todavía andas dándole vueltas a eso? —Raleigh sacude la cabeza—. Ya te lo he dicho. Tú consigues el dinero y yo me encargaré de llevarte allí, si eso es lo que quieres. — Hace un gesto en dirección a los camerinos—. Venga, cámbiate ya.

Emiko se muerde la lengua para no insistir y asiente con la cabeza. Más tarde. Cuando esté borracho. Cuando sea más maleable, entonces le sonsacará toda la información.

En el camerino, Kannika está poniéndose ya la ropa de trabajo. Arruga la nariz al ver a Emiko, pero no dice nada mientras esta se cambia y se prepara el primer vaso de hielo de la velada. Bebe con cuidado, paladeando el frescor y la sensación de bienestar que la embarga a pesar incluso del calor que hace en la torre. Tras las ventanas cegadas con cuerdas, la ciudad resplandece. Desde las alturas se ve preciosa. Despojada de sus habitantes naturales, Emiko se imagina que podría llegar a vivir a gusto en ella. Bebe más agua.

Un murmullo de advertencia y sorpresa. Las chicas se arrodillan y pegan la frente al suelo en un *khrah*. Emiko las imita. Ha regresado el hombre de las facciones duras. El que estuvo aquí la última vez con Anderson-sama. Busca a este con la mirada, esperando que también él haya venido, pero no hay ni rastro de él. El somdet chaopraya y sus amigos se encuentran visiblemente achispados mientras cruzan las puertas.

Raleigh se apresura a acercarse a ellos y los conduce a su sala VIP.

Kannika se cierne detrás de Emiko.

—Termínate el agua, *heechy-keechy*. Tienes trabajo que hacer.

Emiko se contiene para no responder con una grosería. Eso sería una locura. Pero mira a Kannika y reza para tener ocasión de vengarse de ella por todos los abusos que ha sufrido en sus manos, cuando descubra el emplazamiento de la aldea.

La sala VIP está abarrotada de hombres. Las ventanas dan al exterior, pero con la puerta cerrada, el aire apenas circula. Y el espectáculo es peor que cuando Emiko está en el escenario. Por lo general, el sadismo de Kannika sigue unas pautas. Aquí, sin embargo, Kannika la pasea de un lado a otro, presentándola a los hombres, animándoles a tocarla y a sentir el calor de su piel, diciendo cosas como: «¿Te gusta? ¿Te parece que es una sucia ramera? Espera y verás. Esta noche descubrirás lo sucia que puede llegar a ser». El poderoso, sus guardaespaldas y sus amigos se carcajean y bromean al verla, se ríen mientras le pellizcan las nalgas y le retuercen los pezones, mientras deslizan los dedos entre sus muslos, todos ellos un poco nerviosos ante esta atracción tan inusitada.

Kannika señala la mesa.

—Arriba.

Emiko se encarama torpemente a la lustrosa superficie negra. Kannika sigue dándole órdenes, le dice que camine, que se agache. La obliga a trotar de acá para allá con sus sincopados pasos de neoser mientras llegan más chicas, que se sientan con los hombres

y se suman a sus comentarios jocosos. Emiko continúa exhibiéndose en todo momento, hasta que, como era inevitable, Kannika la posee.

La tumba encima de la mesa. Los hombres estrechan el círculo cuando Kannika empieza a atormentarla. Juega con sus pechos primero, y va ganando confianza lentamente; introduce la polla de jadeíta entre sus piernas, provocando las reacciones que Emiko incluye de serie, incontrollables, no importa que se rebele contra ellas con toda su alma.

Los hombres prorrumpen en vítores ante la degradación de Emiko, quieren más, y Kannika, enardecida, comienza a idear nuevos suplicios. En cuclillas, separa las nalgas y le ordena a Emiko que sondee sus recovecos. Los hombres ríen cuando Emiko obedece y Kannika relata:

—Ah, sí, ya siento su lengua.

Más tarde:

—¿Te gusta meter la lengua ahí dentro, puerca mecánica?

Hacia los hombres:

—Le encanta. Todos estos sucios neoseres son iguales.

Más carcajadas.

—Vamos, asquerosa. No pares.

Empuja hacia abajo, asfixiando a Emiko, animándola a redoblar sus esfuerzos al tiempo que se multiplica su humillación, animándola a esforzarse más por complacer. Los dedos de Kannika se suman a la lengua de Emiko, jugando, deleitándose con su servilismo.

—¿Queréis ver cómo es? —La voz de Kannika suena amortiguada en los oídos de Emiko—. Adelante.

Manos en los muslos de Emiko, separándolos hasta dejarla totalmente expuesta. Unos dedos juegan con sus pliegues, la penetran. Kannika se ríe.

—¿Os la queréis follar? ¿Queréis follaros a la chica mecánica? Venga. Dadme las piernas. —Sus manos se cierran en torno a los tobillos de Emiko y tiran hacia arriba, dejándola vulnerable por completo.

—No —susurra Emiko, pero Kannika es implacable. Separa las piernas de Emiko al máximo.

—Pórtate bien, *heechy-keechy*. —Kannika vuelve a sentarse encima de ella mientras narra su degradación para los reunidos—. Se come todo lo que le pongas en la boca —dice, y los hombres se ríen. A continuación Kannika empuja contra la cara de Emiko y esta ya no puede ver nada, solamente oír cómo Kannika la llama perra, zorra, puerca mecánica, sin más valor que un consolador...

Silencio.

Emiko intenta moverse pero Kannika la mantiene inmovilizada, aislada del mundo.

—Quédate donde estás —dice Kannika.

Después:

—No. Usad esto.

Emiko siente cómo los hombres le agarran los brazos, paralizándola. Unos dedos la palpan, la auscultan, la invaden.

—Lubricadlo —jadea Kannika, ronca de excitación. Sus dedos se engarflan en los tobillos de Emiko.

Algo húmedo en su ano, viscoso, y a continuación una presión, un empujón frío.

Emiko gime en señal de protesta. La presión cede por unos instantes, pero Kannika pregunta:

—¿Y vosotros os consideraréis hombres? ¡Folladla! Mirad cómo se retuerce. ¡Fijaos en sus brazos y en sus piernas cuando empujáis! Que baile como un *heechy-keechy*.

La presión se reanuda, los hombres la sujetan con más brío, y Emiko no puede hacer

nada mientras el objeto helado traspasa el umbral de su ano y penetra en su cuerpo, dilatándola, desgarrándola, inundándola. Empieza a gritar.

—¡Eso es, puerca mecánica! —se carcajea Kannika—. Gánate el sueldo. Dejaré que te levantes cuando consigas que me corra.

Emiko empieza a chupar de nuevo, salivando y lamiendo como un perro, desesperada, mientras la botella de champán la penetra otra vez, mientras retrocede y vuelve a embestirla, abrasadora.

Todos los hombres se ríen.

—¡Mirad cómo se mueve!

Lágrimas como gemas en sus ojos. Kannika insiste para que siga esforzándose, y el halcón, si es que en algún momento hubo un halcón en Emiko, si es que llegó a existir siquiera una vez, es algo muerto e inerte. No destinado a vivir, ni a volar, ni a escapar. Destinado únicamente a someterse. Una vez más, Emiko descubre cuál es su lugar.

Kannika se pasa toda la noche enseñándole las virtudes de la obediencia a Emiko, que promete obedecer y ruega para que cesen el dolor y la violación, que promete servir, hacer cualquier cosa, lo que sea con tal de que esta humilde chica mecánica siga viviendo siquiera un poco más, mientras Kannika ríe y ríe sin parar.

Es tarde cuando Kannika se cansa de ella. Emiko se sienta con la espalda apoyada en una pared, destrozada y rendida. Tiene la cara entera tiznada de sombra de ojos. Está muerta por dentro. Mejor muerta que vivir como un neoser, piensa. Embotada, ve cómo un hombre empieza a fregar el suelo del club. En la otra punta de la barra, Raleigh bebe whisky y se ríe.

El hombre de la fregona se acerca lentamente. Emiko se pregunta si intentará eliminarla con el resto de la escoria. Si la sacará afuera y la tirará a una de las montañas de basura, otro recuerdo para la colección del Señor del Estiércol. Podría quedarse allí tendida y dejar que la fundieran... descartada, como debería haberla descartado Gendo-sama. Es un despojo. Emiko lo comprende ahora. El hombre maniobra el palo de la fregona alrededor de ella.

—¿Por qué no me tiras a la basura? —gime Emiko con voz ronca. El hombre la mira, indeciso, y vuelve a concentrarse en su faena. Sigue fregando—. ¡Contesta! ¿Por qué no me tiras a la basura? —repite Emiko. Sus palabras resuenan en el espacioso local.

Raleigh levanta la cabeza y frunce el ceño. Emiko se da cuenta de que estaba hablando en japonés.

—Tíradme a la basura, ¿por qué no? —insiste, en tailandés esta vez—. Soy un despojo. ¡Tíradme a la basura! —El hombre de la fregona se encoge y se aleja de ella, sonriendo nervioso.

Raleigh se acerca. Se arrodilla a su lado.

—Emiko. Ponte en pie. Estás asustando al hombre de la limpieza.

Emiko tuerce el gesto.

—Y a mí que me importa.

—Claro que te importa. —Ladea la cabeza hacia la puerta del cuarto privado donde los hombres todavía están reclinados, bebiendo y conversando después de los abusos a los que la han sometido—. Tengo un plus para ti. Esos tipos dejan buenas propinas.

Emiko lo observa desde el suelo.

—¿A Kannika también le dejan propina?

Raleigh la mira fijamente.

—Eso a ti no te incumbe.

—¿Le dejan el triple? Dame cincuenta baht.

Raleigh entorna los párpados.

—No.

—¿O qué? ¿Me tirarás a un contenedor de metano? ¿Me entregarás a los camisas blancas?

—No me provoques. No te gustaría verme cabreado. —Raleigh se incorpora—. Ven a recoger el dinero cuando hayas terminado de compadecerte de ti misma.

Emiko lo observa distraídamente mientras regresa a su taburete y se sirve un trago. Raleigh mira en su dirección de soslayo, le comenta algo a Daeng, que esboza una sonrisa de compromiso y prepara un vaso con hielo. Raleigh agita el vaso en dirección a Emiko. Lo deja encima de un fajo de baht morados. Sigue bebiendo, aparentemente ajeno a su escrutinio.

¿Qué les pasa a las chicas mecánicas cuando se estropean? Emiko no sabe de ningún neoser que haya muerto. A veces, un propietario ya mayor puede fallecer. Pero su chica mecánica sigue viviendo. Todas sus amigas estaban con vida la última vez que las vio. Duraban más. Eso es algo que nunca se le ocurrió preguntar a Mizumi-sensei. Emiko se acerca renqueando a la barra, tropieza. Se apoya en el mostrador. Bebe el hielo. Raleigh empuja el dinero en su dirección.

Emiko apura la última gota de agua. Se traga los cubitos. Siente que el frescor se filtra hasta el fondo de su ser.

—¿Has preguntado ya?

—¿El qué? —Raleigh está jugando al solitario encima de la barra.

—La forma de viajar al norte.

Raleigh la mira de reojo, da la vuelta a otro montón de cartas. Se queda callado un segundo.

—Es una tarea complicada. No es algo que se organice en un día.

—¿Has preguntado?

Otra mirada de soslayo.

—Sí. He preguntado. Y nadie va a ir a ninguna parte mientras los camisas blancas sigan cabreados por la muerte de Jaidee. Te avisaré cuando cambie la situación.

—Quiero ir al norte.

—Ya me lo has dicho. Gana el dinero suficiente, y te irás.

—Ya he ganado más que de sobra. Quiero irme ahora.

El manotazo de Raleigh es rápido, pero Emiko lo ve venir. Es rápido para él, pero no para ella. Ve cómo la mano vuela en dirección a su rostro con la misma gratitud servil que sentía cuando Gendo-sama la llevaba a cenar a algún restaurante de moda. Un estallido en su mejilla, seguido de un entumecimiento abotargado. Se la acaricia con los dedos, paladeando la herida.

Raleigh la observa fríamente.

—Te irás cuando a mí me dé la gana.

Emiko inclina ligeramente la cabeza, dejando que la merecida lección se asiente en lo más hondo de su ser.

—No piensas ayudarme, ¿verdad?

Raleigh se encoge de hombros, concentrado en las cartas.

—¿Existe siquiera?

Raleigh la mira de reojo.

—Claro. Si eso te hace feliz. Existe. Pero dejará de existir como sigas atosigándome con el tema. Y ahora déjame en paz.

El halcón yace inerte, sin vida. Emiko está muerta. Fertilizante orgánico. Carne para la ciudad, escoria para las farolas de gas. Emiko mira fijamente a Raleigh. El halcón yace inerte.

Se le ocurre entonces que hay cosas peores que la muerte. Hay cosas que no se pueden tolerar jamás.

Su puño es una exhalación. La garganta de Raleigh-san, mullida.

El viejo se desploma llevándose las manos al cuello, con los ojos como platos. Todo sucede a cámara lenta: Daeng se da la vuelta cuando el taburete choca contra el suelo; Raleigh está despatarrado, moviendo los labios, intentando aspirar algo de aire; el hombre de la limpieza suelta la fregona; Noi y Saeng, en la otra punta del bar, con sus hombres esperando a escoltarlas a casa; todos se giran en dirección al estruendo, y todos ellos son lentos.

Cuando Raleigh toca el suelo, Emiko ya ha empezado a cruzar el local a la carrera, en dirección a la puerta de la sala VIP y al hombre que más se ensañó con ella. El hombre que está sentado con sus amigos, riéndose, sin pensar en el daño que inflige.

Embiste la puerta. Los hombres levantan la cabeza, sorprendidos. Las miradas apuntan hacia ella, las bocas se abren para gritar. Los guardaespaldas buscan sus pistolas de resortes, pero todos ellos se mueven demasiado despacio.

Ninguno de ellos es un neoser.

Pai gatea hasta colocarse a la altura de Kanya y contempla la aldea en sombra a sus pies.

—¿Es ahí?

Kanya asiente con la cabeza y echa un vistazo por encima del hombro al resto del escuadrón, cuyos integrantes se han dispersado ya para cubrir todas las rutas de acceso a las piscifactorías repletas de gambas resistentes al agua amarga, destinadas a abastecer los mercados de Krung Thep.

Todas las casas se erigen sobre balsas de bambú varadas en estos momentos, pero cuando lleguen las lluvias, las viviendas flotarán, elevándose, mientras el agua y los sedimentos inundan las charcas y los arrozales. Su familia utilizaba un sistema parecido hace muchos años en el Mekong, antes de que apareciese el general Pracha.

—El soplo era bueno —murmura.

Ratana se había mostrado entusiasmada. Un indicio, una pista: ácaros acuáticos entre los dedos de los pies de la tercera víctima.

Si había ácaros acuáticos, era lógico pensar en los criaderos de gambas, concretamente en aquellos que pudieran haber enviado algún empleado a Bangkok. Eso significaba piscifactorías donde se hubiera producido alguna muerte. Y eso la había conducido a este asentamiento medio flotante de Thonburi con todos sus hombres al borde del terraplén, listos para cargar al amparo de la oscuridad.

Abajo, unas pocas velas oscilan dentro de las casas de bambú. Un perro ladra. Todos se han puesto los trajes de contención. Ratana insistió en que las probabilidades de infección eran escasas, pero no inexistentes. Un mosquito zumba junto al oído de Kanya, que le pega un manotazo y afianza la capucha del traje. Empieza a sudar copiosamente.

El sonido de unas risas se extiende sobre las charcas. Una familia, reunida en la calidez de su choza. Incluso ahora, pese a todas las penurias, la gente sigue encontrando motivos para reír. Kanya no. Algo en su interior debe de estar defectuoso.

Jaidee siempre había insistido en que el reino era una nación alegre, la vieja leyenda del País de las Sonrisas. Pero a Kanya no se le ocurre una época en la que haya visto sonrisas más amplias que las de las fotos de los museos de antes de la Contracción. A veces se pregunta si los retratados estarían actuando, si la Galería Nacional tal vez se proponía deprimirla, o si es realmente cierto que alguna vez hubo personas capaces de sonreír con tanto abandono, sin el menor temor.

Kanya se cubre el rostro con la máscara.

—Que avancen.

Pai hace una señal a los hombres y las tropas desbordan el terraplén, caen sobre la aldea y la rodean como ocurre siempre antes de que empiecen los incendios.

Cuando atacaron el poblado de Kanya, los camisas blancas aparecieron entre dos cabañas en cuestión de segundos, empuñando bengalas que siseaban y escupían chispas. Esta vez es distinto. No atruena ningún megáfono. Ningún agente corre con el agua por los tobillos, arrastrando a personas aterrorizadas fuera de sus casas de bambú mientras el WeatherAll estalla en llamaradas anaranjadas.

El general Pracha quiere discreción.

—Jaidee habría convertido esto en una emergencia —dijo mientras firmaba las órdenes de cuarentena—, pero no tenemos recursos para remover el nido de cobras con Comercio y ocuparnos de esto al mismo tiempo. Podrían utilizarlo en nuestra contra.

Llévalo con discreción.

—Desde luego. Con discreción.

El perro empieza a ladrar como un poseso. Se le unen otros cuando los agentes se acercan. Un puñado de aldeanos salen a los porches, escudriñando la oscuridad. Atisban las sombras blancas en la noche. Avisan a gritos a sus familias mientras las tropas de Kanya aceleran el paso.

Jaidee observa la acción arrodillado junto a ella.

—Pracha habla de mí como si fuera un megodonte al que le gusta pisotear tallos de arroz —dice.

Kanya intenta no hacerle caso, pero Jaidee continúa:

—Tendrías que haberlo visto cuando éramos cadetes. Cada vez que salíamos al campo se meaba en los pantalones.

Kanya mira a Jaidee de reojo.

—Basta. Que estés muerto no te da derecho a faltarle al respeto.

Las linternas táctiles de sus hombres iluminan la aldea con un fulgor despiadado. Las familias corren en desbandada como gallinas asustadas, intentando ocultar alimentos y animales. Alguien trata de burlar el cordón a la carrera, chapoteando en el agua, zambulléndose en una charca y braceando hasta la otra orilla... donde se levanta otra de las redes de Kanya. El hombre bate los pies en el centro del fangoso criadero de gambas, atrapado.

—¿Cómo puedes llamarle líder cuando ambos sabemos a quién eres leal en realidad? —pregunta Jaidee.

—Cállate.

—¿Es difícil ser una yegua montada por dos jinetes a la vez? Montada como si...

—¡Que te calles!

Pai da un respingo.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento. —Kanya sacude la cabeza—. Culpa mía. Estaba pensando.

Pai asiente con la cabeza en dirección a los aldeanos.

—Parece que te están esperando.

Kanya se pone en pie y desciende en compañía de Pai y Jaidee, que sonrío con cara de satisfacción a pesar de que nadie le haya invitado a estar aquí. La capitana lleva encima una foto del difunto, una imagen en blanco y negro revelada en el laboratorio con temblorosos dedos oscuros. Se la enseña a los campesinos bajo el haz de su linterna táctil, que apunta de la fotografía a sus ojos, intentando descubrir en ellos un destello de reconocimiento.

Con algunas personas, el uniforme blanco puede abrir puertas, pero con los piscicultores siempre supone un problema. Ella los conoce bien, sabe interpretar los callos de sus manos, huele sus éxitos y sus fracasos en la penetrante fragancia de las charcas. Se ve a través de sus ojos, y sabe que daría lo mismo que fuera una agente de seguridad a sueldo de cualquier fábrica de calorías, tras la pista de un gorgojo. A pesar de todo la farsa continúa, todos ellos niegan con la cabeza, Kanya les apunta a los ojos con la linterna. Uno a uno, todos apartan la mirada.

—¿Sabes quién es? —pregunta más tarde, agitando la foto delante de un hombre—. Su familia debe de estar buscándolo.

El hombre contempla primero el retrato, y después el uniforme de Kanya.

—No tiene familia.

Kanya da un respingo, sorprendida.

—¿Lo conoces? ¿Cómo se llamaba?



—¿Eso es que está muerto?

—¿No lo parece?

Los dos se quedan mirando fijamente la imagen exangüe, el rostro demacrado.

—Le dije que había cosas mejores que trabajar en una fábrica. No me hizo caso.

—Según eso, trabajaba en la ciudad.

—Correcto.

—¿Sabes dónde?

El hombre niega con la cabeza.

—¿Dónde vivía?

El hombre indica la negra silueta de una casa elevada. Kanya hace una señal a sus hombres.

—Quiero esa choza en cuarentena.

Se ajusta la máscara y entra, barriendo el interior con la linterna. El lugar es tétrico. Está lleno de cosas rotas y extrañas, y al mismo tiempo vacío. El polvo se arremolina en el rayo de luz. Saber que su propietario ya está muerto le produce aprensión. Su espíritu podría morar aquí. Un fantasma voraz al acecho, furioso por estar atrapado en este mundo, por haber sucumbido a la enfermedad. Por haber sido asesinado. Pasa los dedos por las contadas pertenencias del hombre y deambula por la vivienda. Nada. Regresa al exterior. La ciudad se yergue a lo lejos, envuelta en un halo verde, el lugar al que corrió el hombre cuando la cría de peces se volvió insostenible. Vuelve a dirigirse al campesino que lo conocía.

—¿Seguro que no recuerdas ningún detalle sobre el lugar donde trabajaba?

El hombre niega con la cabeza.

—¿Nada? ¿Ni un nombre? Lo que sea.

Kanya se esfuerza por disimular su desesperación. El hombre vuelve a negar con la cabeza. La capitana se da la vuelta, frustrada, e inspecciona la oscuridad de la aldea. Oye el canto de los grillos. El incesante chirriar de los cerambicidos. Están en el lugar adecuado. Muy cerca. ¿Dónde está esa fábrica? Gi Bu Sen tenía razón. Debería reducir a cenizas todo el polígono industrial y acabar de una vez. Antes, cuando los camisas blancas eran más poderosos, habría resultado sencillo.

—¿Ahora quieres incendiar edificios? —se burla Jaidee, a su lado—. ¿Ahora me das la razón?

Kanya desoye sus pullas. No muy lejos, una niña la observa con atención. Aparta la mirada cuando Kanya se fija en ella. Kanya toca a Pai en el hombro.

—Esa de ahí.

—¿La chiquilla? —Pai se sorprende.

Kanya ya ha empezado a caminar, acercándose a ella. Da la impresión de que la niña quiere salir corriendo. Aún a mucha distancia, Kanya se pone de rodillas. Le indica que se aproxime.

—Tú. ¿Cómo te llamas?

Es evidente que la pequeña se debate ante la disyuntiva. Le gustaría huir, pero la autoridad de Kanya es irresistible.

—Acércate. Dime cómo te llamas. —Le hace más señas, y esta vez la niña se deja persuadir.

—Mai —susurra.

Kanya le enseña la foto.

—Sabes dónde trabajaba este hombre, ¿verdad?

Mai indica que no, pero Kanya sabe que miente. Los niños no saben mentir. Kanya nunca supo hacerlo. Cuando los camisas blancas le preguntaron dónde escondía su familia

el criadero de carpas, los mandó al sur y ellos fueron al norte, sonriendo con picardía.

Sostiene la fotografía ante la pequeña.

—Entiendes lo peligroso que es esto, ¿verdad?

La niña titubea.

—¿Vais a incendiar la aldea?

Kanya se esfuerza por contener la sangre que afluye a sus mejillas.

—Por supuesto que no. —Sonríe otra vez e insiste, conciliadora—: No te preocupes, Mai. Sé lo que es tener miedo. Me crié en un poblado como este. Sé lo difícil que es. Pero debes ayudarme a encontrar el origen de esta enfermedad, o morirán más personas.

—Me han pedido que no diga nada.

—Y haces bien en respetar a quienes te pagan. —Kanya hace una pausa—. Pero todos debemos fidelidad a Su Majestad la Reina Niña, y ella quiere que todos estemos a salvo. A la reina le gustaría que nos ayudaras.

Mai vacila, y luego replica:

—Otros tres trabajaban en la fábrica.

Kanya se inclina hacia delante, intentando reprimir la emoción.

—¿En cuál?

Mai titubea. Kanya se arrima más a ella.

—¿Cuántos *phii* te echarán la culpa si consientes que perezcan antes de que su *kamma* les franquee el paso?

Mai sigue sin decidirse.

—Si le rompemos los dedos —interviene Pai—, nos lo contará todo.

La niña se asusta, pero Kanya le tiende una mano, conciliadora.

—No temas. No te hará nada. Es un tigre, pero yo empuño la correa. Por favor. Ayúdanos a salvar la ciudad. Puedes ayudarnos a salvar Krung Thep.

La pequeña desvía la mirada y la dirige hacia las aguas, hacia el difuso resplandor de Bangkok.

—La fábrica ya está cerrada. La habéis cerrado vosotros.

—Eso está muy bien. Pero tenemos que asegurarnos de que la infección no se propague. ¿Cómo se llama esa fábrica?

—SpringLife —responde a regañadientes la chiquilla.

Kanya frunce el ceño, intenta recordar el nombre.

—¿Una fábrica de muelles percutores? ¿De uno de los chaozhou?

Mai niega con la cabeza.

—De un *farang*. Un *farang* muy rico.

Kanya se sienta a su lado.

—Cuéntame más.

Anderson encuentra a Emiko aovillada al pie de su puerta, y de golpe y porrazo, lo que venía siendo una noche prometedora se transforma en otra preñada de interrogantes.

Lleva muchas jornadas trabajando sin descanso para preparar la invasión, entorpecido por el hecho de que no esperaba verse incomunicado de su propia fábrica. Su deplorable falta de previsión le ha obligado a perder varios días trazando una ruta segura hasta las instalaciones de SpringLife sin que lo descubra la plétora de patrullas de camisas blancas que acordonan todo el distrito industrial. De no ser por el hallazgo de la vía de escape de Hock Seng, probablemente estaría aún merodeando por los callejones, rezando para encontrar un acceso.

Así las cosas, Anderson se coló entre los postigos de las oficinas de SpringLife con la cara pintada de negro y un garfio colgado al hombro mientras daba gracias a un viejo chiflado que apenas unos días antes había robado la nómina entera de la fábrica.

La factoría apestaba. Todos los tanques de algas se habían podrido, pero en la penumbra, por suerte, no se movía nada. Si los camisas blancas hubieran apostado guardias en el interior... Anderson se tapó la boca con la mano mientras cruzaba el pasillo principal y seguía las cadenas de producción. El hedor a descomposición y estiércol de megodonte era cada vez más sofocante.

A la sombra de las hileras de algas y las fresadoras, examinó el suelo. Tan cerca de los tanques, el hedor era insoportable, como si en algún lugar se hubiera muerto una vaca y estuviese pudriéndose. La pestilente mortaja del optimista plan de Yates para crear un nuevo futuro energético.

Anderson se arrodilló y apartó las algas disecadas que rodeaban uno de los desagües. Tanteó los bordes, buscando asidero. Tiró. La rejilla de hierro se levantó con un chirrido. Tan sigilosamente como le era posible, Anderson empujó la pesada rueda de barrotes a un lado y la depositó en el cemento con un golpazo metálico. Se tumbó en el suelo, rezó para no tropezarse con ninguna serpiente ni con un escorpión, e introdujo el brazo en el agujero. Sus dedos arañaron la oscuridad, sondeando. Hundiéndose en la viscosa negrura.

Por un momento temió que se hubiera soltado, que se hubiera alejado flotando por el desagüe, devorado por las bombas subterráneas del rey Rama, pero instantes después sus dedos tocaron la tela impermeable. Arrancó el envoltorio de la pared del túnel y lo sacó, sonriendo. Un libro de claves. Para contingencias que en realidad jamás había creído que pudieran llegar a producirse.

En la oscuridad del despacho, marcó números de teléfono y puso en alerta a operadores de Birmania y la India. Envió secretarías corriendo en busca de series de códigos en desuso desde lo de Finlandia.

Dos días después llegó a la isla flotante de Koh Angrit para ultimar detalles con los líderes de los equipos de asalto en las instalaciones de AgriGen. Recibirían el arsenal en cuestión de días, los equipos de invasión ya habían empezado a reunirse. Y el dinero ya había sido enviado a su destino, el oro y el jade que ayudaría a los generales a replantearse su fidelidad y volverse en contra de su viejo amigo el general Pracha.

Pero ahora, con todos los preparativos resueltos, vuelve a la ciudad para encontrarse con Emiko tirada en el felpudo, llorosa y cubierta de sangre. En cuanto lo ve, se arroja a sus brazos, sollozando.

—¿Qué haces aquí? —susurra Anderson. Abrazándola con fuerza, abre la puerta y

se apresura a meterla en el piso. Tiene la piel ardiendo. Hay sangre por todas partes. Presenta cortes en la cara y cicatrices en los brazos. Cierra la puerta inmediatamente—. ¿Qué te ha pasado? —La aparta, intenta inspeccionarla. Es una caldera ensangrentada, pero las heridas del rostro y de los brazos no explican la capa viscosa que la recubre—. ¿De quién es esta sangre?

Emiko sacude la cabeza. Empieza a sollozar de nuevo.

—Deja que te lave.

La conduce al cuarto de baño, abre el grifo de agua fría de la ducha y la coloca debajo del chorro. Ahora Emiko está tiritando y mira a su alrededor con un brillo febril y aterrado en los ojos. Parece que se haya vuelto medio loca. Anderson intenta quitarle la chaquetilla, librarse de la ropa empapada de sangre, pero las facciones de Emiko se crispan de rabia.

—¡No! —Dispara una mano y Anderson retrocede de golpe, frotándose la mejilla.

—¿Qué diablos?! —Se queda mirándola fijamente, consternado. Dios, qué rápida. Duele. Retira la mano, está manchada de sangre—. ¿Qué narices te pasa?

El brillo de animal asustado se apaga en los ojos de Emiko, que lo mira desconcertada un momento antes de dominarse y recuperar una expresión más humana.

—Lo siento —susurra—. Lo siento mucho. —Se desploma, se encoge bajo el agua—. Lo siento mucho. Lo siento. —Empieza a hablar en japonés.

Anderson se acuclilla a su lado; el agua de la ducha empieza a empaparle la ropa.

—No te preocupes —responde con delicadeza—. ¿Por qué no te quitas eso? Te buscaremos otra cosa. ¿De acuerdo? ¿Puedes hacerlo?

Emiko asiente sin fuerzas. Se despoja de la chaqueta. Desata el *pha sin*. Encoge las piernas contra el cuerpo, desnuda, arrojada en el agua helada. Anderson la deja debajo del chorro. Recoge el atuendo ensangrentado, lo envuelve en una sábana y baja las escaleras con ella; sale a la oscuridad. La calle está abarrotada de personas. Sin prestarles la menor atención, se adentra rápidamente en las sombras, cargando con el fardo hasta llegar a un *khlong*. Arroja las prendas empapadas de sangre al agua, donde los cabezas de serpiente y las carpas *boddi* darán cuenta de ellas con obsesiva determinación. El agua se agita y burbujea cuando los peces empiezan a llegar, atraídos por el olor de la sangre.

Cuando vuelve al apartamento, Emiko ha salido ya de la ducha, convertida en una criaturita asustada con mechones de cabello negro pegados al rostro. Anderson se dirige al botiquín. Lava los cortes con alcohol y los frota con antivíricos. Emiko no grita. Tiene las uñas rotas y estropeadas. Los moratones florecen por todo su cuerpo. Pero a pesar de toda la sangre que llevaba encima, parece milagrosamente ilesa.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con ternura Anderson.

Emiko se acurruca contra él.

—Estoy sola —susurra—. No hay lugar para los neoseres. —Sus temblores se recrudescen.

Anderson la abraza con fuerza, sintiendo el calor abrasador de su piel.

—Está bien. Pronto cambiará todo. Será distinto.

Emiko sacude la cabeza.

—No. No lo creo.

Instantes después se queda dormida, respira plácidamente, su cuerpo por fin ha conseguido eliminar la tensión y se refugia en la inconsciencia.

Anderson despierta sobresaltado. El ventilador de manivela se ha parado, agotados los julios. Está empapado de sudor. Junto a él, Emiko gime y se retuerce, hecha un horno. Anderson se aparta de ella rodando y se sienta.

Una suave brisa procedente del mar corre por el apartamento, un alivio. Contempla

la negrura de la ciudad a través de las mosquiteras. El suministro de metano se ha cortado durante la noche. A lo lejos pueden distinguirse destellos en las comunidades flotantes de Thonburi, donde crían pescado y flotan de una variedad modificada a la siguiente, perpetuamente en pos de la supervivencia.

Alguien aporrea la puerta. Golpea con insistencia.

Emiko abre los ojos de golpe. Se sienta.

—¿Qué pasa?

—Alguien está llamando a la puerta. —Anderson hace ademán de levantarse pero Emiko se lo impide clavándole las uñas rotas en el brazo.

—¡No abras! —sisea. La luna ilumina su piel pálida, los ojos desorbitados por el pánico—. Por favor. —Siguen golpeando la puerta. Machaconamente, con insistencia.

—¿Por qué no?

—Por... —Emiko hace una pausa—. Seguro que son los camisas blancas.

—¿Qué? —El corazón de Anderson da un vuelco en su pecho—. ¿Te han seguido hasta aquí? ¿Por qué? ¿Qué te ha pasado?

Emiko menea la cabeza, abatida. Anderson la observa fijamente, preguntándose qué clase de animal ha invadido su vida.

—¿Qué ocurrió anoche realmente?

Emiko no contesta. Su mirada permanece fija en la puerta mientras continúan los golpes. Anderson se levanta de la cama y corre hasta la puerta.

—¡Un momento! ¡Me estoy vistiendo!

—¡Anderson! —La voz que suena al otro lado de la hoja pertenece a Carlyle—. ¡Abre! ¡Es importante!

Anderson se vuelve y arquea las cejas en dirección a Emiko.

—No son los camisas blancas. Y ahora, escóndete.

—¿No? —Por un momento, el alivio se refleja en los rasgos de Emiko. Pero desaparece casi igual de rápido. Mueve la cabeza de un lado a otro—. Te equivocas.

Anderson la fulmina con la mirada.

—¿Has tenido problemas con los camisas blancas? ¿Por eso tienes tantos cortes?

Emiko continúa meneando la cabeza, angustiada, pero no dice nada. Se encoge en actitud defensiva.

—Jesús y Noé. —Anderson empieza a sacar ropa del armario y la arroja en su dirección, regalos que le ha comprado en señal de la embriaguez que le provoca—. Tú a lo mejor estás lista para salir a la luz, pero yo no estoy dispuesto a tirarlo todo por la borda. Vístete. Escóndete en el armario.

Emiko vuelve a sacudir la cabeza. Anderson intenta controlar la voz, mostrarse razonable. Es como hablar con un trozo de madera. Se arrodilla y toma su barbilla en las manos, gira su rostro hacia él.

—Se trata de uno de mis socios. No tiene nada que ver contigo. Pero necesito que te ocultes hasta que se vaya. ¿Lo entiendes? Tienes que esconderte un momento. Será solo hasta que se marche. No quiero que nos vea juntos. Eso podría darle ventaja.

Los ojos de Emiko se aclaran lentamente. Su hipnotizada expresión de fatalismo se desvanece. Carlyle vuelve a aporrear la puerta. Emiko mira a la puerta y de nuevo a Anderson.

—Son los camisas blancas —susurra—. Hay muchos ahí fuera. Puedo oírlos. —Parece recuperar la compostura de repente—. Son los camisas blancas. Esconderse no servirá de nada.

Anderson reprime el impulso de zarandearla.

—No son los camisas blancas.

Los golpes siguen sacudiendo la puerta.

—¡Abre de una puta vez, Anderson!

—¡Un momento! —replica este. Se pone los pantalones sin dejar de mirar a Emiko, enfadado—. No son los puñeteros camisas blancas. Carlyle se rebanaría el cuello antes de colaborar con ellos.

La voz de Carlyle resuena otra vez a través de la puerta.

—¡Date prisa, maldita sea!

—¡Ya voy! —Anderson se da la vuelta y apremia a Emiko—. Escóndete ahora mismo. —Ya no es un ruego, sino una orden que apela directamente a la herencia genética y al adiestramiento de la chica mecánica.

Emiko se queda paralizada un momento, y de pronto recupera la movilidad. Asiente con la cabeza.

—Sí. Haré lo que me pidas.

Ya ha empezado a vestirse. Sus movimientos sincopados son rápidos, casi un visto y no visto. Su piel resplandece mientras se pone una blusa y unos pantalones holgados. De repente es asombrosamente ágil. Fluida en sus gestos, exótica e inesperadamente grácil.

—Esconderse no servirá de nada. —Emiko gira sobre los talones y corre en dirección al balcón.

—¿Qué haces?

Emiko se da la vuelta y sonríe, parece estar a punto de decir algo, pero en vez de eso salta por encima de la barandilla y se zambulle en la oscuridad.

—¡Emiko! —Anderson se apresura a llegar al balcón.

Abajo, no hay nada. Nadie, ni un grito, ni un golpe, ninguna queja de la calle al estrellarse el cuerpo de Emiko contra el suelo. Nada. Tan solo el vacío. Como si la noche la hubiera devorado por completo. Se reanuda el martilleo en la puerta.

El corazón de Anderson late desbocado en su pecho. ¿Dónde está? ¿Cómo ha hecho eso? Es antinatural. Era tan rápida, parecía tan decidida al final. Un minuto en el balcón, y al siguiente desaparece al otro lado sin dejar rastro. Anderson escudriña las tinieblas. Es imposible que haya aterrizado en otro balcón, y sin embargo... ¿Se habrá caído? ¿Estará muerta?

La puerta salta en pedazos. Anderson gira en redondo. Carlyle irrumpe en el apartamento, trastabillando.

—¿Qué de...?

Un comando de panteras negras entra detrás de Carlyle, arrollándolo. Destellos de armaduras de combate en la penumbra, sombras militares. Uno de los soldados agarra a Anderson, le da la vuelta y lo estampa contra la pared. Unas manos cachean su cuerpo. Cuando forcejea, le estrellan la cara contra la pared. Llegan más hombres. Las puertas se abren a patadas, astillándose. Estruendo de botas a su alrededor. Una avalancha humana. Cristales que se rompen. Los platos se hacen añicos en la cocina.

Anderson estira el cuello para ver qué sucede. Una mano le coge del pelo y vuelve a estrellarle la cara contra la pared. La sangre y el dolor le inundan la boca. Se ha mordido la lengua.

—¿Qué diablos estáis haciendo? ¿Sabéis quién soy yo?

Se atraganta cuando Carlyle es arrojado al suelo a su lado. Ahora puede ver que está maniatado. Tiene la cara cubierta de magulladuras, un ojo hinchado y cerrado, costras negras en la órbita. El pelo castaño apelmazado, empapado de sangre.

—Dios.

Los soldados inmovilizan las manos de Anderson a su espalda y se las esposan. Le agarran el pelo y le dan la vuelta sin contemplaciones. Un soldado empieza a gritar,

hablando tan deprisa que no puede entenderlo. El hombre, enfurecido, abre mucho los ojos y le salpica la cara de saliva. Anderson capta las palabras: *Heechykeechy*.

—¿Dónde está el neoser? ¿Dónde está? ¿Dónde? ¿Dónde?

Los panteras ponen el apartamento patas arriba. Abren cerraduras y candados a culatazos. Unos gigantescos mastines mecánicos de color negro se pasean de un lado a otro, ladrando y babeando, husmeándolo todo, aullando al detectar el olor de su presa. Un hombre vuelve a encararse con Anderson, una especie de capitán.

—¿Qué ocurre? —pregunta otra vez Anderson—. Tengo amigos...

—No muchos.

Akkarat traspasa el umbral.

—¡Akkarat! —Anderson intenta darse la vuelta, pero los panteras lo retienen contra la pared—. ¿Qué está pasando aquí?

—Queríamos hacerte la misma pregunta.

Akkarat imparte órdenes en tailandés a los hombres que están registrando el apartamento de Anderson. Este cierra los ojos, desesperadamente agradecido por que la chica mecánica no se escondiera en el armario como él le sugirió. Si llegan a encontrarlo con ella, con las manos en la masa...

Uno de los panteras reaparece con la pistola de resortes de Anderson.

Akkarat compone un gesto reprobatorio.

—¿Tienes permiso para portar armas?

—¿Estamos a punto de iniciar una revolución y te preocupan los permisos?

Akkarat asiente con la cabeza hacia sus hombres. Vuelven a estampar a Anderson contra la pared. Su cabeza estalla de dolor. La habitación se torna neblinosa y se le doblan las rodillas. Se tambalea, consigue mantenerse en pie con esfuerzo.

—¿Qué diablos ocurre?

Akkarat pide la pistola con un ademán. La empuña. La amartilla con expresión distraída, enorme el objeto gris y pesado en su puño.

—¿Dónde está la chica mecánica?

Anderson escupe sangre.

—¿Y a ti qué te importa? No eres camisa blanca, ni grahamita.

Los panteras vuelven a machacar la pared con su cuerpo. La vista de Anderson se puebla de puntos de colores.

—¿De dónde ha salido?

—¡Es japonesa! ¡De Kioto, creo!

Akkarat apoya la pistola en la cabeza de Anderson.

—¿Cómo la introdujiste en el país?

—¡¿Qué?!

Akkarat le da un golpe con la culata del arma. El mundo se llena de sombras.

Salpicaduras de agua en la cara. Anderson jadea sin aliento, escupe. Está sentado en el suelo. Akkarat clava la pistola de resortes en la garganta de Anderson, empujando hacia arriba para que se incorpore, hasta dejarlo de puntillas. Anderson apenas si puede respirar a causa de la presión.

—¿Cómo introdujiste al neoser en el país? —insiste Akkarat.

El sudor y la sangre conspiran para irritar los ojos de Anderson, que parpadea y sacude la cabeza.

—Yo no la he traído. —Escupe otro salivazo teñido de sangre—. Los japoneses la habían abandonado. ¿Cómo podría llegar un neoser a mis manos?

Akkarat sonrío, les dice algo a sus hombres.

—¿Los japoneses abandonaron un neoser militar? —Menea la cabeza—. Lo dudo.

Golpea las costillas de Anderson con la culata de la pistola. Una vez. Dos. Crujidos a ambos lados. Anderson aúlla y se dobla por la mitad, tosiendo y gimoteando. Akkarat lo sostiene en pie.

—¿Qué pinta un neoser militar en la Ciudad de los Seres Divinos?

—No es militar —protesta Anderson—. Es una simple secretaria... nada más que...

Sin inmutarse, Akkarat gira a Anderson sobre los talones y le empotra la cara contra la pared, triturándole los huesos. Anderson siente como si se le hubiera desencajado la mandíbula. Nota las manos de Akkarat, separándole los dedos. Anderson intenta cerrar el puño, sollozando, sabiendo lo que se avecina, pero Akkarat es fuerte y le obliga a estirarlos. Anderson experimenta un momento de abrumadora impotencia.

Uno de sus dedos se dobla con el apretón de Akkarat. Se parte.

Anderson aúlla contra la pared mientras Akkarat lo mantiene inmovilizado.

Cuando ha terminado de gimotear y temblar, Akkarat le agarra del pelo y tira de su cabeza hacia atrás hasta que puede mirarle a los ojos.

—Es militar —sentencia Akkarat con voz firme—, es una asesina, y tú se la has presentado al somdet chaopraya. ¿Dónde está ahora?

—¿Asesina? —Anderson sacude la cabeza, intentando ordenar las ideas—. ¡Pero si no es nada! Un despojo de Mishimoto. Basura japonesa...

—El Ministerio de Medio Ambiente tiene razón en una cosa. Los animales de AgriGen no sois de fiar. Afirmas que el neoser es un mero juguete sexual y, casualmente, pones a la asesina en contacto con el protector de la reina. —Se inclina sobre Anderson con los ojos encendidos de ira—. Es posible que hayas cometido un magnicidio.

—¡Eso es imposible! —Anderson ni siquiera se molesta en contener la histeria que rezuma su voz. El dedo roto palpita dolorosamente, se le vuelve a llenar la boca de sangre—. No es más que un despojo. No podría hacer algo así. Tienes que creerme.

—Ya ha matado a tres hombres y a sus guardaespaldas. Ocho agentes entrenados. La prueba es irrefutable.

De repente, Anderson recuerda a Emiko acurrucada delante de su puerta, cubierta de sangre. «¿Ocho hombres?» Recuerda cómo desapareció por el balcón, sumergiéndose en la noche como un espectro. «¿Y si tuvieran razón?»

—Debe de haber otra explicación. Solo es un puñetero neoser. Lo único que saben hacer es obedecer.

«Emiko en la cama, hecha un ovillo. Sollozando. Su cuerpo magullado y herido.»

Anderson respira hondo, intenta dominar la voz.

—Por favor. Tienes que creerme. Jamás correríamos semejante riesgo. La muerte del somdet chaopraya no beneficia a AgriGen. No beneficia a nadie. Esto apunta directamente al Ministerio de Medio Ambiente. Tenemos demasiado que ganar estableciendo buenas relaciones.

—Y sin embargo, le presentaste a la asesina.

—¡Es una locura! ¿Quién podría introducir un neoser militar en el país y mantenerlo en secreto? Esa chica mecánica lleva años dando tumbos por aquí. Pregunta en la calle. Ya lo verás. Ha sobornado a los camisas blancas, su papa-san lleva siglos ofreciendo ese espectáculo...

Delira, pero se da cuenta de que Akkarat está prestando verdadera atención a sus palabras. La rabia fría ha abandonado sus ojos, donde ahora se refleja algo parecido a la consideración. Anderson escupe sangre y sostiene la mirada de Akkarat.

—Sí. Le presenté a esa criatura. Pero solo porque era una novedad. Todo el mundo conoce su reputación. —Se encoge cuando una nueva oleada de rabia deforma los rasgos de Akkarat—. Escúchame, por favor. Investiga esto. Si lo investigas, descubrirás que nosotros



no tenemos nada que ver. Debe de haber otra explicación. No teníamos ni idea... —El agotamiento le impide terminar la frase—. Investiga.

—No podemos. El caso lo lleva el Ministerio de Medio Ambiente.

—¿Cómo?! —Anderson no puede enmascarar su sorpresa—. ¿Con qué autoridad?

—El neoser lo convierte en competencia de su ministerio. Es un elemento invasor.

—¿Y crees que yo estoy detrás? ¿Cuando esos malnacidos controlan la investigación?

Anderson sopesa las implicaciones en busca de algún motivo, alguna excusa, lo que sea con tal de ganar tiempo.

—No puedes fiarte de ellos. Pracha y los suyos... —Hace una pausa—. Pracha no vacilaría en tendernos una encerrona. No se lo pensaría dos veces. Puede que se haya enterado de nuestros planes, podría estar maniobrando contra nosotros mientras hablamos. Usando esto como tapadera. Si sabe que el somdet chaopraya se ha vuelto en su contra...

—Nuestros planes eran secretos —replica Akkarat.

—Nada es secreto. No cuando se trata de algo de esta magnitud. Uno de los generales podría haber avisado a su viejo amigo. Y ahora que ha asesinado a tres de los nuestros, nosotros nos dedicamos a acusarnos los unos a los otros.

Akkarat contempla la posibilidad. Anderson espera, aguantando la respiración.

Al cabo, Akkarat sacude la cabeza.

—No. Pracha no atentaría nunca contra la casa real. Es escoria, pero aun así, también es tailandés.

—¡Pero yo tampoco he sido! —Anderson mira a Carlyle, tendido en el suelo—. ¡No hemos sido nosotros! Tiene que haber otra explicación. —Empieza a toser atenazado por el pánico, una tos que da paso a un espasmo incontrolable. Cuando por fin se le pasa, le duelen las costillas. Escupe más sangre y se pregunta si la paliza le habrá lacerado un pulmón.

Mira a Akkarat, intentando controlar sus palabras. Investirlas de verosimilitud. Que parezcan razonables.

—Debe de haber alguna manera de averiguar qué ha pasado realmente con el somdet chaopraya. Alguna conexión. Lo que sea.

Uno de los panteras se acerca y susurra algo al oído de Akkarat. Anderson cree reconocerlo, de la fiesta a bordo de la barcaza. Uno de los hombres del somdet chaopraya. El de los rasgos ferales y la mirada glacial. Susurra algo más. Akkarat asiente bruscamente con la cabeza.

—*Khap*. —Indica a sus hombres que lleven a Anderson y a Carlyle a la habitación adyacente—. Está bien, *khun* Anderson. Veremos lo que podemos averiguar. —Lo empujan al suelo junto a Carlyle—. Poneos cómodos. Le he dado a mi hombre doce horas para investigar. Será mejor que reces al dios grahamita que adores para que se verifique tu historia.

Anderson siente una oleada de esperanza.

—Descubrid todo lo que podáis. Veréis que no hemos sido nosotros. Ya lo veréis. —Se chupa el labio partido—. Ese neoser no es más que un juguete japonés. El responsable de todo esto es otro. Los camisas blancas intentan enfrentarnos, eso es todo. Apuesto diez contra uno a que los camisas blancas están jugando con nosotros.

—Ya lo veremos.

Anderson deja que su cabeza se apoye en la pared, con la piel encendida por la adrenalina y los nervios. La mano hinchada palpita. El dedo roto cuelga de ella, inservible. Tiempo. Ha ganado tiempo. Ahora es cuestión de esperar. De intentar encontrar el siguiente asidero hacia la supervivencia. El dolor de sus costillas se recrudece cuando sufre otro

ataque de tos.

Carlyle gime a su lado, inconsciente todavía. Anderson vuelve a toser y fija la mirada en la pared, preparándose para el siguiente asalto con Akkarat. Pero mientras analiza las distintas posibilidades, intentando comprender qué ha provocado este inesperado giro de las circunstancias, hay una imagen que no deja de entrometerse en sus pensamientos. La de la chica mecánica corriendo hasta el balcón y lanzándose a la oscuridad, más veloz que nada de lo que él ha visto hasta entonces, una exhalación de gracia salvaje. Rápida y ágil. Y en el momento de mayor aceleración, atterradoramente hermosa.

El humo se arremolina alrededor de Kanya. Cuatro cuerpos más descubiertos, además de los encontrados en los hospitales. La plaga está mutando más deprisa de lo esperado. Gi Bu Sen había sugerido esa posibilidad, pero aun así la cifra de muertos resulta sobrecogedora.

Pai recorre los bordes de una charca donde han vertido cloro y sosa cáustica, bidones enormes. Las nubes de olor acre envuelven a todo el mundo, provocando toses. Es el hedor del miedo.

Recuerda otros estanques esterilizados, otras personas agolpadas mientras las camisetas blancas recorrían la aldea, incendiándolo todo. Cierra los ojos. Cómo odiaba a las camisetas blancas entonces. Y así, cuando el *jao por* de la zona descubrió inteligencia y motivación en ella, la envió ante el capitán con instrucciones: enrolarse como voluntaria en las camisetas blancas, trabajar para ellos, ganarse su confianza. Un padrino rural al servicio de los enemigos de las camisetas blancas. Buscando venganza por la usurpación de su poder.

Docenas de niños fueron enviados al sur para implorar a las puertas del ministerio, todos ellos con las mismas instrucciones. De los que llegaron con Kanya, solo ella ascendió tan alto, pero sabe que hay más, otros como ella, diseminados por toda la organización. Más niños resentidos, leales.

—Te perdono —murmura Jaidee.

Kanya sacude la cabeza y hace oídos sordos. Le indica a Pai que las charcas están listas para ser enterradas. Con suerte, el poblado dejará de existir por completo. Sus hombres trabajan con ahínco, ansiosos por salir de allí. Todos portan máscaras y trajes, pero el calor implacable los convierte en instrumentos de tortura más que de protección.

Más nubes de humo acre. Los aldeanos lloran. La pequeña Mai observa fijamente a Kanya, hierática. Se trata de un momento revelador para la niña. Este recuerdo se incrustará como una espina de pescado en su garganta; jamás conseguirá librarse de él.

Kanya simpatiza con ella. «Ojalá pudieras entenderlo.» Pero es imposible que alguien tan joven comprenda las grises brutalidades de la vida.

«Ojalá yo hubiera podido entenderlo.»

—¡Capitana Kanya!

Se gira. Un muchacho está cruzando los diques, tropezando en el fango de los arrozales, trastabillando entre los tallos de arroz verde esmeralda. Pai levanta la cabeza con interés, pero Kanya le indica que se aleje. El mensajero llega sin aliento, jadea.

—Que Buda te sonría, y al ministerio. —Aguarda expectante.

—¿Ahora? —Kanya se queda mirándolo fijamente. Vuelve a contemplar la aldea en llamas—. ¿Me llamas ahora?

El joven mira a su alrededor con nerviosismo, sorprendido por la respuesta. Kanya hace un ademán de impaciencia.

—Repítelo. ¿Ahora?

—Que Buda te sonría. Y al ministerio. Todos los caminos empiezan en el corazón de Krung Thep. Todos.

Kanya arruga la frente y llama a su teniente:

—¡Pai! Tengo que irme.

—¿Ahora? —Pai se esfuerza por disimular su sorpresa mientras se acerca.

Kanya asiente con la cabeza.

—Es inevitable. —Abarca las llameantes casas de bambú con un gesto—. Termina

tú aquí.

—¿Qué hacemos con los aldeanos?

—Que no salgan de aquí. Pide comida. Si nadie enferma a lo largo de la semana, seguramente habremos terminado.

—¿Crees que podríamos tener tanta suerte?

Kanya se obliga a sonreír, pensando en lo antinatural que resulta tranquilizar a alguien con la experiencia de Pai.

—Esperemos que sí. —Agita la mano en dirección al muchacho—. Te sigo. —Mira a Pai de reojo—. Reúnete conmigo en el ministerio cuando hayáis terminado aquí. Nos queda por encender otro fuego.

—¿La fábrica *farang*?

Kanya debe contenerse para no sonreír ante su entusiasmo.

—No podemos dejar la fuente sin purificar. ¿Acaso no es ese nuestro trabajo?

—¡Eres la nueva Tigresa! —exclama Pai. Le da una palmada en la espalda. Entonces recuerda cuál es su sitio, se disculpa por el atrevimiento con un *wai* y regresa corriendo a la devastación de la aldea.

—La nueva Tigresa —murmura Jaidee junto a Kanya—. Me alegro por ti.

—La culpa es toda tuya. Les enseñaste a necesitar un líder radical.

—¿Y te han elegido a ti?

Kanya exhala un suspiro.

—Al parecer basta con enarbolar una antorcha encendida.

Sus palabras hacen reír a Jaidee.

Un ciclomotor de muelles percutores la espera al otro lado del terraplén. El muchacho monta, le indica que se siente a su espalda y recorren las calles de la ciudad zigzagueando entre bicicletas y megodontes. La pequeña bocina berrea sin parar. La ciudad se convierte en una mancha borrosa a los lados. Vendedores de pescado, de telas, de amuletos con la imagen de Phra Seub que tanta gracia le hacían a Jaidee aunque Kanya guarda uno en secreto, colgado de una cadenita cerca del corazón.

«Tratas de ganarte el favor de demasiadas deidades», observó Jaidee cuando Kanya acarició el amuleto antes de salir del poblado. Pero ella pasó por alto sus burlas y musitó de todos modos una plegaria para Phra Seub, implorando una protección que sabe que no se merece.

El ciclomotor aminora hasta detenerse y Kanya se apea de un salto. Las filigranas doradas de la Sagrada Columna de la Ciudad resplandecen al sol del amanecer. Por todas partes hay vendedoras de guirnaldas de flores para las ofrendas. El cántico de los monjes y la música de los bailes *khon* resuenan al otro lado de las paredes encaladas. El muchacho desaparece antes de que Kanya tenga ocasión de darle las gracias. Otro más de los muchos que le deben algún favor a Akkarat. Probablemente el ciclomotor sea regalo suyo, y la lealtad del joven el precio a pagar por él.

—¿Y tú qué recibes a cambio, estimada Kanya? —pregunta Jaidee.

—Ya lo sabes —musita la capitana—. Recibo lo que juré que conseguiría.

—¿Y aún lo deseas?

Sin responder, Kanya cruza la puerta que oculta el interior de la capilla. Pese a ser tan temprano, el edificio está abarrotado de fieles arrodillados ante las estatuas de Buda y el altar de Phra Seub, el más importante después del que hay en el ministerio. Los jardines son un hervidero de personas que realizan ofrendas de flores y frutas, mientras otras consultan la fortuna con varitas adivinatoras; y por encima de todos ellos cantan los monjes, protegiendo la ciudad con sus plegarias y sus amuletos, con el *saisin* que se extiende desde la capilla hasta los diques y las bombas. El hilo sagrado oscila a la luz gris, sostenido con

pértigas allí donde cruza las calzadas, estirándose durante kilómetros desde este eje sagrado hasta las bombas y rodeando los rompeolas. El cántico de los monjes es un runrún incesante que impide que la Ciudad de los Seres Divinos sea devorada por las olas.

Kanya compra incienso y comida y se adentra en los fríos confines de la capilla de la columna, descendiendo los escalones de mármol. Se arrodilla ante la antigua columna de la saqueada Ayutthaya, la más grande de Bangkok. El lugar desde donde se miden todas las distancias. El corazón de Krung Thep, y el hogar de los espíritus que la protegen. Si se pusiera en pie en el umbral de la capilla y mirara en dirección a los diques, vería la elevación de las presas. Es evidente que están en el fondo de una bañera, expuestos desde todas direcciones. Esta capilla... Enciende el incienso y presenta sus respetos.

—¿No te sientes como una hipócrita viniendo precisamente aquí, a las órdenes de Comercio?

—Cierra el pico, Jaidee.

Jaidee se arrodilla a su lado.

—Bueno, por lo menos la fruta de tu ofrenda tiene buena pinta.

—Silencio.

Intenta rezar, pero con Jaidee molestándola, es inútil. Al cabo, desiste de su empeño y regresa al exterior, al calor y la luz crecientes de la mañana. Allí está Narong, apoyado en un poste, contemplando las danzas *khon*. Los tambores resuenan mientras los bailarines realizan sus estilizadas piruetas; sus voces, roncas y potentes, compiten con el monótono zumbido de las filas de monjes repartidas por el patio. Kanya se dirige hacia él.

Narong levanta una mano.

—Espera hasta que hayan terminado.

Kanya controla la irritación, busca un asiento y observa mientras se representa la historia de Rama. Al cabo, Narong asiente con la cabeza, complacido.

—Es buena, ¿verdad? —Inclina la cabeza en dirección a la capilla de la columna—. ¿Has hecho tus ofrendas?

—¿Te importa?

Hay más grupos de camisas blancas en el complejo, realizando ofrendas a su vez. Rogando para que los asciendan a un puesto mejor remunerado. Implorando el éxito en sus investigaciones. Pidiendo protección contra las enfermedades a las que deben enfrentarse a diario. Por su propia naturaleza, este es un templo del Ministerio de Medio Ambiente, casi tan importante como el de Phra Seub, mártir de la biodiversidad. Kanya se siente incómoda hablando con Narong delante de todos, pero él no parece preocupado en absoluto.

—Todos amamos la ciudad —dice—. Ni siquiera Akkarat se negaría a defenderla.

Kanya pone cara larga.

—¿Qué quieres de mí?

—Qué impaciente. Demos un paseo.

Kanya frunce el ceño. Narong no parece tener ninguna prisa, y sin embargo la ha convocado como si se tratara de una emergencia. Reprime la furia y masculla:

—¿Sabes lo que has interrumpido?

—Cuéntamelo sobre la marcha.

—Tengo un poblado con cinco cadáveres y todavía no hemos aislado la causa.

Narong la mira de soslayo, con interés.

—¿Otro brote de cibiscosis? —La conduce fuera del complejo. Dejan atrás a las vendedoras de guirnalda y siguen caminando.

—No lo sabemos. —Kanya se esfuerza por disimular su frustración—. Pero me estás distrayendo de mi trabajo, y aunque te guste hacerme correr como un perro cada vez que me llamas...

—Tenemos un problema —la interrumpe Narong—. Y aunque creas que tu poblado es importante, te aseguro que no es nada comparado con esto. Se ha producido una muerte. Alguien muy influyente. Necesitamos tu ayuda en la investigación.

—No soy policía. —Kanya se ríe.

—El caso no está en manos de la policía. Hay un neoser implicado.

Kanya se detiene de golpe.

—¿Qué?

—La asesina. Creemos que es una invasora. Un neoser militar. *Heechy-keechy*.

—¿Cómo es posible?

—Eso es algo que estamos intentando averiguar. —Narong la mira con expresión grave—. Pero no podemos hacer preguntas porque el general Pracha ha asumido el mando de la operación, alegando que tiene jurisdicción porque el neoser es una criatura prohibida. Como si se tratara de un cheshire o de un tarjeta amarilla. —Suelta una carcajada amarga—. Estamos atados de pies y manos. Debes investigar por nosotros.

—Será complicado. El caso no es mío. Pracha no...

—Confía en ti.

—Confiar en que haga bien mi trabajo y permitir que me inmiscuya son dos cosas distintas. —Kanya se encoge de hombros y empieza a darse la vuelta—. Es imposible.

—¡No! —Narong la retiene y tira de ella—. ¡Esto es crucial! ¡Tenemos que conocer los detalles!

Kanya gira sobre los talones y se quita la mano de Narong de encima del hombro.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan importante? La gente muere en Bangkok todos los días, en todas partes. Encontramos cadáveres más deprisa de lo que podemos meterlos en las calderas de metano. ¿Por qué es tan importante este para que me pidas que moleste al general?

Narong la atrae hacia él.

—Es el somdet chaopraya. Hemos perdido al protector de Su Majestad la Reina.

Kanya siente cómo se le doblan las rodillas. Narong la sostiene en pie mientras sigue hablando, con intensa ferocidad:

—La política se ha vuelto más desagradable desde que empecé en este juego. —Su sonrisa no consigue ocultar la rabia que hierve tras ella—. Eres una buena chica, Kanya. Siempre hemos respetado nuestra parte del trato. Pero esta es tu razón de ser. Sé que es difícil. También eres leal a tus superiores en el Ministerio de Medio Ambiente. Rezas a Phra Seub. Eso está bien. Te honra. Pero necesitamos que nos ayudes. Aunque ya no sientas la menor simpatía por Akkarat, el palacio te necesita.

—¿Qué queréis?

—Saber si esto es obra de Pracha. Se ha dado mucha prisa en asumir el mando de la operación. Es imprescindible que sepamos si fue él quien hundió el cuchillo. Tu líder y la seguridad del palacio dependen de ello. Es posible que Pracha oculte algo. Creemos que algunos de los artífices del doce de diciembre podrían estar conspirando contra nosotros.

—No es posible...

—Es perfectamente plausible. Hemos sido bloqueados por completo porque la asesina es un neoser. —La voz de Narong restalla con inesperada intensidad—. Debemos averiguar si el neoser es un topo del ministerio. —Entrega un fajo de billetes a Kanya, que se queda mirando la cantidad fijamente, asombrada—. Soborna a todo el que se interponga en tu camino.

La capitana se recupera de su parálisis, acepta el dinero y se lo guarda en los bolsillos. Narong le da un delicado apretón en el brazo.

—Lo siento muchísimo, Kanya. Eres mi única esperanza. Dependo de ti para

descubrir a nuestros enemigos y sacarlos a la luz.

El calor de una torre de Ploenchit a medio día es sofocante. Los investigadores abarrotan las lóbregas habitaciones del club, contribuyendo al bochorno. Es un lugar asqueroso para morir. Un lugar de ansia, desesperación y apetitos insatisfechos. Los agentes del palacio se amontonan en los pasillos. Observándolo todo, consultando, preparándose para recoger el cadáver del somdet chaopraya antes de introducirlo en la urna funeraria, aguardando mientras los hombres de Pracha realizan sus pesquisas. La preocupación y la rabia flotan en el aire, afilada al máximo la cortesía en este momento de humillación y temor extremos. En las habitaciones se respira el ambiente de un monzón a punto de estallar, cargado de energía, preñado con la ominosa oscuridad de las nubes de tormenta.

El primer cuerpo yace en el exterior, un *farang* de avanzada edad, exótico y surrealista. Se aprecian escasos daños físicos en él, salvo la magulladura que indica el lugar donde le han aplastado la garganta, la lívida tortura practicada sobre su tráquea. Está tendido junto a la barra con el aspecto jaspeado de los cadáveres rescatados del río. La comida para peces de los gánsteres. El anciano mira fijamente a Kanya con grandes ojos azules, dos mares muertos. La capitana inspecciona el daño en silencio antes de dejar que el secretario del general Pracha la conduzca a las habitaciones interiores.

Se le corta el aliento.

Todo está cubierto de sangre, grandes remolinos carmesíes salpican las paredes y se escurren por el suelo. Los cadáveres se amontonan en marañas deformes. Y entre ellos yace el somdet chaopraya, con la garganta no aplastada como la del viejo *farang*, sino arrancada de cuajo, como si un tigre se hubiera cebado con él. Sus guardaespaldas yacen inertes: uno de ellos con una pistola de resortes incrustada en la cuenca de un ojo, el otro empuñando aún la suya pero erizado de cuchillas.

—*Kot rai* —murmura Kanya. Titubea sin saber cómo actuar en presencia del macabro espectáculo. La espuma sanguinolenta está infestada de cerambicidos que se arrastran y reptan por todas partes, trazando estelas coaguladas.

Pracha está presente en la sala, conversando con sus subordinados. Levanta la cabeza al oír el jadeo contenido de Kanya. Los demás lucen sus expresiones particulares de pánico, ansiedad y vergüenza, reflejándose por turnos en sus semblantes. A Kanya se le revuelve el estómago al contemplar la posibilidad de que Pracha pudiera haber orquestado semejante carnicería. El somdet chaopraya no era amigo del Ministerio de Medio Ambiente, pero la enormidad de esta acción la pone enferma. Una cosa es urdir golpes y contragolpes de Estado, y otra muy distinta sabotear los cimientos del palacio. Se siente como una hoja de bambú arrastrada por una riada.

«Así sucumbimos todos. Hasta los más ricos y poderosos no son más que comida para cheshires al final. Somos meros cadáveres ambulantes y no tiene sentido intentar olvidarlo. Meditar sobre la naturaleza de la muerte nos enseña esta lección», se dice.

Lo que no impide que se sienta sobrecogida, aterrorizada casi por la imagen de la mortalidad de un semidiós. «General, ¿qué has hecho?» La idea es demasiado espantosa. Las aguas embravecidas amenazan con arrastrarla a las profundidades.

—¿Kanya? —Pracha le indica que se acerque. La capitana escruta el rostro del general en busca de algo que sugiera que carga con la culpa de este acto, pero Pracha parece sencillamente perplejo—. ¿Qué haces aquí?

—Me... —Había preparado un discurso. Pretextos. Pero con el protector de la Corona y su séquito diseminados por toda la habitación, se queda en blanco. Los ojos de Pracha siguen su mirada hasta el cadáver del somdet chaopraya. La toma del brazo con delicadeza.

—Ven. Esto es demasiado.

La conduce afuera.

—Me...

Pracha sacude la cabeza.

—Ya te has enterado. —Suspira—. Antes de que acabe el día, lo sabrá toda la ciudad.

Kanya recupera por fin la voz y escupe la mentira, representando el papel que le ha otorgado Narong.

—No pensé que pudiera ser cierto.

—Peor que eso. —Pracha mueve la cabeza con gesto fúnebre—. Ha sido un neoser.

Kanya se obliga a fingir sorpresa. Observa de reojo el baño de sangre.

—¿Un neoser? ¿Solo uno? —Sus ojos recorren la colección de cuchillas de resortes clavadas en las paredes. En uno de los cadáveres reconoce a un agente del Ministerio de Comercio, el hijo de un patriarca de segunda fila. En otro, a un miembro de un clan de empresarios chaozhou que empezaba a abrirse camino en la prensa del sector. Todos ellos rostros habituales de las circulares. Todos ellos tigres importantes—. Es horrible.

—Parece imposible, ¿verdad? Seis guardaespaldas. Tres víctimas adicionales. Y un solo neoser, según los testigos. —Pracha menea la cabeza—. Hasta la cibicosis mata más limpiamente.

El cuello de su eminencia el somdet chaopraya ha sido desgarrado con una fuerza descomunal, partido, fragmentado y triturado de modo que, aunque la columna aún sigue estando en su sitio, actúa más como una bisagra que como sostén.

—Es como si un demonio se hubiera ensañado con él.

—Una bestia salvaje, en cualquier caso. Es lo que cabría esperar de una modificación genética militar. He visto este tipo de actividad en el norte, donde operan los vietnamitas. Utilizan los neoseres japoneses como exploradores y tropas de asalto. Es una suerte que tengan tan pocos. —Observa a Kanya con gesto serio—. Esto nos costará caro. Comercio dirá que hemos fracasado. Que permitimos que esta bestia entrara en el país. Intentarán sacarle partido. Usarlo como excusa para obtener más poder. —Su expresión se ensombrece aún más—. Debemos averiguar qué hacía aquí ese neoser. Es posible que Akkarat nos haya tendido una trampa, que haya usado al protector como si de un simple peón se tratara.

—Él nunca...

Pracha compone un gesto de escepticismo.

—La política es desagradable. No subestimes lo que cualquiera sería capaz de hacer con tal de conseguir más poder. Creemos que Akkarat ha estado aquí antes. Algunos de los empleados dicen reconocer su cara, parece que recuerdan... —Se encoge de hombros—. Por otra parte, todos están asustados. Nadie quiere hablar más de la cuenta. Pero todo apunta a que Akkarat y algunos de sus amigos comerciantes *farang* condujeron al somdet chaopraya hasta la *heechy-keechy*.

«¿Está jugando conmigo? ¿Sabe que trabajo para Akkarat?» Kanya acalla sus temores. «Si lo sospechara, jamás me habría ascendido al puesto de Jaidee.»

—Nunca lo sabrás —le susurra este al oído—. Una serpiente en su nido es mejor que una serpiente reptando entre la maleza. Así sabe dónde estás en todo momento.

—Necesito que vayas al departamento de archivos —dice Pracha—. No queremos que desaparezca ninguna información por casualidad, ¿entendido? Comercio tiene agentes entre nosotros. Saca todo lo que puedas y tráemelo. Averigua cómo vivía aquí el neoser, cómo sobrevivía. En cuanto salte la noticia, se levantará una cortina de humo. Los hombres mentirán. Se extraviarán archivos. Alguien estaba permitiendo que el neoser existiera en



contra de todas nuestras leyes. El ministerio es vulnerable. Alguien ha aceptado sobornos. Alguien sabía que el neoser se alojaba en esta ciudad. Quiero saber quién, y quiero saber si está en la nómina de Akkarat.

—¿Por qué yo?

Pracha esboza una sonrisa triste.

—Únicamente en Jaidee confiaría más.

—Es una encerrona —observa Jaidee—. Si quiere echar la culpa de esto a Comercio, serás la herramienta perfecta. El topo dentro del ministerio.

Los rasgos de Pracha no denotan ninguna malicia, pero es astuto. «¿Cuánto sabe realmente?»

—Averigua esa información —dice Pracha—. Tráemela. Y no hables de esto con nadie.

—Cuenta con ello —responde la capitana. Interiormente, no obstante, se pregunta si existirán siquiera todavía esos informes. Hay tantas maneras de sacarles partido. Quizá la cortina de humo se haya levantado ya. Si es cierto que existía una conspiración para asesinar al protector, los sobornos llegarán a todos los niveles. Con un escalofrío, se pregunta quién haría algo así. Los atentados políticos son una cosa, pero atacar a la familia real de esta manera... La rabia y la frustración amenazan con poseerla. Respira hondo—. ¿Qué sabemos del neoser, hasta ahora?

—Afirmaba ser un despojo japonés. Las chicas aseguran que llevaba años instalada aquí.

Kanya pone cara de asco.

—Cuesta creer que alguien sería capaz de mancillarse... —Se interrumpe, comprendiendo que ha estado a punto de criticar al somdet chaopraya. La confusión y la desolación le revuelven el estómago. Enmascara su turbación formulando otra pregunta—: ¿Cómo llegó el protector hasta aquí?

—Lo único que sabemos es que vino acompañado de hombres de Akkarat.

—¿Quieres interrogarlo?

—Si damos con él.

—¿Ha desaparecido?

—¿Te extraña? A Akkarat siempre se le ha dado bien defenderse. Por eso ha conseguido salvar el pellejo en tantas ocasiones. —Pracha hace una mueca—. Parece un cheshire. Nada es capaz de tocarlo. —La observa con expresión solemne—. Tenemos que descubrir quién ha permitido que ese neoser viviera aquí tanto tiempo. Cómo entró en la ciudad. Cómo se organizó el asesinato. Estamos ciegos en esto, y si estamos ciegos, seremos vulnerables. Esta noticia hará que todo se tambalee.

Kanya muestra su aquiescencia con un *wai*.

—Haré todo lo posible. —Aunque Jaidee figonee por encima de su hombro y se burle de ella—. Necesitaré más información. Para encontrar a los responsables.

—Tienes suficiente para empezar. Averigua de dónde ha salido ese neoser. Quién ha aceptado los sobornos. Eso es lo que necesito saber.

—¿Y Akkarat y los *farang* que presentaron el neoser al protector?

Pracha esboza una leve sonrisa.

—Yo me ocupo de eso.

—Pero...

—Kanya, es comprensible que quieras hacer más. A todos nos preocupa la seguridad del palacio y el reino. Pero debemos asegurar y proteger la información que poseamos sobre esa chica mecánica.

Kanya controla su respuesta.

—Sí. Desde luego. Localizaré la información relacionada con los sobornos. —Tras una pausa, añade con tacto—: ¿Hará falta que alguien exprese sus condolencias?

Pracha arruga la frente.

—Un soborno inofensivo de vez en cuando es una cosa. El ministerio no nada en la abundancia este año. ¿Pero esto...? —Sacude la cabeza.

—Recuerdo cuando éramos respetados —murmura Kanya.

Pracha la observa de reojo.

—¿Sí? Creía que esos tiempos habían quedado atrás antes de que te unieras a nosotros. —Suspira—. No te preocupes. No habrá ninguna cortina de humo. Se hará justicia. Me encargaré de ello personalmente. No dudes de mi compromiso con el reino o con Su Majestad la Reina. Los culpables recibirán el castigo que se merecen.

Kanya estudia el cadáver del protector y la lóbrega estancia donde han terminado sus días. Un neoser. Una furcia mecánica. Intenta reprimir el ataque de náusea que le provoca esa idea. Un neoser. Que alguien intentara... Sacude la cabeza. Un asunto desagradable. Un movimiento desestabilizador. Y ahora, algún joven deberá pagar por ello. Quienquiera que aceptase sobornos en Ploenchit, posiblemente alguien más.

Una vez en la calle, Kanya hace señas al conductor de una bicicleta con rickshaw. Por el rabillo del ojo atisba a un grupo de los panteras del palacio, en formación ante la puerta. Empieza a formarse un corrillo de curiosos, la gente observa con interés. Dentro de unas horas, los rumores y la noticia habrán llegado a todos los rincones de la ciudad.

—Al Ministerio de Medio Ambiente, tan deprisa como puedas.

Agita el dinero de los sobornos de Akkarat en dirección al conductor del rickshaw para motivar sus esfuerzos, pero mientras lo hace, se pregunta a quién beneficia su gesto.

Un camión del ejército llega a mediodía. Se trata de un vehículo enorme, envuelto en nubes de gases de escape, asombrosamente escandaloso, como algo salido de la antigua Expansión. Puede oírlo a una manzana de distancia, pero incluso a pesar de tanto aviso, a punto está de escapársele un grito cuando lo ve. Tan veloz. Tan insoportablemente ruidoso. Una vez, en Japón, Emiko vio un vehículo parecido. Gendo-sama le explicó que funcionaba con carbón licuado. Tremendamente sucio y pernicioso para los límites de racionamiento, pero casi mágicamente poderoso. Como si hubiera una docena de megodontes encadenados en su interior. Ideal para funciones militares, aunque los civiles no pudieran entender ni el despilfarro de energía ni el impacto sobre sus impuestos.

Las azules nubes de gases de escape se arremolinan a su alrededor cuando se detiene. Una pequeña flota de ciclomotores de muelles percutores aparece tras su estela, conducidos por hombres vestidos con el uniforme negro de los panteras del palacio y el verde del ejército. Los soldados desmontan del camión en tropel y corren hacia la entrada de la torre de Anderson-sama.

Emiko se agazapa en el callejón donde permanece oculta. Al principio pensó en escapar, pero antes de haber recorrido una manzana comprendió que no tenía adónde ir. Anderson-sama era su única tabla de salvación en un océano enfurecido.

De modo que no se aleja mucho y vigila el hormiguero en que se ha convertido la torre de Anderson-sama. Intentando entender. Todavía le cuesta creer que las personas que derribaron la puerta no fuesen camisas blancas. Deberían haberlo sido. En Kioto, la policía la habría encontrado con ayuda de perros rastreadores y ya la habría ejecutado compasivamente. Jamás ha oído hablar de otro neoser que mostrara una desobediencia tan absoluta. Y mucho menos algo parecido al espantoso baño de sangre que precedió a su huida. Arde de vergüenza y de odio al mismo tiempo. No puede quedarse, pero es más que evidente que el apartamento del *gaijin*, aun invadido como se encuentra en estos instantes, es su único santuario. En la ciudad que la rodea no tiene amigos.

Siguen bajando hombres del camión militar. Emiko se adentra en el callejón mientras se acercan, esperando que amplíen la búsqueda, preparándose para salir corriendo en un estallido de movimiento y calor. Si corriera podría llegar hasta el *khlong* y refrescarse antes de reemprender la huida.

Pero se limitan a apostarse en las vías principales, en apariencia sin molestarse en buscar el rastro de Emiko.

Más movimientos precipitados. Un grupo de panteras sale arrastrando a una pareja de hombres encapuchados con las manos blancas. *Gaijin*, sin lugar a dudas. Uno de ellos parece Anderson-sama. Lleva puesta su ropa. Le propinan un empujón y, tambaleándose, se estrella contra la parte posterior del camión.

Maldiciendo, dos panteras lo suben a bordo. Lo esposan junto al otro *gaijin*. Los soldados se apresuran a montar detrás de ellos, rodeándolos.

Una limusina aparca junto a la acera, con su propio motor ronroneante de diésel de carbón. Resulta curiosamente silenciosa comparada con el estruendo del transporte de tropas, pero la cantidad de gases de escape es la misma. El vehículo de un tipo con mucho dinero. Que alguien pueda ser tan rico es casi inimaginable...

Emiko se queda sin aliento. Es el ministro de Comercio, Akkarat, escoltado por un enjambre de guardaespaldas hasta el interior del coche. Los curiosos se quedan mirando fijamente, boquiabiertos, y Emiko con ellos. A continuación la limusina se pone en marcha

y el transporte de tropas hace lo mismo con un rugido ensordecedor. Los dos vehículos surcan la calle dejando sendas estelas de humo y se pierden de vista al doblar un recodo.

El silencio ocupa el vacío casi físico dejado por el retumbo del motor del camión. La gente murmura:

—Político... Akkarat... *¿farang?*... general Pracha...

A pesar de su excelente oído, las frases que llegan hasta ella son ininteligibles. Si se empeñara, podría seguir... Descarta la idea. Es imposible. Dondequiera que se encuentre ahora Anderson-sama, ella no puede implicarse. Cualquiera que sea el conflicto diplomático en el que se ha visto involucrado, como ocurre siempre en casos así, no tendrá un final feliz.

Emiko se pregunta si podría colarse en el apartamento ahora que se han ido todos. Junto a la entrada del edificio, un par de personas han empezado a repartir octavillas entre todos los que pasan cerca de ellas. Otra pareja cruza la calle en una bicicleta de reparto cuya cesta rebosa de más papeles. Uno de ellos desmonta de un salto y pega un folleto en el poste de una farola y luego vuelve a montar en la parsimoniosa bicicleta.

Emiko da un paso hacia ellos para coger una octavilla, pero la detiene una punzada de paranoia. Deja que sigan su camino antes de acercarse con cautela al poste para leer lo que pone en la hoja. Camina despacio, toda su energía se concentra en conseguir que sus movimientos parezcan naturales, en procurar no llamar la atención. Se mezcla con la multitud de curiosos, tropezando, estirando el cuello para ver algo por encima de un mar de cabelleras morenas y cuerpos en tensión.

Se eleva un murmullo furioso. Alguien solloza. Un hombre se vuelve con la mirada desorbitada por el dolor y el horror. La empuja a un lado. Emiko avanza para ocupar su sitio. El murmullo es cada vez más intenso. Emiko da otro pasito adelante, con cuidado, con cuidado, despacio, despacio... Se le corta el aliento.

El somdet chaopraya. El protector de Su Majestad la Reina. Y más palabras... Su cerebro se esfuerza por traducir del tailandés al japonés, y mientras lo hace, es consciente de la masa de gente que la rodea, de las personas que empujan contra ella desde todas direcciones mientras leen acerca de una chica mecánica que acecha en su seno, de un neoser que ha asesinado al protector de la reina, un agente al servicio del Ministerio de Medio Ambiente, una criatura letal.

Los curiosos aumentan la presión a su alrededor mientras pugnan por leer, empujando y apretando, creyendo que Emiko es de los suyos. Perdonándole la vida únicamente porque todavía no la han descubierto.

—¿Quieres sentarte? Me estás poniendo nervioso con tantos paseos.

Hock Seng hace un alto en el deambular por el interior de su choza para fulminar con la mirada a Chan el Risueño.

—Soy yo el que paga por tus calorías, no al revés.

Chan el Risueño se encoge de hombros y sigue jugando a las cartas. Todos llevan los últimos días hacinados en la misma habitación. Chan el Risueño, Pak Eng y Peter Kuok suponen una compañía entretenida. Pero hasta la más entretenida de las compañías...

Hock Seng sacude la cabeza. Da igual. La tormenta se avecina. El baño de sangre y el caos se ciernen sobre el horizonte. Es la misma sensación que tuvo antes del Incidente, antes de que decapitaran a sus hijos y violaran a sus hijas hasta dejarlas sin conocimiento. Y él sentado en el ojo del huracán, voluntariamente ciego, diciéndoles a todos los que querían escuchar que los hombres de K. L. jamás permitirían que lo ocurrido en Yakarta se repitiera con el buen pueblo chino. Después de todo, ¿no eran leales? ¿No contribuían? ¿No tenía él amigos en todas las esferas del gobierno que le aseguraban que los pañuelos verdes no eran más que un farol político?

La tormenta rugía a su alrededor y él se había negado a aceptarlo... pero esta vez no. Esta vez está preparado. En el aire cargado de electricidad se intuye lo que está a punto de suceder. Es evidente desde que los camisas blancas cerraron las fábricas. Y ahora está a punto de desatarse. Pero está preparado. Hock Seng sonríe para sus adentros, examina el pequeño búnker, con sus reservas de dinero, gemas y alimentos.

—¿Ha dicho la radio algo más? —pregunta.

Los tres hombres intercambian miradas. Chan el Risueño apunta a Pak Eng con un cabeceo.

—Te toca a ti darle cuerda.

Pak Eng frunce el ceño y se acerca a la radio. Es un armatoste caro, y Hock Seng empieza a arrepentirse de haberlo comprado. Hay más radios en los arrabales, pero apostarse junto a ellas llama la atención. De modo que se gastó el dinero en esta, sin estar seguro de si retransmitiría algo más que rumores, y sin embargo incapaz de negarse otra fuente de información.

Pak Eng se arrodilla junto al aparato y empieza a accionar la manivela con un chirrido que ahoga casi por completo los chasquidos con los que cobra vida el altavoz.

—¿Sabes?, si dotaras a este trasto de un sistema de engranajes decente, sería mucho más práctico.

Todo el mundo hace oídos sordos y se concentra por entero en el diminuto altavoz: Música, *saw duang*...

En cuclillas junto a la radio, Hock Seng escucha con atención. Cambia el dial. Pak Eng está empezando a sudar. Transcurridos treinta segundos se detiene, jadeando.

—Listo. Con eso debería tener para un rato.

Hock Seng mueve el dial de la máquina, escuchando los agujeros de las ondas de radio. Las emisoras se suceden rápidamente. Nada más que programas de entretenimiento. Música.

Chan el Risueño levanta la cabeza.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro, tal vez. —Hock Seng encoge los hombros.

—Tendría que haber *muay thai*. Deberían haber empezado ya con los rituales de

apertura.

Todo el mundo cruza las miradas. Hock Seng continúa pasando emisoras. Únicamente música. Ningún noticiario. Nada... De pronto, una voz. Ocupando todas las emisoras, hablando como una sola voz y una sola emisora. Se acuclillan más cerca del aparato, para escuchar.

—Akkarat, creo. —Hock Seng calla un instante—. El somdet chaopraya ha fallecido. Akkarat culpa a los camisas blancas. —Recorre sus rostros con la mirada—. Ya ha empezado.

Pak Eng, Chan el Risueño y Peter observan a Hock Seng con respeto.

—Tenías razón.

Hock Seng asiente impacientemente con la cabeza.

—He aprendido.

La tormenta se aproxima. Los megodontes deben ir a la batalla. Es su sino. La división de poder del último golpe de Estado no podía durar eternamente. Las bestias deben enfrentarse hasta que una de ellas establezca su dominio definitivo. Hock Seng murmura una plegaria a sus ancestros, reza para salir con vida de esta vorágine.

Chan el Risueño se pone en pie.

—Al final tendremos que ganarnos el sueldo como guardaespaldas.

Hock Seng asiente con expresión grave.

—No será agradable para los que no estén prevenidos.

Pak Eng empieza a amartillar su pistola de resortes.

—Me recuerda a Penang.

—Esta vez no —dice Hock Seng—. Esta vez estamos preparados. —Les indica que se acerquen—. Venid. Es hora de recoger todo lo que podamos...

Unos porrazos en la puerta les hacen enderezar las espaldas.

—¡Hock Seng! ¡Hock Seng! —Una voz histérica, seguida de más golpes en el exterior.

—Es Lao Gu. —Hock Seng abre la puerta y Lao Gu irrumpe en la estancia tambaleándose.

—Han detenido al señor Lake. Al diablo extranjero y a todos sus amigos.

Hock Seng se queda mirando fijamente al conductor del rickshaw.

—¿Los camisas blancas le acusan de algo?

—No. Es el Ministerio de Comercio. He visto cómo Akkarat supervisaba el arresto personalmente.

Hock Seng frunce el ceño.

—No tiene sentido.

Lao Gu le pone una octavilla en las manos.

—Se trata de la chica mecánica. La que no dejaba de llevar a su piso. Es ella la que ha asesinado al somdet chaopraya.

Hock Seng lee la hoja rápidamente. Asiente para sí.

—¿Estás seguro de lo de esa criatura mecánica? ¿Nuestro diablo extranjero estaba colaborando con una asesina?

—Solo sé lo que pone en la circular, pero estoy seguro de que se trata de la misma *heechy-keechy*, a juzgar por la descripción. La sacó de Ploenchit muchas veces. Hasta dejaba que pasara la noche con él.

—¿Algún problema? —se interesa Chan el Risueño.

—No. —Hock Seng sacude la cabeza, permitiendo que una sonrisa aflore a sus labios. Saca un llavero de debajo del colchón—. Una oportunidad. Algo que no me esperaba. —Se vuelve hacia ellos—. Al final no hará falta que nos escondamos aquí.

—¿No?

La sonrisa de Hock Seng se ensancha.

—Debemos ir a un último sitio antes de salir de la ciudad. Tengo que recoger una cosa. Algo que está en mi antiguo despacho. Reunid las armas.

Sorprendentemente, Chan el Risueño no hace más preguntas. Se limita a asentir y enfunda las pistolas, se cuelga un machete cruzado a la espalda. Los demás lo imitan. Juntos, desfilan por la puerta. Hock Seng echa la llave al salir.

Trota por el callejón detrás de sus hombres, con las llaves de la fábrica tintineando en la mano. Por primera vez en mucho tiempo, el destino juega a su favor. Ahora lo único que necesita es un poco de suerte y algo más de tiempo.

Más adelante, la gente habla a gritos de los camisas blancas y de la muerte del protector de su reina. Voces airadas, listas para la sedición. La tormenta está cada vez más cerca. Las fichas ocupan su puesto en el tablero. Una chiquilla pasa corriendo por su lado, dejándoles octavillas en las manos antes de seguir su camino. Los partidos políticos ya han empezado a actuar. El padrino de los arrabales no tardará en soltar a su gente en los callejones para incitar a la violencia.

Hock Seng y sus hombres salen del laberinto de pasadizos y llegan a la calle. No se mueve nada. Incluso los conductores de rickshaws independientes se han puesto a cubierto. Un grupo de tenderos se arracima en torno a una radio de manivela. Hock Seng indica a sus hombres que esperen y se acerca a los oyentes.

—¿Qué noticias hay?

Una mujer levanta la cabeza.

—Radio Nacional dice que el protector...

—Sí, ya lo sé. ¿Qué más?

—El ministro Akkarat ha denunciado al general Pracha.

Está ocurriendo más deprisa de lo que esperaba. Hock Seng se incorpora y llama a Chan el Risueño y a los otros.

—En marcha. Se nos agotará el tiempo como no nos apresuremos.

Mientras se dirige a ellos, un camión enorme dobla la esquina con el motor revolucionado. El estruendo es increíble. Escupe nubes de gases de escape como una caldera de estiércol ilegal. Docenas de soldados de rasgos inexpresivos contemplan la calle desde la parte posterior mientras el vehículo prosigue su camino con un rugido. Hock Seng y sus hombres regresan al interior del callejón, tosiendo. Chan el Risueño vuelve a asomarse, sigue la trayectoria del camión.

—Funciona con diésel de carbón —musita extrañado—. Es el ejército.

Hock Seng se pregunta si se trata de partidarios del doce de diciembre, algún componente de los generales del nordeste que acude en ayuda del general Pracha para recapturar la Torre de Radio Nacional. O quizá sean aliados de Akkarat, apresurándose a asegurar las esclusas, los muelles o los amarraderos. O simples oportunistas que pretenden sacar partido del caos inminente. Hock Seng ve cómo desaparecen tras un recodo de la avenida. Heraldos de la tormenta, en cualquier caso.

Los últimos peatones buscan el refugio de sus hogares. Los tenderos están tapando sus escaparates desde dentro. El repicar y entrechocar de los candados se propaga por toda la calle. La ciudad sabe lo que está a punto de pasar.

Los recuerdos se agitan y se amontonan en la cabeza de Hock Seng. Callejones inundados de sangre. El olor del bambú verde en llamas, humeante. Busca la tranquilidad de la pistola de resortes y el machete. Es posible que la ciudad sea una jungla infestada de tigres, pero esta vez él no es ningún cervatillo indefenso huyendo de Malasia. Por fin ha aprendido la lección. Es posible prepararse para el caos.

Hace una seña a sus hombres.

—En marcha. Ha llegado el momento.



—¡No ha sido Pracha! ¡Él no tiene nada que ver con esto! —grita Kanya al teléfono de manivela, aunque daría lo mismo que estuviera desgañitándose tras los barrotes de una celda. No parece que Narong esté escuchándola. La línea crepita con voces entremezcladas y un zumbido de maquinaria, y Narong, aparentemente, está hablando con alguien que está a su lado, ininteligibles sus palabras.

La voz de Narong resuena con fuerza de repente, imponiéndose al ruido de fondo.

—Lo siento, tenemos nuestras fuentes.

Con la frente arrugada, Kanya contempla las circulares diseminadas encima de la mesa, las mismas que trajo Pai con una sonrisa torva. Algunas hablan del difunto somdet chaopraya, otras del general Pracha. Todas hablan de la chica mecánica asesina. La ciudad ya empieza a inundarse de ejemplares especiales de ¡*Sawatdee Krung Thep!* Kanya pasea la mirada sobre las palabras. Está repleta de incendiarias protestas contra los camisas blancas que cerraban muelles y amarraderos pero no pudieron proteger al somdet chaopraya de una sola invasora.

—Entonces, ¿estas circulares son vuestras?

El silencio de Narong es toda la respuesta que necesita.

—¿Por qué me pediste que investigara? —No logra ocultar la amargura que tiñe su voz—. Ya habíais empezado a actuar.

La voz glacial de Narong crepita en la línea.

—No estás en condiciones de hacer preguntas.

Su tono deja helada a Kanya.

—¿Ha sido Akkarat? —susurra atemorizada—. ¿Es él el responsable? Pracha asegura que Akkarat estaba implicado de alguna manera. ¿Ha sido él?

Otra pausa. ¿Reflexiva? Es imposible saberlo.

—No —responde Narong, al cabo—. Nosotros no somos los artífices.

—¿Y por eso deduces que tuvo que ser Pracha? —Baraja las licencias y los permisos que cubren su mesa—. ¡Te digo que no ha sido él! Tengo aquí todos los documentos del neoser. Pracha en persona me pidió que investigara. Que siguiera su pista. Tengo los documentos que fechan su llegada con la gente de Mishimoto. Tengo las órdenes de eliminación. Los visados. Todo.

—¿Quién firmó las órdenes de eliminación?

Kanya exhala un suspiro cargado de frustración.

—No puedo leer la firma. Necesito más tiempo para contrastar quién estaba de guardia en aquel momento.

—Y cuando termines, estarán inevitablemente muertos.

—Entonces, ¿por qué me encomendó Pracha la tarea de averiguar esta información? ¡No tiene sentido! He hablado con los agentes que aceptaron sobornos del bar. No son más que unos mocosos estúpidos que querían sacarse un dinero extra.

—Eso significa que es listo. Ha borrado sus huellas.

—¿Por qué odias tanto a Pracha?

—¿Por qué le quieres tú tanto? ¿No ordenó que incendiaran tu aldea?

—No por malicia.

—¿No? ¿No vendió los permisos de cría a otro poblado a la siguiente estación? ¿No los vendió y se forró los bolsillos con las ganancias?

Kanya enmudece. Narong modera el tono de su voz.

—Lo siento, Kanya. No podemos hacer nada. Estamos convencidos de su crimen. El palacio nos ha autorizado a resolver esto.

—¿Con disturbios? —Barre las circulares de encima de la mesa—. ¿Incendiando la ciudad? Por favor. Puede poner fin a todo esto. No es necesario. Puedo encontrar las pruebas que necesitamos. Puedo demostrar que el neoser no es de Pracha. Puedo demostrarlo.

—Estás demasiado implicada. Tus lealtades están divididas.

—Soy leal a la reina. Dame una oportunidad para detener esta locura.

Otra pausa.

—Puedo concederte tres horas. Si no tienes nada al anochecer, se acabó.

—¿Pero esperarás hasta entonces?

Kanya casi puede oír la sonrisa al otro lado de la línea.

—Lo haré.

Se corta la conexión. Kanya se queda sola en su despacho.

Jaidee se sienta encima de la mesa.

—Me pica la curiosidad. ¿Cómo piensas demostrar la inocencia de Pracha? Es evidente que fue él quien la plantó.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz? —pregunta Kanya.

Jaidee sonríe.

—Porque es *sanuk*. Me hace gracia ver cómo corres de un lado para otro, intentando complacer a dos amos. —Hace una pausa, estudiándola—. ¿Qué más te da lo que le pase al general Pracha? No es tu verdadero jefe.

Kanya le lanza una mirada cargada de odio. Con un gesto, abarca los papeles diseminados por todo el despacho.

—Es exactamente igual que hace cinco años.

—Con Pracha y el primer ministro Surawong. Con las reuniones del doce de diciembre. —Jaidee contempla las circulares cargadas de rumores—. Solo que esta vez es Akkarat el que actúa contra nosotros. Así que no es exactamente igual.

Un megodonte brama al otro lado de la ventana del despacho. Jaidee sonríe.

—¿Oyes eso? Nos estamos armando. No podrás evitar de ninguna manera que estos dos toros viejos se embistan. Ni siquiera entiendo por qué querías impedirlo. Pracha y Akkarat llevan años amenazándose con bufidos y resoplidos. Va siendo hora de que veamos un duelo decente.

—Esto no es *muay thai*, Jaidee.

—No. En eso llevas toda la razón. —Su sonrisa se tambalea por un momento.

Kanya mira fijamente las circulares, la colección de documentos relacionados con la importación del neoser. Este se encuentra en paradero desconocido. Pero aun así, lo trajeron los japoneses. Kanya estudia las notas: llegó a bordo de un dirigible procedente de Japón. Secretaria de dirección...

—Y asesina —tercia Jaidee.

—Cierra el pico. Estoy pensando.

Un neoser japonés. Un resto abandonado de la nación insular. Kanya se pone en pie de improviso, agarra la pistola de resortes y la hunde en su funda mientras recoge los papeles.

—¿Adónde vas? —pregunta Jaidee.

Kanya le dirige una sonrisita maliciosa.

—Si te lo dijera, perdería todo el *sanuk*.

El *phii* de Jaidee sonríe de oreja a oreja.

—Ahora empiezas a captar el espíritu de las cosas.

El gentío que rodea a Emiko no deja de crecer. La multitud la zarandea. No hay escapatoria. Está al descubierto, esperando a que la descubran.

Su impulso inicial es abrirse paso con uñas y dientes, luchar por su supervivencia, aunque no tenga la menor oportunidad de escapar de la masa de gente sin recalentarse. «No pienso morir como un animal. Les plantaré cara. Sangrarán.»

Reprime la oleada de pánico que amenaza con devorarla. Intenta recapacitar. Cada vez son más las personas que se apretujan contra ella, esforzándose por ver el letrero más de cerca. Está encajonada entre ellas, pero nadie se ha fijado todavía en Emiko. Mientras no se mueva...

La presión de la multitud es casi una ventaja. Apenas si puede temblar, mucho menos exhibir los movimientos sincopados que la delatarían.

«Espacio. Con cuidado.»

Emiko se apoya en los cuerpos que la rodean, empuja lentamente entre ellos, con la cabeza agachada, fingiendo que está sollozando, estremecida de dolor por el atentado contra el palacio. Mantiene la vista fija en los pies mientras atraviesa la multitud, abriéndose paso poco a poco hasta llegar a la periferia. La gente está apiñada en corrillos, llorando, sentada en el suelo, con la mirada perdida, conmocionada. Emiko se compadece de ellos. Se acuerda de Gendo-sama, montando en su dirigible después de decirle que le había hecho un favor al abandonarla en las calles de Krung Thep.

«Concéntrate», se dice, enfadada. Tiene que alejarse. Tiene que llegar al callejón, donde la gente no se fijará en ella. Esperar a que anochezca.

«Tu descripción está por todas partes: en los postes de las farolas de metano, en la calle, pisoteada por la muchedumbre. No tienes adónde ir.» Descarta esa idea. El callejón será suficiente. El callejón, lo primero. Después, un nuevo plan. No aparta la mirada del suelo. Se abraza a sí misma y llora lágrimas de cocodrilo. Arrastra los pies en dirección al callejón. Espacio. Espacio.

—¡Tú! ¡Ven aquí!

Emiko se queda paralizada. Se obliga a levantar lentamente la cabeza. Un hombre le hace señas, airado. Emiko abre la boca para decir algo, para protestar, pero alguien se le adelanta a su espalda.

—¿Tienes algún problema conmigo, *heeya*?

Un joven con un pañuelo amarillo en la cabeza, cargado con un puñado de octavillas, aparta a Emiko de un empujón.

—¿Qué es eso que llevas ahí, mocososo?

La discusión empieza a atraer a los curiosos. Los dos en discordia comienzan a gritar y a adoptar actitudes amenazadoras en un intento por determinar quién lleva la voz cantante. La gente empieza a elegir bando. A animar a uno o a otro. Envalentonado, el mayor abofetea al más joven e intenta quitarle el pañuelo amarillo.

—No apoyas a la reina. ¡Eres un traidor! —Arrebata las octavillas de manos del muchacho y las tira al suelo. Las pisotea—. ¡Largo de aquí! Y llévate las mentiras del *heeya* de Pracha contigo.

Mientras las hojas revolotean en medio de la multitud, Emiko atisba el rostro de Akkarat, caricaturizado, sonriendo mientras intenta engullir el Palacio Real.

El joven gatea detrás de las octavillas.

—¡No son mentiras! Akkarat quiere derrocar a la reina. ¡Es evidente!

Algunos integrantes de la multitud lo abuchean, pero otros celebran sus palabras con voces de ánimo. El muchacho le da la espalda al hombre y se dirige a los curiosos:

—Akkarat está sediento de poder. Siempre ha querido...

El hombre le da una patada en el culo. El joven gira sobre los talones, furioso, y embiste. Emiko contiene el aliento. El muchacho es un luchador. *Muay thai*, sin duda. Su codo se estrella contra la cabeza del hombre, que se desploma. El joven se yergue sobre él, gritando invectivas, pero el clamor de la muchedumbre ahoga su voz al tiempo que lo envuelve un enjambre de puños. Sus alaridos inundan la calle.

Emiko se da la vuelta y se aleja de la reyerta sin molestarse en seguir disimulando sus movimientos. La gente que corre en auxilio o en defensa de alguno de los dos bandos la zarandea, obligándola a abrirse paso a empujones tan deprisa como le es posible. En este momento, no es nada para ninguna de estas personas. Tambaleándose, escapa del tumulto y se adentra en las sombras del callejón.

La pelea está propagándose por toda la calle. Emiko busca basura tras la que ponerse a cubierto. Cristales rotos a su espalda. Alguien chilla. Se acurruca junto a una caja de WeatherAll y empieza a cubrirse de desperdicios, cáscaras de durio, el cáñamo destrozado de una cesta, pieles de plátano, cualquier cosa. Inmóvil, permanece agachada mientras los alborotadores cruzan el callejón a la carrera, vociferando. Allí donde mira, lo único que ve son caras deformadas por la rabia.

Las instalaciones principales de Mishimoto & Co. se encuentran al otro lado del agua, en Thonburi. La barca se adentra en un *khlong*, con la mano de Kanya atenta al timón. Incluso aquí, lejos de la ciudad de Bangkok propiamente dicha, las circulares critican a Pracha y a la asesina mecánica.

—¿Crees que habrá sido buena idea venir sola? —pregunta Jaidee.

—Te tengo a ti. No podría pedir mejor compañía.

—En mi estado el *muay thai* no se me da tan bien como antes.

—Lástima.

Las puertas de hierro y los embarcaderos de la empresa señorean sobre las olas. El sol del atardecer cae a plomo sobre ellos. Un comerciante fluvial se acerca remando, pero aunque Kanya tiene hambre, no se atreve a perder ni un momento. El sol parece a punto de desplomarse del cielo. La lancha choca contra el embarcadero y la capitana rodea un listón con el cabo.

—Creo que no van a dejarte entrar —dice Jaidee.

Kanya no se molesta en contestar. Resulta extraño que la haya acompañado durante toda la travesía. Al principio su *phii* se interesaba en ella tan solo durante breves espacios de tiempo, antes de ir a ocuparse de otros asuntos y otras personas. Quizá visitaba a sus hijos. Se disculpaba con la madre de Chaya. Pero ahora está con ella todo el rato.

—Tampoco te creas que va a impresionarles ese uniforme blanco —añade Jaidee—. Tienen demasiados contactos en el Ministerio de Comercio y en la policía.

Kanya no dice nada, pero, cómo no, un destacamento de agentes de la policía de Thonburi vigila la entrada principal del complejo. A su alrededor, el mar y los *khlongs* van y vienen. Los japoneses tienen visión de futuro y se han instalado por completo sobre las aguas, en balsas de bambú flotantes cuyo grosor supuestamente alcanza el metro y medio, creando un complejo prácticamente inmune a las inundaciones y a las mareas del río Chao Phraya.

—Tengo que hablar con el señor Yashimoto.

—No está disponible.

—Está relacionado con una propiedad suya que resultó dañada durante las desafortunadas redadas en los amarraderos. El papeleo de las indemnizaciones.

El guardia esboza una sonrisa titubeante. Se mete en la garita.

Jaidee se ríe por lo bajo.

—Muy ingeniosa.

Kanya le hace una mueca.

—Por lo menos así servirás para algo.

—Aunque esté muerto.

Instantes después son conducidos a los pasillos del complejo. El paseo no es largo. Las altas paredes ocultan cualquier posible rastro de actividad industrial. El Sindicato de Megodontes se queja de que es imposible que haya trabajo sin una fuente de energía, y sin embargo los japoneses no importan sus propios megodontes ni emplean al sindicato. Apesta a tecnología ilegal. No obstante, los japoneses han proporcionado una valiosa asistencia técnica al reino. A cambio de los avances en bancos de semillas de los tailandeses, los japoneses comparten lo mejor de sus tecnologías de navegación. De modo que todo el mundo tiene muchísimo cuidado de no hacer demasiadas preguntas sobre el proceso de fabricación del casco de los barcos, o sobre la legalidad del proceso de desarrollo.

Se abre una puerta. Una atractiva joven sonríe y hace una reverencia. Kanya está a punto de desenfundar la pistola de resortes. La criatura que tiene delante es un neoser. Sin embargo, la muchacha no parece percatarse del nerviosismo de Kanya y le indica que pase con un ademán sincopado. Una vez dentro, la habitación está escrupulosamente decorada con tatamis y cuadros de Sumi-e. Un hombre que Kanya supone que debe de ser el señor Yashimoto está de rodillas, pintando. La chica mecánica le indica a la capitana que se siente.

Jaidee contempla el arte de las paredes.

—Son todas tuyas.

— C mo lo sabes?

—Vine a ver si es cierto que tenían diez manos en la fábrica. Justo después de morir.

— Y?

Jaidee se encoge de hombros.

—Compruébalo por ti misma.

El señor Yashimoto moja el pincel y completa el cuadro con un movimiento exquisitamente fluido. Se incorpora y saluda a Kanya con una reverencia. Empieza a hablar en japonés. La voz de la chica mecánica suena un segundo más tarde, traduciendo al thai.

—Me honra con su visita.

Yashimoto guarda silencio un momento y la chica mecánica se queda callada a su vez. Es muy bonita, supone Kanya. A su manera. Parece que esté hecha de porcelana. Su chaquetilla está abierta en el cuello, revelando el hoyuelo de su garganta, y la falda de color claro le ciñe las caderas. Ser a preciosa si no se tratara de una aberración.

— Sabe por qué he venido?

Yashimoto asiente con la cabeza, parco.

—Hemos oído rumores de un lamentable incidente. Sus periódicos y circulares hablan de nuestro país. —Le dirige una mirada elocuente—. Muchas voces se alzan contra nosotros. Observaciones sumamente injustas y cargadas de inexactitudes.

Kanya asiente con la cabeza.

—Tenemos preguntas...

—Quiero asegurarle que somos amigos de los thais. Desde tiempos muy lejanos, cuando cooperamos en la gran guerra, hasta ahora. Siempre hemos sido amigos de Tailandia.

—Me gustaría saber cómo...

— T e? —vuelve a interrumpirla Yashimoto.

Kanya se obliga a seguir mostrándose educada.

—Es usted muy amable.

Yashimoto hace una seña a la chica mecánica, que se pone en pie y sale de la habitación. Kanya se relaja de forma automática. La criatura es... perturbadora. Y sin embargo, ahora que se ha ido, el silencio se extiende entre ellos mientras aguardan el regreso de la intérprete. Kanya siente cómo se desgranan los segundos, minutos desperdiciados. El tiempo pasa, corre, vuela. Las nubes de tormenta se acumulan y aquí está ella, sentada, esperando que le traigan un té.

Cuando regresa, la chica mecánica se arrodilla junto a ellos a un lado de la mesita. Kanya se obliga a no decir nada, a no interrumpir a la muchacha mientras esta prepara y sirve el té con absoluta precisión, pero para ello debe realizar un esfuerzo considerable. La chica mecánica llena las tazas, y cuando Kanya observa los extraños movimientos de la criatura, le parece detectar un atisbo de lo que deseaban los japoneses para sus criados mecánicos. La chica es perfecta, exacta como un reloj, y contextualizados por la ceremonia

del té, todos sus movimientos adoptan una gracia ritual.

El neoser tiene cuidado de no mirar a Kanya a su vez. No dice nada de su condición de camisa blanca. No observa que, en otras circunstancias, la capitana estaría encantada de fundirla. Ignora por completo el uniforme del Ministerio de Medio Ambiente de Kanya. Exquisitamente educada.

Yashimoto espera a que Kanya pruebe el té antes de imitarla. Muy despacio, deja la taza encima de la mesa.

—Nuestros países siempre han sido aliados —dice—. Desde que nuestro emperador regaló aquellas tilapias al reino en tiempos del gran monarca y científico Bhumibol. Siempre hemos sido leales. —Le dirige otra mirada cargada de significado—. Espero que podamos ayudarla en este asunto, pero me gustaría subrayar que somos amigos de su nación.

—Hábleme de los neoseres.

Yashimoto asiente con la cabeza.

—¿Qué quiere saber? —Sonríe, indica a la muchacha arrodillada entre ellos—. Puede inspeccionar este por sí misma.

Kanya se mantiene impassible. Con esfuerzo. La criatura que está a su lado es hermosa. Tiene la piel tersa y sus movimientos resultan asombrosamente elegantes. Y le pone el vello de punta.

—Dígame para qué los necesitan.

Yashimoto encoge los hombros.

—Somos una nación vieja, hay pocos jóvenes. Las muchachas como Hiroko cubren esa carencia. No somos como los thais. Disponemos de calorías pero nos falta mano de obra. Necesitamos sirvientes. Obreros.

Kanya se contiene para no componer una mueca de repugnancia.

—Sí. Los japoneses son muy distintos. Y a excepción hecha de su país, no hemos permitido nunca este tipo de nicho...

—De crimen —la corrige Jaidee.

—... excepcional —concluye la capitana—. Nadie más tiene permiso para importar criaturas como esta. —Inclina la cabeza en dirección a la intérprete, esforzándose por disimular el rechazo que amenaza con plasmarse en su voz—. Ningún otro país. Ninguna otra fábrica.

—Somos conscientes de ese privilegio.

—Y sin embargo abusan de él trayendo un neoser militar...

Las palabras de Hiroko se superponen al discurso de Kanya mientras esta sigue hablando. La chica mecánica reproduce la respuesta vehemente de su amo.

—¡No! Eso es imposible. No tenemos ningún contacto con esa clase de tecnología. ¡Es ridículo!

Yashimoto ha enrojecido, y Kanya se pregunta a qué se debe este inesperado ataque de rabia. ¿En qué clase de afrenta cultural ha incurrido sin proponérselo? La chica mecánica continúa traduciendo sin que sus rasgos delaten la menor emoción mientras reproduce el discurso de su amo.

—Trabajamos con neojaponeses como Hiroko. Es fiel, atenta y dotada. Y una herramienta necesaria. Tan necesaria como la azada de un campesino o la espada de un samurái.

—Es curioso que mencione una espada...

—Hiroko no es una criatura bélica. Esa tecnología no está en nuestras manos.

Kanya busca en un bolsillo y deja la foto de la asesina mecánica encima de la mesa.

—Sin embargo, uno de los suyos, importado por usted, registrado a nombre de su

equipo, ha asesinado al somdet chaopraya y a otras ocho personas, y se ha esfumado como si de un *phii* enfurecido se tratara. ¡Y a pesar de eso se atreve a sentarse ante mí y a decirme que la presencia aquí de un neoser militar es imposible! —Levanta la voz hasta convertirla en un grito, y la traducción de la chica mecánica concluye en un remedo de su intensidad.

Yashimoto compone el semblante. Coge la fotografía y la estudia.

—Tendremos que consultar los archivos.

Asiente con la cabeza para Hiroko, que toma la foto y sale del cuarto. Kanya inspecciona el rostro de Yashimoto en busca de indicios de preocupación o nerviosismo, pero no encuentra nada. Ve irritación, pero no temor. Lamenta no poder hablar directamente con él. Mientras escucha el eco de sus palabras en japonés, Kanya se pregunta hasta qué punto pierden el elemento sorpresa tras pasar por el filtro de la chica mecánica. Hasta qué punto amortigua Hiroko la turbación de su amo.

Esperan. En silencio, Yashimoto le ofrece más té. Kanya lo rechaza. Yashimoto tampoco sigue bebiendo. La estancia está tan cargada de tensión que a la capitana no le extrañaría que el hombre se levantara de un salto y la partiera en dos con la espada antigua que engalana la pared a su espalda.

Hiroko regresa minutos más tarde. Devuelve la fotografía a Kanya con una reverencia. Se dirige a Yashimoto. Sus expresiones no delatan la menor emoción. Hiroko vuelve a arrodillarse entre ellos. Yashimoto asiente con la cabeza en dirección a la foto.

—¿Seguro que es ella?

Kanya asiente con un ademán.

—No hay ninguna duda.

—Y este atentado explica la creciente indignación en la ciudad. La gente empieza a congregarse alrededor de la fábrica. Pescadores. La policía los ha ahuyentado, pero empiezan a regresar con antorchas.

La capitana reprime la inquietud que le provoca la noticia del aumento del frenesí. Los acontecimientos se suceden demasiado rápido. Tarde o temprano, Akkarat y Pracha serán incapaces de retractarse sin cubrirse de humillación y ya no será posible dar marcha atrás.

—El pueblo está furioso.

—Equivocan el blanco de su ira. Este neoser no es militar. —Cuando Kanya intenta contradecirle, Yashimoto la acalla con una mirada iracunda—. Mishimoto no sabe nada de neoseres bélicos. Nada. Estas criaturas están sometidas a un control estricto. Únicamente las emplea nuestro Ministerio de Defensa. Yo jamás podría poseer una. —La mira fijamente a los ojos—. Jamás.

—Sin embargo...

—Conozco al neoser que describe —continúa traduciendo Hiroko—. Había cumplido con su cometido...

La voz de la chica mecánica se interrumpe mientras el anciano continúa hablando. Hiroko endereza los hombros y mira de soslayo a Yashimoto, que frunce el ceño en señal de censura por su falta de decoro. Le dice algo a la chica mecánica y esta agacha la cabeza.

—*Hai*.

Otra pausa.

Yashimoto le indica que prosiga con un ademán. Hiroko recupera la compostura y termina de traducir.

—Fue destruida en vez de repatriada, tal y como se nos solicitó. —Los ojos negros del neoser no se separan de Kanya, firmes, sin pestañear, despojados del atisbo de sorpresa reflejado en ellos hace tan solo un instante.

Kanya observa fijamente a la chica y al anciano, dos seres extraños.



—Sin embargo, aparentemente sobrevivió —dice, al cabo.

—No era director por aquel entonces —responde Yashimoto—. Solo sé lo que pone en los informes.

—Los informes mienten, por lo visto.

—Tiene razón. Es inexcusable. Me avergüenza lo sucedido, pero no sé nada de este asunto.

Kanya se inclina hacia delante.

—Ya que no puede explicarme cómo sobrevivió, le ruego que me explique entonces cómo es que esta chica, capaz de matar a tantos hombres en cuestión de segundos, logró entrar en el país. Usted asegura que no se trata de un modelo militar, pero sinceramente, me cuesta creer lo contrario. Es un flagrante incumplimiento de los acuerdos con nuestra nación.

De forma inesperada, el hombre sonríe, y se le forman unas arruguitas en las comisuras de los ojos. Coge la taza de té y prueba un sorbo, sopesando la pregunta, pero el brillo de diversión no abandona su mirada mientras apura la bebida.

—Para eso sí tengo respuesta.

Sin previo aviso, arroja la taza contra la cara de Hiroko. Un grito de alarma se forma en la garganta de la capitana. Pero la mano del neoser se transforma en una mancha borrosa. La taza se estrella contra su palma. La muchacha se queda mirándola, boquiabierta, aparentemente igual de sorprendida que Kanya.

El japonés alisa los pliegues de su kimono.

—Todos los neojaponeses son rápidos. Ha formulado la pregunta equivocada. Cómo emplean sus habilidades innatas depende de su educación, no de sus aptitudes físicas. Hiroko ha sido adiestrada desde que nació para comportarse debidamente, con decoro.

Indica la piel de la chica mecánica con un ademán.

—La epidermis de porcelana y los poros reducidos son marcas de fábrica, y significan que es propensa a recalentarse. Los neoseres bélicos no se recalientan, sino que están diseñados para consumir grandes cantidades de energía sin acusar el impacto. La pobre Hiroko aquí presente moriría si se esforzara de esa manera durante un período prolongado de tiempo. Pero todos los neoseres son potencialmente veloces, lo llevan en los genes. —Adopta un tono más serio—. Lo que me sorprende, no obstante, es que uno de ellos haya olvidado su adiestramiento. Mala noticia. Los neoseres viven para servir. No debería suceder algo así.

—Entonces, ¿su Hiroko podría hacer lo mismo? ¿Matar a ocho personas? ¿Armadas?

Hiroko da un respingo y mira a Yashimoto, abriendo mucho los ojos. El anciano asiente. Dice algo. Su tono es delicado.

—*Hai*. —La chica mecánica se olvida de traducir; encuentra las palabras—. Sí. Es posible. Poco probable, pero posible. —Continúa—: Pero para ello haría falta un estímulo extraordinario. Los neoseres valoran la disciplina. El orden. La obediencia. Tenemos un dicho en Japón: «Los neoseres son más japoneses que los propios japoneses».

Yashimoto apoya una mano en el hombro de Hiroko.

—Tendrían que darse unas circunstancias extraordinarias para que Hiroko se convirtiera en una asesina. —Sonríe con confianza—. El neoser que buscan ha olvidado el lugar que le corresponde. Deberían destruirla antes de que cause más daños. Podemos ayudarles. —Hace una pausa—. Hiroko puede ayudarles.

Kanya intenta no retroceder, asqueada, pero su expresión la delata.

—Capitana Kanya, me parece que estás sonriendo.

El *phii* de Jaidee está con ella todavía, sentado en la proa del esquife mientras surca la amplia desembocadura del Chao Phraya impulsado por la fuerte brisa. Las salpicaduras de agua traspasan su figura, sin afectarle, aunque Kanya no deja de esperar que termine empapado. Le dirige una sonrisa, permitiendo que la sensación de bienestar que la embarga se proyecte hacia él.

—Hoy he hecho algo bien.

Jaidee sonríe.

—He escuchado los dos extremos de la conversación. Akkarat y Narong estaban muy impresionados contigo.

Kanya hace una pausa.

—¿También estabas con ellos?

Jaidee se encoge de hombros.

—Puedo ir a donde me plazca, por lo visto.

—Menos a tu próxima vida.

El *phii* encoge los hombros de nuevo y sonríe.

—Tengo asuntos pendientes aquí.

—Como fastidiarme, por ejemplo. —Pero las palabras de la capitana no rezuman veneno.

A la cálida luz de la puesta de sol, con la ciudad abriéndose ante ella y las olas rompiendo contra el casco de su embarcación mientras surcan las aguas, Kanya no puede por menos de sentirse agradecida porque la conversación fuera tan bien. Mientras hablaba con Narong, sus hombres estaban recibiendo la orden de retirarse. Oyó el anuncio en la radio. Se reunirían con los partidarios del doce de diciembre. Era el comienzo de la tregua. Si los japoneses no hubieran estado tan dispuestos a asumir la responsabilidad por su neoser rebelde, podría haber sido distinto. Pero ya se han ofrecido las indemnizaciones pertinentes y Pracha ha sido exonerado gracias a la copiosa documentación facilitada por los japoneses, y por una vez, todas las cosas estaban saliendo bien.

Kanya no puede evitar sentir una punzada de orgullo. Cargar con el yugo de dos amos por fin ha merecido la pena. Se pregunta si es su *kamma* lo que la sitúa en posición de servir de puente entre el general Pracha y el ministro Akkarat por el bien de Krung Thep. Sin duda, nadie más podría haber traspasado las barricadas de honra y orgullo erigidas por los dos hombres y sus respectivas facciones.

Jaidee sigue sonriendo.

—Imagínate lo que podría conseguir nuestra nación si no estuviéramos peleando constantemente unos con otros.

—A lo mejor todo es posible —replica Kanya en un arranque de optimismo.

Jaidee se ríe.

—Todavía tienes un neoser que apresar.

Involuntariamente, los ojos de Kanya se posan en su propia chica mecánica. Hiroko ha doblado las piernas bajo el cuerpo y contempla la ciudad que se acerca rápidamente, observando con curiosidad mientras zigzaguean entre clíperes, esquifes de vela y patrulleras de muelles percutores. Como si presintiera el escrutinio de Kanya, se da la vuelta. Sus miradas se cruzan. Kanya se niega a ser la primera en torcer la cabeza.

—¿Por qué odias a los neoseres? —pregunta la chica mecánica.

Jaidee suelta una carcajada.

—¿Vas a darle un sermón sobre el nicho y la naturaleza?

Kanya aparta la mirada y la dirige hacia atrás, a las fábricas flotantes y a la sumergida Thonburi. El *prang* de Wat Arun se eleva recortado contra el cielo rojo como la sangre.

De nuevo la misma pregunta:

—¿Por qué nos odias?

Kanya mira a la mujer.

—¿Te fundirán cuando Yashimoto-sama vuelva a Japón?

Hiroko agacha la cabeza. Kanya se siente inexplicablemente azorada por haber lastimado los sentimientos de la muchacha, pero reprime la punzada de culpa. Es un simple neoser. Imita las características de la humanidad, pero solo es un experimento peligroso al que se le ha permitido llegar demasiado lejos. Un neoser. Movimientos sincopados y los espasmos delatores de una bestia modificada genéticamente. Inteligente. Y peligroso cuando está acorralado, al parecer. Kanya contempla las aguas mientras guía la embarcación sobre las olas, pero no pierde de vista al neoser por el rabillo del ojo, visceralmente consciente de que esta chica mecánica posee la misma velocidad letal de la otra. De que todos estos engendros son armas en potencia.

Hiroko habla una vez más.

—No todos somos como ese al que estáis persiguiendo.

Kanya vuelve a encararse con el neoser.

—Todos sois igual de antinaturales. Criados en tubos de ensayo. Sois una afrenta para el nicho. No tenéis alma ni *kamma*. Y ahora, uno de los vuestros ha... —se le trunca la voz, abrumada por la enormidad de lo que va a decir— destruido al protector de nuestra reina. Sois más que iguales, en mi opinión.

La mirada de Hiroko se endurece.

—En tal caso, déjame volver con Yashimoto.

Kanya sacude la cabeza.

—No. Eres útil. Sirves para demostrar, por lo menos, que todos los neoseres son peligrosos. Y que el que estamos persiguiendo no es un engendro militar. Por ese motivo, serás útil.

—No todos somos peligrosos —insiste Hiroko.

Kanya se encoge de hombros.

—El señor Yashimoto dice que nos serás de ayuda para encontrar a la asesina. Si es cierto, me vales. Si no, preferiría convertirte en esterilizante con el resto de la colección de estiércol diaria. Tu amo insiste en que nos serás útil, aunque no entiendo cómo.

Hiroko aparta la mirada y contempla las fábricas que se alzan en la lejana orilla.

—Me parece que has herido sus sentimientos —murmura Jaidee.

—¿Son más reales sus sentimientos que su alma? —Kanya carga el peso del cuerpo sobre el timón para orientar el pequeño esquife hacia los embarcaderos. Todavía hay muchas cosas por hacer.

—Buscará un nuevo dueño —dice Hiroko de repente.

Kanya se da la vuelta, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Ha perdido a su amo japonés. Y también al hombre que regentaba el local donde trabajaba.

—Lo asesinó.

Hiroko se encoge de hombros.

—Da lo mismo. Se ha quedado sin amo. Debe encontrar uno nuevo.

—¿Cómo lo sabes?

Hiroko le dirige una mirada glacial.

—Lo llevamos en los genes. Ansiamos obedecer. Que alguien nos dirija. Es una necesidad. Tan importante como el agua para los peces. Es nuestro elemento. Yashimoto-sama tiene razón. Somos más japoneses que los japoneses. Debemos servir dentro de una

jerarquía. Tiene que buscar otro amo.

—¿Y si ella es distinta? ¿Si no lo necesita?

—Lo necesita. No tiene elección.

—Igual que tú.

Los ojos negros de Hiroko se clavan en la capitana.

—Exactamente igual.

¿Hay un destello de rabia y desesperación en esos ojos? ¿O son simples imaginaciones de Kanya? ¿Se trata de algo que la capitana asume que debe de acechar bajo la superficie, el antropomorfismo de una criatura que no es humana ni lo será jamás? Bonito rompecabezas. Kanya vuelve a concentrarse en el agua y en su inminente llegada, inspecciona las olas que la rodean en busca de otras embarcaciones con las que deberá disputarse el espacio. Frunce el ceño.

—No me suenan esas barcasas.

Hiroko levanta la cabeza.

—¿Vigiláis las aguas con tanto celo?

Kanya niega con un ademán.

—Me asignaron a los muelles cuando ingresé en el cuerpo. Redadas, control de importaciones. La paga era buena. —Estudia las barcasas—. Esas están diseñadas para el transporte pesado. Más que simple arroz. No veía...

Deja la frase inacabada. El corazón empieza a martillar en su pecho mientras contempla el avance de las máquinas, grandes bestias oscuras, implacables.

—¿Qué sucede? —pregunta Hiroko.

—No son de muelles percutores.

—¿Y?

Kanya maniobra la vela para dejar que la brisa fluvial tire bruscamente de la pequeña embarcación, alejándola así de la flota que está entrando en el puerto.

—Son militares. Todas son militares.

A Anderson le cuesta respirar bajo la capucha. La oscuridad es absoluta, sofocante a causa de su propio aliento condensado y el miedo contenido. Nadie le ha explicado por qué tenían que taponarle la cara para salir del piso. Carlyle había despertado ya, pero cuando intentó protestar por el trato recibido, uno de los panteras le propinó un golpe en la oreja con la culata del fusil, abriéndole una herida, y ambos habían optado por guardar silencio y permitir que les cubrieran la cabeza. Transcurrida una hora, les indicaron que se pusieran en pie a patadas y los metieron en algún tipo de transporte que reverberaba con gases de escape. Militar, dedujo Anderson mientras le obligaban a subir a empujones.

El dedo roto cuelga inerte a su espalda. Si dobla la mano, el dolor es insoportable. Practica una respiración acompasada bajo la capucha, controlando sus temores y especulaciones. La opresión de la tela polvorienta le hace toser, y cuando tose, sus costillas envían punzadas de dolor al fondo de su ser. Respira tan despacio como le es posible.

¿Piensan ejecutarlo para dar ejemplo?

Hace tiempo que no oye la voz de Akkarat. No ha vuelto a oír nada. Quiere susurrarle algo a Carlyle, comprobar si están encerrados en la misma habitación, pero no le apetece que vuelvan a vapulearlo si resulta que hay algún guardia con ellos.

Cuando los bajaron del vehículo y los metieron a rastras en el edificio nuevo, ni siquiera estaba seguro de que Carlyle siguiera con él. A continuación montaron en un ascensor. Cree que descendieron al interior de algún tipo de búnker, aunque hace un calor espantoso en el lugar donde lo abandonaron. El bochorno es sofocante. La tela de la capucha le produce urticaria. De todas las cosas que desea, lo que más le gustaría es poder rascarse la nariz allí donde el sudor forma un reguero y empapa la tela, intensificando el picor. Intenta mover el rostro, alejar la tela de sus labios y su nariz. Si lograra aspirar una bocanada de aire fresco...

El chasquido de una puerta. Pasos. Anderson se queda paralizado. Voces amortiguadas sobre su cabeza. De improviso, unas manos lo aferran y le ponen en pie. Se le corta el aliento cuando zarandean sus costillas rotas. Las manos tiran de él, guiándolo por una serie de recodos y pausas. Una brisa le acaricia los brazos, un soplo de aire más fresco y frío, algún tipo de conducto de ventilación. Percibe una vaharada de salitre. Murmullos en tailandés a su alrededor. Pasos. Gente moviéndose. Le da la impresión de que están conduciéndolo por un pasillo. Más voces intermitentes, aproximándose y alejándose sin cesar. Cuando trastabilla, sus captos lo enderezan sin miramientos y lo empujan hacia delante.

Por fin se detienen. El aire es más fresco aquí. Siente la corriente de los sistemas de circulación, oye el traqueteo de los pedales y el chirrido de los volantes. Algún tipo de centro de procesamiento. Sus captos le indican a empujones que enderece la espalda. Se pregunta si será aquí donde piensan ejecutarlo. Si va a morir sin volver a ver la luz del día.

La chica mecánica. La puñetera chica mecánica. Recuerda el modo en que saltó del balcón, zambulléndose en la oscuridad. No parecía un suicidio. Cuanto más lo piensa, más se convence de que la expresión de Emiko era de confianza absoluta. ¿Será cierto que mató al protector de la reina? Pero si fuera una asesina, ¿cómo podría tener tanto miedo? No tiene sentido. Y ahora todo se ha ido al garete. Dios, cómo le pica la nariz. Estornuda, aspira el aire cargado de polvo del interior de la capucha, empieza a toser otra vez.

Se dobla por la mitad, tosiendo, con las costillas ardiendo.

Le quitan la capucha de la cabeza.

Anderson parpadea cuando la luz le clavetea los ojos. Agradecido, se llena los pulmones de aire fresco. Se yergue despacio. La habitación es espaciosa, repleta de hombres y mujeres con uniformes militares. Ordenadores de pedales. Bobinas de muelles percutores. Incluso un monitor de pared que muestra distintas imágenes de la ciudad, como si estuvieran en cualquiera de los centros de procesamiento de AgriGen.

Y vistas al exterior. Se equivocaba, no había bajado a ninguna parte. Había subido. La ciudad se extiende a sus pies. Anderson reorienta sus confusas percepciones. Están en una torre en alguna parte, una torre de la antigua Expansión. Desde las ventanas abiertas puede admirar la ciudad. El sol poniente esmerila el aire y tiñe los edificios de un rojo apagado.

También Carlyle está presente, aparentemente aturdido.

—Cielos, cómo apestáis.

Akkarat, de pie no muy lejos de ellos. Sonriendo con malicia. Dicen que los thais tienen trece clases de sonrisas. Anderson se pregunta cuál está viendo ahora.

—Habrá que meteros en la ducha.

Anderson empieza a hablar, pero lo interrumpe otro ataque de tos. Respira hondo, intentando dominar los pulmones, pero no deja de toser. Las esposas se le clavan en las muñecas mientras se convulsiona. Sus costillas son una maraña de dolor. Carlyle no abre la boca. Tiene la frente cubierta de sangre. Anderson no sabe si se habrá enfrentado a sus captores o si estos le habrán torturado.

—Dadle un vaso de agua —ordena Akkarat.

Los guardias de Anderson lo empujan contra la pared, le obligan a sentarse. Esta vez evita retorcerse el dedo roto, por los pelos. Le traen el agua. Uno de los guardias sostiene el vaso contra sus labios, permitiéndole beber. Agua fría. Anderson la engulle, absurdamente agradecido. Deja de toser. Se obliga a mirar a Akkarat.

—Gracias.

—Ya. Bueno. Por lo visto tenemos un problema —dice Akkarat—. Tu historia ha resultado ser cierta. Después de todo, el neoser es un rebelde.

Se acuclilla junto a Anderson.

—Todos hemos sido víctimas de la mala suerte. En el ejército dicen que el mejor plan de combate puede durar un máximo de cinco minutos en una batalla real. Transcurrido ese tiempo, todo depende de que la suerte y los espíritus sonrían al general. Esto es un caso de mala suerte. Todos debemos corregir nuestra estrategia. Y ahora, naturalmente, me enfrento a varios problemas nuevos que también deben corregirse. —Inclina la cabeza en dirección a Carlyle—. Es comprensible que os sintáis ofendidos por el trato recibido. —Hace una mueca—. Podría pedir os perdón, pero no sé si eso sería suficiente.

Anderson se mantiene impassible mientras mira a Akkarat a la cara.

—Como nos hagáis daño, lo pagaréis caro.

—AgriGen nos castigará. —Akkarat asiente con la cabeza—. Sí. Es un dilema. Claro que, por otra parte, en AgriGen siempre están enfadados con nosotros.

—Desátame y nos olvidaremos de esto.

—Que confíe en ti, quieres decir. Me temo que eso sería contraproducente.

—Las revoluciones son una cosa muy seria. No estoy resentido. —Anderson esboza una feroz sonrisa, esperando convencer al ministro—. Sin trampa ni cartón. Seguimos compartiendo los mismos objetivos. No se ha producido ningún daño irreparable.

Akkarat ladea la cabeza, pensativo. Anderson se pregunta si está a punto de recibir una puñalada en las costillas.

De pronto, Akkarat sonrío.

—Eres duro de pelar.

Anderson reprime una punzada de esperanza.

—Pragmático, eso es todo. Nuestros intereses siguen siendo los mismos. Nuestra muerte no beneficia a nadie. Se trata de un pequeño malentendido que todavía se puede enmendar.

Akkarat reflexiona. Se vuelve hacia uno de los guardias y le pide el cuchillo. Anderson contiene la respiración cuando se aproxima; la hoja se desliza entre sus muñecas, liberándolo. La afluencia de sangre le provoca un hormigueo en los brazos. Los mueve lentamente. Parecen bloques de madera. A continuación, siente como si le clavaran unos alfileres.

—Dios.

—La circulación tardará un rato en recuperar la normalidad. Alégrate de que hayamos sido tan amables contigo. —Akkarat repara en el modo en que Anderson acuna la mano lastimada. Compone una sonrisa de azoramiento, contrito. Llama a un médico antes de dirigirse a Carlyle.

—¿Dónde estamos? —quiere saber Anderson.

—En un centro de mando de emergencia. Cuando se decidió que los camisas blancas estaban implicados, trasladé aquí nuestra base de operaciones, por seguridad. —Akkarat inclina la cabeza en dirección a las bobinas de muelles percutores—. Los tiros de megodontes del sótano nos suministran energía. Nadie debería sospechar que contábamos con un centro tan bien equipado.

—No sabía que tuvierais algo así.

Akkarat sonrío.

—Somos socios, no amantes. No comparto todos mis secretos con nadie.

—¿Habéis capturado ya al neoser?

—Es cuestión de tiempo. Su retrato está por todas partes. La ciudad no permitirá que sobreviva en nuestro seno. Una cosa es sobornar a unos cuantos camisas blancas, y otra muy distinta atentar contra el palacio.

Anderson vuelve a pensar en Emiko, atenazada por el pánico.

—Todavía me cuesta creer que una chica mecánica pudiera hacer algo así.

Akkarat le mira de reojo.

—Hay testigos que lo corroboran, al igual que los japoneses que la construyeron. Esa criatura es una asesina. Daremos con ella, la ejecutaremos a la antigua usanza y nos olvidaremos de ella. Y obligaremos a los japoneses a pagar muy cara su negligencia criminal. —Sonríe de repente—. Al menos en esto, los camisas blancas y yo estamos de acuerdo.

Cortan las ligaduras de Carlyle. Un alto cargo llama aparte a Akkarat.

Carlyle se quita la mordaza.

—¿Volvemos a ser amigos?

Anderson se encoge de hombros mientras observa la actividad que les rodea.

—Tan amigos como se pueda ser en una revolución.

—¿Cómo estás?

Anderson se palpa el pecho con cuidado.

—Costillas rotas. —Hace un ademán con la cabeza en dirección al médico que está entablillándole la mano—. Un dedo machacado. La mandíbula está bien, creo. —Se encoge de hombros—. ¿Y tú?

—Bastante mejor. Me parece que tengo el hombro dislocado. Claro que no soy yo el que había apadrinado a un neoser rebelde.

Anderson tose y hace una mueca.

—Ya, en fin, suerte que tienes.

Los engranajes de un radioteléfono empiezan a chirriar mientras uno de los militares acciona la manivela. Akkarat descuelga el auricular.

—¿Sí? —Asiente con la cabeza, dice algo en tailandés.

Anderson solo entiende unas pocas palabras, pero Carlyle pone los ojos como platos mientras escucha.

—Van a ocupar las emisoras de radio —susurra.

—¿Qué?

Anderson se pone en pie con dificultad, dolorido, y aparta de un empujón al médico que sigue vendándole la mano. Unos guardias se apresuran a cortarle el paso, protegiendo a Akkarat. Anderson grita por encima de sus hombros mientras lo empujan contra la pared.

—¿Vais a empezar ahora?

Akkarat le lanza una mirada sin apartarse del teléfono, concluye la conversación plácidamente y devuelve el auricular al oficial de comunicaciones. El encargado de la manivela se sienta sobre los talones, esperando la siguiente llamada. El zumbido del volante se apaga.

—El asesinato del somdet chaopraya —dice Akkarat— ha desencadenado una oleada de hostilidad contra los camisas blancas. Los manifestantes se agolpan frente al Ministerio de Medio Ambiente. Incluso el Sindicato de Megodontes está implicado. El pueblo ya estaba enfadado con el ministerio debido al endurecimiento de sus acciones en las calles. He decidido aprovechar esta circunstancia.

—Pero todavía no hemos posicionado nuestros efectivos —protesta Anderson—. Aún faltan unidades militares por regresar del nordeste. Se supone que mis tropas de asalto desembarcarán dentro de una semana.

Akkarat se encoge de hombros y sonríe.

—Las revoluciones son impredecibles. Lo más aconsejable es aprovechar todas las oportunidades que se nos presenten. En cualquier caso, creo que te sorprenderás gratamente. —Vuelve a concentrarse en el radioteléfono de manivela. El firme chirrido del volante inunda toda la estancia mientras Akkarat habla con sus subordinados.

Anderson se queda mirando fijamente la espalda del ministro, tan obsequioso tiempo atrás en presencia del somdet chaopraya, y ahora al mando. Imparte un torrente incesante de órdenes. De vez en cuando, el zumbido del teléfono reclama su atención.

—Esto es una locura —murmura Carlyle—. ¿Seguimos formando parte del juego?

—No estoy seguro.

Akkarat mira en su dirección de soslayo, parece estar a punto de decir algo, pero en vez de eso ladea la cabeza.

—Escuchad. —Su voz adquiere un timbre reverente.

Un retumbo se extiende por toda la ciudad. Unos fogonazos restallan tras las ventanas abiertas del puesto de mando, como relámpagos durante una tormenta. Akkarat sonríe.

—Ya ha empezado.



Pai está esperando a Kanya cuando esta irrumpe en su despacho.

—¿Dónde están todos? —pregunta la capitana, jadeando.

—Recibieron órdenes de formar en la guarnición. —Pai se encoge de hombros—.

Salimos de la aldea en cuanto nos enteramos de que...

—¿Siguen allí?

—Algunos, tal vez. Tengo entendido que Akkarat y Pracha se disponen a negociar.

—¡No! —Kanya sacude la cabeza—. Llámalos, rápido. —Sale corriendo de la habitación, haciendo acopio de cargadores para su pistola de resortes—. Que formen y se equipen. Tenemos poco tiempo.

Pai se queda mirando fijamente a Hiroko.

—¿Esa es la chica mecánica?

—No te preocupes por ella. ¿Sabes dónde se encuentra el general Pracha?

Pai se encoge de hombros.

—Oí que quería inspeccionar las murallas antes de reunirse con el Sindicato de Megodontes por las protestas...

Kanya hace una mueca.

—Diles a los hombres que se preparen. No podemos esperar más.

—Te has vuelto loca...

El suelo se estremece con una explosión. En la calle, unos árboles caen al suelo con un tremendo crujido. Pai se pone en pie de un salto, desconcertado. Se acerca corriendo a la ventana y se asoma al exterior. Empieza a sonar una sirena de alarma.

—Es Comercio —dice Kanya—. Ya han llegado. —Desenfunda la pistola de resortes. Hiroko está quieta como una estatua, con la cabeza ladeada como un perro, escuchando. De pronto se vuelve ligeramente, inclinándose hacia delante, anticipando lo que va a ocurrir a continuación. Otra serie de detonaciones sacude el complejo. El edificio entero sufre un estremecimiento. La escayola se desprende del techo.

Kanya se apresura a salir del despacho. Otras camisetas blancas se suman a su huida, los pocos que tenían turno de noche o que aguardaban la orden de patrullar e incomunicar los muelles y los amarraderos. Cruza el pasillo a la carrera, seguida de cerca por Hiroko y Pai, y sale a la calle sin aminorar el paso.

La dulce y penetrante fragancia de las flores de jazmín impregna la noche mezclada con el olor a humo y a otra cosa, algo que Kanya no había vuelto a percibir desde que los convoyes militares cruzaran el antiguo puente de la amistad sobre el Mekong, acudiendo al encuentro de los insurgentes vietnamitas.

Un tanque arrolla los muros exteriores.

Es un monstruo de metal, más alto que dos hombres, pintado con manchas de camuflaje y equipado con una caldera que eructa grandes vaharadas de humo. El cañón principal dispara, escupe un fognazo y el tanque se encabrita sobre las ruedas de oruga. La torreta gira con un tintineo de engranajes, buscando otro objetivo. Una lluvia de mármol y mampostería obliga a Kanya a ponerse a cubierto.

Detrás del tanque, una columna de megodontes de guerra embiste a través de la brecha. Sus colmillos relucen en la oscuridad, sus jinetes van vestidos de negro de pies a cabeza. En la penumbra, los escasos camisetas blancas que han acudido en defensa del complejo se yerguen pálidos como fantasmas, ofreciendo un blanco perfecto. El chasquido continuo de la artillería de resortes procedente de las grupos de los megodontes antecede al

zumbido de los discos clavándose alrededor de Kanya y desportillando el cemento de las paredes. Una esquirla le abre la mejilla. De pronto se encuentra tendida en el suelo, enterrada bajo el peso de Hiroko, que la ha derribado mientras la lluvia de discos de las armas de resortes continúa hendiendo el aire, demoliendo las paredes a su espalda.

Otra explosión. Toda su cabeza retumba con el estruendo. Se da cuenta de que está gimoteando. Los sonidos se han vuelto algo lejano de improviso. Tiembla de miedo.

El tanque llega al centro del patio con un rugido. Rota sobre su eje. Los megodontes siguen entrando en tromba, enmarañadas sus patas entre la oleada de tropas de asalto que han empezado a traspasar la brecha. Kanya está demasiado lejos para ver quién es el general que ha decidido traicionar a Pracha. Pistolas dispersas escupen desde los pisos superiores de los edificios del ministerio. Por todas partes resuenan los ecos de los alaridos de los moribundos. Kanya desenfunda la pistola de resortes y apunta. Junto a ella, un archivero recibe el impacto de una cuchilla y se desploma. Kanya sostiene la pistola con cuidado, dispara. No sabe si ha dado en el blanco o no. Dispara de nuevo. Lo ve caer. La masa de soldados se cierne sobre ella como un tsunami.

Jaidee se materializa a su lado.

—¿Qué hay de tus hombres? —pregunta—. ¿Vas a rendirte tan fácilmente y abandonar a esos muchachos que confían en ti?

Kanya aprieta otra vez el gatillo. Tiene la vista empañada. Está llorando. Los hombres han empezado a desplegarse por los patios en escuadrones que avanzan cubiertos por el fuego aliado.

—Por favor, capitana Kanya —implora Hiroko—. Tenemos que huir.

—¡Vete! —la apremia Jaidee—. Es demasiado tarde para luchar.

Kanya aparta el dedo del gatillo. Los discos zumban a su alrededor. Rueda de costado y corre a gatas en busca de la puerta, se zambulle en la relativa seguridad del edificio. Se incorpora rápidamente y encamina sus pasos hacia la cara opuesta del edificio. Más impactos de mortero. El edificio se estremece. Kanya se pregunta si la enterrará viva antes de llegar a su destino.

Los recuerdos de su niñez la asaltan mientras esquiva cadáveres ensangrentados, tras los pasos de Hiroko y Pai. Recuerdos de horror y devastación. De tanques de carbón arrollando las aldeas, rugiendo por las carreteras pavimentadas, de supervivientes de las provincias en largas columnas antes de internarse en los arrozales. Tanques que rodaban a toda velocidad para alcanzar el Mekong, desgarrando la tierra con sus ruedas de oruga mientras se dirigían a proteger al reino de las primeras incursiones por sorpresa de los vietnamitas. Dejando nubes de humo negro a su paso mientras acudían a defender la frontera. Y ahora los monstruos están aquí.

Al emerger en la otra punta del ministerio, se encuentra con una tormenta de fuego. Los árboles están ardiendo. Algún tipo de ataque con napalm. El humo se arremolina a su alrededor. Otro tanque arrolla una reja lejana, más veloz que cualquier megodonte. A su mente le cuesta procesar la rapidez con la que se mueven. Son como tigres, corriendo de un lado a otro de los jardines. Los hombres disparan sus pistolas de resortes, pero no son nada frente a los proyectiles de hierro de los tanques; no están diseñadas para la guerra. Destellos cegadores subrayan el repiqueteo de los disparos. Por todas partes vuelan discos plateados, rebotando y cortando. Los camisas blancas corren para ponerse a cubierto, pero no tienen adónde ir. Flores rojas sobre fondo blanco. Hombres descuartizados por las explosiones. Siguen llegando más tanques.

—¿Quiénes son? —grita Pai.

Kanya menea la cabeza, aturdida. La división acorazada arrasa los árboles en llamas de los jardines del Ministerio de Medio Ambiente. Continúan llegando soldados.

—Deben de ser del nordeste. Akkarat ha descubierto sus cartas. Pracha ha sido traicionado.

Tira de Pai, le indica una ligera elevación y las sombras de unos árboles ilesos, el lugar donde puede que aún se yerga el templo de Phra Seub. Quizá consigan escapar. Pai se queda mirando fijamente, paralizado. Kanya le propina otro tirón y empiezan a cruzar los jardines a la carrera. Las palmeras se desploman a su paso, crepitando, devoradas por las llamas. Les salpica una lluvia verde de hojas de cocotero mezcladas con fragmentos de metralla. Los gritos de las personas mutiladas por la bien engrasada maquinaria bélica inundan el aire.

—¿Y ahora adónde? —aúlla Pai.

Kanya no tiene respuesta. Agacha la cabeza bajo una lluvia de astillas y se tira al suelo tras el parapeto parcial de una palmera calcinada.

Jaidee se posa a su lado y sonrío, sin sudar siquiera. Se asoma por encima del tronco y mira a Kanya de reojo.

—Bueno. ¿Por quién vas a luchar ahora, capitana?

El tanque les pilla a todos por sorpresa. Viajaban por una calle prácticamente desierta en un par de rickshaws enganchados a sendas bicicletas y, antes de darse cuenta, un bramido inunda el aire y un tanque irrumpe en la intersección frente a ellos. Está dotado de un megáfono que berrea algo ininteligible, tal vez una advertencia, y acto seguido la torreta gira en su dirección.

—¡Escondos! —grita Hock Seng mientras todos se apresuran a apearse de las bicicletas.

El cañón del tanque suelta un rugido. Hock Seng se tira al suelo. La fachada de un edificio se desploma, cubriéndolos de cascotes. Una nube de polvo gris flota sobre él. Hock Seng tose e intenta levantarse y alejarse gateando, pero el chasquido de un fusil hace que vuelva a aplastarse contra el suelo. La polvareda no le permite ver nada. Unas pistolas responden desde un edificio cercano, y el tanque dispara de nuevo. El humo se despeja ligeramente.

Chan el Risueño llama por señas a Hock Seng desde un callejón. Tiene el pelo y la cara cubiertos de polvo gris. Mueve los labios pero no emite ningún sonido. Hock Seng tira de Pak Eng y corren a ponerse a cubierto. La escotilla del tanque se abre con un chasquido y aparece un artillero blindado y armado con un fusil de resortes. Pak Eng cae con el pecho teñido de rojo. Peter Kuok se mete en un callejón y Hock Seng ve cómo se aleja corriendo. Se tiende en el suelo una vez más y reptaba entre los cascotes. El tanque vuelve a disparar, encabritándose sobre las ruedas de oruga. En algún lugar, calle abajo, estallan más pistolas. El hombre de la torreta se desploma hacia delante, muerto. El fusil resbala por el blindaje del tanque, que salta y gira con estrépito sobre las ruedas de oruga, rodeado de desperdicios y octavillas. Avanza hacia Hock Seng y acelera. Hock Seng se tira a un lado mientras el tanque pasa junto a él como una exhalación, bañándolo de escombros.

Chan el Risueño se queda mirando fijamente la retirada del vehículo. Dice algo, pero a Hock Seng todavía le pitan los oídos. Por señas, le indica a Hock Seng que se reúna con él. Hock Seng se levanta y, tambaleándose, se adentra en la relativa seguridad del *soi*. Chan el Risueño abocina las manos en torno a la oreja de Hock Seng. Su grito queda reducido a un susurro.

—¡Es rápido! ¡Más que un megodonte!

Hock Seng asiente con la cabeza. Está temblando. Apareció de la nada. No ha visto nunca algo más veloz. Tecnología de la antigua Expansión. Y sus tripulantes parecían cabreados. Hock Seng pasea la mirada por los escombros.

—Ni siquiera sé qué estaban haciendo aquí. No hay nada que defender.

De pronto, Chan el Risueño suelta una carcajada. Sus palabras lejanas se abren paso a través del pitido en los oídos de Hock Seng.

—¡A lo mejor se han perdido!

Antes de darse cuenta, Hock Seng se ha echado a reír a su vez, prácticamente histérico de alivio. Se quedan sentados en el callejón, descansando, sin resuello, riéndose por lo bajo. Hock Seng recupera gradualmente el oído.

—Son peores que los pañuelos verdes —dice Chan el Risueño, contemplando los destrozos—. Por lo menos con ellos se trataba de algo personal. —Hace una mueca—. Podías plantarles cara. Estos son demasiado rápidos. Y están demasiado locos. *Fengle*, hasta el último de ellos.

Hock Seng le da la razón.

—De todas formas, la muerte es la muerte. Preferiría no tener que enfrentarme a ninguno de ellos.

—Habrá que andarse con más cuidado. —Chan el Risueño apunta al cadáver de Pak Eng con la cabeza—. ¿Qué hacemos con él?

—¿Quieres acarrearlo hasta las torres? —pregunta mordazmente Hock Seng.

Chan arruga la frente y sacude la cabeza. Reverbera otra explosión. A juzgar por el sonido, se ha producido a escasas manzanas de distancia.

Hock Seng levanta la cabeza.

—¿Otra vez el tanque?

—No vamos a quedarnos a averiguarlo.

Reemprenden el camino calle abajo, pegados a los portales. Hay un puñado de personas en el exterior, con la mirada vuelta hacia el retumbo de las explosiones. Intentando ver de dónde procede el estruendo, qué está pasando. Hock Seng recuerda cuando él mismo se encontraba en una calle parecida hace tan solo unos años, la fragancia del mar y la promesa del monzón radiantes en el aire el día que los pañuelos verdes comenzaron las operaciones de limpieza. También aquel día había personas que miraban a todas partes como palomas, volviendo la cabeza hacia el sonido de la carnicería, inesperadamente conscientes del peligro que corrían.

Frente a ellos, inconfundible, el chasquido de las armas de resortes. Hock Seng le hace una seña a Chan el Risueño y se meten en otro callejón. Es demasiado viejo para estas payasadas. Debería estar reclinado en un diván, fumando una pipa de opio mientras una atractiva quinta esposa le masajea los tobillos. A sus espaldas, el resto de los curiosos que quedan en la calle continúan mirando fijamente en dirección a los sonidos de la batalla. Los thais no saben qué hacer. Todavía no. No tienen experiencia con la verdadera carnicería. Les fallan los reflejos. Hock Seng se adentra en un edificio abandonado.

—¿Adónde vas? —pregunta Chan el Risueño.

—Quiero ver. Necesito saber qué está pasando.

Asciende. Una escalera, dos escaleras, tres, cuatro. Está jadeando. Cinco. Seis. Sale a un pasillo. Puertas rotas, calor asfixiante, el olor a excrementos. Otra explosión retumba a lo lejos.

Al otro lado de una ventana abierta se divisan estelas de fuego que trazan arcos en el firmamento crepuscular y atruenan a lo lejos. Las pistolas chasquean y repiquetean en las calles como los fuegos artificiales durante el Festival de la Primavera. Se elevan columnas de humo en una docena de puntos de la ciudad. *Nagas* enroscados, negros contra el sol poniente. Los amarraderos, las esclusas, el polígono industrial... el Ministerio de Medio Ambiente...

Chan el Risueño apoya una mano en el hombro de Hock Seng y señala con el dedo.

Hock Seng contiene la respiración. El arrabal de Yaowarat está en llamas, las chozas de WeatherAll explotan en una cortina de fuego que lo devora todo a su paso.

—*Wode tian* —murmura Chan el Risueño—. No podemos volver ahí.

Hock Seng contempla fijamente el suburbio incendiado que era su hogar, horrorizado; todas sus gemas, todo su dinero en efectivo reducido a cenizas. La suerte es caprichosa. Se ríe con aire cansino.

—Y decías que yo estaba gafado. Si nos hubiéramos quedado, ahora estaríamos asándonos como cochinillos.

Chan el Risueño responde a sus palabras con un *wai* y replica, burlón:

—Seguiré al líder de Tres Prosperidades hasta los nueve infiernos. —Tras un momento de pausa, añade—: ¿Qué hacemos ahora?

Hock Seng apunta con el dedo.

—Seguiremos el Thanon Rama XII, y luego...

No ve dónde impacta el misil. Es demasiado rápido para los ojos humanos. Quizá un neoser militar hubiera tenido tiempo de prepararse, pero Chan el Risueño y él son derribados al suelo por la onda expansiva. Un edificio se desmorona en la acera de enfrente.

—¡Da igual! —Chan el Risueño agarra a Hock Seng y lo arrastra hacia el refugio del hueco de la escalera—. Ya se nos ocurrirá algo. No quiero perder la cabeza para que tú puedas disfrutar del panorama.

Con renovada cautela, recorren sigilosamente las calles en sombra, avanzando en dirección al distrito industrial. Las calles empiezan a quedarse desiertas conforme los thais se dan cuenta de lo peligroso que es estar al descubierto.

—¿Qué es eso? —susurra Chan el Risueño.

Hock Seng entorna los párpados en la penumbra. Hay tres hombres en cuclillas alrededor de una radio de manivela. Uno de ellos sostiene una antena por encima de la cabeza, intentando captar alguna señal. Hock Seng aminora el paso e indica a Chan el Risueño que lo siga mientras cruza la calle hacia ellos.

—¿Se sabe algo nuevo? —resopla Hock Seng.

—¿Has visto el impacto de ese misil? —pregunta uno de los tipos. Levanta la cabeza—. Tarjetas amarillas —murmura. Sus compañeros intercambian miradas furtivas al reparar en el machete de Chan el Risueño, sonríen nerviosos y comienzan a retirarse.

Hock Seng ensaya una torpe reverencia.

—Solo queremos enterarnos de las noticias.

Uno de ellos escupe un salivazo teñido de areca, sin dejar de observarlos con suspicacia.

—Está hablando Akkarat. —Les invita a escuchar con un gesto. Su compañero vuelve a levantar la antena, atrayendo un estallido de estática.

—... queden en sus casas. No salgan a la calle. El general Pracha y sus camisas blancas han intentado derrocar a Su Majestad la Reina. Es nuestro deber defender al reino... —La voz se trunca, perdida la señal, y el hombre empieza a toquetear los botones del aparato.

Uno de ellos meneaba la cabeza.

—Es todo mentira.

—Pero el somdet chaopraya... —disiente el encargado de sintonizar la radio.

—Akkarat mataría al mismísimo Rama si creyera que eso podría beneficiarle en algo.

Su compañero baja la antena. La señal se pierde por completo con un siseo de estática mientras replica:

—El otro día entró un camisa blanca en mi tienda, quería llevarse a casa a mi hija. Dijo que era un «regalo de buena voluntad». Son todos unos lagartos. Un poco de corrupción no hace daño a nadie, pero esos *heeya*...

Otra explosión sacude la calle. Todos se vuelven, thais y tarjetas amarillas por igual, intentando localizar el punto de impacto.

«Somos como monitos, intentando comprender la inmensa selva.»

La idea atemoriza a Hock Seng. Están reuniendo pistas, pero les falta el contexto. No importa cuánto averigüen, nunca será suficiente. Lo único que pueden hacer es reaccionar a los acontecimientos conforme sucedan, y encomendarse a la suerte.

Hock Seng tira del brazo de Chan el Risueño.

—Vamos.

Los thais ya se han apresurado a recoger la radio y refugiarse en su tienda. Cuando Hock Seng vuelve a mirar, la esquina está completamente desierta, como si el momento de

debate político jamás hubiera tenido lugar.

El conflicto se recrudece a medida que se acercan al polígono industrial. El Ministerio de Medio Ambiente y el ejército parecen estar en todas partes, enfrentados. Y por cada unidad profesional en las calles hay otra compuesta de voluntarios, asociaciones estudiantiles, civiles y partidarios del doce de diciembre movilizadas por las distintas facciones políticas. Hock Seng se detiene en un portal, sin aliento, mientras resuenan las explosiones y los disparos.

—Soy incapaz de distinguir unos de otros —musita Chan el Risueño al paso de un grupo de universitarios con machetes y cintas amarillas en los brazos; su objetivo es un tanque que se dedica a bombardear una torre de la antigua Expansión—. Todos llevan algo amarillo.

—Todo el mundo es leal a la reina.

—¿Pero existe siquiera?

Hock Seng se encoge de hombros. Las cuchillas de la pistola de resortes de un estudiante rebotan en el blindaje del tanque. El vehículo es inmenso. Hock Seng no puede evitar sentirse impresionado porque el ejército haya logrado introducir tantos tanques en la capital. Supone que la armada y sus almirantes habrán contribuido a ello. Lo que significa que el general Pracha y sus camisas blancas se han quedado sin aliados.

—Están todos locos —musita Hock Seng—. Da igual quién es quién. —Inspecciona la calle. Le duele la rodilla; la antigua herida lo ralentiza—. Ojalá encontráramos alguna bicicleta. La pierna... —Hace una mueca de dolor.

—Si anduvieras en bicicleta, dispararte sería tan fácil como disparar a una abuela encorvada.

Hock Seng se frota la rodilla.

—Aun así, estoy demasiado mayor para esto.

Otra explosión descarga una lluvia de cascotes sobre ellos. Chan el Risueño se sacude los escombros del pelo.

—Espero que valga la pena este viaje.

—Podrías estar en el arrabal, churruscándote vivo.

—Eso es verdad. —Chan el Risueño asiente con la cabeza—. Pero démonos prisa. No quiero seguir tentando a la suerte.

Más intersecciones oscuras. Más violencia. Los rumores vuelan por las calles. Ejecuciones en el Parlamento. El Ministerio de Comercio en llamas. Los alumnos de la Universidad de Thammasat agrupándose en nombre de la reina. Y otra emisora de radio. Una frecuencia nueva, dicen todos, amontonados en torno al diminuto altavoz. La locutora parece nerviosa. Hock Seng se pregunta si tendrá el cañón de una pistola de resortes apoyado en la sien. *Khun Supawadi*. Siempre ha sido muy popular. Siempre ha presentado programas de radio muy interesantes. Pero ahora, con voz temblorosa, ruega a sus compatriotas que mantengan la calma mientras los tanques recorren las calles, asegurándolo todo, desde los amarraderos hasta el malecón. El altavoz de la radio crepita con el sonido de los disparos de mortero. Segundos más tarde, las explosiones reverberan a lo lejos como truenos amortiguados, el eco perfecto de los que retumban en la radio.

—Está más cerca de la acción que nosotros —dice Chan el Risueño.

—¿Eso es buena o mala señal? —se pregunta Hock Seng.

Chan el Risueño intenta responder pero lo interrumpen los bramidos de rabia de un megodonte, seguidos del silbido de las pistolas de resortes. Todo el mundo mira calle abajo.

—Eso tiene mala pinta.

—Escondámonos —sugiere Hock Seng.

—Demasiado tarde.

Una oleada de personas dobla la esquina en tropel, corriendo y gritando. Un trío de megodontes blindados atruena tras ellos. Sus colosales cabezas oscilan a ras de suelo, embistiendo a un lado y a otro, ensartando a los fugitivos en sus colmillos rematados en hojas de guadaña. Los cuerpos se parten como naranjas y vuelan como hojas al viento.

Los nidos de ametralladoras abren fuego desde las grupas de los megodontes. Una lluvia de cuchillas plateadas cae sobre la multitud apiñada. Hock Seng y Chan el Risueño se agazapan en un portal mientras la turba pasa corriendo ante ellos. Los camisas blancas que hay en su seno disparan sus pistolas de resortes y sus fusiles de un solo tiro sobre la marcha, pero los discos son completamente inofensivos contra las bestias acorazadas. El Ministerio de Medio Ambiente no está equipado para librar este tipo de batalla. La munición rebota en todas direcciones mientras no cesa el traqueteo de las ametralladoras. Los cuerpos se desploman formando pilas ensangrentadas, retorciéndose y aullando de agonía mientras los megodontes los pisotean. El polvo, el humo y el almizcle abarrotan la calle. Un hombre es arrojado a un lado por un megodonte y va a estrellarse contra Hock Seng. La sangre mana a borbotones de su boca, pero ya está muerto.

Hock Seng sale a gatas de debajo del cadáver. Hay más personas formando y disparando contra los megodontes. Estudiantes, piensa Hock Seng, tal vez de Thammasat, pero resulta imposible saber a quién son leales, y Hock Seng se pregunta si sabrán ellos siquiera a quién están enfrentándose.

Los megodontes maniobran y cargan. La gente se agolpa contra Hock Seng, intentando apartarse de su camino. Su masa le oprime el pecho. Le cuesta respirar. Intenta pedir auxilio, abrirse paso, pero la presión es demasiado grande. Grita. El peso de las personas que huyen desesperadamente lo apisona, amenaza con exprimirle hasta el último aliento. Un megodonte embiste contra ellos. Retrocede y vuelve, cargando entre la gente y haciendo oscilar sus colmillos erizados de cuchillas. Los estudiantes arrojan botellas de aceite contra las bestias, seguidas de antorchas encendidas, remolinos de luz y fuego...

El diluvio de discos afilados arrecia. Hock Seng se encoge cuando los cañones apuntan en su dirección, escupiendo plata. Un muchacho le mira a los ojos, con la cara ensangrentada cubierta con un pañuelo amarillo. La pierna de Hock Seng estalla de dolor. No sabe si ha recibido un disparo o si se ha roto la rodilla. Profiere un alarido de frustración y terror. La avalancha humana lo arroja al suelo. Va a perecer aplastado, enterrado bajo los muertos. A pesar de todo, no supo entender el carácter caprichoso de la guerra. La arrogancia le hizo creer que podía estar preparado. Estúpido...

De pronto, el silencio. Le pitan los oídos, pero las armas han dejado de disparar y los barridos de los megodontes han cesado. Hock Seng aspira una trémula bocanada de aire bajo el peso de los cadáveres. A su alrededor, solo se oyen gemidos y sollozos.

—¿Chan? —llama.

No obtiene respuesta.

Hock Seng se arrastra fuera del túmulo funerario. No es el único que ha empezado a salir a gatas de la masacre. Algunos empiezan a socorrer a los heridos. Hock Seng apenas si se tiene en pie. Siente un dolor atroz en la pierna. Está cubierto de sangre. Busca entre los cadáveres, intentando localizar a Chan el Risueño, pero si el hombre se encuentra en la pila, debe de estar bañado de sangre; hay demasiados cuerpos y está demasiado oscuro para distinguirlo.

Hock Seng grita su nombre otra vez, inspeccionando la masa. Calle abajo arde cegadora una farola de metano, rota, proyectando un chorro de gas al firmamento. Hock Seng supone que podría explotar de un momento a otro y destruir las tuberías de metano de toda la ciudad, pero le faltan las fuerzas necesarias para preocuparse.

Pasea la mirada sobre los cadáveres que le rodean. La mayoría de ellos pertenecen a



estudiantes, al parecer. Chiquillos temerarios que intentaron plantar cara a los megodontes. Idiotas. Reprime el recuerdo de sus hijos, muertos y apilados. Las matanzas de Malaca, repetidas en suelo tailandés. Recoge una pistola de resortes de manos de un camisa blanca fallecido y comprueba el cargador. Solo le quedan unos pocos discos, pero aun así. Amartilla el muelle, añadiendo energía. La guarda en un bolsillo. Niños jugando a la guerra. Niños que no merecen morir, pero son demasiado estúpidos para seguir viviendo.

El fragor de la batalla continúa resonando a lo lejos, buscando otros frentes y otras víctimas. Hock Seng renquea por la calle sembrada de cadáveres. Llega a una intersección y cruza a trompicones, demasiado agotado como para que le importe el riesgo de exponerse al descubierto. En la acera de enfrente yace un hombre apoyado en una pared, con una bicicleta tumbada a su lado y el regazo empapado de sangre.

Hock Seng coge la bicicleta.

—Es mía.

Hock Seng se detiene y se queda mirando al hombre, que apenas si puede mantener los ojos abiertos pero aun así se aferra a la normalidad, a la idea de que algo como una bicicleta todavía puede considerarse una propiedad. Hock Seng da media vuelta y empieza a empujar la bicicleta en dirección a la carretera.

—Es mía —repite el hombre, pero ni se pone de pie ni hace nada por detener a Hock Seng, que pasa una pierna por encima del cuadro y apoya los pies en los pedales.

Si el hombre vuelve a quejarse, Hock Seng no lo oye.

—Creía que no íbamos a actuar hasta dentro de dos semanas —protesta Anderson—. No hay nada en su sitio.

—Cambio de planes. Tus armas y tus fondos aún resultan muy útiles. —Akkarat se encoge de hombros—. De todas formas, la presencia de tropas de asalto *farang* en la ciudad no facilitaría necesariamente la transición. Es posible que esta precipitación de los acontecimientos tenga sus ventajas.

Las explosiones sacuden toda la ciudad. Una columna de metano arde verde y cegadora, amarilleando ahora conforme encuentra bambú y otros materiales a su paso. Akkarat contempla el incendio, hace un gesto al encargado del radioteléfono. El soldado acciona la manivela mientras Akkarat habla con voz tranquila, ordenando el envío de equipos de bomberos al lugar de la conflagración. Mira a Anderson de reojo.

—Si no controlamos los incendios —explica—, no habrá ciudad que defender.

Anderson estudia la riada de fuego, los reflejos en el *chedi* del palacio, el Templo del Buda Esmeralda.

—Ese incendio está cerca de la columna de la ciudad.

—*Khap*. No podemos permitir que arda la columna. Sería un mal presagio para un nuevo régimen del que se espera que sea fuerte y progresista.

Anderson sale al balcón y se apoya en la barandilla. Todavía le palpita la mano, ya entablillada, pero con el hueso devuelto a su sitio por un médico militar, se siente mejor por primera vez en horas. Una entumecedora capa de morfina contribuye a mantener el dolor a raya.

Otro arco de fuego se dibuja en el cielo, un misil que se entierra a lo lejos, en algún lugar del complejo del Ministerio de Medio Ambiente. Las fuerzas que ha aglutinado Akkarat para ayudarse en su ascensión desafían la imaginación. Tenía a su disposición más poder del que daba a entender. Anderson aparenta indiferencia mientras formula la siguiente pregunta:

—¿No alterará las bases de nuestro acuerdo esta «precipitación de los acontecimientos»?

—AgriGen sigue siendo nuestro socio predilecto para la era que comienza ahora. —Ante estas palabras conciliadoras, Anderson se relaja, pero la siguiente frase de Akkarat vuelve a ponerlo sobre alerta—. Aunque la situación ya no es la misma, evidentemente. Después de todo, fuiste incapaz de que fructificara la promesa de ciertos recursos.

Anderson lo observa con severidad.

—Teníamos un calendario previsto. Las tropas acordadas están en camino, junto con más armas y fondos.

Akkarat esboza una leve sonrisa.

—No pongas esa cara de preocupación. Ya se nos ocurrirá algo, seguro.

—Todavía queremos el banco de semillas.

Akkarat se encoge de hombros.

—Entiendo tu postura.

—Además, no olvides que Carlyle posee las bombas que os harán falta antes de que empiecen las lluvias.

Akkarat observa a Carlyle de soslayo.

—Seguro que podemos llegar a un acuerdo por separado.

—¡No!

Carlyle sonrío, pasea la mirada de uno a otro y levanta las manos mientras retrocede de espaldas.

—Arregladlo entre vosotros. Yo no pinto nada en esta discusión.

—Precisamente. —Akkarat vuelve a concentrarse en los pormenores de la batalla.

Anderson continúa espíandolo con los párpados entornados. Aún tienen poder sobre él. La garantía de semillas fértiles de última generación. Arroz inmune a la roya durante al menos una docena de temporadas de siembra. Considera la manera más adecuada de apelar a Akkarat, de recuperarlo para la causa, pero la morfina y la fatiga de las últimas veinticuatro horas pesan sobre él como una losa.

El humo de uno de los incendios llega hasta ellos, provocando ataques de tos antes de que la brisa cambie de nuevo. Las estelas de fuego siguen arqueándose sobre la ciudad, seguidas del lejano retumbo de las detonaciones.

Carlyle frunce el ceño.

—¿Qué ha sido eso?

—La Compañía Krut del ejército, seguramente. Su comandante rechazó nuestra oferta de paz. Debe de estar bombardeando los amarraderos por orden de Pracha —explica Akkarat—. Los camisas blancas quieren impedir el reabastecimiento. Si les dejamos, irán también a por los rompeolas.

—Pero la ciudad se ahogaría.

—Y nosotros tendríamos la culpa. —Akkarat tuerce el gesto—. Durante el golpe de Estado del doce de diciembre, la defensa de los diques dejó mucho que desear. Si Pracha se huele la derrota, como debería ser el caso, los camisas blancas podrían intentar secuestrar la ciudad para forzar una rendición más favorable. —Se encoge de hombros—. Es una lástima que no hayamos recibido todavía las bombas de carbón.

—En cuanto cese el tiroteo —dice Carlyle—, me pondré en contacto con Calcuta y pediré que las embarquen.

—No esperaré menos. —Los dientes de Akkarat resplandecen.

Anderson evita a duras penas fruncir el ceño. No le gusta el cariz tan amigable de esta conversación. Es casi como si su cautividad previa hubiera quedado olvidada, como si Carlyle y Akkarat fueran viejos amigos. No le gusta el modo en que Akkarat parece haber separado los intereses de Anderson de los de Carlyle.

Anderson contempla el paisaje mientras sopesa sus opciones. Si conociera el paradero del banco de semillas, podría dar instrucciones para que un equipo de asalto se movilizara y aprovechara la confusión de este conflicto urbano...

Llegan unos gritos procedentes de abajo. Los curiosos deambulan por las calles con la mirada vuelta hacia el caos, intentando ver qué les depara esta guerra. Sigue la mirada desconcertada de la multitud. Las torres de la antigua Expansión se yerguen negras entre las llamas; los restos de cristal que quedan en las ventanas tintinean alegremente al compás de la conflagración. Más allá de la ciudad y de las columnas de fuego ondea negro el océano, un manto de tinieblas. Vistos desde arriba, los rompeolas parecen curiosamente insustanciales. Un anillo de luces de gas, y después nada más que la negrura voraz.

—¿Es posible que rebasen los diques? —pregunta Anderson.

Akkarat encoge los hombros.

—Son nuestro punto débil. Pensábamos defenderlos con el personal de la armada adicional procedente del sur, pero creo que resistiremos.

—¿De lo contrario?

—Quien permita que la ciudad se hunda no será perdonado jamás —dice Akkarat—. Sería intolerable. Lucharemos por los diques como si fuéramos los aldeanos de Bang Rajan.

Anderson contempla los incendios y el mar que les sirve de telón de fondo. Carlyle se apoya en la barandilla junto a él. La luz oscilante se refleja en sus rasgos. Exhibe la sonrisa satisfecha de quien sabe que no puede perder. Anderson se acoda en la balaustrada.

—Puede que Akkarat sea influyente aquí, pero la influencia de AgriGen es internacional. —Mira al comerciante a los ojos—. No lo olvides. —Le complace ver que la sonrisa de Carlyle titubea.

Resuenan más disparos sobre el paisaje. Desde las alturas, la contienda carece de fuerza visceral. Es una pelea de insectos por un puñado de arena. Como si alguien hubiera aplastado dos hormigueros para asistir al choque de sus triviales civilizaciones. Atruenan el mortero. Las llamas titilan y centellean.

A lo lejos, una sombra se desprende de la negra cubierta celeste. Un dirigible, cayendo hacia la ciudad incendiada. Flota a escasa distancia del fuego hasta que, de repente, un diluvio de agua marina escapa de su vientre y sofoca una porción de la conflagración.

Akkarat observa el espectáculo, sonriendo.

—Es de los nuestros —dice.

Acto seguido, como si el fuego no estuviera apagado sino que hubiera aprendido a volar, el dirigible estalla. Las llamas lo devoran con un rugido, su piel incandescente se hace jirones arrancados por la brisa mientras la enorme bestia se hunde hasta estrellarse entre los edificios.

—Dios —murmura Anderson—, ¿seguro que no queréis esperar hasta que lleguen nuestros refuerzos?

El gesto de Akkarat se mantiene impasible.

—No creía que les diera tiempo a desplegar los misiles.

Una explosión gigantesca sacude la ciudad entre llamaradas de gas verde que se elevan al filo del horizonte. Una nube de fuego rueda y se expande. Inimaginables cantidades de gas comprimido se liberan en un ensordecedor hongo esmeralda.

—La reserva estratégica del Ministerio de Medio Ambiente, me parece —comenta Akkarat.

—Precioso —murmura Carlyle—. Jodidamente precioso.

Hock Seng se guarece en un callejón mientras Thanon Phosri tiembla al paso de los tanques y los camiones. Se estremece al pensar en todo ese combustible consumido. Tiene que ser una gran parte de las reservas de diésel del reino, dilapidadas en una orgía de violencia. El humo del carbón inunda el aire al traqueteante compás de las ruedas de oruga de los carros blindados. Hock Seng se agazapa entre la basura. Todos sus planes se han esfumado en un momento de crisis. En vez de esperar y dirigirse cautamente al norte como una unidad, dejó que sus posesiones se redujeran a cenizas apostándolo todo a una carta desesperada.

«Deja de quejarte, carcamal. Si no te hubieras ido cuando lo hiciste os habríais asado todos, tus baht morados, tus amigos tarjetas amarillas y tú.»

Aun así, desearía haber tenido la precaución de traer siquiera una parte de sus reservas, acumuladas con tanto tesón. Se pregunta si su karma estará tan dañado que anula automáticamente cualquier esperanza de tener éxito.

Vuelve a asomarse a la calle. Las oficinas de SpringLife están a la vista. Mejor todavía, no hay ningún guardia. Hock Seng se permite esbozar una sonrisa. Los camisas blancas tienen sus propios problemas. Cruza la calle empujando la bicicleta, usándola de muleta para conservar el equilibrio.

En el interior del complejo se aprecian indicios de una breve reyerta. Un trío de cadáveres yacen recostados contra una pared, aparentemente ejecutados. Alguien les ha arrancado los brazaletes amarillos, tirados en el polvo junto a ellos. Más chiquillos estúpidos jugando a la política...

Algo se mueve a su espalda.

Hock Seng gira sobre los talones e incrusta la pistola de resortes en el cuerpo de Mai, que jadea sin aliento cuando el cañón se le clava en la tripa. Con los ojos como platos, emite un gáñido atemorizado.

—¿Qué haces tú aquí? —susurra Hock Seng.

Mai se aparta de la pistola, tambaleándose.

—He venido a buscarte. Los camisas blancas descubrieron nuestra aldea. Hay personas enfermas allí —dice entre sollozos—. Y han incendiado tu casa.

Hock Seng repara por fin en el hollín y los cortes que cubren el cuerpo de la pequeña.

—¿Has estado en Yaowarat? ¿En el arrabal? —pregunta asombrado.

Mai asiente con la cabeza.

—Tuve suerte. —Reprime otro sollozo.

Hock Seng menea la cabeza.

—¿Por qué has venido?

—No se me ocurría otro lugar...

—¿Y se han producido más contagios?

La niña asiente con la cabeza, asustada.

—Los camisas blancas nos interrogaron, no sabía qué hacer, les dije...

—No te preocupes. —Hock Seng apoya una mano tranquilizadora en su hombro—. Los camisas blancas no volverán a molestarnos. Tienen sus propios problemas.

—¿Has...? —Mai deja la frase en el aire. Al cabo, dice—: Incendieron el poblado. Todo.

Qué criatura tan patética. Tan pequeña. Tan vulnerable. Hock Seng se la imagina

huyendo de su hogar devastado, buscando refugio en el único lugar que le queda. Y encontrándose de repente en pleno corazón del conflicto. Una parte de él quiere librarse de la carga que supone, pero son ya demasiadas las muertes que lo rodean, y su compañía le produce un placer indefinible. Sacude la cabeza.

—Mocosa estúpida. —Hace un ademán en dirección al interior de la fábrica—. Ven conmigo.

Un hedor agresivo los envuelve cuando llegan a la sala principal. Los dos se tapan la cara con una mano, respirando entrecortadamente.

—Los tanques de algas —murmura Hock Seng—. Los muelles percutores han dejado de accionar los ventiladores. El aire no circula.

Sube la escalera que conduce al despacho y abre la puerta de un empujón. Una pestilencia asfixiante flota en la estancia, equiparable a la de la planta de producción, tras tantos días cerrada. Hock Seng se apresura a abrir los postigos y dejar que entren la brisa nocturna y el resplandor de la ciudad en llamas. El fuego oscila sobre los tejados y se eleva en la noche, como plegarias dirigidas al cielo.

Mai se sitúa a su lado, con el rostro iluminado por el fulgor irregular. Una farola de gas arde libremente calle abajo, rota. Debe de haber varias como ella diseminadas por toda la ciudad. A Hock Seng le extraña que nadie haya cortado aún el suministro de gas. Alguien tendría que haberlo hecho ya, y sin embargo la farola llamea todavía, verde y cegadora, reflejándose en las facciones de Mai. Se le ocurre que es guapa. Grácil y hermosa. Una criatura inocente atrapada entre bestias en pie de guerra.

Da la espalda a la ventana y se acucilla junto a la caja fuerte. Inspecciona los botones y los recios candados, las combinaciones y las palancas. Es caro fabricar algo compuesto de tanto acero. Cuando aún dirigía su propia empresa, cuando las Tres Velas gobernaban el mar de la China Meridional y el océano Índico, tenía una parecida en el despacho, una reliquia familiar, rescatada de un banco antiguo cuando este perdió liquidez, sacada directamente de la cámara acorazada y transportada a la empresa comercial Tres Prosperidades con ayuda de dos megodontes. La que tiene delante ahora se burla de él. Debe destruir todas sus juntas. Necesita tiempo.

—Acompáñame —dice.

Conduce a Mai abajo, a la planta principal de la fábrica. La niña se niega a seguir caminando cuando Hock Seng encamina sus pasos hacia la sala de refinado. Hock Seng le da una de las máscaras que utilizan los trabajadores de la cadena.

—Debería bastar.

—¿Estás seguro?

Hock Seng se encoge de hombros.

—Quédate aquí, como prefieras.

Pero la pequeña termina siguiéndolo hasta el depósito de conservante ácido. Caminan con cuidado. Hock Seng utiliza un trapo para apartar las cortinas de la sala de refinado, procurando no tocar nada más. Su aliento resuena con fuerza dentro de la máscara, como un serrucho. Las salas de producción están patas arriba después del registro de los camisas blancas. El hedor de las algas podridas es intenso, incluso a través de la máscara. Hock Seng respira acompasadamente, esforzándose por contener las arcadas. Sobre su cabeza, los paneles de secado se ven negros, cubiertos de algas apergaminadas. Unas cuantas hebras cuelgan inertes, como tentáculos disecados. Hock Seng reprime el impulso de encogerse al pasar por debajo.

—¿Qué haces? —jadea Mai.

—Buscar un futuro. —Hock Seng le dedica una sonrisita antes de darse cuenta de que la niña no puede ver su expresión detrás de la máscara. Saca unos guantes de una

taquilla de suministros y le entrega un par. También le da un delantal—. Échame una mano con esto. —Indica un saco de polvo—. Ahora trabajamos por nuestra cuenta, ¿sí? Se acabó la influencia extranjera. —La detiene cuando Mai estira los brazos hacia el saco—. No dejes que te toque la piel —dice—. Y que no entre en contacto con tu sudor. —La guía de regreso al despacho.

—¿Qué es?

—Ya lo verás, niña.

—Sí, pero...

—Es magia. Ahora ve a buscar algo de agua al *khlong* de la parte de atrás.

Cuando Mai regresa, Hock Seng coge un cuchillo y practica unos cortes en el saco, con cuidado.

—Dame el agua. —Mai acerca el cubo. Hock Seng moja el cuchillo y lo pasa por el polvo, que sisea y comienza a burbujear. Cuando lo extrae, la mitad de la hoja ha desaparecido, derretida sin dejar ni rastro, siseando todavía.

Mai abre sorprendida los ojos. Un líquido viscoso gotea del cuchillo.

—¿Qué es?

—Una bacteria especializada. Un invento de los *farang*.

—Pero no es ácido.

—No. Está viva. A su manera.

Hock Seng empieza a raspar el costado de la caja fuerte con el cuchillo, que no tarda en desintegrarse por completo. Hace una mueca.

—Necesito otra cosa, algo más largo, para untarlo.

—Derrama el agua encima de la caja fuerte —sugiere Mai—, y después esparce el polvo por encima.

Hock Seng suelta una carcajada.

—Chica lista.

La caja fuerte no tarda en quedar empapada. Hock Seng prepara un embudo de papel y deja que el polvillo se escurra por su interior formando un reguero diminuto. Allí donde toca el metal este comienza a hervir. Hock Seng retrocede, horrorizado por la rapidez del corrosivo. Contiene el impulso de sacudirse las manos.

—No dejes que te toque la piel —murmura. Mira fijamente los guantes. Si hay rastros de polvo en ellos y se humedecen... Siente un estremecimiento. Mai se ha retirado ya al fondo del despacho, desde donde observa con ojos aterrados.

El metal se desprende de la caja fuerte en láminas de hierro fundido, capas descascarilladas como hojas secas a merced del viento en otoño, que se amontonan en el suelo de teca. Sisean y se expanden. Las láminas siguen ardiendo, formando un entramado de surcos en la madera.

—No para —musita Mai, asombrada.

Hock Seng observa con creciente preocupación, preguntándose si el derivado de la levadura devorará el suelo y la caja fuerte irá a estrellarse contra las cadenas de producción del piso de abajo.

—Está vivo —dice cuando recupera la voz—. Pronto debería perder la facultad de seguir digiriendo.

—Y esto es obra de los *farang*. —El temor y la fascinación se mezclan en la voz de Mai.

—Nuestra gente ha diseñado cosas parecidas. —Hock Seng sacude la cabeza—. No te creas que los *farang* son tan superiores.

La caja fuerte continúa desintegrándose. Ojalá hubiera encontrado antes el valor. Podría haber hecho esto cuando no había una guerra desencadenada al otro lado de la

ventana. Desearía ser capaz de retroceder en el tiempo hasta su antiguo yo, asustado y paranoico, tan preocupado por la deportación, por no contrariar a los diablos extranjeros, por preservar su buen nombre, y susurrar al oído de ese anciano que no había esperanza. Que debería robar lo que pudiera y salir corriendo; el resultado no podría ser peor que la espera.

Una voz interrumpe sus cavilaciones.

—Vaya, vaya. Tan Hock Seng. Qué agradable sorpresa.

Hock Seng se gira en redondo. Follaperros y Huesos Viejos, más otros seis desconocidos, se apiñan en el umbral. Todos ellos empuñan pistolas de resortes. El conflicto rampante en las calles les ha dejado el cuerpo cubierto de arañazos y hollín, pero se muestran risueños y confiados.

—Por lo visto hemos tenido la misma idea —observa Follaperros.

Una explosión ilumina el firmamento y proyecta un resplandor anaranjado sobre el despacho. Hock Seng siente el retumbo de la destrucción en las suelas. Es difícil calcular la distancia. Las bombas parecen caer al azar. Si hay alguna lógica tras su trayectoria, no les corresponde a ellos entenderla. Otra detonación, más cerca. Los camisas blancas, probablemente, defendiendo los diques. Hock Seng reprime el impulso de huir. La bacteria continúa devorando el hierro, crepitando. Las hojas de metal siguen amontonándose en el suelo.

Hock Seng decide sondear las aguas.

—Me alegra que hayas venido. Échame una mano con esto. Vamos.

Huesos Viejos sonrío.

—Me parece que no.

Los hombres apartan a Hock Seng a empujones. Todos ellos son más fornidos que él. Todos ellos están armados. A todos ellos les trae sin cuidado su presencia y la de Mai. Hock Seng se tambalea.

—Pero es mía —protesta—. ¡No podéis llevárosla! ¡Fui yo el que os dijo dónde estaba!

Los hombres hacen oídos sordos.

—¡No podéis llevárosla! —Hock Seng tantea en busca de su pistola. De repente, siente la presión de un cañón en la cabeza. Huesos Viejos, sonriendo todavía.

Follaperros observa con interés.

—Un asesinato más o menos no va a cambiar las condiciones de mi reencarnación. No me pongas a prueba.

Hock Seng logra controlar la rabia a duras penas. Una parte de él quiere disparar de todos modos, borrar esa sonrisa de suficiencia de la cara de Follaperros. El metal de la caja fuerte continúa burbujeando y siseando, disolviéndose, revelando lentamente su última brizna de esperanza. Todos los *nak leng* contemplan a Hock Seng y a Huesos Viejos. Se muestran confiados, sonrientes. Sin miedo. Ni siquiera han levantado las pistolas. Sencillamente observan, curiosos, mientras Hock Seng les apunta con el arma.

Follaperros sonrío.

—Lárgate, tarjeta amarilla. Antes de que me arrepienta.

Mai tira de la mano de Hock Seng.

—Sea lo que sea, no vale más que tu vida.

—La niña tiene razón, tarjeta amarilla —dice Huesos Viejos—. No puedes ganar esta pelea.

Hock Seng baja la pistola y deja que Mai lo remolque. Salen del despacho caminando de espaldas. Los esbirros del Señor del Estiércol permanecen atentos, risueños, mientras Hock Seng y Mai descienden las escaleras y salen a la fábrica, y desde allí a las



calles sembradas de cascotes.

Un megodonte profiere un alarido de dolor en la lejanía. El viento racheado está cargado de cenizas, panfletos políticos y el olor de la madera WeatherAll quemada. Hock Seng se siente viejo. Demasiado viejo para seguir rebelándose contra un destino que a todas luces desea verlo aniquilado. Una circular cargada de rumores se cruza rodando en su camino. El titular habla de chicas mecánicas y asesinatos. Es increíble que el neoser del señor Lake haya podido causar tantos problemas. Y ahora toda la ciudad le sigue la pista. Está a punto de sonreír. Ni siquiera un tarjeta amarilla como él está tan en desventaja como esa desdichada criatura. Probablemente debería darle las gracias. De no ser por ella y por la noticia de la detención del señor Lake, Hock Seng supone que a estas alturas ya estaría muerto, calcinado en el arrabal con todo su jade, sus diamantes y su dinero.

«Debería dar gracias.»

En vez de eso, siento el peso de sus antepasados, aplastándolo, oprimiéndolo con sus juicios. Ha reducido a cenizas todo lo que construyeron en Malaca su padre y su abuelo antes que él.

El fracaso es abrumador.

Otra circular revolotea hasta estrellarse contra la pared de la fábrica. De nuevo el neoser, más acusaciones contra el general Pracha. El señor Lake estaba obsesionado con esa chica mecánica. No podía dejar de follársela. No podía dejar de llevársela a la cama a la menor ocasión. Hock Seng recoge la hoja de papel, pensativo de repente.

—¿Qué ocurre? —quiere saber Mai.

«Estoy demasiado mayor para esto.»

Pero a pesar de todo, Hock Seng siente que su corazón empieza a latir más deprisa.

—Tengo una idea —dice—. Una posibilidad.

Una nueva y absurda chispa de esperanza. No puede evitarlo. Aunque no le quede nada por lo que luchar, debe seguir intentándolo.

El proyectil de un carro blindado detona, descargando una lluvia de tierra y astillas sobre la cabeza de Kanya. Han abandonado los edificios del ministerio («ceder terreno» es como lo llamó Kanya, pero en realidad es una estampida), huyendo tan deprisa como les es posible de la inminente carga de tanques y megodontes.

Lo único que les ha salvado hasta ahora es el hecho de que el ejército parece empeñado en incomunicar el campus principal del ministerio, por lo que es allí donde permanece reunido el grueso de sus fuerzas. Aun así, la capitana y sus hombres se han encontrado con tres comandos procedentes de los muros del sur del complejo, y la brigada de Kanya se ha partido en dos. Y ahora otro tanque, justo cuando se disponían a tomar una salida secundaria. El tanque arrolló la puerta de hierro y bloqueó su vía de escape.

Ha ordenado a sus hombres que se adentren en los bosquesillos próximos al templo de Phra Seub, reducido a escombros. Los megodontes de guerra han pisoteado el jardín, tan primorosamente arreglado. Las columnas principales han quedado calcinadas por un ataque con bombas incendiarias; el fuego se propagó por la teca seca del bosque como un demonio enfurecido, chillando y rugiendo, por lo que ahora su refugio es una colección de cenizas, troncos mutilados y humo.

Otro proyectil impacta en su posición en la ladera. Más comandos avanzan alrededor del tanque, se dividen en equipos y cruzan el complejo a la carrera. Parece que su objetivo son los laboratorios biológicos. Kanya se pregunta si Ratana estará trabajando allí, si sabrá siquiera que se está librando una guerra en la superficie. Un árbol salta en pedazos junto a ella, víctima de otro cañonazo.

—Aunque no puedan vernos, saben que estamos aquí arriba —dice Pai.

Para subrayar sus palabras, una granizada de discos silba sobre sus cabezas; los proyectiles se incrustan en los árboles calcinados, tachonando la madera negra de reflejos de plata. Kanya indica a sus hombres que se replieguen. Los otros camisas blancas, ahora con los uniformes escrupulosamente embadurnados de hollín y ceniza, se adentran en el bosque devastado.

Otro misil cae a sus pies. Las astillas de teca quemada vuelan en todas direcciones.

—Estamos demasiado cerca. —Kanya se incorpora y emprende la carrera, con Pai pisándole los talones. Hiroko los adelanta como una exhalación, se pone a cubierto detrás de un tronco ennegrecido, cruzado en el suelo, y espera a que lleguen a su altura.

—¿Te imaginas enfrentarse a algo así? —Pai jadea.

Kanya sacude la cabeza. El neoser ya les ha salvado dos veces. La primera al detectar los sigilosos movimientos de unos comandos que les seguían la pista, y la segunda empujando a Kanya al suelo justo antes de que una lluvia de discos de resortes hendiera el aire sobre su cabeza. La vista del neoser es más aguda que la de la capitana, y su velocidad es espectacular. Sin embargo, ya está sofocada; seca y abrasadora su piel al contacto. Hiroko no está diseñada para esta ofensiva tropical, y aunque derraman agua sobre ella y procuran controlar su temperatura, empieza a flaquear.

Cuando Kanya llega a su altura, Hiroko levanta la cabeza y dirige una mirada febril hacia ella.

—Tendré que beber algo pronto. Hielo.

—No tenemos.

—Pues el río. Lo que sea. Debo regresar con Yashimoto-sama.

—La orilla es un campo de batalla. —Kanya ha oído que el general Pracha se

encuentra en los diques, intentando repeler el desembarco de la armada. Enfrentándose a su antiguo aliado, el almirante Noi.

Hiroko le tiende una mano abrasadora.

—No puedo aguantarlo.

Kanya mira a su alrededor, buscando una solución. Hay cadáveres por todas partes. Es peor que cualquier plaga, hombres y mujeres descuartizados por los explosivos. La carnicería es inmensa. Brazos y piernas, un pie arrancado de cuajo cuelga de una rama. Las montañas de cuerpos arden. El napalm sisea. El estruendo de los tanques resuena en las fachadas de los edificios, nubes de gases de escape.

—Necesito la radio —dice.

—La tenía Pichai.

Pero Pichai está muerto y nadie sabe adónde ha ido a parar la radio.

«No estamos preparados para algo así. Se suponía que debíamos contener la roya y la gripe, no tanques y megodontes.»

Cuando por fin encuentra una radio, está en la mano de un cadáver. Acciona la manivela del aparato. Utiliza los códigos empleados por el ministerio para hablar de plagas, no de escaramuzas. Nada. Por último, decide probar en abierto.

—Al habla la capitana Kanya. ¿Hay alguien ahí fuera? Cambio.

Una pausa eterna. Chasquidos y estática. Repite el mensaje. Otra vez. Nada.

De pronto:

—¿Capitana? Al habla el teniente Apichart.

Reconoce la voz del ayudante.

—¿Sí? ¿Dónde está el general Pracha?

Más silencio.

—No lo sabemos.

—¿No estáis con él?

Otra pausa.

—Creemos que está muerto. —Tose—. Han usado gas.

—¿Quién es el oficial al mando?

Después de un momento:

—Creo que usted, señora.

Kanya se queda muda de asombro.

—No puede ser. ¿Dónde está el quinto?

—No hemos vuelto a saber nada.

—¿El general Som?

—Lo encontraron en su casa, asesinado. Igual que Karmatha, y Phailin.

—No es posible.

—Es un rumor. Pero nadie los ha visto, y el general Pracha se lo creyó cuando recibió la noticia.

—¿No hay más capitanes?

—Bhirombhakdi estaba en los amarraderos, pero desde aquí solo se ven llamaradas.

—¿Dónde estáis?

—En una torre de la Expansión, cerca de la carretera de Pharam.

—¿Cuántos sois?

—Alrededor de treinta.

Kanya echa un vistazo a su grupo, abatida. Hombres y mujeres heridos. Hiroko reclinada contra un bananero destrozado, encendida como un farolillo chino, con los ojos cerrados. Tal vez muerta ya. Por un instante fugaz se pregunta si le importa la criatura o... Sus hombres la rodean, pendientes de ella. Kanya piensa en sus patéticas reservas de

munición. Sus heridas. Son tan pocos...

La radio emite un chasquido.

—¿Qué quiere que hagamos, capitana? —pregunta el teniente Apichart—. Nuestras armas no sirven de nada frente a los tanques. No podemos... —El canal se inunda de estática.

Una explosión retumba, ensordecedora, procedente del río.

El soldado Sarawut baja del árbol al que se había encaramado.

—Han dejado de bombardear los muelles.

—Nos hemos quedado solos —murmura Pai.

Es el silencio lo que la despierta. Emiko ha pasado la noche tumbada de cualquier manera, periodos de sueño interrumpidos por el retumbo de los explosivos y el chasquido de la artillería de resortes al liberarse. Los tanques recorren las calles quemando carbón con estrépito, pero la mayor parte de todo ello es algo lejano, las batallas se libran en otros distritos. Los cadáveres yacen abandonados en las calles, víctimas de los disturbios ya olvidadas en medio del marco del conflicto.

Un extraño silencio se ha apoderado de la ciudad. La única iluminación proviene de las pocas velas que titilan en las ventanas desde las que la gente monta guardia a medianoche sobre la ciudad devastada. No hay ninguna luz de gas encendida en los edificios o en las calles. La oscuridad es absoluta. Es como si se hubiera agotado el metano de la ciudad, o como si alguien por fin hubiera cortado el suministro.

Emiko se incorpora en medio de la basura, arrugando la nariz, asqueada por las cortezas de melón y las pieles de plátano abandonadas. Contra el cielo anaranjado por las llamas puede ver unas pocas columnas de humo, pero nada más. Las calles están desiertas. Es el momento perfecto para llevar a cabo su plan.

Se concentra en la torre. A seis plantas de altura aguarda el apartamento de Anderson-sama. Ojalá pudiera llegar hasta él. Al principio había esperado cruzar el vestíbulo a toda velocidad y buscar alguna manera de subir las escaleras, pero las puertas están cerradas con llave y hay guardias apostados en el interior del edificio. Su retrato es demasiado famoso como para arriesgarse a entrar sin más. Pero existe una alternativa.

Tiene calor. Un calor espantoso. El coco verde que encontró y machacó al comienzo de la noche ya no es más que un recuerdo borroso. Vuelve a contar los balcones que se elevan sobre su cabeza, uno detrás de otro. Hay agua allí arriba. Brisa. Supervivencia y un escondite temporal, si consigue llegar hasta él.

Un estampido resuena a lo lejos, seguido de explosiones diminutas como fuegos artificiales. Escucha. No es conveniente seguir esperando. Se encarama al balcón más bajo. Está protegido con rejas de hierro, igual que el siguiente. Trepa por ellos con facilidad, utilizando los barrotes como asideros.

Por fin se yergue en el tercer balcón, abierto, jadeando a causa del esfuerzo. El calor que no deja de crecer en su interior le produce un mareo. A sus pies, el empedrado del callejón la llama, tentador. Eleva la mirada hacia el saliente del balcón de la cuarta planta. Se prepara, salta... y es recompensada con un buen asidero. Trepa a pulso.

Una vez de pie en el cuarto balcón, se sienta en la barandilla y contempla fijamente el quinto. El calor fruto del esfuerzo físico es cada vez mayor. Respira hondo y salta. Engarfia los dedos. Se queda colgando sobre el vacío. Mira abajo y se arrepiente de inmediato. El callejón está ahora muy lejos. Se iza lentamente, jadeando.

El interior del apartamento está a oscuras. No hay movimiento. Emiko prueba la reja de hierro de la puerta de seguridad, encomendándose a la suerte, pero la llave está echada. Daría cualquier cosa por beber un trago de agua, por refrescarse la cara y el cuerpo. Inspecciona el diseño de la puerta de seguridad, pero no hay manera de forzarla.

«Un salto más.»

Vuelve al filo del balcón. Las manos son la única parte de su cuerpo que parecen sudar como las de una criatura normal, y ahora las siente como si estuvieran empapadas de aceite. Se las restriega una y otra vez contra la ropa, intentando secarlas. El calor provocado por el exceso de actividad física amenaza con devorarla. Se encarama al saliente del balcón,

tambaleándose. Mareada. Dobla las rodillas para no perder el equilibrio.

Salta.

Sus dedos arañan el borde del balcón y resbalan. Cae a plomo, se estrella contra la barandilla de abajo. Sus costillas estallan de dolor cuando rebota y aterriza encima de unas macetas de jazmines. Otra llamarada de dolor, esta vez en el codo.

Se queda tendida, gimoteando entre los trozos de maceta y la fragancia nocturna de los jazmines. La sangre reluce negra en sus manos. No puede parar de sollozar. Tiembla de la cabeza a los pies. Arde con el esfuerzo de la escalada y los saltos.

Se incorpora con torpeza, acunándose el brazo lastimado, esperando que los ocupantes del piso se abalancen sobre ella, pero las luces permanecen apagadas al otro lado de la reja.

Emiko se pone en pie, se tambalea y se apoya en la barandilla del balcón, contemplando su objetivo.

«Chiquilla estúpida. ¿Por qué te esfuerzas tanto por sobrevivir? ¿Por qué no te tiras y mueres? Sería mucho más fácil.»

Se asoma al lóbrego callejón que está a sus pies. No tiene respuesta. Es algo que lleva en los genes, tan innato como su afán por agradar. Vuelve a auparse encima de la barandilla, haciendo equilibrios, doblando el brazo dolorido. Mira arriba y reza a Mizuko Jizo, bodhisattva de los neoseres, para que se apiade de ella.

Salta y alarga una mano hacia la salvación.

Sus dedos hacen presa... y vuelven a resbalar.

Emiko proyecta la mano mala hacia arriba y encuentra asidero. Los ligamentos de su codo se desgarran. Grita al sentir cómo se separan los huesos con un crujido. Sollozando, con el aliento atrapado en la garganta, tantea la barandilla con la mano buena. Se afianza. Deja que el brazo roto caiga y oscile como un péndulo, inerte.

Emiko cuelga de una mano sobre la calle lejana. Su brazo ha quedado reducido a una mera columna de fuego. Solloza en silencio, preparándose para volver a lastimarse. Emite un sollozo entrecortado y vuelve a extender el brazo roto. Sus dedos se cierran en torno a la barandilla.

«Por favor. Por favor. Solo un poco más.»

Carga el peso del cuerpo sobre el brazo. El dolor es incandescente. El aliento de Emiko se atasca en su garganta. Levanta una pierna, tanteando con el pie, buscando asidero, hasta que por fin consigue engancharlo en el hierro. Se aúpa a pulso, rechinando los dientes, llorando, renunciando a rendirse.

«Solo un poco más.»

Emiko abre los ojos. Una niña empuña la pistola con manos temblorosas. Mira a Emiko fijamente, aterrada.

—Tenías razón —musita.

Un anciano chino se asoma a su espalda con expresión sombría. Asomados al precipicio del balcón, observan a Emiko mientras esta cuelga sobre el abismo. Las manos de Emiko empiezan a resbalar. El dolor es insuportable.

—Por favor —susurra Emiko—. Ayudadme.

Las luces de gas del centro de operaciones de Akkarat se apagan con un chispazo. Anderson se incorpora en la repentina oscuridad, sorprendido. Hace tiempo que los disparos se han vuelto esporádicos, pero la escena se repite por toda la ciudad. Las farolas de gas de Krung Thep están apagándose, los puntos de luz verde se desvanecen uno a uno en todas las avenidas. Unas pocas zonas de conflicto titilan aún naranjas y amarillas con la madera WeatherAll quemada, pero el verde ha abandonado la ciudad, cubierta ahora por un manto negro tan completo casi como el del océano al otro lado de los diques.

—¿Qué sucede? —pregunta Anderson.

El tenue fulgor de los monitores es lo único que todavía ilumina la estancia. Akkarat entra procedente del balcón. La sala de operaciones es un hervidero de actividad. Las lámparas de manivela de emergencia cobran vida, proyectando su luz por toda la habitación, iluminando la sonrisa de Akkarat.

—Hemos tomado las fábricas de metano —dice—. El país es nuestro.

—¿Estás seguro?

—Los amarraderos y los muelles están controlados. Los camisas blancas han empezado a rendirse. Hemos recibido un mensaje de su oficial al mando. Depondrán las armas y se rendirán incondicionalmente. Ya han empezado a transmitir la noticia por su canal de radio codificado. Unos pocos seguirán peleando, pero la ciudad obra en nuestro poder.

Anderson se acaricia las costillas rotas.

—¿Significa eso que podemos marcharnos?

Akkarat asiente con la cabeza.

—Desde luego. Os asignaré una escolta que os acompañará a casa enseguida. La normalidad en las calles todavía tardará un poco en restablecerse. —Sonríe—. Creo que estarás muy contento con la nueva dirección de nuestro reino.

Horas más tarde, los conducen al interior de un ascensor.

Descienden hasta el nivel de la calle y se encuentran con que la limusina personal de Akkarat ya está esperándoles. En el exterior, el cielo comienza a clarear.

Carlyle se dispone a montar en el vehículo, pero se detiene y dirige la mirada calle abajo, donde el filo amarillo del amanecer empieza a ensancharse.

—Eso es algo que no esperaba volver a ver nunca jamás.

—Yo también nos daba por muertos.

—Pues se te veía tan tranquilo.

Anderson encoge los hombros, despacio.

—Lo de Finlandia fue peor. —Pero mientras sube a la limusina, sufre un nuevo ataque de tos que se prolonga durante medio minuto, estremeciéndolo de la cabeza a los pies. Se enjuga la sangre de los labios ante la atenta mirada de Carlyle.

—¿Estás bien?

Anderson asiente mientras cierra con cuidado la puerta del vehículo.

—Me parece que estoy machacado por dentro. Akkarat me pegó en las costillas con la pistola.

Carlyle lo observa fijamente.

—¿Seguro que no has pillado nada?

—¿Me tomas el pelo? —Anderson suelta una carcajada que reaviva el dolor de sus costillas—. Trabajo para AgriGen. Estoy vacunado contra enfermedades que todavía no se

han inventado.

Una escolta de ciclomotores de muelles percutores rodea la limusina de diésel de carbón cuando esta se aleja de la acera, acelerando. Anderson se acomoda en el asiento mientras ve pasar la ciudad al otro lado de la ventanilla.

Carlyle tamborilea con los dedos en el brazo de cuero, pensativo.

—Tengo que conseguir una de estas. Cuando despegue el negocio, podré gastar dinero a espuestas.

Anderson asiente distraídamente con la cabeza.

—Habrá que empezar a importar calorías de inmediato para paliar el hambre. Quiero contratar los servicios de tus dirigibles como medida provisional. Traeremos U-*Tex* de la India, así Akkarat tendrá algo de lo que vanagloriarse. Las ventajas del libre mercado, todo eso. Las circulares nos darán buena prensa. Eso ayudará a cimentar las cosas.

—¿Es que no puedes limitarte a disfrutar el momento? —Carlyle se ríe—. Volver a ver la luz del sol después de haber tenido una capucha negra en la cabeza no es algo que ocurra todos los días, Anderson. Lo que vamos a hacer es buscar una botella de whisky y una azotea, y sentarnos a admirar cómo amanece sobre el país que acabamos de comprar. Eso, lo primero. El resto de toda esta mierda puede esperar hasta mañana.

La limusina gira por la avenida de Phraram I y su escolta la adelanta, acelerando por la ciudad que se ilumina rápidamente. Toman una desviación y rodean las ruinas de una torre de la Expansión que ha terminado de desmoronarse durante la contienda. Un puñado de personas excavan entre los escombros, pero nadie va armado.

—Se terminó —murmura Anderson—. Así de fácil. —Se siente agotado. Un par de cadáveres de camisas blancas yacen medio subidos en la acera, flácidos como muñecas de trapo. Un buitre da saltitos junto a ellos, aproximándose. Anderson se acaricia las costillas con cuidado, alegrándose de estar vivo—. ¿Se te ocurre dónde podríamos conseguir ese whisky?



El anciano chino y la pequeña permanecen en cuclillas a cierta distancia, observándola atentamente mientras engulle el agua. Emiko se sorprendió cuando el hombre permitió que la niña la ayudara a gatear por el filo del balcón. Pero ahora que está a salvo, no deja de apuntarla con una pistola de resortes y Emiko comprende que no es la caridad lo que le motiva.

—¿Es cierto que los mataste?

Emiko levanta el vaso con cuidado y sigue bebiendo. Si no estuviera tan dolorida, casi podría disfrutar del temor que le profesan. Se siente mucho mejor gracias al agua, aun con el brazo derecho exánime e hinchado en su regazo. Deja el vaso en el suelo y se acuna el codo lastimado. El dolor le entrecorta la respiración.

—¿Lo hiciste? —insiste el anciano.

Emiko encoge ligeramente los hombros.

—Fui más rápida que ellos.

Están hablando en mandarín, una lengua que no había vuelto a emplear desde que estaba con Gendo-sama. Inglés, tailandés, francés, chino mandarín, contabilidad, protocolo, catering y hospitalidad... Tantas habilidades que ya no utiliza... Sus recuerdos del idioma tardaron unos minutos en aflorar a la superficie, pero seguían estando allí, como una extremidad atrofiada por la falta de uso que milagrosamente conservara aún las fuerzas. Se pregunta si el brazo roto sanará con la misma facilidad, si su cuerpo le depara más sorpresas todavía.

—Eres el secretario tarjeta amarilla de la fábrica —dice Emiko—. Hock Seng, ¿sí? Anderson-sama me contó que habías huido cuando aparecieron los camisas blancas.

El anciano se encoge de hombros.

—He vuelto.

—¿Por qué?

Hock Seng esboza una sonrisa carente de humor.

—El naufragio se aferra a la tabla que tiene a mano.

Una explosión retumba en la calle. Todos vuelven la mirada en dirección al sonido.

—Creo que está terminando —murmura la pequeña—. Es la primera en más de una hora.

Emiko reflexiona que, con los dos distraídos, probablemente podría matarlos a ambos, incluso con el brazo destrozado. Pero está tan cansada... Cansada de tanta destrucción. Cansada de tanta carnicería. Más allá del balcón, las columnas de humo se elevan hacia el firmamento que clarea. Una ciudad entera reducida a escombros por... ¿por qué? Por culpa de una chica mecánica que no supo recordar cuál era su lugar.

Emiko cierra los ojos para combatir la vergüenza que le produce esa idea. Casi puede ver a Mizumi-sensei frunciendo el ceño con desaprobación. Le sorprende que esa mujer conserve todavía algún poder sobre ella. Puede que nunca consiga librarse de su antigua maestra. Mizumi forma parte de ella, tanto como la deplorable estructura de sus poros.

—¿Queréis cobrar la recompensa que ofrecen por mí? —pregunta—. ¿Beneficiaros de la captura de una asesina?

—Los thais están desesperados por echarme el guante.

Suenan las cerraduras del apartamento. Todos levantan la cabeza cuando Anderson-sama y otro *gaijin* cruzan el umbral, tambaleándose. Los extranjeros tienen la cara cubierta

de magulladuras, pero bromean y sonríen. Los dos se quedan paralizados de golpe. Los ojos de Anderson-sama saltan de Emiko al anciano, y de este a la pistola apuntada ahora hacia él.

—¿Hock Seng?

El otro *gaijin* retrocede de espaldas y se coloca detrás de Anderson-sama.

—¿Qué demonios?

—Buena pregunta. —Los ojos azules de Anderson-sama contemplan la escena que tiene delante, calculadores.

La pequeña Mai hace un *wai* automático ante los *gaijin*. Emiko, que reconoce el gesto, está a punto de sonreír. Sabe perfectamente lo que es el impulso incontenible de mostrar respeto.

—¿Qué haces aquí, Hock Seng? —pregunta Anderson-sama.

Hock Seng esboza una sonrisita.

—¿No te alegras por la captura de la asesina del somdet chaopraya?

En vez de responder, Anderson-sama mira primero a Hock Seng, después a Emiko, y de nuevo al tarjeta amarilla.

—¿Cómo has entrado? —pregunta finalmente.

Hock Seng se encoge de hombros.

—Después de todo, fui yo el que buscó este piso para el señor Yates. Le entregué las llaves personalmente.

Anderson-sama sacude la cabeza.

—Era un imbécil, ¿verdad?

Hock Seng inclina la cabeza.

Con un escalofrío, Emiko comprende que esta confrontación solo puede volverse en su contra. De todos los presentes, ella es la única prescindible. Si actúa deprisa, podría arrebatar la pistola de manos del anciano. Como hizo con aquellos guardaespaldas tan lentos. Le dolerá, pero puede conseguirlo. El tarjeta amarilla no es rival para ella.

El otro *gaijin* sale por la puerta sin abrir la boca, pero a Emiko le sorprende ver que Anderson-sama no haya decidido retirarse a su vez. Antes bien, se adentra en el apartamento con las manos levantadas, enseñando las palmas. Una de ellas está cubierta con una venda. Su tono es conciliador.

—¿Qué quieres, Hock Seng?

Hock Seng da un paso atrás, guardando la distancia entre el *gaijin* y él.

—Nada. —Encoge ligeramente los hombros—. Que la asesina del somdet chaopraya reciba el castigo que se merece. Eso es todo.

Anderson-sama se ríe.

—Qué bonito. —Se da la vuelta y se sienta en un diván, muy despacio. Gruñe y hace una mueca al reclinarsse. Vuelve a sonreír—. En serio, ¿qué es lo que quieres?

Como si estuvieran compartiendo una broma, otra sonrisa aletea a su vez en los labios de Hock Seng.

—Lo que siempre he querido. Un porvenir.

Anderson-sama asiente, pensativo.

—¿Crees que esta chica te lo puede conseguir? ¿Que te reportará una succulenta recompensa?

—La captura de una asesina real me reportará lo suficiente para reconstruir mi familia, sin duda.

Anderson-sama mira fijamente a Hock Seng con sus fríos ojos azules, en silencio. Desvía la mirada hacia Emiko.

—¿Es cierto que lo mataste?

Una parte de ella quiere mentir. Puede ver en los ojos de Anderson-sama que él también espera esa mentira, pero no es capaz de obligarse a expresarla con palabras.

—Lo siento, Anderson-sama.

—¿Y a los guardaespaldas también?

—Me hicieron daño.

Anderson-sama menea la cabeza.

—Me resistía a creerlo. Estaba seguro de que todo era un montaje de Akkarat. Pero cuando saltaste por el balcón... —Sus inquietantes ojos azules continuaban observándola—. ¿Te adiestraron para matar?

—¡No! —Emiko da un respingo, sobrecogida por la sugerencia. Se apresura a explicar—: No lo sé. Me hicieron daño. Estaba enfadada. No sabía... —El impulso de humillar la cabeza ante él, de intentar convencerlo de su lealtad, es abrumador. Combate el instinto, reconociendo en él la necesidad genética de tumbarse panza arriba como un perro.

—Entonces, ¿no eres una asesina profesional? —insiste Anderson-sama—. ¿Un neoser militar?

—No. No soy militar. Por favor. Créeme.

—Pero sigues siendo peligrosa. Le arrancaste la cabeza al somdet chaopraya con las manos desnudas.

Emiko quiere protestar, decir que esa criatura no es ella, que no ha sido ella, pero no encuentra las palabras. Lo único que puede hacer es susurrar:

—No le arranqué la cabeza.

—Podrías matarnos a todos si te lo propusieras, ¿no es cierto? Antes de que nos diéramos cuenta. Antes siquiera de que Hock Seng pudiera levantar la pistola.

Ante estas palabras, Hock Seng se apresura a apuntar de nuevo a Emiko con el arma. Patéticamente despacio.

Emiko sacude la cabeza.

—Eso no es lo que quiero —dice—. Solo quiero marcharme. Ir al norte. Eso es todo.

—Aun así, eres una criatura peligrosa —continúa Anderson-sama—. Peligrosa para mí. Para los demás. Si alguien me viera contigo... —Menea la cabeza y arruga el entrecejo—. Vales mucho más muerta que viva.

Emiko se arma de valor, se prepara para soportar el dolor agónico que está dispuesta a infligirse. Primero el chino, después Anderson-sama. La niña puede que no...

—Lo siento, Hock Seng —dice de repente Anderson-sama—. No puedes llevártela.

Emiko mira fijamente al *gaijin*, estupefacta.

El tarjeta amarilla se carcajea.

—¿Cómo piensas impedírmelo?

Anderson-sama sacude la cabeza.

—Los tiempos están cambiando, Hock Seng. Mi gente viene hacia aquí. En masa. La suerte de todos nosotros va a cambiar radicalmente. Ya no se trata tan solo de la fábrica. Estamos hablando de contratos de calorías, de cargueros, de centros de investigación y desarrollo, de negociaciones comerciales... A partir de hoy, nada volverá a ser igual.

—¿Y esta pleamar levantará también mi barco?

Anderson-sama empieza a reírse pero tuerce el gesto, acariciándose las costillas.

—Más que nunca, Hock Seng. Ahora más que nunca necesitamos a personas como tú.

El anciano mira a Anderson-sama y después a Emiko.

—¿Qué pasa con Mai?

Anderson-sama tose.

—Deja de preocuparte por los detalles, Hock Seng. Tendrás una cuenta de gastos prácticamente ilimitada. Contrátala. Cásate con ella. Me da igual. Haz lo que te apetezca. Diablos, estoy seguro de que Carlyle también podría encontrarle un puesto, si no quieres tenerla en tu nómina. —Se echa hacia atrás y levanta la voz en dirección al pasillo—: Sé que sigues ahí, cobarde. Entra.

Suena la voz del *gaijin* Carlyle:

—¿De veras piensas proteger a ese neoser? —Asoma la cabeza, receloso.

Anderson-sama se encoge de hombros.

—Sin ella, ni siquiera hubiéramos tenido una excusa para dar este golpe de Estado. —Esboza una sonrisa torcida en dirección a Emiko—. Eso debe de contar para algo.

Vuelve a mirar a Hock Seng.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—¿Lo juras? —pregunta el anciano.

—Si falto a mi palabra, siempre puedes denunciarla más adelante. No va a ir a ninguna parte ahora mismo. No cuando todo el mundo está buscando a una asesina mecánica. Si respetamos lo acordado nos beneficiaremos todos. Venga, Hock Seng. La decisión es fácil. Todo el mundo sale ganando, para variar.

Hock Seng titubea, asiente bruscamente con la cabeza y baja el arma. Emiko siente una incontenible oleada de alivio. Anderson sonrío. Vuelve la mirada hacia ella y su expresión se suaviza.

—Van a cambiar muchas cosas. Pero no podemos permitir que te vea nadie. Hay demasiadas personas que no te perdonarán jamás. ¿Entendido?

—Sí. No me verá nadie.

—Bien. Cuando las aguas vuelvan a su cauce, intentaremos sacarte de aquí. Por ahora, te quedarás en el piso. Entablillaremos ese brazo. Pediré que traigan una caja de hielo. ¿Eso te gustaría?

El alivio es abrumador.

—Sí. Gracias. Eres muy amable.

Anderson-sama sonrío.

—¿Dónde está ese whisky, Carlyle? Tenemos que brindar. —Se levanta, haciendo una mueca, y regresa con una bandeja con vasos y una botella.

Mientras lo deja todo encima de la mesita, empieza a toser.

—Condenado Akkarat —masculla, y vuelve a toser, un sonido áspero y profundo.

Se dobla por la mitad de repente. Lo sacude otra tos estentórea, seguida de otra más, una serie de chasquidos húmedos, desgarradores. Anderson-sama alarga una mano para sujetarse, pero en vez de eso desequilibra la mesa, que vuelca.

Emiko ve cómo los vasos y la botella de whisky se deslizan hacia el canto de la mesa, lo rebasan. Caen muy despacio, rutilando a la luz del sol naciente. Son preciosos, piensa. Tan limpios y brillantes.

Se hacen añicos contra el suelo. La tos convulsiva de Anderson-sama continúa. Se desploma de rodillas entre los trozos de cristal. Intenta incorporarse, pero se lo impide otro espasmo. Rueda de costado, hecho un ovillo.

Cuando la tos lo libera por fin, mira a Emiko con los ojos azules hundidos en las cuencas.

—Akkarat me ha dado una buena tunda —jadea.

Hock Seng y Mai han empezado a retroceder. Carlyle se ha tapado la boca con un brazo y espía por encima del doblez del codo con ojos asustados.

—Es igual que en la fábrica —murmura Mai.

Emiko se acuclilla junto al *gaijin*.

El aspecto de Anderson-sama es frágil y diminuto. Tiende las manos hacia ella, torpemente, y Emiko las toma entre las suyas. Tiene los labios perlados de sangre.

La rendición oficial tiene lugar al aire libre, en la plaza de armas del Palacio Real. Allí está Akkarat para saludar a Kanya y aceptar su *khrab* de sumisión. Los barcos de AgriGen ya han atracado en los muelles y han empezado a vaciar sus bodegas, repletas de arroz U-Tex y SoyPRO. Las semillas estériles de los monopolios cerealistas, algunas de ellas destinadas a alimentar al pueblo ahora, algunas para que los agricultores tailandeses las utilicen en el próximo ciclo de siembra. Desde su puesto, Kanya puede ver las velas de las corporaciones, cuyos logotipos de trigo rojo ondean por encima del borde del dique.

Se rumoreaba que la Reina Niña presidiría la ceremonia y cimentaría el nuevo mandato de Akkarat, por lo que la multitud de asistentes es mayor de lo esperado. Pero en el último momento se anunció que la regente no iba a asistir, después de todo, de modo que todos los curiosos soportan estoicamente el calor de una estación seca que ya se ha prolongado más de la cuenta, sudando y sofocados mientras Akkarat sube al estrado al compás de los cánticos de los monjes. Como nuevo somdet chaopraya, jura proteger al reino mientras dure este tumultuoso estado de ley marcial; se gira y contempla al ejército, a los civiles y a los restantes camisas blancas a las órdenes de Kanya, todos ellos desplegados ante él.

Aunque el sudor surca las sienes de Kanya, se niega a moverse. A pesar de que ha dejado el Ministerio de Medio Ambiente en manos de Akkarat, todavía desea presentarlo de la manera más favorable y disciplinada posible, de modo que se mantiene en posición de firmes, sudando, con Pai a su lado en primera fila, escrupulosamente cincelados sus rasgos en una expresión de inmovilidad.

Divisa a Narong que está de pie algo por detrás de Akkarat, contemplando el procedimiento. El hombre inclina la cabeza en su dirección, y Kanya debe realizar un esfuerzo para no perder los estribos y gritarle que toda esta devastación es obra suya. Caprichosa, absurda y evitable. Kanya rechina los dientes, suda y taladra la frente de Narong con su odio. Es ridículo. A quien en realidad odia es a sí misma. Va a rendir oficialmente ante Akkarat a los últimos de sus hombres, a aceptar la disolución de los camisas blancas.

Jaidee se encuentra a su lado, atento y pensativo.

—¿Tienes algo que decir? —masculla Kanya.

Jaidee se encoge de hombros.

—El resto de mi familia ha perecido. Durante el conflicto.

Kanya contiene el aliento.

—Lo siento. —Desearía poder estirar el brazo. Tocarlo.

Jaidee esboza una sonrisa lacónica.

—Así es la guerra. Es lo que he intentado explicarte siempre.

Kanya se dispone a responder, pero Akkarat le hace una seña. Ha llegado el momento de la humillación. Cómo detesta a ese hombre. ¿Cómo es posible que la rabia de su niñez se haya malogrado de esta forma? De pequeña juró destruir a los camisas blancas, y sin embargo ahora el hedor de los jardines incendiados del ministerio impregna su victoria. Kanya sube los escalones y ejecuta su *khrab*. Akkarat deja que permanezca postrada un buen rato. Sobre su cabeza, Kanya puede oír cómo se dirige a la muchedumbre.

—Es natural llorar por la pérdida de una persona como el general Pracha. Aunque no fuera leal, sí era apasionado, y al menos por eso le debemos un ápice de respeto. Sus últimos días no fueron los únicos. Dedicó muchos años al servicio del reino. Trabajó por

defender a nuestro pueblo en épocas de gran incertidumbre. Nunca criticaré su labor, aunque, al final, se descarriara.

Tras una pausa, continúa:

—Nosotros, como reino, debemos sanar. —Pasea la mirada sobre los reunidos—. Como muestra de buena voluntad, me complace anunciar que la reina ha aceptado mi petición de conceder el indulto a todos los contendientes que lucharon a las órdenes del general Pracha y a favor de su intento de golpe de Estado. Incondicionalmente. Para todos aquellos que aún deseéis servir al Ministerio de Medio Ambiente, espero que desempeñéis vuestra labor con orgullo. Nos enfrentamos a todo tipo de retos y nadie sabe qué nos depara el destino.

Le indica a Kanya que se levante y se acerca a ella.

—Capitana Kanya, aunque te opusiste al reino y al palacio, te concedo el perdón y algo más. —Otra pausa—. Debemos reconciliarnos. Todos nosotros, como reino y nación, debemos reconciliarnos. Tendernos la mano unos a otros.

Kanya siente cómo se le revuelven las tripas, asqueada por toda la ceremonia.

—Puesto que ostentas el rango más alto dentro del Ministerio de Medio Ambiente —prosigue Akkarat—, te designo como su líder. Tu deber es el mismo de antes. Proteger al reino y a Su Majestad la Reina.

Kanya se queda mirando fijamente a Akkarat. Detrás de él, Narong sonrío ligeramente. Inclina la cabeza en señal de respeto. Kanya no tiene palabras. Compone un *wai*, muda de asombro. Akkarat esboza una sonrisa.

—General, tus hombres pueden retirarse. Mañana debemos empezar a reconstruir.

Kanya hace un nuevo *wai* y se da la vuelta, sin recuperarse de su consternación. De su garganta solo sale un graznido. Traga saliva y repite la orden, con la voz rota. Las miradas que sostienen la suya muestran tanta sorpresa y recelo como siente ella. Por un momento teme que la tomen por una farsante, que se nieguen a obedecer. Un instante después, sin embargo, las filas de camisetas blancas se vuelven como un solo hombre y comienzan a desfilar. Los uniformes resplandecen a la luz del sol. Jaidee se aleja con ellos pero, y esto es lo más doloroso de todo, no sin antes despedirse de Kanya con un *wai* reservado a los generales de verdad.

—Se marchan. Se acabó.

Anderson deja caer la cabeza encima de la almohada.

—Entonces, hemos ganado.

Emiko no responde; todavía tiene la mirada perdida en la lejana plaza de armas.

La luz de la mañana que atraviesa la ventana es abrasadora. Anderson está tiritando de frío, aterido y agradecido por el asalto del sol. El sudor mana a chorros de su cuerpo. Emiko le pone una mano en la frente, y Anderson se sorprende al sentir su frescor.

La contempla con ojos vidriosos a causa de la fiebre y la enfermedad.

—¿Todavía no ha llegado Hock Seng?

Emiko niega con la cabeza, apenada.

—Tu gente no es leal.

Anderson está a punto de soltar una carcajada. Manotea las mantas, sin éxito. Emiko le ayuda a apartarlas.

—No. No lo es. —Vuelve la cara hacia el sol otra vez, empapándose de él, dejando que lo bañe—. Pero eso ya lo sabía. —Se reiría si no estuviera tan cansado. Si no pareciera que su cuerpo está cayéndose a pedazos.

—¿Quieres más agua?

No le apetece. No tiene sed. Anoche sí la tenía. Cuando llegó el médico por orden de Akkarat podría haberse bebido el mar entero, pero ahora no.

Después de auscultarlo, el médico se fue con un brillo de temor en la mirada, diciendo que enviaría a alguien. Que habría que dar parte al Ministerio de Medio Ambiente. Que los camisas blancas vendrían para practicar algún tipo de magia negra de contención sobre él. Emiko permaneció escondida todo ese tiempo, y cuando se marchó el médico, aguardó junto a Anderson durante varios días con sus noches.

Eso sugieren sus recuerdos fragmentados, al menos. Ha soñado. Ha alucinado. Yates se ha sentado en la cama con él de vez en cuando. Se ha reído de él. Ha señalado la futilidad de su vida. Se ha asomado a sus ojos y le ha preguntado si lo entendía. Y Anderson intentó responder pero tenía la garganta seca. Las palabras no lograban abrirse camino. También de eso se ha reído Yates, que le ha preguntado qué opina de la recién llegada representante comercial enviada por AgriGen para ocupar su puesto. Si verse reemplazado le hace la misma gracia que le hizo a él en su día. Pero Emiko estaba allí con una compresa húmeda y Anderson se sentía agradecido, desesperadamente agradecido por cualquier clase de atención, por su calidad humana... y se reía sin fuerzas ante la ironía.

Ahora contempla a Emiko con la mirada borrosa y piensa en las deudas que tiene pendientes, y se pregunta si vivirá el tiempo suficiente para saldarlas.

—Vamos a sacarte de aquí —susurra.

Lo asalta una nueva oleada de escalofríos. Lleva toda la noche asándose de calor, y ahora, de golpe, está congelado, tiritando de frío, como si hubiera regresado al norte del Medio Oeste y a las crueles heladas de sus inviernos, como si estuviera viendo la nieve. Tiene frío ahora, no sed, y hasta los dedos de una chica mecánica parecen carámbanos apoyados en su mejilla.

Le aparta la mano con esfuerzo.

—¿Todavía no ha llegado Hock Seng?

—Estás ardiendo. —El rostro de Emiko refleja preocupación.

—¿Ha llegado? —insiste Anderson. Es tremendamente importante que venga. Que



Hock Seng esté aquí, en la habitación, con él. Aunque le cuesta recordar por qué. Es importante.

—Creo que no va a venir. Tiene todas las cartas que necesitaba de ti. Las presentaciones. Está ocupado con tu gente. Con la nueva representante. Esa tal Boudry.

Un cheshire se materializa en el balcón. Emite un gañido y se cuelga dentro. A Emiko no parece importarle, claro que, son hermanos. Camaradas artificiales, diseñados por los mismos dioses fallidos.

Anderson observa con apatía mientras el gato cruza el dormitorio y atraviesa la puerta. Si no estuviera tan débil, le tiraría algo. Suspira. Ahora eso da igual. Está demasiado cansado para quejarse por un gato. Deja que su mirada se deslice hasta el techo, donde el ventilador de manivela gira con parsimonia.

Le gustaría sentir rabia. Pero incluso eso ha desaparecido. Al principio, cuando descubrió que estaba enfermo, cuando Hock Seng y la niña retrocedieron alarmados, pensó que se habían vuelto locos. Que él no se había expuesto a ningún vector, pero luego, al fijarse en ellos, en su temor y en su seguridad, comprendió la verdad.

—¿La fábrica? —había susurrado, repitiendo las últimas palabras de Mai, y Hock Seng había asentido con la cabeza, sin apartar la mano de su cara.

—La sala de refinado, o los tanques de algas —murmuró.

Anderson deseó sentirse furioso entonces, pero la enfermedad ya había empezado a mermarle las fuerzas. Lo único que logró conjurar fue un berrinche sin objetivo que no tardó en disiparse.

—¿Hay algún superviviente?

—Uno —había susurrado la pequeña.

Él había asentido con la cabeza, y ellos se habían marchado sin hacer ruido. Hock Seng. Siempre con sus secretos. Siempre con sus tejemanejes y sus complots. Siempre esperando...

—¿Viene ya? —Las palabras despegan a duras penas de sus labios.

—No va a venir —murmura Emiko.

—Tú estás aquí.

Emiko se encoge de hombros.

—Soy un neoser. Tu enfermedad no me da miedo. Pero ese no va a volver. Y ese tal Carlyle tampoco.

—Por lo menos te dejarán en paz. Cumplirán su palabra.

—A lo mejor —dice Emiko, pero sin convicción.

Anderson se pregunta si estará ella en lo cierto. Se pregunta si se habrá equivocado con Hock Seng, igual que con tantas otras cosas. Se pregunta si todo lo que creía saber sobre este lugar estaba equivocado. Se obliga a descartar esta sobrecogedora posibilidad.

—Será fiel a su promesa. Es un hombre de negocios.

Emiko no contesta. El cheshire sube a la cama de un salto. Emiko lo espanta, pero la criatura vuelve a encaramarse, como si presintiera la promesa de carroña que representa el *gaijin*.

Anderson intenta levantar una mano.

—No —gime—. Que se quede.

Un desfile de empleados de AgriGen abandona los muelles. Kanya y sus hombres, en posición de firmes, forman la guardia de honor de los demonios. Los *farang* entornan los párpados frente al sol tropical, contemplando una tierra que no han visto nunca. Apuntan groseramente con el dedo a las chicas que pasean por la calle, hablan a gritos y se ríen a carcajadas. Son unos salvajes sin modales. Tan confiados.

—Se les ve muy ufanos —rezonga Pai.

Kanya se sobresalta al oír sus propios pensamientos expresados en voz alta, pero no dice nada. Se limita a esperar mientras Akkarat sale al encuentro de estas nuevas criaturas. Encabeza la comitiva una rubia malhumorada que responde al nombre de Elizabeth Boudry, acólita de AgriGen hasta la médula.

Luce una capa negra larga y vaporosa, igual que otros agentes de AgriGen, cuyos logotipos de trigo rojo resplandecen al sol. Lo único satisfactorio de ver a estas personas con sus aborrecibles uniformes es que el calor tropical debe de ser espantoso para ellas. Sus caras brillan de sudor.

Akkarat se dirige a Kanya.

—Estos son los que irán al banco de semillas.

—¿Estás seguro de lo que haces?

Akkarat se encoge de hombros.

—Solo quieren muestras. Diversidad genética para sus experimentos. El reino también saldrá beneficiado.

Kanya estudia a las personas que solían tildarse de «demonios de las calorías» y que ahora se pasean con tanta desfachatez por Krung Thep, la Ciudad de los Seres Divinos. Las cajas de cereales que salen de las bodegas de los barcos se amontonan en carros tirados por megodontes, todas ellas con el logotipo de AgriGen bien visible.

—Atrás ha quedado el momento en que podíamos escondernos detrás de nuestros muros y esperar sobrevivir. Debemos relacionarnos con el mundo exterior —dice Akkarat, como si pudiera leerle el pensamiento.

—Pero se trata del banco de semillas —protesta en voz baja Kanya—. El legado del rey Rama.

Akkarat asiente con la cabeza, conciso.

—Se llevarán solo unas muestras. No te preocupes.

Se vuelve hacia otro *farang* y le estrecha la mano según la costumbre extranjera. Cruza unas palabras en *angrit* con él y deja que siga su camino.

—Richard Carlyle —comenta cuando vuelve a reunirse con Kanya—. Por fin obtendremos las bombas. Va a enviar un dirigible esta misma tarde. Con suerte, nos adelantaremos a la estación de las lluvias. —Le dirige una elocuente mirada de soslayo—. ¿Comprendes todo esto? ¿Comprendes lo que estoy haciendo aquí? Es mejor perder una parte del reino que perderlo todo. Hay un momento para luchar y un momento para negociar. No podemos sobrevivir completamente aislados. La historia nos enseña que debemos abrirnos al resto del mundo.

Kanya asiente secamente con la cabeza.

Jaidee se inclina sobre su hombro.

—Por lo menos no se han llevado a Gi Bu Sen.

—Preferiría entregarles a Gi Bu Sen antes que el banco de semillas —masculla Kanya.

—Sí, pero creo que perder a ese hombre ha sido más irritante para ellos. —Inclina la cabeza en dirección a Boudry—. Se puso como una furia. Llegó a levantar la voz, incluso. Perdió toda la dignidad. No dejaba de andar de un lado para otro, agitando los brazos. —Hace una demostración.

Kanya arruga la frente.

—Akkarat también estaba enfadado. Se pasó el día entero detrás de mí, preguntándome cómo era posible que hubiéramos dejado escapar al viejo.

—Tipo listo.

Kanya se ríe.

—¿Akkarat?

—El pirata genético.

Antes de que Kanya pueda seguir sondeando los pensamientos de Jaidee, Boudry y sus científicos agrícolas se acercan. Un anciano chino tarjeta amarilla los acompaña. Con la espalda recta como el palo de una escoba, saluda a Kanya con una inclinación de cabeza.

—Soy el intérprete de *khun* Elizabeth Boudry.

Kanya se obliga a componer una sonrisa educada mientras inspecciona a las personas que tiene delante. A esto se ha llegado. Tarjetas amarillas y *farang*.

—Todo cambia —suspira Jaidee—. Harías bien en recordarlo. Aferrarse al pasado, preocuparse por el futuro... —Se encoge de hombros—. Es sufrir en vano.

Los *farang* la están esperando. Impacientes. Los guía a través de las calles destrozadas por el conflicto. A lo lejos, cerca de los amarraderos, retumba el disparo de un tanque. Tal vez se trate de una célula de estudiantes rebeldes, personas que no están bajo su control. Personas sujetas a un código de honor distinto del suyo. Llama con un ademán a dos de sus nuevos subordinados, Malivalaya y Yuthakon, si no le falla la memoria.

—General —empieza a hablar uno de ellos, pero Kanya lo acalla frunciendo el ceño.

—Ya os lo he dicho, nada de generales. Basta de tonterías. Soy capitana. Si ese título era lo bastante bueno para Jaidee, no soy nadie para situarme por encima.

Malivalaya se disculpa con un *wai*. Kanya conduce a los *farang* al comfortable interior de un coche diésel de carbón que, con un silbido, los transporta por las calles como una exhalación. Es un lujo que no había experimentado nunca, pero se obliga a disimular su sorpresa ante la inesperada exhibición de riqueza de Akkarat. El vehículo se desliza por las avenidas desiertas en dirección a la Sagrada Columna de la Ciudad.

Quince minutos más tarde, desmontan del vehículo y salen al sol abrasador. Los monjes inclinan la cabeza en señal de reconocimiento ante la autoridad de Kanya, que les devuelve el gesto asqueada. Previendo quizá esta eventualidad, el rey Rama XII emplazó el Ministerio de Medio Ambiente por encima incluso de los monjes.

Estos abren las rejas de par en par y la conducen junto a su séquito escaleras abajo, a las frías profundidades. Unas puertas herméticas se abaten sobre sus goznes; la presión negativa expulsa una vaharada de aire filtrado, con el grado de humedad ideal, frío. Kanya contiene el impulso de encoger los brazos contra el pecho ante el brusco descenso de la temperatura. Se abren más compuertas que revelan pasillos interiores, accionadas por sistemas de combustión de carbón, con triples sistemas de seguridad.

Los monjes aguardan cortésmente con sus mantos azafranados, guardando las distancias para asegurarse de que Kanya no entre en contacto con ellos. Se vuelve hacia Boudry.

—No te acerques a los monjes. Han hecho voto de no tocar a ninguna mujer.

El tarjeta amarilla traduce al estridente idioma de los *farang*. Kanya oye un resoplido burlón a su espalda, pero se obliga a no reaccionar. Boudry y sus genetistas

charlan animadamente mientras se adentran en el banco de semillas. El intérprete tarjeta amarilla no se molesta en reproducir sus exóticas exclamaciones, pero Kanya puede deducir la mayor parte a juzgar por sus expresiones de deleite.

Los conduce a las entrañas de la cripta, a las salas de catalogación, sin dejar de pensar en la naturaleza de la lealtad. Es mejor perder una extremidad que perder la cabeza. El reino sobrevive mientras otros países sucumben gracias al pragmatismo de los tailandeses.

Kanya observa de reojo a los *farang*. Sus codiciosos ojos claros escudriñan los estantes, los contenedores herméticos de miles de semillas, cada uno de ellos una potencial línea de defensa contra los suyos. El verdadero tesoro del reino, expuesto ante ellos. Despojos de guerra.

Cuando los birmanos ocuparon Ayutthaya, la ciudad se rindió sin presentar batalla. Y ahora, la historia se repite. Al final, después de tanta sangre, sudor, muertes y esfuerzo; tras tantos denuedos de mártires como Phra Seub, santo patrón de las semillas; después de tantos jóvenes como Kip, vendidos a Gi Bu Sen y a todos los demás, se reduce a esto. Los *farang* se yerguen triunfales en el corazón de un reino traicionado una vez más por ministros a los que la Corona les importa un bledo.

—No te lo tomes tan a pecho. —Jaidee le apoya una mano en el hombro—. Todos debemos reconciliarnos con nuestros fracasos, Kanya.

—Perdóname. Por todo.

—Te perdoné hace mucho. Todos tenemos nuestros propios amos y lealtades. Fue el *kamma* lo que te acercó a Akkarat antes de llevarte conmigo.

—Nunca pensé que llegaríamos a este punto.

—Es una gran pérdida —concuera Jaidee. Se encoge de hombros—. Pero todavía no es tarde.

Kanya mira de reojo a los *farang*. Uno de los científicos se percata y le dice algo a la mujer. Kanya no sabe si se trata de una broma o de algo más serio. Las estilizadas espigas de trigo de sus logotipos resplandecen bajo el titilante alumbrado eléctrico.

Jaidee arquea las cejas.

—Siempre nos quedará Su Majestad la Reina, ¿verdad?

—¿Y qué conseguimos con eso?

—¿Qué preferirías, que te recordaran como a una aldeana de Bang Rajan que siguió luchando cuando ya todo estaba perdido y mantuvo a raya a los birmanos hasta el último momento, o como a una cobarde cortesana de Ayutthaya que sacrificó un reino?

—Es cuestión de ego —musita Kanya.

—Tal vez. —Jaidee se encoge de hombros—. Pero una cosa es cierta: Ayutthaya no significó nada para nuestra historia. ¿Acaso no sobrevivieron los thais a su saqueo? ¿No hemos sobrevivido a los birmanos? ¿A los jemeses? ¿A los franceses? ¿A los japoneses? ¿A los norteamericanos? ¿A los chinos? ¿A los fabricantes de calorías? ¿No los hemos mantenido a raya mientras los demás sucumbían? Es nuestro pueblo el que porta la savia vital de la nación, no esta ciudad. Nuestros compatriotas llevan los nombres que nos legó la dinastía Chakri, y ellos lo son todo. Este banco de semillas es lo que nos sustenta.

—Pero el rey declaró que defenderíamos siempre...

—Al rey Rama no le importaba Krung Thep, sino nosotros, y lo que nos encomendó fue la defensa de un símbolo. Pero lo que cuenta no es la ciudad, sino sus gentes. ¿De qué sirve una ciudad poblada por esclavos?

La respiración de Kanya se acelera. El aire helado circula a gran velocidad por sus pulmones. Boudry dice algo. Los genetistas cacarean en su espantoso idioma. Kanya se vuelve hacia Pai.

—Sigue mi ejemplo.

Desenfunda la pistola de resortes y dispara a bocajarro contra la cabeza de la *farang*.

La cabeza de Elizabeth Boudry salta hacia atrás. Una fina lluvia de sangre salpica a Hock Seng, empapándole la piel y la ropa nueva hecha a medida. La general de los camisas blancas se vuelve y Hock Seng cae inmediatamente de rodillas, componiendo un *khrah* de sumisión junto al cuerpo exánime de la diabla extranjera.

Los ojos sorprendidos y sin vida de la criatura rubia se clavan en él mientras se postra. Los discos de las pistolas de resortes repiquetean en las paredes, entre los alaridos de la gente. De pronto, se hace el silencio.

La general de los camisas blancas tira de Hock Seng para ponerlo en pie y le planta la pistola de resortes en la cara.

—Por favor —susurra en tailandés Hock Seng—. No soy de los suyos.

La general lo estudia con ojos implacables. Asiente bruscamente con la cabeza y lo aparta de un empujón. Hock Seng se acurruca contra una pared mientras la mujer comienza a lanzar órdenes a sus hombres, que se apresuran a retirar los cadáveres de AgriGen y convergen alrededor de ella. A Hock Seng le sorprende la celeridad con que la mujer, circunspecta, reúne a sus tropas. Se acerca a los monjes del banco de semillas. Compone un *khrah* de respeto y empieza a hablar rápidamente. Pese a reconocer su autoridad espiritual, no cabe duda de que es ella la que domina la situación.

Hock Seng abre los ojos como platos al escuchar lo que se propone. Es aterrador. Un acto de destrucción intolerable... y sin embargo, los monjes asienten con la cabeza y salen del banco de semillas en tromba, sin perder tiempo. La general y sus hombres comienzan a abrir puertas, revelando estantes y más estantes repletos de armas. Se asignan equipos: el Palacio Real, la bomba de Korakot, la esclusa de Khlong Toey...

La general observa de soslayo a Hock Seng cuando termina de despachar a sus hombres. Los monjes han empezado ya a retirar las semillas de las baldas. Hock Seng se encoge ante el escrutinio. Después de todo lo que sabe, es imposible que lo dejen con vida. El bullicio de actividad se incrementa. No dejan de acudir más y más monjes. Apilan las cajas de semillas con cuidado, montones de ellas. Semillas de hace más de cien años, semillas cultivadas esporádicamente en las condiciones de aislamiento más rigurosas y vueltas a almacenar en esta cámara subterránea. Esas cajas contienen una herencia milenaria, el legado de todo un planeta.

A continuación, los monjes salen del banco de semillas cargando con las cajas al hombro, una marea de hombres con la cabeza afeitada y mantos azafranados, llevándose el tesoro de su nación. Hock Seng se queda sin aliento mientras ve cómo todo ese material genético desaparece en la espesura. En algún lugar, en la calle, le parece oír a los monjes cantando, bendiciendo este proyecto de renovación y destrucción. La general de los camisas blancas vuelve a observarlo. Él se obliga a no agachar la cabeza. A no humillarse. Va a matarlo. Es su deber. Hock Seng se niega a rebajarse y ensuciarse los pantalones. Por lo menos morirá con dignidad.

La general frunce los labios e inclina la cabeza bruscamente en dirección a las puertas abiertas.

—Corre, tarjeta amarilla. Esta ciudad ha dejado de ser un refugio para ti.

Hock Seng se queda mirándola fijamente, asombrado. La mujer repite el ademán, con la sombra de una sonrisa aleteando en los labios. Hock Seng, de rodillas, se apresura a hacer un *wai* y se incorpora. Atraviesa los túneles corriendo y sale al asfixiante aire libre, donde se encuentra rodeado por la marea de mantos azafranados. Cuando llegan a los

jardines del templo, los monjes se dispersan tomando las distintas salidas, dividiéndose en grupos cada vez más pequeños, una diáspora cuyo destino es algún santuario lejano acordado de antemano. Un lugar secreto, lejos del alcance de los fabricantes de calorías, supervisado únicamente por Phra Seub y los espíritus de la nación.

Hock Seng se queda mirando un rato más mientras los monjes continúan surgiendo del banco de semillas, y empieza a correr en dirección a la carretera.

El conductor de un rickshaw lo ve y aminora la marcha. Hock Seng monta de un salto.

—¿Adónde? —pregunta el hombre.

Hock Seng titubea, devanándose los sesos. Los amarraderos. Es la única vía de escape segura frente al caos que se avecina. El *yang guizi* Richard Carlyle probablemente aún esté allí. El hombre y su dirigible, preparándose para volar a Calcuta para recoger las bombas de carbón del reino. Estará a salvo en el aire. Pero solo si se da prisa y encuentra al diablo extranjero antes de que leve la última ancla.

—¿Adónde?

«Mai.»

Hock Seng sacude la cabeza. ¿Por qué lo atormenta ahora? No le debe nada. No es nada, en realidad. Una simple pescadora. Y sin embargo, a pesar de los pesares, permitió que se quedara a su lado, le dijo que la emplearía en calidad de criada o algo por el estilo. Que la mantendría a salvo. Era lo mínimo que podía hacer... Pero eso era antes. Iba a nadar en la abundancia gracias al dinero de los fabricantes de calorías. La promesa tenía otro valor cuando la formuló. Ella sabrá perdonarlo.

—A los amarraderos —dice Hock Seng—. Deprisa. El tiempo apremia.

El conductor del rickshaw asiente con la cabeza y la bicicleta empieza a acelerar.

«Mai.»

Hock Seng se maldice para sus adentros. Es un estúpido. ¿Por qué no puede concentrarse nunca en el objetivo más importante? Siempre se distrae. Siempre deja de hacer lo que le mantendría a salvo y con vida.

Furioso consigo mismo, furioso con Mai, se inclina hacia delante.

—No. Espera. Tengo otra dirección. Primero al puente de Krungthon, después a los amarraderos.

—Eso está en la otra punta.

Hock Seng hace una mueca.

—¿Te crees que no lo sé?

El conductor del rickshaw asiente y aminora. Tuerce el manillar y apunta la bicicleta en dirección contraria. Se pone en pie sobre los pedales, ganando velocidad. La ciudad se desliza a los lados, colorida y enfrascada en las labores de reconstrucción. Una ciudad completamente ajena a la catástrofe que se cierne sobre ella. La bicicleta zigzaguea entre los rayos de sol, cambiando fluidamente de marcha, cada vez más deprisa en dirección a la niña.

Si el destino lo quiere, aún les dará tiempo. Hock Seng reza para que le sonría la suerte. Reza para que le dé tiempo de recoger a Mai y llegar al dirigible. Si fuera más listo, se limitaría a huir sin mirar atrás.

En vez de eso, reza para que le sonría la suerte.

## Epílogo

Las esclusas destruidas y las bombas saboteadas tardan seis días en poner fin a la Ciudad de los Seres Divinos. Emiko ve correr el agua desde el balcón de la torre de apartamentos más elegante de Bangkok. Anderson-sama es tan solo un cascarón. Emiko exprimió un trapo empapado de agua y él sorbió las gotas como un bebé antes de exhalar su último aliento, susurrando disculpas a unos fantasmas que solo él veía.

Cuando oyó la primera explosión atronadora en la periferia de la ciudad, no se imaginó qué estaba ocurriendo, pero conforme se sucedían las detonaciones y doce columnas de humo se elevaban como *nagas* sobre los diques, se hizo evidente que las grandes bombas de contención del rey Rama XII habían sido destruidas, y que la ciudad volvía a sufrir un nuevo asedio.

Emiko asistió a la lucha por salvar la ciudad durante tres días, hasta que llegaron los monzones y se abandonaron los últimos intentos por contener el océano. La lluvia cayó a plomo, un diluvio inmenso que arrastró el polvo y los escombros, sacudiendo y levantando cada palmo de la ciudad. La gente abandonó sus hogares cargando con sus pertenencias sobre las cabezas. La ciudad se inundó lentamente, convirtiéndose en un inmenso lago cuyas olas lamían las ventanas a dos plantas de altura.

Al sexto día, Su Majestad la Reina Niña anuncia el abandono de la ciudad divina. Ya no hay ningún somdet chaopraya. Solo queda la reina, y el pueblo responde a su llamada.

Los camisas blancas, tan despreciados y repudiados apenas días antes, están ahora por todas partes, guiando a los refugiados al norte a las órdenes de una nueva tigresa, una mujer circunspecta y extraña de la que se dice que está poseída por los espíritus mientras dirige los esfuerzos de los camisas blancas y salva a tantos habitantes de Krung Thep como le es posible. Emiko se ve obligada a esconderse cuando un joven voluntario uniformado de blanco recorre los pasillos de su edificio ofreciendo auxilio a quienes necesiten alimento o agua potable. La muerte de la ciudad señala la redención del Ministerio de Medio Ambiente.

La ciudad se queda vacía paulatinamente. El vaivén de las olas y los maullidos de los cheshires sustituyen a las voces de los vendedores de durios y a los timbres de las bicicletas. En ocasiones, Emiko tiene la sospecha de que es la única superviviente. Tras accionar una radio de manivela descubre que la capital se ha trasladado al norte, a Ayutthaya, de nuevo por encima del nivel del mar. Oye que Akkarat se ha afeitado la cabeza y ha abrazado la vida monacal para pagar el precio de su fracaso al intentar proteger la ciudad. Pero todo le parece muy lejano.

Con la estación húmeda, la vida de Emiko se vuelve más soportable. El hecho de que la metrópoli esté inundada significa que siempre hay agua cerca, aunque sea una pestilente bañera estancada donde millones de personas hacen sus necesidades. Emiko localiza un pequeño esquiife y lo utiliza para desenvolverse entre los arrecifes de cemento. Diluvia a diario y Emiko deja que la lluvia la bañe, que arrastre todo lo que era antes.

La rapiña y la caza le proporcionan sustento. Come cheshires y pesca con las manos desnudas. Es muy rápida. Sus dedos se convierten en arpones con los que puede ensartar carpas siempre que le apetezca. Come bien y duerme sin sobresaltos, y rodeada de agua como está, la caldera que arde en su interior no le da tanto miedo. Aunque no sea el paraíso de los neoseres con el que había soñado, no deja de ser un nicho.

Decora el apartamento. Cruza la amplia desembocadura del Chao Phraya para



inspeccionar la fábrica de Mishimoto donde una vez estuvo empleada. Aun con los postigos echados, encuentra y recoge algunos restos de su pasado. Ejercicios de caligrafía rotos y abandonados, cuencos *chawan* de estilo rakú.

En ocasiones, se cruza con otras personas. Casi todas ellas están demasiado ocupadas intentando sobrevivir como para preocuparse por una criatura tictac más intuida que vista, aunque no faltan quienes pretenden aprovecharse de la supuesta indefensión de una muchacha solitaria. Emiko da cuenta de ellos lo más rápida y piadosamente posible.

Se suceden los días. Se siente completamente a gusto en su mundo de agua y carroña. Tanto, de hecho, que cuando el *gaijin* y la niña la descubren tendiendo la ropa en la barandilla de un apartamento a dos plantas de altura, la sorprenden por completo.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta una voz.

Emiko retrocede, asustada, y está a punto de caerse de su atalaya. Baja de un salto y corre chapoteando a refugiarse en las sombras del piso abandonado.

La barca del *gaijin* choca con la barandilla.

—¿*Sawatdi khrap*? —llama el hombre—. ¿Hola?

Es viejo, tiene la piel moteada y la mirada perspicaz. La pequeña es esbelta y morena, y sonríe dulcemente. Los dos se apoyan en la barandilla del balcón, asomándose a la penumbra desde su barca.

—No te escondas, bonita —dice el anciano—. Somos inofensivos. Yo no puedo caminar, y Kip no le haría daño a una mosca.

Emiko aguarda, pero la pareja no se da por vencida. Continúan escudriñando en su dirección.

—¿Por favor? —dice la niña.

Sin tenerlas todas consigo, Emiko sale de su escondrijo, vadeando lentamente con el agua hasta los tobillos. Hace mucho tiempo que no habla con otra persona.

—*Heechy-keechy* —susurra la pequeña.

El anciano *gaijin* sonríe ante sus palabras.

—Prefieren el término neoseres. —No hay censura en sus ojos. Levanta una pareja de cheshires sin vida—. ¿Te gustaría cenar con nosotros, jovencita?

Emiko hace una seña en dirección a la barandilla, donde la pesca del día aguarda sumergida.

—No necesito ayuda.

El hombre echa un vistazo a la ristra de peces y vuelve a mirarla con renovado respeto.

—Supongo que no. No si tu diseño es el que yo conozco. —La invita a acercarse—. ¿Vives aquí?

Emiko apunta con el dedo hacia arriba.

—Bonita mansión. A lo mejor podríamos cenar contigo esta noche. Aunque la carne de cheshire no sea de tu agrado, a nosotros no nos importaría probar ese pescado.

Emiko se encoge de hombros, pero se siente sola y el hombre y la pequeña parecen inofensivos. Al anochecer, encienden una fogata con muebles astillados en el balcón del apartamento y asan el pescado. Las estrellas rutilan entre las nubes. La ciudad se extiende ante ellos, negra y enmarañada. Cuando terminan de comer, el anciano *gaijin* se arrastra más cerca del fuego, ayudado por la niña.

—Dime, ¿qué hace una chica mecánica aquí?

Emiko encoge los hombros.

—Me abandonaron.

—Igual que a nosotros. —El anciano cruza una sonrisa con su amiguita—. Aunque me parece que las vacaciones están a punto de terminar. Preveo el regreso a los placeres de

los embargos de calorías y de la guerra genética, así que no me extrañaría que los camisas blancas volvieran a necesitar mis servicios. —Suelta una carcajada.

—¿Eres un pirata genético? —pregunta Emiko.

—Mucho más que eso, espero.

—¿Has dicho que estabas familiarizado con mi... plataforma?

El hombre sonrío. Le indica a la niña que se acerque a él y acaricia distraídamente su pierna con una mano mientras estudia a Emiko. Emiko se percata de que la pequeña no es exactamente lo que parece; es niño y niña a la vez. La pequeña le dirige una sonrisa, como si pudiera leerle el pensamiento.

—He leído sobre vuestra especie —dice el anciano—. Sobre vuestra composición genética. Vuestra formación... ¡Levántate! —ordena.

Emiko se ha puesto en pie antes de darse cuenta. El temor y la necesidad de obedecer le provocan un escalofrío.

El hombre sacude la cabeza.

—Es una crueldad lo que han hecho contigo.

—También me hicieron fuerte —replica Emiko, furiosa—. Puedo lastimarte.

—Sí. Eso es cierto. —El *gaijin* asiente con la cabeza—. Tomaron atajos. Tu adiestramiento los enmascara, pero están ahí. Tu obediencia... No sé de dónde la sacaron. Sospecho que de algún tipo de labrador. —Se encoge de hombros—. En cualquier caso, eres superior al ser humano en casi todos los demás aspectos. Más rápida, más inteligente, con mejor vista, mejor oído... Eres sumisa, pero también inmune a enfermedades como la mía. —Hace un ademán que abarca sus piernas, erizadas de cicatrices y llagas supurantes—. Considerate afortunada.

Emiko se queda mirándolo fijamente.

—Eres uno de los científicos que me diseñó.

—No exactamente, pero casi. —El anciano sonrío con los labios apretados—. Conozco tus secretos, igual que conozco los secretos de los megodontes y el trigo TotalNutrient. —Inclina la cabeza en dirección a los cadáveres de los cheshires—. Lo sé todo sobre esos felinos de ahí. Si me tomara la molestia, sería incluso capaz de implantarles una bomba genética que los despojase de su camuflaje y, con el paso de las generaciones, los revirtiera a su anterior versión inferior.

—¿Serías capaz?

El *gaijin* se ríe y menea la cabeza.

—Me gustan más así.

—Odio a tu especie.

—¿Porque te hizo alguien como yo? —Vuelve a carcajearse—. Me sorprende que no te alegres de conocerme. Es lo más parecido a estar en presencia de Dios. Venga, ¿no tienes ninguna pregunta para tu creador?

Emiko frunce el ceño e inclina la cabeza en dirección a los cheshires.

—Si fueras Dios, habrías creado antes a los neoseres.

El anciano *gaijin* suelta una risotada.

—Eso sí que hubiera sido emocionante.

—Os hubiéramos derrotado. Igual que los cheshires.

—Quizá lo consigáis todavía. —Se encoge de hombros—. No debéis temer a la cibicosis ni a la roya.

—No. —Emiko sacude la cabeza—. No podemos reproducirnos. Dependemos de vosotros en ese sentido. —Mueve la mano. Un gesto sincopado, delator—. Estoy señalada. Siempre lo estaremos. Tan llamativos como un diez manos o un megodonte.

El anciano desdeña sus palabras con un ademán.

—Los movimientos mecánicos no son un rasgo imprescindible. No hay ningún motivo para que no se puedan eliminar. En cuanto a la infertilidad... —Se encoge de hombros—. Las limitaciones pueden soslayarse. Esos cortafuegos están ahí porque hemos aprendido la lección, pero no son imprescindibles. Algunos de ellos podrían dificultar vuestra fabricación, incluso. Nada en vosotros es inevitable. —Sonríe—. Puede que algún día los neoseres hereden el mundo, y pensaréis en nuestra especie como nosotros pensamos ahora en los pobres neandertales.

Emiko guarda silencio. El fuego crepita.

—¿Sabes cómo hacerlo? —dice al final—. ¿Puedes ayudarme a reproducirme de verdad, como los cheshires?

El anciano cruza la mirada con el *ladyboy*.

—¿Puedes? —insiste Emiko.

El *gaijin* exhala un suspiro.

—No puedo alterar la mecánica de lo que ya eres. Tus ovarios son inexistentes. Volverte fértil es tan imposible como dotar a tu piel de más poros.

Emiko deja caer los hombros.

El hombre se ríe.

—¡No pongas esa cara tan larga! De todas formas, los óvulos femeninos nunca me han entusiasmado como material genético. —Esboza una sonrisa—. Bastaría con un mechón de tu pelo. Tú no puedes cambiar, pero tus hijos... en términos genéticos, ya que no físicos... podrían ser diseñados fértiles, parte del mundo natural.

El corazón de Emiko late desbocado en su pecho.

—¿De veras podrías hacer eso por mí?

—Sí, desde luego. Podría hacer eso por ti. —La mirada del hombre se pierde en la distancia, pensativa. Una sonrisa aletea en sus labios—. Podría hacer eso y más, mucho más.

## Agradecimientos

*La chica mecánica* no sería ni la sombra de lo que es sin todo el apoyo que he recibido. Quiero expresar mi agradecimiento a las siguientes personas: a Kelly Buehler y a Daniel Spector, por ser unos perfectos anfitriones, darme alojamiento y hacer de guías turísticos durante mi estancia de documentación en Chiang Mai; a Richard Foss, por los volantes; a Ian Chai, por tener la bondad de interceder y solventar algunos de mis flagrantes problemas con Tan Hock Seng; a James Fahn, autor de *A Land on Fire*, por compartir sus conocimientos y sus opiniones sobre los retos medioambientales a los que se enfrenta Tailandia; a la pandilla de Blue Heaven (especialmente a Tobias Buckell y Bill Shunn, mis primeros lectores), pero también a Paul Melko, Greg van Eekhout, Sarah Prineas, Sandra McDonald, Heather Shaw, Holly McDowell, Ian Tregillis, Rae Carson y Charlie Finlay. Dudo que hubiera sabido encontrar el camino hasta la conclusión del libro sin su sabiduría. También me gustaría dar las gracias a mi editora, Juliet Ulman, que me ayudó a identificar y resolver algunos problemas fundamentales de la trama cuando me encontraba totalmente desorientado. Bill Tuffin se merece una nota de agradecimiento aparte. Tuve la suerte de conocerlo cuando esta novela empezaba a dar sus primeros pasos, y ha resultado ser una mina de información sobre la cultura del sudeste asiático además de un excelente amigo. Por último, quiero dar las gracias a mi esposa, Anjula, por su infatigable apoyo a lo largo de muchos, muchísimos años. Su paciencia y su fe no tienen parangón. Huelga decir que, si bien todas estas personas contribuyeron a sacar lo mejor de este libro, el único responsable de sus errores, omisiones y transgresiones soy yo.

Como nota al margen me gustaría mencionar que, aunque este libro esté ambientado en una versión futura de Tailandia, no debería considerarse representativo de la situación actual del país y sus habitantes. Recomiendo encarecidamente la lectura de autores como Chart Korbjitti, S. P. Somtow, Phra Peter Pannapadipo, Botan, el padre Joe Maier, Kukrit Pramoj, Saneh Sangsuk y Kampon Boontawee, cuyas obras constituyen una ventana mucho más adecuada desde la que asomarse al reino de Tailandia y sus diversas facetas.